JULIO ALEJANDRE

LA ARMADA DE DIOS

Lectulandia

En el año 1585 Inglaterra y España entran en guerra abierta.

Los ataques de los corsarios ingleses en el Caribe y el apoyo de su reina a los rebeldes holandeses colman la paciencia de Felipe II, que decide destronar a su enemiga y restaurar allí el catolicismo levantando la flota más formidable que jamás haya navegado el Atlántico: la Armada Invencible, protagonista de una de las batallas más fascinantes y deformadas de la Historia.

Pero la guerra cambia y entrelaza los destinos de los protagonistas. Gabriel del Puerto, un mercader de oscuro pasado, busca por los puertos de media Europa el rastro de su hermana, perdida en un ataque pirata; un sargento de Flandes recibe la extraña orden de enrolarse en la Invencible y filtrar información reservada; una exiliada portuguesa en Londres se ve atrapada en una red de espionaje que pone a prueba sus lealtades; y un oficial inglés participa en la fundación de la primera colonia inglesa en el Nuevo Mundo.

La armada de Dios nos sumerge en un mundo donde la política, la guerra y la religión tejen una trepidante historia de aventuras, intrigas, amores y ambiciones desmedidos con personajes tan carismáticos como el audaz corsario Francis Drake, el victorioso general Alejandro de Farnesio o Álvaro de Bazán, el curtido almirante a quien Felipe II encomienda dirigir su Grande y Felicísima Armada.

Julio Alejandre

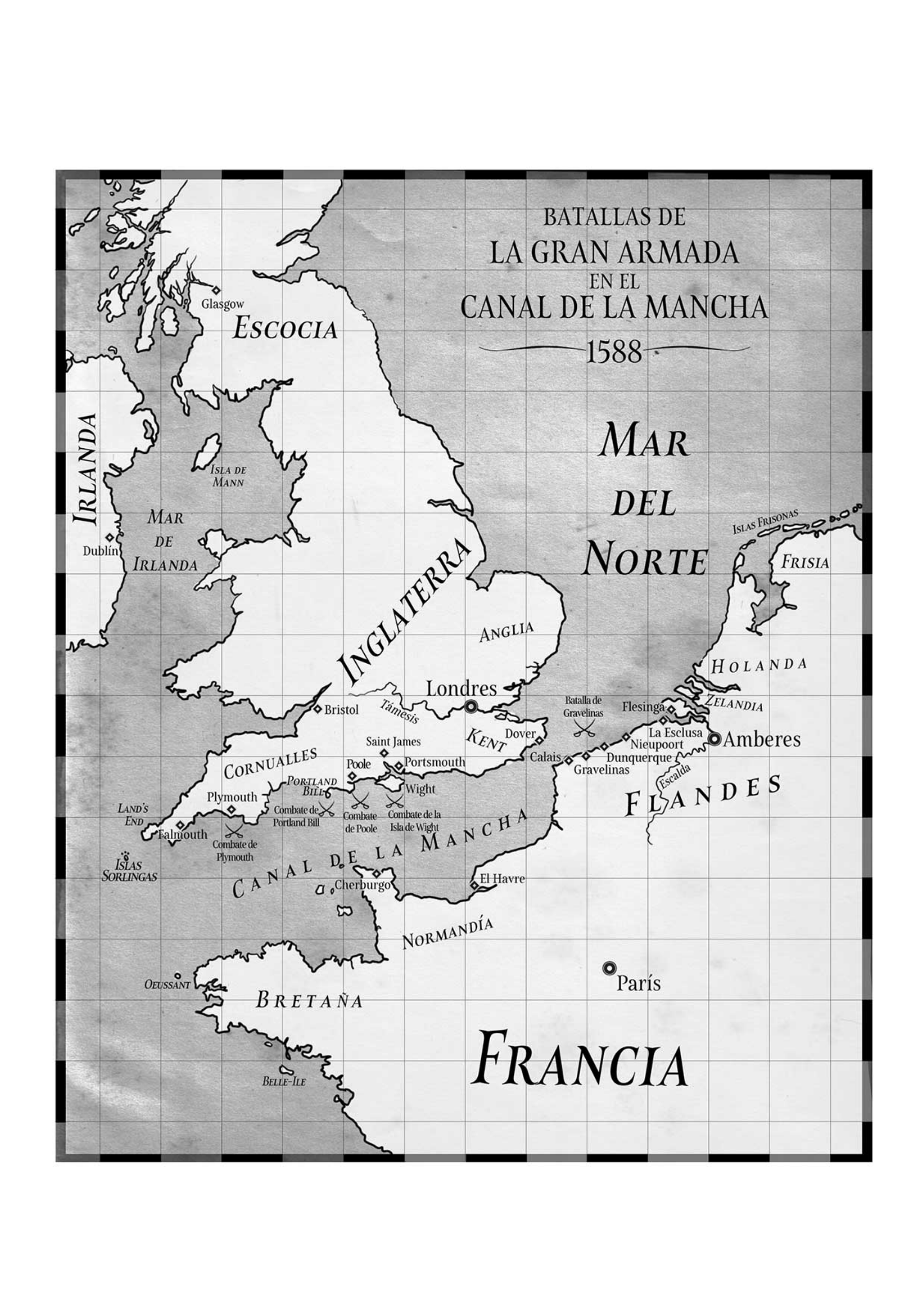
La armada de Dios

ePub r1.0
Titivillus 15.11.2024

Título original: *La armada de Dios*
Julio Alejandre, 2024
Ilustración de cubierta: Adaptación libre de un fragmento de la obra *El Príncipe y el Gouden Leeuw intercambian saludos en el mar*, de Willem van de Velde (1684)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi madre, por su amor incondicional.
Y a Encarnita e Isabel, que la acompañan cada día.


BATALLAS DE
LA GRAN ARMADA
EN EL
CANAL DE LA MANCHA
1588
Mar del Norte
Escocia
Glasgow
Irlanda
Isla de Mann
Mar de Irlanda
Dublín
Inglaterra
Anglia
Londres
Támesis
Bristol
Kent
Dover
Saint James
Portsmouth
Poole
Wight
Cornualles
Portland Bill
Plymouth
Land's End
Falmouth
Islas Sorlingas
Combate de Plymouth
Combate de Portland Bill
Combate de Poole
Combate de la Isla de Wight
Canal de la Mancha
Cherburgo
El Havre
Normandía
Oeussant
Bretaña
Belle-Île
París
Francia
Calais
Gravelinas
Batalla de Gravelinas
Dunquerque
Nieupoort
La Esclusa
Flesinga
Amberes
Escalda
Flandes
Zelandia
Holanda
Frisia
Islas Frisonas

Introducción

¡Oh, suerte fiera y dura!
¡Llorad, ojos, llorad mi desventura!

Leonor de la Cueva y Silva,
Liras en la muerte de mi querido padre y señor

JUNIO DE 1580

Isabel observaba con atención y cierto sentimiento de impotencia la blanca silueta que bailaba entre las olas, en el horizonte del sur. Aquel barco navegaba con todo el trapo desplegado, pero, ni aun así, alcanzaba a recortar la distancia que lo separaba de la Virgen de las Nieves. Ella lo sentía por su hermano Gabriel, que era el piloto. Sabía que él estaba poniendo todo el empeño del mundo en hacerlo bien, en ser digno de la responsabilidad que había asumido. Le dolía que no lograse acelerar más la marcha del barco, y con el pensamiento le daba ánimos. Siempre había estado muy unida a él.

Se hallaba en el coronamiento de popa, el punto más elevado de la cubierta. Allí corría una brisa agradable que la ayudaba a librarse de las náuseas que la habían acompañado desde el principio de la travesía. El mar estaba algo rizado y una infinidad de crestas blancas y espumosas alegraban el azul oscuro de su superficie.

—La Golondrina se está retrasando demasiado.

La voz de su padre la sacó de su ensimismamiento. Había un fondo de reproche en sus palabras, pese a haber sido dichas con amabilidad. Se había acercado por su espalda sin hacer ningún ruido, o al menos no tanto como el que provocaba el propio movimiento de la nao.

—Le pedís demasiado, padre. Mi hermano es sólo un piloto primerizo que trata de hacerlo lo mejor posible.

Santiago del Puerto se mantuvo en silencio, pero la expresión grave de su rostro no cambió.

Hacía varios días que habían salido de La Habana en dos barcos, para darse mutua protección, pero la Golondrina era una nave vieja y poco marinera que los obligaba a reducir la velocidad. Seguramente también estaba dirigida con poca pericia, aunque eso era disculpable. El piloto había desertado en La Habana y su hermano era el único reemplazo disponible.

La nao cabeceó más de la cuenta e Isabel dio un pequeño traspié y se aferró a un cabo. Su padre le pasó un brazo por los hombros y le dijo que no se asustara, que sólo había sido una ola traviesa.

—El mar me da miedo. No puedo remediarlo —dijo ella, estremeciéndose—. Si pienso en el abismo sin fondo que se abre bajo nuestros pies, me echo a temblar.

Isabel había nacido y crecido en Veracruz, el más concurrido puerto caribeño de la Nueva España, pero desde la primera vez que se subió a un barco supo que el agua no era su elemento.

—Qué ideas tienes, hija —dijo su padre con una abierta sonrisa. Su voz casi se superpuso al grito del vigía.

—¡Velas por la amura de estribor!

Se dieron la vuelta. Isabel tenía ahora frente a sí todas las cubiertas de la nao, y los palos con sus velas desplegadas. Los hombres, que hasta hace un instante faenaban con diligencia, se habían detenido y miraban todos hacia un mismo punto. Isabel siguió la mirada de su padre, pero no distinguió nada. El resplandor del sol estorbaba la vista en aquella dirección. El azul del mar se aclaraba ligeramente y se fundía con el cielo en una línea difusa. Al fin, guiñando mucho los ojos, pudo identificar dos puntitos blancos muy distantes, casi tan distantes como La Golondrina.

Los gritos del capitán Beceiro atronaron el aire.

—Señor Ugalde, ocho cuartas a babor.

—Ocho cuartas a babor —repitió la voz de Juan Ugalde, un piloto experimentado en la carrera de Indias.

Los marineros, que habían salido de su momentáneo estupor, se movían con rapidez y agilidad, preparando la nao para la virada.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Isabel.

—Piratas —fue la breve contestación.

—¿Cómo lo sabéis? —dijo Isabel, con el corazón de pronto

acelerado—. Sólo son dos barquitos en la lejanía. Parecen copos de algodón.

—Son esos malditos perros del mar —insistió su padre con brusquedad. Nunca maldecía delante de ella—. Han variado el rumbo y se dirigen hacia nosotros.

Siguiendo las órdenes del capitán, se largaron cabos, se bracearon las vergas, el travesaño del pinzote se movió hacia estribor y la Virgen de las Nieves amainó al viento para poner rumbo este nordeste.

El capitán Beceiro pretendía alcanzar la costa de la Florida antes de que los piratas les dieran alcance, y puso toda su pericia, y la de Ugalde, en aprovechar hasta el último soplo de viento para escapar de ellos. Corrieron una legua y los perseguidores habían reducido en un tercio la distancia que los separaba de ellos. En la siguiente legua ya podían distinguir con claridad los palos y cascos de sus navíos y aún no había aparecido la silueta de la costa.

Santiago del Puerto le pidió a su hija que bajara a su camarote, pero todas las mujeres del pasaje estaban en cubierta y ella no quiso ser menos. La joven dividía su pensamiento entre su propia suerte y la de su hermano. La Golondrina, en lugar de dar media vuelta y alejarse de la Virgen de las Nieves, la seguía con obstinación.

A Isabel le costaba hacerse a la idea de que aquellos hermosos bajeles que cortaban las olas con tanta elegancia supusieran una amenaza. En cambio, los rostros de las demás pasajeras expresaban verdadero pánico. Se santiguaban, invocaban a la Virgen y al Altísimo y al mismo tiempo referían algunas historias truculentas sobre piratas.

La distancia continuó menguando y, cuando al fin fue visible la línea de la costa, el capitán se dio cuenta de que no la alcanzarían antes de ser cazados.

—Esta vez tendremos que pelear, Santiago, o… —El capitán dejó la frase en el aire.

—¿Rendirnos? ¿Con seis mujeres a bordo? —respondió el armador de la nao—. Sabes lo que les harán esos salvajes si las capturan.

El capitán cabeceó un par de veces, muy despacio, y le puso la mano en el hombro.

—Habrá que aprestarse para el combate.

La Virgen de las Nieves, una nao mercante de doscientos cuarenta toneles, iba pobremente armada para un enfrentamiento tan desigual. Sus cuatro cañones de pequeño calibre poco podrían hacer contra la artillería de los piratas, pero iban a sacarles todo el partido posible. Mientras los navíos enemigos se acercaban, el capitán Beceiro ordenó traer de la bodega municiones y pólvora con que cebarlos y tenerlos listos para hacer fuego. A los marineros les entregó sables y cuchillos, a la gente de pelea la situó con sus mosquetes en los puntos más altos de la cubierta y en la verga de la mayor, y también les pidió a los hombres del pasaje que sacaran sus fierros y se aprestaran para combatir.

—O nos salvamos juntos o juntos nos condenamos.

Isabel observaba estos preparativos con menos alarma que asombro, fascinada por la repentina agitación que había en cubierta —las voces y silbidos, el movimiento de barricas, pertrechos y bultos, las carreras de los hombres—, tan diferente de la rutina de cada día. Sin embargo, tan preocupada por las dificultades de su hermano como por las propias, no perdía de vista las evoluciones de La Golondrina, que mantenía el mismo rumbo e incluso se les había aproximado. ¿Habrían divisado ya a los piratas? Y si era así, ¿qué pretendían? ¿Sumarse al combate?

Juan Ugalde se acercó a las mujeres, que estaban reunidas en una esquina del alcázar. Les explicó que era peligroso permanecer más tiempo sobre cubierta y les pidió, con voz amable, que se refugiaran en el entrepuente. Algunas protestaron, alegando que querían estar junto a sus hombres.

—Vamos, mis señoras, despejad la cubierta —insistió el piloto. A pesar de que hablaba para todos, miraba solamente a Isabel, que se ruborizó. El piloto era un hombre apuesto que se había mostrado muy atento con ella desde el inicio de la travesía.

Las mujeres cruzaron la cubierta del alcázar con paso tambaleante, bajaron al combés y se plantaron en la amplia boca de la tolda.

—Hale, ya estamos dentro, señor Ugalde. Dad el encargo por cumplido —dijo con dureza una mujer rechoncha vestida de negro—, que también nosotras nos jugamos la vida.

El piloto no se sintió con ánimos de mantener un rifirrafe con aquellas mujeres, pero don Santiago, que estaba a su lado, mandó a

su hija a la cámara de popa.

—Acompáñala tú también, Elvira —añadió. Elvira era su dama de compañía.

Isabel le dedicó a su padre una mirada suplicante que tuvo escaso efecto, pero la mujer vestida de negro volvió a intervenir:

—Si los piratas nos atacan por la popa, la cámara será un lugar muy poco seguro, señor. Yo que vos, la dejaría aquí.

Santiago del Puerto sopesó un momento aquellas palabras, que no estaban por completo carentes de razón, alzó la vista al cielo, hizo con los brazos un gesto de resignación y se quitó de en medio.

La mujer vestida de negro, que se llamaba Plácida, animó a las demás a rezar el rosario para levantar el espíritu y preparar el alma para lo que hubiera de venir. Abrió un pequeño misal de pastas negras que llevaba siempre consigo y comenzó con el acto de contrición.

—Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos Señor Dios Nuestro —recitó la mujer—. *In nomine patris, et filii, et spiritus sancti*. Amén.

—Amén —respondieron las demás.

A continuación recitaron el Credo y las letanías de Nuestra Señora. Isabel era muy devota y solía rezar el rosario con gran fervor, pero los acontecimientos de aquel día le impedían concentrarse y respondía de forma mecánica a las oraciones de Plácida.

—*Sancta Maria* —decía la mujer.

—*Ora pro nobis* —respondían las demás.

—*Sancta Dei Genetrix*.

—*Ora pro nobis*.

—*Sancta Virgo virginum*.

—*Ora pro nobis*.

Acababan de finalizar el tercer misterio cuando uno de los navíos enemigos cayó ligeramente a sotavento con la intención de cogerlos entre dos fuegos. Podían distinguirse las troneras de los cañones y las figuras de los piratas faenando en cubierta o trepados en la arboladura. A Isabel le pareció que aquellos hombres se movían con demasiado ardor y entusiasmo como para que algún sentimiento virtuoso los guiase. Y de repente sintió un intenso pánico.

—*Salve, Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra.*

—*Salve.*

La nao recibía el viento por la aleta de babor y el capitán Beceiro ordenó amollar escotas y virar por avante para ofrecer al navío más adelantado la banda de estribor. Este también maniobró para situarse de costado y en pocos momentos estuvo a distancia de fuego.

—Son ingleses —anunció el primer piloto, mientras señalaba el nombre escrito en el casco: Black Crow.

La primera andanada no se hizo esperar. Las balas impactaron en el forro del casco, agujerearon la vela del trinquete y destrozaron parte de la borda. La sangre de los heridos tiñó de rojo la tablazón de la cubierta. El capitán ordenó hacer fuego con las culebrinas de estribor, pero la distancia era todavía mucha para emplear los arcabuces. Los pajes estaban ocupados en ayudar con las culebrinas y sólo el barbero trataba de recoger a los heridos. Casi de inmediato, el segundo navío pirata, que se había acercado por detrás, abrió fuego con una de sus baterías. Varios proyectiles impactaron en la popa y después en la banda de babor, causando más destrozos y nuevas bajas.

—Ya está bien de rezos —dijo Elvira de pronto, haciendo silenciar las avemarías del cuarto misterio y detenerse los dedos en las cuentas de los rosarios—, que esos hombres necesitan nuestra asistencia. —Y sin demora abandonó la protección de la tolda, se aproximó al barbero y lo ayudó a trasladar al herido.

Las demás mujeres, animadas por su ejemplo, corrieron a evacuar de la cubierta a otros dos heridos. Plácida e Isabel se hicieron cargo de un grumete que había sido alcanzado en el pecho y el hombro izquierdo por una falcada de astillas. Tosía con fuerza y escupía sangre, tenía el rostro contraído por el dolor, pero de sus labios no escapaba ningún gemido. Mientras jadeaba por el esfuerzo, Isabel lanzó una ojeada por encima de la borda, para intentar localizar a La Golondrina, pero entre el balanceo de la nao y su propia desorientación lo único que alcanzó a ver fue una muchedumbre salvaje y aulladora que las observaba con ojos chispeantes.

—¡Por las cinco llagas de Cristo, poneos a cubierto, mis señoras!

—oyó gritar al capitán, pero Elvira y otra mujer hicieron caso omiso de la advertencia y fueron a rescatar al último herido, que, sentado al pie del árbol mayor, se agarraba con las manos una pierna por la que asomaba un fragmento de hueso.

Mientras el Black Crow maniobraba para virar y retornar al ataque, el otro navío pirata cayó a sotavento y se alejó hacia el sur.

—¡Se largan! —gritó Juan Ugalde.

Isabel no pudo contener la curiosidad, se acercó a la borda y echó un vistazo. Aquel navío se alejaba, en efecto, pero en dirección a La Golondrina.

—¡Resguárdate, hija mía! —Desde el barandal del alcázar, junto al capitán, su padre le rogaba más que le ordenaba. Llevaba la cabeza destocada, el pelo revuelto y una espada en la mano.

—Van a por ellos, padre —le respondió, señalando a lo lejos con la mano.

—Ponte a cubierto. Tu madre me matará si te ocurre algún percance.

Isabel regresó a la tolda, junto al resto de mujeres. Pero el peligro no había pasado. Era sólo una tregua engañosa, mientras el Black Crow completaba la virada y volvía sobre ellos a banda cambiada. Sin duda los piratas se sentían en tan franca superioridad que confiaban en poder derrotarlos con una sola nave.

A pesar del castigo recibido, el capitán Beceiro y sus oficiales estaban demostrando la serenidad necesaria para mantener a la dotación de la nao en sus puestos, a la espera del inminente abordaje. Los servidores de los dos cañones sujetaban en alto los botafuegos. La gente de pelea tenía las armas cargadas y las mechas encendidas, y el resto de los hombres, excepto los marineros indispensables para manejar el aparejo, aguardaban parapetados tras las empavesadas. Los pajes portaban cubos de arena para empapar la sangre, unas parihuelas para retirar heridos y varias cubetas con agua para apagar fuegos.

Isabel sentía aumentar la tensión mientras el navío pirata se aproximaba. Le latían las sienes y la boca se le había quedado seca. Las piernas le temblaban. Limpió con el borde de la falda la tapa de un arcón allí arrumado y se sentó en él. Elvira dio unos pasos y fue a sentarse junto a ella. Le pasó el brazo por los hombros y le habló con voz amable.

—Yo también tengo miedo, señora. —A pesar de los meses de trato que llevaban y de la poca edad que las separaba, su doncella seguía manteniendo las formas. En todo caso, su cordialidad y su calor consiguieron calmarle un tanto los nervios.

La tarde avanzaba, una tarde de junio hermosa y soleada en la que podía torcérsele el destino. Su padre había embarcado a sus dos hijos menores en aquel viaje para casarlos. A su hermano y a ella. Dejaba atrás familia y amigas, y a un mozo gallardo y divertido que la pretendía y le gustaba. Pero jamás se le habría ocurrido contradecir a su padre, y aceptó su sino con resignación y optimismo. Y allí estaban, en medio de un combate con una horda de feroces piratas cuyos rostros eran ya claramente perceptibles.

La ronca voz del piloto la sacó de sus cavilaciones.

—¡Atentos! A mi orden soltad trapo. Quiero más velocidad cuando se pongan a nuestra altura. No les vamos a poner fácil el abordaje.

El instante se hizo interminable. El Black Crow se les arrimaba por la banda de estribor, y tan cerca que casi habrían podido saltar de una borda a la otra. Ya estaba apenas a un cable, a medio cable, a menos. Los escopeteros de uno y otro navío comenzaron a intercambiar disparos. Una lluvia de plomo se abatió sobre la cubierta de la nao. Las balas zumbaban, golpeaban contra la madera, y algunas de ellas hacían carne en algún desgraciado.

—¡Ahora! —gritó Juan Ugalde.

Los marineros soltaron trapo y trincaron los cabos, la mayor y el trinquete se llenaron con el viento y la Virgen de las Nieves cobró vida de repente. En un instante los navíos estuvieron borda contra borda, los cañones rugieron y la lluvia de plomo y astillas se hizo más intensa. Un humo azulado y picante ocultó por un momento las cubiertas. Parecía que la nao iba a sobrepasar con facilidad al enemigo, pero los piratas lanzaron tal cantidad de garfios y arpones que lograron aferrarla y detener su arrancada.

—Cortad los cabos. —La voz de Ugalde se alzó sobre la algazara.

Algunos marineros cogieron sus hachas y obedecieron al piloto, expuestos a los tiradores enemigos. Consiguieron cortar algunos cabos, pero con el resto no pudieron, y los piratas, aprovechando la mayor altura de su alcázar, saltaron al combés de la nao.

Pronto se desató el infierno. Isabel veía a unos y otros pelear en

un remolino difícil de distinguir. Se luchaba sin orden ni concierto, en duelos individuales o colectivos. La fiereza de cada lance era terrible, pues no era otra cosa que la vida lo que estaba en juego. La gente de pelea que se había apostado en los palos bajó de ellos y se sumó a la contienda. Su destreza hacía buena falta, porque los piratas eran cada vez más numerosos. Su padre y el capitán Beceiro se habían colocado espalda contra espalda y a estocadas se defendían de sus enemigos, sin ceder un palmo. Pero Isabel apenas tuvo tiempo de alarmarse, porque Elvira haló de ella.

—Vamos, ayudadme con ese hombre.

Se refería a un caballero del pasaje que había recibido un tajo en la cabeza. Tenía el pelo y el rostro ensangrentados y se retorcía en las tablas con grandes gestos de dolor. Las dos mujeres cruzaron entre la barahúnda de hombres, medio agachadas, ensordecidas por los gritos y disparos, casi asfixiadas por el humo, llegaron junto al caballero, lo agarraron por las piernas y tiraron de él hacia la tolda. Tenía el rostro irreconocible, pero por las vestimentas pudieron saber que se trataba del marido de la señora Plácida. Esta, sin alterarse, vertió el agua de un balde sobre la cabeza de su esposo y todas pudieron observar que el corte, aunque le había rebanado media cabellera, no le había partido el hueso. A continuación se remangó la falda y cortó una buena tira de su refajo para poder vendarle la cabeza. Otras mujeres acarreaban ya a otro herido, y eran estos tantos que enseguida se vieron desbordadas.

Para hacer más grande la confusión, desde el navío enemigo comenzaron a lanzar sobre la cubierta de la Virgen de las Nieves alcancías incendiarias que al caer se rompían y provocaban fuegos que nadie se preocupaba ya de apagar. Isabel, ayudada por Elvira, trataba de rescatar a otro herido al que le habían cortado una mano cuando una de las alcancías se quebró a su lado; parte del aceite le salpicó la falda y el fuego no tardó en prenderla. Se puso en pie y empezó a gritar, olvidada de su propia seguridad. Un proyectil zumbó junto a su oreja derecha y agachó instintivamente la cabeza. Elvira, mientras tanto, le rasgaba la falda, se la quitaba de encima y con ella daba furiosos golpes sobre las llamas. En su turbación, con la vista puesta en el frente, Isabel se percató de que un hombre la observaba desde el castillo de proa del navío pirata, un hombre con expresión grave y mirada de águila. Parecía algo irreal, en medio

del humo que la brisa deshilachaba, de la algarabía de gritos y lamentos, del entrechocar de hierros, el traquido de disparos y el crepitar de los fuegos. Pero fue sólo un instante. Elvira terminó de apagar el fuego y de un fuerte tirón la hizo agacharse tras la borda y volver a la realidad.

Cogieron entre ambas al mutilado y lo llevaron junto al barbero, que no daba abasto para atender a los heridos.

Los piratas estaban poco a poco haciendo retroceder a los españoles, que se batían ya a la desesperada. La mayoría de los cuerpos que yacían sobre cubierta pertenecían a la dotación de la nao. Hasta una de las mujeres había sido herida y se acurrucaba junto a los mamparos del castillo de proa. Del padre de Isabel y del capitán Beceiro no había rastro. En aquel momento, dos piratas, uno de ellos tuerto y el otro con una barba que semejaba un campo en barbecho, se fijaron en ellas. Los ojos les brillaban como si los hubiera iluminado directamente un rayo de sol. Se desentendieron de la batalla y corrieron a su encuentro, causando un gran alboroto entre el grupo de mujeres. Con los brazos extendidos y profiriendo aullidos en inglés los hombres parecían querer abarcarlas a todas. Sus rudas manos buscaban sus pechos, sus caderas, el vuelo de sus faldas. Pisoteaban a los heridos sin consideración, como caballos en celo. Al barbero, que protestó por su salvajismo, le endilgaron una estocada en el vientre y a doña Plácida, que golpeó a uno de ellos en sus partes pudendas, le partieron la nariz de un puñetazo.

El de la barba irregular, que también tenía los dientes podridos, se fijó en Isabel, quizá por vestir sólo la enagua, e intentó abrazarla. Ella lo esquivó con un rápido quite, salió de la tolda y se dirigió a la escala del alcázar. A su espalda oía gritos femeninos, pero no los entendía. A media subida, el pirata la cogió del tobillo y la hizo caer sobre las tablas del combés. Se dio un buen talegazo que le magulló codos y rodillas, pero se revolvió con agilidad y corrió hacia la borda de estribor, donde de nuevo le dio alcance el hombre. Estaba a unos pies de distancia y abría los brazos para evitar que se le escapase. Sonreía, seguro de su presa, y seguía profiriendo frases incomprensibles. Isabel abrió la boca para chillar, pero en ese instante uno de los barriles de pólvora, alcanzado por un disparo o por alguna alcancía de aceite, estalló violentamente y la onda expansiva la lanzó por encima de la borda.

Vio un destello blanco que lo abarcó todo, sintió que el rostro le ardía y la cabeza le estallaba. La caída al vacío se le hizo eterna. Lo veía todo de color blanco, e incluso dudó de seguir viva. La frialdad del agua la despejó. Se había hundido dos o tres brazas y había tragado unas cuantas buchadas, pero braceando con fuerza logró salir a la superficie. Se hallaba entre los cascos de los dos navíos: el inglés estaba intacto, pero a la Virgen de las Nieves parecía que un monstruo marino lo hubiera masticado entre sus fauces. Tenía una enorme vía de agua en el costado, la cubierta y la arboladura estaban envueltas en llamas y no tardaría en convertirse en una verdadera pira. La gente saltaba al agua para tratar de salvarse, amigos y enemigos. En el navío pirata habían cortado todos los cabos que lo mantenían unido a la nao y maniobraban para alejarse.

El mar, que desde cubierta le había resultado tranquilo, estaba allí abajo bastante movido, con olas de regular altura que la obligaban a bracear sin descanso. Isabel sabía nadar lo suficiente para no hundirse como una piedra, pero no estaba segura de cuánto conseguiría mantenerse a flote. Tenía miedo de que hubiera una nueva explosión, y nadó para alejarse de la agonizante nao. Cuando el lomo de una ola la levantaba podía ver un cúmulo de cabezas que sobresalían del agua, aunque le resultaba imposible distinguir unas de otras. Estos buscaban tablas, cofres o barricas donde asirse, esos braceaban desesperados sin saber a dónde ir y aquellos se hundían y volvían a salir, boqueando y escupiendo agua, para luego hundirse definitivamente. Y no podía hacer nada para salvarlos. ¿Dónde estaría su padre? ¿Y Elvira?

Se fijó en un madero que flotaba a la deriva y nadó hacia él, procurando no perderlo de vista. La ropa empapada tiraba de ella hacia abajo y cada brazada le costaba un gran esfuerzo, pero finalmente consiguió alcanzarlo. Se trataba de un tablón grueso, de sección rectangular, de los que sujetaban la tablazón de las cubiertas, pero no recordaba el nombre que le daban los marineros. De momento, a ella le servía de asidero. ¿Qué había sido de su hermano? ¿Qué iba a ser de ella? Comenzó a llorar y las lágrimas se mezclaban con el agua del mar. Le escocían los ojos y apenas entreveía el casco de la nao, cada vez más hundido. Todavía había gente a bordo. ¿Por qué no saltaban? ¿Acaso no sabían nadar? La deriva la estaba acercando al Black Crow, en cuya borda los piratas

habían desplegado una red basta, hecha de maromas anudadas, para que los náufragos pudieran salvarse. ¿Salvarse para qué? ¿Para caer en las manos de esos salvajes? Pero dejarse morir era un pecado capital que la conduciría directamente al infierno. Y ella no quería condenarse.

El madero era difícil de dirigir, y tardó un rato en alcanzar el costado del navío. Había cada vez menos cabezas sobresaliendo del agua —¿cuántos se habrían ahogado?—, y las pocas que había se aproximaban, como ella, al buque pirata. Al fin logró poner una mano en la red, luego la otra, y tirando con fuerza pudo salir del agua, chorreando, y subir poco a poco por la inestable escala. Se sentía sin fuerzas. Alzó la cabeza para ver cuánto restaba y lo que vio le encogió el corazón: un montón de rostros feroces que no apartaban la vista de ella. Se detuvo y pensó en soltarse.

—¡Vamos, señorita, seguid adelante! —le gritó una voz en un castellano incorrecto.

Volvió a levantar los ojos, pero no identificó a nadie en concreto. Juan Ugalde, a su izquierda, trepaba por una estacha, y ese detalle la animó a continuar.

Al llegar arriba unas manos rasposas la alzaron sin consideración y la metieron dentro. Quedó de rodillas sobre las tablas. Antes de que hubiera recuperado el resuello se vio rodeada por una jauría hambrienta que se lanzó sobre ella y, a tirones y manotazos, le arrancó la ropa que llevaba.

Deseó haber muerto.

Primera parte

Primavera de 1585 a otoño de 1586

La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Garcilaso de la Vega, *Sonetos*

I

1
Mar Báltico

Había marea baja y la playa, que apenas tenía pendiente, resultaba inmensa. El agua, de un color verde sucio, se hallaba en calma. Las olas, en líneas casi paralelas, levantaban las crestas con pereza y se abatían con mansedumbre sobre la arena, alargando sus lenguas y marcando una línea lobulada más oscura.

La primavera estaba entrada y dos hombres esperaban junto a un batel varado en la orilla. Uno de ellos se entretenía observando jugar a una pareja de niños delgados y fibrosos que hacían cabriolas, se perseguían y se tiraban puñados de arena entre risas y gritos, ajenos por completo a su presencia. Tenían las caras redondeadas, los ojos claros y el pelo corto, y aunque uno era rubio y el otro completamente albino, se notaba que eran hermanos. Llevaban los cuerpos rebozados en arena y se cubrían con sendos calzones de lana tan empapados que se les bajaban a cada rato, mostrando el arranque de las nalgas.

El cielo estaba azul con algunas nubes muy altas y claras que no conseguían restarle brillo al sol; sin embargo, la mañana era fresca. El hombre echaba en falta la capa, que había dejado sobre el catre de su camarote, y ver así a los niños, casi desnudos, le daba escalofríos.

El niño rubio parecía algo mayor, pero el albino era más ágil, más escurridizo y travieso. Le lanzaba al otro a la cara pellas de arena mojada y se retiraba corriendo. Su hermano lo perseguía para vengarse, pero el albino hacía rápidas fintas para esquivarlo. Luego se agachaba, cogía a la carrera otro puñado de tierra con el que formaba una nueva pella y se la tiraba. La última le acertó en los ojos y el niño rubio corrió a enjuagárselos en la orilla y volvió dispuesto a castigar la afrenta. Después de varias carreras

infructuosas, consiguió ponerle una zancadilla y derribar a su compañero de juegos. Se montó a horcajadas sobre él y le restregó una y otra vez arena mojada por la cara, hablándole en un idioma que el hombre no comprendía. El albino movía la cabeza de un lado para otro y escupía la arena que le entraba en la boca, pero no cesaba de reírse, lo que parecía restarle mérito a la victoria de su hermano.

Wismar era un puerto con mucho movimiento. En la amplia ensenada había anclados, aparte de los pesqueros, más de veinte mercantes entre cocas, urcas, naos y filibotes. Una buena parte de ellos lucía la enseña de la Liga Hanseática, pero también las había inglesas, imperiales, danesas y de otros reinos que asomaban al Báltico. El tráfico de lanchas y gabarras entre la playa y los navíos no cesaba.

Al borde de la arena se veía una línea de construcciones altas, de ladrillo rojo, con profusión de ventanas y con los tejados muy pendientes o escalonados. La ciudad estaba más allá de los almacenes, oculta por la muralla, de la que sobresalían sólo las torres más altas.

De uno de los almacenes salieron dos mujeres que se dirigieron a buen paso al encuentro de los hombres. La más joven riñó a los niños por estar perdiendo el tiempo, y estos corrieron hacia el almacén.

—Señor Duport, no puedo aceptar las cantidades que me habéis ofrecido —dijo la otra con sequedad. Iba con el pelo recogido y cubierto por una cofia, lo que confería a sus rasgos una dureza algo hombruna.

—Son las mismas que el año pasado —protestó al aludido sin mucha convicción.

—Los precios han subido.

—Decid mejor que los habéis subido, señora Lange.

—No me echéis la culpa a mí, sino al rey de España. —La expresión de estupor de su interlocutor fue grande, por lo que la mujer se sintió obligada a explicarse un poco mejor—. La grandísima cantidad de plata americana que ha acuñado y puesto en circulación está inundando el mercado. Y eso le resta valor a la moneda y hace que aumenten los precios.

El hombre se encogió de hombros. La economía de Europa le

traía sin cuidado. Una gaviota con un pez en el pico pasó cerca de su cabeza y lo salpicó con algunas gotas de agua.

—El fardo de seda de Colonia cuesta sesenta y tres táleros —retomó la mujer el negocio, mientras la otra atendía en silencio a la plática—, pero os lo podría dejar en sesenta, y el barril de clavos de acero, treinta y cuatro, aunque puedo bajarlo a treinta.

—El precio de los clavos lo veo justo, pero la tela… Son cuarenta fardos los que nos vamos a llevar y no puedo pagaros más de cincuenta y cinco táleros por cada uno.

—Cuarenta fardos es lo mínimo que se despacha aquí —respondió ella al punto—. Hay mercaderes que embarcan el doble o el triple. Puedo bajároslo en un tálero.

—Os ofrezco cincuenta y seis.

—Cincuenta y seis y tres cuartos.

—Cincuenta y seis y medio, pagados en reales de a ocho.

—Me parece bien, por esta vez. —La mujer se escupió en la palma de la mano y se la tendió, y el hombre se la estrechó. Se habían estado entendiendo en francés—. Prepararé el certificado de venta con sus sellos. Y vos preparad el dinero.

—Os entregaré hasta el último real cuando la mercancía esté cargada y estibada.

Duport se rio con carcajadas prolongadas y sonoras y la señora Lange sonrió abiertamente por primera vez.

—Sois un buen negociante, señor Duport.

—Me viene de familia.

—¿Aún seguís interesado en viajar con los barcos de los que os hablé?

—Desde luego.

—Dejad que os presente entonces a mi sobrina —dijo la señora Lange, e hizo una seña para que se acercase la otra mujer—. Señor Duport, esta es Eva Falk. Ella comanda los barcos.

El hombre intentó esconder la sorpresa que tal declaración le produjo y se llevó la mano al ala de su chapeo, a modo de saludo. Eva Falk cabeceó levemente. Tenía la piel muy blanca, tanto que el sol, en lugar de dorarla, la enrojecía. El pelo era rubio, alborotado alrededor de la cara y recogido en la nuca con una pequeña coleta. Iba vestida con una blusa clara, un corpiño oscuro que le realzaba el escaso busto y una falda del mismo color, bastante corta, que

dejaba ver debajo unas calzas que se alargaban hasta el tobillo.

—Saldremos mañana, señor Duport —lo informó Eva Falk con una firmeza inesperada. La voz era ligeramente ronca y sus ojos lo miraban con agudeza—. Haremos escala en Amberes y nos quedaremos en Dunquerque.

Una tos a su espalda le hizo volver la cabeza a Duport. Su compañero reclamaba su atención.

—¿Vamos a viajar con ella? Sólo tiene dos barcos —le dijo en castellano—. Dentro de poco saldrá una flotilla más numerosa.

—Prefiero viajar en pequeño grupo, Pascual. Las flotas grandes son el objetivo predilecto de los piratas zelandeses. Y no digamos de los ingleses.

—A mí estas alemanas no me dan buena espina.

—Creo que la señora Lange es sueca, pero entiende unas cuantas palabras de castellano, así que ten cuidado con lo que dices —lo corrigió Duport.

Ninguna de las mujeres dio muestras de sentirse aludida. La señora Lange se había hecho a un lado, dando a entender que el negocio ahora era con su sobrina.

—¿Qué habéis resuelto, señor Duport? Porque quiero zarpar antes del alba —preguntó con cierta brusquedad Eva Falk. El viento movía las hilachas amarillas que le rodeaban la cara.

—Entonces habrá que comenzar la carga cuanto antes.

2
MAR BÁLTICO

Al regresar a bordo de la nao Diana, Pascual Laiseca se desahogó de los enojos que llevaba dentro. Era un santanderino de mucho carácter pero buen fondo al que Gabriel del Puerto había reclutado para sustituir al anterior maestre. Laiseca había sido piloto antes que maestre y tenía la mar metida en la sangre. Pocas personas podrían enseñarle algo que no supiera. Quizá por eso se inmiscuía en todos los asuntos de la nao, tuvieran que ver con el flete, la navegación o la estiba. Pero Gabriel conocía bien su pericia y aguantaba sus asperezas con paciencia.

—Las mentiras tienen las patas muy cortas, capitán —empezó

Laiseca algo acalorado—. No sé a cuento de qué seguimos haciéndonos pasar por franceses.

—Las mentiras son útiles.

—Pero peligrosas si nos descubren.

—Más peligroso es presentarse como católicos en esta tierra de herejes. Ea, Pascual, dejemos los debates, que hay que darse prisa con la carga.

—Esa es otra. Vaya precio que nos han cobrado por el cargamento… Más caro que la última vez.

—Todas las mercancías nos han costado en este viaje más que en el anterior. Pero si crees poder hacerlo mejor, adelante, negócialas tú.

—Un cuerno voy a negociar yo —exclamó el señor Laiseca, pero Gabriel sabía que era el último trueno de la tormenta—. No soy ni el dueño de la nao ni el armador, sólo el maestre. Si vos estáis de acuerdo en perder el dinero, no seré yo quien os lo impida.

—Hala, vayamos fuera, a prepararlo todo.

La Diana, una nao de pequeño arqueo, se la habían comprado Gabriel del Puerto y Martín Robledo, su viejo socio, a un corsario inglés en las islas Azores hacía ya algunos años. De su antigua tripulación sólo quedaban a su lado un par de españoles, otros dos franceses, un portugués, un holandés llamado Jerónimus, más ladino que un pirata berberisco, y Antonio Martínez, un náufrago al que los indios de la Florida habían esclavizado y apodado Mahagüini, que era como pronunciaban ellos su apellido. También el piloto había cambiado. El actual era un flamenco católico, Frans Vermeulen, que resultaba insustituible para navegar aquellas aguas.

Acarrear las mercancías desde el almacén hasta la bodega de la nao les llevó la mitad de la tarde. Para facilitar la tarea, la señora Lange le alquiló, por unos marcos, una gabarra de buenas proporciones. Al finalizar el último viaje, Gabriel la acompañó al almacén y le hizo entrega de tres saquetes de cuero de becerro llenos de monedas. La mujer se sentó junto a una mesa de madera oscura, pulida por el uso, y procedió a vaciar el dinero y contarlo. Sus dedos robustos se movían con rapidez y agilidad por las piezas de plata, que iba apilando según su valor: reales, dos reales, tostones y duros. Mientras lo hacía, Gabriel se acomodó en el borde de una banqueta y pasó revista a las mercancías que abarrotaban

aquel almacén, bien ordenadas y apiladas. Había allí fardos y líos de tela, balas de lana, enormes bobinas de hilo, cestas con cintas de colores, arcones con ropa elaborada, calzas, camisas, jubones, toneles de diferentes tamaños y grosores, cántaras de vino y aceite, barricas de miel, cajas rellenas de paja y objetos de vidrio, planchas y barras de hierro, de bronce y de otros metales; aparejos para los barcos, cabos, estachas, lona, motones, anclotes, palas y remos. Al fondo del local, cerca de la puerta trasera por la que accedían las carretas, había varios montones de pescado seco que atufaban el aire. Y sólo era la primera planta.

Los dos niños se habían acercado a la mesa donde la señora Lange trabajaba y la observaban en silencio. Debían de tener prohibido interrumpirla mientras contaba el dinero, porque no dijeron una palabra.

—No se parecen mucho a vos —comentó Gabriel cuando le vio anotar las cantidades en un grueso cuaderno.

—Es que son míos —dijo a sus espaldas la voz ronca de Eva Falk.

—¿Y su padre?

—Son sólo míos —respondió ella de manera tajante.

Gabriel escrutó su rostro con impertinencia, tratando de calcular su edad. ¿Treinta quizás? No era una mujer especialmente hermosa, pero se mostraba dotada de una enorme fuerza de voluntad, algo necesario, por otra parte, para dirigir una flotilla mercante. Pensó que era una curiosa sociedad la que formaban la tía y la sobrina.

—Paráis poco por aquí, señora Falk —comentó Gabriel, picado por la curiosidad—, pues hasta ahora no os he visto.

—Me paso la vida navegando, señor Duport. ¿No os pasa a vos lo mismo? —dijo la mujer con expresión amable, pero no risueña. Sus ojos de color azul intenso lo miraban, sin embargo, con agrado.

—No sabría qué deciros. En estos mares y puertos dedica uno más tiempo a negociar los fletes y cargar y descargar las bodegas que a navegar.

—¿Y qué otros mares puede haber?

Iba a responderle Gabriel que el Atlántico abierto, donde las travesías duraban semanas, si no meses, cuando los interrumpió la señora Lange, que ya había concluido con los apuntes.

—Faltan cuatro táleros y medio, caballero.

—Ah, no. El dinero está justo, mi señora. Sabéis bien que un tálero tiene cuatro décimas partes menos de plata que una pieza de a ocho, y que su plata es menos pura. En realidad, vos me debéis a mí uno, pero os lo dispenso a cuenta de que vuestra sobrina nos vaya a guiar en la salida del Báltico.

—Estáis en todo, Duport —respondió ella con cierto disgusto mientras su sobrina dejaba escapar una breve carcajada. Después metió el dinero en una pesada caja de hierro que cerró con dos candados, y dio el trato por concluido.

Zarparon antes del amanecer, con la brisa terral. La embocadura del puerto de Wismar era amplia y salieron de él con facilidad. Los tres barcos navegaron en conserva, aunque guardando las distancias para no quitarse el viento. La Diana iba en el centro y la flanqueaban, a sotavento y a barlovento, los dos filibotes de Eva Falk, que eran navíos estrechos y de poco calado, muy adecuados para la navegación por aquellos mares. A pesar de estar preparados para el transporte, cada uno montaba varias piezas de artillería. Eran tiempos duros para el comercio. Salvaron con buena ventura los difíciles pasajes entre las islas de aquella zona del Báltico, rodearon la península de Jutlandia por los estrechos de Kattegat y Skagerrak y después navegaron hacia el sur, hasta las islas Frisonas, ya en el mar del Norte, donde se hacía necesario extremar la vigilancia para evitar un mal encuentro. Los *gueux*, corsarios de las Provincias Unidas, se movían por aquellas aguas con la patriótica intención de estorbar el comercio a los españoles y sus aliados, y la menos noble de engrosar el bolsillo a costa de cualquier navío desprevenido. Ni a daneses ni a holandeses les hacía gracia la competencia de la Liga Hanseática.

A la altura de la isla de Ameland avistaron, entre ellos y la costa, dos corsarios bien armados que los siguieron a cierta distancia durante buena parte del día. Por la tarde hicieron un rápido acercamiento sobre la Diana, que navegaba más al sur. Con la misma rapidez, los filibotes de la señora Falk se alinearon con ella y lograron disuadirlos de atacar, pero no se retiraron.

—Señor Vermeulen, ¿creéis que podríamos darles un susto? —preguntó Gabriel a su piloto.

—No es buena idea perseguirlos, si es lo que estáis pensando, capitán. Esos barcos son más rápidos que la nao.

—Pero tenemos el barlovento a nuestro favor.

—Aun así, en cualquier momento podrían virar y atacarnos por ambas bandas.

Gabriel calló. Estaba apoyado en la borda de babor, con los ojos fijos en las siluetas de los corsarios. Le parecían unos buques admirables, algo más pequeños que los de Eva Falk, pero con castillos más bajos, mástiles más altos y mejor artillados. ¡Ah!, si él pudiera contar con un navío así, otro gallo le cantaría.

Al atardecer habían sobrepasado Texel, la más occidental de las islas Frisonas, pero los *gueux* continuaban a la vista. La señora Falk hizo botar un esquife y se aproximó a la Diana para explicarles la estrategia que debían seguir durante la noche. Venía acompañada del capitán del otro barco, un hombre desabrido llamado Dewulf.

—Antes de que salga la luna cambiaremos la derrota al oeste franco, para alejarnos de tierra, y a medianoche caeremos al sur sudoeste —les indicó con mucha seguridad la mujer—. Navegaremos sin ninguna luz, por lo que habrá que ser muy cuidadosos.

—La mar está un poco revuelta —apuntó Gabriel, rascándose la descubierta cabeza.

—Por eso mismo —dijo Dewulf con un despecho que no venía a cuento. Gabriel y Laiseca intercambiaron una mirada.

La visita fue breve, y al poco tiempo el batel surcaba las grises aguas hasta alcanzar el costado de la Piedad de Wismar, la nave de Falk, y luego se dirigió al filibote de Dewulf.

Para no extraviarse ni chocar, Gabriel situó a un hombre en el bauprés y un vigía en cada cofa, y se turnó con el maestre y el piloto para hacer guardias, pero la navegación resultó tranquila, y, al amanecer, no había rastro de los corsarios. Variaron nuevamente el rumbo y navegaron hacia el sur. La mayoría de los barcos que se movían por aquellas aguas eran pequeños y de poco calado, adaptados a las costas de Flandes, poco profundas y llenas de canales. Además, sus armadores preferían hacer fletes más reducidos, y numerosos, que tener que esperar días o semanas en un puerto para completar una carga.

El sol caía hacia poniente cuando avistaron el estuario del Escalda, que era amplio, de corriente lenta y pródigo en bancos de arena. A varias leguas hacia el interior se hallaba Amberes, la meca

del comercio, la ciudad más próspera y con mayor empuje mercantil en el norte de Europa.

—Muchos barcos hay aquí —comentó Vermeulen, el piloto, cuando hubieron lanzado las anclas y una vez que la nao quedó asegurada. Aunque el piloto se conocía bien el río, preferían aguardar a la primera marea de la mañana para seguir hasta la ciudad.

—Y algunos son de guerra —añadió Pascual Laiseca, señalando hacia el este—. Quizá sea mejor largarnos mientras podamos.

La escala en Amberes tenía como propósito completar la carga con unos tapices flamencos y contactar con Enrique Mújica, un corredor de seguros burgalés que se encargaba de cubrir los riesgos de la ruta flamenca. El señor Mújica deseaba renegociar la póliza, dado que con el corso inglés habían aumentado todavía más los peligros de la navegación por el mar del Norte.

Sin embargo, Gabriel no pudo llevar a cabo sus planes. Poco después de haber fondeado, la señora Falk los informó del motivo de tanta aglomeración de navíos en el estuario.

—Las fuerzas del general Farnesio han puesto cerco a Amberes y cerrado la navegación por el río con una especie de puente sobre barcas, para evitar que los sitiados reciban pertrechos y alimentos —dijo la mujer—. Los rebeldes han abierto los diques y anegado muchas tierras, donde sus barcos merodean como avispas. Los combates son muy reñidos y la navegación por el Escalda, casi imposible.

Aunque el contacto de Gabriel con Flandes se limitaba a los puertos en los que tocaban, sabía que Alejandro de Farnesio, gobernador de Flandes, desplegaba desde el sur una ofensiva que había recuperado para el rey Católico numerosos territorios y ciudades.

—¿Qué pensáis hacer vos, señora? —le preguntó a Eva Falk cuando terminó de comunicarles las nuevas.

—No voy a arriesgar mis barcos subiendo por ese río, señor Duport. En Dunquerque puedo encontrar lo que venía a buscar aquí.

Gabriel valoró unos momentos la situación con sus hombres, y resolvieron continuar con ella. La mujer pareció alegrarse de la decisión y le prometió enviarle, más tarde, una bandera de la Liga Hanseática.

—Así estaréis más seguros. La situación de la guerra es muy cambiante, y nunca se sabe en manos de quiénes estará cada plaza. En realidad, debería habérseme ocurrido antes la idea, pues una flotilla resulta menos sospechosa cuando todos sus barcos navegan bajo el mismo pabellón.

3
DUNQUERQUE

Dunquerque era uno de los puertos más peligrosos y mejor resguardados del mar del Norte. La estrecha embocadura se hallaba detrás de un largo islote de arena cubierto de dunas. Más allá, hacia el lado del mar, había una serie de bancos de arena fósil, bastante someros y más o menos paralelos a la costa, que podían despanzurrar fácilmente un navío de mediano calado. Era preciso conocer bien aquellos fondos, o contar con buenos pilotos, para que el arribo a Dunquerque no se convirtiera en una tragedia.

La ciudad había sido reconquistada el año anterior por las tropas de Farnesio, que necesitaba con urgencia puertos en el mar del Norte desde los que abastecerse y mantener las comunicaciones con España.

Una vez traspasada la bocana, el puerto interior constaba de varias ensenadas pequeñas donde fondeaban todo tipo de barcos. La Diana y los dos filibotes largaron anclas en una de ellas.

Aquella era la última escala antes de regresar a España, y Gabriel dio un día de asueto a su tripulación. Por la tarde, después de haber hecho aguada y haber cargado vituallas, bajó a tierra en compañía de Mahagüini.

—Espéranos aquí —le ordenó al remero—, aunque se venga la noche.

Los dos hombres cruzaron la playa y siguieron un tramo de la muralla que rodeaba a la ciudad en todo su perímetro. A la derecha del pequeño muelle comercial había un castillo con un amplio patio de armas, guarnecido por una compañía de los tercios. A uno y otro lado de la villa se extendían amplios arenales con dunas y muchos molinos de viento. Delante de la muralla se había formado una calle provisional de puestos ambulantes, casetas de madera y lona o

simples chamizos en donde se vendía y se compraba, se cerraban tratos y enrolaban marineros, y donde muchas tripulaciones holgazaneaban o se entretenían con la bebida, el juego y otros pecados menos veniales. El interior de la villa no era mucho mejor, y abundaban en él las tabernas, posadas y lupanares. Aunque también había hermosas construcciones, como la iglesia mayor, con su alta torre gótica, el elevado pináculo del ayuntamiento y algunas casas suntuosas de comerciantes acomodados o de miembros de la nobleza.

Los dos hombres penetraron por la bien custodiada puerta del mar y callejearon hasta encontrarse con un pequeño canal que alimentaba el foso. Dunquerque era una ciudad cosmopolita, poblada por gentes de lugares muy distintos que hablaban lenguas diferentes. Había flamencos, valones, alemanes, franceses, españoles, italianos, ingleses y otros pueblos del norte. Siguieron el canal durante un par de manzanas, dejando a su derecha el camposanto, hasta que desembocaron en un callejón estrecho e irregular. Unas casas eran de piedra, otras de tierra y argamasa y otras simples chabolas. Cerrando el callejón, y apoyada contra la muralla sur, se alzaba un edificio de tres plantas, con grandes vigas oscuras a la vista, pocas ventanas y un tejado muy inclinado de losas grises dispuestas como escamas.

La puerta estaba entornada, y Gabriel la empujó y entró seguido de su amigo en el oscuro vestíbulo de la posada de Las Tres Grullas.

A la izquierda, una escalera de madera comunicaba con las otras plantas. Al otro lado había una mesa baja y pequeña en la que una mujer probaba, agachada sobre ella, el tamaño del mantel que estaba cosiendo. Alzó la vista y les preguntó de forma mecánica qué deseaban.

—Buscamos al señor Boucher —dijo Gabriel con la voz más agradable que pudo poner—. Se alojaba aquí, al menos hace unos meses.

—Se alojaba, señor.

Los hombres esperaron en silencio a que la mujer agregase algo más. Tenía las carnes secas y amarilla la piel del rostro y de las manos, vestía ropajes oscuros y se arropaba los hombros con una toquilla de punto. Hacía fresco allí dentro.

—¿Sabéis por ventura dónde podemos localizarlo? —La voz de

Gabriel sonó menos amable.

—No tengo la menor idea de dónde vive ese bribón. Y tampoco me interesa saberlo. —Al decir esto se enderezó, cruzó los brazos y los miró de frente. Tenía unos ojos oscuros y suspicaces.

Gabriel asintió y se dio la vuelta. Algo malo le habría hecho Boucher. Cuando se disponía a abrir la puerta, la mujer volvió a hablar.

—Os recomiendo que lo busquéis en la taberna de El Gran Caimán. Tengo entendido que allí malgasta su tiempo y sus caudales.

La taberna mencionada se hallaba en un lateral de la explanada de justicia, donde el cadáver reciente de un condenado pendía de una guindola de madera con forma de ene minúscula. En la fachada, colgando de un barrote horizontal, campeaba una tabla ajada por la intemperie con el tosco dibujo de un caimán con las fauces abiertas.

A aquellas horas había sólo dos parroquianos acodados en un rincón de la taberna, y a Gabriel y Mahagüini no les costó distinguir, detrás de la barra, la figura del antiguo pirata. Llevaba un parche verde en el ojo izquierdo y se entretenía en matar las moscas con un trapo sucio y húmedo.

Ante la indiferencia del tabernero, Gabriel se acercó al extremo opuesto de la barra y dio un buen golpe sobre el grueso tablón.

—Por vida que me las vais a pagar —exclamó el hombre con mucha fiereza, pero al verlos cambió de expresión y corrió junto a ellos—. ¡Ah! Capitán l'Avide, señor Mahagüini, dichosos los ojos que os ven.

Pasó al otro lado de la barra, dio un manotazo en la espalda de Mahagüini y abrazó a Gabriel contra su enorme corpachón.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Un año? ¿Dos?

—No, Boucher, hace sólo nueve meses que nos vimos.

—Pues a mí me han parecido muchos más. —Sin más trámites, el hombretón cogió tres jarrillas de barro y las rellenó del contenido de una botija que tenía apartada entre dos cubas de madera—. Para mi capitán, la mejor cerveza. —Luego alzó su jarrilla en silencio y le dio un trago generoso.

Gabriel lo imitó, pero la bebida le supo muy amarga y casi tuvo

que escupirla. Se preguntó cómo sería la cerveza más infame.

—Te has acomodado, ¿eh, Boucher?

—Eso jamás, capitán. Pero esta guerra todo lo revuelve. Hace un año Dunquerque estaba en manos de los rebeldes, ahora está en las de los españoles, y mañana pueden ser los ingleses. Creí más conveniente tomarme un respiro. De modo que invertí en esta taberna lo que quedaba de mi fortuna. Además, a mi querida Hilde no le gusta que me aparte de su lado.

—¿Hilde? ¿Así se llama tu esposa?

—No estamos casados, pero no hables tan fuerte, que tiene el oído muy fino —le advirtió Boucher al tiempo que señalaba con el pulgar una puerta que había a sus espaldas.

—No parece que el negocio sea muy boyante —dijo Gabriel con algo de guasa mientras miraba a su alrededor.

—No creas. En este nido de piratas, cada vez que una tripulación hace una presa, yo hago mi agosto. Son muchas las tabernas que tiene la villa, pero hay dinero para todas. Además —añadió, acercando el rostro a ellos y bajando la voz—, corre el rumor de que Farnesio está dispuesto a conceder cartas de marca a todos los que hagan corso contra los enemigos de la Corona. Imaginaos lo que eso supondrá para Dunquerque.

La noticia sorprendió tanto a Gabriel que por unos momentos no supo qué decir. Boucher aprovechó para descargar el trapo sobre un grupo de desprevenidas moscas que libaban de una mancha grasienta de la barra.

—Me cuesta creer que el rey Católico, que lleva décadas combatiendo el corso, se haya decidido a armarlos por su cuenta —dijo por fin Gabriel.

—¿No lo hacen sus enemigos? —terció Mahagüini.

—¿De qué te sorprendes? —apuntó Gastón Boucher con vehemencia—. La situación cada vez se vuelve más comprometida. Los piratas holandeses y zelandeses están perjudicando el comercio marítimo por estas aguas. Y ahora también los ingleses. ¿Por qué no pagarles con la misma moneda? Y no hay un puerto mejor que este, ubicado en lo más estrecho del canal de La Mancha y bien resguardado. El daño que nuestros corsarios podrían infligirles es enorme.

—¿«Nuestros»? Tú eres francés, Boucher —dijo Mahagüini.

—Y ya no navegas —dijo Gabriel.

—Para el capitán l’Avide lo haría. Voto a Barrabás que sí —juró Boucher, y enseñó una línea irregular de dientes y mellas y una sonrisa feroz.

Gabriel le aguantó la mirada un instante. Luego movió la cabeza y miró al fondo de la taberna, a una pared de tablas mal ensambladas con una puerta tapada por una cortina más sucia que el trapo que enarbolaba su antiguo contramaestre. El suelo era de baldosas, el techo alto y en un lateral había un hogar de piedra ennegrecido y apagado.

—Sabes que ahora soy un honrado comerciante, Gastón. Tengo mi propio barco y una esposa que cuidar. Los tiempos del capitán l’Avide y de la piratería quedaron atrás.

Boucher perdió el entusiasmo que por un momento lo había poseído. También el flemático Mahagüini pareció decepcionado.

—¿Y qué has averiguado de mi encargo? —dijo Gabriel, cambiando de tercio—. No creerás que he entrado en este agujero sólo para ver cómo va tu negocio…

Boucher, que hasta entonces había mantenido un tono de chanza, puso cara de circunstancias, alzó las cejas y volvió los ojos hacia arriba.

—Ninguna noticia, capitán. Ni del felón de Trenton ni mucho menos de tu hermana. Y puedes estar seguro de que he preguntado a cualquier marino, pirata, negociante y borracho que ha pasado por aquí. He aguzado el oído cuanto he podido y me he metido en conversaciones que ni me iban ni me venían, en especial cuando había ingleses de por medio. Pero no he logrado enterarme de nada. Y créeme que lo siento. Sé lo importante que es para ti encontrar a tu hermana.

Gabriel dejó escapar un leve suspiro. Daba por hecho que su antiguo cofrade no habría averiguado nada nuevo, e iba preparado para ello, pero en el corazón de los hombres siempre hay un rescoldo de esperanza imposible de apagar.

Gabriel había pasado años tras el rastro, cada vez más tenue, de su hermana Isabel, que había sido capturada frente a la Florida por un corsario inglés llamado Sackfield. También él había caído en manos de otro corsario, o pirata, que las diferencias no siempre

estaban claras, un francés llamado Ricard con el que había navegado durante un tiempo. Después de una larga y accidentada búsqueda dio con Sackfield en las Azores. El corsario le confesó que su primer oficial, un tal John Trenton, se había encaprichado de Isabel y había desembarcado con ella en Belle-Île-En-Mer con idea de pasar a Inglaterra. Desde entonces, Gabriel había visitado no sólo Belle-Île-En-Mer, sino todos los puertos franceses de Bretaña y del canal de la Mancha. Y algunos ingleses, en los que se había dedicado durante semanas a mezclarse con tripulaciones de navíos, pataches y pesqueros, y a visitar cuanta cantina, posada y burdel encontró, indagando en vano por un oficial llamado Trenton.

Pero el tiempo pasaba sin que hubiera podido hallar una sola pista sobre ellos, por mínima que fuera, y ya desesperaba de poder hacerlo. La imagen de su hermana, tan vívida al principio, se iba desvaneciendo. A veces se preguntaba si sería capaz de reconocerla si la viera. O si seguiría viva. Mas no abandonaba la búsqueda, pese a los reveses, y no dejaba de acercarse a cualquier marinero inglés que se cruzara en su camino, ni de visitar, cada vez que recalaba en Dunquerque, a su antiguo compañero, que le había prometido mantener los oídos aguzados.

Tras varios azumbres de vino que los llevaron a recordar las correrías y aventuras pasadas, Gabriel y Mahagüini abandonaron El Gran Caimán. Las sombras se adueñaban de las calles de Dunquerque.

En el muelle se toparon con la señora Falk, que acababa de bajarse del batel. La acompañaban Dewulf, que iba elegantemente vestido, y un fornido marinero con el cabello rapado.

—Señor Duport, ¿volvéis ya a vuestra nao?

—Tengo entendido que Dunquerque es un lugar peligroso por la noche —dijo Gabriel, que trató de hacer una graciosa reverencia.

—Os veo un poco achispado —rio ella, apartándose ligeramente

de sus acompañantes y dándole pie a Gabriel para que hiciera lo propio.

—Ha sido la alegría de encontrarme con un viejo amigo.

—Debéis de apreciarlo mucho, entonces —replicó la señora Falk. Su boca se frunció con travesura y sus ojos se achinaron.

—Aprecio más su vino. ¿Y vos? No son horas para que una dama se pasee por el puerto. —La palabra «dama» la dijo con una entonación distinta, pero la mujer no supo si era considerada o burlona.

—No soy ninguna dama, y, como veis, voy en buena compañía. En cualquier caso, si desembarco es porque pienso pernoctar en la villa.

—Puedo recomendaros un lugar a vuestra altura.

Otra vez dudó la mujer del sentido de aquellas palabras, aunque no se sintió ofendida.

—Dunquerque es una de mis escalas habituales, y la conozco bien. Hasta podría serviros de guía.

—Por mi alma de pecador que sois una mujer sorprendente.

Eva Falk se lo tomó, esta vez sí, como un piropo.

—¿No vais a reconsiderar quedaros esta noche en tierra? —preguntó con una sonrisa llena de promesas.

—Una invitación tentadora, Eva, que ningún hombre en su sano juicio rechazaría.

—Pero vos sí.

—Si la aceptase, podría sentir la tentación de traicionar a alguien que me espera en otro puerto.

—Vos lo habéis dicho: en otro puerto.

Gabriel dejó escapar una risa forzada, sacudió la cabeza y se encaminó al batel, donde Mahagüini y el remero lo estaban aguardando.

II

1
SAINT JAMES, HAMPSHIRE

El suelo se mueve bajo ella con un balanceo irregular. Es una sensación que le resulta desagradable, que le causa incluso temor. Para olvidarla intenta concentrarse en el oscuro bordado, moviendo la aguja y pasando los hilos, pero el bastidor se mueve también y le cuesta enfocar la vista en el paño. El dibujo está tan enmarañado que es difícil distinguir de qué se trata. Puede ser cualquier cosa, un paisaje, una escena de caza, unos árboles o el mar. Pensar en el mar la hace sudar, la frente se le llena de gotas y la aguja se resbala entre sus dedos, un mar tenebroso que parece moverse sobre la tela con vida propia, un mar que resuena en sus oídos, olas furiosas, y el viento, un viento fortísimo que aumenta el balanceo y hace casi imposible dar una nueva puntada. La aguja surge de repente entre la maraña de hilos, como emerge un corcho hundido en un barril de agua, y se pincha en el dedo y se forma una gota roja, gruesa, que tiembla y se derrama sobre la piel en un reguero cada vez más abundante. Cae sobre el bordado, se mezclan los colores, se remueven, y surge entre las olas oscuras una boca, también oscura, las líneas duras de una cara, una barba desastrada y unos ojos como pozos que miran a los suyos con fijeza obsesiva. La cara sonríe con maldad infinita, se escapa del paño y tras la cara viene un hombre que se abalanza sobre ella, rasga sus vestiduras, recorre su cuerpo con manos heladas, le hace mucho daño, le aprieta el cuello con zarpas que son tenazas, y ella quiere respirar, pero no puede, abre la boca, pero no hay aire, boquea como un pececillo fuera del agua, se asfixia, se asfixia.

De pronto todo se esfumó. Su pecho se hinchó y aspiró el aire que la rodeaba y, resollando con ansiedad, abrió los ojos.

La habitación estaba a oscuras. Isabel miró instintivamente hacia

su izquierda, al lugar donde se hallaba la ventana, y no percibió ni un resquicio de luz entre las rendijas de los postigos. Estaba empapada por el sudor y tenía el cuerpo frío. La oscuridad era tan completa que por un instante dudó de dónde estaba y la invadió un pánico intenso y repentino. Pero del otro lado del lecho le llegó la respiración acompasada del hombre y su pánico se alejó con la misma rapidez con que había aparecido. Se enderezó en la cama, cruzó los brazos y se relajó. No quería despertar a su compañero, pero este tenía el sueño muy ligero y se giró y le preguntó si estaba despierta.

Isabel le acarició el pelo sin responder.

—¿Has tenido otra pesadilla? —volvió a preguntar con voz amodorrada.

—Ajá —murmuró ella. Una pesadilla recurrente que llevaba mucho tiempo aterrorizando sus noches—. Anda, duérmete, que mañana va a ser un día fatigoso. —Al decir aquello, Isabel recordó la preocupación con la que se había ido a la cama.

Su marido se dio la vuelta e intentó dormirse, pero Isabel lo sintió removerse inquieto y a los pocos momentos colocó el almohadón en la cabecera del lecho y se sentó.

—Ven aquí —dijo, y alargó su brazo a tientas, lo pasó por sus hombros y la atrajo hacia sí. La cabeza de Isabel quedaba justo bajo su nariz y ella sabía que estaba olisqueando sus cabellos. Le gustaba hacer aquello. Muchas veces se lo había dicho: que le encantaba aspirar el aroma que desprendían. Estuvo acariciando el hombro derecho de Isabel con descuido, pero luego la apretó más contra su pecho y quiso tomarla. Isabel lo dejó hacer. Le resultaba agradable sentir sus besos en el rostro y en el cuello y sus manos recorriéndole la piel. Eran unas manos grandes pero sensibles, que se movían con ternura y destreza. Ya habían hecho el amor aquella noche, pero era la última que pasarían juntos en mucho tiempo. Le subió con delicadeza el camisón y lo sintió sobre ella. Abrió más las piernas para recibirlo y él la penetró con lentitud mientras la besaba en los labios y le acariciaba los senos. Prosiguió moviéndose de la misma manera, procurando no hacerle daño, hasta que el vaivén de sus caderas se aceleró, y se aceleró más, y terminó en un sacudimiento, en un gemido sofocado. A veces ella gozaba haciendo el amor con él, pero no en aquella ocasión, con la pesadilla tan reciente. Sólo

sintió cierta voluptuosidad con sus caricias y el calorcillo agradable de su piel. Estaba segura de que él lo percibía, pero nunca le había dicho nada. La respetaba a su manera, aunque no siempre hubiera sido así.

Isabel no fue capaz de volver a dormirse. Sonaron las campanas dos veces y una tenue claridad se filtró por los postigos y bajo la puerta. La habitación olía a humo viejo y a madera. Hacía casi dos años que habían llegado a Hampshire, a la casa de los señores Gardiner, y durante todo ese tiempo apenas se habían separado. Su marido había ayudado a su padrastro en el gobierno de las empresas familiares, variadas, prósperas y no siempre lícitas, explotación de los bosques, cobro de alquileres a los arrendatarios de la cercana aldea, contrabando y flete de navíos que ejercían la piratería a pequeña escala. Pero su verdadera pasión era el mar, pasión contenida por un tiempo, y no pudo, ni quiso, rechazar la invitación de un viejo conocido para acompañarlo en una sugestiva aventura marinera en la que su propio padrastro participaba como armador particular.

—Es una empresa importante, Lizzie —le había dicho él ante las reiteradas pegas que Isabel le ponía.

—Es sólo un viaje de exploración.

—No, querida. El viaje de exploración ya tuvo lugar. —Su esposo era un hombre por lo general directo, poco dado a la verborrea, que hablaba sólo cuando lo consideraba preciso—. El capitán Amadas ya recorrió el año pasado las costas del norte de la Florida. Ahora se trata de fundar una colonia y reclamar aquel territorio para Inglaterra. Detrás están hombres principales que no arriesgan sus dineros en balde. Puede haber honor y riquezas.

—Ya tienes bastante dinero. ¿Para qué quieres más?

—¿Y tú me lo preguntas? —Su esposo intentaba mostrarse amable, pero la paciencia se le agotaba deprisa—. ¿No me has insistido acaso en que tengamos una casa propia, una vida aparte de mi familia? Pues este es el camino. —Se le hinchó la vena que le cruzaba la sien izquierda y frunció el ceño, y eso no era buena señal. Prefirió callarse y dejarlo estar. De todos modos, estaba decidido a partir.

Isabel apartó las mantas y se levantó. Realizó sus abluciones en la penumbra, después abrió los postigos y dejó que la luz inundara

la estancia, la cama de roble, el cabecero de listones torneados en forma de doble huso, dos alfombras ajadas, una a cada lado del lecho, un pequeño tocador, un aguamanil y dos taquillones iguales de sencilla factura. Una de las paredes estaba adornada con un hermoso tapiz con un motivo oriental.

—Arriba, remolón, que ya es tarde —le dijo a su marido.

2
SAINT JAMES

Cuando John Trenton salió al jardín, los demás estaban terminando su desayuno. Había sobre la mesa varios platos con comida, una pata de jamón cocido más que mediada, una bandeja con huevos revueltos, leche, vino, una hogaza de pan y bizcocho dulce. La mañana era luminosa y la temperatura agradable para estar al aire libre. En el cielo se veían algunas nubecillas que apenas ocultaban su azul intenso. El sol había asomado por encima del tejado e iluminaba ya la mesa. Alrededor de ella se sentaban sir Humpfrey Gardiner, su esposa, su hija e Isabel. Una criada hizo ademán de servir al recién llegado, pero fue Isabel quien se levantó para escanciarle una copa de vino dulce y cortarle unas lonchas de jamón, de las que Trenton dio cuenta de pie. Era un hombre alto, con una abundante cabellera rubia hasta los hombros, la nariz tan recta y bien definida que parecía una pirámide, la expresión seria y los ojos brillantes. Estaba pulcramente afeitado y la piel del rostro y de las manos aparecía tostada por la intemperie.

—¿Ya estás listo, muchacho? —le preguntó su padrastro con llaneza. La señora Gardiner, antes Trenton, había enviudado joven y había vuelto a casarse con un primo de su difunto marido, sir Humpfrey, que había acogido y educado a sus dos hijos, aún pequeños, como si hubieran sido propios. Ninguna diferencia hacía entre ellos y Mary, la única superviviente de los tres retoños que habían engendrado juntos.

—El baúl con mis cosas está listo desde ayer, padre —respondió Trenton mientras hacía presa de otra loncha de jamón—. Lo cargaré en la mula y después partiré hacia Portsmouth. Allí me espera una pinaza que me llevará a Plymouth.

Isabel terminó de beber su tazón de leche, lo dejó sobre el mármol de la mesa, se acercó a su marido y le rodeó la cintura. La señora Gardiner torció el gesto y quiso compartir su contrariedad con su hija a través de la mirada.

La casa de los Gardiner era una antigua abadía que el padre de sir Humpfrey había adquirido en tiempos del rey Enrique VIII, cuando se embargaron y vendieron numerosas propiedades de la Iglesia de Roma. De aquello hacía casi medio siglo, y, primero el padre y después el hijo, le habían hecho al edificio una serie de reformas para adaptarlo a las necesidades familiares y hacerlo más confortable. El viejo Gardiner, cuya tumba acompañaba en el cementerio a las de muchos frailes anónimos, había tenido buena vista y había adquirido, junto a la abadía, muchas de las tierras pertenecientes a la congregación, algunas dedicadas al cultivo, pero la mayoría bosques tupidos de robles, hayas, fresnos y olmos. Un filón de madera cuyo precio no paraba de subir a causa de la construcción naval.

—No me gustan los sermones, muchacho —sir Humpfrey tenía la costumbre de llamar así a su hijastro, pese a sobrepasar este ya la treintena—, pero quiero que entiendas que este viaje es una oportunidad que no debes desaprovechar. Los años de correrías con ese capitán Sackfield y tu desembarco tan poco ortodoxo te han cerrado algunas puertas, por eso es tan importante que no falles en esta empresa.

El constante ascenso social de sir Humpfrey Gardiner y su desahogada posición económica le habían permitido establecer vínculos con destacados miembros del firmamento isabelino. Walter Raleigh, el actual favorito de la reina, había convencido a un buen número de caballeros acomodados y terratenientes del sur para participar como inversores particulares en la fundación de la primera colonia inglesa en las Indias Occidentales. Una empresa que formaba parte de la estrategia de expansión ultramarina del reino y que contaba con el beneplácito real.

—Nada debéis temer, padre —respondió con tal seriedad Trenton que no parecía que estuviera siendo cuestionado—, más allá de los imponderables de una travesía por mares remotos y tierras desconocidas —añadió con una sonrisa casi imperceptible.

—Dejad la cháchara, que el tiempo apremia —dijo su madre,

que se levantó de la mesa con brusquedad, atravesó el patio y entró en la casa.

La salida de la señora Gardiner hizo languidecer la reunión. Mary y su padre no tardaron en levantarse. Isabel se quedó junto a Trenton mientras terminaba con su pitanza. En apenas una hora habría partido hacia su destino, pero no hallaba un tema de conversación que no tuviera nada que ver con sus cuitas y aprensiones.

Aquella iba a ser una separación larga, y tenía sentimientos encontrados. Si bien le causaba cierto temor verse sola con su familia política, por otro lado se alegraba de poder distanciarse de su marido y analizar sus propios sentimientos.

John se había casado con ella y le había dado un hogar, pero antes habían ocurrido tantas cosas terribles que era mejor no pensar en ellas, borrarlas de su recuerdo, aunque no de sus pesadillas. Su esposo la había rescatado de una vida horrorosa, había sido un ancla para no perder la cordura, un parapeto entre la seguridad y el más terrible de los abismos. Si seguía viva, se lo debía a él. Y también le debía la caballerosidad de consagrar su unión y evitarle la humillación de presentarla ante los suyos como una vulgar concubina. Y lo quería por ello, por su amor y constancia, aunque en ocasiones John la trataba como a un pajarillo caído, recogido en medio de la tormenta. Pero ¿y ella? ¿Cuál era la naturaleza su amor?

—Anda, cambia esa cara, Lizzie, que estaré de vuelta antes de que puedas darte cuenta —dijo Trenton, sacándola de sus pensamientos. Se había sentado y se limpiaba los labios con una servilleta—. Si las cosas salen bien, en pocos años puedo amasar una buena fortuna y tener un hogar propio, donde criar a nuestros hijos.

Trenton tiró de ella, la sentó sobre sus piernas y le acarició la mejilla y el pelo. La criada se había acercado para retirar los restos del desayuno.

—Dios te oiga.

—Dios no tiene nada que ver con esto.

—Eres peor que un hereje —le respondió ella cuando la criada hubo desaparecido, pero su marido pareció no haberla oído.

—Atiende, porque ya no tendremos otro instante a solas —le

dijo, con el rostro súbitamente grave—. Es necesario que tomes algunos cuidados en mi ausencia. Los problemas con España hacen que la gente vea con suspicacia a cualquier extranjero, sea de donde sea. Las autoridades asedian a señores y pecheros con nuevos impuestos, muchos lo pasan mal y pagan su descontento con el más débil. —Trenton la miraba con ojos cariñosos, pero hablaba con una seriedad no exenta de preocupación—. Por fortuna, tú tienes el pelo castaño y el cutis muy claro y podrías pasar por inglesa. —El hombre le acarició el cabello y aspiró nuevamente su aroma antes de proseguir—: Hablas bien nuestro idioma, pero debes continuar mejorando tu dicción. Ah, y ten cuidado con las cosas de la religión. En este condado hay muchos papistas, pero mi familia es incondicional de la reforma anglicana. Creen que por mí estás volviendo tu corazón hacia la verdadera fe, y debes dejar que sigan pensándolo. No se te ocurra asistir a ninguna misa católica. Las autoridades están endureciendo las leyes contra vuestros sacerdotes y sus cultos, y la denuncia de un simple criado podría ponerte en peligro. Nadie es de confianza en estos momentos. Y, por favor, deshazte de esa biblia en latín.

—Pero me la regalaste tú, John, y es mi único consuelo espiritual —protestó ella—. ¿Cómo voy a tirarla?

—Pues escóndela en el fondo de un baúl y no la saques de allí. —Le levantó la barbilla y la miró a los ojos hasta que ella por fin asintió.

3
Río Escalda, Flandes

Las aguas del Escalda estaban frías aquel atardecer, y una neblina rastrera había comenzado a emanar de ellas. El día, despejado y claro, había dado un poco de tregua a las ateridas tropas, pero en cuanto el sol se puso arrastró consigo su efímera tibieza. En el puesto de guardia los soldados estaban más alerta que nunca. Una media milla aguas arriba, el río marcaba una curva pronunciada que les impedía ver la ciudad de Amberes, sitiada desde hacía varios meses por las tropas de Alejandro de Farnesio.

—Ya empieza el baile —dijo Sancho Crespo, uno de los

soldados, al tiempo que señalaba hacia un tenue resplandor rojizo que se destacaba en la oscuridad.

—Natural, hoy la marea baja antes —respondió su compañero Parrita. Después se frotó las manos y sopló en ellas para calentarlas. Aquellos soldados formaban parte de la dotación de una de las lanchas destacadas para proteger el puente que cortaba el cauce del Escalda.

El resto de la escuadra permanecía atento a la curva, por donde vieron aparecer, al poco, cuatro navíos con las cubiertas incendiadas. Los rebeldes flamencos llevaban varios meses intentando destruir con aquellos y otros artificios el puente de Farnesio, abrir el río a la navegación y conectar con las tropas holandesas que ocupaban su desembocadura. Hasta entonces sólo en una ocasión habían conseguido hacer saltar por los aires una sección del puente, pero, pese a las bajas causadas, los hombres del duque lograron detener el asalto de la flota rebelde y recomponer el puente.

—Voto a Satanás que hacen una hermosa vista —juró Pechoabierto, un hombre alto y ancho con la nariz doblada y algunos dientes podridos.

—Qué razón tienes, Román —concedió Alonso de Alconchel, un soldado con expresión dura y feroz mostacho. Y en verdad que daba gusto observar cómo las llamas destacaban sobre el pálido cielo crepuscular y llenaban de reflejos rojizos la bruñida superficie del río.

—Dejaos de admirar el paisaje y aprestad los remos, mis señores, que tenemos faena por delante —dijo el cabo Duarte Salazar. A su voz cesaron las bromas. Mientras unos soldados se sentaban en los bancos, otros aprestaban las largas pértigas que empleaban para desviar los brulotes.

El general Farnesio había dispuesto que una agrupación de lanchones estuviera permanentemente preparada aguas arriba del puente para interceptar y neutralizar los brulotes antes de que lo alcanzaran.

—Ahora, soldados. ¡Bogad, bogad sin temor! —gritó Duarte, a popa de la embarcación.

La embarcación se separó de la orilla y cogió velocidad. Más abajo, otros tres lanchones siguieron su estela. Los hombres se

afanaban en los remos. Algunos eran veteranos de la jornada de las Azores y sabían bien cómo tripularlas. El cabo Salazar manejó el timón con habilidad y se dirigió hacia el brulote más cercano, pero apenas habían avanzado unas cuantas brazas cuando otro brulote estalló con un ruido atronador. Las aguas parecieron de repente de color amarillo. Los hombres detuvieron la boga y contemplaron en silencio la humareda levantada y las astillas y pavesas ardientes que caían al agua. Por fortuna, ninguno de los lanchones había llegado a su altura y no hubo que lamentar pérdidas.

—Qué mala leche tenía esa puta mina —comentó Pechoabierto.

—Vaya si la tenía —apuntó otro soldado.

—Hale, al remo, mis señores, que el trabajo está aún por hacer —dijo el cabo Salazar.

Los hombres, olvidado el pasatiempo, volvieron a la boga. A medida que se aproximaban a su objetivo el resplandor aumentaba y se hacían perceptibles el crepitar de la madera ardiendo y el olor a resina quemada. Cuando por fin se hallaron a la altura de su presa se abarloaron a ella, aunque manteniendo la distancia para no incendiarse también. Entonces comenzó la parte más delicada de la misión: apoyar las dos pértigas que portaban en el costado del brulote para desviar su rumbo hacia una zona despoblada de la orilla. Sin embargo, aquel estaba tan bien lastrado que resultaba muy difícil hacerlo derivar.

Las llamas iluminaban los rostros barbados y cansinos de los hombres. La neblina fluvial y el frío se habían desvanecido por completo.

—Aprieta fuerte, muchacho, que no quiero que nos reviente encima —le dijo Alonso de Alconchel al joven que lo acompañaba en la pértiga.

—Estos bastardos cada vez nos lo ponen más difícil —dijo Román Pechoabierto, que se esforzaba en la otra pértiga.

—No esperarás que se queden de brazos cruzados mientras apretamos la soga en torno de ellos —se burló el de Alconchel.

—Yo no veo soga por parte alguna, sino barro y frío, y agua, mucha agua.

—Esto es la guerra, señor mío.

—A mí me lo vas a decir —respondió en medio de un pujido Pechoabierto—. Pero prefiero las aguas abiertas, limpias y

profundas del mar —prosiguió al cabo de un instante— antes que este océano de campos anegados, aguas estancadas, nieblas y cieno asqueroso cuyo pútrido olor se te mete hasta el fondo del gaznate y no hay forma de librarse de él.

—No es preciso añadir más, señor cabo. Lo he entendido a la perfección.

A pesar de las pullas, Alonso de Alconchel y Román Pechoabierto eran buenos amigos, y llevaban muchos años combatiendo en la misma escuadra, ya fuera en los arrabales de Argel, en las playas de Terceira o en los canales de Flandes.

Los demás hombres seguían remando con denuedo para vencer la resistencia de la máquina y variar su rumbo. Pero no había manera, pues el brulote, además del lastre de la bodega, tenía en la proa un cargamento de hierros afilados para aumentar su inercia y cortar, de paso, cualquier soga o amarra que se encontrara en el cauce. De repente, una de las pértigas se rompió con un chasquido seco y Alonso de Alconchel y el soldado bisoño se fueron de bruces al agua. El lanchón se desequilibró y estuvo bamboleándose sobre las aguas unos momentos hasta que los hombres lograron estabilizarlo.

—Ea, dejad la otra pértiga y ayudad a subir a los hombres —mandó Duarte. Pero el de Alconchel no hizo caso de la orden y, en unas pocas brazadas, se allegó hasta el brulote por la popa. Por fortuna para el soldado, el viento soplaba río abajo y azuzaba las llamas hacia la proa de la embarcación.

Con rapidez y determinación, el de Alconchel se aferró con la mano izquierda a la hundida regala, desenvainó una daga de la que nunca se separaba y comenzó a cortar el grueso cabo con que los rebeldes habían amarrado el timón. Había perdido su chapeo y el perfil visible de su rostro parecía una media luna amarilla y brillante. Con los dientes apretados, el soldado pugnaba en la tarea.

—Date prisa, Alonso —lo apremió Pechoabierto, que tenía la otra pértiga preparada.

—Hago lo que puedo —respondió resoplando el soldado. Y apenas había dicho tal cuando el cabo se rompió, zumbó en el aire con violencia y lo golpeó en el hombro y le hizo caer al agua.

Con el timón suelto, fue más fácil desviar el pesado artefacto y hacer que enfilase hacia la orilla opuesta.

—Ya es suficiente. Ayudadlo a subir y larguémonos de aquí —ordenó Duarte Salazar, y al poco el lanchón se alejaba del navío incendiado—. Puto loco —añadió cuando su hombre se hubo acomodado en uno de los bancos, empapado y temblando de frío.

El ingenio estalló poco después y un suspiro de alivio se elevó de la lancha. Los dos brulotes restantes fueron desviados de la misma manera por sendos lanchones y encallados en la orilla, lejos de la estacada y del puente.

Ya en tierra, al amor de una hoguera, el de Alconchel pudo secar sus ropas y entrar en calor.

—¿Dónde nos enviarán mañana? —preguntó Pechoabierto.

—Adivínelo Dios —respondió Duarte.

—Para mí que ni él lo sabe —apostilló Alonso de Alconchel, a quien todavía le castañeteaban los dientes.

Aquella noche no hubo más brulotes y los soldados de los lanchones pudieron terminar la guardia sin mayores sobresaltos. En otro sector del cerco, sin embargo, más al oeste, debió de haber jaleo, porque se escuchó, por un rato, ruido de cañonazos y algarabía de combate.

4
FUERTE DE LA CRUZ, FLANDES

Alejandro de Farnesio, duque de Parma y sobrino del rey Felipe, llevaba tres años como gobernador de Flandes y general en jefe de sus tropas. Con una aguda visión diplomática, había sabido leer el tablero político del momento y atraerse al bando realista a las provincias católicas y valonas del sur de Flandes, descontentas con el giro religioso que estaba tomando la rebelión. Gracias al apoyo de estas provincias, al refuerzo de los tercios españoles e italianos que habían tomado parte en la guerra de Portugal y a su talento militar, en poco tiempo logró reconquistar para su rey casi todo el sur de aquel territorio.

Con gran parte de la cuenca del río Escalda en su poder, el duque de Parma emprendió la toma de Amberes, el corazón económico de Flandes.

Para cercarla e impedir que entraran en ella alimentos,

mercancías, pertrechos militares o tropas de refresco, Alejandro de Farnesio estableció un imponente despliegue ofensivo y defensivo formado por una serie de fortines que controlaban el laberinto de diques y contradiques que rodeaban la plaza. Pero el eje sobre el que pivotaba todo el dispositivo era el corte del río Escalda por medio de un puente situado en uno de sus meandros, dos leguas aguas abajo de la ciudad. La obra de ingeniería arrancaba, en cada una de las orillas, con una plataforma erigida sobre pilares de más de treinta varas clavados en el lecho del río. Ambas plataformas se conectaban entre sí, en la zona central del cauce, por medio de una línea de barcas puestas en paralelo, amarradas por gruesas cadenas y protegidas por troncos y estacas.

Pero el asedio no estaba siendo sencillo. En absoluto. El heterogéneo ejército realista, formado por tropas valonas, alemanas, italianas y españolas, había pasado varios meses envuelto en una guerra desesperante por terrenos anegados, lodazales, marismas, islotes y canales. Cuando los rebeldes abrían las esclusas de los diques, los soldados realistas se veían expuestos a furiosas avenidas de agua, y cuando intentaban cortar los contradiques, debían salir de los fuertes y defender al descubierto las estrechas franjas de tierra. Pese a ser atacados por dos frentes, desde el norte por la rápida y versátil flota rebelde y desde el sur por los barcos y tropas de la ciudad, los hombres de Farnesio mantenían las líneas y Amberes se hallaba cada vez más aislada y desabastecida.

El fuerte de la Cruz era un bastión formidable, cuadrado y macizo, con una torre cuadrangular de refuerzo en cada esquina. Veinte piezas de artillería erizaban sus almenas, y lo guarnecían varias compañías del tercio del coronel Cristóbal de Mondragón. Estaba situado justo en la confluencia de dos diques y era un punto fundamental en el sistema defensivo realista.

Duarte Salazar había subido a una de sus torres para disfrutar del hermoso crepúsculo. La altura de la atalaya le permitía contemplar un enorme paisaje, desde la oscura línea del mar hasta las cúpulas y tejados de los edificios más altos de Amberes. En la desembocadura del río, a lo largo de su cauce y en las zonas inundadas se arracimaban, en pequeñas formaciones, los navíos de la flota holandesa. Al otro lado, junto al muelle de Amberes, podía observarse el pequeño bosque que formaban las arboladuras de los

barcos allí recogidos. El rojo sol jugaba al escondite con una franja discontinua de nubes bajas y lanzaba, de tanto en cuanto, cálidos guiños que se reflejaban en las aguas empantanadas. Atrás quedaban las inclemencias invernales, y el soldado sonreía al sentir en la piel la agradable brisa que soplaba del interior.

—Muy pensativo te veo, señor sargento.

—Deja de llamarme «sargento» a cada rato, Alonso. Sabes que mi empleo es de cabo.

—Pero tienes grado de sargento —insistió su amigo—. Nadie en este ejército podría cuestionar el nombramiento que te hizo el mismísimo capitán general de las armadas de España.

Duarte sonrió al recordar a don Álvaro de Bazán, a cuyo servicio había estado años atrás, durante la campaña de Portugal. Había llegado a tomarle cariño al viejo militar, a sus secos modales, su valor frío y su aplastante seguridad en la victoria.

—Pero no hay plaza de sargento en esta compañía, y ahora soy cabo de escuadra. Y no soy el único. Pechoabierto tiene el grado de cabo y ahora pelea como un soldado más. Y tiene más años de servicio que yo.

—No es lo mismo. A Román lo degradaron por insubordinación.

—Por insubordinación no, por enmendarle la plana a un caballero entretenido que no entendía una higa de atacar posiciones. Pero es igual, Alonso. Tú y todos debéis tener cuidado, porque si el capitán Verdugo llega a enterarse de que me tratáis de sargento, voy a tener un serio problema.

Alonso sonrió, trazó con la mano un garabato en el aire que le restaba importancia al asunto y cambió de tema.

—Esta noche estamos libres de servicio y pensamos visitar a las lavanderas del real.

El soldado se refería a las busconas del campamento principal, que haciendo de lavanderas pasaban más desapercibidas y se ganaban unos reales extraordinarios.

—¿Aún tienes sueldo para pagarles?

—Conozco a una buena amiga que me fía los servicios.

—Tú y tus amigas… —se burló Duarte.

—¿Vendrás? Sé de otra que pagaría por estar contigo.

Duarte recordó de inmediato a la mujer a la que se refería Alonso, pero rechazó la oferta. Aquella tarde se encontraba

nostálgico. Echaba de menos a una regatera de Lisboa que le había ganado el corazón. Había estado viviendo con ella un año entero, antes de partir para Flandes, y se habían hecho mutuas promesas de reencuentro.

Y también añoraba a su padre, su hogar y su tierra natal. Muchas cosas habían ocurrido desde que abandonara Terceira, en Azores, por un desafortunado lance en el que acuchilló al padre de su prometida. Ah, suspiró, al recordar a Marcia Henriques, su primera novia. El amor que se profesaban, la felicidad e intimidad que compartían se habían apagado lentamente, como las ascuas de un brasero, azotadas por el destino y el tiempo y la distancia. Mas en vano era lamentarse. El padre de Marcia era un importante seguidor de don Antonio de Avis, y él tuvo que huir a la isla de San Miguel, donde sus habitantes habían tomado partido por el rey Felipe. Allí dio comienzo su carrera en el ejército, que jamás creyó que se alargaría tanto. La primera unidad en la que sirvió fue la compañía de infantería embarcada de don Nuno Sousa, un portugués que peleó y cayó con honor en la batalla de Salga, más tarde se alistó en una bandera de infantería embarcada en la flota de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que lo puso a su servicio y lo promovió al empleo de sargento. Con él vivió dos años de campaña naval y anfibia que finalizaron con la toma de Angra, la capital de las Azores. Volvió a Portugal, pasó un año en el tercio de Bobadilla y después fue destinado a Flandes, donde él y sus compañeros fueron reasignados a la compañía del capitán Juan Verdugo para rellenar las bajas que había sufrido. Y allí estaba, pasando frío y calamidades en los campos de Flandes, siguiendo una enseña que había hecho suya, encuadrado en una bandera de españoles, convertido en uno más y rodeado de compañeros que eran como los hermanos que nunca había tenido.

—Si cambias de opinión, salimos a la hora de vísperas.

—Pues os deseo mucha suerte, porque parece que vamos a tener movimiento —dijo Duarte al tiempo que señalaba hacia el río.

—Menudos cenizos estáis hechos los portugueses, señor sargento.

El sol se había ocultado detrás del horizonte y el cielo se vestía de tonos turquesas y anaranjados. El lucero de la tarde les lanzaba un guiño postrero antes de esconderse él también.

III

1
Costa sur de Inglaterra

Saint James, la heredad de los Gardiner, se hallaba en la cara sur de las Downs de Hampshire, casi a la misma distancia de Fareham que de Portsmouth, adonde se dirigió Trenton montado en un bayo fuerte, de cola y crines negras y bien cuidadas. Lo seguía un mozo que tiraba de una mula cargada con su baúl. En el último momento lo había querido acompañar Isabel con la disculpa de volverse con el caballo, pero él no se lo permitió. No le gustaban las despedidas. Menos aún, las largas.

Parte del camino discurría por zonas boscosas y otra parte por campos de labor, con cerros suaves y valles umbríos. Había algunas cuadrillas de leñadores sacando madera y un abundante tráfico de acémilas y carretas en el camino. Tras una subida empinada, alcanzaron la cima del monte que dominaba Portsmouth.

Al llegar a la ciudad Trenton descargó sus pertenencias en la posada donde solía hospedarse. Como apenas había empezado la tarde, envió al mozo de vuelta a Saint James con las bestias. Libre de su impedimenta, John Trenton se encaminó al puerto donde estaba atracada una buena cantidad de embarcaciones, entre grandes, medianas y pequeñas. Portsmouth, por estar situada frente a los puertos franceses de Cherburgo y Le Havre, era una ciudad con gran actividad comercial y militar, que el recrudecimiento de la guerra de Flandes había hecho aumentar. A su habitual suma de corsarios locales había de agregarse otra no menor de calvinistas holandeses, que aprovechaban su excelente ubicación para aguardar el paso de mercantes desguarnecidos. Unos huéspedes incómodos, los holandeses, que no siempre atacaban a quienes debían. Los vecinos de Portsmouth, en especial los comerciantes, no compartían el creciente afecto que les profesaba su reina.

Trenton recorrió las tabernas del muelle en busca del patrón de la pinaza que habría de conducirlo hasta Plymouth. Hasta la cuarta no lo encontró. Estaba sentado en una mesa con un abanico de naipes en una mano y una jarra de cerveza en la otra, jugando una animada partida.

—Llevo esperándoos desde buena mañana, caballero —fue su saludo. Era un hombre con el pelo y la barba canosos, se tocaba con un gorro de lana caído con gracia sobre una oreja y cubría su camisa con un amplio jubón de color azulado. Lo acompañaba un mozo imberbe, seguramente un paje, que hacía de criado.

—Y yo os envié aviso de que llegaría a mediodía.

—Pero ya ha pasado la hora sexta.

—¿A qué hora tenéis pensado zarpar? —preguntó Trenton, que no quería perder el tiempo en réplicas inútiles.

—Con la siguiente marea.

La marea no tardaría en cambiar, de modo que no había tiempo que perder. El patrón le indicó dónde se hallaba su barco y le prestó a su criado para que lo ayudara con el baúl. Antes de que el sol declinara demasiado la pinaza salió al Solent, el brazo de mar que separaba la isla de Wight de tierra firme, y poco después navegaba por aguas del canal de la Mancha.

Desde la borda del pequeño navío, Trenton veía perderse de vista las abruptas costas de Hampshire. No era hombre dado a la melancolía, pero ya echaba de menos a Isabel. Había conocido a muchas mujeres y amado a algunas, aunque a ninguna como a ella. Recordaba la primera vez que la vio a bordo del Black Crow. Una prisionera más que caía en manos de una tripulación salvaje y hambrienta de mujer, una prisionera muy hermosa por la que apenas sintió nada. Navegar con Sackfield le endurecía el corazón a cualquiera, pero había que tener mucho estómago para ignorar los repetidos abusos a que la sometió la tripulación, los agravios y humillaciones, los azotes y patadas y pinchazos que recibió. Cuando la oyó gemir y sollozar y suplicar por su propia muerte, cuando la vio saltar por la borda para morir ahogada antes que seguir sufriendo ese suplicio, algo se removió en sus entrañas, abandonó la cómoda pasividad que había mantenido y se la arrancó a la fuerza a aquella jauría de bestias.

El crepúsculo se adueñaba del mar. Un cielo oscuro y púrpura

como su ánimo, con algunas nubes lejanas, cerraba el horizonte. La tierra era apenas un esbozo negro y la luna, en cuarto creciente, no tardó en señalarles el camino.

Aquel patrón conocía bien su nave y la ruta, y la mañana siguiente entraron en la bahía de Plymouth, uno de los mayores puertos naturales de Inglaterra, rodeado de baluartes y fortines. La pinaza dejó atrás la isla de San Nicolás y desembarcó a Trenton en Sutton Pool, junto a la vieja fortaleza medieval, a la entrada de la ciudad, que tenía un espíritu diferente a Portsmouth. Pese a estar las dos en el canal de la Mancha, aquella miraba al Atlántico. De su puerto habían partido, y a él habían regresado, muchas de las expediciones hacia mares y tierras lejanos, el Caribe, Terranova o el Pacífico.

Philip Amadas paraba en la posada del Cisne. Era un hombre algo mayor que Trenton, grande, de caderas anchas y espesa barba pelirroja. Se habían conocido muchos años atrás, siendo los dos jóvenes, en una expedición de Walter Raleigh que buscaba el paso del noroeste, una ruta alternativa para viajar a Catay y la especiería. La travesía fue durísima, las tormentas los azotaron sin cesar, sufrieron muchas penalidades, perdieron a la mitad de la tripulación y regresaron a Inglaterra sin haber obtenido ningún éxito. Pero los infortunios unen a los hombres, y ellos dos, aunque se hubieran visto poco, seguían considerándose amigos.

Cenaron en la posada en compañía del capitán Arthur Barlowe, segundo de Amadas en el viaje de exploración del año anterior.

—Nuestra misión consistía en recorrer las costas continentales de la Florida, lejos de San Agustín y de los españoles, para no levantar sus sospechas —dijo Amadas—, y navegamos aquel litoral ciento veinte millas hacia el norte, hasta la desembocadura de un gran río en la región de Las Carolinas.

—Buscar bahías abrigadas, con buenos fondeaderos y ríos cercanos —añadió el capitán Barlowe, de la misma edad que su compañero, pero con un aspecto más envejecido—, lugares apropiados para establecer una colonia y cultivar la tierra, conocer la disposición de los indios, sus rivalidades y relaciones con los españoles, y otros detalles que pudieran sernos útiles en el futuro. Descubrir y tomar nota. Esas fueron las órdenes de sir Walter.

—¿Y encontrasteis ese lugar?

—Desde luego que lo hicimos, señor Trenton. —Barlowe cortó el aire con las manos y apoyó sus cantos en la mesa—. Hallamos una tierra que emanaba un olor tan dulce y aromático como si hubiéramos estado en medio de un delicado jardín. Fuimos recibidos por un gran cacique llamado Grangineo, agasajados con manjares exóticos y tratados de forma muy amorosa.

El entusiasmo de Barlowe sorprendió a Trenton, que buscó confirmación en su compañero.

—Un buen lugar para poblar —fue el escueto comentario de Philip Amadas.

—¿Un buen lugar? Por Dios, Philip, no existe en el orbe entero un rincón tan desbordante de abundancia, belleza y fertilidad. Las cosechas, las aves y los animales, los suaves céfiros, frutas jugosas, lluvias estivales, flores de todos los aromas. ¿Qué más quieres?

—Pero la gloria se la llevará Richard Grenville.

El tono del capitán Amadas se había tornado más agrio y Trenton creyó percibir en él un rastro de envidia.

—Un hombre poco apropiado para comandar la expedición —apuntó Barlowe con dureza.

—Yo tenía entendido que el gobernador sería el señor Lane. —Trenton se daba cuenta de que necesitaba ponerse al día en muchos asuntos.

—Y estás en lo cierto: Ralph Lane será gobernador cuando se funde la colonia. Hasta entonces será un pasajero más.

Trenton disfrutó del encuentro. Volver a sentarse con marinos de altura y charlar con ellos sobre una nueva expedición le producía un placer singular. Le hacía recordar sensaciones que casi había olvidado. Sus compañeros estaban animados y tenían confianza en la misión que iban a emprender: la avanzada de la conquista inglesa en América. Si salía bien, sería una de las más grandes hazañas realizadas durante el reinado de Isabel. Las generaciones venideras recordarían sus nombres.

—Estamos hartos de que los españoles consideren a las Indias Occidentales de su exclusiva propiedad, amigo John —dijo Amadas con énfasis. No eran las riquezas las únicas que motivaban sus actos. Estaba orgulloso de ser inglés y deseaba engrandecer su reino y dar lustre a su nombre.

También Trenton se había sentido orgulloso de su patria, pero la

vida había acumulado en él un poso de desencanto que le impedía convertirlo en su fuerza motriz. ¿Qué eran en el fondo los reinos y las naciones, sino ideas intangibles, puras abstracciones? ¿No amaba él a una enemiga? Mas no eran pensamientos para una cena donde bullía la excitación, y Trenton los apartó de su mente y se sumó a la alegría general.

—¿Cuándo zarpamos entonces, señores?

—Antes de que finalice esta semana estaremos navegando rumbo al Caribe —respondió Barlowe.

2
SAINT JAMES

Dos semanas después de la marcha de Trenton, sir Humpfrey llevó a Saint James la noticia de la partida de la expedición. Se le veía exultante, pues también él tenía puestas muchas esperanzas en aquella empresa. Casi tantas como capitales había invertido. Sin embargo, nadie que lo conociera podría tildar al señor Gardiner de avariento. Era, más bien, un negociante lúcido, sensato algunas veces y audaz cuando la ocasión lo requería, un hombre que disfrutaba con lo que hacía y tomaba la vida como venía. Se alegraba de sus éxitos y lamentaba sus fracasos, pero sin permitir que ni los unos ni los otros le quitaran el apetito.

Su esposa y su hija no entendían de negocios ni de política internacional, y para ellas la noticia fue algo secundario. John seguía ausente, y nada sustancial había cambiado.

Tampoco para Isabel. Para ella, el verdadero cambio se había producido cuando se quedó sola. Por primera vez en mucho tiempo estaba sin la compañía de John: su presencia constante, sus atenciones, sus cuitas, afanes, deseos o su mal humor no centraban ahora sus pensamientos ni estimulaban los recuerdos. Podía darse el lujo de pensar en sí misma, en su situación y en sus propios anhelos. En pocos días le pareció recuperar su propio ser, secuestrado en cierto modo por Trenton, y aceptado por ella: resultaba más fácil, y cómodo, dejar las decisiones en otras manos, desde las más importantes, sobre las que nada podía hacer, hasta las más cotidianas. Fue una inesperada sorpresa reencontrarse. Isabel del

Puerto. No Elizabeth Trenton, ni Lizzie. Le resultaba grato poder pasar horas en su habitación, tumbada en la cama, leyendo alguno de los libros que había en la casa o su biblia *vulgata*, de la que no tenía intención de deshacerse; dar paseos a caballo por las extensas tierras de Saint James; saludar a la gente que se cruzaba en los caminos, campesinos en su mayoría; comprar cualquier fruslería en la aldea de Northwick, lindera con la heredad, o practicar inglés con su cuñada.

Sin embargo, aquella situación duró apenas lo que una caricia de sol en un día nublado. La señora Gardiner no estaba dispuesta a consentirlo, y pronto dio la primera muestra de ello.

—Elizabeth, querida, considero poco respetable que una mujer casada pasee sola por los caminos —le dijo con gravedad una tarde en el amplio salón de la casa, lo que en tiempos fue la iglesia de la abadía. Se habían añadido algunas ventanas a las que originalmente tenía, pero aun así la estancia no era muy luminosa.

—Son las tierras de la propiedad, Sarah —respondió sorprendida Isabel. La relación con su suegra no era excesivamente cordial, pero no se esperaba aquella amonestación—. Desde que partió John me encuentro algo decaída, y salir de la casa me hace mucho bien.

—La verdadera fuerza la hallarás en el Señor. Es a él a quien debes dedicar tu tiempo a través de la lectura de los textos sagrados y de la oración.

Isabel pensó que una cosa no quitaba la otra, pero prefirió asentir en silencio y no discutir con su suegra. Llevaba tiempo observándola. Sarah Gardiner tenía un carácter dominante que escondía tras un velo de refinada hipocresía. Le gustaba salirse con la suya, pero de manera solapada, en especial con los hombres de la familia, con sugerencias, consejos, medias verdades o, si era necesario, sinuosas maniobras. Era también una convencida seguidora de la reforma religiosa y mostraba una gran animosidad hacia todo lo relacionado con la Iglesia de Roma.

Isabel sabía de las dudas que la señora Gardiner albergaba acerca de su verdadera fe, y no descartaba que su suegra hubiera conseguido enterarse del par de misas católicas a las que la había llevado John. En realidad, su advenimiento no le había gustado en absoluto a su suegra. Le costaba aceptar que la esposa de su hijo mayor, a quien profesaba un amor inmenso, fuese una extranjera de

origen incierto.

La limitación de los paseos a caballo fue sólo la primera piedra del muro que la señora Gardiner trató de levantar alrededor de Isabel. Amparada en el deseo de ayudarla a habituarse a la vida inglesa, de aconsejarla sobre el recato esperado de una mujer con el marido ausente, la madre de John dispuso las directrices sobre la manera de vestir de su nuera, limitada a bastas telas grises y negras; sobre la organización de las actividades del día, más rígida que en un convento; sobre el estudio de la doctrina anglicana, la asistencia a los sermones dominicales, el uso de la cofia para ocultar su hermoso cabello o la prohibición de asistir a las ferias de los pueblos y villas aledaños.

Pero lo que peor llevaba Isabel eran las pesquisas sobre su pasado.

Cuando llegaron a Saint James, Trenton sólo les dijo que ella era una dama de noble origen a la que había rescatado de un naufragio, que se había enamorado de ella durante la travesía y que se habían casado en Francia.

—¿Con un sacerdote papista?

—Con el que había disponible, madre —le había respondido Trenton con una sequedad que no daba pie a más averiguaciones.

Pero Isabel recordaba bien las miradas que habían cruzado los demás miembros de la familia, porque todavía le duraba la vergüenza. Era evidente que nadie se había creído aquella concisa historia. O creyeron que detrás de ella había una mucho más escabrosa. A Trenton pareció no afectarle lo que pensaran. En todo caso, para tranquilizarlos a todos, la convenció de realizar una nueva ceremonia en el priorato de Saint James, ante el clérigo local, y así el matrimonio quedó registrado en el libro parroquial.

Sin embargo, desde la partida de John, la curiosidad de la señora Gardiner se había hecho voraz, y asaeteaba a Isabel con multitud de preguntas sobre el naufragio, la vida a bordo, los puertos en que habían tocado, o sobre su familia, su casa, su linaje y su pasado. En un primer momento, Isabel intentó salir del paso con vaguedades, pero la insistencia de su suegra no cejaba y ella, a quien ni le gustaban las mentiras ni se le daba bien contarlas, acabó por confesar que era originaria de Nueva España, que la nao en la que viajaba había sido hundida por el Black Crow, que su padre

había muerto durante el ataque y que John la había salvado y la había protegido de la barbarie de la tripulación.

No contenta con haber obtenido aquel ramillete de verdades, la señora Gardiner siguió adelante con sus pesquisas. Quería saberlo todo acerca de ella, hasta los detalles más humillantes. En cierta ocasión le preguntó si había mantenido relaciones íntimas con su hijo durante el cautiverio, y la indignación por aquella indiscreta pregunta le dio a Isabel las fuerzas necesarias para responderle con contundencia.

—Preguntádselo a vuestro hijo, señora, y probad qué os contesta.

Y fue mano de santo, porque las averiguaciones cesaron casi por completo, hasta limitarse sobre todo a cuestiones religiosas.

—John nos ha metido en casa a una papista —le dijo un día Sarah a su esposo. Isabel se hallaba cerca y oyó la queja, y también la despreocupada respuesta del señor Gardiner.

—A mí me parece una chica un poco perdida. Pero alégrate, mujer, porque así podrás enseñarle la doctrina de nuestra Iglesia.

—Ser papista es un delito.

—El delito es hacer proselitismo de la Iglesia de Roma. Ser papista sólo es una desgracia que tiene fácil remedio. Basta con que la traigas al redil. El Todopoderoso te lo agradecerá.

Isabel había tratado poco al señor Gardiner, que pasaba mucho tiempo fuera de casa, y no se había formado una opinión clara de él. A veces creía que estaba sometido por completo a la voluntad de su esposa y otras veces le daba la impresión de que tal sometimiento era sólo aparente, que era sir Humpfrey quien llevaba el timón del matrimonio.

La relación con su cuñada era un poco más afable, si bien Isabel percibía en ella un cierto desapego que le impedía darle ni tomarse confianzas. Tenía Mary más o menos su misma edad. Había estado prometida con el hijo de un caballero de Bristol, al que amaba mucho, pero era un hombre de naturaleza enfermiza y falleció a causa de una pulmonía. En atención a sus sentimientos, sus padres se estaban tomando con calma la búsqueda de un nuevo pretendiente. Mary e Isabel pasaban buena parte del día juntas. Bordaban pañuelos, cofias o chalinas; hacían algunos arreglos a sus vestidos; se peinaban y despiojaban; paseaban por el coqueto jardín

que había en la fachada sur de la casa; jugaban a los acertijos, a las tres en raya o charlaban sobre cosas banales.

Por voluntad propia, o a instancias de su madre, Mary se había adjudicado la tarea de educar a Isabel en la doctrina de la Iglesia anglicana, que no era tan distinta de la de Roma, más allá de que era el rey, y no el papa, la cabeza de la Iglesia en la tierra. Todas las mañanas dedicaban un buen rato a la lectura de las Santas Escrituras, así como a estudiar y familiarizarse con la liturgia anglicana a través del libro de oración común, que recogía los cultos diarios y dominicales; las oraciones de la mañana y de la tarde; las letanías, los sacramentos del bautismo, confirmación y matrimonio y otras partes de la liturgia que variaban diaria o semanalmente. Los días festivos asistían al sermón del reverendo Lamb, el clérigo que atendía Northwick y el priorato de Saint James, rezaban salmos y entonaban cánticos. A Isabel le producían mucho respeto las vehementes miradas que el reverendo le dirigía, más frecuentes de lo necesario. Le parecía que, con aquel simple gesto, no hacía otra cosa que señalarla entre la concurrencia.

3
Alrededores de Amberes

Si los rebeldes creyeron que el tiempo disuadiría a Farnesio de continuar con el asedio, se equivocaron. Su ejército, formado por tropas bien entrenadas y bien dirigidas, poco acostumbradas a retroceder, soportó con estoicismo las inclemencias del invierno, las lluvias de la primavera, las avenidas que provocaban los rebeldes con la apertura de las esclusas, los ataques a convoyes de suministro o el constante hostigamiento a sus posiciones.

Durante meses se sucedieron tomas y pérdidas de aldeas, isletas y fortines, ataques a diques y contradiques, emboscadas, choques a campo abierto, encamisadas, operaciones navales, lanzamiento de brulotes contra el puente y varios intentos de tomarlo por las armas, sin que los rebeldes consiguieran ningún logro significativo. La situación de Amberes se tornaba cada vez más lastimosa y desesperada. El tiempo corría ahora a favor de Farnesio. Para evitar que la ciudad cayera en sus manos, los rebeldes coordinaron

esfuerzos y emprendieron una operación verdaderamente enérgica.

Estaba ya avanzada la primavera.

Apenas tocaron a vísperas las campanas de las iglesias católicas, los rebeldes se pusieron en marcha. El punto elegido para el ataque fue el contradique de Kowensteyn, una franja de terreno, fuera del cauce del Escalda, de unas cien varas de anchura y dos millas de longitud. Esta obra cortaba el acceso a Amberes a través de las amplias zonas anegadas por la apertura de las esclusas en la margen norte del río. Dado su valor estratégico, había en él obra de diez fortines y casas amuralladas y estaba protegido en toda su longitud, a uno y otro lado, por sendas barreras de troncos semihundidos.

Al amparo de las primeras sombras, salió de Amberes un enorme navío de cuatro palos artillado como una fortaleza, abandonó el cauce del Escalda por una esclusa abierta y se acercó a Kowensteyn a través de las tierras anegadas. Tales eran su peso y magnitud que necesitaba ser arrastrado por cuatro remolcadores. Daba espanto observar sus dimensiones y la cantidad de cañones, esmeriles, falconetes y hombres de armas que llevaba. Y, sin embargo, aquella desmesura era su talón de Aquiles. La sobrecarga y el gran calado lo hacían tan inmanejable que no logró aproximarse lo suficiente al fortín de la Victoria, en un extremo del contradique, para desembarcar las tropas que portaba. Así, medio varado en el cieno del fondo, no pudo hacer otra cosa que intercambiar cañonazos con el fortín y dar, con su fuego, protección a varios bateles llenos de soldados que intentaron atacarlo sin demasiada fortuna.

Pero la acción del inmenso brulote, al que los rebeldes habían bautizado como «El Fin de la Guerra», era sólo una maniobra de distracción. El ataque principal vino desde el mar y lo efectuó la flota holandesa, que subió el río con la ayuda de la marea creciente y arremetió contra una franja poco guarnecida del contradique, entre los fortines de San Jorge y la Plata. Primero los sometió a un duro castigo artillero y a continuación desembarcó a dos millares de soldados que trabaron combate de inmediato con las escuadras que patrullaban el contradique. La lucha fue violenta pero breve. La desproporción de efectivos era mucha y los soldados realistas se vieron obligados a resguardarse a los fortines. Dejaban tras ellos un sangriento rastro de muertos y heridos a los que los rebeldes degollaban sin ninguna compasión.

Una vez consolidado el dominio rebelde en aquel sector, una legión de zapadores armados de picos y palas se dedicó a cavar profundas zanjas con objeto de que corriera por ellas, y se desbordase, el agua de la pleamar. Esta acción hizo subir el nivel del agua en la orilla sur del contradique, lo que a su vez permitió que El Fin de la Guerra desencallara y que más barcos venidos desde Amberes se sumaran al ataque.

Cuando las tropas de Farnesio destacadas en la zona se dieron cuenta de la gravedad de la situación, reaccionaron. Tarde, pero reaccionaron. Desde el fuerte de Stabroeke, en el extremo norte del contradique, salieron varias compañías al mando del conde de Mansfeld. Y al sur, el coronel Mondragón sacó del fuerte de la Cruz a siete banderas de su tercio para lanzar un contraataque.

Antes de salir, los soldados rezaron, rodilla en tierra, la oración del avemaría y, en su santo nombre y en el de su patrón, Santiago, abandonaron la puerta en ordenados escuadrones de piqueros y arcabuceros y marcharon por la estrecha franja de tierra a paso largo y con las armas prevenidas. En su camino se encontraron dos casas fortificadas y un fortín casi abandonados, pues su capitán, un tal Camillo dell Monti, se había llevado a los soldados al choque con los rebeldes. El coronel Mondragón dejó varias escuadras de refuerzo y siguió con el grueso de la tropa hacia el centro del contradique, donde enlazó con la compañía de italianos que combatía con denuedo contra el enemigo.

Los rebeldes tenían en su poder unas quinientas varas de terreno. La mitad de los hombres combatía mientras el resto, armados con herramientas de albañil, ampliaba las zanjas que cortaban el dique. En algunas partes el agua del mar, que había llegado a su máxima altura, se desbordaba en grandes avenidas por la cara interior del dique, arrastrando la tierra, piedras y escombros de su cimentación.

Mondragón había enviado en vanguardia a la compañía del capitán Juan Verdugo, cuyos hombres, dispuestos en un apretado cuadro, avanzaban con gran lentitud sobre el dique, pues solamente las primeras filas podían trabar combate con el enemigo.

Entre tanto, los navíos holandeses continuaban barqueando hombres a la calzada y cañoneándose con las baterías de los fortines. El intenso fuego artillero llenaba la noche de destellos

blanquecinos, anaranjados y rojizos y de un humo acre y más espeso que las nieblas que solían formarse sobre las aguas. Los barcos también tenían a bordo arcabuceros, que hostigaban con sus rociadas a la infantería realista. Para intentar neutralizarlos, el coronel Mondragón destacó en su flanco derecho una manga de mosqueteros cuyos disparos, aunque más lentos, tenían mayor alcance y efectividad.

La escuadra de Duarte, que era de arcabuceros, combatía en primera fila. Vestían coseletes ligeros o cueras sobre los jubones, y en lugar de casco llevaban chapeos adornados con cintas y plumas de ganso, calzas largas, botas hasta la rodilla y terciados de hoja corta. Completaban su indumentaria con una bolsa de balas, un cuerno para la pólvora, doce cargas preparadas en pequeñas redomas de madera que pendían del talabarte y la daga misericordia para dar la estocada de gracia a los moribundos.

Aunque no se trataba de una encamisada, el coronel Mondragón había dispuesto que los hombres portasen escarapelas blancas, para poder distinguirse entre ellos en la oscuridad de la noche. La luna menguante se alzaba un palmo sobre el horizonte, pero su escasa claridad se perdía entre la humareda de la artillería.

El peso del combate en el estrecho dique recaía en los piqueros de ambas formaciones. La pelea era cerrada e incómoda. Cuando había espacio, los arcabuceros se adelantaban unos pasos a los piqueros, hacían sus disparos y se recogían al resguardo de las lanzas mientras recargaban las armas. Los rebeldes combatían con igual táctica y semejante empuje, si no superior, pues era mucho lo que les iba en el envite.

—No es moco de pavo esta refriega, mis señores —dijo Sancho Crespo a sus compañeros, sudando y jadeando por el ejercicio y el calor. Escupió dentro del cañón una bala de plomo y echó mano de la baqueta.

—Aprieta los dientes, Sancho, para que los herejes no escuchen cómo te castañetean —se burló Alonso de Alconchel, y como el otro conocía su humor chusco, dejó pasar la burla con una sonrisa.

Por las voces que daban, enfrente de ellos debían de tener a una de las compañías de ingleses de la guarnición de Amberes. De repente recibieron una descarga de los navíos holandeses y las balas se llevaron a algunos españoles y a otros tantos ingleses, que no

estaba la noche para hacer distinciones. Y se giraron estos hacia el mar haciendo aspavientos y dando grandes voces para que no hicieran fuego sobre ellos.

Duarte aprovechó el desconcierto y apremió a los suyos:

—¡Adelante! —les gritó, y, dando ejemplo, se arrastró bajo las picas propias e incluso bajo las de los enemigos, esquivó los cadáveres de los caídos, puso rodilla en tierra, llevose el arcabuz a la cadera y soltó un nuevo disparo. A la luz del chispazo vio unos ojos desorbitados, muy azules, en los que parecía haberse paralizado la vida. Otros hombres hicieron lo propio, el reducido pasillo bajo las picas fue como un carnaval de luces y petardos, un carnaval macabro de voces roncas, lamentos, de pujidos y sollozos, de cuerpos abatidos, soldados que se arrastraban por el lodo. Las espadas tintineaban y lanzaban chispas al cruzarse con las enemigas, las astas de las picas entrechocaban como las largas y peladas ramas de los álamos en los días de viento, y el olor de la sangre y los fluidos derramados, del vómito, de las tripas despanzurradas se confundía con los fétidos vapores de las aguas estancadas. Y la masa avanzaba unos pasos, retrocedía otros tantos y los volvía a recuperar en el constante flujo y reflujo que provocaba el combate sobre el contradique.

Los rebeldes se defendían con mucha furia y valor al amparo de unos parapetos de tierra que habían levantado, pero, en el otro lado del sector que controlaban, empujaban con fuerza las banderas del conde de Mansfeld, reforzadas por cien picas enviadas por el general Farnesio. Se tornó entonces más violenta la refriega, si aquello era posible, y algunas escuadras realistas comenzaron a saltar las defensas rebeldes y colarse entre sus líneas, desordenándolas y haciéndolas retroceder hasta las zanjas que acababan de cavar.

A medida que se desbordaba el agua por el contradique, la laguna interior se fue llenando de agua, y más barcos procedentes de Amberes consiguieron aproximarse a Kowensteyn y desembarcar sus tropas en una zona controlada por los realistas. La tarea de aquellos recién llegados resultaba casi suicida, combatiendo cuesta arriba en el resbaladizo talud. Aun así, porfiaron con tanto arrojo que algunas escuadras se abrieron paso hasta la calzada y establecieron en ella una pequeña cabeza de puente. Cuando el

coronel Mondragón se dio cuenta, destacó a media compañía mixta de picas y arcabuces para desalojarlos de allí.

El combate se prolongaba tanto que la marea empezó su reflujo. En el lado que daba al mar el nivel de las aguas descendió deprisa, y los navíos que se habían arrimado demasiado al contradique quedaron varados en el fondo, inútiles para disparar y maniobrar. Y el agua que antes discurría en abundancia por las zanjas abiertas a pico y pala se transformó de repente en pequeños regatos. Los soldados rebeldes, viendo que perdían posiciones y que estaban teniendo grandes bajas, se apertrecharon tras aquellas zanjas dispuestos a resistir el empuje de las tropas realistas. Estas, en cambio, enardecidas por las dificultades en que se hallaba el enemigo, atacaron con más atrevimiento para romper de una vez su resistencia. La compañía de Juan Verdugo y otras dos de la vanguardia consiguieron allegarse hasta el fortín de San Jorge y librar a sus defensores del asedio al que habían estado sometidos. Después, todos juntos, prosiguieron el avance, paso a paso, hasta rechazar a los holandeses más allá de una de las zanjas que habían abierto.

—¡Vamos, valientes, buscad lo que haya a mano para rellenarla! —les gritaba el capitán Verdugo, pero como apenas había piedra, tierra ni fajina y eran pocos los zapadores, los soldados echaban mano de los cuerpos de los herejes caídos y los lanzaban y acomodaban en el fondo, como si se tratara de sacos terreros, hasta lograr cegar la zanja.

—Muchas acciones terribles he visto en los afanes de la guerra, pero ninguna tan macabra como esta —juraba el soldado Pedro Ariztimuño, un guipuzcoano de Guetaria, mientras ayudaba a Duarte a transportar el cadáver ensangrentado de un rebelde. Las ropas, rebozadas en barro, habían perdido su color, la cabeza colgaba hacia un lado, los cabellos tocaban el suelo y por una cuchillada en el vientre le asomaba un chorizo de tripas.

Nada dijo Duarte, que echaba el resto en sostener el voluminoso cuerpo del muerto, pero Alonso de Alconchel, que trasladaba otro cadáver con Parrita, no desaprovechó la ocasión para dirigirle un pullazo al compañero.

—Dígame vuesa merced: ¿en qué campañas floridas ha tenido la suerte de pelear hasta ahora?

—No es momento para chanzas, Alonso —le reprochó Parrita, que por los pies sujetaba al fiambre que les había caído en suerte.

Al finalizar el relleno, los soldados pasaron sobre los yacentes para continuar la batalla al otro lado. Muchos arcabuceros consumieron el parque y no pudieron más que echar mano de sus terciados y pelear al amparo de las picas, agachados, ensangrentados, resbalando en el barro de la calzada o en la sangre derramada, tajando o lanzando puntadas hacia los piqueros holandeses e ingleses, parando sus acometidas cuando respondían de la misma manera. Y echándole, en fin, valor, coraje y cabeza, las compañías de Mondragón fueron haciendo retroceder a las tropas enemigas hasta reducirlas a una apretada bolsa junto al fortín de la Plata.

La claridad que asomaba por oriente permitió apreciar la gran cantidad de sangre vertida en el contradique. Los holandeses, dando por fracasada la intentona, comenzaron a huir en un sálvese quien pueda que provocó precisamente el efecto contrario: rotas las líneas y vueltas las espaldas, el final de la batalla se convirtió en una desbocada cacería donde los monteros perseguían y daban muerte a sus presas sin más preocupación que contarlas para presumir después de a cuántas habían abatido.

Los rebeldes que se rindieron fueron respetados, o no, dependiendo de la honra del oficial que los capturaba, otros quedaron apresados en el lodo de la marisma y fueron degollados con la clemencia habitual de aquella guerra, pero la mayoría se deshizo de sus armas, coseletes y armaduras y se lanzó al agua para alcanzar a nado los navíos que no habían encallado.

Desde los fortines se cañoneó a placer a los barcos, destrozando y hundiendo unos cuantos. Algunos soldados realistas, deseosos de ganar riquezas u obtener ventajas, se embarcaron en bateles abandonados para allegarse hasta ellos y saquearlos. El resto de la flota holandesa arrumbó hacia la desembocadura del Escalda, en tanto la que había venido de Amberes remontaba el cauce en dirección a la villa.

Por la mañana se hizo patente la magnitud de la escabechina, pues había más de cuarenta centenas de rebeldes muertos en el dique, en las zanjas o flotando sobre el agua. Entre los realistas, las pérdidas habían sido apenas una quinta parte. Muchas, en todo

caso. Una legión de cuervos y gaviotas reñían entre graznidos, duelos aéreos y feroces picotazos por comer de sus restos, que empezaban a heder con el bochorno de la mañana.

—Cuántos buenos soldados se han perdido en este dique —comentó Duarte a sus compañeros ante tan sombrío paisaje.

—Ojalá que su sacrificio haya servido para algo —respondió Pechoabierto.

—Lo que ha menester es que entremos en Amberes y gocemos de los placeres y riquezas que esconde, al menos los vivos —sentenció Alonso de Alconchel.

La batalla del contradique no bastó para que los rebeldes rindieran Amberes, pero esos vivos que mencionaba el de Alconchel tuvieron su reconocimiento, su homenaje y sus ventajas por el valor y la firmeza demostrados en la jornada de Kowensteyn.

4
OCÉANO ATLÁNTICO

A pesar de los parabienes con los que se había hecho a la mar, la flota comandada por sir Richard Grenville no tuvo una navegación muy afortunada. La valiosa expedición que habría de iniciar la colonización inglesa de ultramar estaba formada por cinco navíos y dos pequeñas pinazas con más de trescientos tripulantes a bordo entre marineros, soldados y colonos.

En ella se habían puesto las ilusiones, dineros y ambiciones de mucha gente, desde modestos armadores y pequeños aristócratas hasta hombres tan poderosos e influyentes como Walter Raleigh, a quien la reina había concedido el título de lord por haber bautizado las nuevas tierras con el nombre de Virginia. Todos ellos estaban convencidos de que era necesario establecer asentamientos ingleses en las extensas e inexploradas costas de América. Querían traer a los paganos al cristianismo, pero a un cristianismo basado en la Reforma, explotar nuevas fuentes de recursos y abrir, al mismo tiempo, nuevos mercados, seguir buscando el paso del norte entre ambos océanos y contar con bases privilegiadas desde las que atacar a las flotas de la carrera de Indias. La reina no tuvo inconveniente en dar su visto bueno a la iniciativa ni en conceder a Raleigh la

licencia para organizarla.

La flota había partido en abril con rumbo sur, en busca de los alisios necesarios para cruzar el Atlántico, pero una fuerte tempestad la azotó frente a las costas portuguesas, hundió a una de las pinazas y la dispersó, con lo que cada navío hubo de cruzar el océano en solitario.

A John Trenton le habría gustado embarcarse en el Dorothy, capitaneado por Philip Amadas, pero no fue posible. Richard Grenville, que estaba al tanto de sus correrías por el Caribe, lo retuvo a su lado en el Tiger, el buque insignia, en el que también viajaba el futuro gobernador de la colonia, Ralph Lane, un militar con años de servicio en Irlanda.

Trenton no tardó en darse cuenta del error de poner a Grenville al mando de aquella flota. Era un hombre impetuoso, agresivo y en cierto modo amargado. Consideraba que lo habían relegado durante años a un papel muy secundario y que hombres de menor valía se habían enriquecido enormemente gracias al favor de la reina. Estaba por ello obsesionado con lograr las riquezas que se merecía. Y desde el principio dejó claras sus prioridades.

Poco después de haber partido de Plymouth avistaron un pesquero español que se dirigía a Terranova, y Grenville no tuvo inconveniente en perder dos días en una persecución que, a la postre, les produjo un magro botín. Quizá, si no hubieran perdido aquel precioso tiempo, habrían conseguido esquivar la tempestad.

A lo largo de la travesía Trenton tuvo un trato frecuente con el piloto principal de la flota, un renegado portugués llamado Simón Fernandes. Fernandes había sido ya piloto en la expedición de Amadas y Barlowe y parecía un hombre de fiar, muy allegado a Walter Raleigh. Trenton, al principio, dio por hecho que su ayuda a Inglaterra se debía a su lealtad al Prior do Crato, pero Fernandes le reveló que durante más de una década había navegado para la Corona española.

También conoció a dos curiosos pasajeros. Eran el pintor John White, un hombre con experiencia en cargos de gobierno y afamado por su pericia con la técnica de la acuarela, y Thomas Harriot, un joven algo menor que él, excelente observador y entusiasta de la naturaleza a quien Raleigh le había encargado que escribiera una relación de los sucesos de la expedición.

El Tiger fue el primero en arribar a una ensenada al sudoeste de Puerto Rico, el punto de encuentro en caso de separación. Grenville aprovechó la espera para abordar y saquear dos mercantes españoles. Poco después apareció el Roebuck, que había tenido una travesía muy sufrida y traía a la gente maltratada y exhausta, pero Grenville ordenó abandonar la ensenada sin aguardar al resto de los barcos. Su decisión no gustó a nadie, en especial a Ralph Lane, con quien mantuvo una agria discusión.

—Esta decisión tan arbitraria excede vuestras atribuciones, sir Richard —le dijo Lane—. Ya hemos llegado a las Indias Occidentales y debéis acatar mi autoridad. Y yo no estoy dispuesto a abandonar a su suerte al resto de barcos y gentes de la expedición.

—Vuestra jurisdicción comenzará cuando fundemos la colonia, no antes —le replicó con altanería Grenville—. Por ahora no sois más que un pasajero que se beneficia de mi rancho y de las comodidades que os estoy ofreciendo en mi navío. Y la partida de aquí no es en absoluto arbitraria. Aunque la villa de San Juan se halla al otro lado de la isla, los españoles saben de nuestra presencia, y corremos el peligro de que nos ataquen en cualquier momento. Entonces se acabaría definitivamente nuestra misión. ¿Es eso lo que deseáis?

—Si no os hubierais dedicado a hacer de corsario, seguramente nadie se habría enterado de nuestra presencia.

—La travesía se ha hecho más larga de lo pensado, y las mercancías y víveres que hemos conseguido nos serán de gran utilidad en el futuro asentamiento. En todo caso, yo no os obligo a partir. Sois libre de quedaros en esta ensenada y esperar a quien os plazca —dijo finalmente Grenville.

Ralph Lane aceptó a regañadientes, y a finales de mayo abandonaron la ensenada, cruzaron el estrecho que separaba Puerto Rico de la Española, entraron en el canal de la Bahama y en varias jornadas alcanzaron la desembocadura del río Pamlico, ya en Virginia, donde se toparon, inesperadamente, con el resto de la flota. Felizmente reunidos, reemprendieron la travesía siguiendo hacia el norte la costa del continente; sin embargo, Barlowe y Amadas habían subestimado las dificultades de aquellas aguas, poco profundas para los barcos de gran calado, y el Tiger encalló y se desfondó cuando se aproximaban a su destino en la isla de Roanoke.

El naufragio de la nave capitana fue una desgracia para la expedición. Supuso la pérdida de los bastimentos, víveres y suministros que transportaba, y dio lugar a una polémica entre el capitán y su piloto, pues cada cual achacaba al otro la responsabilidad del percance. Grenville, que estaba acostumbrado a imponer su voluntad por encima de todas, encontró en Fernandes a un hueso duro de roer, pues era el único hombre sobre el que no poseía ascendiente. El conocimiento que tenía el piloto de aquellas aguas y los mapas que llevaba consigo, llenos de términos en portugués y en español, eran indispensables para el éxito de la empresa.

—La culpa ha sido de este puto moreno, por habernos conducido de cabeza a los bajíos —clamaba con ademanes teatrales Grenville frente al gobernador y demás oficiales del Tiger. Pero Fernandes se defendió alegando que había avisado de los peligros del canal de Pamlico y que, gracias a él, se había evitado un desastre mayor.

La discusión se prolongó un buen rato sin que ninguno diera su brazo a torcer. Trenton, que había sido testigo de lo ocurrido, no pudo menos que descargar de culpas al portugués, lo que le valió la animadversión del almirante. Una animadversión que tendría sus consecuencias. El gobernador Lane era de la misma opinión, pero tuvo la prudencia de callársela y con buenas palabras y mucha mano izquierda logró sosegar los ánimos y evitar que el pleito llegara a más.

En todo caso, no era aquel el clima más adecuado para iniciar la andadura de la primera colonia inglesa en las Indias Occidentales.

IV

1
Torre de Hércules, La Coruña

Aquel domingo Froilán despertó a su hijo mayor para que fueran a pescar. Echó unos trozos de pan y de queso en la talega, cogió los aparejos de pesca y con mucho sigilo, antes de que su esposa se levantara y los obligara a asistir a misa en la colegiata de Santa María, salieron de la casa y emprendieron camino hacia el norte, siguiendo la costa.

El día había amanecido soleado y calmo y, al cabo de un rato de andar, apareció ante ellos la ruinosa Torre de Hércules, cuyas piedras ancestrales se mantenían erguidas por la gracia del Señor. Al pie de la torre el terreno estaba pelado y bajaba por un estrecho sendero hasta unas rocas amarillentas que se metían en el mar. Cuando había temporal era peligroso acercarse hasta la orilla, donde el oleaje batía con violencia, pero en los días tranquilos era un lugar excelente para pescar.

Padre e hijo se situaron junto a un entrante profundo en forma de uve en el que las olas se encerraban, y allí lanzaron los anzuelos. Frente a ellos asomaban las rocas de la Galera, rodeadas por un halo espumoso y agitado. En un rato habían capturado un par de salmonetes y varias caballas. Froilán pensó que era el momento de buscar piezas más grandes y sacó de la nasa uno de los salmonetes, lo cortó con la navaja y lo ensartó en el anzuelo para emplearlo de carnaza.

—A ver si hay suerte y pescamos una lubina.

—¿Puedo yo también, padre?

—La lubina es peleona —dijo Froilán, pero al ver la decepción de su hijo cambió de opinión—. Anda, encarna el cebo. A ver cómo se da la cosa.

Arrojaron los largos sedales casi al mismo tiempo. Sanchete

procuraba imitar en todo a su padre, que a veces movía la caña de un lado a otro con un acompasado vaivén de la muñeca y a veces hacía rápidos zigzags, para que el señuelo dejara una estela sobre el agua.

El sol iba subiendo y el calorcillo pedía dejar a un lado los jubones. El mar, de un azul oscuro y profundo, estaba ligeramente rizado. Algunos pesqueros cruzaban frente a ellos, barcos pequeños, de un solo palo, tripulados por media docena de marineros. La mayoría provenía de La Coruña, pero también los había de otras aldeas y villas costeras.

Sanchete sintió un tirón en la caña.

—Mirad, padre —dijo, señalando hacia el lugar donde el sedal se movía.

—Aferra la caña con las dos manos —le advirtió Froilán, que sonreía al ver la expresión emocionada de su hijo.

Debía de ser una presa grande, porque el sedal estaba tenso y la parte más delgada de la caña hacía un arco pronunciado. El niño, que había estado soltando cuerda, comenzó a recogerla.

—Deja que se canse un poco más.

Sanchete obedeció, pero pronto necesitó ayuda, pues el animal tiraba con fuerza. Froilán encajó su aparejo en una hendidura de la roca, se colocó detrás de su hijo y puso sus manos junto a las de él. La cabeza del niño le llegaba a la altura del pecho. Al poco, el pez salió del agua brincando y estremeciéndose al extremo del sedal. El sol centelleaba sobre sus húmedas y plateadas escamas. No era una lubina, sino un sargo de más de cinco libras.

—Vamos a por otro —dijo el niño, con entusiasmo.

La mañana se les pasó volando. Sólo cuando escucharon el lejano tañido de las campanas del convento de Santo Domingo llamando al ángelus se dieron cuenta de lo tarde que era. Recogieron deprisa los aparejos y la repleta nasa y emprendieron el regreso, contentos con el botín obtenido.

En un altozano, Froilán divisó a lo lejos el velamen de una nave de regular tamaño que había dejado atrás la punta Herminia e iniciaba la virada hacia la ría, y se detuvo para seguir sus evoluciones.

—Viene para acá —exclamó Sanchete.

Tras la virada, el barco enrumbó al sur y les ofreció el costado. A

Froilán le pareció apreciar algo familiar en su silueta. Entrecerró los ojos, hizo sombrilla con la mano por encima de las cejas y atendió a sus detalles. Se trataba de una nao.

—Anda, hijo, démonos prisa, a ver si alcanzamos a verla entrar en el puerto.

Cuando llegaron a la explanada de la Marina, jadeando por la carrera, la nao sobrepasaba el cabo de Mera, ya dentro de la ría. Había bastantes curiosos allí, desde pescadores hasta ricohombres de la villa. La Coruña era un puerto de mediana importancia, y el arribo de cualquier bajel que subiera de sesenta toneles provocaba la expectación de la novedad y una cierta preocupación por su bandera e intenciones. ¿Sería amigo o enemigo, un mercante o un corsario? En todo caso, aquella era una sola nao, y se antojaba inofensiva. La gente reunida la señalaba y comentaba sus evoluciones, el velamen que desplegaba y la procedencia de cada maniobra.

—Ahora viene lo más difícil —dijo Froilán.

—¿Por qué, padre, si ya está dentro?

—Fíjate bien. El viento sopla del oeste y, aunque es apenas una ventolina, tendrán que esquivar el banco de Guisanda y sobrepasar el castillo de San Antón.

Calló un instante Froilán. La nao, para sortear el banco, se había acercado mucho a la punta de Boi de Canto.

—Veremos cómo sale de esta —comentó un comerciante.

Pero el barrunto se mostró injustificado, porque la nao hizo una virada tan precisa que las velas no dejaron de portar en ningún momento. Al finalizar la maniobra, la proa apuntaba directamente hacia la Marina. Desde tierra se distinguían ya con facilidad a los hombres que faenaban en el aparejo.

Un marinero viejo alabó la maniobra.

—Por los clavos de Cristo, qué buen capitán tiene esa nao.

Llevaba el barco tal impulso, con el trinquete y la mayor desplegadas, que daba la impresión de que se incrustaría contra la orilla, pero la tripulación soltó con presteza escotas, el timonel movió el pinzote y la nao amainó y se detuvo a un cable de la orilla, mostrando a los curiosos su costado de babor.

Las anclas chapotearon con fuerza al entrar en el agua.

2
La Marina

Gabriel del Puerto ayudó a sus hombres a varar el esquife en la arena y se encaminó hacia donde lo esperaba su primo, que se había destacado del grupo de curiosos. Abrazó a Froilán y le alborotó el pelo a su sobrino.

—Esta vez ha sido larga la travesía.

—Diecinueve semanas justas. Hemos visitado un puerto en el Báltico, dos en el mar del Norte y por fin Le Havre, donde nos entretuvimos más de la cuenta, a la espera de que llegara un cargamento de paños de Ruán.

—¿Algún problema con los piratas?

Iba a responder Gabriel cuando algunos conocidos se acercaron a saludarlo, otros le estrecharon la mano y un par de comerciantes le preguntaron por la mercancía que transportaba.

—Bueno, señores, dejad tranquilo a mi primo, que ya habrá tiempo para dedicarse a los negocios.

Gabriel ordenó a dos de sus hombres que llevaran su baúl a casa, se despidió con el brazo en alto de los demás y se alejó del puerto en compañía de los suyos. Estaba impaciente por abrazar a su esposa.

—No, los piratas no nos incomodaron gran cosa en este viaje.

—Has tenido mucha suerte, entonces.

—La misma que en otras ocasiones.

—Esta vez es diferente. En mayo, el rey ordenó la incautación de los bienes y navíos ingleses en todos los puertos de sus reinos.

—Vaya, esa sí que es una noticia. Nuestro soberano enseña los colmillos —comentó Gabriel con ironía.

—Los mercaderes ingleses están alborotados. Piden la devolución de todos los bienes secuestrados e indemnizaciones por el perjuicio ocasionado.

—¿Un secuestro es malo, padre? —Sanchete no perdía palabra de lo que hablaban los mayores.

—Depende de cómo se mire, muchacho —respondió Froilán—. Si te quito un cuchillo porque has estado comiéndote mi queso, yo diría que estoy haciendo justicia, pero a ti podría parecerte que te he robado.

Sanchete asintió poco convencido y luego enseñó a su tío la nasa con las capturas de aquel día. En otra ocasión Gabriel le habría mostrado su admiración por una pesca tan abundante, pero aquel día tenía la cabeza puesta en otra cosa e hizo apenas un ademán de asombro.

El grupo dejó atrás el puerto, entró en la villa por la Puerta Real y siguió por la calle de las Damas. Froilán era unos años mayor que Gabriel y tenía un carácter apacible y sereno. Pese a provenir de una familia de comerciantes, prefería la tranquilidad de su villa y de su casa al ajetreo e incertidumbre de caminos y mares. Le gustaban los placeres sencillos, la pesca y la caza, la comida casera, el vino fresco y la buena conversación. Le fascinaba el conocimiento siempre que estuviera escrito y no necesitara moverse para alcanzarlo, por lo que había logrado juntar una biblioteca de casi setenta volúmenes cuya joya era el *Theatrum Orbis Terrarum*, un atlas, publicado por el cartógrafo flamenco Abraham Ortelius, con el que se le iban las horas muertas. Su mujer tuvo un disgusto al saber lo que había pagado por él.

Cruzaron la plaza de la Harina, muy animada a aquellas horas, mientras Froilán abundaba sobre la decisión tomada por el monarca Católico, que sin duda les afectaría.

—Esperemos que los ingleses escarmienten de una vez.

—¿Y te alegras? —preguntó Gabriel.

—Como cualquier español. Esos herejes llevan años haciendo depredaciones en estas tierras y en las de allende los mares, aun estando en paz nuestras naciones. Con ellos no hay travesía segura en el Atlántico. Antes, con la canalla berberisca, el mar peligroso era el Mediterráneo, pero ahora estamos peor aquí arriba.

—¿Y crees que embargando sus bienes se arreglará el problema?

—¿Se arreglará si nos quedamos de brazos cruzados? —respondió Froilán con un ademán algo cómico—. Llevo contadas más de diez expediciones suyas en los últimos años, incluida la de ese miserable de Raleigh a Terranova, donde atacaron una flota pesquera, la despojaron de sus capturas y secuestraron a sus pilotos y marineros. Hasta se han atrevido a adentrarse en el Pacífico. Eso sin contar con el apoyo que les están dando a los rebeldes holandeses.

—Y el que le dieron al Prior do Crato en las Azores —añadió

Gabriel, que fue testigo de aquellos sucesos—. Pero no creo que una medida comercial, por muy severa que sea, les haga cambiar de opinión. Son gente orgullosa, Froilán, y se rasgarán las vestiduras, acusarán al rey de tirano y se sentirán justificados para incrementar su actividad. Sabe Dios cuántas cartas de corso habrá firmado en estos días su virginal reina.

Ya había dejado atrás la veeduría y subían el pequeño repecho hacia la colegiata de Santa María del Campo, donde se cruzaron con grupos de mujeres que portaban en la cabeza canastos llenos de pescado.

—No te engañes, Gabriel: a estos herejes donde les duele es en la bolsa.

—En la bolsa nos va a doler a todos, porque no descansarán en sus incursiones hasta recuperar el último maravedí, y aún otro tanto. El único lenguaje que entienden esos es el ojo por ojo y el diente por diente. Lo demás son salvas.

—No sé, no sé. —Froilán negó con la cabeza. Era un hombre de naturaleza pacífica, por más indignado que estuviera, y pensaba que la violencia siempre engendraba más violencia—. He oído rumores sobre la formación de una gran armada para atacar Inglaterra.

—Hace años que suenan esas aguas, pero el río sigue seco.

—Dicen que el rey le ha encargado la empresa a don Álvaro de Bazán.

Gabriel ladeó la cabeza y pareció meditar sobre aquella información. Había tenido la oportunidad de conocer al capitán general de las armadas de España y sabía de lo que era capaz.

—Ese hombre no se anda con medias tintas, desde luego —concedió.

Aunque Gabriel había estado atendiendo y respondiendo con juicio a Froilán, tenía el pensamiento puesto en el reencuentro con su mujer. La última despedida no había sido demasiado halagüeña, y en los cuatro meses largos de travesía había tenido mucho tiempo para meditar sobre el asunto.

—¿Cómo está Marcia? —preguntó al fin, cuando desembocaron en la plazuela de Santa Bárbara, donde se alzaban las casas de su tío y de su primo.

Froilán se detuvo y arrugó el ceño. Había estado esperándose y temiendo aquella pregunta desde que lo vio.

—Marcia se ha marchado.

—¿Qué? —Fue aquel un «qué» alargado y enfático, casi incrédulo, de quien no termina de entender lo que ha escuchado.

—Se fue a Oporto, con su hermana.

Una ligera brisa movía las copas de los pinos que les daban sombra. Gabriel se cogió los brazos, como si de repente hubiera sentido frío.

—Hace más de un mes —prosiguió Froilán. Y a continuación trató de dorarle la píldora—. Marcia seguía abatida por aquel mal parto, tú no estabas en La Coruña para consolarla, ni sabía cuándo vendrías, y al fin resolvió marcharse. Dijo que le hacía falta tomar distancia, alejarse un tiempo.

—¿Y dijo si pensaba volver?

—No sé, pero dejó una carta para ti.

Gabriel renegó por lo bajo.

—Bien podía haberme aguardado —masculló, más para sí que para su primo.

—Es mejor que leas la carta antes de hacer juicios precipitados. La tengo guardada…

—No necesito explicaciones por escrito —lo cortó Gabriel—. Esas cosas se dicen cara a cara.

Froilán se llevaba bien con su primo, al que en cierto modo admiraba, pero no comprendía muchas de sus actitudes y reacciones. A él jamás se le habría ocurrido negarse a leer lo que quisiera que su cuñada hubiera dejado escrito para explicar su partida. ¿Cómo vamos a conocer el corazón de nuestro prójimo si rechazamos escuchar sus latidos? En todo caso, cuando llegaron a la casa de su padre, fue a buscar la nota y se la entregó a Gabriel, pero este la arrugó y la arrojó al fuego que ardía en la chimenea de la cocina.

3
Plaza de Santa Bárbara

La casa de Sancho del Puerto, acorde con su posición y su patrimonio, ocupaba un lateral de la plazuela y estaba construida en granito. Tenía un portón de recia madera, un zaguán ancho y

alto, un patio central empedrado y porticado y dos plantas con ocho habitaciones en cada una. Contigua a la casa, más modesta, estaba la de su hijo Froilán. Ambas se comunicaban por los corrales, lo que les permitía vivir como si fueran una sola familia.

Sancho era viudo y tenía cinco hijos. Froilán era el mayor, el que había seguido el oficio paterno. El otro varón había tomado los hábitos y era uno de los clérigos auxiliares del obispo de Santiago de Compostela. Sancho tenía muchas esperanzas puestas en él. En cuanto a sus hijas, una estaba casada, otra prometida y la pequeña pasaba más tiempo en la casa de su cuñada Dominga que en la propia.

Cuando Gabriel llegó a La Coruña fue recibido con los brazos abiertos por su tío Sancho, que le ofreció su casa para instalarse. A él y a su esposa. Su tío era la primera persona de su familia a la que veía después de haber caído en manos de los piratas. Hacía años que los suyos los habían dado por perdidos, y la alegría de su tío al verlo fue enorme, mayor que la pena que le produjo enterarse de la muerte de su hermano y la desaparición de su sobrina.

Los hermanos Del Puerto eran tres y habían formado una próspera sociedad mercantil con permiso real para comerciar con las Indias Occidentales.

Santiago, desde Veracruz, era el encargado de adquirir productos de las Indias Occidentales, y también de Filipinas, muy demandados en Europa, así como de vender en la Nueva España las mercancías que sus hermanos le enviaban desde la península. Cuando desapareció, lo sustituyó su primogénito. A Sancho le correspondía el comercio con el norte. Las mercancías acopiadas las almacenaba en La Coruña para transportarlas después a Sevilla, donde Antonio se encargaba de embarcarlas en las flotas de la carrera de Indias. Y también de recibir los productos americanos y hacer que enviaran una parte a Sancho. Para todo ello contaban con varias naos de diferente tonelaje, una carraca mediterránea y algunos bajeles menores. Trabajaban con capital propio y con empréstitos de banqueros burgaleses, de donde era originaria la familia. El malogro de algunos fletes los había llevado a contratar seguros, política fomentada y regulada por la Corona, la principal interesada en que hubiera un tráfico comercial intenso y próspero. No obstante, el mayor quebranto que habían tenido que afrontar

desde la fundación de la sociedad había sido la pérdida de la Virgen de las Nieves con todo su cargamento.

Sus tíos le propusieron a Gabriel que aportase la Diana a la sociedad familiar, se estableciera en Santander, un puerto en pleno auge, y ayudase a Sancho en el comercio con Francia y el norte de Europa. Pero Gabriel no deseaba convertirse en armador y contemplar el mar desde la baranda de su casa, sino continuar capitaneando su nao mientras buscaba a su hermana y aprendía los entresijos de una profesión tan compleja. Y así se hizo.

A la vuelta de cada travesía, Gabriel tenía la costumbre de dar cumplida cuenta a su tío de las operaciones realizadas. Y en aquella ocasión no fue diferente. Hizo de tripas corazón, arrinconó el terremoto que la marcha de su esposa había ocasionado y, tras el almuerzo, se encerró con Froilán y con su tío en la habitación que este empleaba como despacho de trabajo. En ella guardaba, perfectamente ordenados, legajos contables, relaciones de mercancías con sus valores de compra y venta, cédulas reales, tasas, pagarés y empréstitos bancarios, permisos de aduana, salvoconductos para comerciar con puertos de otras naciones y cartas de navegación. También guardaba, bajo siete llaves, su caja de caudales.

Sancho del Puerto tenía, como su hijo Froilán, un carácter apacible y destilaba campechanía, pero, como buen comerciante, era puntilloso y exigente con el dinero. Le gustaba que las cuentas cuadrasen al maravedí. Y a Gabriel le parecía bien.

—El único imprevisto de este viaje ha sido no poder entrar en Amberes —comentó Gabriel cuando terminaron con las cuentas—. Alejandro de Farnesio está sitiando la plaza y ha cortado el río Escalda.

—Los asuntos en Flandes son inestables casi desde que me inicié en este negocio, sobrino. Un puerto se gana hoy para el rey, pero mañana tal vez se pierda. La navegación de aquellas aguas siempre ha sido peligrosa. Y lo seguirá siendo. Sobre todo ahora, que a esos mendigos del mar, o *gueux*, como gustan llamarse, se les suman los ingleses.

—Cambiemos de ruta entonces, padre —dijo Froilán.

—En el mar del Norte no hay rutas seguras. Flandes, el Báltico, Escocia, Irlanda. Los piratas operan en todas esas aguas.

—¿Y si nos limitamos a Francia?

—Francia está dividida por la guerra. Católicos y hugonotes llevan años disputándose el reino, los puertos no siempre están abastecidos y no es fácil darles salida a nuestras mercancías. Si dejamos las rutas del norte, tendríamos que marcharnos de La Coruña. No. Seguiremos como hasta ahora, cubiertos por el seguro, que cada vez es más oneroso, y navegando con documentos dobles y con más de una bandera. El verdadero riesgo lo asume siempre la tripulación.

—La tripulación está dispuesta —dijo Gabriel con firmeza.

—Lo sé, Gabriel, aunque no tiene por qué ser así. Capitanes hay muchos, pero sobrinos tengo pocos. Perdí a mi hermano y no quiero perderte también a ti en un mal encuentro. Puedes quedarte en tierra cuando quieras. Lo sabes.

—En tierra soy tan torpe como un alcatraz.

No quiso abundar su tío en ese tema, pues sabía de la tozudez de Gabriel y de su empeño en encontrar el rastro de Isabel. De modo que cambió de tercio y le mencionó una visita que habían recibido poco antes de la partida de Marcia.

—¿Qué visita?

—La de un comerciante de cueros llamado Ramón Zarco —respondió su tío—. Llegó en una carabela procedente de las Azores y tenía mucho interés en hablar contigo.

—Un hombre que parecía estar al tanto de muchas cosas —añadió su primo—. Simpático, buen conversador y curioso como el diablo. Después de un rato de plática ya le habíamos contado cien detalles y anécdotas de nuestra empresa mientras él apenas dejó caer que iba a expandir su negocio de cueros por Flandes e Inglaterra. Le dije que eran malos tiempos para comerciar en aquellas tierras, pero me respondió que las mejores pescas se hacían cuando el río bajaba revuelto.

—Al señor Zarco le gustan las empresas difíciles. —Gabriel sonrió al recordar a aquel hombre, un agente de la Corona al que trató con cierta frecuencia durante su estancia en la isla de Terceira. Le había pasado ciertas informaciones y le había llevado algunos mensajes a cambio de que lo ayudase a dar con el paradero del capitán Sackfield.

—¿Y qué quería? —preguntó Gabriel.

—Ya te lo he dicho, sobrino: hablar contigo.

—Y con Marcia —añadió Froilán.

—¿Con Marcia? —se sorprendió Gabriel—. ¿Para qué?

—No sabría decirte. Supongo que, al no hallarte a ti, quiso atender con ella lo que fuera. Almorzó con nosotros en la casa y por la tarde le pidió que le enseñara la villa. Su carabela zarpó al día siguiente, antes del amanecer; es decir, que hizo escala en La Coruña sólo para hablar contigo.

—¿Dijo Marcia de qué habían tratado?

—No que yo sepa —dijo Sancho, y miró a su hijo, que negó con la cabeza.

Gabriel arrugó el ceño. Los tres hombres guardaron silencio. Los leños crepitaban en el hogar, que escupía algo de humo. Un par de podencos rondaban las sillas donde se sentaban. Gabriel sabía que la marcha de Zarco de las Azores respondía a motivos políticos y militares, más que comerciales, y también sabía que aquel hombre no daba puntada sin hilo. Su charla con Marcia, por tanto, habría tenido algún propósito. Pero no estaba dispuesto a allegarse a Oporto para preguntárselo. Desde luego que no.

Los días siguientes fueron de una actividad tan frenética que Gabriel apenas tuvo tiempo de pensar en Marcia ni en Zarco. Había que darle un repaso a la Diana después de haber estado varios meses en el mar, calafatearla, arreglar algunas tracas de la cubierta, reforzar la roda y apuntalar el mastelero del velacho. También quiso instalar en cubierta dos cañones de bronce que había en el almacén de su tío, y añadir a la tripulación un par de artilleros.

—Eso es dinero perdido —le advirtió su tío, pero Gabriel no estaba dispuesto a dejarse abordar como un manso corderito. Si alguien quería su cargamento, tendría que pelearlo.

4

Alrededores de Amberes

El fracaso del ataque a Kowensteyn causó consternación en Amberes.

Los vecinos de la ciudad estaban cansados de soportar el asedio y las estrecheces y calamidades que acarreaba, en especial los

católicos, que los había, y muchos. Y no sólo ellos, que un sitio tan prolongado podía arruinar al más pudiente, con los campos anegados, las cosechas perdidas, el comercio interrumpido y los oficios paralizados. La población presionaba cada vez más a las autoridades para que aligerasen la rendición. Cuanto más tarde se dieran a partido, más duras serían las condiciones que impondría el duque de Parma. Pero el burgomaestre Felipe de Sainte Aldegonde era un calvinista convencido y daba largas al asunto. Aún tenían fe en los socorros que el rey de Francia les había prometido. Unos socorros que la diplomacia española y la Liga Católica francesa intentaban estorbar.

El duque de Parma sabía todo aquello y apretaba el cerco cuanto podía. Estaba ansioso por terminar la campaña y emplear las tropas en otros objetivos, y rindió por la fuerza o por la diplomacia los pueblos aledaños que abastecían a Amberes, atacó alguno de sus arrabales y se cuidó de que nadie abandonara la ciudad. Escuadrones de caballería recorrían los campos y detenían a cualquier sospechoso.

Una fría madrugada, uno de aquellos escuadrones avistó movimiento de gente por el camino de Lieja. Picaron espuela los jinetes y pronto dieron el alto a una comitiva formada por dos carretas y una reata de cuatro mulas.

Echaron pie a tierra los arcabuceros que viajaban en la grupa de los caballos. Desmontó también el alférez que mandaba la patrulla, se aproximó a las carretas y conminó a sus ocupantes a salir de ellas. Oyose revuelo de voces dentro y al punto descendieron dos mujeres y tres hombres ricamente ataviados, dos criadas y algunos niños. Estaban aterrorizados por el encuentro y permanecieron de pie, alineados junto al camino como reclutas en espera del pase de revista.

La niebla persistía en aquellos terrenos bajos y húmedos, y todos parecían siluetas fantasmales. El sonido de los caballos tascando los bocados, el roce del metal de las armas contra los coseletes y las toses y carraspeos se agrandaban y deformaban en el aire. Las mechas incandescentes de los arcabuces semejaban luciérnagas rojas.

El alférez hizo una exagerada reverencia a las damas y les pidió que se tranquilizaran. Su misión no era otra que conducirlos ante el

capitán de la compañía. Los hizo subir de nuevo a todos, prohibió a los soldados revisar los baúles y arcones que llevaban y ordenó el regreso al fuerte de la Cruz.

Alonso de Alconchel se fijó en una de las criadas que acompañaban a los niños, la única que no había mostrado temor cuando fueron detenidos. Durante el trayecto de regreso Alonso no se separó de la portezuela de su carreta, e intercambió con ella unas cuantas miradas y algunas palabras amables.

El capitán se hizo cargo de los prisioneros, repartió algunos de sus bienes entre los soldados de la patrulla, interrogó a los tres caballeros, comerciantes acaudalados, y organizó su rescate por medio de uno de los muchos intermediarios que se dedicaban a tales menesteres. La solicitud de rescates por los prisioneros pudientes y por los oficiales de alto rango era práctica corriente en ambos bandos.

Entre tanto se resolvía la negociación, fijada en una buena suma de florines, las familias de los comerciantes quedaron bajo la custodia del propio capitán. A los arrieros les decomisaron las mulas y los despacharon con una buena ración de palos. Las criadas se acomodaron como pudieron en el fuerte, confundidas entre las mujeres e hijos de los soldados y oficiales, los carreteros, mozos, lavanderas y demás personal civil que acompañaba a la tropa.

El de Alconchel no perdió el tiempo en cortejar a la criada en la que se había fijado, una florentina de origen humilde y noble nombre, Lucrecia, mujer menuda, bonita y bastante pizpireta que también le ponía ojos tiernos a un cabo de caballería. Persistieron ambos en su ambición de conquista y ella en sus dudas, que se resolvieron cuando el cabo de caballería cayó en una emboscada junto al fuerte de Lillo.

Con el campo franqueado de aquella trágica manera, Alonso no tardó en rendir a la florentina que, cuando finalizó la negociación por el rescate de sus señores, prefirió permanecer a su lado antes que marchar con ellos.

Lucrecia le quitó al de Alconchel la maña de visitar a las lavanderas. Y si alguien le insinuaba la posibilidad de hacerlo, torcía el gesto y se llevaba la mano a la ropera.

—Deja a un lado tanta fiereza —le afeó un día Duarte—. Has pasado años alardeando de tus devaneos con busconas, de modo

que no te las des ahora de santo.

—Ah, puto sargento, qué bien me conoces.

Antes del verano accedió el burgomaestre Sainte Aldegonde a sentarse para hablar de rendición.

El coronel Mondragón comunicó la noticia a sus capitanes y subordinados, a quienes recordó la importancia de mantener el estado de máxima alerta y una férrea disciplina, como cumplía a los soldados de los tercios.

—No tardarán en abrirnos las puertas, señor —comentó el capitán Juan Verdugo—, y pronto estaremos en otra cosa.

—Me parece que no, señor Verdugo —le replicó Mondragón—. El pliego de condiciones que ha presentado ese burgomaestre es tan largo y completo que cualquiera diría que somos nosotros quienes pedimos cuartel.

No se equivocaba el coronel. Los negociadores de Amberes mostraron mucha firmeza en sus peticiones, tanto que el duque de Parma llegó a dudar de sus verdaderas intenciones, y entre su Estado Mayor se comenzó a hablar de una maniobra muy bien orquestada para ganar tiempo mientras acudían refuerzos de Francia, Inglaterra o el norte de las Provincias Unidas. Pero todo el empaque de los negociadores rebeldes se vino abajo cuando las tropas de Farnesio tomaron la ciudad de Malinas.

5
La Coruña

Antes de partir, Gabriel hizo tiempo para visitar a Martín Robledo, viejo amigo de aventuras y desventuras y con quien se había asociado para comprar la Diana. Pero Martín nunca había sido un hombre de mar, sino de guerra. Un año después de haber llegado a La Coruña se cansó de la vida errante de mercader naval, le vendió su parte de la nao y compró una fragua para dedicarse al oficio de herrero, el que le había enseñado su padre, allá en Toledo, en sus años mozos. No obstante, Gabriel sospechaba que el motivo principal de su defección no había sido ese, sino una coruñesa a la que llevaba un tiempo cortejando.

La fragua de Martín estaba en la calle de la Amargura. El local

tenía la planta triangular: la entrada, muy estrecha, se iba ensanchando progresivamente hasta desembocar en un amplio corralón, estrategia muy extendida en la villa para ahorrarse impuestos, que se pagaban en función de las varas que midiera la fachada.

—Buenos días nos dé Dios, señor herrero.

—No sé qué tienen de buenos —respondió Martín, que tenía la cara enrojecida y sudaba como un galeote, afanado en cambiarle la herradura a un caballo. Gabriel esperó pacientemente a que su amigo terminase la labor.

La estancia donde se hallaban tenía las paredes de piedra y el suelo de tierra apisonada. En el centro estaba el yunque y a su izquierda, en una de las esquinas, el fogón de ladrillos y mortero sobre el que resplandecían, con un brillo rojizo, las ascuas donde se caldeaban los metales. A un lado del fogón había un fuelle, tan grande como curtido por el uso, cuya empuñadura se apoyaba en una horquilla de madera. El suelo estaba lleno de bultos y cachivaches aguardando ser reparados, y las paredes, de objetos y herramientas colgados en clavos de longitudes diferentes, aunque semejantes en el robín que los recubría.

Un reniego de su amigo lo sacó de la contemplación del local. El animal era tan inquieto que no le permitía trabajar a gusto.

—Habrá que amarrarle el brazuelo —dijo Martín—. Anda, échame una mano.

—¿Y tu ayudante?

—Ha salido a realizar un encargo.

Gabriel se despojó del jubón y lo colgó de uno de los clavos de la pared. Martín no tenía camisa, se cubría el velludo pecho con un mandil de gruesa lona y las piernas las llevaba enfundadas en unos calzones de arpillera con protecciones de cuero en la parte anterior de los muslos.

El caballo estaba apersogado por el ronzal a una argolla trabada en la pared y resoplaba, miraba a los hombres con ojos espantados y echaba hacia atrás las orejas. Era un asturcón brioso, con el pelaje de un brillante color tostado.

Entre los dos le amarraron con fuerza el brazuelo izquierdo, doblado por la rodilla. Gabriel se situó junto al animal y lo sujetó por la caña mientras Martín colocó la herradura sobre la palma y le

clavó con maestría seis roblones de hierro cuyas aguzadas puntas, que sobresalían una buena pulgada del casco, apuntaban directamente hacia el muslo de Gabriel. Aquel era el momento más delicado del proceso. Un descuido o un movimiento inesperado del animal podían dejarle una marca dolorosa; sin embargo, el herrero echó mano de las tenazas y cortó y remachó con rapidez los extremos de los roblones.

—¿Qué es lo que te trae por aquí? —preguntó Martín, que aún jadeaba por el esfuerzo, agachado y con las manos sobre las rodillas.

—El gusto de saludar a un viejo amigo.

—¿Sólo eso?

—¿Cómo va el negocio?

—La fragua va bien —respondió con sequedad el herrador.

—¿Y el otro negocio?

—¿Qué otro?

—El del matrimonio —apuntó Gabriel con una sonrisa.

Martín, que le había soltado el brazuelo al asturcón y estaba atento a cómo el animal asentaba la mano, murmuró algo ininteligible y dirigió una mirada inquieta a la puerta.

—No va mal la cosa —respondió finalmente.

—Quién te iba a decir que acabarías dedicándote a la herrería —se burló Gabriel. Martín le confesó en cierta ocasión que se había alistado como soldado para huir de la fragua de su padre.

—Los tiempos cambian —respondió su amigo con filosofía.

—Y las mujeres tiran mucho.

—También.

Martín desató al caballo de la argolla y lo condujo al corral. Apoyaba con cuidado el casco recién herrado, y eso le hacía renquear. Al poco llegó la esposa de Martín, una mujer menuda y seria que traía un cesto colgado de un brazo.

—Buenos días, Antonia —la saludó Gabriel—. ¿Cómo estáis?

—No hay queja —respondió ella. Pasó entre los hombres sin levantar la vista ni pronunciar otra palabra y se perdió por las escaleras que iban a la segunda planta.

Cuando Antonia se casó con Martín superaba con holgura la treintena. Su madre, que era viuda, tenía un colmado en el barrio de la Pescadería en el que los domingos y fiestas de guardar servían

sardinas asadas, y allí fue donde se conocieron. La larga soltería de Antonia no se debía a la mala suerte, sino a su carácter huraño y extravagante, que había espantado a varios pretendientes, pero al antiguo soldado debieron de parecerle insignificantes tales imperfecciones al compararlas con otras virtudes que sólo él debía de apreciar.

—Nuestro viejo amigo Ramón Zarco pasó por aquí hace unos meses —comentó Gabriel.

—¡No me digas! ¿Y qué buscaba en La Coruña un tratante de cueros?

—Es difícil de saber. ¿Tú lo viste?

—Ni siquiera estaba enterado de su presencia.

—Habló con Marcia.

—Ya me barruntaba que no habías venido sólo por el gusto de conversar.

Gabriel visitaba a su antiguo socio cada vez que recalaba en La Coruña, pero aquella vez no le faltaba razón.

—¿Sabías que se marchó a Portugal?

—Claro que sí —respondió el herrador. Martín siempre se había llevado muy bien con Marcia, desde que se conocieron en la isla de Terceira. Había entre los dos una compenetración que en ocasiones llegaba a molestar a Gabriel.

—Vaya, vaya. ¿Y desde cuándo lo sabías?

—Desde hace tiempo.

—¿Y no estarás al tanto de por qué se fue?

—Tengo entendido que te dejó una carta. —Martín se había acercado a la fragua y, mientras hablaba con Gabriel, movía el fuelle con lentitud, para avivar el carbón.

—La quemé.

—Y ahora quieres que yo te cuente sus motivos.

—Lo que quiero saber es si tú tienes alguna relación con su marcha.

Martín dejó quieto el fuelle, engalló la cabeza y lo miró con enojo. Gabriel estaba al otro lado del fogón y le sostuvo la mirada.

—Esa es una acusación muy grave —dijo Martín con voz cortante.

—¿Te remuerde la conciencia?

Se hizo el silencio entre los dos hombres. Martín se mesó las

barbas, respiró con fuerza un par de veces y por fin relajó el gesto.

—Mira, Gabriel, no tengo ni idea de por qué se fue Marcia. Se encontraría muy sola, o estaría furiosa contigo por no haber estado presente durante el parto. O quizá descubrió que la vida contigo no era lo que había imaginado. Pero sigue queriéndote. Dale tiempo y verás cómo regresa.

—No sé si quiero que lo haga.

—El orgullo es mal consejero. Tienes una mujer estupenda, Gabriel, pero si quieres perderla, es cosa tuya.

—No está en mí actuar como un manso.

—Ya lo veo. ¿A dónde irás en tu próximo viaje?

—A Sevilla.

—Pues Oporto queda de camino.

El viaje a Sevilla transcurrió sin incidencias dignas de ser reseñadas. Gabriel pasó una semana en aquella ciudad, auténtica puerta de ultramar, origen y destino de las flotas de la carrera de Indias, el puerto más importante del orbe, por el que pasaba todo el comercio entre el Viejo y el Nuevo Mundo y el lugar adonde en verdad conducían todos los caminos. Su tío Antonio le ofreció hospedaje en su casa, pero Gabriel prefirió permanecer a bordo de la nao. El carácter de Antonio era muy distinto al de Sancho. Mientras este era un hombre amable y bien dispuesto, a quien no dolían prendas los favores, aquel era grave y exigente, como lo había sido su hermano Santiago.

La Diana cargó azúcar de caña, algodón, cochinilla grana, vino de Jerez y otras mercancías demandadas en el norte de Europa. De regreso a La Coruña, Gabriel seguía sin decidirse a hacer una escala en Oporto para ver a Marcia, pese a los muchos pensamientos que le había dedicado al asunto. Estaba dolido por su marcha, pero también arrepentido por haber quemado su misiva. Mil veces se reprochó por aquella acción tan irreflexiva. Quizá su esposa había tenido algún motivo de peso para viajar a Oporto. Le reconcomía la curiosidad casi con la misma intensidad como le rabiaba el orgullo.

Pero pasado el cabo da Roca los alcanzó un temporal del noroeste que los obligó a alejarse de la costa. El viento superaba los cuarenta nudos y la mar estaba gruesa y arbolada, con olas altas, muy grandes, que desprendían rociones de espuma. La mayor estaba recogida y la cebadera, desplegada en proa.

Para rodear la borrasca derivaron hacia el oeste durante varios días y después remontaron al norte, empujados por otro temporal que los llevó a la altura del cabo de Ortigueira, donde necesitaron casi una semana de mucho barloventear y navegar contra el viento para no adentrarse en el Cantábrico. Cuando por fin arribaron a La Coruña los hombres estaban agotados y la nao muy maltratada, aunque la carga estuviera a salvo.

No era Gabriel hombre que le diera crédito al azar, ni le gustaba ver en ningún contratiempo significados ocultos; al contrario, solía enorgullecerse de ser el artífice de su propio destino. Pero aquellos temporales tan intempestivos, cuando todo en su interior eran dudas, parecían encerrar un claro mensaje.

V

1
ISLA DE ROANOKE, VIRGINIA

La elección del lugar para el asentamiento costó su tiempo. Después de examinar varias ubicaciones y atender a los consejos de los dos indios que habían llevado a Inglaterra en el anterior viaje, Mantuo y Winchese, se decidieron por una explanada en el extremo norte de la isla. La flota fondearía en una ensenada cercana, amplia y con buen fondo, aunque demasiado abierta.

Los primeros días se desarrolló una actividad febril. Los colonos, con la ayuda de marineros y soldados, desbrozaron y allanaron el terreno, trazaron las calles, levantaron las casas y edificios de la villa —incluida una sencilla y coqueta iglesia donde el pastor que los acompañaba pudiera desarrollar su labor— y la rodearon de una sólida empalizada.

Una vez fundada la colonia, Ralph Lane asumió por fin el cargo de gobernador, aunque eso no le sirvió para someter por completo a Grenville, que se escudó en su nombramiento de almirante de la flota para mantener la independencia. El gobernador designó al alcalde y demás autoridades del asentamiento, al que bautizaron como Fort Raleigh en honor al promotor y mecenas de la empresa.

No obstante el optimismo de los primeros momentos, todos eran conscientes de las dificultades y retos a los que debían enfrentarse, desde las relaciones con los algonquinos hasta la preocupante falta de víveres que había ocasionado el naufragio del Tiger.

Con los indios hubo, en un principio, buen entendimiento. Amadas y Barlowe habían dejado una impresión positiva el año anterior y habían trabado amistad con el jefe Wingina, el cacique de aquella parte de la isla. Para terminar de ganárselo, el gobernador le prometió aumentar su dominio sobre la isla, y lo acompañó con una tropa bien armada a visitar a otros jefes, en especial a aquellos

con los que estaba enemistado.

Sin alimentos suficientes para pasar el invierno, se hacía imperativo ponerse a cultivar. Los recién llegados no tenían idea de la climatología anual de Roanoke, ni de los períodos de siembra y cosecha. Mantuo, uno de los indios que habían llevado a Inglaterra, trató de explicarles que la época de la siembra ya había pasado, pero los colonos no tenían otra opción que intentarlo.

Mientras una parte de los hombres se dedicaba a estas tareas, Ralph Lane envió a pequeños destacamentos en la pinaza y en las lanchas más grandes a explorar el interior de la isla y a descubrir las tierras continentales más cercanas. Quería saber todo lo posible del territorio de Virginia, de otras tribus y sus intenciones, cartografiar la costa con más precisión que los mapas de Fernandes y sobre todo buscar el paso al Pacífico. Walter Raleigh le había explicado con meridiana claridad que dar con una ruta propia para el comercio de las especias era una de las prioridades de la empresa.

Amadas quedó al mando de la pinaza y Trenton lo acompañó como su segundo. Prefería la aventura de una exploración antes que aguantar el mal humor y los desplantes de Grenville, que, ante la desesperación del gobernador, sacaba la flota del puerto cuando le parecía y se lanzaba a rastrillar el mar en misión de corso con la intención de capturar una nao cargada de riquezas para darles el espaldarazo definitivo a su carrera y a su fortuna.

En las distintas entradas que hicieron se encontraron con actitudes desiguales entre los indios. Algunos los acogían con los brazos abiertos, otros les pedían ayuda en sus conflictos territoriales y el resto, en fin, los recibía con franca hostilidad. En la más larga de las exploraciones recorrieron, acompañados por Simón Fernandes, la bahía de Chesapeake. En los mapas del portugués, aquella tierra aparecía dibujada como una enorme isla denominada «tierra de Ayllón», en honor a Vázquez de Ayllón, un navegante español que, en el primer cuarto de siglo, había recorrido y cartografiado la costa desde Florida hasta el río Potomac.

Sin embargo, aunque amplísima, Chesapeake era una bahía de agua dulce, lo que significaba que el mapa de Fernandes estaba equivocado respecto a la gran isla y el mar que había allende. Pese a todo, Trenton disfrutaba con aquellos viajes y descubrimientos, en

parte porque tenía una mente curiosa, en parte condicionado por el origen criollo de su esposa: todo lo relacionado con Isabel era importante para él. A veces los acompañaba John White, el pintor. Sus acuarelas reflejaban el modo de vida de los indígenas, su aspecto físico, sus poblados, canoas, armas, su alimentación, sus tatuajes y su escaso vestido.

Según pasaban los meses aquel paraíso comenzó a mostrar los colmillos. Las fuertes y frecuentes lluvias, lejos de animar a las plantas en su crecimiento, las terminaron de malograr. Las vituallas que habían traído se agotaron y la colonia pasó a depender por completo de las provisiones de los algonquinos, pero estos estaban cada vez más descontentos con la actitud de los blancos.

La política de buenas relaciones del gobernador no entusiasmaba a sus hombres, que entraban por su cuenta en las aldeas de los indios, robaban alimentos y otros útiles y se llevaban, de buena fe o a la fuerza, a las mujeres que les parecía. El propio Lane se mostraba contradictorio con sus disposiciones y no dudaba en emplear la mano dura.

En cierta ocasión, una partida fue a hacer acopio de alimentos en un poblado gobernado por un cacique mal avenido con el jefe Wingina. Los acompañaba el pastor anglicano, quien, al regresar a Fort Raleigh, se dio cuenta de que le faltaba el cáliz de plata que siempre portaba consigo. Para castigar el supuesto robo, el gobernador envió a una escuadra de soldados con la misión de dar un correctivo ejemplar. Y quemaron el poblado.

Esta y otras acciones similares fueron crispando el ambiente. Los indios se volvieron más esquivos, Mantuo y Winchese huyeron y aldeas enteras abandonaban Roanoke y se trasladaban al interior del continente. Entre los blancos empezaron a correr rumores de una conspiración de tribus para expulsarlos de allí. Se decía incluso que el propio Wingina estaba implicado en ella.

Aquel delicado momento fue el elegido por Richard Grenville para anunciar que se marchaba a Inglaterra con todos los barcos y la mitad de los soldados. Justificó la decisión diciendo que en la colonia faltaban alimentos y sobraban hombres.

El gobernador protestó airadamente por lo que consideraba un desatino y una traición. La colonia estaba en una situación crítica, y llevarse a la mitad de los hombres era condenarla al fracaso. Entre

los marinos, sólo Trenton y el capitán Amadas discutieron la decisión del almirante. Sabían, como todos, que la verdadera razón de Grenville era cumplir su propósito de capturar un magnífico botín. Pero Grenville estaba decidido a hacer su santa voluntad y zarpó en cuanto sus barcos estuvieron listos. La única concesión que hizo a Lane, en un gesto de hipócrita generosidad, fue dejarle la pinaza y a los dos incómodos oficiales.

2
REAL DE FARNESIO, FLANDES MERIDIONAL

Poco después de la rendición de Amberes, el capitán Verdugo llamó a Duarte a su presencia.

—El coronel quiere habla con vos, señor Salazar —le anunció—. Ahora.

El coronel Mondragón se hallaba en el real, reunido con Farnesio, y hasta allí se encaminaron. Numerosas patrullas de caballería, escuadras de guardia, un foso y defensas terraplenadas daban testimonio de que se encontraban en el cuartel general. El capitán Verdugo y Duarte cruzaron entre hileras e hileras de tiendas de campaña hasta alcanzar, en la cima de una pequeña loma, una más lujosa guardada por varios alabarderos que los hicieron esperar un rato.

Cuando por fin les permitieron entrar, Duarte pudo observar que aquella no era una tienda para residir, sino el centro administrativo del ejército. Había varios anaqueles y estanterías llenos de documentos, rollos y legajos, dos mesas con mapas, algunos extendidos y otros enrollados, y una tercera mesa, más ordenada, que la presidía un sillón de madera ocupado por un hombre de cabello oscuro, barba y bigote bien cuidados y ropajes de terciopelo negro. Duarte lo había visto de lejos en varias ocasiones y sabía quién era: Alejandro de Farnesio. A su lado, de pie, estaba el conde de Mansfeld, que lucía una gorguera inmaculada sobresaliendo de la bien ornamentada coraza, y en el otro extremo de la mesa, sentados en sillas de campaña, se hallaban el coronel Mondragón, el maestre de campo Agustín Íñiguez y un oficial al que Duarte no recordaba haber visto con anterioridad.

—Este es el hombre, excelencias —saludó Juan Verdugo con una reverencia. No debía de estar seguro de a quién de ellos debía dirigirse, y de aquella manera expeditiva solventó la cuestión.

Fue el propio Farnesio quien le respondió.

—Acercaos, capitán —dijo con seriedad, señalando un hueco alrededor de la mesa—. Y también vos, muchacho. Atended y no interrumpáis, que luego trataremos un asunto que os interesa.

Sin esperar respuesta, el general se volvió hacia su Estado Mayor y continuó con la conversación que mantenían. Alejandro de Farnesio les refería cómo, sin prisa pero sin pausa, habían logrado recuperar el control de todo el Flandes meridional hasta la línea del Escalda. En el norte, las cosas también les estaban saliendo bien: las tropas del experimentado maestre de campo Francisco Verdugo se habían hecho con la provincia de Frisia y en el este contaban con las provincias leales de Namur y Luxemburgo. Era el momento de mirar hacia el oeste, a las provincias de Holanda y Zelandia, el hueso más duro de roer. No sólo por ser las más calvinistas, el alma de la rebelión y la retaguardia profunda de Mauricio de Nassau, sino por tener una geografía complicada, con numerosas islas y tierras muy bajas llenas de diques, canales y fortines que dificultaban el avance de cualquier ejército, y de ciudades bien defendidas, con complejos accesos y rodeadas de agua. Además, la supremacía naval de su flota les permitía transportar refuerzos a cualquier punto y llevar a cabo ataques anfibios.

—Pero podemos conseguir éxitos también allí —dijo Farnesio—. Nuestras tropas son mejores y más experimentadas, y con la diplomacia podremos atraernos algunas ciudades.

—Holanda y Zelandia son grandes —lo interrumpió el duque de Mansfeld—. ¿Por dónde tenéis pensado empezar?

—Por Güeldres. Quiero asfixiar su economía —dijo con seguridad el general al tiempo que señalaba con rapidez algunos puntos de aquella provincia en uno de los mapas desplegados sobre la mesa—. Cada nueva ciudad que ganamos para el rey es una fuente de ingresos que arrebatamos a los calvinistas, y Mauricio de Nassau y sus Estados Generales carecerán de fondos con los que prolongar la guerra. Si el rey, mi tío, cumple con su parte y sostiene la ayuda militar, en un par de años la rebelión estará sofocada por completo.

—¿Pero? —preguntó el maestre Agustín Íñiguez.

Alejandro de Farnesio se mesó su barba castaña, espesa y bien cuidada. Duarte observaba cada uno de sus movimientos, las inflexiones de su voz, los silencios. Y aquel silencio le pareció que encerraba una duda, porque hablar del rey siempre era peligroso.

—Pero el rey ha puesto los ojos en Inglaterra y amenaza de pronto con cambiar sus planes. Como bien saben vuesas mercedes, me ha pedido que elabore y le envíe un plan para una posible invasión de la isla.

—Quizá la empresa sea prematura —apuntó el conde de Mansfeld.

—O quizá haya llegado la hora, general —alegó con energía el coronel Mondragón—. El apoyo constante a las provincias rebeldes en hombres y fondos, sancionado con ese infame tratado de Nonsuch, por fuerza habrá colmado la paciencia de Su Majestad.

—Mi tío lleva años soportando los desplantes de la inglesa —respondió Farnesio.

—Que cada vez son mayores —aseguró Mondragón—. Ahora pretenden establecer una colonia al norte de La Florida, como intentaron hacer los franceses hace veinte años.

—Lo intentaron y lo consiguieron —lo corrigió Íñiguez—. Y allí seguirían si el adelantado Menéndez de Avilés no los hubiera expulsado a hierro y fuego. Esperemos que esta nueva colonia corra la misma suerte.

—Así lo espero yo también —convino el duque de Parma, un poco incómodo con la digresión—, pero, para terminar con esta empresa, necesitamos que el rey aguante un poco más los desafíos de la Tudor.

—Os comprendo, general, y comparto vuestras reservas. Primero Flandes y después Inglaterra —dijo el coronel mientras le ofrecía una copa de vino.

—Así es. Pero el rey es rey y merece obediencia. —Alejandro de Farnesio tomó la copa y bebió un sorbo distraídamente. Todos los presentes eran hombres de su máxima confianza, pero no dejaban de ser leales súbditos del rey. Debía ser cuidadoso con sus palabras, por muy sobrino suyo que fuera—. No es la primera vez que se habla en el Consejo de Estado de entrar en Inglaterra —prosiguió—. Hace veinte años que esa idea hizo nido en el pensamiento de Su

Majestad, desde que la inglesa abrazó la Reforma, y en este tiempo no ha dejado de volver sobre ella. Mi tío es un ferviente católico, escudo de la cristiandad y defensor de nuestra fe, como en tantas ocasiones ha demostrado, pero también es un hombre de Estado, prudente aunque lento en tomar sus resoluciones. ¿Se decidirá a atacar esta vez? —El duque de Parma hizo una pausa ante aquella pregunta retórica. Todos los ojos estaban fijos en él—. Me temo que sí. Y en previsión de eso debemos olvidarnos del interior y pensar en la costa. Hasta ahora sólo contamos con tres puertos, Dunquerque, Nieupoort y Gravelinas, los tres de difícil entrada, de modo que para lanzar una incursión con éxito en Inglaterra necesitamos controlar el estuario del Escalda, las dos orillas. Primero La Esclusa y más adelante, cuando la fruta esté madura, Flesinga.

—Allí hay ahora siete mil soldados ingleses al mando del conde de Leicester —apuntó Mansfeld.

—Mejor. Así tendremos la oportunidad de darle un escarmiento a ese conde. —Alejandro de Farnesio se enderezó, pues había estado reclinado sobre la mesa mientras hablaba, estiró los brazos y se pasó las manos por el cabello antes de proseguir—. Pero el rey me pide un plan, y lo tendrá, y en el plazo esperado. Para eso están aquí vuesas mercedes. Y ahora, les ruego que se tomen un respiro mientras atiendo a estos señores.

No hizo falta que el general repitiera su invitación.

3
Real de Farnesio

Duarte estaba un poco nervioso. Se preguntaba si aquello sería un consejo de guerra por alguna falta que no era consciente de haber cometido. ¿O la habría cometido alguno de sus hombres?

—Conocéis al marqués de Santa Cruz, señor sargento —dijo de repente Alejandro de Farnesio. Era una afirmación más que una pregunta.

—Así es, excelencia —respondió Duarte, extrañado por el tratamiento. Mas, como el duque de Parma no respondiera, se sintió obligado a añadir alguna información adicional—. Serví a sus

órdenes en la campaña de las islas Azores. Era uno de sus asistentes.

—*O senhor é português?* —preguntó Farnesio en ese idioma.

—*É assim, excelência. Nasci na Terceira* —respondió Duarte en el mismo idioma.

—Apenas se os nota el acento.

—Me paso el día rodeado de soldados castellanos.

—Bien —dijo Alejandro Farnesio. Parecía que había pasado el tiempo de las cortesías—. Tras la toma de Terceira, el marqués solicitó al rey, mi tío, que le permitiera comandar una flota para desembarcar en Inglaterra y deponer a su reina. ¿Estabais al tanto del asunto?

—Así es, señor. Es decir, excelencia. —Duarte respondía mecánicamente a las preguntas de su superior mientras trataba de comprender su objetivo—. Durante unos días no se habló de otra cosa entre la tropa. No era ningún secreto.

—No lo era, sargento —dijo inesperadamente el duque. Tenía una voz algo ronca pero bien timbrada y ligeramente cantarina, como los italianos cuando hablaban castellano—. Sólo una idea osada surgida al calor de una victoria. En aquellos momentos estábamos en paz con la reina Isabel y tal acción no la estimó procedente Su Majestad, pero, como habréis podido escuchar, las cosas han cambiado.

Duarte asintió, procurando resultar lo más cortés posible, aunque seguía sin comprender qué diablos pintaba él allí.

—¿Podría preguntaros por el motivo de esta entrevista, excelencia?

Al capitán Verdugo debió de parecerle una pregunta improcedente y se giró hacia Duarte con el ceño fruncido y hielo en la mirada, pero a los labios del duque de Parma asomó una leve sonrisa.

—Cada cosa a su tiempo, señor Salazar —dijo Farnesio con voz seria y ojos rijosos. Era un hombre con don de gentes—. Antes de responderos tengo el capricho de explicaros la situación en la que nos encontramos. No temáis, será sólo un momento, y estoy seguro de que os resultará muy instructivo. Los asuntos de Flandes ya los habéis oído, así que no volveré sobre ellos. Os hablaré, en cambio, de otras naciones, pues lo que en ellas sucede nos incumbe directamente. —El duque tomó aire antes de lanzarse con su

explicación—. Francia está sumida desde hace tiempo en una guerra de religión entre los católicos y los calvinistas hugonotes. La llamaremos la guerra de los tres Enriques. El rey, Enrique de Valois, es un hombre débil que ha gobernado bajo la tutela de su madre y otros poderosos, un hombre, digámoslo así, que no está dotado para tener hijos, y que, aunque se declara católico, ha tratado con mucha consideración a los hugonotes. Su heredero natural, su hermano Francisco, falleció el pasado año, y eso sitúa la sucesión a la corona en su primo Enrique de Navarra, que es hugonote hasta la médula y que, si sube al trono, hará que la guerra se recrudezca. Nuestro tercer Enrique, el duque de Guisa, es, sin embargo, ferviente católico y muy ambicioso; ambiciona, fijaos, la corona francesa, y lidera la Santa Liga Católica, que controla casi un tercio de Francia, el tercio norte, precisamente el que limita con Flandes.

—Sería nuestro aliado natural —apuntó Duarte en la pequeña pausa que hizo Farnesio.

—En la medida en que un francés puede ser aliado nuestro, aunque la contrapartida que exige resulta con frecuencia excesiva. Vamos ahora con las islas británicas. Irlanda es el flanco débil de Inglaterra, pues su control directo se limita a una franja en el este, alrededor de Dublín. El resto de la isla está en poder de una multitud de nobles y clanes gaélicos y normandos, todos ellos católicos pero tan desorganizados que se enredan en frecuentes querellas internas. A veces, no obstante, se ponen de acuerdo y presentan frente común al inglés, lo que obliga a la reina Isabel a mantener en aquella isla una guarnición permanente de uno o dos millares de soldados. Hace unos años, el papado trató de apoyar la rebelión de un tal Fitzgerald, conde de Desmond, con la ayuda de una pequeña fuerza de desembarco formada por italianos y españoles, pero fue un fracaso. Irlanda es, por tanto, inestable para Isabel, pero también para nosotros.

»Escocia, sin embargo, es una paradoja. Católicos y reformistas luchan por el poder, el religioso y también el político. El pulso, de momento, lo van ganando los segundos, que encerraron y obligaron a abdicar a la católica María Estuardo. María logró huir de allí, aunque tuvo la desafortunada idea de refugiarse en los dominios de su prima Isabel, que la tiene recluida porque, entre otras cosas, es una candidata a sucederla. Y el rey, mi tío, tiene muy presente este

particular. Si los católicos ingleses se hicieran con el poder, ella sería la nueva reina. La corona escocesa descansa ahora sobre la cabeza de Jacobo Estuardo, el hijo de María, que no es amigo de Isabel pero tampoco quiere enemistarse abiertamente con ella, ya que es otro posible candidato a sucederla, y mantiene con España una ambigüedad que no nos perjudica.

—Pero tampoco nos beneficia.

—En el mundo de la diplomacia las valoraciones son complejas, señor Salazar, y con frecuencia lo que no te perjudica te beneficia. Vamos ahora con Inglaterra, que es, después del turco y de las Provincias Unidas, nuestra principal enemiga, un reino reformista gobernado por una Jezabel malévola y algo asustadiza que apoya a los corsarios, a los exiliados y a los rebeldes flamencos, pero que tiene dos grandes problemas. No tiene hijos, ni se espera que los engendre con ninguno de sus favoritos —el duque sonrió al exponer aquella hipótesis—, y muchos de sus súbditos, tanto nobles como plebeyos, siguen abrazando la fe católica.

—¿Cuántos son «muchos», excelencia?

—Ese es nuestro problema. Al estar perseguidos por las leyes y practicar su fe a escondidas, es difícil estimar si son la mayoría, la mitad o sólo una pequeña fracción. Algunos nobles afines al rey, mi tío, hablan de cifras muy altas que a mí me parecen más interesadas que acertadas. Y, en fin, nos queda hablar del Báltico.

—¿El Báltico? ¿Qué pintan esas naciones tan lejanas en los asuntos del rey, vuestro tío? —Duarte no pudo evitar emplear aquel parentesco que, por lo visto, tanto le agradaba mencionar al duque.

—Al menguar el comercio con Inglaterra y las Provincias Unidas, el Báltico es una salida importante a nuestras mercaderías y también una importante fuente de acopio de materias primas. Mi tío mantiene buenas relaciones con Suecia, cuyo rey se ha declarado católico, y no tan buenas con Dinamarca, enemiga de aquella. En cuanto a la Liga Hanseática, que agrupa a muchas ciudades de diferentes principados, unos católicos y otros luteranos, siempre ha sido un socio comercial importante, al margen de la religión que, como veis, no es un factor tan decisivo como podría resultar. Y todos ellos, suecos, daneses y hanseáticos, pese a sus diferencias, no ven con buenos ojos la competencia comercial que les hacen tanto los ingleses como los rebeldes flamencos, ni tampoco los ataques

corsarios a sus buques, o los secuestros y requisas cuando tocan sus puertos.

—¿Por qué esa inquina hacia ellos, excelencia, siendo en su mayoría reformistas?

—Porque comercian con nosotros —respondió el duque con un énfasis que señalaba el fin de su exposición.

Mientras esta duró, los tres hombres permanecieron de pie, pero Farnesio, al finalizar, volvió a ocupar su asiento.

—Bien —retomó la plática después de haber bebido un trago de su copa—, vuestro capitán —y señaló con la barbilla hacia Juan Verdugo— me ha dado buenas referencias de vos, señor Salazar.

—Merecidas, excelencia —confirmó Verdugo.

—Hago lo que haría cualquier soldado —se apresuró a apuntar Duarte.

—Vuestra hoja de servicio parece indicar lo contrario. Y me alegra saber que un súbdito portugués se siente a gusto en los ejércitos de esta monarquía. Muchos son los soldados que encuentran en el ejército una familia, una forma honrosa de ganarse la vida y la mejor manera de servir a su rey. En todo caso, no os he mandado llamar sólo para hablar de vuestra hoja de servicios. Don Bernardino de Mendoza, nuestro embajador en París, me ha hecho llegar una curiosa petición. Pero es mejor que os hable de ella el capitán de vuestra compañía. —Farnesio miró a Verdugo, que se aclaró la voz antes de hablar.

—Bien. —El capitán carraspeó. A pesar de su fiero aspecto, se sentía cohibido ante Farnesio—. Don Álvaro de Bazán ha sido nombrado por el rey capitán general de las armadas de España y ha solicitado vuestro traslado a Lisboa. Le gustaría volver a teneros a su servicio.

—El rey, mi tío —tomó el relevo Farnesio—, le ha ordenado a Bazán que se asiente en Lisboa y reorganice y amplíe la armada del Mar Océano en previsión de los duros tiempos que se avecinan. Don Álvaro debe de teneros en gran estima. Por supuesto, aquí hacen falta buenos soldados, como en cualquier parte, y hasta es posible que en breve pudierais ocupar una de las plazas de sargento que, por desgracia, están quedando vacantes, pero no nos gustaría disgustar al marqués de Santa Cruz, siempre que no tengáis inconveniente en aceptar.

Así que era aquello. Duarte aceptó de inmediato. Se sentía halagado por la confianza que le demostraba don Álvaro, a pesar del tiempo transcurrido, y se alegraba de poder regresar a Lisboa y descubrir si su regatera le seguía guardando las ausencias. Pero la impresión que prevalecía era la de inconsistencia: ¿el propio gobernador de Flandes lo llamaba a su real y le daba una lección personal de política internacional sólo para preguntarle si estaba de acuerdo en ser trasladado a Lisboa? Allí había gato encerrado.

El duque de Parma hizo salir de su tienda al capitán Verdugo con una excusa liviana y se dirigió a Duarte en un tono muy distinto.

—Veréis, muchacho —le dijo con cierto paternalismo—. Lo que voy a deciros ahora es delicado, y quiero vuestra palabra de honor de que no lo reveléis a nadie, empezando por el propio marqués.

Duarte tragó grueso. No se esperaba aquella petición, pero aceptó. No se le habría ocurrido negarle su palabra al gobernador de Flandes.

—Podéis contar con ella.

—Como habréis oído, el rey, mi tío, me ha pedido que le envíe un plan para el traslado de una fuerza importante a Inglaterra: no para invadir la nación, cosa que no podría hacer ni con el doble de hombres que tengo bajo mi mando, sino para deponer a su reina. Y la única forma realista de llevarlo a cabo es que dicha fuerza parta de Flandes. Por tres motivos. Es la opción más rápida, ya que el cruce del estrecho apenas tomará un día; la que mejor aprovecha la sorpresa, lo que incrementará nuestras posibilidades de éxito, y la más económica, pues sólo necesitaremos un aumento moderado de tropas y contar con una pequeña flota que acompañe y proteja a las lanchas de desembarco. Será, por tanto, la opción más eficaz.

El duque de Parma hizo un alto que aprovechó Duarte para transmitirle, de la manera más cortés que encontró, su extrañeza y sus cuitas.

—Es un honor que vuestra excelencia me otorgue su tiempo y me ponga al tanto de cuestiones tan principales. Pero no entiendo en qué atañe todo esto a un simple soldado como yo.

Alejandro de Farnesio se levantó nuevamente, rodeó la gran mesa de campaña y se aproximó a Duarte.

—No somos los maestres ni los generales quienes conquistamos

las plazas, señor Salazar, sino soldados como vos. Fijaos si sois importante. Mas tened un poco de paciencia, que ya estamos alcanzando el meollo del asunto. Don Álvaro de Bazán tiene intención de presentarle al rey su propio plan. Un plan similar, sin duda, al que le hizo llegar en su día, ideado al calor del éxito de Terceira. Conocéis bien lo que fue la toma de esa isla, lo mucho que costó y el enorme despliegue que entrañó, a pesar de lo reducido de sus defensas. Imaginad ahora el gran ejército que debería reclutar para la empresa de Inglaterra y la enorme flota en que habría de transportarlo a lo largo de casi mil millas de océano, un océano a menudo tormentoso. Un plan sin ninguna posibilidad de mantener el factor sorpresa, poco viable y poco oportuno.

—¿Y qué puedo hacer yo, entonces? —preguntó Duarte con desconfianza.

—No quiero que cometáis traición ni hagáis sabotaje, señor Salazar —dijo sonriendo, pues se había dado cuenta de los reparos de Duarte—, ni cualquier acto indigno de un soldado del rey. Sé que habéis servido a las órdenes del marqués y que os tiene confianza, y me complacería, si la ocasión se presentara, que le hicierais ver las dificultades de su proyecto tal y como yo os las he mostrado a vos.

Duarte respiró aliviado. Si sólo era eso lo que el duque de Parma quería de él, no tendría ningún inconveniente en complacerlo. En realidad, tal y como le había expuesto la situación, casi lo había convencido de las ventajas de su proyecto. Cruzar el canal de la Mancha era, sin duda, una opción mucho más simple y segura que traer las tropas desde la península. En realidad, la entrevista estaba resultando tan sencilla y amigable que seguía pareciéndole sospechosa.

—Pero conozco el carácter tozudo del marqués de Santa Cruz y sé que no dará fácilmente su brazo a torcer. —Farnesio hizo una pausa y aproximó su cabeza a la suya. Era un hombre de regular estatura, fornido y de buena presencia—. Si tal cosa ocurriese, si continuara adelante con su… proyecto, me gustaría estar informado de primera mano, y a tiempo, para poder actuar en consecuencia.

Duarte no supo, al punto, qué decir. La cercanía de Alejandro de Farnesio, la suavidad y familiaridad con que le hablaba pese a la firmeza de su mirada le impedían pensar con claridad. El duque lo estaba poniendo en un espinoso compromiso: negarse a su petición

o engañar la confianza de don Álvaro. Pero Farnesio se dio prisa en continuar:

—Es mucho lo que os pido, lo sé, pero también es mucho lo que nos va en un envite que, de salir mal, podría dejar al reino en una situación muy comprometida. ¿Qué decís, señor Salazar?

Qué iba a decir el señor Salazar. Por más amigables que sonasen las palabras de Farnesio, no podía olvidar que se hallaba frente al victorioso general de Flandes, gobernador de aquellas tierras, duque de Parma y sobrino del rey.

—Haré lo posible por complaceros, excelencia.

Farnesio aceptó su decisión con una sonrisa y una leve cabezada y pasó a centrarse en los detalles prácticos del asunto.

—Daré instrucciones al capitán Verdugo para que organice vuestra partida lo antes posible en un barco de aviso. Os acompañará una escuadra de su compañía elegida por vos y sancionada por él. Llevaréis, así mismo, un salvoconducto firmado de mi puño y letra junto con una carta y unos documentos que entregaréis en mano al marqués de Santa Cruz en cuanto arribéis a Lisboa. Señor Salazar, no quiero crearos un cargo de conciencia —concluyó el duque de Parma, mientras colocaba su mano sobre los atribulados hombros de Duarte—, y entenderé que os echéis atrás de lo hablado. En todo caso, debo pediros la máxima discreción sobre lo que hemos tratado, incluso con vuestros propios camaradas —añadió junto a la salida de la tienda, antes de levantar la lona—. Y ahora, tened la bondad de salir fuera y avisar a mi Estado Mayor de que la reunión se va a reanudar.

4

Roanoke, Virginia

Trenton dudaba de la promesa de Grenville de volver lo antes posible con más barcos, recursos, colonos y suministros. Al llegar a Londres inventaría cualquier embuste para demostrar el fracaso de la colonia y no tener que regresar. Y en el fondo no le faltaba razón. Pese a haber apoyado al gobernador, era consciente de sus escasas dotes organizadoras, la mala voluntad mostrada hacia los indios y las pobres perspectivas de éxito de la empresa. Y se desesperaba.

Desde que partieran de Plymouth, no había pasado un solo día sin que pensara en su esposa. Amaba a aquella mujer. La amaba más de lo que habría imaginado poder amar, y aquel amor lo abrumaba. No había nada de Isabel que no adorase. Su tez blanca, que cuatro rayos de sol la tornaban dorada; su pelo castaño, sedoso y suave, cuyas guedejas se escurrían entres sus manos como fina arenilla; los ojos almendrados, extraños, que a veces lo observaban con un hermetismo impenetrable y animal; la perfección de su cuerpo, la docilidad y ternura de su entrega; y también su manera de ser, esa combinación de ternura y rebeldía, de fragilidad y fortaleza, contrapuestas y casi antagónicas, como la cara y la cruz de una moneda.

Tan profundamente se había metido dentro de él que no sentía inclinación por las hermosas indias algonquinas, tan deseables para otros, con sus cuerpos apenas cubiertos por faldillas y sus prometedoras sonrisas. ¿Se había atrofiado su hombría?

Desde que se establecieran en Saint James, apenas se habían separado. Por no alejarse de ella, Trenton había declinado participar en algunas empresas navales impulsadas por hombres importantes. Aun a esta le dio varias vueltas antes de decidirse, y, si al fin lo hizo y venció la pereza que se había adueñado de él, fue a causa de la inversión que había hecho en ella su padrastro. Le costó, no obstante, adaptarse a la ausencia de Isabel. Creyó que en pocos días recuperaría sus hábitos marineros y ella pasaría a un discreto segundo plano. Pero se equivocó. Cuatro meses después seguía tan presente en su pensamiento como el día en que zarparon. ¿En qué clase de hombre se estaba convirtiendo?

Trenton recordaba la primera vez que la vio, en medio de las olas, aferrada a una tabla, luchando por su vida como los otros náufragos. Salió del agua empapada y chorreando, con las ropas tan pegadas al cuerpo que antes incluso de haber terminado las labores de rescate ya se la estaban disputando varias cuadrillas. Él no quiso tomar parte en las despiadadas violaciones a las que sometieron a las prisioneras, aunque el deseo lo zahería como a cualquiera. Se consideraba un hombre de honor. Tras tres días de desbocada brutalidad, sólo dos mujeres continuaban vivas. Entonces intervino, no por apropiarse de ella, ni por un desmedido sentimentalismo, ni mucho menos por amor, sino por la repugnancia que le provocaba

aquella barbarie. Le pidió al capitán que pusiera fin a la tortura de aquellas infelices, pero Sackfield se lavó las manos: no iba a hacer nada que lo indispusiera con la tripulación, y Trenton trató de razonar con los hombres, incluso les ofreció una parte de su botín, sin ningún resultado. Lo único que entendían aquellos salvajes era la violencia, de modo que les plantó cara, se la arrancó a la fuerza de las manos y la llevó consigo a su cabina.

Quince días cuidó de ella por caridad cristiana, la alimentó, la ayudó a recuperarse de los atropellos y golpes recibidos y procuró, con palabras amables y gestos contenidos, que la frágil y asustadiza criaturilla volviera a ser persona. Y durante todo ese tiempo estuvo luchando contra sus propios instintos, su larga abstinencia y la tentación de poseerla por la fuerza. Pasó en la escueta cabina atormentadoras noches en vela en las que escuchaba su respiración, sus movimientos en el improvisado catre, el roce de su cuerpo con la sábana, sus suspiros y necesidades más íntimas. Noches en las que tuvo que abandonar repentinamente la cabina y salir a cubierta para que el aire le calmara los ardores. Aquella fue la prueba más dura a la que había sometido jamás a su voluntad, no por amor, sino por demostrarse a sí mismo que no era una bestia similar al resto de los hombres.

Pero al final sucumbió a la tentación.

Trenton no lo olvidaba. Aquel día la navegación había sido especialmente dura, y, al retirarse a la cabina, halló a dos marineros intentando violentarla. Los sacó a empellones y se batió con ellos con tanta fiereza que al primero lo despachó antes que se lee un salmo. Y con el segundo habría hecho lo mismo de no haberlo detenido Sackfield. Después, con los ánimos aún caldeados, la sangre corriendo en su interior como un torrente, el cuerpo encendido por el riesgo y el peligro, se abalanzó sobre la mujer y la forzó con la excitación y el frenesí reprimidos a lo largo de semanas. Isabel, sorprendida y sin fuerzas, presentó una ligera resistencia antes de claudicar.

Tras el fugaz desahogo, la vergüenza se apoderó de él y lo mantuvo alejado del lecho de Isabel una temporada, hasta que ella misma se le entregó. Más adelante supo que estaba preñada, Dios sabía de quién, pero siguió con ella, la trató con consideración, continuó defendiéndola y estuvo a su lado durante el parto de un

varón rosado y feo que apenas sobrevivió un par de meses a la dureza de las condiciones de a bordo. La melancolía y la tristeza de la mujer, las largas horas que pasaba sollozando en silencio, las agotadas sonrisas que le dirigía cuando intentaba animarla despertaban su compasión y su ternura, pero no su amor. El amor surgió después, de repente, con la fuerza de un renuevo después de una poda severa.

Habían hecho escala en Terceira y el gobernador de la isla, agradecido por el apoyo inglés a la causa del Prior do Crato, invitó a los oficiales a una recepción. Para sacarla del ambiente hostil y cerrado del navío, Trenton la animó a bajar a tierra y acompañarlo en la velada. Y fue allí, en medio de la animación del baile, de las entretenidas charlas y patrióticos brindis, entre matronas ostentosas y atractivas jóvenes primorosamente vestidas, rodeado de hombres importantes, poderosos terratenientes, oficiales y jóvenes galanes que la seguían con ojos de ave de presa, justamente allí, cuando se dio cuenta de que la quería, de que la quería sólo para él, y, de haberse atrevido, allí mismo la habría cubierto con un saco para hurtarla a aquellas miradas.

Entonces supo que la amaba, que no era un capricho pasajero ni una necesidad para desahogar las urgencias de la carne. Y la vio con otros ojos y fue consciente de su sufrimiento y de su fortaleza y, por primera vez, trató de desentrañar sus sentimientos, los de ella, la mezcla de temor, aprensión, protección y cariño, y tal vez amor, que sentía hacia él. Y decidió alejarla de aquellos hombres, desembarcar y casarse con ella.

5
Saint James

En Saint James, las semanas y los meses habían transcurrido entre días de niebla, tardes lluviosas, feroces tempestades en las que el rugido del mar se oía una legua tierra adentro y fugaces instantes en los que el tibio sol hacía brillar el verde de los campos y arboledas y sacaba lustre al color de los jardines.

Isabel se había ido haciendo a la ausencia de su marido y a su nueva situación. Las desconsideraciones de su suegra se le hacían

difíciles de soportar, al igual que la altanería de su cuñada, pero las sobrellevaba con cristiana resignación.

La mejor receta para conservar la mente despejada era mantenerse activa, e Isabel se esforzaba en ello. Ayudaba en el huerto y las caballerizas, limpiaba su habitación y encendía la chimenea —pese al disgusto que le causaba a la señora Gardiner—, atendía a los sermones del pastor Lamb y simulaba interesarse por la liturgia anglicana, daba paseos con su cuñada y la acompañaba en sus visitas de beneficencia a los aldeanos de la heredad, mejoraba su dicción e incluso mantenía charlas con el señor Gardiner en las raras ocasiones en que estaba presente y se mostraba accesible.

Pensaba mucho en John, aunque no era capaz de llegar a ninguna conclusión sobre sus sentimientos. Lo echaba en falta, sin duda. Era un hombre apuesto, respetado y valiente, y le gustaban las atenciones con que la envolvía y la pasión que le demostraba. Pero también existía un Trenton sombrío y taciturno, reconcentrado en sus pensamientos, silencioso y distante. Ese lado oscuro de su carácter la intimidaba y le hacía recordar al corsario, al enemigo, al hombre que la tomó por la fuerza y que en aquellos momentos estaba empeñado en una empresa contra su nación.

Un domingo soleado, después de una semana de cielos nublados y mucha agua, Isabel, cansada de la aburrida rutina de Saint James, se dirigió a las caballerizas, le pidió a uno de los mozos que le ensillara a Poly, una yegua baya de andar suave pero algo inquieta, y salió con ella de Saint James.

El terreno que rodeaba a la heredad era suavemente ondulado y se alternaban prados y zonas boscosas. El aire estaba aún fresco, y se agradecía la caricia del sol. Se oía el golpeteo de las hachas de los leñadores, voces lejanas y el piar de muchos pájaros. Después de un trecho al trote, puso la yegua al paso. La tierra de los senderos se hallaba húmeda y en algunos pasajes resbaladiza, pero Isabel era una buena amazona y guiaba al animal con rienda firme. Los arroyos iban crecidos y el agua producía un sonido cantarín que le alegraba el espíritu. Vio de lejos algunos gamos. Un ciervo de enorme cornamenta se le cruzó a unas pocas varas. Iba con la cabeza engallada, y el pelaje rojizo desprendía un ligero vaho. A medida que avanzaba la arboleda se hacía más espesa y umbría y

sólo algunos rayos furtivos se colaban entre las hojas. Llevaba un sencillo vestido verde, de tela gruesa, pero algunas veces tenía que frotarse los brazos para entrar en calor. No estaba hecha para aquel clima húmedo y mustio, y añoraba la claridad, el calor e incluso el bochorno de su Veracruz natal.

Pensar en Veracruz no le hacía bien. Desencadenaba tal avalancha de recuerdos tristes y dolorosos, la llenaba de una melancolía tan profunda que había aprendido a sujetarlos y esconderlos en el fondo de su cabeza. Y aun así, a veces se escapaban. Su padre ahogado, su hermano perdido, si no muerto, y el resto de la familia ignorante de sus desventuras. No se permitía siquiera evocar sus rostros para no hacer más honda la pena.

Azuzó a Poly y miró a su alrededor, sin pensar en nada. Un roble enorme desplegaba sus ramas con la elegancia de un candelabro y señoreaba sobre una porción de bosque ganada a lo largo de los siglos. Se agachó para pasar debajo de él. Debía cabalgar con cien ojos para no golpearse el rostro con las ramas bajas o engancharse la falda en los zarzales. Alcanzó la cima de un cerro, bajó a un collado y subió otro cerro. Hacía tiempo que había dejado el camino y seguía veredas estrechas o simples coladeros. Escuchó unos gruñidos y al momento aparecieron frente a ella una hembra de jabalí y sus jabatos. Estaban hozando en busca de raíces en un pequeño calvero y, al verla, abandonaron su fructífera labor y se perdieron trotando entre los matorrales. Poly se había puesto algo nerviosa e Isabel le palmeó el cuello.

—Vamos, vamos, que ya se han ido. Lo estás haciendo muy bien, yegüita linda.

Isabel era una mujer de poco más de veinte años, pero vividos tan intensamente que tenía la madurez de una persona de cuarenta. Su naturaleza festiva y emprendedora se había trocado en un carácter melancólico. Las líneas de su rostro se habían afilado, se le marcaban algunas arrugas a los lados de la boca y en la frente. Sólo su ingenuidad parecía no haber cambiado con el paso de los años.

El graznido de los cuervos la trajo al presente. Alzó la cabeza y vio una bandada de diez o doce ejemplares que volaba hacia el sur. Debía de ser ya mediodía.

Cuando regresó a Saint James estaba avanzada la tarde. El día se había estropeado, hacía más viento y rápidas nubes grises

oscurecían por instantes el cielo. La señora Gardiner, que la estaba esperando en el pórtico de entrada, echó mano a la rienda y no le permitió llevar la yegua a la cuadra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isabel.

—Baja y entra en la casa —respondió ella con acritud—. El reverendo Lamb ha estado con nosotras. Se marchó hace un rato, sorprendido de que no estuvieras presente.

—No es la primera vez que ocurre.

—Pero será la última. —Sus ojillos claros rezumaban un rencor insano—. ¿Qué forma es esa de guardarle las ausencias a tu marido?

—Sólo he ido a pasear en el caballo.

—¿A dónde? ¿Qué pensarán los que te hayan visto? Mañana estarás en la boca de todos. Pero no voy a consentirlo.

Isabel trató de protestar por las injustas palabras de su suegra. ¿A qué venía aquel alboroto por un paseo? Pero la señora Gardiner no le dejó hablar.

Mientras la seguía al interior de la antigua abadía empezó a pensar que algo extraño había ocurrido. Su suegra siempre se había mostrado dura e impertinente con ella, pero no hasta aquel punto.

Dentro, en el gran salón, se encontraban sir Humpfrey y su hijastro calentándose las manos en el acogedor fuego que ardía en la chimenea. Estaban de espaldas a la entrada y hablaban en tono bajo, pero al oír sus pasos se giraron hacia ella.

La gravedad de sus semblantes confirmó la preocupación de Isabel. Su suegro permaneció junto a la chimenea, pero Michael Gardiner se adelantó a su encuentro. Michael, el hermano menor de John, era muy pequeño cuando su padre falleció, y quizá por eso decidió adoptar el apellido de su padrastro.

—Elizabeth, querida —le dijo, tendiéndole las manos, unas manos cálidas y fuertes—. He venido de Southampton en cuanto he podido. No quería que te enterases de la noticia por un correo, ni por los rumores de los aldeanos.

Isabel lo miraba a los ojos, apremiándolo a que fuera al grano, aunque sin atreverse a expresarlo.

—Déjate de dar rodeos, hijo —dijo la señora Gardiner.

—La flota del capitán Grenville ha vuelto a Inglaterra con una parte de los hombres. —Isabel tardó un momento en caer en quién era Grenville—. Tocó primero en Bideford, donde tiene sus

posesiones, y después partió hacia Londres para exhibir la nao española que había capturado durante la travesía.

—No parece una gran presa —apuntó sir Humpfrey.

—Pero John no ha venido con él —dijo Sarah Gardiner con voz peripatética. Isabel sabía que John era su hijo predilecto, por más que Michael le mostrase una gran devoción.

—Así es, madre. Por lo visto, la nueva colonia de Virginia está pasando por dificultades imprevistas y sir Richard decidió regresar en busca de bastimentos y más gente. Pero las noticias son vagas e imprecisas.

—Mañana partiremos para Londres —intervino su suegro. Se habían acercado todos al hogar y formaban un semicírculo a su alrededor—. Quiero hablar con Grenville y enterarme de primera mano de lo ocurrido, y también de los planes de Raleigh y de la Corona para la colonia. Este regreso me resulta una acción bastante irregular.

Isabel estaba anonadada por una información cuyo significado no llegaba a alcanzar por completo, y Michael, que se dio cuenta, trató de tranquilizarla.

—No te preocupes, Elizabeth. No creo que a tu John le haya pasado nada. El gobernador y una buena parte de los soldados se han quedado allí. ¿Qué puede temer una compañía de ingleses frente a un hatajo de indios con arcos y taparrabos?

Michael Gardiner era un hombre apuesto, más que su hermano. Aunque físicamente se parecían bastante, sus caracteres eran muy diferentes. Mientras John era grave, estoico y enemigo de los disimulos, Michael era amante de las comodidades, remolón, simpático y hablador, pero taimado y sinuoso. Resultaba difícil saber lo que pensaba. Michael estaba casado con una mujer de Southampton de familia acomodada, rellenita, alta y muy elegante con la que tenía dos hijos, los futuros herederos de Saint James.

Después de una cena temprana que sólo la locuacidad de Michael evitó que se convirtiera en un velatorio, Isabel alegó estar muy cansada y se retiró a su habitación. La noticia del regreso de la flota sin su marido la había dejado aturdida. ¿Qué significaba todo aquello? Por lo pronto, que no lo vería en una buena temporada. O que no lo vería jamás. ¿Se habrían torcido las cosas más de lo que le habían contado? Le dolió pensar en la posibilidad de que Trenton

hubiera fallecido. Perder a John, a su John. Por Dios, no. Mas, si tal cosa ocurría, ¿qué sería de ella, sola en tierra extranjera y rodeada de rencores e intrigas?

Tardó en conciliar el sueño, y cuando se levantó, más tarde de lo acostumbrado, sir Humpfrey y Michael ya habían partido para Londres. Como para darles la razón a sus pensamientos más oscuros, aquella misma tarde la señora Gardiner la llamó a su presencia.

—Todo indica que el regreso de John se va a retrasar un tiempo, Elizabeth.

—Confiemos en que no sea mucho.

—Nada hay seguro en esta vida.

—Cierto, señora, mas yo tengo fe en que el Altísimo guardará de todo mal a mi marido.

—¿A vuestro… marido? —repitió la señora Gardiner en un susurro. Isabel no estaba segura de si meditaba sobre la pregunta o se reía de ella—. Más te vale que así sea, querida. Pero, mientras tanto, tú, tú… No sé si deberíamos seguir considerándote parte de la familia.

Los ojos de su suegra la miraban como un gato a un ratón antes de zampárselo. Unos ojillos azules y miopes. Y toda la inquina, los prejuicios y malquerencias que había acumulado hasta entonces se desbordaron de repente.

—Deseo que te traslades a otra habitación de la casa, un poco más modesta y apartada que la que ocupabas —le dijo con una forzada sonrisa—. Ahora que no está John no necesitas un cuarto tan grande y lujoso. Y da gracias por que no te envíe a dormir con la servidumbre.

Sarah Gardiner también quería que realizara sola todas las tareas referidas a su cuidado y aseo con las que, al parecer, tanto disfrutaba. Además, le prohibió entrar en las cuadras, siquiera para cepillar a su yegua. El ama de llaves, la señora Chapman, se encargaría de controlar que se cumplieran sus deseos.

—¿Qué os he hecho para que me humilléis de esta manera? —le preguntó Isabel a su suegra tras recibir las nuevas instrucciones.

—Estás equivocada, Lizzie querida —respondió Sarah Gardiner con voz tan suave como falsa—: eres tú la que nos humillas con tu presencia.

—Fue vuestro hijo quien quiso traerme aquí. Echadle a él la culpa.

—No sé con qué artes engatusaste a John, pero cada día le ruego a Jesús que se olvide de ti y te repudie. Nuestra Iglesia permite el divorcio.

—Lo sé, señora, pero conozco bien a mi marido y no creo que vaya a divorciarse de mí, ni tampoco que le guste vuestro comportamiento.

—Eso déjalo de mi cuenta, hija. Tú mientras tanto reza por que vuelva, porque si le pasa algo, haré que te encierren por papista y por traidora.

6
ATLÁNTICO NORTE

En el siguiente viaje, la Diana zarpó en solitario para el norte, con bandera francesa, dejó atrás la península de Bretaña, rodeó Cornualles, penetró en el estuario del río Severn y subió el Avon hasta la ciudad de Bristol, donde vendió azúcar de caña, algodón, aceite de oliva y lana de merino y se dedicó a comprar vajillas y vidrio coloreado. La estancia allí fue plácida y tranquila. El puerto estaba tan lleno de barcos y movimiento que los oficiales encargados de administrarlo apenas les prestaron atención.

Desde Bristol navegaron el mar de Irlanda, siempre hacia el norte, más allá de la isla de Man, e incluso de la de Arran, en el fiordo de Clyde, hasta alcanzar Glasgow, ya en tierras escocesas.

Uno de los proyectos de Sancho del Puerto era abrir una delegación comercial en el reino de Escocia, y a ello se dedicó su sobrino con cuidado y discreción. Pero la tarea resultó mucho más complicada de lo esperado. Ni tuvo éxito en sus gestiones ni consiguió buenos precios por la mercancía.

—Qué difícil es hacer negocios con esta gente —se quejó Laiseca —. Se aferran al dinero como un pobre a un mendrugo de pan. Y no hay Dios que los entienda.

No le faltaba razón al maestre de la nao, de modo que apenas permanecieron allí una semana. En la travesía de regreso pasaron por Dublín, una ciudad que se alzaba a orillas del río Liffey, al

fondo de una bahía amplia y abierta. La ciudad estaba rodeada por una larga muralla con recios torreones cada doscientos pasos y una gran fortaleza en uno de los ángulos. La residencia del lord teniente, símbolo del dominio inglés de Irlanda. En aquellos días, la población de Dublín estaba alterada porque la reina Isabel había confiscado un monasterio católico para construir una universidad destinada a la minoría anglicana.

La familia Del Puerto mantenía buenas relaciones con algunos mercaderes locales, y a Gabriel le resultó sencillo vender la lana que le quedaba y adquirir una partida de excelentes hachas de hierro, muy bien forjadas y ornamentadas, y reponer víveres para el resto de la travesía.

De Dublín pusieron rumbo a Burdeos, pero a la altura del cabo Land's End, el Finisterre inglés, les salieron al encuentro tres pinazas de pequeño porte y malas intenciones, provenientes sin duda de alguna caleta cercana.

—Corsarios —apuntó Mahagüini con tranquilidad.

—Más bien piratas de ribera —replicó Vermeulen después de haberlos observado unos momentos. Su aproximación era muy lenta, como si antes de acercárseles quisieran asegurarse del tipo de presa que tenían enfrente.

Gabriel resolvió alejarse de la costa.

—Si quieren atacarnos, que lo hagan mar adentro. Señor piloto, cambiad la derrota y ordenad zafarrancho.

Las pinazas los siguieron durante unas leguas y luego viraron y se alejaron. El piloto tuvo razón: eran piratas de poco fuste. En Burdeos completaron la carga con colorante de Toulouse, rubio y grana, y con vino bordelés.

Marcia no había vuelto a La Coruña, ni dado señales de vida.

Aunque a Gabriel no le gustara aceptarlo, la echaba de menos. A su férrea voluntad le costaba mantener a raya los recuerdos, las imágenes, palabras, olores y señales que se la evocaban, y sus planes de futuro. Habían hablado de ir juntos a Veracruz para conocer a la madre y a los demás hermanos de Gabriel. Tal vez Martín Robledo tuviera razón y fuera un estúpido por perderla de aquella manera. Pero, aun así, no fue a Oporto.

En el siguiente viaje su tío lo envió con un flete de cochinilla de

Veracruz, cacao, palo de eque y artículos de lujo para el Báltico. Él, por su cuenta, cargó una buena parte del colorante de Toulouse que había comprado, muy apreciado en Flandes. De La Coruña se dirigieron a Santander, donde se unieron a una flotilla de seis barcos procedentes de puertos cantábricos. Navegaron en conserva el golfo de Vizcaya, viraron al este sobre la isla de Ouessant y empezaron a disgregarse en el canal de la Mancha. Al salir al mar del Norte sólo seguía con ellos una nao de Portugalete que se quedó en Ystad, en el extremo sur de la península escandinava, mientras la Diana continuaba hasta Visby, en la isla de Gotlan. Visby había sido saqueada e incendiada unas décadas atrás y seguía pareciendo, en los días que corrían, una ciudad en ruinas; sin embargo, su comercio era floreciente. Gabriel logró vender a un precio magnífico todo el tinte que transportaba. A cambio, llenó la bodega con troncos de pino de Riga, que hacían excelentes mástiles para los galeones y grandes naos que se construían en los astilleros españoles.

En el viaje de regreso se le acabó la suerte a Gabriel. Al salir del canal de Skagerrak enrumbaron al sur y en pocas singladuras llegaron a la región de Alkmaar, al norte de la provincia de Holanda. Dejaron atrás Haarlem, Leiden y el dédalo de islas y canales que conformaban Zelanda hasta alcanzar la isla de Walcheren, en la desembocadura del Escalda.

La última vez que habían intentado remontar aquel río, se lo había impedido el asedio de Amberes, pero Gabriel quería probar de nuevo, ahora que la ciudad había vuelto a manos de la Corona. Su tío le había encomendado que tratase de contactar con el corredor de los Del Puerto para confirmar la renovación del seguro. Y de paso vendería el colorante de Toulouse.

Pero los mendigos del mar, enrabietados por la pérdida de Amberes y los éxitos militares de Farnesio, custodiaban como mastines la entrada del Escalda y, en el primer meandro del río, una pequeña escuadra de filibotes rodeó a la Diana y los conminó a amainar velas.

—¿Qué hacemos? ¿Intentamos continuar por las bravas?

—No, Pascual. En el río no tenemos nada que hacer contra estos putos filibotes, más maniobrables y con menos calado —respondió Gabriel con resignación—. Es mejor que nos portemos bien y

obedezcamos.

—Ya veremos si salimos de esta —añadió Vermeulen. Había temor en su actitud. Era un flamenco católico y podía tener problemas si lo descubrían.

—Navegamos con licencia y pabellón franceses, señor Vermeulen. Si mantenemos la calma, todo irá bien —aseguró Gabriel, pero el flamenco apretó los labios y movió la cabeza en gesto de negación. No se mostraba muy optimista.

Desde uno de los filibotes botaron un esquife que enfiló con presteza hacia la Diana. Un práctico y su ayudante subieron a bordo y les ordenaron de malas formas que se dirigiesen a Flesinga. Un viento fresco y desapacible les revolvía los cabellos. El cielo estaba tomado por nubes grandes y grises que se movían con rapidez. Entre ellas aparecía, de tanto en cuanto, algún jirón azul.

VI

1
LONDRES

—¿Cómo he llegado aquí? —se preguntaba Marcia Henriques mientras su hermana parloteaba sobre uno de sus galanes.

Estaban en un cuarto con chimenea, una mesa de buena madera, tres sillas tapizadas y una ventana de vidrios gruesos y cuadrados, separados por estrechos listones de madera, que daba a una calle ruidosa y enlodada. Fuera caía una llovizna que no había cesado desde la noche anterior. A veces arreciaba y otras veces, como en aquel momento, se convertía en un calabobos fino que apenas mojaba. Por encima de los tejados grises de las casas de enfrente y de la arboleda de los jardines de Lincoln Inn Fields, aparecía un cielo plomizo que se confundía con la misma lluvia.

—No sé si me gusta Joao —dijo Fátima con expresión soñadora —. Es un muchacho apuesto, en eso no hay queja.

—Un poco presumido —apuntó Marcia con la aguja en alto, distraída aún.

—Algo bajito, ¿no crees?

—Es más alto que tú.

—Sí, pero más bajo que la mayoría. —La respuesta de Fátima, rápida e incisiva, hizo que Marcia abandonara la labor sobre la mesa y la mirase con más detenimiento. A veces pensaba que no tenía los pies en la tierra. Mira que preocuparse por la estatura de aquel joven, cuando había tantas otras cosas por lo que hacerlo…

—¿Es ese el principal defecto que le encuentras? A mí me resulta más grave que sea manirroto y tenga poco seso.

Fátima se puso el puño en la boca y se quedó pensativa. Geraldo, su hermano mayor y su tutor, estaba decidido a que contrajera matrimonio con uno de los muchos caballeros portugueses que habían seguido a Antonio de Avis, Prior do Crato,

al destierro. Le había presentado a varios hombres casaderos, solteros y viudos, jóvenes y maduros, y Joao parecía encabezar la lista de las preferencias de Fátima. Pero su hermano no se había pronunciado al respecto, y no había compromiso alguno entre ellos. La muerte de su madre, doña Antonia, estaba demasiado reciente para que pudiera casarse sin que resultara inapropiado.

La vida social de las hermanas Henriques era, en general, poco activa. No obstante, habían pasado dos semanas confeccionando el vestido que llevaría Fátima en la celebración de la Inmaculada Concepción. El cuerpo, que era de tafetán azul cobalto, se lo había cortado y cosido una costurera de la calle de los pañeros. Ahora, ellas se encargaban de bordar con hilo dorado la pasamanería de la basquiña, para que realzase aún más la prodigiosa belleza de Fátima.

Joao Veiga, el joven del que hablaban, no era un desheredado, pero tampoco nadaba en la abundancia. Originario de Peniche, al norte de Lisboa, llegó a Londres con lo que había conseguido rescatar de sus bienes. Don Cipriano de Figueiredo, conde de San Sebastián y antiguo gobernador de las Azores, que tenía un lejano parentesco con su madre, lo había acogido bajo su tutela, le pasaba una pequeña pensión y le encargaba algunas gestiones para las que se necesitaban ingenio y don de gentes, de lo que Joao andaba sobrado.

—No creas que no me doy cuenta de las cosas, hermana. Sé que Joao tiene defectos, como todos. A veces siento que me corteja sin ganas, como si le diera lo mismo prometerse conmigo que con cualquier otra, pero no tengo mucho donde elegir. —Fátima hizo una pausa mientras remataba una espiguilla. Tenía el ceño fruncido, y no era sólo a causa de la labor—. ¿Tendrá alguna amante entre esas damas tan elegantes que acuden a las fiestas de pasteles?

A Marcia le hizo gracia el pequeño arranque de celos de su hermana. Se estaba haciendo mujer.

—¿Tú lo quieres?

—Me gusta. Los días que no viene a verme me aburro, porque es divertido. Pero ¿quererlo? Parece una palabra muy importante. En realidad —Fátima titubeó un momento— me da miedo pensar en el matrimonio y en los deberes que conlleva.

—¿A qué te refieres?

—Es… la intimidad del dormitorio. —La joven dijo aquello con la cabeza casi metida en el bordado—. Hace tiempo que deseaba preguntártelo. ¿Qué ocurre allí dentro? Tú ya tienes experiencia.

Marcia se sintió sofocada. Comprendía las inquietudes de su hermana y deseaba aconsejarla, pero sentía un pudor absurdo e inconcreto ante aquella pregunta. No estaba segura de poder encontrar palabras decorosas para explicar algo tan hermoso y a la vez rodeado de un halo pecaminoso. Deseo, sexo, sensualidad.

—¿No te habló madre de esto?

—¿Madre? —La cara de asombro de su hermana fue suficiente respuesta.

—Fátima, el misterio que envuelve a lo que llamas intimidad no tiene en realidad tantos secretos. No quiero emplear palabras que puedan avergonzarnos, ni llenar de temor tu corazón por no saber explicarme. La unión íntima con el hombre que elijas te resultará quizá extraña, pero agradable.

—¿Extraña? ¿Agradable? Primero estuviste con Duarte y después con el español. Con los dos tuviste intimidad, ¿verdad?

—¡Eh! No seas descarada.

—Es que no me has dicho nada.

A Marcia no le agradaban los arranques de su hermana, pero reconoció que en este caso tenía razón. Debía contarle algo más. Si no la instruía ella, ¿quién lo haría?

—Desposar a un hombre no sólo significa unir vuestros destinos, sino también vuestros cuerpos en el lecho conyugal. Es algo muy físico.

—¿Como darse un abrazo?

—Más profundo. El… el…, es decir, deberás recibir en esa parte de tu cuerpo que llamamos la boca de la madre a su… miembro varonil, que, con su semilla, podrá hacer una nueva vida en ti.

—¿Quieres decir desnuda?

Marcia asintió y sintió ganas de reír al ver la expresión de su hermana. Dicho lo más difícil, había recuperado el dominio de sí misma.

—¡Qué asco! Es lo que hacían los animales en los corrales de nuestra casa de Angra —se sorprendió Fátima—. El verraco con la cochina, el caballo con la yegua…

—Pero no somos animales —la interrumpió Marcia—. Cuando

estés muy cerca de un hombre al que ames, cuando se te erice el vello por su proximidad y sientas calores y sofocos a su lado, cuando el simple roce de su dedo sobre tu piel sea como una chispa, la unión de los cuerpos no te parecerá nada asqueroso. Te lo aseguro.

—Ningún hombre me ha hecho sentir así.

—Cuando llegue el momento lo sentirás. Ya sé que todo esto del amor y la intimidad es complicado, y más en tu caso, que acabas de hacerte mujer y estás hecha un lío, ¿no es así? —Fátima asintió—. Pero más allá de los goces carnales, debes tener en cuenta que el matrimonio es un vínculo perpetuo, y no tienes por qué prometerte ni casarte con Joao, o con cualquier otro, mientras no estés segura. No importa lo que diga Geraldo. Él no va a tener que soportar a tu marido, ni se lo va a llevar al lecho. Un matrimonio, feliz o desgraciado, es para toda la vida.

—¿Lo dices por ti? ¿Estás arrepentida de haberte casado con el español?

—No lo llames «el español». Se llama Gabriel del Puerto y no es un hombre al que le importen mucho las banderas.

—¿Y aún lo quieres?

—Hace mucho que no lo veo.

—A mí Duarte me gustaba más.

—Es lógico. A Gabriel apenas lo conociste, pero es un hombre muy especial.

—¿Por qué no estás con él, entonces?

—Porque estoy aquí contigo, tonta. ¿O no te alegras de que haya venido? —Fátima le apretó la mano y le regaló una sonrisa—. Y ya está bien de cháchara. Anda, céntrate en la labor o no terminaremos a tiempo los arreglos.

2
LONDRES

Las hermanas se acostaron temprano aquella noche.

Vivían en Fetter Lane, extramuros de la ciudad, en una casa grande, con tres plantas, un hermoso huerto trasero que lindaba con otros huertos aledaños y un establo. Era el segundo alojamiento que

tenían en Londres. Los primeros meses se habían hospedado en una pensión en la zona de Black Fryers, cerca del río, donde el mal olor era la norma, en especial cuando bajaba la marea. Allí enfermó doña Antonia de unas fiebres fulminantes que se la llevaron en una semana. Fue el momento más duro para los hermanos Henriques, Marcia, Fátima y Geraldo, que ya habían perdido a su padre en las Azores a causa de una reyerta y ahora, en una ciudad extraña, sin medios apenas para sobrevivir, se quedaban también sin madre. Pero su situación llegó a oídos de don Antonio de Avis, que medió para que pudieran alojarse más dignamente en casa de Alfonso de Lancastre, un prestamista que había pasado veinte años viviendo en Inglaterra y había representado en alguna ocasión los intereses de su rey.

Se fueron apagando los ruidos exteriores, el tránsito de caballos y carruajes, de peatones, las voces de los vecinos, a veces airadas, las risas, la plática ininteligible de los borrachos. Incluso el lejano bullicio del puerto pareció apagarse del todo, pero Marcia seguía dándoles vueltas a las circunstancias que la habían conducido hasta donde estaba. La charla con su hermana, sus preguntas y comentarios, habían avivado sus recuerdos.

Ella nunca quiso ir a Londres, sino a Oporto, para ver a sus hermanos, alejarse un poco de La Coruña, organizar su vida y pensar en su futuro. Le habría gustado hablar con Gabriel antes de su partida, pero Gabriel estaba ausente, como siempre, dedicado a su nueva pasión de comerciar y a su vieja obsesión de encontrar a su hermana y vengarla. ¿Acaso se sentía defraudada? Era todo muy complicado, las personas eran complicadas. Había sido feliz a su lado, feliz como nunca había soñado serlo, pero estar junto a Gabriel era vivir en un vértigo constante.

Lo había conocido en Terceira, durante la guerra de sucesión al trono portugués. En aquellos días, Marcia ayudaba en el hospital del Espíritu Santo cuidando de los enfermos y los heridos, en parte por caridad y en parte para entretener a su corazón, dolido y vacío por la marcha de su amor de juventud, Duarte Salazar, de quien la separaron las lealtades divididas y los rencores entre los Salazar y los Henriques, los avatares de la propia guerra y la mala suerte. Entonces apareció Gabriel, tripulante de un corsario francés, tan seguro de sí mismo, tan firme en sus convicciones, y en sus odios,

sin más apego que sus compañeros ni más brújula que su venganza. La ayudó cuando más apurada se hallaba y la sacó de la isla, a ella y al padre de Duarte, cuya cabeza pendía de la voluntad de un hombre deshonesto. Y se enamoraron, se casaron y se asentaron en La Coruña, donde vivía un tío de Gabriel.

Marcia lo acompañó en las primeras travesías de la Diana, pero la vida a bordo era realmente dura para una mujer y pronto optó por quedarse en tierra. No le importó la separación, es decir, no mucho, porque los reencuentros merecían la pena. Además, guardaba la secreta esperanza de que tarde o temprano su marido sentaría la cabeza. Pero Gabriel era como un niño persiguiendo una quimera, y, a medida que se desgranaban los meses y los años, se fueron desmoronando sus ilusiones de una vida más segura, de una casa, unos hijos, un hogar.

La primera grieta en la felicidad conyugal de Marcia se dio cuando se quedó preñada. El tío de Gabriel le ofreció la oportunidad de permanecer en La Coruña, pero él la declinó, él solo, sin acordarlo con ella. Sencillamente no entraba en sus planes. Permaneció a su lado un tiempo. Luego partió en busca de una nueva pista sobre Isabel. Le prometió estar de regreso antes del parto, pero llegó tarde. La niña fue prematura y nació muerta. Y la brecha se amplió. El reencuentro, después de aquel suceso, fue difícil. Se amaban con pasión desesperada, pero discutían por cualquier simpleza. Marcia estaba delicada, melancólica y necesitada de cariño, mientras que él parecía haber enterrado la pérdida en lo más profundo de su alma, y jamás hablaba del asunto. Pasaron unas semanas y el fantasma de una nueva partida pendía sobre el ánimo de Marcia como una nube oscura y amenazadora. No quería ir al puerto para ver cómo carenaban la nao, ni saber de su cargamento ni mucho menos de su destino. Y el día que Gabriel le anunció que zarparía en breve tuvieron una fuerte discusión.

—¿Y qué pasa conmigo? —había preguntado ella—. Aún no estoy recuperada y ya te marchas.

—Me dedico a este oficio, Marcia. Ya lo sabías cuando nos conocimos. Además, está mi hermana Isabel.

—No has hallado una sola pista en dos años.

—No quiero renunciar a encontrarla, por pequeña que sea la esperanza.

—Pero sí puedes renunciar a mí.

—¿No estás bien en La Coruña? ¿Te trata mal mi familia?

—Tu familia es encantadora, pero no es la mía.

Gabriel la miró con esos ojos grandes, profundos y a veces insensibles. La discusión se prolongó y se dijeron cosas de las que después se arrepintieron, al menos ella.

—Soy que lo soy, Marcia, y no puedo cambiarlo —concluyó él.

La Diana zarpó para otra larga travesía por el norte de Europa y Marcia quedó enojada con Gabriel, consigo misma, con el mundo. Deprimida. Sin ganas de hacer ni emprender nada.

Entonces apareció aquel hombre por La Coruña, Zarco. Buscaba a Gabriel, pero también tenía una noticia para ella: su familia había dejado Terceira para ir a Inglaterra vía Oporto. Aquella información, en aquel preciso momento, le hizo tomar una decisión. Su hermana Catalina vivía allí y podría darle nuevas de los suyos.

Y partió para Oporto, un refugio neutro. Cercano, pero no demasiado. Le vendría bien un tiempo de separación. ¿No se iba Gabriel cuando le parecía? Lo que no imaginaba era que sus hermanos y su madre todavía estuvieran en Oporto. La sorpresa de Marcia fue pareja con su alegría. En dos años no había tenido más noticia de ellos que una breve misiva que le había reenviado Catalina. Pasaron unos días muy felices hablando de los viejos tiempos, de la infancia compartida, de los conocidos y amigos, le dieron razón de Manuela, su aya, que seguía trabajando en el hospital del Espíritu Santo y que siempre preguntaba por ella.

Mas el reencuentro tenía un lado amargo: los planes de su hermano. Geraldo, tras la derrota de la facción antoniana en las Azores, había sido hecho prisionero y condenado a un año de trabajos forzados. Durante ese tiempo se unió a un grupo de incondicionales de Antonio de Avis, en su mayoría caballeros y notables venidos a menos, y consiguieron fletar una pequeña nao y salir de las islas. La escala en Oporto no había sido, por tanto, sólo un acto de fraternidad. Tenían intención de recoger allí a otra partida de leales, proseguir hacia Londres y poner a disposición del rey Antonio una suma de dinero nada desdeñable, recaudada entre los seguidores silenciosos con que aún contaba.

Tampoco los planes para Fátima y su madre le agradaron. Llevárselas a vivir a un país extraño, con costumbres diferentes, en

medio de una corte en el exilio acosada por la justicia del rey Felipe, no se le antojaba un futuro muy halagüeño. Ni sus intenciones de prometer a Fátima con alguno de sus compañeros de aventura. Marcia no era ninguna mansa, y no se calló sus aprensiones.

—Es apenas una niña de quince años —le dijo a Geraldo.

—Pronto hará dieciséis.

—¿Casarla dentro del gremio de conspiradores, eso pretendes? ¿Qué futuro le vas a ofrecer?

—A ella no le importa.

—¡Qué sabrá ella de la vida que le espera! Ni del exilio ni, ya puestos, del matrimonio.

—Pues ven conmigo y ayúdame a prepararla, a elegirle un esposo.

—¿Y madre?

—Ella está mayor, achacosa, y salir de Angra la ha desorientado más. No va a servirnos de mucha ayuda en este asunto. Al contrario, necesitará toda la que podamos darle mientras se adapta a vivir en el extranjero.

—Déjalas en Oporto.

—¿Aquí? Ni hablar. Además, al marido de Catalina le da igual un rey que otro. ¿Qué ejemplo sería para Fátima?

Aquella conversación quedó revoloteando por la mente de Marcia. Geraldo no era tonto y había madurado. O eso creyó. Marcia lo vio más hecho, más hombre. Ya no repetía los argumentos de los demás como si fuera un loro de las Indias, sino que tenía sus propias opiniones, con sus matices y salvedades.

Tanto le insistió Geraldo en que los acompañara que la idea comenzó a calar en su ánimo.

—Será sólo un tiempo, Marcia, mientras nos asentemos, madre se haga a la nueva vida y tu hermana se case.

En realidad, no eran tanto las razones de Geraldo las que la movían a marcharse, sino la creencia de que le debía algo a su familia. Su apresurada huida de Terceira, bien que forzosa, en momentos muy difíciles, había dejado en su alma una conciencia de deserción y abandono de sus deberes de hija y de hermana. Aceptó, por tanto, acompañarlos con la condición de que hicieran una escala en La Coruña. No podía desaparecer, así como así, sin más

explicación que una breve misiva. Geraldo estuvo de acuerdo y la pequeña nao, rebosante de leales al Prior do Crato, partió de Oporto en otoño. No era la mejor época para navegar aquellos mares, pero la estancia en Portugal se hacía más peligrosa cada día que pasaba. Los servicios secretos del Austria tenían fama de eficientes y sus agentes no tardarían en descubrir semejante conjunto de conspiradores. La travesía no fue mala. Marearon las costas atlánticas de Portugal y alcanzaron las gallegas sin novedad. Pero Geraldo no cumplió con su promesa y la nao prosiguió su rumbo hacia las brumas del norte.

—Vamos muy retrasados —fue la excusa que le dio—. El piloto afirma que no podemos perder ni un día si queremos librarnos de las galernas que azotan al golfo de Vizcaya.

Marcia renegó de él y lo maldijo con un lenguaje más propio de zafios marineros que de una mujer de su calidad y educación. Fue una explosión violenta, un berrinche inútil. Patalear cuando no había remedio no era propio de ella. Además, ¿qué esperaba encontrar en La Coruña? ¿A Gabriel? Era tan poco probable como que hubiera comprendido sus cuitas.

3
FLESINGA, ZELANDIA

Desde los primeros tiempos de la rebelión, Flesinga se convirtió en la principal base de la flota de las Provincias Unidas. Las tropas realistas habían tratado de conquistarla, pero la ciudad había resistido las intentonas del duque de Alba, de don Juan de Austria e incluso de Alejandro de Farnesio.

La ciudad se situaba en una llanura sin una sola elevación, donde lo único que destacaba era la altísima torre de la iglesia. Estaba rodeada en todo su perímetro por una muralla medieval. En la parte que miraba a tierra tenía dos bastiones más modernos, con planos inclinados en los muros para resistir mejor el impacto de la artillería. Poseía dos puertos, el interior, que se ubicaba en el centro mismo de la villa, y el exterior, que consistía en tres largos pantalanes paralelos que se adentraban un buen trecho en el mar. A la Diana la llevaron al más meridional de los tres.

El práctico que había subido a bordo les indicaba a dónde debían dirigirse. Era un hombre alto y seco, con una barba rala pero larga y enmarañada, un espadón en la cintura y en la cabeza un gorro cónico de ala estrecha. Se mostraba distante y abría la boca lo imprescindible para señalar, en flamenco, las maniobras que debían realizar, de modo que sólo el piloto y Jerónimus lo entendían.

Cuando se abarloaron al muelle, el práctico pidió que tendieran una pasarela para bajar a tierra e hizo que amarrasen la nao a unas argollas de hierro. Luego se largó sin decir palabra, aunque su ayudante permaneció a bordo y se entretuvo en observar todo lo que había en cubierta: los bultos arrumados, los cañones y a los marineros.

Los tres muelles estaban llenos de navíos con pabellones de varias naciones. También se veían pequeñas escuadrillas armadas moviéndose por las aguas cercanas, cada una con su propia derrota.

Al poco de haber atracado, un grupo de soldados se instaló en el arranque del pantalán para vigilarlos. Habían ido a meterse en un auténtico avispero rebelde del que parecía difícil salir con bien. Gabriel trataba de ser optimista. La Diana navegaba bajo pabellón francés, tenía asiento en Burdeos y contaba con la correspondiente licencia extendida por los funcionarios de aquel puerto. En el peor de los casos podrían incautarse de la carga.

Al cabo, el ayudante del práctico bajó a tierra y se quedó conversando con los soldados. Gabriel aprovechó para pedirles a sus hombres que mantuvieran la calma y fueran discretos. Nada de hablar en castellano. Sólo quería a su lado a los que platicaran francés, flamenco o inglés.

—Como si no se hubieran enterado ya —protestó Laiseca—. Y aunque estemos callados, nuestras caras nos delatan.

—En el sur de Francia hay mucha gente morena, y también aquí he visto hombres cetrinos como moros. Lo importante ahora es que se traguen lo del pabellón y el asiento del barco, así que os mantendréis en segundo plano y os guardaréis de abrir la boca.

Pero de nada sirvieron aquellas precauciones. Pasado el mediodía regresó el práctico acompañado de otro holandés muy elegante y de más soldados. El elegante se presentó como Alberto Koopman, magistrado del Tribunal de Presas de Flesinga. Inspeccionó la carga, dio una vuelta por la nao y le exigió a Gabriel

que le enseñara la licencia que los autorizaba a comerciar en aquellas aguas. El magistrado dejó escurrir la vista por el documento, esbozó una sonrisa torcida, lo enrolló cuidadosamente y se lo entregó al práctico. Estaba redactado en francés, y Gabriel dudaba de que lo hubiera entendido, pero al momento el magistrado se dirigió a él en un francés correctísimo.

—El rey Enrique ha revocado los edictos de tolerancia hacia los calvinistas y ha prohibido el culto reformado en su reino, así que esta licencia carece de valor, señor Duport.

—Hay otros barcos con este mismo pabellón en Flesinga. ¿Acaso vais a cerrar el puerto para nosotros?

—Pero no están cargados de madera para mástiles. —Al magistrado no le gustó aquella réplica, y Gabriel se prometió ser más cuidadoso—. Sé de sobra lo apreciado que es el pino escandinavo en España, y no vamos a permitir que ayudéis al rey Católico a armarse contra nosotros.

—El pino escandinavo, como vos decís, es muy apreciado en toda Europa. Estos troncos van para Portsmouth, en Inglaterra, como figura en el inventario de carga —alegó Gabriel al tiempo que le señalaba el pliego que le habían entregado en Visby cuando pagó el flete—. En aquel reino deben de estar muy necesitados de ellos, a juzgar por el precio que han prometido pagarme a su entrega.

Koopman vio el pliego que señalaba Gabriel, pero no hizo ademán de cogerlo. Se hallaban en la cámara de popa y a Gabriel lo acompañaban Vermeulen, Jerónimus y un marinero francés apodado Le Mule a pesar de su aspecto refinado.

—Los documentos de carga se falsean con la misma facilidad con que un loco cambia de humor. Estamos en guerra por nuestra libertad, señor mío, y no vamos a permitir que unos mercachifles, quién sabe si papistas, se enriquezcan a costa de nuestra desgracia.

—¿De dónde sacáis que soy papista? Esta nao pertenece a varios armadores de Burdeos, Saint-Malo y La Rochelle, y desconozco cuáles son sus confesiones. Yo soy sólo su capitán y me limito a viajar a donde se me indica —replicó Gabriel con seguridad pero sin alzar la voz ni mostrarse altivo—. El comercio es una fuente de riqueza, y las trabas a los buques franceses, del tipo que sean, a la larga supondrán un perjuicio para

nuestras naciones.

Sin embargo, al señor Koopman no le gustó el alegato. Los obligó a salir al combés de la nao y ordenó a los soldados que registrasen la cámara y todas las cabinas de la tolda en busca de documentos duplicados o enseñas de otras naciones. La actividad había cesado por completo en la nao. Algunos tripulantes estaban sentados en cubierta y el resto aguardaba en el castillo de proa. Tras un rato de búsqueda, uno de los soldados descubrió los pabellones de la Liga hanseática y de la Corona española, una licencia de navegación con el sello de esta última y los libros de contabilidad con fletes duplicados.

—¿Qué me decís de esto? —preguntó triunfante Koopman.

—¿Qué queréis que hagamos? El rey Felipe ha prohibido comerciar con las ciudades de las Provincias Unidas —respondió Gabriel sin perder la compostura—. Somos comerciantes, y estos documentos nos protegen cuando navegamos por las costas españolas y las ciudades del Báltico. Vuestras urcas y cocas hacen lo mismo cuando arriban a puertos del Cantábrico y del Mediterráneo.

El magistrado se había llevado los brazos a la cintura y con el pie derecho golpeaba repetidamente en las tablas. La paciencia, al parecer, no era una de sus virtudes.

—No tengo ganas de perder más tiempo con vos, capitán, ni discutir si sois mercaderes franceses o un hatajo de papistas camuflados. La simple sospecha es suficiente para mí. Así, por el poder que me otorga la ciudad de Flesinga, este barco y su carga quedan embargados.

—No es un embargo, sino un secuestro.

—Llamadlo como queráis.

—Estáis cometiendo un error, caballero. Contravenís las leyes del comercio entre naciones y nos priváis de un flete comprado legítimamente y de una nao propiedad de sus armadores. Con esta manera de actuar conseguiréis que ningún mercante recale en Flesinga. ¿De verdad es eso lo que desean vuestras autoridades?

—¿Qué sabréis vos lo que nosotros queremos? Y basta de cháchara. Puedo embargar la nao y voy a hacerlo.

—Levantaremos una protesta ante el consulado de comerciantes de Burdeos en Amberes. Y si es preciso, presentaremos el caso ante el mismísimo estatúder.

—Amberes está en manos del duque de Parma y ya no reconocemos la jurisdicción de sus consulados del mar. Y si seguís fastidiándome, acabaréis el día en prisión.

Pese a las airadas protestas de Gabriel, el magistrado se mantuvo inamovible y toda la tripulación fue conminada a entregar sus armas, tanto blancas como de fuego. Gabriel apretó los dientes cuando lo despojaron de su sable, una hermosa pieza de excelente acero que le había regalado en el Caribe una vieja amiga, y que le había servido bien. Se sentía furioso e impotente. El sable era sólo un detalle, ya conseguiría otro, pero por segunda vez en su vida perdía un barco, su carga y todo lo que poseía. Aun así, hizo un esfuerzo por controlarse y centrar su pensamiento en el presente más inmediato.

Una vez desarmados, los conminaron a hacer de estibadores y descargar la nao. Empezaron con la mercancía menuda, que acarrearon hasta un enorme almacén de techos altos y paredes de gruesos tablones mal ensamblados que había junto a la puerta principal de la muralla, en la zona más amplia del puerto. Después se metieron con la ardua labor de descargar los largos y pesados troncos de pino de Riga. Los sacaban de la bodega por medio del cabrestante del combés. Una vez en cubierta, y usando un par de poleas situadas en la borda, los bajaban al muelle y los trasladaban a hombros hasta el almacén. La distancia era larga y los troncos, tan pesados que cada uno necesitaba una docena de hombres para moverlo. Mientras trabajaban, los soldados encargados de su custodia no paraban de refrescarse con cerveza y, cuanto más bebían, más los insultaban y con más saña los obligaban a trabajar.

Al caer la noche los encerraron en la bodega de la Diana. Ese día habían descargado apenas una tercera parte de los troncos. Por fortuna, aún tenían vituallas a bordo y pudieron regalarse con una cena fría que los ayudó a reponer fuerzas.

—Estos putos herejes nos tratan peor que a galeotes —comentó Conolly, un irlandés que llevaba años navegando en buques españoles.

—Tened cuidado con lo que decís, marinero —lo reconvino Vermeulen—, que aquí cada cual tiene su propio Dios.

Conolly se mordió la lengua y siguió mojando una durísima galleta en una jarrilla de vino.

Gabriel y Mahagüini revisaron las escotillas, por si se habían dejado alguna abierta, pero los soldados habían sido cuidadosos y las habían cerrado todas. Algunos hombres se habían quedado a hacer guardia en el muelle y se calentaban alrededor de un fuego de tablas.

La mañana llegó envuelta en una niebla sucia que traspasaba la piel y se agarraba a los huesos. Gabriel tenía el cuerpo anquilosado y frío, pero echó mano a la tarea con decisión y no tardó en entrar en calor. La niebla lo había puesto de buen humor. El trabajo, no obstante, fue más duro que el día anterior. La tripulación de la Diana no tuvo un instante de descanso entre el alba y el ocaso. Curiosos salidos de todas las tabernas del puerto se acercaban a verlos deslomarse con los troncos. Los soldados que los custodiaban, envalentonados con la cerveza, les daban bastonazos y empellones. En una ocasión, le hicieron perder el equilibrio a un hombre, el tronco que acarreaba se cayó y le entrilló la mano, pero no lo eximieron de trabajar.

Por la tarde se pasó a verlos el señor Koopman. Su ayudante lo informó de que aún había un resto de maderos para el día siguiente. El magistrado no se tomó la molestia de comprobarlo y asintió.

—Encargaos de que les hagan sitio en alguna mazmorra, porque allí es donde los vamos a meter cuando terminen la descarga.

—¿Por qué nos vais a encerrar? —le preguntó Gabriel, que se hallaba cerca y había oído la conversación.

El holandés deslizó la mano hacia una bolsa de cuero que llevaba colgada de la cintura y la agitó.

—La causa de la libertad anda escasa de fondos y vamos a pedir por vosotros todo el rescate que nos sea posible, en especial por vos, señor Duport.

4
FLESINGA

—¿Cuánto pueden pedir por un rescate? —preguntó Vermeulen, el piloto.

—Los rescates varían de un cautivo a otro, y de la ambición de Koopman y los suyos —respondió Gabriel, pues su tío le había

explicado por lo menudo el asunto—. Calculan el precio en función del rango y calidad de cada cual. Pero puedo aseguraros que las cifras serán bastante elevadas.

—Algunos hombres no tienen más riqueza que las ropas que visten, ni medios para conseguir un rescate.

—A quienes no tienen nada les esperan los trabajos forzados.

—¿Y el seguro de la nao? —preguntó Laiseca.

—El seguro cubrirá el valor de la carga y, si hay suerte, una parte del valor de la nao. Los requisitos de los aseguradores son duros. Hacen indagaciones meticulosas antes de soltar un maravedí, y, cuando al fin se deciden a hacerlo, pueden haber pasado varios años. Pero olvidaos de este asunto por el momento, que ahora lo importante es tratar de escapar.

—Concuerdo con vos, capitán —dijo Vermeulen—. Y a ser posible esta noche, antes de que nos encierren en los torreones de la muralla.

—Habrá que pensar en algo.

—No será fácil —advirtió Laiseca.

—Lo sé, Pascual. Lo hablaremos cuando termine la jornada.

—Yo he escondido algunas armas en la sentina —apuntó Mahagüini.

Antes de conocer las intenciones de Koopman, Gabriel ya le había estado dando vueltas al asunto sin encontrar una solución satisfactoria. Aunque consiguieran escabullirse de la bodega, que ya era mucho suponer, sacar la nao del puerto iba a ser tarea casi imposible. La Diana estaba amarrada en el muelle, en medio de otros barcos, y el canal de salida al mar era muy estrecho. En aquellas circunstancias, cualquier maniobra se le antojaba impracticable. No podrían desplegar las velas sin llamar la atención de los soldados o los tripulantes de los otros navíos, ni remolcar la nave con una lancha sin antes hacerla virar.

No. No había forma de escapar de Flesinga en la Diana. Ni tampoco en el batel. Los holandeses los habían impelido a destrincarlo, bajarlo al muelle y guardarlo en su maldito almacén.

Mientras acarreaba troncos, Gabriel había aprovechado para observar lo que ocurría a su alrededor. Los movimientos de los soldados, la disposición de las defensas y puertas de la villa, los distintos pantalanes, los navíos atracados en ellos o los que habían

fondeado más metidos en el mar y, en fin, el tráfago del puerto, que era constante y nutrido. Entraban y salían de él barcos mercantes y de guerra, naos, urcas, filibotes, zabras y pinazas. Las gabarras y chalanas remontaban el río o cruzaban a la otra orilla del amplio estuario del Escalda y algunos bateles se dedicaban a remolcar a los barcos que querían atracar en el puerto interior, para sortear con éxito la estrecha entrada.

Cuando la luz menguó tanto que apenas podían distinguir sus propias narices, los soldados los obligaron de nuevo a bajar a la bodega, azuzándolos con gruesas voces. No eran los mismos del día anterior. Estos hablaban en inglés, pero estaban igual de borrachos. O más. Después de haberlos encerrado permanecieron un buen rato sobre cubierta, bebiendo más cerveza. Desde abajo podían oír el jaleo que armaban, gritos, risotadas y el trasegar de las jarras. También sus pesados y cada vez más tambaleantes pasos. Se movían de acá para allá, saltaban, tropezaban, arrastraban bultos y registraban el combés, los castillos y el resto de dependencias de la nao.

—Esos buscan dineros escondidos —dijo con voz apagada Vermeulen.

—¿Más todavía? —preguntó Gabriel, que había visto cómo el señor Koopman se apropiaba del dinero de las últimas ventas.

El día había sido fatigoso y los ánimos estaban muy decaídos. Pasado un rato, los cuerpos perdieron el calor del duro ejercicio y empezaron a enfriarse. Después de otra cena fría y triste, Gabriel se apartó a popa con sus hombres de confianza. Su proyecto era hacerse con una embarcación y largarse de Flesinga.

—Una idea brillante, capitán —ironizó Laiseca.

—Menos guasa, hombre. No hace falta que nos recuerdes que lo primero es salir de la bodega. De modo que empezaremos por comprobar si hoy han cerrado también todas las escotillas.

—Están cerradas —respondió el maestre con rotundidad, dando a entender que ya se había cerciorado.

—Entonces, el señor Martínez —se refería a Mahagüini, a quien no gustaba de llamar en público por su apodo, aunque a él le importase una higa— irá a la sentina a por los cuchillos que ha escondido y…

—También hay algunos puñales, un hacha y un arcabuz con

municiones —lo interrumpió el aludido.

—Por vida que eres precavido. —A Gabriel le dieron ganas de darle un abrazo—. Pues que te acompañe Vermeulen. Os traéis el arsenal mientras el maestre Laiseca y yo les damos un repaso a las portañolas, a ver si alguna está mal cerrada. Tú las de estribor, Pascual.

—¿Y los demás? —preguntó Laiseca.

Gabriel no quería levantar falsas esperanzas entre sus hombres. Prefería hacer las cosas paso a paso.

—De momento no les diremos nada. Hale, nos vemos aquí en un rato.

Los hombres estaban tan agotados que se habían acomodado en donde pudieron y se habían echado a dormir. Los pocos que permanecían despiertos hablaban en susurros. Sus voces le llegaban a Gabriel como un rumor lejano. Ya no se oían pasos sobre cubierta. Los soldados debían de haber bajado al muelle, a calentarse junto al fuego. Allí dentro la oscuridad era grande, pero Gabriel conocía bien la Diana y no tardó en recorrer todas las portañolas de babor y comprobar que las habían clavado por fuera mientras ellos trajinaban con los troncos.

Laiseca tampoco tuvo suerte.

—Están clavadas a conciencia —dijo.

—La puta que los parió —exclamó Gabriel, frustrado por el contratiempo.

Al punto apareció Vermeulen y dejó en el suelo la brazada de armas que portaba. Gabriel escogió un chafarote corto, pobre reemplazo para su sable. Pasó un dedo por el filo y sonrió para sus adentros: al menos estaba bien afilado.

—¿Y el señor Martínez?

—Ni idea. Cogió un cuchillo y se perdió en la oscuridad. Ese jodido amigo vuestro no suelta una palabra ni bajo tortura.

El agua estaba en calma dentro del muelle y la nave apenas se balanceaba. Sin embargo, dentro de la bodega se sentía el suave golpeteo de las ondas. Mahagüini llegó de improviso, silencioso como un jaguar.

—¿Sus mercedes han revisado todas las salidas? —preguntó con suavidad.

El maestre se giró como si le hubiera picado un alacrán.

—¿Por quién me habéis tomado? Ni troneras ni escotillas.

—Pues se os olvidó comprobar el hueco del pinzote. Y a los holandeses, atrancarlo.

Laiseca guardó un silencio inusual. La nao Diana, al ser un barco sin entrepuente, tenía en la bodega alta, a popa, el hueco rectangular por donde salía al exterior el pinzote, la larga viga encargada de transmitir el movimiento del timón a la pala.

—Esa hendidura es demasiado pequeña para que pase un hombre —dijo el piloto.

—Cuando el pinzote está en el centro, sí. Pero lo he desplazado hacia un lado y he conseguido salir por él.

Gabriel se alegró por el ingenio de su compañero, pero también se reprochó no haber pensado él mismo en el pinzote.

—Habréis salido vos, que parecéis un espárrago —apuntó Laiseca—, pero pocos hombres pasarán por allí.

—Atended, señor maestre —dijo con tranquilidad Mahagüini—: desde el extremo del pinzote me he encaramado al balconcillo de popa, he entrado en la cámara del capitán, he pasado a la tolda y he destrabado la escotilla de la bodega. Por ella he vuelto aquí. Pero antes me he asomado al combés. Se ha levantado niebla y no se ve nada.

Mahagüini soltó una risa discreta tras su largo discurso.

—Esta tarde me fijé en que una nave próxima a la Diana tenía un batel amarrado en la borda —añadió.

—Es una bendición que haya niebla —dijo Gabriel.

—¿Se lo decimos a los hombres? —preguntó Laiseca.

—Todavía no. Podrían alborotarse más de la cuenta, y no quiero riesgos. Vermeulen, vos reuníos con los hombres. Si alguno preguntara, decidle que estamos buscando una salida. Nosotros iremos a por esa lancha, si todavía sigue allí.

Los tres hombres subieron por la escala de popa hasta la trampilla que daba al pasillo de la tolda, la que había destrabado Mahagüini. La cámara estaba tan desordenada y con las cosas tan fuera de su sitio que Gabriel dio un traspié y cayó sobre las tablas con un golpe que le resultó estruendoso. Alguien había estado buscando afanosamente un tesoro escondido. Todos permanecieron quietos y en silencio, con el corazón palpitante, atentos a cualquier sonido. Pero ningún soldado pareció haberlo oído.

La ventana del pequeño balconcillo de la nao estaba entreabierta, y Gabriel se asomó con cautela. La niebla era, como había avisado Mahagüini, espesa.

—¿Dónde está el batel?

—En el pantalán de enfrente, a la derecha. Puedo ir yo —se ofreció Mahagüini, y antes de que nadie pudiera replicar se despojó de su jubón, trabó un cabo en uno de los barrotes del barandal y bajó por él.

—Voy a echar un vistazo fuera —dijo el maestre.

—Con mucho cuidado, Pascual. Entre tanto, yo iré a buscar algo que podría hacernos falta. El señor Martínez no es el único que ha escondido cosas en la nao.

Gabriel volvió sobre sus pasos, bajó a la bodega y luego a la sentina. A tientas y de rodillas localizó una tabla encajada en un hueco entre la quilla y una de las varengas y la levantó con facilidad. Allí había guardado, para casos de apuro, una arquetilla con algunos caudales. Se hizo con ella y retornó a la cámara.

Mahagüini no había regresado.

—Los soldados están en el mismo lugar que ayer —le dijo Laiseca—, en el arranque de este pantalán, junto al almacén.

—Bueno es saberlo. Pero no debemos confiarnos. Si les da por hacer ronda, podrían descubrirnos.

—Descuidad, capitán, que las voces los delatarán —bromeó el maestre y, dándose cuenta de lo que había dicho, se aplicó el cuento y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Creéis que lo conseguirá el señor Martínez?

—Tengo mucha fe en sus cualidades.

En algún lugar indefinido de la cúpula celeste estaba la luna, cuya luz confería a la niebla una claridad lechosa. Lo único que se distinguía desde donde estaban era el apagado destello de los faroles de posición de los navíos más cercanos.

5
FLESINGA

Por fin regresó Mahagüini. Estaba empapado, pero entero.

—Es una chalupa de cuatro remos.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Laiseca.

—Largarnos de aquí. ¿Os parece poco?

—¿Largarnos a dónde?

—En el otro lado del estuario hay posiciones tanto realistas como rebeldes —explicó Gabriel—. Los ejércitos se mueven mucho, y no hay forma de saber qué sitio será más seguro.

—¿Entonces?

—Trataremos de llegar a Nieupoort o Dunquerque.

—Esos puertos están muy alejados —advirtió Laiseca—. En una chalupa tardaremos tres o cuatro días, si no nos descubren antes.

—¿Y quién ha hablado de la chalupa? —replicó Gabriel, y sin añadir nada más lo apremió a moverse—. Vamos, que el tiempo apremia. Antonio, espera aquí mientras nosotros hablamos con la tripulación.

Los dos hombres bajaron con cuidado a la bodega. Vermeulen y algunos marineros platicaban en susurros, y Gabriel les pidió que despertaran a los demás procurando no hacer ruido. En breve, un coro de anhelantes respiraciones le confirmó que la dotación de la Diana estaba reunida, y les explicó con brevedad la situación.

La tripulación no llegaba a treinta hombres, poco para la que solía llevar una nao de su tonelaje, pero la estrategia de Gabriel de combinar las tareas de mar y guerra le había permitido reducirla sin perder capacidad ni eficiencia. Y ahora se alegraba sobremanera de haberlo hecho así.

—Vamos a alejarnos del muelle en la chalupa, hacernos con una embarcación de pequeño calado y allegarnos a un puerto seguro del sur de Flandes. Tenemos algunas armas, hay mucha niebla y nadie nos espera.

Se oyó un murmullo de aquiescencia.

—Con niebla no hay viento —dijo la voz de Jerónimus.

—No hay viento para nadie. Atiendan, mis señores, porque quiero que esté todo muy clarito —prosiguió Gabriel con voz suave y tono firme—. Nadie está obligarlo a seguirme. Los que quieran permanecer a bordo pueden hacerlo. Para evitar que los guardias se ceben con ellos los dejaríamos atados y amordazados. ¿Quién se quiere quedar? —Hizo una pausa y aguardó unos momentos a que alguien hablara, pero el silencio fue la respuesta—. Bien, me alegro de que os fieis todavía de vuestro capitán. —Una risa contenida

recorrió el círculo—. Lo haremos en grupos de cuatro, y no temáis, que yo seré el último. Arriba, en el balconcillo de proa, está el señor Martínez. Él os indicará cómo proceder, pero la primera y principal precaución es guardar absoluto silencio. Una indiscreción podría llevarnos al patíbulo.

Entre el piloto y el maestre se encargaron de orquestar el traslado de los hombres. El primero formaba los grupos y el segundo los acompañaba hasta la cámara de popa, donde esperaba Mahagüini. Gabriel, mientras tanto, hacía los preparativos para la segunda parte de su proyecto. Una que no había comunicado a nadie.

—Ya estamos listos, capitán —dijo Laiseca—. La chalupa va hasta los topes, pero ha habido sitio para todos.

—Adelántate tú, que me queda un detalle por concluir.

Laiseca resopló, pero obedeció a su capitán. Gabriel se dirigió al mamparo de la santabárbara, donde se guardaba la pólvora que ni Koopman ni ninguno de sus soldados habían tenido la precaución de desembarcar. Con la punta del chafarote abrió un orificio en uno de los barriles de pólvora y en él metió el extremo de una mecha de arcabuz de una vara larga de longitud, que tardaría un buen rato en quemarse. La Diana era su barco. Si no la gobernaba él, no la gobernaría nadie.

Prendió la mecha con la ayuda del pedernal y la hoja del chafarote, subió a la cámara, cogió la pequeña arqueta y bajó al batel, donde lo aguardaban con expectación.

—Vámonos.

Laiseca se apropió del timón. Los marineros que se habían hecho cargo de los remos bogaban con gran cautela, procurando no hacer ruido al introducir las palas en el agua. La niebla seguía siendo espesa y no había forma de tener una referencia, pero fueron esquivando a los navíos fondeados hasta coger la suave corriente del Escalda.

—La Esclusa no está lejos —dijo uno de los marineros—. Allí hay tropas realistas.

—O rebeldes.

—Realistas. Estoy bastante seguro.

Tres hombres más lo secundaron, pero la niebla era demasiado espesa para intentar acercarse a la orilla occidental. De súbito,

apareció frente a ellos el fanal de una nave. Era una luz que titilaba a estribor de su posición, sin duda muy cerca, pues de otra forma no habría podido penetrar la niebla.

Laiseca viró levemente el timón. En unos momentos llegaron junto al casco y, rozándolo apenas con las manos, lo siguieron unas brazas para hacerse una idea de su tamaño. Se trataba de una zabra pequeña, de no más de cuarenta toneles, borda baja y media cubierta en la popa, una embarcación mixta con dos palos y remos en ambas bandas. No podrían haber hallado nada mejor. Tendría, como mucho, quince o veinte tripulantes. No se oía ningún ruido a bordo, si no era algún ronquido aislado proveniente de la cubierta.

Mahagüini había repartido las armas entre los hombres, de modo que no fue difícil prepararse para el asalto. La zabra tenía dos anclotes echados, uno por banda. El batel se detuvo junto al de babor.

—La sorpresa es nuestra principal arma, de modo que no haremos nada hasta que no estemos todos a bordo. —Gabriel hablaba en un murmullo apenas audible, y todas las cabezas se inclinaban hacia él en absoluto silencio, para no perder palabra—. Esperaréis mi voz de ataque, que será «Diana». Y también será el santo y seña que usaremos para reconocernos entre nosotros. Si deponen las armas, aceptamos su rendición y los apresamos. No quiero muertes inútiles.

A continuación, dividió a los hombres en tres grupos: uno, con Mahagüini a la cabeza, treparía por el cable del primer anclote y se dirigiría a proa; el otro, guiado por él, subiría por el de estribor para hacerse con la popa; y el tercero, sin otra arma que el arcabuz, permanecería en la chalupa atento a cualquiera que pretendiese escapar. No hubo preguntas, ni reparos. La dotación conocía a su capitán.

Gabriel se metió en el agua para rodear el casco y escalar por la otra banda. Estaba enormemente fría y, mientras braceaba para entrar en calor, le vino a la mente una noche similar en la que había tenido que atravesar a nado una ensenada, en la isla de Jamaica, aguas cálidas y agradables, no como estas, y jugarse la vida para advertir de una traición. Aquella noche se había ganado la libertad.

El cable, grueso y bastante deshilachado, pedía a gritos un

recambio. Sin embargo, resultaba óptimo para escalar por él. Gabriel subió el primero. Llevaba el chafarote trabado en la cintura y sentía la dureza del hierro a lo largo del muslo. La borda era baja, y en un instante alcanzó la regala, se deslizó sobre ella y se dejó caer sobre las tablas de la cubierta. La niebla persistía, y costaba descubrir las siluetas de los mástiles. El grupo de Mahagüini ya debía de estar dentro, pero no se oía más ruido que el crujir de la madera por el suave balanceo. Un sonido agradable que había arrullado su sueño en incontables noches. El grupo iba emergiendo del agua y acomodándose a su lado. Cuando hubo alcanzado la borda el penúltimo hombre, una exclamación agonizante rompió el silencio. No era exactamente un grito, sino ese estertor del moribundo, a medio camino entre el gruñido y el lamento. Y provenía de proa. Mahagüini no había obedecido sus indicaciones, o tal vez lo habían descubierto antes.

A la voz de *«Diana»*, Gabriel corrió hacia la popa del bajel dispuesto a enfrentarse a quien le saliera al paso. En un instante se vio envuelto en un combate fantasmal y peligroso, no contra hombres de carne y hueso, sino contra sombras sin rostro ni cuerpo ni más humanidad que una masa compacta donde clavar su hierro. Con un rápido metisaca a la altura de las tripas hirió al primer bulto que se le encimó y que desapareció a sus pies mientras otras sombras danzaban a su alrededor. Su brazo se elevó por instinto y detuvo un duro mandoble que le llegaba desde la derecha. Saltó una nube de chispas brillantes que la niebla engulló con rapidez. Sólo tuvo tiempo de apreciar un rostro alargado sobre unos hombros anchos. Se agachó, golpeó aquel cuerpo con su cadera y tajó hacia abajo haciendo carne en el costillar. Se oían voces en una parla extranjera, flamenco o tal vez alemán, aullidos sin idioma y gritos de justicia. Otro espectro entró en su escasísimo campo de visión, con el brazo en alto y el santo y seña en la boca. *«Diana»*, exclamó también Gabriel, y pegó su espalda a la de aquel desconocido compañero.

—Soy Conolly —dijo la silueta.

—Pues sígueme, irlandés —le ordenó, y tiró de él hacia el interior de la pequeña tolda de la zabra, donde alguien había prendido un candil.

Lo sostenía una figura borrosa, maciza, vestida con un camisón

claro. A su lado, otra figura más difusa aún disparó una pistola cuya bala se perdió en la niebla. Gabriel, aprovechando el desconcierto del tirador, dio una zancada, alargó la diestra y le atravesó el cuello con el acero.

—Rendíos —le gritó el irlandés al hombre del candil, al tiempo que lo golpeaba en el pecho con el astil de su hacha. El candil tembló, pero no llegó a caerse.

—¿Sois el patrón? —le preguntó Gabriel en castellano y, como nada dijera, repitió la pregunta en francés.

—*Oui* —asentó el hombre.

—Salid y pedid a vuestros hombres que se rindan. —Gabriel se situó detrás del patrón, para usarlo de parapeto. Lo tenía aferrado por el cuello y lo conminaba a avanzar.

Fuera continuaba el combate. Las mismas voces y gritos, el tintinear de los aceros y el fogonazo de otra pistola. Gritó algo el patrón de la zabra, sin que apenas fuera escuchado. Situó el irlandés el filo del hacha junto a su cuello y el hombre se desgañitó de verdad. El ruido del combate menguó, pero era difícil distinguir nada. Se escuchó el chapoteo de un cuerpo al entrar en el agua y acto seguido el disparo de un arcabuz. Ese disparo quizá disuadiera de saltar por la borda a más enemigos, que no sabían a qué fuerza se enfrentaban.

—Decidles que dejen caer las armas y se arrimen al palo mayor —le dijo Gabriel, y como se demoraba en obedecerlo, le exigió más rapidez—. Id también vos hacia allá y sostened en alto el candil, que os vean vuestros hombres.

El combate cesó por completo. El patrón se pegó al mástil e hizo oscilar el candil con el brazo extendido, como si fuese un faro. Casi una docena de hombres se arracimaron a su vera. Se definían por fin los bandos. Una voz gruesa y otro chapoteo rompieron la inestable tregua.

—Ese se nos escapó —se oyó decir a Vermeulen desde la chalupa. Y tras las palabras del piloto se escuchó un enorme estallido.

En el muelle donde estaba atracada la Diana, un resplandor vivísimo consiguió abrirse camino entre la niebla. La mecha que había preparado Gabriel tardó lo suyo en consumirse. Al primer estallido siguieron otros varios, menores, como los petardos

postreros del cierre de una feria, hasta quedar reducidos a un fuego lejano y difuminado que consumiría lentamente las entrañas de la nao.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó el maestre—. Ahora saldrán en nuestra busca y no cejarán hasta que nos encuentren.

—Ahora estarán preguntándose qué diablos ha ocurrido —dijo Gabriel—. Y su principal preocupación no será buscarnos, sino evitar que el fuego se propague a otras embarcaciones. En todo caso, señor Laiseca, en unas horas habrían descubierto nuestra fuga.

Con los prisioneros amarrados y amordazados, el patrón en la proa, con una pistola en la sien, y dieciséis hombres exhaustos en los remos, la zabra comenzó a moverse en busca de una salida a mar abierto.

—Es imposible dirigir el barco en estas condiciones —rezongó el patrón, que dudaba en las indicaciones.

—No tenemos prisa, mi señor. No demasiada, quiero decir —le advirtió Gabriel—, pero tratad de hacerlo lo mejor que podáis porque os va la vida en ello.

Un alba lechosa los sorprendió cuando navegaban aún por aguas dulces. La niebla se aclaraba o espesaba según su capricho, pero a medida que se acercaban al mar parecía ir levantando. O quizá fuera consecuencia del avance del amanecer. En su lenta y cautelosa singladura habían pasado cerca de otros navíos cuya presencia les recordaba que el peligro aún no había desaparecido.

VII

1
Lisboa

Duarte encontró muy cambiada Lisboa.

El cardenal archiduque Alberto de Austria estaba cómodamente instalado en su trono virreinal y el conflicto sucesorio parecía apaciguado en los ánimos e intereses de sus vecinos, aunque la presencia española no fuera acogida con alborozo. Pero, por encima de todo, la guerra con Inglaterra le estaba confiriendo, como base naval de la armada de la Mar Océana, un movimiento como nunca antes lo había tenido. A las naos y galeones de Portugal se les habían sumado la armada de Vizcaya y una flota de zabras y pataches venidos desde el Cantábrico. El amplísimo estuario del Tajo estaba ocupado por barcos de todas las clases y tamaños. Los astilleros y los carpinteros de ribera trabajaban a destajo, al igual que las fundiciones, forjas y herrerías. El tráfico marítimo se había multiplicado por dos. En los muelles se descargaban mercancías de todo tipo que atiborraban sus enormes almacenes, materiales para la construcción naval, pertrechos militares y una infinidad de víveres y suministros para la manutención de la tropa.

El tercio de Sicilia ya estaba acantonado en Lisboa y un lento goteo de banderas y compañías aumentaba las tropas de infantería. En las calles, de natural animadas, había un hormigueo intenso y agitado, vivaz, escandaloso, retozón y bochinchero. Marineros y soldados de diferentes naciones pululaban por ellas, las alborotaban, llenaban sus tabernas, tugurios y mancebías, gritaban, pleiteaban y se emborrachaban. Los alguaciles y barracheles no daban abasto para calmar las quejas de los vecinos ni controlar tantas pendencias como a diario se producían.

Don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, era el responsable de organizar aquella babel, y por más tesón y rigor que pusiera en

ello, la empresa casi se escapaba de sus expertas manos. A las tropas las había emplazado, por el momento, en Almada, en la orilla sur del Tajo, y a las tripulaciones, en sus respectivas naves, de las que no podían bajar sino con permisos y en pequeños grupos.

Don Álvaro de Bazán había pedido la presencia de Duarte en Lisboa, pero el recibimiento que le tributó en el palacete de Portalegre, donde había establecido su cuartel general, estuvo carente de formalismos.

—Pasad, señor Salazar —le dijo con sencillez, como si hubieran estado despachando el día anterior—. Os habéis demorado más de lo que esperaba.

—Lo lamento, vuesa excelencia, pero no estaba en mi mano acelerar la partida —respondió Duarte, de pie frente a la gran mesa en la que se sentaba el marqués. En la pared de detrás colgaba, enmarcada por finos listones barnizados, una bandera con la cruz de San Andrés sobre fondo ajedrezado. La habitación era espaciosa, el mobiliario espartano y el techo alto, sostenido por gruesas vigas de madera oscura y dos amplios ventanales, con las cortinas recogidas, que miraban a la plaza del Rossio. Y hacía frío.

—Tomad asiento —le indicó el marqués, algo sorprendente entre dos personas de tan distinta categoría—, porque quiero que me hagáis una relación pormenorizada de lo que se cuece en Flandes. Y no pongáis cara de asombro, señor Salazar, porque estoy seguro de que el duque de Parma os habrá pedido lo mismo.

La pregunta del marqués desconcertó a Duarte. No pensaba en un comienzo tan directo. Durante su viaje le había dado muchas vueltas al espinoso encargo que le hiciera Alejandro de Farnesio. Informar de los movimientos y actividades de su antiguo superior no lo estimaba honorable, pero tampoco quería confesarle a don Álvaro el asunto y romper la palabra dada. No le parecía correcto, ni conveniente. Y por nada del mundo se arriesgaría a ganarse su enemistad.

—En Flandes la guerra es dura y compleja —se arrancó al fin—, pero las armas de Su Majestad, dirigidas por el duque de Parma, no cosechan sino victorias.

Y le habló de Malinas, Bruselas y el prolongado cerco de Amberes, de las hablillas entre la tropa, del sitio a La Esclusa, en la desembocadura del Escalda y del último empeño del duque, que era

cerrar el cerco sobre Holanda y Zelandia.

—Muy notable todo ello, pero a mí me interesa saber qué clase de persona es ese duque.

—Hablé con él en una sola ocasión, excelencia. Qué puedo deciros más allá de que es buen general y mejor estadista. Muchas ciudades las rindió antes con la palabra que con las armas.

Bazán se acarició el bigote, grave y pensativo. Los años no habían pasado en balde para el marqués de Santa Cruz. Blanqueaban el escaso pelo y la luenga perilla, tenía nuevas arrugas en el rostro, profundas las ojeras, la cabeza más cadavérica y el cuerpo más enteco; sin embargo, su carácter, suave y duro a la vez, no había cambiado en absoluto. Duarte sabía bien que aquel guante de terciopelo enfundaba un puño de hierro.

—¿Diríais que se toma en serio la empresa de Inglaterra? Y no os andéis por las ramas, señor Salazar. Sois un hombre despierto, por eso estáis aquí, y estoy seguro de que podréis regalarme el oído con vuestra sapiencia.

—Es un encargo de Su Majestad, y no le queda otro remedio. Sin embargo, puedo deciros que la prioridad del duque es derrotar a los rebeldes y completar la pacificación de Flandes. Algo que no podrá hacer si el esfuerzo militar se divide.

—Luego la empresa de Inglaterra le resulta un estorbo.

—Más bien inoportuna, excelencia.

—¿No sabréis, por casualidad, la opinión que le merece mi propuesta de acción?

—¿Os referís a una operación anfibia, a imagen de la de Terceira? —preguntó Duarte, dubitativo.

—No os hagáis el tonto conmigo.

—Tengo entendido que la consideraba descabellada.

—¿Tenéis entendido?

Duarte se apresuró en aclarar su respuesta.

—Por el gran coste que implicaría, y por lo arriesgado de la acción. El general Farnesio es partidario de llevar las tropas a Inglaterra a través del paso de Calais en una flotilla de chatas y embarcaciones menores con una escolta de galeones y al amparo del secreto y la sorpresa.

—Para haber visto una sola vez al duque os noto muy al tanto de sus pensamientos, señor Salazar. —A Duarte le pareció que las

palabras de don Álvaro destilaban ironía; sin embargo, al mirarlo de reojo descubrió en su rostro una expresión beatífica—. Pues del secreto y la sorpresa puede el duque ir olvidándose ya, porque la empresa es conocida hasta en el serrallo del turco. Y no son rumores, señor Salazar, que también yo cuento con corresponsales que me mantienen informado. En cuanto a los dos proyectos, el del duque y el mío… —don Álvaro vaciló un instante—, conozco a Su Majestad, y sé que en su real cabeza se habrán enredado y multiplicado y no serán ya dos, sino cuatro o seis los planes que se discutan en el Consejo de Estado. Ah —añadió—, y si el de Parma os ha pedido que le enviéis informes desde Lisboa, hacedlo sin temor, e incrementad en un tanto lo que veáis, que no nos vendrá mal hacerle creer que me tomo la empresa con seriedad y diligencia.

El marqués lo miró con intensidad, y Duarte hizo un esfuerzo para no sonrojarse. ¿Cómo diablos había llegado a aquella conclusión? ¿Acaso alguien lo había informado de la conversación que mantuvo con Farnesio? De qué poco le habían servido sus dudas y cautelas con aquel zorro viejo.

—Jamás se me ocurriría, excelencia.

—Bien, pelillos a la mar. Dejemos a un lado el tema de Inglaterra —dijo don Álvaro haciendo un ademán con la mano—. Seréis de nuevo mi asistente, pero no estaréis solo, como en la jornada de las Azores. En Lisboa tiene su base la armada del Mar Océano, pero también se adereza la Armada de Inglaterra, aunque el rey todavía no lo sepa, y necesito una camarilla completa para sacar adelante todo el bendito trabajo. Os conozco, sargento Salazar, tengo confianza en vos y por tal os encomendaré tareas arduas y delicadas. Espero que no me falléis.

Duarte asintió y tragó grueso, pues, dichas por el marqués, aquellas palabras significaban literalmente lo que expresaban.

—No estaréis encuadrado en ninguna bandera, por el momento, ni dependeréis de otra persona que no sea yo, o mi contador Bernabé del Pedroso. Un día de estos os convocaré, os presentaré a los demás asistentes y reajustaré funciones y empleos. Mientras tanto, id acomodándoos en la villa y presentaos al capitán contador para que os adelante la soldada de dos meses. Mi secretario os dará el libramiento —dijo el marqués de Santa Cruz al tiempo que hacía

sonar una campanilla de bronce.

Duarte salió de la capitanía con aire pensativo. Soplaba un viento frío y desapacible que se le colaba entre los ropajes. Se caló bien el ajado chapeo, se arrebujó en su capa y cruzó la plaza del Rossio a paso rápido.

2
LISBOA

Duarte acomodó a la escuadra de Pechoabierto en el castillo de San Jorge, donde estaba acuartelada la guarnición permanente de la villa. También él se quedó allí unos días, hasta que reunió valor para buscar a Belinha. Su casa se hallaba en el barrio de Belem, pero prefirió ir a encontrarla en el mercado de la Ribera.

Pese a haber convivido casi como un matrimonio durante el tiempo que Duarte había servido en Lisboa y haberse hecho promesas de amor y fidelidad, llevaban más de dos años separados, sin saber el uno del otro. Duarte sentía cierta vergüenza en presentarse ante ella y decirle «Aquí estoy, volvamos a juntarnos». Sabía que Belinha Amado era una mujer de mucho mundo y sospechaba que estaría poco dispuesta a guardar las ausencias.

Cuando la conoció tenía ya dos hijos de un marido que había partido a las Indias orientales portuguesas hacía un lustro y del que no había vuelto a tener noticia. Para ganarse la vida se dedicaba al oficio de regatera, como muchas otras medio viudas de Lisboa. Había formado una sociedad con hermanas, cuñadas y vecinas. Juntas compraban pescado y otros géneros que revendían callejeando por la ciudad y sus alrededores, y también en un puesto del mercado de la Ribera.

Pero las cuitas de Duarte resultaron infundadas.

Por alguna extraña razón, Belinha se había encaprichado de él desde que lo vio y sus sentimientos no habían variado un tomín. Lo acogió con amorosa solicitud, lo condujo a la corrala donde vivía y lo agasajó con lo mejor de su escasa bodega y de su espléndida persona. Durante una semana, la regatera se olvidó de las ventas callejeras, del puesto en el mercado y de sus hijos, y se encerró con él en la casucha de Belem para desquitarse de la ausencia

acumulada y del deseo insatisfecho.

Duarte se sintió en la gloria. Al contrario que don Álvaro, Belinha apenas había resentido el paso del tiempo. Su rostro seguía tan reluciente como siempre, sus ojos negros alerta, su sagacidad intacta y su cuerpo menudo igual de apetitoso. También Duarte pudo descansar de años de vida de campamento, de noches al raso, del exceso de camaradería y de los amores furtivos y mercenarios del soldado en campaña.

Los hijos de Belinha habían crecido. El pequeño, Mateo, era un muchacho espigado y despierto. Pasaba ya de diez años y su madre le había encontrado acomodo de aprendiz con un carpintero, cuñado de una vecina. Branca, la mayor, era una jovencita vivaz y responsable que ayudaba a su madre en el oficio.

—Mañana he de presentarme ante don Álvaro —le dijo una noche Duarte a Belinha.

—¿Tan pronto?

Estaban tumbados en el delgado colchón de Belinha, desnudos y cubiertos por una frazada de gruesa lana. La claridad lunar se colaba por las rendijas de los postigos. El viento, que rugía con furia desde el lado del mar, amenazaba con llevarse alguna teja. La regatera se apretó contra Duarte, que sintió en la piel del costado el roce de sus pechos. Se renovaron al punto los deseos de tomarla y se volvió hacia ella.

—El viejo marqués me hará trabajar más que un forzado —dijo antes de acomodarse entre sus muslos abiertos.

—Pero tus noches serán mías —respondió ella mientras lo recibía.

Los asistentes del marqués eran cuatro: un castellano, un vizcaíno, un levantino y un andaluz. Con Duarte habría también un portugués. Una variedad que en un principio creyó casual pero que pronto descubrió que era meditada, como todo lo que rodeaba al capitán general. A primera vista le parecieron jóvenes animosos y despiertos, leales súbditos de la Corona y fidelísimos a su jefe.

En aquella primera reunión estuvieron también presentes el contador Bernabé del Pedroso, Diego de Pimentel, maestre del tercio de Sicilia, y Juan Martínez de Recalde, almirante de la escuadra de Vizcaya, hombres tan curtidos en la batalla que su sola presencia imponía respeto. Pero Bazán quería la colaboración

franca e inmediata de todos los mandos de guerra y mar con cualquiera de sus asistentes, y no tuvo pelos en la lengua para dejarlo claro.

—Estos jóvenes son mis ojos y mis manos —les dijo—. Espero de vuesas mercedes la máxima colaboración.

También le dejó claro a Duarte que debía hallarse siempre al alcance de su voz, listo para atender cualquier cometido o embajada que necesitara. Duarte tembló. Su situación privilegiada, tan cercana al marqués, sólo podía significar mucho trabajo y más preocupaciones.

Y no se equivocaba.

A varios días de no parar en la villa, llevando despachos a capitanes y maestres, visitando los acuartelamientos, revisando los almacenes, entregando pagarés a consignatarios, proveedores y contratistas u observando la recluta de pilotos y marineros, de los que tan escasos estaba la Armada, le seguían semanas de desplazarse a caballo a Badajoz, Coria o Sevilla, y de navegar en un patache o una carabela a Cascais, Oporto, Faro o Cádiz con inventarios, bandos, disposiciones y órdenes de carácter logístico o militar. Los barcos y tropas reunidas en Lisboa necesitaban cuantiosos suministros para su mantenimiento, suministros que no podían obtenerse exclusivamente en la ciudad.

Organizar la armada para un posible ataque sobre Inglaterra no era la única tarea de Bazán: también le incumbía dar protección a las flotas de la carrera de Indias y combatir la piratería berberisca. La escuadra de galeras, repartida entre Málaga, Gibraltar y Cádiz, debía hacer un esfuerzo para patrullar las costas mediterráneas y del golfo de Cádiz y asegurar el tránsito marítimo de todos los barcos cargados de suministros que se dirigían a Lisboa.

En sus desplazamientos, Duarte se hacía acompañar por hombres de la escuadra del cabo Pechoabierto. Por desgracia, su mejor compañero, Alonso de Alconchel, había rechazado la invitación de acompañarlo a Lisboa. Habíase tomado tan en serio a Lucrecia, su elegante florentina, que pensar en abandonarla le producía escalofríos.

—Tráetela contigo, Alonso. Al cabo, los dos sois extranjeros en esta tierra —le había dicho Duarte, pero el extremeño siguió en sus trece y no hubo manera de apartarlo del ejército de Farnesio.

Alonso estaba, en verdad, enamorado.

A causa de sus múltiples y absorbentes ocupaciones, Duarte se veía obligado a separarse de Belinha por períodos inciertos. Mas los reencuentros eran tan apasionados que superaban con creces el pesar de las separaciones. En cuanto sabía de su regreso, la regatera preparaba la casa como si fuera a celebrarse una boda. Se habían trasladado a una casa de dos cuartos en el barrio de Santa Catalina, extramuros de Lisboa, pues necesitaban una intimidad que la casucha de la corrala no podía proporcionarles, y Belinha la adornaba con flores de temporada y estampas de santos y paisajes y compraba una mano de candelas de sebo para iluminar el nido de amor.

Y en aquella habitación adicional, a resguardo de sus hijos, se soltaba las trenzas para que el cabello sedoso, oscuro y ondulado se derramase sobre sus hombros, se desprendía de la ropa, lo despojaba a él de la suya entre risas y achuchones y daba rienda suelta a una sensualidad desinhibida y entusiasta. Y Duarte se dejaba querer.

3
DUNQUERQUE

No sin dificultades, la zabra con los fugitivos alcanzó la pequeña franja de costa flamenca en manos realistas y fondeó en la entrada del puerto de Dunquerque.

Después de denunciar el secuestro de la Diana y de su cargamento en Flesinga ante las autoridades reales y ante el consulado del mar, en un intento de conseguir una compensación del seguro, Gabriel quiso permanecer en la villa mientras decidía qué hacer con su vida. Volver a La Coruña con las manos vacías para lamentarse ante su tío era una posibilidad que descartaba por completo. Reemprender el comercio con la zabra sería tan improductivo como peligroso, por su escaso tamaño y por carecer de artillería, y tampoco le parecía viable tratar de capturar con ella una nao de mayor tonelaje. Otra posibilidad que se le ofrecía era trabajar de maestre o piloto en otro navío, pero llevaba demasiado tiempo siendo el patrón de la Diana y no le apetecía ponerse a las

órdenes de quién sabía qué capitán.

Durante varios días estuvo barajando las posibilidades sin llegar a conclusión alguna, por lo que decidió aparcar el dilema y dejar que el tiempo lo ayudara a resolverlo. A sus hombres les pagó, gracias a la arquetilla que había rescatado, una cantidad que consideró justa para que cada cual resolviera lo que mejor le conviniese. Uno de ellos, originario de Bayona, se embarcó en una nave que tocaría en su tierra, y Gabriel le encomendó una carta para su tío Sancho en la que lo ponía al tanto de lo ocurrido y le explicaba que no tenía, de momento, intenciones de regresar. El dinero sobrante, que no era una fortuna pero tampoco una menudencia, lo dejó en la zabra bajo la custodia de Mahagüini.

Él, por su parte, prefirió la soledad de una pensión y fue a alojarse en Las Tres Grullas, que, aunque añeja y deslucida, era barata y limpia. Se pasaba horas enteras tumbado en el catre de su cuarto. Allí rememoraba tanto el largo camino que lo había conducido a convertirse en dueño de su propio destino, como el incidente de Flesinga, en el que había vuelto a perderlo todo, y eso le abatía el ánimo. Tampoco le hacía bien pensar en Marcia ni reconocer el fracaso en la búsqueda de su hermana Isabel y del felón de Trenton.

Por las tardes solía acercarse a El Gran Caimán. Se encontraba a gusto en la taberna de su amigo Boucher. Pedía un azumbre de vino para beberlo en solitario y matar el rato o se sumaba a alguna partida de naipes. Después, cuando la taberna se vaciaba de clientes, se enredaba con Boucher en largas conversaciones al amor de una jarra de coñac medio decente que el tabernero guardaba en la trastienda. Aquellas charlas le hacían olvidarse de sus tribulaciones.

Una noche se alargaron más de la cuenta. Las campanas tocaron a completas. Gabriel había trasegado mucho licor y le dio por contarle sus penas a Boucher, que lo escuchaba sin interrumpirlo. El antiguo pirata escondía, detrás de la armadura de bravucón, un corazón sensible. Cuando la borrachera venció a Gabriel, el tabernero le puso un balde delante de la boca para que echase todo lo que llevaba dentro, lo acomodó en la trastienda y lo arropó con una manta vieja y apolillada.

Después de aquel día, los demonios de Gabriel se desataron. Las

borracheras, en lugar de ser la excepción, se convirtieron en la norma, aunque evitaba cuidadosamente hacerlo en El Gran Caimán. En una de ellas cayó redondo en la tierra de una rúa y unos ladronzuelos le robaron el jubón, las calzas y los zapatos, por lo que tuvo que volver casi desnudo hasta la pensión y soportar la mofa de los madrugadores. Empezó a derrochar dinero en mozas de partido y se vio envuelto en trifulcas de cantina con fanfarrones, jaques y alcahuetes. En un duelo a cuchillo por una daifa muy solicitada hirió a su oponente, fue arrestado por los alguaciles y encerrado en la prisión de la villa, donde compartió mazmorra con borrachuzos, rateros, asesinos y miserables de la peor calaña hasta que lo largaron por la intercesión de Boucher, y por los dineros que soltó.

Pero eso no calmó sus ansias destructivas, y en el siguiente duelo fue él quien recibió una estocada en el costado que dio, esta vez, con sus huesos en un jergón del hospital para menesterosos. Una herida más en un historial que empezaba a ser abultado. Ya lo habían trinchado en un brazo y en el hombro y había perdido parte de la oreja izquierda. Ahora tocaba el costado.

Gabriel permaneció en el hospital casi un mes mientras dejaba de supurar y se cerraba la hendidura de medio palmo que le cosieron las hermanas de la Caridad. Durante aquel tiempo de forzado reposo, en las treguas que le daban las fiebres, trataba de recomponer su existencia. Las monjas, que se ocupaban de él con piedad cristiana, le traían el inevitable recuerdo de su esposa, a la que había conocido en un hospital, un recuerdo que le resultaba balsámico y lo ayudaba a serenar su espíritu. Sus amigos se allegaban a visitarlo, le daban conversación y le traían algo de merienda para completar las exiguas raciones hospitalarias. Mahagüini, como una sombra silenciosa, no se separaba de su lado.

Al fin las hermanas le dieron el alta con la benigna recomendación de llevar una vida más pacífica y sosegada. Gabriel siempre había sido un hombre enérgico y atractivo, de facciones regulares, el pelo castaño claro y los ojos grandes y grises, pero al salir del hospital parecía una caricatura de sí mismo, demacrado, escuálido y macilento. Mahagüini lo acompañó a la posada y continuó a su lado un par de semanas. Le procuraba el condumio y lo obligaba a salir, estirar las piernas y recibir la caricia del esquivo sol. Cuando estuvo en condiciones de valerse por sí mismo,

Mahagüini regresó a la zabra.

—Me quedaré allí por un tiempo —le dijo al despedirse.

4
LONDRES

Los partidarios del Prior en Londres eran como una pequeña familia. Vivían cerca unos de otros, se visitaban, se reunían, conspiraban juntos, se protegían e incluso se casaban entre ellos. Formaban un círculo cerrado en el que se hallaban cómodos y seguros, pero era el único al que tenía acceso Marcia. Pese a ser Antonio de Avis un invitado de la reina, y por ende su corte, los muchos años de tensiones con España, y la guerra recién declarada, habían exacerbado las antipatías de los ingleses, que no se andaban con sutilezas. Un extranjero de tez oscura y pelo negro que hablaba una jerigonza ininteligible, se santiguaba y llevaba medallas de la Virgen era, casi con toda seguridad, un español o un papista; es decir, un enemigo.

En alguna ocasión habían sido objeto de insultos, tratos vejatorios o denuncias anónimas, lo que disuadía a muchos de salir a las calles con la frecuencia que habrían deseado. Aunque la mayor parte de las veces estos desagradables incidentes no llegaban a más, hubo quien acabó encerrado en una mazmorra hasta que se logró deshacer el equívoco.

El miércoles de ceniza don Cipriano de Figueiredo dio una recepción en su domicilio. Figueiredo era uno de los más fieles colaboradores de don Antonio de Avis. Tanta confianza le tenía el rey que quiso a toda costa que abandonara París para estar a su lado en Inglaterra.

Por la mañana se celebró una misa para recibir la cruz de ceniza sobre la frente y dar gracias al Todopoderoso por la fortuna del Prior do Crato, que parecía empezar a remontar. Después de los acontecimientos del año anterior, con la muerte de dos de sus principales valedores, Guillermo de Orange en las Provincias Unidas y el duque de Alençon en Francia, de la firma del tratado de amistad entre el Felipe II y la Santa Liga Católica y del avance arrollador de Alejandro de Farnesio en Flandes, por fin comenzaban

a tomárselo en serio en Inglaterra.

Don Antonio, por desgracia, no pudo estar presente, pero no faltaron notables allegados a su causa, caballeros, hidalgos, comerciantes y religiosos.

Fátima volvió a ponerse el vestido que estrenara para la Inmaculada, que se adaptaba a la perfección a su cuerpo delgado y hacía juego con su hermosa cabellera castaña con reflejos cobrizos. Estaba radiante, y se divirtió parloteando con otras jóvenes presentes en la amplia pero austera casa del anfitrión. Sus ojos lanzaban miradas chispeantes a Joao Veiga y a otros apuestos galanes.

La conversación de los hombres versaba, en su mayoría, sobre el estado de la causa del Prior, los acontecimientos más recientes y las perspectivas de futuro. Pese a no ser habitual, ni conveniente, Marcia no se privaba de participar en ella. Pasar demasiado tiempo al lado de las otras mujeres hablando de ropa, tocados, novenas y cotilleos de alcoba le resultaba en extremo insustancial. Los temas masculinos se amoldaban mejor a su espíritu curioso. Una actitud que solía encrespar a Geraldo, pero ya habían pasado los tiempos en los que tenía que soportar sus peroratas y reconvenciones.

—La reina está más decidida que nunca —comentó un fraile dominico, incondicional de la causa—. La guerra contra el Usurpador inclina su favor de nuestro lado.

—La reina nunca busca nuestro favor, sino su interés —le refutó Joao Veiga, más escéptico que el fraile—. Ved, si no, cómo ha obligado a don Antonio a reducir su corte por las presiones del Austria.

—Eso fue antes de que expulsaran de Londres a su embajador Mendoza —puntualizó el capitán Luis de Faria, un amigo de Geraldo en la milicia de Terceira.

—La guerra con España es un hecho —insistió el fraile—, como el acuerdo con las Provincias Unidas y el envío de una flota para fundar una colonia en Virginia.

—La sombra de Mendoza es alargada —opinó Joao Veiga, a quien, pese a su juventud, escuchaban con atención—. Y sus tentáculos. No crean vuesas mercedes que va a renunciar a intervenir en los asuntos de este reino, aunque resida en París. Sus intrigas fueron las causantes de que don Antonio tuviera que salir

de Francia. Y no le temblará la mano en pagar un puñal asesino, como el que segó la vida de Guillermo de Orange.

—La reina tiene muchos enemigos —dijo Geraldo—. Y la facción católica sigue siendo fuerte, sobre todo entre la nobleza. Se esconden como sabandijas, pero ahí están, conspirando para destronarla. Y ya tienen a una sustituta.

—¿La Estuardo? ¿Qué clase de candidata es esa? —Luis Faria estiró la boca hacia un lado y meneó la cabeza—. Huyó de Escocia por temor a sus nobles.

—Pero es católica —alegó el dominico—. A pesar de todos los edictos que se han proclamado en este reino en contra del credo de Roma, media Inglaterra sigue siendo papista en secreto. Y con la ayuda de Madrid, esos conspiradores podrían llegar a tener éxito.

—Vaya, mis señores… —Marcia no pudo reprimirse más y metió baza en la plática—. ¿Acaso no buscamos nosotros lo mismo, levantarnos contra Felipe, con la ayuda de otra nación?

La vehemencia de Marcia silenció de pronto a los presentes. O tal vez fuera la cortesía de no contrariar a una dama.

—¿Qué entenderá de política una mujer? —se burló el dominico, menos obligado a mostrarse cortés.

—No es de política de lo que hablo, sino de hipocresía. Llamáis papistas a los católicos, ¿vos, un fraile?, y os lamentáis de que conspiren contra la reina Isabel. ¿Acaso un reino católico como Portugal debe buscar el apoyo de la más herética de los monarcas, de quien con más saña persigue y desangra a nuestros hermanos en la fe?

El dominico era un hombre docto, pero no le gustaba que lo contrariasen, menos una mujer, y le lanzó una mirada furibunda. Otros señores rieron discretamente, o aprovecharon la ocasión para rellenar sus copas. Geraldo prefirió cambiar de tercio.

—¿Y vos qué opináis, don Cipriano?

El conde de San Sebastián había permanecido en silencio durante la conversación, pese a estar mejor informado que ninguno.

—A la reina Isabel le gusta jugar a los naipes. —El conde desplegó una socarrona sonrisa al tiempo que le lanzaba un guiño a Marcia—. Para ella, y para sus consejeros, nuestro rey y nuestra causa sólo son cartas en la baraja de su política que utilizará cuando y como le convenga. Si es que alguna vez lo hace.

—La ayuda inglesa llegará —insistió el capitán Faria—, como les está llegando a los rebeldes holandeses.

—¿Y qué ayuda será esa? —volvió a la carga Marcia.

—Desembarcar un ejército en Portugal, jovencita —respondió el fraile—. Un ejército que provoque el levantamiento del pueblo, el clero y la nobleza contra el Usurpador.

Marcia suponía que se trataba de algo de ese estilo, pero al oírlo de viva voz le pareció un plan descabellado. Las tropas felipistas ya habían derrotado a las antonianas en todos los escenarios posibles. Y no hubo ningún alzamiento. ¿Qué había cambiado para que se produjese ahora? Pero había una pregunta más importante aún:

—¿Por qué va a enviar la reina Isabel un gran ejército a Portugal?

—Para dividir los esfuerzos del Usurpador, hermana, ¿por qué si no?

—El Austria es poderoso —añadió Luis Faria—, pero tiene demasiados frentes abiertos y no podrá abarcarlos todos. Además, está incumpliendo constantemente los acuerdos y cartas de privilegio firmados con los grandes de Portugal. Muchos de ellos no lo apoyarán esta vez. Y será el momento de reponer a don Antonio y hacer justicia.

—¿Y ese gran ejército lo proporcionará desinteresadamente o tendremos que pagar un precio? —preguntó Marcia antes de abandonar, acalorada, la habitación.

Desde el principio había simpatizado con la causa del Prior do Crato porque su padre y su hermano la apoyaban. Pero la crueldad de la guerra en las Azores la había desengañado de las causas. El regreso del Prior a la península, si acaso se cumplían las esperanzas de sus seguidores, significaría una nueva guerra civil. Morirían soldados de todos los bandos, pero las ciudades, villas y pueblos que sufrirían los sitios, los asaltos y saqueos serían sólo portugueses, igual que los campos arrasados y las cosechas quemadas. Y todo eso ¿por qué?

Le desagradaba la actitud aduladora e interesada que percibía en algunos de los partidarios del Prior, su deseo de ascender a su costa y ambicionar futuros cargos. En el fondo, sentía lástima por don Antonio.

—No os encrespéis, amiga mía. —Don Cipriano la cogió

cortésmente del brazo. Había sido amigo de su padre, en Terceira, y siempre había sentido debilidad por aquella muchacha algo díscola y con opiniones propias—. Todos estos hombres arriesgan sus vidas y haciendas, y la estabilidad de sus familias, por defender los derechos de nuestro rey.

—¿De un rey sin corona, dispuesto a ceder el Brasil?

—Un rey en el exilio —la corrigió el conde con suavidad.

5
LONDRES

La corte del Prior en Londres, pese a ser pequeña, no dejaba de demandar dinero: la estancia y mantenimiento de la familia real, que no era escasa, con el boato y esplendor que debía mostrar, o la apariencia de ellos; el sustento de sus seguidores, muchos de los cuales dependían exclusivamente de las asignaciones reales, y otros menesteres menores, pero necesarios, como el servicio de inteligencia, los sobornos a funcionarios y consejeros de otras naciones o las comunicaciones con los leales en Portugal, que no dejaban de sangrar, en pequeñas dosis, sus caudales.

Uno de los hombres de aquella corte era el contador real Simón Cortés, que se encargaba de registrar y administrar cuanto real, escudo, florín o libra hubiera disponible para el sostenimiento de la causa. Simón Cortés había sido enviado a Terceira años atrás, cuando estaba aún en manos antonianas, para hacerse cargo de la hacienda y de la acuñación de moneda. En aquellos días, el señor Cortés había enviudado y deseaba encontrar con prontitud una esposa que reemplazara a la difunta en el cuidado de sus hijos y en los placeres del lecho. Y había puesto los ojos en Marcia y conseguido que su padre los prometiera. Pero a ella le asqueaba el caballero, su contenida lascivia, su rostro suplicante y sus ojos de fauno, que la desnudaban cada vez que la miraban, y nunca tuvo la menor intención de cumplir el compromiso. Y menos, tras la muerte de su padre.

En el reducido círculo portugués de Londres sus caminos no podían tardar en cruzarse. Como así sucedió aquel miércoles de ceniza en la residencia de Figueiredo. Marcia, al descubrirlo entre la

concurrencia, torció el gesto y trató de evitarlo, pese a estar enterada de su matrimonio con una joven francesa de buena dote. Sin embargo, el señor Cortés se abalanzó sobre ella como un gavilán sobre una paloma.

—Querida Marcia. Qué placer tan inesperado —la saludó y, con una rapidez impropia de él, se apoderó de su mano, en la que depositó un beso salivoso.

Apenas había cambiado: la enorme cabeza, el cuello escaso, el cuerpo grande y algo más rollizo y unos ojos que la miraban con mórbida concupiscencia.

—El placer es mutuo, señor Cortés —respondió Marcia con tanta corrección como frialdad—. Permitidme que os felicite por vuestro matrimonio —añadió, con idea de marcar las distancias.

Pero Marcia no estaba bien informada y el contador real la sacó con presteza de su error: su joven esposa había fallecido al dar a luz a su primer vástago. Aquello lo dijo el señor Cortés con ojos acuosos y voz lastimera. Marcia se condolió por su pérdida y se dispuso a marcharse, pero el contador real la detuvo.

—Oh, no imagináis lo feliz que me hace este encuentro. —El señor Cortés dio un paso atrás para contemplarla a su gusto. La compunción había desaparecido—. Estáis más hermosa que nunca, Marcia, y, según he oído, también sois viuda. Es una lástima que tanta hermosura se desperdicie.

¡Qué horror! El hombre no sólo no había cambiado en lo físico, tampoco en sus formas ni pensamiento. Su insensibilidad y pesadez eran dignas de un carnero. ¿Cómo podía pretenderla después de tanto tiempo, y soltárselo con esa frescura? Marcia no iba a permitir equívocos, y se disponía a responderle como se merecía cuando Geraldo apareció junto a ellos.

—Espero que recuerdes al señor Cortés, hermana. —Geraldo pasó una mano por la espalda de Simón Cortés, haciendo crujir levemente la seda de su jubón morado—. Es un hombre muy apreciado en nuestra corte.

—Claro, Geraldo, cómo olvidar las exuberantes atenciones del señor Cortés, aunque debo ponerlo al tanto de que no estoy viuda, como apunta el malicioso rumor que ha llegado a sus oídos. Al contrario, mi marido goza de buena salud.

Si Marcia creyó que la noticia disuadiría al señor Cortés, se llevó

un fiasco. La mirada de connivencia que intercambió con su hermano fue, sin embargo, muy significativa.

—Estoy deseoso de conocer al hombre que goza de vuestros afectos, estimada Marcia.

—Un deseo difícil de satisfacer —apuntó Geraldo—. El marido de Marcia es navegante y hace mucho tiempo que no sabemos de él.

—La ausencia es una forma de viudedad, querida amiga, os lo digo por experiencia. Una mujer hermosa es como una flor. Sería una desgracia que se desaprovechara su aroma cuando alcanza el máximo esplendor.

—Marcia es muy optimista con su matrimonio —le echó un cable Geraldo—, pero…

—Pero nada, hermano. No querrás socavar la dignidad de una mujer casada.

Al finalizar la velada, de vuelta a la morada donde Alfonso de Lancastre y su esposa, Juana Abreu, los acogían, Marcia increpó a Geraldo por su actitud durante la charla con el contador real, por haberse puesto de su parte y haber realizado insinuaciones sobre los problemas de su matrimonio, que en absoluto le interesaban. Estaba decidida a destruir cualquier atisbo de esperanza que el señor Cortés pudiera albergar. Bastante lo había soportado en Terceira.

Geraldo no estaba acostumbrado a que su hermana le dijera cómo debía obrar. Cortés seguía muy interesado en ella y era un excelente partido y, en la situación en la que se hallaban, no podían dejarse llevar por los caprichos.

—¿Qué capricho? Estoy casada.

—¿Y dónde está tu marido? En este reino existe el divorcio. Pero si tus escrúpulos religiosos te impiden echar mano de él, también puedes solicitar a la Santa Sede la anulación del matrimonio. Cuando no se han concebido hijos, el trámite es mucho más sencillo.

Marcia sintió un dolor repentino en sus entrañas, pero trató de disimularlo.

—Hacer eso no entra en mis planes inmediatos —dijo con más seguridad de la que sentía—. Y si me fastidias con tus tejemanejes de celestino, cogeré el primer barco para La Coruña y allá os las arregléis como podáis.

—Como quieras, pero esta vez no voy a dejar escapar al señor

Cortés. —Geraldo, que estaba sentado en una butaca, con una pierna cruzada sobre la otra, se levantó y se plantó ante su hermana —. Si no eres tú la que emparenta con él, lo hará Fátima. También ha mostrado interés por ella.

Sus anfitriones se habían retirado hacía un rato a sus aposentos, y los dos hermanos se encontraban solos en la sala de estar. La planta baja de aquella casa tenía dos partes bien diferenciadas: la que daba a la calle, donde estaban el salón para los invitados, la sala de estar y el despacho privado de Lancastre, y otra, en las traseras, donde se hallaban la cocina y los cuartos de la servidumbre, que consistía en un mayordomo, un ama de llaves y un mozo. Los Lancastre tenían para sí la primera planta, y a los Henriques les habían alquilado, por una renta testimonial, la segunda planta, más pequeña y fría que las otras.

—No te atreverás a casar a Fátima con ese sátiro. Ella cree que la vas a prometer con Joao Veiga.

—Bah. Ese joven es un simple arribista que ha tenido la fortuna de caerle en gracia a Figueiredo.

—Tiene una edad más acorde con la de Fátima, y, ya puestos, tampoco es mal partido.

—Pero el contador real nos interesa más. Es tarde y estoy cansado, Marcia, pero no te quepa duda de que una de vosotras se casará con Cortés. —Con aquellas palabras su hermano dio por concluida la conversación y salió de la estancia.

Marcia aún estuvo un rato sentada en la mecedora que ocupara Geraldo, balanceándose mientras trataba de encontrar alguna salida al desorden en el que se estaba convirtiendo su vida. La estancia había quedado en penumbra, iluminada sólo por un candelabro de dos brazos. El aire estaba quieto y las llamas apenas oscilaban. Después de un rato Marcia cogió el candelabro y se encaminó a la escalera. Había tomado una determinación: no permitiría que Geraldo se saliera con la suya.

6
DUNQUERQUE

Aquel día Boucher despertó temprano a Gabriel y le pidió que lo

acompañara al puerto. Gabriel, sorprendido por el proceder de su amigo, se echó agua por la cara para terminar de despejarse, se vistió con unas calzas y un jubón que todavía le iban anchos y lo siguió sin hacer preguntas.

—¿Y la taberna?

—Mi dama se las arregla muy bien sola.

Salieron de la villa, dejaron atrás el puerto interior, cruzaron una franja de arena seca con algunas dunas y se allegaron a la orilla.

—Aquella es la zabra, ¿verdad? —preguntó Boucher mientras señalaba a una embarcación anclada a un cable de la playa.

—La misma —confirmó Gabriel.

—Tiene buena pinta.

—Es bastante marinera.

Era un día extraño. El cielo parecía cubierto por una única nube entre gris y ocre, uniforme, inmóvil, brillante por un sol invisible. El agua tenía un color verde sucio, como si hubieran removido la arena del fondo. Soplaba una brisa muy débil que apenas alcanzaba a mover las aspas de los numerosos molinos que punteaban el paisaje.

—¿Sabes que el gobernador Farnesio está extendiendo cartas de marca a cualquiera que se anime a ejercer el corso contra los enemigos de la Corona?

—Hace tiempo que llevo oyendo ese rumor.

—Pues ya no es rumor, sino realidad. Casi las regalan. A tu soberano le ha costado decidirse a armar corsarios, pero, una vez resuelto, lo está haciendo a lo grande. Dunquerque y Nieupoort van a convertirse en un auténtico criadero.

—¿Y eso en qué me atañe?

Gabriel dijo aquello con indolencia, sin volverse hacia su amigo.

—Tienes un barco.

—Una zabra —lo corrigió Gabriel.

—Una zabra ganada en una acción audaz. No cualquiera es capaz de robar una nave de Flesinga. No me mires con esa cara —añadió Boucher al ver la expresión de Gabriel—. Es algo que todo Dunquerque sabe. Y admira. Tus hombres no son tan reservados como tú. Por cierto, ¿cuántos de ellos quedan por aquí?

Quedaban unos cuantos. El piloto Laiseca; Mahagüini y Conolly,

que dormían en la zabra al tiempo que la guardaban; Vermeulen y Jerónimus, que debían de tener amigos o familiares en la villa, Le Mule y dos o tres más con los que se había cruzado en sus paseos.

—Una docena, como mucho.

—Yo puedo conseguir algunos más.

—¿Adónde quieres ir a parar, tabernero? —Esta vez Gabriel se giró hacia su interlocutor, que sonreía con frescura bajo el enorme mostacho.

Boucher esperó un momento antes de responder. Había puesto los brazos en jarras y observaba cómo poco a poco la marea iba ganándole terreno a la arena en la tendida playa.

—Me cuesta creer que el hombre que se ganó su libertad con un sable entre los dientes, despachó al señor Plummer en la Bermuda, abordó el Black Crow en plena batalla de San Miguel y rescató a la bella Marcia de las garras del gobernador Da Silva, que el mismísimo capitán l'Avide que hizo estallar su propia nao en las narices de los holandeses y se perdió entre la niebla no sea capaz de hacer corso en estas aguas porque sólo tiene una zabra.

Gabriel permaneció callado mientras contemplaba la veintena larga de embarcaciones resguardadas tras el banco de Schurken. Después se volvió hacia su amigo y miró fijamente su único ojo.

—Señor l'Avide, ¿acaso pretendéis asustarme?

—Francés del diablo —le espetó Gabriel con una sonrisa—, vas a hacer que me maten jugando a los corsarios con una barquichuela desarmada.

Boucher soltó una fuerte carcajada. Su antiguo capitán había tenido mucho tiempo para meditar.

—Necesitarás una licencia de corso.

—¿Y quién las expide?

—El comandante militar.

El comandante militar de Dunquerque era un flamenco huesudo y con el pelo prematuramente cano llamado León Alberink, un nombre muy apropiado, pues parecía un viejo león curtido y venido a menos. Con rostro impasible y voz cansada les preguntó por el tipo de barco y tripulación y, una vez satisfecho este punto, les hizo un resumen de las condiciones que regían el corso al amparo de la

Corona. Sólo podrían tomar presas de naciones enemigas o aliadas de estas, o presas neutrales que transportasen material bélico o prohibido a puertos enemigos. Una vez capturadas y llevadas a Dunquerque, o a Nieupoort, debían ser declaradas *buenas* o *malas* presas por el Tribunal de Presas de la ciudad.

—Una quinta parte de las ganancias obtenidas por la venta de dichas presas pertenece por derecho al rey —les explicó el señor Alberink—; mas Su Majestad, en su interés por fomentar el corso en este su reino, lo cede generosamente al armador y lo exime de pagar alcabala, almojarifazgo o cualesquiera otros impuestos.

—¿Y esos son los únicos requisitos? —preguntó Gabriel, gratamente sorprendido.

—Hay uno más. Debéis depositar aquí, en la comandancia, una fianza de cuatro mil reales de plata.

—¿En concepto de qué? Es una cantidad enorme.

—Para avalar posibles indemnizaciones por malas presas o por daños ocasionados a los vasallos y aliados del rey. Hay capitanes que confunden el corso con la piratería, mis señores —respondió con seriedad el señor Alberink—. Esas son las ordenanzas. Y dad por barata la fianza al ser vuestro barco una zabra de escaso arqueo, porque en navíos mayores puede alcanzar los diez mil reales. Mi secretario os acompañará al puerto para ver el barco y comprobar que es cierto lo que habéis declarado, y, de ser así y previa satisfacción de la fianza, os extenderá la carta de marca con el sello real —concluyó el comandante militar.

—Por Dios, ¿de dónde voy a sacar tanto dinero?

—El corso es un negocio muy fructífero, señor Duport, pero requiere de inversiones previas. Si no disponéis de ese dinero, podéis acudir a los numerosos prestamistas de la ciudad; ellos os lo facilitarán sin dificultad.

—Usureros, diréis.

—Eso ya no es cosa mía —dijo León Alberink con indiferencia—. En todo caso, si necesitáis armamento para la zabra, o no contáis con el suficiente, en el arsenal real podrán facilitaros alguno a un precio razonable que deberéis cancelar en el plazo de seis meses.

—Por Dios, cuatro mil reales —se lamentó Gabriel cuando salieron al exterior.

—Es lo habitual, l’Avide —respondió Boucher.

—Quizá, pero es más de lo que tengo.

A Gabriel no le quedó otro remedio que acudir a los prestamistas. Los cuatro primeros que tantearon les negaron el crédito por considerarlos poco solventes. El quinto, un tal señor De Belle, les concedió cinco mil reales de plata, pero les aplicó unos intereses anuales de treinta y cinco sobre cien y les exigió el barco en garantía.

—Ya podemos tener buena suerte con las presas, porque, si no, os veo de nuevo hospedado en la prisión —se quejó Laiseca, que, no obstante, abrazó con entusiasmo la idea de dedicarse al corso.

Con la licencia bajo el brazo y la ayuda de Boucher reunieron, en pocos días, una tripulación de quince hombres. A la zabra le dieron un repaso y la metieron en astillero con objeto de añadirle una cubierta al ras donde poder situar algo de artillería y elevar el franco bordo para la protección de los hombres. La llamaron Atrevida, porque realmente sería atrevido hacer corso con ella.

En aquellos arreglos se gastó Gabriel hasta el último peso prestado. Para adquirir el armamento acudieron al arsenal de la plaza, donde, tras mucho regatear con el oficial a cargo, lograron hacerse con un par de falconetes, dos medios cañones de hierro, siete arcabuces, pólvora y municiones.

—Bueno, capitán, ¿qué estrategia seguimos? —le preguntó Boucher cuando todo estuvo dispuesto para hacerse a la mar.

—Tienes un negocio que atender, Gastón. Te agradezco tu ayuda, pero no quiero ser responsable de que pierdas la taberna.

El francés se atusó los bigotes, frunció el ceño y se rascó el ojo ciego.

—No te preocupes por la taberna, que Hilde y su hermano se encargarán de ella mientras yo esté fuera.

—Miedo me da su cólera.

—Soy yo quien debería temerla, si acaso algo me causara temor. Pero por nada del mundo me perderé navegar nuevamente con l’Avide.

—Muchas expectativas tienes puestas en esta aventura —le respondió Gabriel, y a continuación explicó a sus compañeros que, siendo tan poca cosa la Atrevida, deberían asociarse con alguna de las escuadrillas de corsarios que había en aquella costa y navegar con ellos. Pero ni Boucher ni Vermeulen veían factible la idea.

—No es tan fácil como pensáis. Los dunquerqueses son desconfiados y ya tienen sus alianzas —respondió el flamenco—. Llevan tiempo operando en estas aguas, como piratas, corsarios o contrabandistas, conocen sus secretos, calas, bancos y corrientes, y no están dispuestos a compartirlos con un recién llegado.

—Un recién llegado que les ha birlado una zabra a los *gueux* delante de sus narices —protestó Laiseca.

—Cierto, pero no creo que eso nos ayude, al menos de momento.

—Empezaremos solos, entonces —resolvió Gabriel.

En aquello sí hubo acuerdo, aunque todos eran conscientes de las dificultades y peligros que entrañaba hacer corso en solitario con una pequeña zabra.

Antes de hacer la primera salida, Gabriel se reunió con la tripulación para fijar el reparto de los beneficios obtenidos de las presas que se hicieran, las ventajas por actos de especial valor y las ayudas a los familiares de los caídos en combate, quitado el tercio para el pago de bastimentos, reparaciones y la deuda pendiente. Como le interesaba tener contentos a los hombres, no tuvo inconveniente en establecer cantidades equitativas, sin grandes diferencias entre oficiales y marineros, ni en acordar indemnizaciones algo mejores de las acostumbradas: un brazo o una mano, seiscientos pesos si era la derecha y quinientos si se trataba de la izquierda; cuatrocientos por una pierna; cien por un ojo, cualquiera de ellos, y cincuenta por cada dedo de las manos, que los de los pies no contaban.

Años atrás, cuando cayó en manos de los piratas, Gabriel ejerció durante un tiempo de ayudante del barbero del capitán Ricard, míster Dunn, un inglés tristón y flemático que le enseñó los rudimentos del oficio. Debido a ello, consideraba indispensable llevar uno a bordo. En la Diana había contado con los servicios de un portugués bastante diestro al que ayudaba de vez en cuando para refrescar sus conocimientos y aprender otros nuevos. Pero el portugués se había marchado tras la pérdida de la Diana, y en Dunquerque, por más que buscara, no halló a ninguno que lo convenciera. A falta de otra cosa, embarcó a un barbero joven, sucio y bastante hosco que sabía poco más que sacar muelas y quemar heridas.

—Ese hombre es dinero perdido —le dijo Laiseca—. No vale ni

como grumete. Antes me dejo morir que ponerme en sus manos.

—Espero que no tengas que tomar esa decisión, Pascual —repuso Gabriel. No estaba muy convencido con la adquisición, pero se quedó con él. Al menos podría echar una mano en las labores de a bordo.

Para tener éxito en la empresa del corso era preciso aprovechar las cualidades de la zabra, rapidez, maniobrabilidad y escaso calado, sin olvidar sus desventajas de tamaño y pobre armamento. Partiendo de estas premisas, decidieron apostarse en las islas frisonas, al norte de las Provincias Unidas, por ser aguas someras llenas de escondites, por conocerlas bien Vermeulen y por estar en la ruta a Dinamarca y el Báltico. Sus presas se limitarían a mercantes de pequeño tonelaje que navegaran solos, y los ataques deberían ser rápidos y limpios.

Pero poner en práctica el plan fue mucho más difícil que trazarlo, pues no habían contado con la presencia constante de los *gueux*. Las provincias de Frisia y Groninga, a las que pertenecían las islas, habían sido recientemente recuperadas para la Corona, y los barcos rebeldes hostigaban sin cesar sus costas. Así, la caza de presas se convirtió en un juego del gato y el ratón entre la Atrevida y los *gueux*. No llevaban una semana por allí cuando una escuadrilla de filibotes los persiguió con tanta saña que hubieron de refugiarse en el estuario del río Ems. Gabriel acabó detestando aquellos rápidos y bien armados filibotes, aunque su mayor deseo fuera mandar uno de ellos.

En todo un mes no pudieron hacer una sola presa. Sólo al final lograron salvar la campaña. Navegaban la costa flamenca hacia el sur, de regreso a Dunquerque, en un día de viento racheado y mucha agua. La cortina de lluvia era tan espesa que casi se dieron de bruces con una pequeña coca con pabellón holandés.

—Con esta mar tan gruesa va a ser peligroso abordarla, capitán —advirtió Vermeulen.

—Navegar es peligroso, señor piloto —le respondió Gabriel con una sonrisa traviesa—. Vos aproximaos lo que podáis por la banda de sotavento.

A continuación, ordenó que se preparase la artillería y se alistaran los arcabuceros.

—Quiero una rociada generosa, que los asuste un poco.

Con mucho riesgo a causa del oleaje, la Atrevida se abarloó a la coca casi a toca penoles. Los hombres abrieron fuego sobre su alcázar, lanzaron los garfios y treparon por ellos con mucha agilidad. La tripulación de la coca, aunque más numerosa, no contaba con gente de pelea, y apenas opuso resistencia. El único combate reseñable fue contra el capitán, que intentó impedirle a Gabriel que entrase en la cámara de popa, pero tras un par de fintas pudo desarmarlo sin herirlo. Hacerse con cualquier documento, ya fueran patentes, pasaportes, escrituras de pertenencia, contratos de flete, diarios de navegación o listas de tripulantes y pasajeros era fundamental para demostrar que se trataba de una buena presa. Y aquella lo era. Tenía asiento en Ostende y se dirigía a La Rochelle con un cargamento de cabuyería y alquitrán de Finlandia.

Una tripulación de presa se hizo cargo de la coca, una nave redonda, de carga, y a los prisioneros los abandonaron en el batel, cerca de la costa, excepto al capitán y a un pasajero ricamente vestido. Al primero, para que declarase ante el Tribunal de Presas, y al segundo, para pedir rescate por él.

En Dunquerque subastaron el barco y su cargamento en la almoneda local antes siquiera de que el tribunal se hubiera pronunciado sobre la legitimidad de la presa. Gabriel y sus hombres tenían puestas expectativas muy altas en la venta, pero no tuvieron suerte. Los corsarios que se estaban armando en Dunquerque eran tantos que habían inundado el mercado de productos y barcos. Lo que obtuvieron apenas les llegó para pagar los cañones y mosquetes en el arsenal de la plaza y cancelar los intereses del préstamo. Los rescates del capitán y del pasajero los tramitaron a través de uno de los muchos letrados que se dedicaban a esta labor de intermediación. Por el primero, que era originario de Flesinga, obtuvieron cincuenta pesos de plata y por el pasajero, que resultó ser un escribano presumido, no consiguieron más que veinticinco.

—Mucho riesgo para tan poca ganancia —sentenció Laiseca.

—Pareces una vieja gruñona, señor maestre —le respondió Gabriel con acritud, cansado de su constante descontento—. Si no estás a gusto, no tienes obligación de seguir conmigo.

Pascual Laiseca tragó grueso y agachó la cabeza. No le resultaba agradable encajar aquel reproche, aunque, en realidad, estaba muy a gusto en el nuevo oficio.

VIII

1
Roanoke

La partida del almirante Grenville supuso un duro golpe para el éxito de la colonia en Virginia.

En una nueva expedición, Trenton y Amadas habían descubierto una región fértil, boscosa y abundante en caza, poblada por unos indios que se mostraron pacíficos e interesados en comerciar. La noticia agradó tanto a Ralph Lane que pensó en trasladar allí el asentamiento el próximo verano.

Pero el verano aún quedaba lejos y las penalidades de los colonos no dejaban de aumentar. La ruptura con los indios de Roanoke les había procurado unos enemigos implacables y los había privado de una importante fuente de recursos. Las cosechas se habían echado definitivamente a perder. La caza, cada vez más escasa, los obligaba a recorrer grandes distancias y los exponía a caer en alguna emboscada. El frío, la lluvia, la mala alimentación, las enfermedades y la falta de ropas adecuadas para los rigores de aquel clima volvían a los hombres díscolos y pendencieros. Las órdenes se obedecían de mala gana, cualquier roce provocaba una reyerta y las quejas eran tan frecuentes como el mal humor del gobernador, cada vez más desbordado por las circunstancias. Ralph Lane no era el jefe que un asentamiento como aquel necesitaba. No era un caballero, ni un comerciante ni un administrador, sino un militar con experiencia en levantar fortificaciones.

Trenton compartía cabaña con el capitán Amadas y con Thomas Harriot, el naturalista, y pasaban los ratos muertos al amor de una hoguera que ardía en el hogar de piedra, conversando sobre los asuntos de la colonia, recordando anécdotas pasadas y hablando del futuro más inmediato. Harriot era un hombre enormemente curioso. Se había propuesto aprender la lengua de los indios y era capaz de

comunicarse con ellos con bastante eficacia. Cuando tenía ocasión, les preguntaba por sus costumbres, su alimentación, por los animales que habitaban aquellas tierras, los árboles o las propiedades de algunas plantas. Pero incluso entre hombres tan llenos de inquietudes los temas de conversación acababan agotándose, y el tedio y la incertidumbre los atenazaba y les robaba la voluntad. En aquellos momentos, Trenton solía encerrarse en un mutismo reconcentrado en el que sólo cabía su añoranza de Isabel.

Las semanas y los meses se fueron encadenando, el invierno quedó atrás y se metió la primavera sin que la hermosura de aquellas tierras fuera capaz de desterrar los malos presagios ni enmendar los entuertos.

Los rumores y las señales de un probable ataque de pueblos del interior eran cada vez mayores, y los colonos vivían en permanente estado de alerta. Un algonquino al que capturaron en una salida les aseguró que un cacique chowan había logrado unir a varias tribus y tenía planes de destruir Fort Raleigh. Ralph Lane ordenó una entrada preventiva contra una aldea chowan, y en el tumulto que se produjo uno de sus soldados mató al jefe. Los indios huyeron al bosque, pero el temor a una represalia mantuvo preocupado al gobernador. Eran poco más de un centenar de hombres perdidos en el otro extremo del océano y abandonados a sus propios recursos. Su única esperanza era el improbable regreso de Richard Grenville, que se había marchado hacía más de medio año.

Una mañana divisaron una flota que se acercaba desde el sudeste, e inmediatamente se ordenó zafarrancho general. El principal temor de los colonos, más que un ataque de los indios, era que los españoles se enterasen de su presencia y enviaran una expedición de castigo. Pero la alarma fue vana, pues pronto advirtieron que aquellas naves enarbolaban pendones de Inglaterra. A mediodía, veinte navíos arribaban a la ensenada, y una gran hueste de hombres de armas desembarcó en la playa y saludó efusivamente a los colonos. Se trataba de la flota de Francis Drake, que regresaba de una incursión de nueve meses por el mar Caribe. Habían atacado con éxito varias ciudades españolas, desde Santo Domingo hasta Cartagena de Indias, cobrado un cuantioso botín y saqueado e incendiado el fuerte de San Agustín de la Florida.

Sir Francis estaba eufórico. Como apenas necesitaba desviarse de

su ruta, quiso conocer la colonia de Virginia, de la que le había hablado su antiguo socio Walter Raleigh, y dar un merecido descanso a los hombres. Sin embargo, el audaz capitán quedó perplejo por la penosa situación en que se encontraba el asentamiento y por la mala calidad del puerto, que lo descartaba como futura base naval.

John Trenton conocía la aureola que rodeaba al corsario, un hombre de humildes orígenes y difíciles comienzos que, a fuerza de osadía e inteligencia, había circunnavegado el orbe, capturado naos, asaltado ciudades y ganado fama y fortuna, una fortuna que le había permitido codearse con la nobleza del reino y entrar en el círculo privado de la reina. Sus hazañas se contaban en las cantinas de todos los puertos, desde Bristol hasta Londres. Para cualquier marino inglés, fuera grumete o capitán, plebeyo o aristócrata, Drake era el hombre al que había que emular.

Trenton, como uno de los oficiales de confianza del gobernador, tuvo ocasión de tratar con asiduidad al corsario en los días que permaneció en Roanoke.

—Así que le llevasteis la contraria al toro de Grenville… —le dijo en cierta ocasión, mientras comían unos manjares de su propia bodega—. Pues no os arriendo la ganancia, caballero —añadió, acompañando sus palabras de una sonora carcajada y un puñetazo en la mesa.

—¿Conocéis a sir Richard?

—Vaya si lo conozco. Es un hombre muy valiente y muy ambicioso, pero es aún más envidioso —aseguró el corsario—. Estoy seguro de que daría un riñón por hallarse en mi lugar. Y no regresará tan pronto a Roanoke, pues aquí hay poco que rascar —añadió sin bajar la voz. A Francis Drake le gustaba ser escuchado, en especial cuando lo que decía podía escandalizar a oídos delicados.

—No me cabe duda, sir Francis —respondió Trenton con una sonrisa de complicidad. No le gustaba el papel que estaba desempeñando, pero la figura de Drake resplandecía con tanta fuerza que era difícil resistirse a ella.

En todo caso, el corsario era un hombre resolutivo. Se dio cuenta de que sin la flota de Grenville la suerte de la colonia se presentaba muy adversa, y decidió dejarles uno de sus navíos, el

Francis, que les serviría para trasladar el asentamiento a la bahía de Chesapeake, o adonde quisieran, y les ofrecería más garantías para defenderse en caso de un ataque español.

Los designios divinos eran, sin embargo, otros. Cuando se estaba realizando el reparto de los hombres y enseres del Francis entre los demás barcos de la flota, se cerró el cielo y se abatió sobre la isla una terrible tempestad que duró cuatro días, arrasó el fuerte, maltrató las naves e hizo zozobrar al Francis.

El gobernador y los colonos rogaron a Drake que no los abandonara y el almirante accedió a llevárselos consigo, con lo que acabó así con el primer intento inglés de colonizar América.

2
SAINT JAMES

Jinny Hill era una jovencita que servía en Saint James. Vivía en la aldea de Northwick, en una pequeña casa atestada de gente. Pese a su corta edad, ya tenía dos hijos. Todos los días recorría la media legua que separaba su casa del antiguo priorato, pero era una muchacha fuerte a la que no arredraban la distancia ni la lluvia, y también sensible, preocupada por los problemas de los demás, desde una mala cosecha hasta un matrimonio infeliz.

Jinny no ignoraba la dura existencia de la nuera de los Gardiner, y sentía lástima por ella. Isabel formaba parte de la familia, y le correspondían los privilegios de los señores, pero la señora Gardiner la trataba como si fuera una criada más. Jinny creyó que la inquina se debía a su condición de extranjera, una extranjera de no sabía dónde. Pero más adelante descubrió que aquel no era el único motivo.

El ama de llaves le había encomendado que, una vez por semana, orease las sábanas y mullera la lana del colchón de la cama de la señora Trenton, un encargo un tanto absurdo, pues la pobre mujer ya se encargaba de hacerlo.

—Limpia también los baúles y gavetas, y si descubres algo extraño, me lo dices —había añadido la señora Chapman, y Jinny obedeció. Aunque no le gustara meter las narices en los muebles ajenos, necesitaba llevar a su casa los chelines que le pagaban.

La nueva habitación de la señora Trenton había sido una antigua celda del priorato, pequeña y fría, con el suelo de losa, las paredes de piedra y una sola ventana con postigos de madera y sin cristales. No había sitio en ella más que para una cama monacal, un baúl junto a su cabecera, una silla y un taquillón sobre el que reposaba, abierta en un atril, una biblia de Tyndale. En el fondo del baúl, bajo la ropa, Jinny encontró un cordel del que pendía una imagen de la Virgen de la Asunción, pequeña pero pintada con mucho detalle. Jinny, que también era católica, no le contó nada a la señora Chapman. La situación de los católicos en el reino era cada vez más delicada, obligados a disimular sus creencias y a realizar su culto a escondidas.

La señora Trenton siempre se dirigía a ella con palabras amables y una sonrisa en la boca. Jinny reaccionaba al principio con timidez, algunos monosílabos, sí, señora, frases breves, una venia. No estaba acostumbrada a que los amos se mostrasen cordiales con ella. Pero el descubrimiento de la fe común transformó la lástima en simpatía, y Jinny comenzó a mostrarse más comunicativa: le devolvía la sonrisa, le sostenía la mirada, le respondía con una frase o hacía algún comentario trivial sobre el tiempo o la faena.

Isabel se dio cuenta. En realidad, aquella criada limpia y afable le caía bien. Nunca la había visto mano sobre mano ni había recibido de ella ninguna de las miradas hostiles que le prodigaban de vez en cuando otros sirvientes. Y puso de su parte todo lo posible para aumentar la familiaridad con Jinny.

Como resultado de aquel acercamiento mutuo, la muchacha se animó a hacerle una confesión. A una hora inusual, en la que nadie los interrumpiría, se coló dentro del cuarto y cerró la puerta tras de sí.

—¡Jinny! ¿Qué haces aquí? —preguntó Isabel, sorprendida y un poquito recelosa.

—Si me lo permitís, señora, querría hablar con vos —empezó la joven, titubeante al percibir la desconfianza. El asunto era, pensándolo bien, delicado.

—Claro. Dime lo que quieras. —La preocupación que mostraba la joven parecía sincera. Tal vez quería pedirle algún favor.

—Yo…, es decir, el ama de llaves… —La joven miraba hacia el suelo y se retorcía las manos llenas de sabañones. Ahora que se

había decidido a hablar, se daba cuenta de que no era tan fácil empezar—. La señora Chapman me encomendó que registrara vuestras pertenencias cuando…, bueno, ya sabéis, la mañana que arreglo la cama. Yo no…, yo necesito este trabajo, pero sólo lo hice un par de veces.

—Ya sé que vigilan mis pasos, Jinny. No te avergüences y habla sin tapujos —la animó Isabel, abandonadas por fin sus prevenciones. Los apuros que estaba pasando la pobre muchacha no eran para menos.

—Arreglando los vestidos de vuestro baúl vi el medallón con la Virgen —prosiguió Jinny con voz apagada, pero el semblante de la señora Trenton reflejó repentinamente temor, y la joven, movida por un impulso, se acercó a ella y le cogió las manos—. No temáis, señora: vuestro secreto está a salvo conmigo. Yo también profeso la fe de Roma —concluyó en un susurro precipitado.

—¡Oh, Jinny! —Isabel abrazó a la muchacha y la apretó contra su pecho. Se le humedecieron los ojos y se le escaparon algunos sollozos. Después de tanta soledad como había soportado, al fin se sentía en comunión con otra persona.

Jinny no se esperaba una reacción tan emocional.

—Hay más papistas de los que parece, señora —continuó la joven, atenta a los ruidos del exterior—. En Cornualles sobre todo, y en el norte, según dicen. En la aldea de Northwick somos unos cuantos. Celebramos la palabra del Señor cuando podemos y una vez al mes nos visita un sacerdote para oficiar la misa, aunque hay mucha vigilancia y debemos andarnos con cuidado.

—Gracias, Jinny, gracias. No te imaginas la alegría que me has dado. Sé que te has arriesgado mucho al contármelo, y aprecio tu gesto en lo que vale. Y también te envidio. Tenéis que esconderos de la justicia real y sus alguaciles y soplones, pero al menos en la intimidad de vuestros hogares podéis rezar en comunión. Sin embargo, yo me encuentro tan sola, tan abandonada… A veces pienso que el Altísimo se ha olvidado de mí.

—No digáis eso, señora. Cómo se va a olvidar. Ahora me tenéis a mí.

La espontaneidad de la joven llenaba de ternura a Isabel, y por un momento sintió su corazón desbordado de fervor y de dicha.

—¿Podrás avisarme cuando se celebre otra misa? Me haría muy

feliz asistir.

Jinny la vio tan emocionada que le prometió complacerla, aunque luego se arrepintió de su compromiso. Sincerarse con la señora Trenton era un acto de caridad cristiana, pero acompañarla a una misa católica era un asunto en verdad arriesgado, sobre todo sabiendo que la señora Gardiner estaba encima de ella.

Y no le faltaba razón.

A la señora Gardiner, que tenía un olfato muy fino para detectar la dicha ajena, no le costó advertir que la tristeza de su nuera se había atenuado. Su semblante mostraba con frecuencia una placidez y serenidad nuevas, a su rostro acudían sonrisas simplonas sin aparente sentido e incluso le había escuchado tararear algún aire de su tierra. Escamada por aquel cambio, lo comentó con la señora Chapman.

—La noto rara. ¿Tú no?

—Tan rara como siempre, señora. Pero pondré más empeño en vigilarla.

El cautiverio con los piratas había convertido a Isabel en una mujer muy observadora, las larguísimas horas de terror e indefensión podían desarrollar enormemente ese sentido, y se dio cuenta del renovado celo con que la guardaba el ama de llaves. En consecuencia, aumentó los cuidados con que trataba a Jinny y empezó a preparar el terreno para una posible escapada a misa. Durante un mes estuvo acompañando a su cuñada en sus visitas de caridad, sin faltar a ninguna, fue con la señora Chapman a pagar a los proveedores de Saint James y, en un par de ocasiones, pidió permiso a su suegra para buscar bulbos y plantones de flores en las afueras de la heredad.

Pese a todo, el día en que Jinny la avisó de que se celebraría una misa no la acompañó la suerte. Su cuñada se había empeñado en que ambas acompañaran un trecho del camino al reverendo Lamb. El hombre, viendo el interés de Mary, que quería mostrarse como devotísima sierva de Jehová, se explayó ilustrándolas sobre las virtudes teologales que más atañían a la mujer. Cuando por fin se despidió el pastor, el tiempo se le había echado encima a Isabel, y no se le ocurrió otra excusa que la de ir a cortar unos lirios en un ribazo cercano. Mary torció el gesto.

—No tardaré, hermana —añadió Isabel al verla dudar. Posó su

mano con cariño sobre el antebrazo de ella y se marchó.

Jinny la esperaba en el desvío de Northwick, impaciente por la tardanza.

—Vamos, señora —la apremió.

La misa se celebraría en el granero de un caballero venido a menos, un edificio rodeado de abedules y difícil de ver desde el camino. Pese a ello, los feligreses tomaban muchas precauciones. Varios jóvenes, simulando jugar, vigilaban el acceso. Y otro más estaba subido en el tejado, afanado en arreglar una gotera.

A la ceremonia asistieron unas veinte personas. Los días eran largos en el mes de mayo, y no fue preciso encender ninguna vela delatora en el interior del improvisado templo, pese a lo cual ya estaba oscureciendo cuando finalizó. El sacerdote, un hombre de mediana edad, tímido y nervioso, desapareció en un instante, como si se lo hubiera tragado la tierra. El resto de acólitos también se retiró deprisa, sin entretenerse en cumplimientos, pláticas ni despedidas. Jinny acompañó a Isabel hasta el lugar donde se habían encontrado. El camino era ancho, bordeado de prados y arboledas, y permitía ver a trechos el cielo enrojecido del ocaso.

Isabel no se había olvidado de coger un ramillete de lirios silvestres, y decidió entrar en Saint James por la puerta principal, confiando en que las Gardiner ya se hubieran recogido. Pero tampoco en esto tuvo suerte. Sir Humpfrey había regresado esa misma tarde de Southampton y se hallaban todos sentados en el gran comedor de la casa.

—¿Qué hora son estas, Elizabeth? —la interpeló la señora Gardiner.

—Se me ha hecho tarde, madre. —A Isabel le costaba una enormidad pronunciar aquel apelativo, pero lo hacía en aras de la convivencia—. No fue fácil dar con las flores.

—No es cierto —alegó Mary—. El ribazo estaba lleno.

—Elizabeth, querida, eres incorregible. —La sonrisa de Sarah Gardiner le recordó a Isabel a las serpientes de cascabel que abundaban en su tierra natal—. Me obligas a castigarte, por más que me duela. —Mientras hablaba, se acercaba a Isabel con pasos blandos—. Pasarás un mes entero encerrada en tu habitación, sin salir de ella más que para rezar en su puerta, de rodillas, salmos de alabanza al Señor. Y sólo si rezas mucho, y con mucha fuerza, la

señora Chapman te subirá un plato de comida.

Isabel se esperaba cualquier salida de su suegra, pero aquella le pareció excesiva. No tanto por la vergüenza que le haría pasar, sino por la soledad a que la obligaba.

—Sarah, querida, recuerda que no estás hablando con una de nuestras criadas. —La voz de sir Humpfrey sonaba suave y amable, sin rastro de reproche—. Se trata de Lizzie, la esposa de tu hijo, y no creo que a él le guste saber lo que estás haciendo.

La señora Gardiner no estaba acostumbrada a que su marido la contradijera, y se volvió hacia él con brusquedad. Sir Humpfrey se había levantado. Tenía los brazos caídos y el semblante grave. Durante un momento reinó en el salón cierta tirantez, hasta que Sarah Gardiner abandonó su pose envarada y regresó a la mesa.

—Claro, esposo. Mi afán por educar a Elizabeth es tan grande que me dejo llevar por él —dijo con amabilidad—. Ven con nosotros, querida nuera, y disfrutemos de la cena en la armonía del Señor.

Aquellas palabras asustaron a Isabel más que la anterior reprimenda. Un escalofrío le recorrió la espalda.

3
DUNQUERQUE

—Un caballero preguntó por ti —le dijo Mahagüini a Gabriel.

Estaban en el muelle, alistando la zabra para una nueva salida. La coca que capturaron había sido reconocida, finalmente, como buena la presa.

—¿Qué caballero?

—Un viejo conocido —añadió Mahagüini, y guardó silencio.

—¿Es una adivinanza? —preguntó Gabriel, pero Mahagüini dio unos pasos por la tablazón de la tolda y echó un vistazo fuera antes de responder.

—Tu amigo Ramón Zarco.

—Zarco no es amigo de nadie —respondió Gabriel, mientras trataba de recuperarse de la sorpresa que aquel anuncio le había producido—. ¿Y qué quería?

—Hablar contigo. Estará en El Gran Caimán al caer la tarde.

—Vaya, veo que sigue siendo muy cuidadoso.

Después del toque de vísperas los dos hombres se dirigieron a la taberna. Las calles estaban inusualmente tranquilas. De algunas casas se escapaban voces quedas entre las rendijas de las paredes, los postigos de las ventanas y las chimeneas. Ladridos de perros invisibles, el relincho furioso de un caballo, ecos airados de una bronca lejana, quizá en el puerto. Las estrellas más brillantes hacían guiños desde un cielo azul oscuro y despejado. En la mesa más arrinconada de la taberna, adonde apenas alcanzaba la luz de los candiles, el señor Zarco conversaba con Boucher, que, al verlos, se levantó presuroso.

—He de ayudar a mi Hilde con la clientela —se justificó el francés mientras señalaba con los brazos las mesas ocupadas. La compañera de Boucher era una mujer de aspecto rudo que dirigía la taberna con buen criterio y pulso firme.

Zarco se llevó la mano a la gorra de terciopelo a modo de saludo y les pidió que se sentaran. Había una jarra de vino sobre la mesa. Mahagüini trajo un vaso más y luego hizo ademán de alejarse.

—Quedaos, señor Martínez. Estoy seguro de que lo que hablemos os competerá también a vos —le pidió Zarco. El aludido se sentó junto a ellos.

—Una extraña casualidad encontraros aquí, señor Zarco —dijo Gabriel al tiempo que se servía de la jarra—. ¿Acaso os aburríais de las Azores?

—El mundo mercantil es caprichoso —respondió el hombre, con ese aire de indefinición que imbuía a todo lo que le afectaba.

—Estoy al corriente de vuestro paso por La Coruña. Y de que también allí me buscasteis, e incluso sé con quién hablasteis.

El señor Zarco sonrió a su manera, entre solapada y seductora. Tenía más canas en la media barba que solía gastar y quizá también en el pelo que asomaba bajo la gorra, pero sus ojos grandes y claros lo miraban con la intensidad y agudeza de siempre.

—Cierto. Una mujer encantadora vuestra esposa.

—Encantadora o no, poco después de hablar con vos partió para Oporto. ¿No sabréis por ventura cuál fue la causa de su marcha?

Aquella pregunta pareció cogerlo desprevenido, algo en verdad difícil. El comerciante carraspeó, se sirvió vino y dio un buen trago antes de hablar.

—Vuestra esposa me trató muy amigablemente, me dio conversación y me enseñó la ciudad. Más pequeña de lo que me esperaba, por cierto.

—¿Y?

—Bueno, en realidad yo había ido a veros a vos —apuntó el hombre con una sonrisa inocente.

Zarco era un hombre escurridizo, y Gabriel decidió aparcar de momento el asunto de Marcia, pues nada iba a sacarle que él no quisiera decir.

—Imagino que no me buscaríais por el placer de saludarme.

—Pues os equivocáis. Me agrada visitar a viejos amigos, en especial si también se dedican al comercio. La información es vital en este oficio. Vos debéis de saberlo bien, señor… ¿Del Puerto, Duport, o tal vez preferís
l'Avide?

—Duport es más discreto. Y vos, ¿seguís comerciando con cueros?

—El vino y las armas tienen mejor salida. También el pino de Riga tiene mucha demanda.

—Os veo muy bien informado, señor Zarco, pero, si lo tenéis a bien, podemos dejar a un lado los preámbulos e ir al grano.

Después de pedir otra jarra de vino y dar un nuevo trago para aclararse la garganta, Zarco se decidió a hablar.

—Ha llegado a mis oídos que tenéis dificultades monetarias.

Ahora fue Gabriel el sorprendido.

—¿Cómo diablos sabéis eso?

—Esta es una ciudad pequeña, y ese tipo de noticias vuelan.

—Hasta ahora había conseguido mantenerla a resguardo de los curiosos.

—Veréis, amigo Duport, lo que quiero deciros es que yo puedo ayudaros a cancelar el préstamo que habéis firmado. Y mejorar sensiblemente las condiciones en que salís a navegar.

—¿A qué os referís?

—Una zabra no es el buque más adecuado para hacer corso. Un buen navío, sin embargo, podría hacer la diferencia entre ser gato o león.

Gabriel había estado siguiéndole el juego a Zarco por entretenerse, pero la mención del barco le hizo tomarse mucho más

en serio la plática.

—Como sabréis —prosiguió Zarco—, la Corona está interesada en fomentar la actividad corsaria en los puertos flamencos.

—Ya hay actividad corsaria aquí —metió baza Mahagüini.

—Lo sé, señor Martínez. Dunquerque siempre ha sido un refugio de piratas, pero en este caso se trata de aumentar la actividad de forma exponencial, para que la Corona pueda contar con una flota que engrose, cuando haga falta, la armada de Flandes.

—¿Qué armada de Flandes? —preguntó Gabriel, mostrando la palma de la mano vacía.

—Ahora está en horas bajas, lo sé, pero estoy seguro de que se reforzará. Con el tiempo y con más recursos.

—Y mientras lo hace, una flota de corsarios es la solución rápida. Y barata.

—Una flota de corsarios leales —puntualizó el señor Zarco—, en los que valga la pena invertir.

—Yo tengo mis propias lealtades.

—A muchos capitanes y armadores con cartas de marca no les mueve el servicio del rey, ni de la nación, ni el daño que puedan causar a los enemigos, sino los beneficios que logran. Y la mayoría son flamencos, o franceses de la Santa Liga, mientras que vos sois español.

—Un español que ha navegado con enemigos de la Corona.

—Sé lo que hicisteis, y lo que no hicisteis. Atendedme bien, Gabriel. —El comerciante hizo una pausa dramática, se rascó la barba con las uñas y ladeó la gorra antes de proseguir—. Estoy dispuesto a cancelar la deuda que tenéis con vuestro acreedor, el señor De Belle, y a financiar la compra de una fragata que está varada en Nieupoort a la espera de que le reparen los daños que le causó un terrible temporal en el norte. Perdió toda la carga y el armador se arruinó.

Vaya. Una fragata. Gabriel se pasó la mano por el pelo apelmazado por el salitre y la humedad.

—Una fragata es muy cara, por maltratada que esté.

—Que no es el caso.

—De Belle cobra un interés muy alto —prosiguió Gabriel—, pero podré pagarle el préstamo con una buena presa. Sin embargo, a vos os debería una fortuna. No, señor Zarco, no creo en soluciones

mágicas. Prefiero seguir con la zabra que quedar endeudado con vos para los restos.

—¿Estáis seguro? Tenéis alma de corsario. He visto brillar vuestros ojos e iluminarse vuestro rostro cuando he mencionado la fragata. Lo lleváis en la sangre. ¿Os vais a echar atrás por una deuda cuando seré yo quien corra con los gastos?

Gabriel sintió un cosquilleo recorrerle la piel. Las palabras del mercader en cueros, vinos y armas habían dado en el blanco.

La taberna se había ido vaciando. Boucher cerraba con empujones firmes y golpes secos los postigos de las ventanas. Las velas llenaban la estancia de luces y sombras acusadas y rojizas. Alguna corriente de aire hacía temblar las llamas, inclinarse, contorsionarse sobre los pábilos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Gabriel con voz ronca.

—Menos de lo que suponéis. El barco parece peor de lo que está, y el exceso de capturas ha hecho que decaigan los precios. Se podría conseguir por unos seis mil florines. Pero, aguardad —se adelantó Zarco a la réplica de Gabriel—, quizá no me haya explicado bien. Mi intención no es la de convertirme en vuestro nuevo prestamista, sino la de participar como armador. No tendréis que pagarme la deuda en cuotas y plazos como al señor De Belle, sino como producto de los beneficios obtenidos con cada captura.

—Un armador asume también riesgos.

—Lo sé, y cuento con ello. Según los usos castellanos, al armador le corresponde la tercera parte de los beneficios, pero si el rey puede renunciar a su quinto para favorecer el corso, yo no seré menos y dejaré mi tercio en un quinto.

Gabriel sabía que Ramón Zarco era un agente del rey, que el dinero que le ofrecía no provenía de su propio capital y que sus propósitos y razones solían ser tortuosos. No resultaba recomendable confiar en un hombre que gustaba de esconder naipes en la manga, pero la oferta era demasiado tentadora para rechazarla.

—¿Y el armamento? —preguntó.

—El arsenal lo proveerá. Me encargaré personalmente de que así sea.

—¿Por qué me dais tantas facilidades? —preguntó con

suspicacia.

—Porque os debo un favor.

Zarco se refería a una documentación comprometedora para el Prior do Crato que Gabriel había conseguido hacerle llegar durante su estancia en las Azores. ¿Y aquella acción merecía una recompensa tan espléndida?

—No lo hice por vos. Ni por la Corona.

—Pero lo hicisteis.

Gabriel alzó la mirada y vio a Mahagüini hacerle un leve gesto afirmativo.

—Acepta, l'Avide —dijo el vozarrón de Boucher casi en su oreja.

—¿Qué es lo que queréis en realidad, señor Zarco?

—A un buen capitán haciendo corso. Quiero que capturéis cuantas presas podáis y que le hagáis el máximo daño al enemigo. ¿Os vale esta respuesta?

Gabriel cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. ¿Por qué no? Con una fragata así tendría más oportunidades que nunca para salir de nuevo adelante y, tal vez, hasta de hallar a su hermana. Tomó aire y golpeó la mesa con las palmas de las manos.

—Está bien —concedió—, pero un navío así necesitará una fianza mayor.

—Lo pagaré yo.

—No, eso le corresponde al capitán del corsario. Adelantadlo si os parece y os lo restituiré cuando vendamos la zabra. Ah, y no quiero misiones especiales ni cartas secretas, ni hacer de correo. Seré yo quien decida dónde voy, lo que hago y cómo lo hago.

—Siempre lo habéis hecho.

—Así se habla, capitán —exclamó Boucher—. Con ese navío nos haremos de oro.

—Eh, eh, eh, guarda el optimismo, Boucher. Con fragata o sin fragata seguimos siendo una escuadra de un solo barco, y todos sabemos lo que eso significa. —Aunque no lo manifestara de manera tan ruidosa, Gabriel trataba a su vez de refrenar su optimismo.

—Pero ¿por qué vender la zabra? —preguntó Mahagüini—. Con ella tendríamos dos navíos.

—Y eso es ya una escuadra —añadió Boucher.

—Una escuadra diminuta.

—Más diminuta lo será sin ella. —Boucher vio de inmediato las ventajas de la idea de Mahagüini—. Piensa que será más fácil acometer al enemigo, arrinconarlo, cortarle las vías de escape o dividirlo si fuera numeroso.

—Habría que pagar dos cartas de marca.

—Una ya está pagada.

Gabriel se giró hacia Ramón Zarco, pero este sonrió y alzó las manos. Aquel debate no iba con él.

—Haced lo que mejor os cuadre —dijo.

Gabriel no sabía si se había echado inocentemente en manos de Zarco o si había hecho el mejor negocio de su vida. De una cosa estaba seguro: la presencia de Zarco en Dunquerque no era casual. Algo importante se estaba cociendo.

Los hombres se bebieron la jarra de vino, y, cuando Boucher fue a por una tercera botija, Zarco decidió retirarse.

—Conmigo no cuenten, señores. Ya no aguanto el vino como antes, y estoy cansado. Pero sigan vuesas mercedes con la celebración a cuenta mía. —El agente real se levantó y soltó unas monedas sobre la mesa—. ¡Ah! —añadió desde la puerta—. A vuestra esposa le conté que su familia había abandonado las Azores, aunque dudo que ese fuera el motivo de su marcha.

4
NIEUPOORT

El señor Zarco no era persona que se durmiera en los laureles. En cuanto hubieron cerrado los pormenores del acuerdo viajó con Gabriel a Nieupoort para comprar la fragata, un navío de ciento veinte toneles, perfil bajo y poca obra muerta, como una galizabra a la que le hubieran quitado los remos del entrepuente para situar en él una batería. El casco sin arrufadura, la quilla más larga, los mástiles dotados de una vela más y el bauprés menos inclinado respecto a la horizontal. Aunque no era muy grande, Gabriel quedó prendado de aquella nave de aspecto tan marinero. Sabía que en todas las naciones se estaba experimentando con distintos diseños de barcos para ganar en velocidad, capacidad, maniobrabilidad o potencia de fuego, pero un modelo así no lo había visto jamás.

La negociación no fue muy larga. Cuando un armador quiere vender y otro comprar resulta fácil cerrar el trato, que se fijó en cuatro mil setecientos ochenta florines de oro. Una cantidad que a Gabriel se le hizo pequeña.

En el astillero de Nieupoort tardaron un mes completo en hacerle las reparaciones que necesitaba. Mientras esperaba, Gabriel tuvo tiempo para meditar en las palabras del agente sobre su esposa. Después de darle unas cuantas vueltas al asunto concluyó que la información que Zarco le había transmitido a Marcia había tenido sin duda relación con su partida. Lo que no tenía tan claro era lo que ella había hecho después de llegar a Oporto. Gabriel sabía la complicidad de la familia Henriques con la causa del Prior do Crato. ¿Habría vuelto a implicarse Marcia en la política portuguesa? ¿No había escarmentado tras la experiencia de las Azores? En todo caso, ni había regresado a La Coruña ni había dado posteriores señales de vida. Y eso sí era una certeza.

En la corta travesía hasta Dunquerque pudo comprobar Gabriel que la fragata era tan buena como prometía. Se trataba de un navío dócil, que ceñía el viento mejor que ninguno en el que hubiera navegado antes gracias a los juanetes y la segunda vela de mesana. Tales cualidades, más los diez cañones que le había conseguido Zarco en los arsenales de varias villas, harían del corso una actividad más fructífera y menos arriesgada.

Poco antes de iniciar su nueva campaña, el señor Zarco le pidió a Gabriel que fuera a verlo a la fonda donde paraba, un hospedaje para caballeros y gentilhombres con buena bolsa. Tenía, en la planta baja, un amplio vestíbulo, una taberna con las paredes forradas de madera oscura y, al fondo de esta, un cuarto más discreto.

Zarco estaba sentado en un banco largo, junto a una mesa del mismo tamaño. Lo acompañaba un hombre moreno, con el pelo negro y unas grandes patillas que le cubrían la mitad de las mejillas.

—Don Fortún Agea —lo presentó Zarco—, un banquero valenciano que goza de toda mi confianza.

El banquero saludó a Gabriel con una refinada cortesía que chocaba con su tosca apariencia.

—Un placer conoceros, señor Duport. Don Ramón me ha hablado mucho de vos.

—El placer es mutuo, caballero —respondió Gabriel con no menos corrección.

Los hombres, que estaban sentados en el mismo banco, tenían ante sí sendas jarras de hidromiel. Mientras Gabriel pedía a un mozo que asomó en la estancia otra jarra para él, los dos hombres guardaron un silencio que llenó el bullicio de la taberna.

—Vos diréis lo que se os ofrece. —Fue Gabriel quien abrió la plática.

Zarco miró de reojo a su acompañante antes de responder.

—Veréis, amigo Duport, se ha presentado un imprevisto en mis planes. —Movió las manos a la altura del pecho, como intentando marcar los límites del imprevisto—. Asuntos urgentes me obligan a abandonar Dunquerque antes de lo esperado.

—Asuntos comerciales, supongo.

—Así es. He de viajar a Londres. La guerra de Flandes ha trasladado mucho comercio a Inglaterra.

A Gabriel le hizo gracia la manía de Zarco de mantener las formas, aun sabiendo los dos la realidad de las cosas. Quizá se debiera a la presencia de Agea, aunque lo dudaba. Seguramente el banquero sería un corresponsal o un enlace a su servicio.

—Andaos con cuidado, que allí todo lo español está bajo sospecha.

—Eso depende, amigo Duport. El lucro que aporta el comercio no es desdeñable para ningún reino. Y el dinero abre muchas puertas.

—Lo supongo, pero no querréis que vaya a Londres cada vez que tenga que liquidaros el quinto que os corresponde.

—No, en efecto. No sé cuánto tiempo estaré por allá, ni cuál será mi ventura. En todo caso, si no volvéis a saber nada de mí, podéis dar por disuelta la sociedad y la fragata será vuestra de pleno derecho.

—Os noto muy pesimista, don Ramón. ¿Tan mal están las cosas en el reino vecino?

—No es pesimismo, sino elemental precaución.

—Más fácil será que yo acabe ahogado en la mar, despanzurrado por un cañonazo o ensartado por un enemigo que vos en el fondo del Támesis —rio Gabriel.

—El mañana no está escrito para nadie. Mientras tanto, mis

asuntos a este lado del canal quedarán en las buenas manos de mi amigo. —Y señaló al señor Agea, que inclinó ceremoniosamente la cabeza—. A él deberéis entregar la parte del armador. No tendréis dificultad en encontrarlo. Posee casa aquí.

—Frente a la torre de San Eloy —precisó el señor Agea—. Vivo solo y es una casa amplia que pongo a vuestra disposición para cuando la necesitéis.

Gabriel le agradeció el gesto, que le pareció sincero, pero que declinó. Se había acostumbrado a parar en Las Tres Grullas, cuya áspera dueña empezaba a mostrarle cierta consideración, y no le apetecía cambiar de residencia. Zarco ya había puesto en antecedentes al banquero, de modo que no les llevó mucho tiempo acordar los detalles más prácticos de la sociedad. Luego de unos momentos de conversación intrascendente, Zarco y Agea se levantaron para retirarse, pero Gabriel tenía un último asunto que tratar con el agente.

—Hay algo que deseo pediros, señor Zarco. Se refiere a mi hermana Isabel. ¿La recordáis? —Zarco asintió.

—Fue capturada por un corsario inglés llamado Sackfield y luego cayó en manos de uno de sus oficiales, que desembarcó con ella en Bretaña. De esto hace ya tres años.

—John Trenton —dijo el agente.

—Tenéis buena memoria —reconoció Gabriel, y prosiguió—. He seguido su pista hasta Inglaterra, y la he buscado incansablemente en varios puertos de la costa sur, sin hallar ningún rastro suyo, ni de Trenton. Os conozco y sé que donde vais tendréis contactos y redes, y por ello os pido que le dediquéis una parte de vuestro tiempo y de vuestros… recursos, por mínimos que sean, a buscarlos. Esa información vale para mí más que veinte fragatas.

Ramón Zarco mudó el gesto, que, de repente, se volvió grave.

—Descuidad, que cualquier cosa que sepa os la haré saber a través de Agea.

5
OCÉANO ATLÁNTICO

John Trenton le cayó en gracia al almirante Drake, que lo invitó a

viajar en el Bonaventure, el buque insignia de su armada, porque lo que comandaba sir Francis no era una flotilla corsaria cualquiera, sino una verdadera armada de veintidós navíos y dos millares de hombres.

No se explicaba Trenton la causa de aquella simpatía toda vez que el sentimiento no era mutuo. Aunque admiraba los éxitos del corsario, la exagerada efusividad de cada una de sus manifestaciones no casaba con su carácter sobrio y modesto. El tema de conversación preferido de sir Francis Drake era sir Francis Drake. A lo largo del mes escaso que duró la travesía de regreso a Inglaterra, Trenton tuvo oportunidad de escuchar varias veces, y de sus propios labios, las grandes hazañas que había realizado en el Caribe, la destreza con que había vencido a los españoles, la habilidad con que había engañado a los regidores de sus ciudades y negociado con los vecinos cuantiosos rescates a cambio de no destruir sus casas e iglesias, o el acierto de incendiar San Agustín de la Florida, la principal amenaza para cualquier colonia en Virginia, aunque callara los frustrados ataques a Canarias y La Habana y las bajas que le habían causado los escasos defensores de Cartagena de Indias, noticias que supo Trenton de otras bocas. Drake se pavoneaba por igual de la caballerosidad que había mostrado con las damas más hermosas y de la crueldad con que había tratado a los prisioneros, del gran botín que había conseguido y de las tretas con que pensaba escamotearlo a la real hacienda. Alababa a sus amigos y denostaba de sus enemigos. Hacía gala de sus humildes comienzos, pero presumía de su encumbrada posición en la corte.

—Ah, señor Trenton —le decía Ralph Lane, que también viajaba a bordo del Bonaventure—, con un almirante así otro gallo nos habría cantado.

Y Trenton asentía, pese a sus dudas. No veía en sir Francis la constancia necesaria para una empresa tan ardua y de tan magra ganancia como el poblamiento de una colonia. En todo caso, la alegría de Drake y la de sus oficiales era contagiosa. Regresaban a la patria tras una afortunada campaña, con las bodegas repletas, la bolsa llena y la gloria asegurada.

—¿En dónde habéis estado metido todos estos años, amigo Trenton? —le preguntó en una ocasión el almirante. Estaban los dos en el puente de mando del galeón, que surcaba un océano azul, de

olas amplias e inofensivas. El día estaba despejado pero fresco, como correspondía a la latitud por la que navegaban.

Y Trenton le respondía con parquedad sobre sus años de aprendizaje en el mar de Irlanda, la expedición en busca del paso del noroeste, sus correrías con Sackfield y sus últimos tiempos en tierra firme.

—¡Ah! Thomas Sackfield, un hombre leal a su reina —voceó sir Francis, para hacerse oír sobre el bramar del viento y el ruido de los aparejos—. Marinos así necesitamos para doblegar al rey Católico.

—¿Lo conocíais?

—Navegó conmigo y con el jodido de mi tío en mi segunda expedición al mar Caribe —respondió Drake, que, por alguna razón desconocida para Trenton, no se llevaba bien con sir John Hawkins, el hombre que lo inició en el mundo de la piratería.

—Había armado un pequeño galeón, el Black Crow, pero falleció en la jornada de las Azores, luchando contra los españoles.

—¡Qué me decís! ¿El bueno de Thomas, muerto?

—Se le apagó su estrella.

—Uníos a mía, señor Trenton, que resplandece con vigor, y haré que cambie vuestra suerte. —Sir Francis acompañó sus palabras de una feroz carcajada para confirmar, tal vez, el vigor con el que brillaba su estrella, y Trenton le ofreció la sonrisa más agradable que pudo componer.

—Os tomo la palabra, sir Francis. Será un honor navegar con vos y aprender a vuestro lado. —Seguía sin agradarle aquel hombre, pero era cierto lo que decía. Una campaña a su lado podría acrecentar su fortuna y su posición. No demasiado, pues a la sombra del gran árbol crecen poco los retoños, pero lo suficiente para no depender de nadie en lo sucesivo. John Trenton no era un hombre ambicioso.

—También yo os la tomo, amigo John —respondió el corsario—. No me importan vuestros orígenes. Ya sabréis que yo mismo he salido de la más humilde condición. Se aproximan tiempos dorados para nosotros. ¡Ah!, vamos a sacarle un gran partido a la guerra con ese timorato de Felipe. —Y mientras tal decía apretaba dos nueces con la mano derecha hasta que una de ellas se partió.

El capitán Amadas viajaba en el Leicester, y Trenton no pudo disfrutar de su amena compañía durante la navegación, pero la de

Drake, sus oficiales y otros caballeros aventureros lo ayudaron a entretener las horas y vencer la impaciencia de verse con su esposa. Por fortuna, la pericia y buena suerte del almirante redujeron el cruce del Atlántico a poco más de cuatro semanas. A finales de junio, la victoriosa flota arribó al puerto de Falmouth, en la entrada del canal de la Mancha, donde Drake fue agasajado por las autoridades locales y aclamado por la población en las calles y tabernas.

La escala en Falmouth fue breve, pues la reina lo reclamaba en Londres. Le había preparado un recibimiento a la altura de sus logros.

Trenton habría deseado desembarcarse en Portsmouth, pero Drake tenía otros planes.

—Vendréis conmigo a Londres, amigo mío. Allí os presentaré a todos cuantos necesitáis conocer para medrar en este mundo.

A Trenton se le atragantó la invitación, pero no tuvo valor para rechazarla. Lo acompañó, pues, a Londres, conoció, en efecto, a hombres importantes, armadores, corsarios, empresarios, militares, a influyentes cortesanos y a verdaderos tiburones de aguas profundas. A la estela de Drake todo era sencillo. Incluso tuvo ocasión de ver a la reina Isabel, de lejos. Lucía un lujosísimo vestido ornamentado con perlas, un collar del mismo material, una amplia gorguera almidonada, la peluca pelirroja coronada por una diadema también de perlas y el hierático rostro empolvado.

En una reunión en casa de lord Walter Raleigh se encontró con su padrastro. El encuentro lo alegró mucho y sir Humpfrey lo puso al tanto de la partida de Richard Grenville rumbo a Roanoke.

—Una ayuda tardía e inútil, porque allí no queda nadie —lo informó Trenton.

—Pues ha costado un buen dinero armar la flotilla.

—Dadlo por perdido, padre. Pero con la expedición de Drake os habréis resarcido.

Sir Humpfrey acogió la suposición con una risa desagradable.

—Al contrario, hijo. Esta empresa también ha sido ruinosa. Una vez hechas las cuentas, apenas hemos obtenido dieciocho chelines por cada libra invertida. Por fortuna, fue poco lo que yo arriesgué.

—No sé qué cuentas serán esas —comentó Trenton—, porque los barcos venían cargados de riquezas. Según el propio almirante, en

Cartagena de Indias obtuvieron un botín de más de cien mil ducados. Pero dejemos estos asuntos, y decidme, ¿cómo están las cosas por Saint James?

—Te hemos echado mucho de menos. Mucho. Cuando Grenville regresó sin ti, todos pensamos lo peor.

Sir Humpfrey partía dos días después hacia Portsmouth en una pinaza y Trenton aprovechó la ocasión para separarse de Drake, no sin antes prometerle que lo acompañaría en su próxima campaña.

IX

1
LONDRES

Se sucedían las estaciones y Marcia continuaba en Londres, inmersa en un ambiente bélico que no auguraba nada bueno. Por la ciudad corrían rumores de todo tipo, desde el linchamiento de un papista hasta un nuevo complot contra la reina, la euforia por el triunfante regreso de Drake convivía con el temor a una rebelión en Irlanda o a un ataque directo de los temibles tercios de Flandes, se desconfiaba de cualquier extranjero, aumentaban las denuncias y los teatros y salones se llenaban de confidentes y delatores.

En los círculos leales al Prior sólo se hablaba de la guerra con España y de la manera de sacarle el mejor provecho para su causa. Se analizaban escenarios, se preveían consecuencias, se hacían pronósticos y se proponían estrategias. Y todas pasaban por el envío de un ejército a Portugal y la entrada triunfante de don Antonio en Lisboa. A Marcia se le hacía muy cuesta arriba escuchar las razones que esgrimían los amigos de su hermano y soportar la ceguera de quienes creían que la ayuda inglesa resultaría desinteresada y gratuita. Sabía por experiencia que no sería así.

Sin embargo, su preocupación principal era rescatar a Fátima de las garras de Simón Cortés, con quien Geraldo la había prometido.

Un Simón Cortés a quien las hermanas Henriques le habían robado el sosiego. Si Marcia, florecida y gloriosa, había sido la protagonista de sus fantasías más voluptuosas, Fátima, púber y en capullo, tampoco se quedaba fuera de ellas. La inocencia de su rostro adolescente, el despertar de unas formas que se intuían bajo los rígidos y rigurosos vestidos que portaba, la esbeltez de unas piernas que moldeaban los pliegues de la falda o el cabello rizado y brillante habían conseguido abrirse hueco en su calenturienta imaginación. A veces, mientras dormía, se desdoblaban ambas

hermanas, como bajo la mirada de un beodo, se confundían sus gestos, miradas y ropajes, se despojaban de ellos, intercambiaban sus rostros e incluso partes de sus cuerpos, pero otras veces el sueño tornábase en pesadilla y en esa diabólica permuta aparecían desmembrados y sangrantes piernas, brazos y pechos, o peor aún, cuando se disponía a poseer el cuerpo esplendoroso de Marcia, cuando su virilidad enorme y explosiva rozaba ya su pubis, el sonriente rostro de su ninfa era sustituido por la faz cadavérica y descarnada de su primera esposa. Simón Cortés despertaba con un aullido que se prolongaba en la vigilia, con el corazón palpitante y el camisón empapado en sudor. ¡Por Cristo, cuántos disgustos le daban aquellas dos! Sobre todo Marcia, empeñada a toda costa en que no catara la jugosa mocedad de su hermana.

Pero el empeño de Marcia no resultaba sencillo. Geraldo era muy tozudo. Para él, Simón Cortés era el pretendiente más idóneo: cercano al Prior, respetable y con unos ideales que coincidían con los suyos. No importaba que le sacara más de veinte años a su hermana, ni que tuviera intención de utilizarla como niñera de sus cuatro hijos. Y Fátima, tan joven, tan insegura, se dejaba manejar. Marcia debía desplegar con ella mucha elocuencia y mucho cariño para contrarrestar el ascendiente que tenía Geraldo y disuadirla de aceptar el arreglo.

Joao Veiga era su principal esperanza. Aunque insensato y con tendencia a dilapidar su fortuna, estaba demostrando una inclinación sincera hacia Fátima, que recibía sus atenciones con gran complacencia. Geraldo, en cambio, no lo consideraba un buen partido ni le agradaba que se vieran. Y cuando aparecía por casa, fruncía el ceño y lo saludaba con sequedad.

La casa de don Alfonso de Lancastre era en aquellos días un lugar concurrido. La concordancia de intereses entre don Antonio y la reina Isabel hacía inevitable que los contactos entre portugueses e ingleses menudearan. No era, pues, infrecuente, que por Fetter Lane se allegaran caballeros influyentes, comerciantes o armadores con motivos muy dispares, desde pegar la hebra para matar el aburrimiento hasta tratar asuntos de cierto calado o sacar información sobre el entorno del Prior.

Estas visitas, que a Marcia le resultaban en ocasiones inoportunas, tuvieron, sin embargo, una consecuencia inesperada y

positiva: abrir su horizonte de amistades. Además, los Lancastre no sólo eran anfitriones. Ellos y sus huéspedes recibían invitaciones para acudir a fiestas, veladas, representaciones teatrales, recepciones e incluso oficios religiosos, con intención, quizá, de atraerlos a la fe anglicana.

Las mujeres solían juntarse entre ellas para dedicarse a probar pasteles, realizar bordados en pequeñas canastillas y chismorrear. Por eso, las veladas preferidas de Marcia eran los bailes, donde forzosamente se mezclaban ambos sexos, aunque eran menos frecuentes de lo que habría deseado.

La aparición repentina de una mujer como Marcia, joven, hermosa, de fuerte carácter y opiniones propias, no pasó desapercibida. Varios ingleses se dieron prisa en mariposear a su alrededor, lisonjearla o pretender saber detalles de su vida. Había, entre ellos, un viudo glotón que le recordó de inmediato a Simón Cortés; un armador con facha de corsario, más preocupado por su dote que por su persona; un hombre taciturno con aspecto de confidente y algunos petimetres deseosos de llevarse al lecho a una potrilla extranjera.

En una de aquellas veladas conoció a un caballero galante que intentó monopolizarla. Sir Henry Dobson tenía aspecto distinguido, con la barba bien recortada, el cabello peinado hacia atrás, ropilla de color blanco hueso, calzas cortas, a juego, que destacaban sus bien torneadas piernas y una capa azul colgada con aparente indolencia sobre el hombro derecho. Habíase perfumado con moderación, sonreía poco, tenía una expresión afable que incitaba a la confianza y su charla resultaba aguda e interesante. No obstante, no le pareció prudente a Marcia dejar a sir Henry que la acaparase demasiado, ni se sentía con recursos para emplearse a fondo en la esgrima verbal que tanto le gustaba.

A su hermano no le pasó desapercibido el rato que estuvo con sir Henry y, al finalizar la velada, le comentó algo sobre él.

—Sir Henry es un hombre bien relacionado. Su presencia aquí es una señal para nosotros.

—¿Una señal de qué?

—Del interés de la reina por nuestra causa. ¿No te ha contado el señor Dobson nada que nos ayude a conocer sus intenciones?

—Sólo hablamos de temas banales, hermano. El señor Dobson se

muestra más interesado en mí que en apoyar las aspiraciones de don Antonio —dijo Marcia con frivolidad, y lo dejó solo. Las diferencias que tenían sobre el compromiso de Fátima con Simón Cortés los estaban separando cada vez más. En especial después de que Geraldo anunciase que los esponsales se celebrarían en otoño.

2
DUNQUERQUE

—¡Cagüendios!

—Calma, Pascual, no seas tan avaricioso. ¿No te alegras de la presa que hemos hecho?

—Es que la primera era mejor.

—No se puede tener todo. —Gabriel sonrió al decirlo.

—No entiendo cómo puedes reírte después de que esa peste de *gueux* nos hayan represado una carraca —dijo Pascual Laiseca, que desde que Gabriel lo nombró capitán de la zabra dio en tratarlo con más confianza—. Y mira que nos costó capturarla. Media jornada siguiéndola, un muerto y dos heridos al abordarla y la gavia del velacho rota de un cañonazo.

—Aparecieron de repente. Gracias tendríamos que dar por haber escapado, y más por haber conseguido otra presa.

—Pero más pequeña.

—Una presa es una presa. Y da dinero.

—Me hierve la sangre.

—Pues date un baño en el mar, verás qué pronto la enfrías.

Acababan de regresar a Dunquerque después de un mes de mucha actividad. La pequeña escuadrilla que formaban la Atrevida y la Portuguesa había conseguido capturar su segunda presa. A pesar de sus desenfadadas palabras, a Gabriel también le dolía haber perdido a manos de sus enemigos una gran carraca cargada con cobre y estaño. El paso de Calais era un lugar óptimo para encontrar buenas víctimas, pero los mendigos del mar patrullaban por allí como perros rabiosos. Y era raro que sus filibotes fueran solos. Cobrar una presa se estaba poniendo cada vez más complicado, en especial para una escuadrilla tan pequeña. Pero iban haciendo dinero y el señor Zarco no tenía motivo de queja.

Después de un merecido descanso en la villa, Gabriel se encaminó al puerto para preparar una nueva salida. Era un día destemplado. Las nubes, que corrían el cielo con velocidad, se alternaban con los claros. En el muelle lo esperaban Laiseca y Mahagüini sentados en una pila de fardos.

—¿Y los hombres? —preguntó Gabriel.

—Casi todos en la villa, malgastando su parte del botín.

—No me gusta dejar los barcos solos.

—Hay gente de guardia en los dos.

Mahagüini sonrió mientras miraba a lo lejos. Gabriel siguió su mirada. El extremo del puerto estaba limitado por un dique de tierra sobre el que se desplazaban carretas, acémilas y viandantes. Destacaban las cuatro grandes poleas del mecanismo del dique, dos a cada lado. Los campos que se extendían más allá eran llanos y estaban verdes. Se veían alquerías y aldeas. Algunas vacas pacían cerca de la orilla. Un hombre cargado con un haz de leña caminaba junto a una mujer que portaba un canasto sobre la cabeza, tapado con un trapo. Nadie habría dicho que aquel país estaba en guerra.

Una voz distrajo su atención.

—Hermoso navío, señor Duport.

Los tres hombres se volvieron. Frente a ellos, con los brazos cruzados y expresión risueña, se hallaba Eva Falk. Un pañuelo oscuro le ceñía el cabello y por debajo de la falda asomaban unas calzas largas.

—Señora Falk, dichosos los ojos que os ven —reaccionó Gabriel antes que sus compañeros—. No he visto vuestros barcos en el puerto.

—Pues llevamos varios días aquí.

Había pasado más de un año desde que se despidieran en aquel mismo muelle de Dunquerque. La mujer tenía la piel muy curtida por el sol y la intemperie y más marcadas las diminutas arrugas que le recorrían el rostro. Gabriel se preguntaba qué edad podría tener. ¿Treinta? ¿Acaso más? Si lo recordaba bien, tenía dos hijos algo creciditos.

—¿A qué se debe vuestra visita?

—Tengo entendido que buscáis compañía para hacer corso —respondió ella con un mohín entre cáustico y festivo.

—Estáis bien informada —dijo Gabriel en el mismo tono—. Pero

no sé en qué os incumbe eso a vos.

—También yo cuento con dos barcos y cartas de marca. ¿No lo sabíais?

—Jamás lo habría imaginado —se sorprendió sinceramente Gabriel—. ¿Y vuestro amigo también? —añadió, señalando a la sombría figura de Dewulf, unos pasos detrás de ella.

—Sí, Jan y yo somos inseparables. Donde voy yo allá va él.

Dewulf debió de darse cuenta de que hablaban de él, porque arrugó más el ceño, si eso era posible.

—¿Cómo habéis acabado en este oficio?

—Es una historia muy larga, señor Duport.

—Me pica la curiosidad.

—También a mí me gustaría saber vuestra historia. Pero estoy segura de que encontraremos un momento más apropiado para hablar sobre el asunto.

—¿Es una promesa?

—En verdad que sois vehemente —rio Eva Falk.

Vaya, vaya, qué calladito se lo tenía, se dijo Gabriel. Aunque en el fondo debía de haber sospechado que aquellos dos filibotes bien armados se dedicaban a algo más que al comercio. La propuesta no le resultó molesta; al contrario, se antojaba una perspectiva muy interesante. En medio año no había encontrado ningún socio, pese a que en Dunquerque lo iban conociendo mejor.

—¿De modo que estáis interesados en navegar conmigo?

—En formar una escuadra conjunta —matizó Eva Falk.

—Claro —respondió Gabriel con una amplia sonrisa. Uniendo sus fuerzas podían formar una escuadra en verdad potente, pero no tenía intención de perder su autonomía a cualquier precio—. Si os parece, podemos tratarlo a bordo de la Portuguesa.

Los nórdicos aceptaron la invitación y se allegaron a la fragata en el esquife. Con las reparaciones realizadas, el barco se mostraba casi nuevo, y Eva Falk lo elogió con largueza.

—Una preciosidad de fragata, señor Duport —resumió Eva Falk —, aunque esté escasa de artillería.

—¿No os sobrarán cañones a vos?

—También vamos muy justos —dijo ella con una sonrisa que daba a entender que la negociación ya había comenzado.

—Entonces habrá que conseguirlos peleando.

—No tengo intención de enfrentarme con buques bien armados, señor Duport. El corso requiere más prudencia que osadía.

—Pero yo soy l’Avide.

El acuerdo resultó más sencillo de lo que Gabriel se esperaba. La señora Falk estaba interesada en navegar con ellos, y ellos necesitaban reforzarse. La flota iría comandada por Gabriel, las campañas las decidirían conjuntamente y el botín lo repartirían en cinco partes, dos para ellos y tres para los nórdicos, por ser más numerosas sus dotaciones. El pacto podría romperse en cualquier momento por cualquiera de las partes, aunque siempre después de haber repartido el último botín.

Una vez alcanzado el arreglo, Gabriel los acompañó a tierra en el batel. Le tendió la mano a Eva Falk para que desembarcara, pero cuando hizo lo propio con Dewulf este lo ignoró.

—¿Dónde está vuestros filibotes?

—Anclados en el canal exterior, entre la playa y el banco de Schurken —respondió Eva Falk—. ¿Os apetecería conocerlos?

—Será un placer, mi señora —dijo Gabriel ante un bufido de Dewulf. A aquel perro le hacía falta una buena doma.

3
ORDEBOROUGHE, ANGLIA

La nueva escuadra se hizo a la mar con prontitud. Los cuatro barcos salieron de Dunquerque y enfilaron la costa de Flandes hacia el norte, a una distancia prudencial. Se dirigían a tierras danesas, pero al cruzar frente al estuario del Rin vieron salir de él una gran nao solitaria que navegaba sin pabellón. Parecía una baza afortunada, pero era preferible ser cautelosos, y la siguieron en la distancia. El viento, que soplaba del sursudoeste, los empujaba hacia las costas de Inglaterra.

—Vamos allá —dijo Gabriel cuando se convenció de que no llevaba escolta, y ordenó a Vermeulen abatir al oeste.

El resto de la escuadrilla lo siguió, y antes de que empezase a caer la tarde la habían capturado. Se trataba de una nao de trescientos toneles, alta de borda pero muy lastrada, que hizo un amago de defensa cuando la fragata inició su aproximación. Sus

cañones de babor dispararon una andanada poco certera y la Portuguesa respondió con una más precisa. Al verse rodeada por los cuatro costados, su capitán se rindió.

Gabriel subió a bordo en compañía de Mahagüini y otros hombres de armas y no tardó en darse cuenta de la suerte que habían tenido. La nao era de construcción reciente, estaba fletada en Londres y transportaba sedas, tafetanes y otros paños muy lujosos. A la tripulación la obligaron a embarcarse en la lancha y la dejaron a la deriva mientras ellos ponían rumbo a Dunquerque con la flamante captura, que el Tribunal de Presas declaró legítima. Con el beneplácito de Eva Falk, Gabriel dejó la venta de la nao y del cargamento en manos de Fortún Agea, el banquero, que les adelantó un buen pico para repartir entre las dotaciones. Alentados por aquel éxito, se prepararon para zarpar de nuevo.

El piloto de la nao capturada era originario de Anglia, al este de Inglaterra. Al interrogarlo, se enteraron de que era una zona próspera y poco guarnecida, y Gabriel propuso hacer allí la siguiente entrada. Su idea no tuvo, al principio, buena acogida. A todos les resultaba una aventura peligrosa y descabellada, demasiado cerca del Támesis y de las bases navales inglesas. Pero Vermeulen vino en su ayuda. El piloto había navegado aquellas aguas y había visitado algunos puertos y se acordaba bien de uno de ellos, Ordeboroughe, a orillas del río Orde, que tenía un astillero, molinos y varios almacenes y estaba defendido por un sencillo baluarte que miraba al mar. Pero la villa era accesible también por el río. El tramo final del Orde fluía casi paralelo a la costa y su cauce era amplio y somero, ideal para barcos de poco calado.

Tanto adornó el asunto Vermeulen y tan bien describió la villa que desarmó de motivos a los más reacios, y decidieron probar suerte. La idea era subir por el río, desembarcar una hueste armada en las traseras de la villa, hacerse con ella y pedir un rescate a sus pobladores.

La travesía del mar del Norte fue rápida y venturosa. El primer día superaron el estuario del Támesis y el siguiente ya se hallaban frente a las costas de Anglia. La fragata y los filibotes fondearon en la desembocadura del Orde al anochecer y la zabra, cargada de gente, ascendió por el río hasta un recodo próximo a la villa, camino del astillero. La marea, que estaba creciendo, los ayudó en

la maniobra.

Bajaron a tierra sesenta hombres vestidos con camisas claras y armados hasta los dientes. Siguieron la orilla del río hasta desembocar en las primeras casas de Ordeboroughe. Se trataba de una fila de diez o quince viviendas pobres, seguramente de pescadores. Allí se dividieron en dos grupos. Uno, al mando de Eva Falk, se encargaría de la villa, y el otro, al de Gabriel, neutralizaría a la guarnición del baluarte. No había luna, y sólo fijándose mucho se podían distinguir los bultos de los encamisados.

—Aquí nos separamos, Eva —susurró Gabriel—. Rezad un rosario antes de comenzar el ataque.

La mujer asintió con otro susurro. No podía verle la cara, pero Gabriel la imaginaba resuelta como cualquier varón.

El baluarte estaba al otro lado del pueblo, que se desplegaba a ambos lados de una rúa central cruzada por varias callejuelas, más adelante había un arenal con un pequeño granero y unos campos de cultivo. Gabriel y su grupo lo rodearon y llegaron sin ser descubiertos al pie de la rampa de acceso al baluarte, que consistía en un semicírculo de fajina y tierra con un pequeño murete almenado. Estaba todo tan oscuro que era muy difícil apreciar su contorno. La brisa soplaba del mar, y les llevó las voces de una conversación. Gabriel iba a levantarse para subir la rampa, pero Mahagüini lo detuvo con la mano y se adelantó en silencio, reptando por la tierra como una culebra. Gabriel lo siguió. Percibía, tras él, la respiración de Boucher, que se movía con gran ligereza pese a su tamaño. Cuando estaba a mitad de la rampa la conversación se detuvo.

—Mira —exclamó uno de los soldados.

Su sombra ocultó algunas de las estrellas más bajas. Otras dos sombras lo acompañaban. En ese momento, Mahagüini se abalanzó sobre ellos. Se oyó un gemido y un golpe de partesana sobre las piedras del muro, que sacó un chispazo amarillento. Gabriel aferraba una daga zamorana, y, de un salto, cogió por detrás al soldado de la partesana y se la hundió en la cadera, bajo el espaldar de la armadura. Boucher se encargó del tercero, que dio un grito desgarrador antes de caer. Otros corsarios subieron la rampa y se encimaron sobre los demás soldados que guardaban el baluarte. Cogidos por sorpresa, no tuvieron tiempo ni oportunidad de

reaccionar. Pero allí solamente había una escuadra.

—No los matéis —ordenó Gabriel. Y le preguntó a uno de los prisioneros por el resto de la tropa. El soldado se resistía a hablar, pero la zamorana de Gabriel acabó por disuadirlo. El campamento de la guarnición, al mando de un sargento, estaba situado en la pequeña colina que dominaba Ordeboroughe.

Ascendieron la ladera en silencio absoluto. Por casualidad se toparon con una vereda bien marcada que conducía a la cima. A Gabriel, que abría la marcha, le pareció que a su derecha había un talud abrupto, pero la oscuridad era tan grande que no había forma de confirmarlo. Pronto llegaron arriba. Las aspas de un molino se perfilaban levísimamente contra el cielo. El campamento se hallaba detrás. No sabían lo que se encontrarían. A unos cincuenta pasos del molino se toparon con un seto y unos majanos de piedra. Gabriel se detuvo junto a ellos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mahagüini.

—Quítate la camisa y acércate a ver si la guarnición está alerta.

El aludido se despojó de la prenda y se alejó en dirección al molino. Los hombres estaban tensos. Aferrados a sus armas, contenían las respiraciones y hasta los latidos de sus corazones. Algunos llevaban pistoletes de llave. Los demás, sólo sables o chafarotes. Los arcabuces no servirían de nada en aquella oscuridad. Al poco, regresó Mahagüini.

—Están recogidos en varias tiendas, pero no he visto ninguna vigilancia —dijo, y sin esperar respuesta inició la marcha. Todos lo siguieron, agachados y ligeros.

Las tiendas se perfilaban, más claras, entre las sombras fantasmales de algunos arbolones. Cuando estaban a mitad de recorrido, se escucharon disparos y gritos que provenían del pueblo. Se había roto la sorpresa.

—¡Al ataque! —gritó Gabriel, y se lanzó contra una de las tiendas de la que salía aturdido un soldado con la espada en una mano. Gabriel lo atravesó con su sable y luego pinchó a otro hombre en el costado. Mientras, un encamisado había cortado los vientos de una tienda y la lona se desplomó sobre unas figuras que pugnaban por salir de dentro. Un disparo abatió a uno de ellos. Olía a pólvora. El silencio se había transformado en una algarabía de voces, gritos y pujidos, el tintinear de aceros y el sonido grave de

otros disparos, que rompían la oscuridad. Su fugaz resplandor permitía observar varias luchas simultáneas a través del humo blanquecino, figuras enzarzadas a cuchillo, espada o cuerpo a cuerpo. Los encamisados estaban en franca mayoría. De algunas tiendas seguían saliendo hombres, pero enseguida los ingleses comenzaron a alzar los brazos y pedir cuartel.

Los soldados que quedaban en pie fueron amarrados y conducidos hacia la villa. Otros habían huido hacia el bosque. En la plaza, Dewulf había prendido unas antorchas y estaba reuniendo los bienes que sacaban de las casas y almacenes. Habían conminado a los vecinos de la villa a permanecer en sus viviendas, y a los que trataron de desobedecer los redujeron a punta de espada y los encerraron en la iglesia.

—¿Dónde está la señora Falk? —le preguntó Gabriel.

Dewulf se encogió de hombros y señaló hacia una de las callejas. Gabriel soltó un reniego. Saquear las casas una a una le resultaba una pérdida de tiempo.

—Gastón —le dijo a Boucher—, coge a un desgraciado y que señale al regidor y los hombres más pudientes. Pídeles quince mil libras de rescate por no quemar la villa y los astilleros. Y no los mates.

—Descuida.

Gabriel dejó con el francés a la mayoría de los hombres y con media docena se dirigió en la dirección que había señalado Dewulf. Oyó ruido de pasos y herrajes hacia su izquierda y dobló por la primera esquina. No había andado cien pasos cuando apareció Eva Falk. Había capturado al lord de la villa y había saqueado su mansión.

—¿Algún problema? —preguntó Gabriel.

—Un hombre herido —respondió ella.

Volvieron juntos a la plaza, donde Boucher tenía reunidos a varios notables. Les pidieron el rescate, quince mil libras. Al lord de la villa, un tal Elphick, le pareció una barbaridad.

—Dad gracias a que tenemos prisa —se burló Boucher—, porque, si no, os habríamos pedido el doble.

Aun así, persistieron en sus protestas. Formaban un grupo cómico. Algunos no habían tenido tiempo de vestirse y se cubrían con camisas de dormir, sayas de lana o gruesas capas, pero ninguno

había conseguido reponerse de la sorpresa. Lord Elphick, convertido en portavoz, insistió en lo abultado de la cifra.

—Ya habéis saqueado las casas. ¿Qué más queréis de nosotros?

—Que juntéis quince mil libras antes de que el sol se alce sobre el horizonte.

—Eso es imposible. Además, exigimos garantías de que no destruiréis nuestros bienes ni violentaréis a nuestra gente.

—La única garantía válida serán las libras contantes y sonantes —sentenció Gabriel—. Ahora voy a soltaros para que podáis reunir el dinero, pero tomaré en prenda un rehén por cada uno de vosotros y los llevaré a bordo de uno de nuestros navíos.

La villa pareció retornar a la calma, una calma tensa y afligida. Los corsarios pusieron retenes en los extremos de las calles y en el astillero.

Cuando la claridad comenzó a asomar por el horizonte de levante, lord Elphick les dio una bolsa con tres mil quinientas libras, todo lo que habían conseguido reunir, según les dijo. Gabriel lo recibió con frialdad.

—Llevaos esa bolsa y volved cuando esté completa —lo intimó —. Entre tanto, para animar a vuestros amigos, quemaremos el casco de uno de los barcos del astillero. —Y ordenó a Mahagüini que se encargara de ello.

—¿Por qué le habéis devuelto el dinero? —quiso saber Dewulf.

—Para que no piensen que estamos desesperados.

—Tres mil quinientas libras son mejor que nada.

—Pero menos que quince mil.

Al cabo de un rato, el resplandor rojizo que levantaban las llamas de la nave incendiada competía en intensidad con la luz del amanecer. Las calles de Ordeboroughe permanecían desiertas. La tierra estaba húmeda por las lluvias pasadas, en algunos lugares había charcos lodosos y huellas de las rodadas de las carretas. La brisa cambió a terral y empujó el humo del fuego hacia las casas. Se oía el crepitar de las maderas secas. Las estrellas fueron retirándose una a una y el señor Elphick no aparecía.

—Que prendan fuego a otro barco —dispuso Gabriel.

—Hay que meterles más presión —indicó Dewulf—. Cada hora que permanecemos aquí aumenta el riesgo de que les lleguen refuerzos, o que aparezca una escuadra de guerra.

—¿Y qué proponéis?

—Si quemamos las casas, se darán más prisa.

—¿Y dejar a la gente sin vivienda?

Dewulf alzó los hombros con desgana. Ese detalle le resultaba indiferente. Se hallaban en la entrada de la iglesia en la que habían encerrado a los soldados capturados y los vecinos más díscolos. Con la salida del sol aparecieron tres notables con ocho mil setecientas libras.

—No tenemos más, señor corsario. El astillero es nuestra vida. Por el amor de Dios, no destruyáis más barcos —rogaron suplicantes, pero Gabriel se mostró inflexible y los mandó de vuelta con el dinero.

Prendieron fuego a un tercer barco y el calor y la furia de las llamas llegaba a todos los rincones de la villa. Las pavesas flotaban en el aire caliente y después caían sobre las calles y las casas en una lluvia negra y peligrosa. Algún techo de juncos cogió fuego y sus habitantes se apresuraron a apagarlo con baldes de agua. Cientos de ojos observaban detrás de los postigos lo que ocurría afuera. De las chozas más humildes salían algunos gritos airados. *«Pagad de una vez, caballeros». «No seáis tan tacaños»*. Cuando el sol se alzaba un palmo sobre el horizonte, algunos corsarios comenzaron a revolverse, nerviosos. La superficie del mar se veía rizada. Algunas velas sueltas se divisaban a lo lejos, aunque ninguna parecía que se dirigiese hacia el puerto. Laiseca había trasladado todos los navíos hasta la playa. Las bocas de sus cañones miraban hacia la villa y el aparejo estaba listo para zarpar.

—Vámonos, Eva —dijo Dewulf de repente—. Ya hemos hecho un buen botín. Que se quede este loco a esperar el rescate.

Eva se mordía el labio inferior, pero negó con la cabeza.

—Me da que no aguantáis bien la presión, amigo Jan —comentó Gabriel con tono burlón. El hombre se llevó la mano a la empuñadura de su sable, pero Gabriel se rio, le dio la espalda y se encaminó al centro de la plaza, donde se encontraban Boucher y Mahagüini.

—Alguien está perdiendo los nervios —comentó Boucher.

Mahagüini escupió entre sus botas.

Después de haber quemado los cascos de cuatro barcos, el lord de la villa les entregó una bolsa con catorce mil cuatrocientas

dieciséis libras que Gabriel consideró, por fin, suficientes. Los corsarios se retiraron ordenadamente de Ordeboroughe, soltaron a rehenes y prisioneros y se hicieron a la mar.

4
LONDRES

Con motivo del sexto aniversario de su proclamación como rey de Portugal, don Antonio de Avis organizó un gran festejo en el palacete que puso a su disposición Robert Devereux, segundo conde de Essex. En la festiva jornada se dieron cita partidarios, amigos y valedores del Prior, tanto portugueses como ingleses, y hasta algunos holandeses. Los gastos de tan espléndido festejo corrieron por cuenta de Devereux, admirador declarado de la reina y enemigo acérrimo de todo lo español.

Sentado en un sillón de madera oscura forrado de terciopelo rojo, sobre un estrado, con el conde a un lado y su hijo Manuel al otro, el Prior do Crato recibió a todos los asistentes en un besamanos más similar a una renovación de fidelidad hacia su figura que a un desfile de parabienes. Sin duda, las importantes defecciones que el oro y las promesas del usurpador Felipe habían provocado entre sus seguidores habían tenido mucho que ver en ello.

Cuando les tocó el turno a los Henriques, Marcia observó lo avejentado que estaba el Prior. Habían pasado sólo cuatro años desde que le fuera presentado en Angra, pero era como si hubieran sido diez.

—Hombres como vos necesito a mi lado, señor Henriques —dijo don Antonio con determinación mientras sujetaba la mano de Geraldo. En sus hermanas apenas reparó. En cambio, Marcia miró con atención al hombre que estaba a su lado, sorprendiéndose de lo joven que era el conde de Essex, y lo bien parecido. Qué buen gusto tenía la reina.

—Se dice que su padrastro, el conde de Leicester, fue amante de la reina —comentó Geraldo—, y que el joven Devereux quiere emularlo.

La mansión tenía una gran galería en la parte trasera, muy

luminosa y despejada, a través de cuyos ventanales podía contemplarse un hermoso jardín. Se habían dispuesto dos hileras de sillas pegadas a las paredes para comodidad de los invitados. Un conjunto de cuerda tocaba pavanas y alemandas y, de vez en cuando, intercalaba alguna atrevida volta que permitía a los más danzarines demostrar su buen estado de forma. La tarde era más que templada. La mayoría de los hombres se había desprendido de las capas y llevaba jubones ligeros y cuellos a la valona, pero las mujeres pasaban calor con sus briales, gorgueras y vestidos cerrados.

Al grupo que formaban los Henriques y los Lancastre se le sumó de inmediato Simón Cortés, que estaba henchido de orgullo junto a su prometida. Sus ojos chispeantes le dispensaban miradas que parecían querer desnudarla, y giraban hacia todos los rumbos, pregonando lo que su boca no se atrevía a decir: *«Ved qué palomita más tierna y bella me he agenciado»*. A Marcia le dedicaba sonrisas hipócritas, y, cuando Fátima no lo miraba, sus labios se fruncían en pucheros que oscilaban entre lo servil y lo licencioso. *«Vos no me quisisteis, pero tendré a vuestra hermana»*.

La pareja danzó algunas piezas, pero el señor Cortés, que presumía de haber sido un buen bailarín en sus años mozos, había ganado arroba y media de peso y abandonó después de la primera volta. Sudoroso, enrojecido y jadeante, se dejó caer en una silla libre como un saco de garbanzos. A Marcia le sublevaba tanto su presencia que aceptó rauda la invitación que le hizo el señor Dobson. En los saltos y brincos conjuntos que exigían algunas piezas comprobó que tenía manos grandes y bien cuidadas que sujetaban las suyas con una presión ligeramente mayor de la necesaria, y la agarraban por la cintura, en los giros, con firmeza. En los intervalos entre bailes, sir Henry se mostró tan galante y charlatán como la otra vez. Incluso tuvo la delicadeza de hablar más despacio para que Marcia pudiera seguir con más facilidad la conversación. Dobson le sacaba casi una cabeza y, desde su altura, la miraba con ojos claros y agudos que buscaban los suyos con insistencia.

—He oído que sois viuda y, por lo que veo, un imán para los hombres —le dijo en un momento de la conversación.

A Marcia le sorprendió el comentario tan personal, pero no quiso sacarlo del error.

—Soy muy joven para ser viuda, sir Henry. ¿Y vos? ¿Tenéis esposa, amante o ambas cosas? —replicó con atrevido desenfado.

Sir Henry perdió por un instante la compostura y carraspeó para ganar tiempo. Quizá no conseguía adivinar si se había tratado de un halago, una indirecta o una burla.

—No, mi señora, ni lo uno ni lo otro.

Marcia alzó la cabeza y dejó escapar una risa comedida.

—¿Os hace gracia?

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué? ¿Os parezco un mentiroso?

—¿En verdad queréis saberlo?

—Me tenéis en ascuas.

—Sois un hombre agraciado, con fortuna y nobleza, sir Henry. Y muy directo con las damas.

Se mesó el caballero la bien cuidada barba y cuando iba a contestar atacaron los músicos una gallarda y quedó en el aire la respuesta. También aquella danza exigía movimiento, sincronización y brío y, al finalizar, se sintió Marcia tan sofocada que quiso descansar.

—Espero que no sea la última vez que nos vemos, mi señora —dijo el inglés mientras la acompañaba junto a los suyos.

—No olvidéis que soy papista.

—Un detalle sin importancia. —Dobson se despidió con una reverencia y se alejó entre el gentío.

—Estás esplendorosa, querida —le dijo al punto Juana Abreu—; no me extraña que el señor Dobson te haya dedicado tantas atenciones.

Marcia se llevó las manos a las mejillas y las notó calientes.

—Es un hombre tan cortés como apuesto, y me da en la nariz que se siente muy ufano de ello.

—No sé cuán ufano se sentirá, pero es uno de los caballeros más codiciados de Londres. Sus aventuras galantes andan de boca en boca.

—Vaya, vaya con sir Henry —dijo Marcia con una traviesa sonrisa.

En la siguiente pausa se retiraron don Antonio, su hijo Manuel, el conde de Essex y Henry Dobson. El pretendiente fue despedido con una ovación.

Una cohorte de lacayos se encargaba de rellenar las copas que iban quedando vacías, y, sobre las vísperas, se ofreció a los asistentes, en bandejas hermosamente presentadas, un tentempié frío. En los intervalos en que los músicos se tomaban un respiro, los invitados aprovechaban para saludar a conocidos, departir con amigos o pasear.

Las hermanas Henriques se sentaron en un banco de piedra del jardín, con las rodillas recogidas para evitar mostrar los tobillos.

—Menos mal que a tu don Glotón le hechizan los naipes, hermanita —dijo Marcia. Y era cierto. El señor Cortés, tras engullir una bandeja de huevos rellenos, las había abandonado para acudir a la estancia donde se jugaba a la baraja.

Fátima asintió en silencio al tiempo que se mordía el labio superior. No quería al señor Cortés, pero le desagradaba que su hermana se burlase de él. Al fin y al cabo, era su prometido. Marcia se dio cuenta de ello e insistió.

—Nada le debes a ese hombre —le dijo, procurando ser delicada.

—A él no, pero Geraldo es mi hermano mayor, y le debo respeto y consideración.

—También yo lo estimo y lo respeto.

—Oh, cielos, no seas hipócrita. ¿Qué respeto hay en discutir y contrariarlo siempre?

—Una cosa no quita la otra —alegó Marcia, que empezaba a perder la paciencia—. Pero, por mucho que creas deberle a Geraldo, es injusto que te obligue a casarte con alguien a quien no amas. Y más aún cuando hay otro hombre cerca de tu corazón.

—Eres imposible, hermana. Y estás muy equivocada si crees que las mujeres podemos hacer lo que se nos antoje —respondió Fátima alzando la voz. Y, en un arranque desacostumbrado en ella, se levantó y la dejó sola.

Estaba el sol acercándose al horizonte, pese a la hora que era, y sacaba unos reflejos amarillentos al césped y brillos a las hojas tiernas de los arbustos. Algunas nubes pasajeras ensombrecían a intervalos el jardín. A Marcia no dejaba de sorprenderle la longitud de las tardes en aquellas latitudes, efímeras en invierno y enormes en verano. Una voz la sacó de su ensimismamiento.

5
LONDRES

—¿Me permitís acompañaros?

Alzó los ojos Marcia y se encontró con el rostro de Joao Veiga. Había en sus labios un rictus que no llegaba a ser sonrisa y sus ojos la miraban con una expresión extraña, a medio camino entre la timidez y la gravedad.

—Claro, señor Veiga —respondió Marcia dando unas palmadas sobre el banco. Le resultaba rara aquella petición. A pesar de lo mucho que lo había tratado en casa de los Lancastre, poco sabía de su vida más allá de algún comentario suelto o de los escasos detalles que su hermana le había revelado.

—Sois muy amable —dijo él al tiempo que tomaba asiento a su lado—. ¿Vuestra hermana se encuentra bien?

—Mi hermana es una muchacha muy joven y sana, pero no creo poder afirmar que se encuentre bien. Confusa sería más preciso. Pero podéis preguntárselo vos mismo.

—Oh, no. Por nada del mundo querría aumentar su confusión. —Joao acompañó la negación con un movimiento de las manos—. Prefiero hablar con vos.

—¿Sobre Fátima?

—Sobre su felicidad y otros asuntos. —Quien se sintió confundida entonces fue Marcia. El joven miró hacia los lados con aire furtivo y se pasó la lengua por los labios antes de proseguir—: Sé que su compromiso la hace desdichada y que se debate entre el rechazo que le provoca el señor Cortés y la consideración hacia vuestro hermano. Sé también que es difícil que Geraldo dé su brazo a torcer. Y lo comprendo. La vida es complicada en la corte del Prior, llena de rivalidades y ambiciones.

Marcia asintió mientras intentaba analizar aquellas palabras. Le llamaron la atención, de manera especial, el hecho de que Joao se hubiera referido a don Antonio como «el Prior» y no como «el rey» y la dura descripción de la corte de este. Sin duda se trataba de una señal, pero una señal ¿de qué?

—Respecto a Fátima habéis dado en el blanco. También en cuanto a mi hermano, y nadie lo sabe mejor que yo, que me esfuerzo cada día en hacerle cambiar de opinión, aunque no

encuentro en vos el aliado que me esperaba —apuntó con cuidado, sin querer entrar en el resto de su discurso.

—Quizá yo no sea el hombre más indicado para Fátima.

—Mejor que vuestro oponente.

—Mi situación es complicada. O más bien, incierta. Y ella no se merece incertidumbres.

—Nadie se las merece. Pero si no sois más claro, no podré seguiros.

—Os he oído intervenir en algunas conversaciones: no os gusta morderos la lengua.

El cambio de tema disgustó a Marcia, pero debía ser paciente. En todo caso, el rumbo que estaba tomando la charla la intrigaba.

—¿Debo tomarme ese comentario como un halago?

—Ni como un halago ni como una crítica. Pero me gustaría saber si creéis en lo que decís o si sólo os complacéis en llevar la contraria.

Marcia torció el gesto.

—¿Como un pasatiempo frívolo?

—Disculpad mi rudeza —se justificó Joao—, pero es mucho lo que está en juego. Antes de decir palabras más comprometedoras necesito que me respondáis.

La curiosidad de Marcia ascendía a la par que su confusión. ¿Qué pretendía Joao?

—Suelo defender con vehemencia aquello en lo que creo, señor Veiga —dijo, sopesando las palabras.

El señor Veiga calló unos momentos. Quizá sopesaba, también él, la respuesta de Marcia.

—Veréis, tal vez haya una forma de romper el compromiso de vuestra hermana —dijo Joao—. Pero antes querría describiros el paisaje que nos rodea —se apresuró a añadir ante la sorpresa de Marcia—. No quiero pecar de pedante, quizás sepáis la mayoría de las cosas que os cuente, mas vale la pena repasarlas.

—Os escucho.

—Esta nación está en guerra con el rey Católico, y parece lógico pensar que todos desean derrotar al español.

—¿«Parece lógico»?

Dejó escapar el caballero una plácida sonrisa, la primera desde que comenzó la conversación, y alzó los ojos hacia su izquierda,

pensando, antes de responder.

—Cuando nos acercamos a un hermoso palacio, apreciamos en sus paredes imperfecciones que de lejos no observábamos, hendiduras, desconchones, suciedad. Así, bajo la ilusión de una férrea unidad contra el enemigo común, se mueven intereses muy distintos. En Portugal, en las Provincias Unidas o en la misma Inglaterra. Los rebeldes flamencos, por ejemplo, cuentan con la ayuda militar y económica de la reina Isabel, pero el calvinismo que profesan está mal visto por la jerarquía de la iglesia anglicana. Los *gueux* atacan por igual a mercantes amigos que enemigos, y eso genera descontentos y protestas en Inglaterra. Hay aquí muchos nobles y caballeros que luchan con calor y astucia y se ponen zancadillas por aumentar sus privilegios y entrar en los círculos más altos del poder, amén de que hay católicos dormidos esperando que una conspiración apee a la reina de su trono y encumbre a su prima, María Estuardo. Ya ha habido dos que han fracasado, pero ¿y si triunfa la próxima? Y la esperanza de unos es el temor de los otros, incluso de los más fieles y notables defensores de la reina, pues si cae Isabel, caerían con ella. Os sorprendería saber qué hombres tan encumbrados coquetean con el rey Católico y miran por engrosar su bolsa antes que por el bien de su nación. Y el rey, que no es ningún lerdo, no escatima un ducado en comprar voluntades, mover intrigas y pagar agentes.

—Mencionasteis también a Portugal.

—A eso voy. La corte del Prior no es una burbuja cerrada que pueda permanecer al margen de lo que ocurre a su alrededor. Al contrario, siendo la parte más débil, es la más vulnerable. Sus recursos son muy limitados, las posibilidades de que la reina respalde a don Antonio, pese a la guerra, siguen siendo escasas y la acción del rey Felipe es más devastadora de lo que parece. Cada vez se siente más seguro en el trono portugués, el reino está apaciguado y espera desgastar a la corte en el exilio con una mezcla de promesas y advertencias. A este ofrece dinero, a ese un cargo o una merced, y a aquel amenaza con secuestrar sus bienes. Y así, esta manzana que se ve hermosa y sana tiene en su interior gusanos que la carcomen y debilitan.

Terminó Joao Veiga su exposición con la boca seca y la voz un tanto enronquecida.

—Me admira la profundidad de vuestros conocimientos, aunque sigo ignorando qué relación tiene todo esto con mi hermana y su compromiso. ¿Acaso sois vos uno de los gusanos que agujerean la manzana?

—El gusano al que me refiero, es decir, uno de ellos, es el prometido de Fátima. —Joao hizo una pausa, la miró a los ojos y prosiguió con más lentitud, para que no se le escapara palabra—: El señor Cortés les proporciona información a los agentes del embajador Mendoza a cambio de unas monedas y de recuperar parte de sus posesiones en el Algarve.

Marcia abrió la boca en una O muda.

—¿Y eso a dónde nos lleva? —dijo.

—Yo podría desacreditarlo ante vuestro hermano, o asustarlo para que ceje en sus pretensiones.

—¿A cambio de qué trabajáis vos?

El hombre miró a Marcia nuevamente con prevención. Hasta ahora no había hecho más que demostrarle que tenía, como ella había observado, un buen conocimiento de la situación, pero si respondía a su pregunta, se comprometería de verdad. Aun así, la jugada valía la pena.

—Yo estoy convencido de que el regreso del Prior a Portugal no traerá nada bueno, mi señora. Guerra, destrucción, entrega de alguna de nuestras posesiones a los ingleses y el cambio, en fin, de un amo por otro. Cuando se está convencido de algo, no es bueno quedarse de brazos cruzados.

Aquellas palabras molestaron a Marcia, y su primer impulso fue dejar plantado al señor Veiga, pero contuvo el enojo e intentó pensar con serenidad. Y recordó algunos de sus comentarios en las reuniones y se percató de la seriedad y elegancia con que estaba abordando el asunto, que eran, cuando menos, merecedoras del beneficio de la duda.

—¿Sabe el señor Cortés a lo que os dedicáis?

—No. Es otra persona la que trata con él.

—¿Y por qué no habéis hecho esto antes?

—Simón Cortés es un miserable, pero cumple su parte y hace un buen servicio. Si lo descubro para rescatar a Fátima, dejará un vacío que otra persona habrá de llenar. —Joao había dicho aquello con la vista puesta en una hiedra que trepaba por las paredes del jardín,

pero al finalizar volvió sus ojos hacia Marcia en una mirada muy explícita.

—Oh, señor Veiga. Me dejáis anonadada. ¿Acaso pretendéis que espíe para Mendoza, que traicione a la causa de don Antonio y a mi propio hermano?

—No es cuestión de traicionar, sino de defender aquello en lo que se cree. Y sí, os lo pido. Os he oído censurar la hipocresía de la facción del Prior, y estoy convencido de que no deseáis un nuevo conflicto entre portugueses. Pues bien, ahora podéis hacer algo para cambiar las cosas.

—Parece que me conocéis mejor que yo misma —dijo Marcia entre irónica y admirada. Joao Veiga estaba resultando ser un hombre dotado de la gracia de la persuasión.

—En cuanto a Geraldo —prosiguió Joao sin hacer caso al comentario de Marcia—, vos seréis un seguro para él en caso de que la causa del Prior se marchite o la adversidad lo alcance.

—Pero ¿qué valor me atribuís para cambiar a una simple mujer por un confidente probado y asegurado como el señor Cortés?

—¿Aparte de salvar a vuestra hermana de sus garras? —Marcia asintió y Joao prosiguió—: Cortés tiene una posición privilegiada gracias a la cual ha proporcionado información abundante, bien que poco relevante, pero es persona ambiciosa y poco de fiar. Quien cambia una vez de bando puede hacerlo dos veces. Y vos, señora, no os estimáis en lo que valéis. Os he observado. Sois hábil, inteligente y atractiva, tenéis carácter, y no creo que os arredréis ante las dificultades.

—¿Qué tiene que ver el aspecto físico en este oficio?

—Ya lo sabéis —dijo Joao con una mirada maliciosa—. La belleza es una condición muy apreciada por los hombres. Desvía la atención de lo principal a lo superficial. ¿Quién no bajaría la guardia frente a unos ojos hermosos o pasaría por alto un acto que, en otra persona, resultaría sospechoso? Creedme, seríais una… aliada muy valiosa. Pensadlo bien, Marcia. Sé que es una decisión difícil, y no pretendo que me deis una respuesta ahora.

La música había vuelto a sonar en la galería, y quedaba poca gente en el jardín. El sol rozaba las copas de una arboleda lejana cuyas siluetas se recortaban sobre un cielo anaranjado y brillante. De un árbol cercano llegaba la algarabía de una bandada de

gorriones que se preparaba para pasar la noche.

—Me intriga saber una cosa: ¿a vos os importa mi hermana?

—Eso deberíais decírmelo vos, señora Henriques. Después de saber lo que sabéis de mí, ¿seguís considerándome un pretendiente adecuado para ella?

—No me habéis respondido.

—Yo creo que sí —dijo Joao, y bajó los párpados—. Pero si queréis una respuesta más directa, os la diré: yo amo a Fátima con toda mi alma. Si pudiera, mañana mismo la secuestraría y me la llevaría de aquí.

Al hacer aquella confesión, una chispa apasionada iluminó sus ojos, una chispa que Marcia no le había visto antes.

—Lo que pedís es mucho, como habéis dicho, y debo meditarlo con calma. Pero no os preocupéis, que vuestro secreto está a salvo conmigo. Y ahora volvamos adentro, que no conviene dar pábulo a las malas lenguas.

Segunda parte

Invierno de 1587 a primavera de 1588

¡Qué pocas veces el hado
que dice desdichas miente!,
pues es tan cierto en los males
como dudoso en los bienes.

Pedro Calderón de la Barca,
La vida es sueño

X

1
Skagerrak

En aquella campaña los abandonó Boucher, a quien su Hilde le había exigido que recortara sus ausencias so pena de quedarse sin taberna y sin compañera.

—Tiene mucho genio esa mujer —se disculpó con Gabriel cuando se lo dijo. Gabriel estuvo tentado de soltarle una pulla hiriente, pero se la calló. En el fondo, su amigo demostraba tener más cabeza que él.

Tras dejar atrás Dunquerque enrumbaron al noreste, pues habían decidido apostarse a la salida del pasaje de Skagerrak, entre las costas danesas y escandinavas, con la esperanza de capturar una flotilla que se dirigiese a las provincias rebeldes o a Inglaterra. Según el principio que regía las acciones corsarias, era la carga —y su destino—, más que la bandera, la que determinaba la idoneidad de la presa.

Aunque hallaron mares en calma, en latitudes tan altas las temperaturas eran muy bajas, el agua estaba casi helada y las tripulaciones combatían el frío a base de mantas y licor. Con intención de hacerse pasar por inofensivos mercantes se dividieron en dos parejas separadas una legua entre sí, y se movían a lo largo del pasaje. Aquellas aguas eran transitadas por buques de guerra daneses, y se hacía necesario extremar las precauciones. Para comunicarse entre ellos habían acordado un código de señales basado en el color de los banderines. Los filibotes de Falk, que estaban más metidos en el Skagerrak, no tardaron en avistar una agrupación de cinco o seis urcas a la que se acercaron con disimulo, pero se trataba de barcos hanseáticos bien armados, uno de ellos de la ciudad de Wismar, y los dejaron en paz. Pasaron otras tres nutridas flotillas, imposibles de atacar. El aumento del corso estaba

impulsando a los comerciantes a reunir sus barcos y navegar en conserva para defenderse mejor. La siguiente presa que acecharon fue una pareja de cocas de Lubeck que abordaron, registraron y también dejaron pasar, pues llevaban un cargamento de pino y brea para Lisboa, donde el rey Felipe estaba levantando una armada.

Tras varias semanas sin encontrar una víctima propicia, la mar comenzó a agitarse y enfilaron a tierra, una costa arrugada y plagada de islotes que Falk y Dewulf conocían bien. La recorrieron durante unas millas hasta dar con un fiordo largo y profundo, de nombre impronunciable, donde fondearon. El invierno se les echaba encima. Una ventisca de nieve azotó aquel litoral durante varios días. El frío era tan intenso que tuvieron que desembarcarse y buscar resguardo en el poblado que había en la orilla del fiordo. Eva Falk negoció con los aldeanos y consiguió, a cambio de una remuneración, que les dejaran alojarse en unas barracas que usaban para almacenar el pescado.

—¿No será peligroso? —le preguntó Gabriel a Eva Falk.

—¿Peligroso por qué?

—He visto un torreón fortificado en la entrada del valle. Si estos aldeanos avisan a los soldados, podrían prepararnos una encerrona.

—Despreocupaos, señor Duport —le dijo ella con tono zumbón—. Con este tiempo no creo que nadie se arriesgue a dejar el poblado. Lo que debéis procurar es que vuestros hombres no cometan ningún desmán, porque eso sí que nos traería problemas.

—Lo mismo os digo.

—Jan y yo tenemos a los nuestros bien sujetos.

Y no era falso. La tripulación de los filibotes estaba formada en su mayoría por alemanes y escandinavos, aunque también había gentes de otras naciones, y eran todos muy disciplinados. Las inquietudes de Laiseca, sin embargo, iban por otro rumbo.

—Un florín por cabeza. Por vida que son codiciosos estos bribones. ¿No se dan cuenta de que podríamos arrasar su aldea y quedarnos con todo?

—Quieren sacar provecho de la situación, como haría cualquiera. Ten paciencia con ellos, Pascual, porque temo que nuestra estancia aquí se prolongue.

—Esa es otra. Aquí hace un frío de cojones. ¿No habrá aguas más amables para practicar el corso?

—¡Vaya, señor maestre! Un cántabro quejándose de frío. ¿No será que te estás haciendo viejo? —se burló Gabriel, aunque sabía que las guardias en la zabra eran las más penosas.

Una tarde, los aldeanos los agasajaron con una cena en una especie de granero de madera de uso comunal. La comida consistió en un gran guiso de reno sazonado con hierbas de extraño sabor. El jefe de la aldea, un hombre fornido con grandes greñas grises, les dirigió un largo discurso del que Gabriel no entendió una higa y a continuación brindaron con una cerveza fuerte y amarga. Esa noche se comió y bebió a pasto franco, y Gabriel se temió que algunos de los hombres se sobrepasaran con las lugareñas, pero sus temores se revelaron infundados. Aquellas mujeres sabían cuidarse bien.

Gabriel ignoraba por completo la lengua que se hablaba allí, llena de sonidos soplados y guturales, y ninguno de sus anfitriones sabía una palabra de español o francés, de modo que la única forma de comunicación eran las señas, los gestos y Eva Falk, que se había sentado a su lado y le traducía algunas frases. Pero a medida que vaciaba las jarras de cerveza fue como si desaparecieran como por ensalmo las barreras, y Gabriel se vio, de pronto, hablando y riéndose con los lugareños en una mezcolanza de lenguas sin que la comprensión sufriera ninguna merma.

Avanzada la velada, Eva Falk quiso que bailara con ella una danza consistente en brincos y cabriolas que acabaron con él en tierra varias veces. En la última caída arrastró a la mujer consigo y dieron varias vueltas por el suelo. La señora Falk, que también había bebido lo suyo, quedó sobre él casi a horcajadas y, cuando Gabriel hizo ademán de levantarse, ella lo retuvo con la palma de una mano.

La noche se había venido de repente, la larga noche nórdica, y la estancia estaba iluminada por linternas de grasa. Gabriel estiró los brazos a los lados, como un crucificado, miró a su alrededor para apreciar la alegría y el alborozo con que todos disfrutaban del banquete y experimentó un goce íntimo que hacía tiempo que no sentía. Después, giró la cabeza y miró a la mujer. Sus ojos oscuros lo observaban con expresión extraña. La claridad anaranjada de las llamas dibujaba sombras danzarinas en su rostro. Llevaba el pelo recogido en dos coletas algo deshechas por la danza, saya clara y jubón oscuro, y una falda corta sobre sus características calzas

largas. Continuaba sentada sobre su abdomen y, sin venir a cuento, frotó levemente los muslos contra él. Gabriel sintió removérsele súbitamente la bragadura.

Eva Falk acogió el suceso con una sonrisa juguetona y una mirada chispeante. Se puso en pie, le tendió la mano y lo ayudó a enderezarse.

—Si sois lo que parecéis, acompañadme, señor Duport —le dijo mientras tiraba de él.

—¿Acaso lo dudáis? —replicó Gabriel, que, aunque no había comprendido el significado de aquellas palabras, no quiso callarse. Y se dejó guiar por ella hacia el exterior del granero. Al echar una última mirada hacia atrás tropezó con los ojos de Dewulf, duros y envidiosos.

Fuera, el viento cortaba como un puñal toledano, la luna jugaba un escondite vertiginoso entre nubes oscuras e iluminaba fugazmente la nieve caída. Eva lo guio hasta una pequeña cabaña situada en el arranque del bosque. Entró en ella y cerró la puerta con una tranca de madera. Dentro, la temperatura era menos inclemente. En un rincón, unas brasas incandescentes mostraban la causa y le conferían al lugar una tenue claridad rojiza. Eva Falk soltó a Gabriel para echar sobre aquellas un haz de leña y volvió rápidamente a su lado, como si temiera que se le escapase. A medida que los ojos de Gabriel se acostumbraban a la oscuridad fue apreciando algunos detalles del habitáculo: el suelo de tablas, los troncos de las paredes, el hogar de piedra y, a su lado, un camastro cubierto de pieles. La mujer se sentó en él y tiró de nuevo de Gabriel, que cayó sobre las pieles con la pesadez de un costal. Estaba ebrio, pero le daba igual. Eva lo miró con ojos de halcón, lo besó en la boca y le mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar al tiempo que restregaba su cuerpo sobre el suyo, vestidos aún los dos. Era más pesada de lo que imaginaba, pero resultaba una carga agradable. Sin dejar de abrazarlo ni de besarlo, fue desprendiéndose de las calzas y los calzones y, una vez lograda la hazaña, se revolvió para quedar debajo de él y permitirle que se bajara las suyas. Tenía los muslos fríos y caliente la boca de la madre, y, al penetrarla, sintió Gabriel un goce inmenso. Eva Falk gimió, rompiendo por primera vez el silencio que había mediado entre ellos, susurró a su oído palabras que no entendía, lo abrazó con las piernas y se abrió

la camisa para que le acariciase los pechos. *«»*
L'Avide,
l'Avide
, dijo, *«oh,»*
l'Avide
, cuando su placer estalló. Los leños habían prendido ya y su cuerpo relucía como si estuviera bañado en aceite.

2
Costas de Dinamarca

Gabriel y Eva Falk continuaron actuando frente a los demás como si nada hubiera sucedido, pero pasaban las noches en la acogedora cabaña de ella, donde la dureza del invierno apenas se hacía sentir. Arreciaba el viento, los días de temporal se encadenaban y la nieve se acumulaba en la tierra y ocultaba un paisaje tras un velo blanco, a veces reluciente, a veces amenazador, mientras los dos amantes, acurrucados en su nido, se proporcionaban calor, placer y compañía.

La mujer llevaba toda la vida en la mar. Podría decirse que por sus venas corría agua salada en lugar de sangre. Era originaria de Kalmar, en la costa báltica de Suecia. Huérfana de madre, había pasado la infancia y la juventud a lado de su padre, un infatigable marino de la Liga Hanseática que le había enseñado bien el oficio. Su padre se había asociado con un primo suyo, el esposo de la señora Lange, y habían establecido una factoría en Wismar, pero ambos perecieron en un enfrentamiento con los daneses. Tras su muerte, las dos mujeres buscaron nuevos socios y continuaron con la empresa, pero la presión de los daneses y de los holandeses las empujó a combinar la actividad comercial con la práctica esporádica de la piratería.

Aquella costa, repleta de valles y salpicada de islotes, resultaba ideal para emboscarse a la espera de una presa que valiera la pena conseguir. Una mañana despejada y fría de finales del invierno, la zabra avisó de dos navíos que navegaban en conserva por el Skagerrak hacia el oeste.

—¿Qué tipo de navíos? —le preguntó Gabriel a Laiseca.

—Dos cocas, una de ellas de buen tamaño.

—¿Y el pabellón?

—Yo no he visto ninguno.

La escuadra se puso en movimiento de inmediato, sin apenas tiempo para despedirse de los aldeanos. Cuando salieron al canal, las cocas eran dos puntitos blancos en el horizonte. El viento, moderado del nordeste, les entraba a un descuartelar, y pronto empezaron a recortar distancia. El filibote de Dewulf se había destacado y encabezaba la caza. No era eso lo que habían hablado, pero Gabriel lo dejó estar. Si quería ser el primero en alcanzarlas, también sería el primero en probar de qué pasta estaban hechas.

Cerca del mediodía, cuando las cocas se hallaban apenas a una milla de distancia, el viento aflojó y la persecución se hizo más lenta. La suave ventolina apenas cargaba el velamen. Las cocas eran barcos con cascos redondeados y mucha bodega. Una de ellas casi doblaba en tamaño a la otra, pero no se rezagaba una braza. A lo largo de la tarde apenas consiguieron arrimarse, y al caer el sol el viento decayó por completo. La coca más grande llevaba cuatro cañones en cada banda. Para un mercante, eso era mucho armamento. Se vino la noche y la luna, en cuarto creciente, hacía destacar las flácidas velas de las naves. Gabriel mandó botar la lancha para remolcar a remo la fragata y aproximarse a sus presas. Al comprender su propósito, todos lo imitaron, tanto amigos como enemigos, con lo que la distancia se mantuvo, si no aumentó, porque el temor a los corsarios daba alas a los perseguidos. La única que consiguió progresar fue la zabra, que contaba con remos, pero era la menos indicada para realizar un abordaje. Viendo el pobre resultado de aquella estrategia, Gabriel dio contraorden. No valía la pena agotar a los hombres en la boga. La luna se acercaba al horizonte, cada vez más amarilla, cuando se levantó nuevamente el viento.

—Sin luna, ya podemos darlos por perdidos —comentó Vermeulen—. Menuda pérdida de tiempo.

—Nunca se sabe —alegó Gabriel.

Eva Falk se allegó a la fragata en un bote para conferenciar con Gabriel. Quería saber si iban a proseguir la persecución a oscuras.

—Prefiero que nos pongamos al pairo y aguardemos a que

amanezca —respondió Gabriel tras sopesarlo unos momentos.

—Pero se nos pueden escapar —opinó ella. Su figura era apenas una silueta oscura contra el cielo estrellado. Hablaban de capitán a capitán, sin tocarse ni acariciarse, pese a la complicidad que les ofrecía la noche. Entre ambos había una tensión invisible que les erizaba la piel, pero Eva Falk tenía una norma que nunca rompía: en la mar no admitía a ningún hombre en su lecho. Era la única forma de que la respetasen. A Gabriel le hizo gracia la explicación, pero la respetó. Eran su vida y su barco, y podía gobernarlos como mejor le pluguiera.

—La noche está muy avanzada y el viento ha rolado a poniente franco. Quizá no se alejen mucho.

—Quizá —repitió Eva Falk, como un eco.

—Será mejor que aviséis a vuestro hombre —dijo Gabriel cuando se despedían en el portalón del combés—, así nos evitaremos problemas.

—Dewulf nunca desobedece una orden —respondió ella con firmeza, pero Gabriel tenía sus dudas.

Con las primeras luces del alba vieron que las cocas habían desparecido. El cielo estaba nublado y el viento se mantenía constante del oeste.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vermeulen.

—Estamos en la salida del Skagerrak. Con este viento sólo pueden haber ido hacia el noroeste o hacia el sudoeste.

—¿Entonces?

—Yo voto por lo último.

Pusieron rumbo al sudoeste, siguiendo la línea de la península danesa, pero en todo el día no hallaron rastro de ellas. El viento se hizo más fuerte y el mar comenzó a picarse. No hacía demasiado frío, pero complicaba la navegación. El día siguiente cayeron dos cuartas al sur, en dirección a las costas de Frisia, y tras sortear un islote alargado se dieron de bruces con sus escurridizas presas, que debían de haber pasado la noche a su amparo.

—Ha habido suerte —dijo Laiseca.

—A mí me resulta extraño que hayan fondeado tan tranquilamente, sabiendo que las seguíamos —dijo Gabriel. Y ordenó lanzarse sobre ellas.

Sorprendidas, las cocas apenas tuvieron tiempo de levar anclas y

desplegar las velas. Gabriel, que no quería contratiempos, se adelantó con la fragata y mandó disparar una salva con la batería alta. Acto seguido, se abarloó a la mayor de las naves e intimó a rendirse a su capitán, que no tuvo que pensárselo mucho para izar un banderín blanco.

Las cocas, aunque habían salido de Copenhague y navegaban en conserva, pertenecían a diferentes armadores. Los capitanes protestaron el apresamiento, alegando que Dinamarca era una nación neutral, pero ambas transportaban, entre otras mercancías, arcabuces y pistoletes recién fabricados con destino, posiblemente, a los rebeldes de las Provincias Unidas.

—Esa acusación es falsa —alegó en francés Sorensen, uno de los capitanes—. Vamos a Saint-Malo, en Bretaña, y los pertrechos militares son para la Santa Liga del duque de Guisa, como muestra el flete.

—Vendréis con nosotros a Dunquerque y el Tribunal de Presas juzgará el asunto —le respondió Gabriel con sequedad. Había mandado a sus hombres que registraran concienzudamente las cámaras de los mercantes en busca de documentos que demostraran su verdadero destino.

Las tripulaciones de presa ya se estaban haciendo con el gobierno de las cocas cuando aparecieron unas velas en el horizonte meridional. A Gabriel le pareció ver una sonrisa atravesada en el rostro de Sorensen al oír el aviso del vigía.

—¿Los estabais esperando? —le preguntó—. ¿Son para ellos las armas?

Sorensen negó con énfasis, algo inquieto, y Eva Falk y Dewulf, que estaban presentes, se dirigieron a él en su idioma. Siguió un rápido intercambio de frases. El capitán se mostraba cada vez más nervioso y Gabriel aprovechó el momento para dar indicaciones a sus hombres. Se hallaban a bordo de la coca de mayor porte, organizando el desembarco de sus tripulantes.

—Encerrad a los que quedan en la bodega —le ordenó Gabriel a Jerónimus, el contramaestre de la Portuguesa—. Después hazte cargo de esta coca y sitúate a retaguardia. Yo vuelvo a la fragata.

Jerónimus se puso manos a la obra, incontinente. Eva Falk, al percatarse del repentino movimiento, se olvidó de Sorensen y

abordó a Gabriel.

—¿Qué vais a hacer?

—No pienso perder estas presas.

—Son *gueux*.

—¿Y qué? Ya me quitaron una urca de las manos.

—Mayor motivo para largarnos —dijo ella con preocupación en la voz. Era la primera vez que la veía así.

—Aquella vez iba solo, pero ahora tenemos cuatro navíos.

—Incluso así son más.

—Aunque fueran el doble. Si me seguís y formamos una línea de combate con potencia de fuego, los detendremos.

—¿Y las cocas?

—Detrás de la línea, a retaguardia.

—Nunca he combatido así.

—Para todo hay una primera vez —dijo Gabriel con sequedad. No había tiempo que perder.

—El corso es un negocio —insistió Eva Falk, tratando de hacerle cambiar de opinión—. A veces se gana y a veces se pierde, pero nunca se debe arriesgar más de la cuenta.

—Eso mismo pensarán ellos. Haced lo que mejor os parezca, Eva, pero yo voy a poner la fragata en zafarrancho —le respondió Gabriel por encima del hombro, y se aproximó a la borda y bajó con agilidad hasta el bote.

En la fragata lo esperaba Vermeulen, impaciente por saber sus órdenes.

—Largad velas, señor Vermeulen, que nos vamos a por ellos —dijo Gabriel—. Disponed que apresten la artillería. Las baterías del entrepuente con balas rasas y angelotes, y los esmeriles de cubierta con sacos de metralla. Y tú, coge el bote y ve a la zabra. —Se dirigía a Le Mule—. Dile a Laiseca que siga mi estela. Si nuestros socios se animan a seguirnos, que sitúe la zabra entre los dos filibotes. Y si no, nada de heroísmos al entrar en combate: meteos con alguno de vuestro tamaño.

El francés salió presto a cumplir con su parte. Gabriel se volvió hacia un grumete.

—Muchacho, llama al señor Martínez —le dijo, y en menos de lo que se reza una avemaría Mahagüini se allegó al alcázar.

—Me encargaré de la gente de pelea —dijo el medio indio con

concisión.

—Que preparen las empavesadas en las bordas. Luego envía media docena de escopeteros a la verga del mayor y a los demás los apostas aquí, en el alcázar. Que vayan bien servidos de pólvora y munición.

De repente, la plácida tranquilidad que reinaba en la fragata se convirtió en un hervidero de hombres en movimiento. Cada uno de sus cuarenta y dos tripulantes sabía lo que tenía que hacer y lo hacía lo mejor que podía. En poco tiempo las velas comenzaron a cargar y la fragata a moverse en dirección a la flotilla que se les acercaba desde el sur.

—Seis navíos —advirtió Vermeulen.

—Pero la mitad son pequeños —respondió Gabriel—. Y no estaremos solos —añadió. Eva Falk y su compañero habían optado por pelear y sus filibotes maniobraban para seguir a la fragata. Además, habían enviado unos hombres de refuerzo a las cocas para que pudieran disparar, al menos, los cañones de una banda.

El viento, que seguía soplando del oeste, había ido llenando de nubes el cielo. Sólo algún esporádico rayo de sol se escapaba entre ellas, pintando parches luminosos sobre las alborotadas aguas. Ondeaban las banderas de los mendigos del mar, que navegaban en columna de dos. Gabriel sonrió. Así habían formado los franceses al enfrentarse a Bazán en la batalla de San Miguel. Él había combatido en una de las columnas del almirante Strozzi y había aprendido de Bazán una lección que estaba dispuesto a poner en práctica aquel día.

Cuando los enemigos se hallaban a dos millas, empezó a abrirse hacia el norte, ciñendo ligeramente por la amura de estribor. Su escuadra imitó la maniobra. Los rebeldes, sin embargo, creyendo que se retiraban, trataron de flanquearlos y caer sobre las cocas.

La distancia se redujo a la mitad. Gabriel ordenó abatir a babor hasta tener el viento en la popa y ganar el barlovento. Falk, Laiseca y Dewulf lo siguieron, formando la línea que les había pedido y que, en poco tiempo, cortó la trayectoria de la columna enemiga.

Con menos viento, los rebeldes no tuvieron tiempo para organizarse antes del encuentro. Desde el alcázar de la fragata, Gabriel vio aproximarse a los dos bajeles que encabezaban la columna, que abrieron fuego con unos pequeños cañones de proa

cuyas balas no les hicieron ningún daño.

—¡Retened el fuego! —ordenó a sus hombres.

A menos de un cable de distancia, los *gueux* viraron por avante para no chocar con la línea corsaria. Pero la maniobra fue un desastre porque, al formar en columna, los navíos de ambas filas se quitaban el viento unos a otros y se estorbaban en el uso de la artillería. El primer bajel pasó algo alejado de la fragata y fue con el barco de Eva Falk con el que intercambió disparos, pero el segundo se alargó en la virada y, cuando estaba apenas a veinte brazas, Gabriel ordenó abrir fuego. La potente andanada lo alcanzó en la amura de estribor, cortando cables, rasgando velas y astillándole el costado antes de que hubieran podido hacer un solo disparo, mientras que los mosquetes y arcabuces de la gente de guerra barrieron su cubierta. El bajel quedó tan tocado que frenó en seco la marcha e intentó abrirse a babor para no recibir más castigo por parte del filibote de Eva Falk. Su maniobra, sin embargo, entorpeció al barco que lo seguía, un patache de pequeño tamaño que no pudo esquivar la siguiente andanada de la fragata.

El caos entre los *gueux* fue enorme. Los tres navíos de la fila más cercana, malparados, trataban de alejarse del combate. Y lo mismo hizo un patache de la otra fila, pero los dos bajeles que lo precedían, los más grandes de su flotilla, consiguieron alcanzar el final de la línea corsaria, sobrepasar el barco de Dewulf, virar tras él y cañonearlo por la popa y por la banda de babor.

El humo de los disparos, empujado por el viento, impedía observar lo que estaba sucediendo. Desde la Portuguesa sólo lograban escuchar el ruido bronco de los cañonazos, la calma tras una andanada, gritos, disparos sueltos y más cañonazos. Gabriel se temió que aquellos dos bajeles pretendieran represar a las cocas, pero al despejarse el humo pudo ver que se alejaban hacia el norte después de haberle hecho mucho daño al barco de Dewulf.

En todo caso, el combate había finalizado y llegaba el momento de hacer balance.

La flotilla de los *gueux* se había reagrupado a una distancia considerable; sin embargo, era evidente que uno de sus barcos se iba a pique y la tripulación intentaba ponerse a salvo entre los demás. La mar estaba cada vez más picada y sus siluetas aparecían y desaparecían entre los lomos y los senos de unas olas grises y

amplias. La fragata apenas había sufrido castigo. Una bala rasa había perforado la vela de mesana y un hombre había sido herido de un disparo, pero el filibote de Dewulf había rendido el trinquete, tenía rota la pala del timón y varias vías de agua. Necesitaría que lo remolcaran hasta un puerto seguro donde hacer reparaciones.

—Los más cercanos están en Groninga, en el estuario del río Ems —dijo Gabriel cuando reunió a los capitanes y pilotos en la Portuguesa.

—Allí hay mucho movimiento de los rebeldes —alegó Eva Falk.

—Y está lejos —añadió Dewulf, con un gruñido.

—Poned a más hombres en las bombas —ordenó Gabriel.

—Sólo tengo dos bombas. No puedo poner a más hombres a achicar —dijo el capitán con una ira sorda que no le apetecía contener.

—Cuidad esos modales, señor Dewulf. —Gabriel no estaba dispuesto a permitirle más impertinencias.

Se hallaban de pie junto al barandal del alcázar, formando un corrillo. Gabriel apoyaba la cadera en el pasamanos y el aludido, que se encontraba enfrente, apretó el mentón y los puños.

—Entonces tendremos que entrar en un puerto danés —intervino Vermeulen. Sus palabras relajaron la tensión—. En Ringkobing.

—Es arriesgado —dijo Laiseca—. Los daneses no se casan con nadie. Son rapiñadores y secuestran un barco por una minucia.

—Más arriesgado fue enfrentarnos a los *gueux* —mascculló Dewulf.

El hombre tenía los modales de un oso enfurecido. Y también el aspecto: grande, corpulento, barbado y con una enmarañada cabellera pelirroja. Sólo le faltaba vestirse con una piel de oso.

—Nadie os obligó, que yo sepa —repuso Gabriel con una sonrisa belicosa.

—Pero ha sido mi barco el más castigado en este necio combate. Y mi tripulación, la que ha puesto los muertos. Siete hombres han fallecido y otros tres agonizan.

—El botín ha valido la pena. Y vos os llevaréis vuestra parte.

—Haya paz —dijo Eva Falk con firmeza, interponiéndose entre ambos—. Remolcaremos tu nave hasta Ringkobing para hacerle las reparaciones necesarias, Jan. Y a los daneses dejádmelos a mí, que

ya pensaré en una historia que sea creíble. ¿Os parece bien, señor Duport?

A Gabriel le pareció bien. Aquella mujer era resolutiva y sabía mandar. Su navío se había portado bien durante el reciente combate, maniobrando con pericia y largándoles un par de andanadas a los rebeldes en el momento adecuado. Le habría gustado verla en medio del fuego.

3
Lisboa

Apuntaba la primavera y en Lisboa el clima era tan cambiante como la situación militar. Días fríos y soleados se alternaban con borrascas que levantaban olas gigantescas y removían las aguas del Atlántico.

Una mañana que amaneció serena después de un temporal, Duarte recibió la orden de presentarse ante Bazán. Lo encontró en su despacho con el semblante huraño y preocupado, algo tan inusual en él que su asistente se atrevió a preguntarle si se encontraba mal. Dibujó el marqués un garabato ambiguo en el aire con la mano diestra y permaneció de pie frente a él. Vestía una camisa de buen paño con cuello de lechuguilla, jubón grueso y una ropilla de lana.

—¿Señor Salazar, sabéis que ya se ha modificado hasta en siete veces el plan de la empresa de Inglaterra? —Don Álvaro hablaba con voz suave pero firme y la mirada puesta en el paisaje que se divisaba tras los cristales—. El Consejo de Estado es más irresoluto que el propio monarca. Primero idearon que se cruzara desde Flandes con el auxilio de su propia flota; luego, hacerlo con la asistencia de la nuestra; más adelante, decidieron posponer la acción para el año próximo, y, por último, valoran la conveniencia de enviarnos a Irlanda para diversificar el esfuerzo inglés, o a Escocia para apoyar una revuelta de los nobles católicos o para tomar la isla de Wight y convertirla en nuestra base de operaciones. Y todo ello, sin contar con nosotros. Y sin soltar un real. —Alzó el índice el marqués—. ¿Acaso no saben que cualquier modificación en el plan afecta a la composición de la armada, los efectivos, la

artillería, el tipo de barcos y el momento de zarpar? Sólo Dios sabe en qué parará esta empresa si el rey, Idiáquez y los demás consejeros no se deciden de una puñetera vez. Y, en fin, ayer me llegó aviso de que debemos estar prevenidos de un posible ataque inglés, o un desembarco en Portugal para reponer al pobre de don Antonio en su trono. Esto es una locura, muchacho.

El evidente enfado hacía que Bazán se mostrase menos reservado que en otras ocasiones, y Duarte, que no se esperaba tal aluvión de confidencias, asintió y puso cara de circunstancias.

—Bien, señor Salazar, vamos a lo que nos interesa —prosiguió don Álvaro, tomando asiento tras su mesa. Se habían terminado las confidencias—. Necesito saber con exactitud los navíos que se están acopiando, embargando y construyendo en los puertos de Andalucía, desde Málaga hasta Huelva. Cuántos son, de qué tipo y arqueo, la artillería y tripulación que tienen, en qué estado se encuentran, ¿son nuevos o carracas apolilladas?, ¿están casi terminados o apenas en el esqueleto?, y cualquier otra información que logréis recabar. Las noticias que me llegan son muchas, pero confusas y aun contradictorias. Saldréis con la próxima marea y os tomaréis el tiempo que haga falta. Pero no más de un mes.

—Es un cometido muy genérico, excelencia —se atrevió a decir Duarte, un poco confundido por la envergadura de aquel encargo.

—Pues concretadlo vos, señor sargento.

—¿Sevilla también?

—Sevilla en primer lugar. Os daré un despacho para el duque de Medina Sidonia, capitán general de Andalucía, en el que le detallo vuestra misión y le solicito su colaboración, y pondré un patache a vuestra disposición. Eso es todo, muchacho. A vuestro regreso espero un informe completo y fidedigno. Ah, y llevad una escuadra con vos.

Sin apenas tiempo, Duarte buscó a Belinha para despedirse, pero sólo vio a su hija en el puesto del mercado.

—Mi madre está vendiendo por el barrio de Chiado. Allí podéis encontrarla.

Pero Duarte no tenía tiempo, y le dio el recado a ella.

—Puede que esté fuera varias semanas, Branca.

La muchacha se ruborizó ligeramente. Era bonita, pero no al estilo de su madre, incendiario y provocativo, sino como una virgen

serena y bondadosa.

—¿Y es peligroso vuestro cometido, don Duarte? —preguntó con temor.

—No más que otras veces. Si acaso, tedioso. Pero apéame el don y llámame Duarte. Te lo he dicho otras veces. ¿No vivimos en la misma casa?

—A mi madre no le gusta que os faltemos al respeto —respondió Branca con los ojos bajos.

—¿Qué descortesía puede haber en llamar a una persona por su nombre? —dijo él con una sonrisa.

—Ninguna…, Duarte.

El capitán del patache San Jerónimo se llamaba Humberto Manso, un apellido muy poco afortunado, ya que el hombre era hercúleo hasta reventar el sencillo sayo que vestía y bravo como un toro de lidia. La suerte los acompañó la primera parte de la travesía, que hicieron en apenas dos días, pero al doblar el cabo San Vicente se toparon con un levante rabioso que los obligó a ceñir y dar constantes bordadas. El barco bailaba como una hoja en aguas bravas y tenía a la gente de guerra mareada. El cabo Pechoabierto, que no le iba a la zaga al capitán en bravura y corpulencia, se agarraba a la borda como una garrapata y echaba a las aguas lo que había comido en los últimos días y aun lo que no había comido.

—Es un desdoro que un veterano como yo se encuentre en este estado —se lamentaba el cabo.

—No seáis quejica, señor cabo, que eso sí que atenta contra vuestra fama —se burlaba Parrita, el único soldado que no se había mareado.

Por fin, el capitán Manso, después de mucho navegar de bolina, consiguió meter el patache en la embocadura del Guadalquivir. Tras sortear la barra de Sanlúcar y superar las sinuosidades del río y los pasos difíciles del Naranjal, los Pilares y Albayla con alguna ayuda de los remos, llegaron al puerto de Sevilla, que estaba abarrotado por los navíos de la flota de Indias, que en aquellos días se preparaban para dar el salto del Atlántico, y por la multitud de naves menores, galeras, barcas, saetías y fustas, necesarias para su servicio.

El San Jerónimo fondeó frente a la Casa de Contratación de Indias, en una discreta segunda línea, y el capitán Manso puso a

disposición de Duarte un esquife para que lo acercase a la orilla. Si la actividad del puerto de Lisboa le había parecido intensa, en el de Sevilla era frenética.

El Arenal era un gran espacio abierto y en suave declive hasta la orilla para facilitar la carga de las grandes embarcaciones. Se extendía desde la Torre del Oro hasta la puerta de Triana, aguas arriba, donde un puente de barcas limitaba el puerto. Aquí y allá se apilaban productos de todo tipo a la espera de ser embarcados: madera, cáñamo, lona y clavos para la construcción naval; materiales de guerra como salitre y azufre, bronce, pólvora, cañones, balas de todas las formas y calibres, picas y arcabuces; víveres para la manutención de la tropa, arroz, trigo, garbanzos, habichuelas y habas; toneles de bizcocho, pescado y carne en salazón, jamones y embutidos; barricas con quesos, miel, almendras, aceitunas, naranjas, ajos y cebollas; cántaras de aceite, botijas de vinagre y de vino, galleta recocida y ganado vivo; telas, zapatos, jabón y efectos personales de los que se iban a embarcar; pipas y toneles para la aguada, cargas de leña, hierro, pez, estopa; linternas, fanales y candelas de sebo; velas, jarcia, anclas y timones de respeto y un largo etcétera de suministros y mercancías.

Se habían levantado en el Arenal numerosas ramadas y tiendas de lona donde se resguardaban los comerciantes, armadores y especuladores que negociaban sus géneros y hacían su agosto, los oficiales reales, otros funcionarios y los pasajeros que esperaban embarcarse en los navíos. Y multitud de tenderetes donde los vendedores ofrecían verduras, frutas, puercos, corderos, terneros, aves y otros víveres frescos para que quien quisiera se avituallase y completase su matalotaje. Y entre ellos pululaba un hormiguero de gente de todas las clases sociales y medios de vida. Allí eran nobles y caballeros, a pie, a caballo o en faetones, con sus mozos y criados, allí los plebeyos, braceros, aguadoras, artesanos, comerciantes, especuladores, escribanos, oficiales, soldados, marineros y pasajeros de la flota; gentes de la ciudad y sus arrabales, de los pueblos arribeños, de los confines del reino o del extranjero; mujeres de todas las condiciones y calidades, desde damas recatadas hasta mujeres de partido. Estaban también los ociosos que habíanse acercado para disfrutar del bullicio, los curiosos que no han de faltar en ninguna ocasión, los menesterosos pidiendo limosna,

soldados viejos con viejas heridas portando sus cédulas de servicio en busca de unas monedas con que reparar su invalidez, buhoneros y una legión de alguaciles y corchetes que trataba de mantener el orden en aquella multitud y espantar a rateros, tahúres, vagos, timadores, bribones y otras gentes de mal vivir.

Los astilleros se encontraban al otro lado del río, junto al barrio de Triana, donde se construían y reparaban al menos una veintena de navíos.

A Duarte lo acompañaban el cabo Pechoabierto y Sancho Crespo, un soldado joven, alto, moreno y charlatán, pues no quería adentrarse solo entre aquella muchedumbre alocada. Accedieron a la ciudad por la puerta del Arenal, se admiraron con la inmensa iglesia catedral y la altísima Giralda, en cuya cúspide se decía que un joven Alonso de Ojeda había andado sobre una viga que sobresalía y había hecho malabares con unas naranjas.

—¿Será cierto? —preguntó Sancho Crespo.

—Gente temeraria la ha habido siempre —respondió Duarte.

—Y también deseosa de llamar la atención —añadió Pechoabierto.

Callejearon un buen rato hasta dar con la mansión del duque de Medina Sidonia, cerca de la Alameda. No era un día apacible, con nubes y claros y mucho aire, pero cuando daba el sol, picaba. El interior de la mansión estaba, sin embargo, frío. Un criado con librea los hizo esperar un buen rato hasta que acompañó a Duarte a presencia del duque.

—Os recibo porque el nombre de quien os envía abre todas las puertas, señor Salazar, pero no tengo un instante libre y os ruego brevedad —dijo con rigidez don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, séptimo duque de Medina Sidonia y uno de los aristócratas más ricos y poderosos del reino.

La residencia del duque se hallaba en Sanlúcar de Barrameda, pero muchas de sus responsabilidades estaban relacionadas con la organización de las flotas de la carrera de Indias, y su presencia en Sevilla era imprescindible para solucionar cualquier asunto relacionado con la logística y apresto de los navíos.

—Seré breve, excelencia, os lo prometo. Mi única misión es entregaros en mano esta carta de don Álvaro de Bazán —dijo al tiempo que la depositaba sobre una bandeja de plata que había en

la mesa.

—¿Sois portugués? —preguntó con curiosidad mientras cogía la carta.

—Así es.

Cabeceó Medina Sidonia, rompió el lacre con las armas del marqués de Santa Cruz y se enfrascó en su lectura.

—Paréceme que entregarme esta nota no es vuestra única misión —dijo al finalizar, pero sin la rigidez anterior. Incluso se permitió esbozar la sombra de una sonrisa—. Don Álvaro debe de apreciaros mucho para encargaros esta tarea.

—Serví con él en la campaña de las Azores —alcanzó a responder Duarte, que había notado el cambio en el trato.

Se levantó el duque y paseó por la estancia, amueblada con gusto y sobriedad. Se percibía el orden en todo lo que lo rodeaba.

—Veréis, una reciente real cédula ordena retener e inspeccionar los barcos extranjeros que arriben a los puertos de Andalucía para comprobar que no transporten mercancías inglesas o dirigidas a puertos ingleses. Y que se proceda con sus capitanes y armadores de manera educada y amorosa. Pero don Álvaro me pone en un brete al sugerirme lo contrario: que embargue cualesquiera navíos medianamente sospechosos para emplearlos en el refuerzo de la Armada de Lisboa. ¿Qué debo hacer? —Don Alonso se detuvo junto a un estante alto con puertas acristaladas. Era un hombre de mediana edad y estatura regular, con el pelo en franco retroceso, la barba entrecana, recortada en dos puntas que le daban aspecto de fauno, la nariz aguileña y la mirada aguda y suspicaz.

A Duarte no se le ocurrió nada que responder y permaneció en silencio.

—Por supuesto, os agradezco que me pongáis al tanto de vuestra labor, señor Salazar —cambió de tema Medina Sidonia—, y tened por seguro que os la facilitaré en lo posible. Pero no estoy dispuesto a contrariar al rey. Bastante quebranto me está causando la dichosa empresa de Inglaterra. Es muy posible que ninguno de los barcos que hay fondeados en el río zarpe este año para las Indias, pues el rey quiere reservar los mejores galeones para reforzar, precisamente, la Armada de Lisboa. Y sin galeones no habrá flota.

Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina Sidonia, conde de Niebla, señor de Sanlúcar y grande de España, se

levantó y le señaló una puerta que comunicaba con el despacho de su secretario personal.

—En fin, entenderéis que todo esto es confidencial —dijo a modo de despedida—. Mi secretario os extenderá un salvoconducto para los comandantes de los puertos y os entregará una relación de los barcos disponibles en Sevilla y en Sanlúcar.

—Puedo esperar, si queréis responder a la misiva de don Álvaro.

Tosió el grande de España sobre su puño cerrado y, cuando se hubo repuesto, alzó las manos y entrecerró los ojos.

—Estoy seguro de que seréis un fiel portador de mis palabras.

Salió Duarte pensativo del despacho del secretario, tras la brevísima visita, con el salvoconducto encajado en el cinturón que ceñía su jubón.

—Vaya lujo que se gasta el duque —comentó Sancho Crespo cuando salieron a la calle de Armas. Y no le faltaba razón. Aquella mansión, aun siendo una segunda residencia, era en verdad lujosa, pero con un lujo sobrio, que insinuaba sin apenas enseñar. Bastaban unos simples detalles, la nobleza de la madera, el artesonado de los techos, la amplitud de los zaguanes o la magnificencia de un jarrón para demostrar el poder, la riqueza o la influencia que había detrás.

4
DUNQUERQUE

El filibote de Dewulf no aguantó hasta el puerto danés. El daño recibido había sido en verdad serio. No lograban taponar las vías de agua y por la noche, cuando arreció el viento y la mar se puso más gruesa, el barco comenzó a zozobrar. La tripulación hubo de barquearse con precipitación al otro filibote en medio de una oscuridad total.

El herido de la fragata había sido el barbero, que recibió un plomazo en los ijares. Los hombres lo habían trasladado a la enfermería y lo habían acostado en un catre. Gabriel lo visitó allí y observó que la herida era muy fea, que había perdido mucha sangre y que estaba inconsciente. Debía desempolvar, pues, sus conocimientos de medicina e intentar salvarlo.

Se despojó de su jubón, pidió a Mahagüini que le trajera agua,

algún paño limpio y una garrafa de coñac y se puso manos a la obra. La bala había atravesado el hígado y salido por detrás, de modo que Gabriel lavó cuidadosamente la piel del vientre y de la espalda, roció ambas heridas con el coñac, las untó con uno de los cauterios de la botica del barbero y le puso una venda apretada para contener la hemorragia.

El hombre recuperó la consciencia cuando terminaba.

—Tiene poca solución —dijo con bastante entereza.

—Encomendaos entonces al Altísimo —respondió Gabriel—, porque hasta aquí llegan mis conocimientos.

—Eres una caja de sorpresas —comentó Laiseca.

—Una caja bastante vacía.

Pero al fin los afanes de Gabriel no sirvieron para nada. El barbero había perdido mucha sangre y no vio amanecer el siguiente día. Gabriel se enfadó consigo mismo.

—Ha muerto desangrado —le dijo Mahagüini—. Poco más se podía hacer por él.

—Aun así.

Aunque no perdieron más hombres, la suerte empezaba a mostrárseles adversa.

Y peor les fue en Dunquerque.

El Tribunal de Presas, presionado por el embajador danés, que se quejaba de ataques indiscriminados a sus barcos, declaró ilegítima la captura de una de las cocas, la más grande. No habían sido capaces de encontrar dobles papeles a bordo, y, sin ellos, no podían demostrar la falsedad de la declaración de Sorensen sobre el destino de las armas. De modo que las ganancias obtenidas de la venta de la otra coca se les fueron casi íntegras en indemnizar al capitán y al armador, en pagar la manutención de los prisioneros durante su estancia en Dunquerque y hacerse cargo de su regreso a un puerto neutral. Lo poco que les sobró lo dedicaron a aprovisionarse para la próxima campaña y repartir unas monedas a sus hombres. Algunos se quejaron de la poca ganancia y abandonaron.

—No hay mal que por bien no venga —comentó Laiseca—. Con un barco menos, necesitaremos menos hombres.

—Nuestro amigo Zarco se va a quedar en esta ocasión con las manos vacías —dijo Gabriel, que había tomado buena nota de aquella experiencia. Perder una presa conseguida a costa de tanto

riesgo y esfuerzo le pareció injusto. En adelante, procurarían ser más cuidados con ellas y, sobre todo, escamotearlas al tribunal.

—La única forma de no equivocarse es atacar a navíos ingleses u holandeses —sugirió Eva Falk.

Durante la estancia en Dunquerque, la mujer había querido hospedarse en su misma posada. Ya no era un secreto para los hombres que sus capitanes compartían el lecho. Dewulf seguía mostrándose hosco con Gabriel, que en más de una ocasión estuvo tentado de desenvainar el acero. Lo único que lo retenía era la responsabilidad del mando. El comandante de una escuadra no podía ir retando a sus hombres como si fuese un matasiete de taberna. Tenía presente el ejemplo de Jean Ricard, que nunca necesitó de la espada para hacerse obedecer.

En una ocasión, después de haber hecho el amor con Eva Falk, Gabriel quiso saber algo más de Dewulf.

—¿Habéis sido amantes?

La mujer se sorprendió por la pregunta.

—¿Vas a interrogarme sobre mi pasado? —dijo al tiempo que se volvía hacia él. Estaban desnudos, debajo de una frazada. Y sudorosos aún.

Gabriel se rio.

—Tu pasado me trae al fresco.

—Y a mí el tuyo —le espetó ella con voz suave. Apoyó la barbilla sobre su pecho y lo miró expectante.

—Bien. Me alegro de que las cosas queden tan claras. No te he preguntado porque tenga celos de Dewulf, sino porque sospecho que él los tiene de mí. Y quiero saber a qué atenerme con un hombre tan irritable.

Eva Falk guardó silencio unos momentos. La habitación de la pensión no era ninguna maravilla. Las paredes, blancas algún día, estaban sucias por el humo y el maderamen del techo, negro por completo.

—Jan y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —se arrancó al fin—. Creo que nació en Dinamarca, aunque nunca habla de su infancia. Ha pasado su vida en los puertos del Báltico: Rostock, Lubeck, Wismar, Danzig, y habla el alemán como un nativo. A pesar de su aspecto rudo, sabe leer y escribir y utilizar las cartas de navegación y habla correctamente varias lenguas. Es un

hombre leal y un guerrero formidable. Estuvo navegando con mi padre antes de conseguir su propio barco, después se asoció con el padre de mis hijos y más adelante con la señora Lange y conmigo.

—El padre de tus hijos —repitió Gabriel. Era la primera vez que lo mencionaba—. ¿Por qué lo llamas así? ¿No estáis casados?

—No quiero pronunciar su nombre. Me hace demasiado daño. Era un hombre muy religioso y abrazó la reforma luterana con gran devoción. Decía que Dios lo llenaba de luz. Luego se divorció de mí y se marchó a Sajonia, a divulgar sus creencias y vivir su fe.

—Por un divorcio cambió Inglaterra de confesión —comentó Gabriel—. Parece un camino fácil.

—¿Fácil? El nuestro fue muy doloroso, al menos para mí.

Eva guardó silencio, como si recordara esos momentos difíciles. Después pasó un índice por los hombros de Gabriel y jugueteó con el vello de su pecho. Se llevó el dedo a la boca y lo lamió. Dunquerque, por lo general ruidosa, se mostraba aquella noche más silenciosa que nunca. Un viento del oeste azotaba con insistencia la villa, los barcos y los edificios, se encajonaba en las calles y aullaba entre las chimeneas y los aleros de los tejados. Al cabo, la mujer volvió a hablar.

—Desde que el padre de mis hijos se marchó he estado con otros hombres, ¿sabes?, para no sentirme vacía. Pero no los he querido.

—¿Eso es una confesión?

Ella ignoró la ironía.

—Y tú, ¿has estado con muchas mujeres?

Gabriel se rio para sí. No quería ofenderla, pero ¿qué clase de pregunta era aquella?

—Quizá —respondió, pensativo—, pero sólo dos me han amado.

—Yo podría ser la tercera.

—Por Dios, Eva. Tú no me quieres; si acaso, me respetas. Nosotros somos como los lobos.

¿Qué clase de respuesta era aquella? Eva la sopesó durante unos instantes, pero no llegó a comprenderla. Ese hombre era tan extraño que necesitaría tres vidas para conocerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú diriges tu manada y yo, la mía. Por eso estamos juntos.

Entonces ella sintió como un latigazo en las entrañas y un deseo vehemente de poseerlo de nuevo. Se encaramó en Gabriel bajo la

manta. Con una mano le acarició el pecho y con otra agarró su virilidad hasta que la sintió dura y firme, la introdujo en la boca de la madre y lo cabalgó con ansia.

Después se adormeció en sus brazos, pero Gabriel continuó despierto durante un buen rato, meditando sobre lo que habían hablado. La oscuridad y la noche llevaron su pensamiento a Marcia Henriques, como un viento contrario del que no se podía huir. Por un momento vio dibujarse en la oscuridad circundante, en un carrusel vertiginoso, el contorno de su rostro, sus ojos oscuros, su cuerpo brillante, su risa, su ceño fruncido, el arranque de su cuello, donde tantos besos había depositado, sus vestidos sencillos y elegantes, la fina enagua interior. Y sintió su aliento y escuchó sus suspiros, aunque no fueran los suyos. ¿Dónde estaría? ¿En Oporto aún? ¿La echaba de menos? Y sintió reblandecerse su corazón, allí, en brazos de otra mujer.

5
Golfo de Cádiz

Tras Sevilla, el San Jerónimo enfiló hacia el puerto más oriental que iban a visitar, Málaga, donde se hallaba una parte de la escuadra de galeras de Andalucía, además de seis naos y pataches y una urca embargada a comerciantes ingleses. La otra parte de la escuadra de galeras estaba fondeada en Trafalgar, al mando del almirante Martín de Padilla, que informó a Duarte del aumento de la actividad de los piratas berberiscos en los últimos meses y se quejó amargamente de la insuficiencia de medios que tenía para vigilar una zona tan amplia. Le dijo, asimismo, que esperaban la próxima arribada de una flotilla de siete naos sicilianas y cuatro galeazas napolitanas. Al otro lado del estrecho, en Ceuta, el gobernador portugués de la plaza contaba con una galera y unas cuantas carabelas.

Dejaron las aguas del estrecho para dirigirse a Rota y después a Cádiz, donde había, entre la propia ciudad, la isla de León y el Puerto de Santa María, una concentración de más de veinte naos, unas cuantas nuevas y otras tantas en construcción. A pesar de las buenas sensaciones que a Duarte le produjo la flota que se estaba

juntando allí, era evidente que faltaban medios y dotación, pues muchos carecían de artillería, de jarcia y velas. La actividad en la bahía era frenética, pero desordenada.

Por fin, cuatro semanas después de haber salido, consideró Duarte que había cumplido con la orden recibida y, comoquiera que se echaba encima el plazo impuesto por Bazán, decidió regresar a Lisboa.

—Si el viento se mantiene, pasado mañana doblaremos el cabo San Vicente —dijo optimista el capitán Manso, que estaba demostrando ser un excelente marino.

Pero el optimismo duró sólo el primer día porque al amanecer del segundo, frente a Albufeira, el vigía avistó tres velas sospechosas por el sudoeste. Se acercaban deprisa y pronto las identificaron como galeras berberiscas.

El San Jerónimo navegaba cerca de la costa y Humberto Manso ordenó meterse más en el mar para aprovechar el viento. Los hombres obedecieron algo temerosos: alejarse de la costa no dejaba de ser peligroso, pero el capitán se mantuvo firme en su resolución. Conocía bien a su barco y tenía confianza en él. El patache era un pequeño navío de tres palos y remos auxiliares, rápido y maniobrable, como cumplía a un barco de aviso, bajo de borda, con los castillos rasos y una eslora superior a las medidas áureas del uno, dos, tres, pero escasamente armado. Su artillería la conformaban dos esmeriles situados en las bordas, otro en la proa y dos medias culebrinas en el alcázar.

—¡Todo el trapo desplegado! —gritó Humberto Manso.

—¿Ordeno zafarrancho de combate? —preguntó el contramaestre.

—No hará falta; con este viento no nos darán caza.

El patache había estado navegando con el viento del través, pero al variar el rumbo empezó a recibirlo a un largo y aumentó su velocidad. El pequeño navío se escoraba y saltaba sobre un mar rizado y azul, hundía la roda en las olas y al recuperarse mostraba el arranque de la quilla. Los marineros faenaban en los palos y en la jarcia como una legión bien disciplinada. El timonel ajustaba el movimiento del pinzote según dispusiera su hercúleo capitán, que desde la pequeña cubierta del alcázar atendía a todos los detalles de la navegación y daba órdenes cortas y tajantes cuando alguna de las

velas dejaba de portar al máximo.

Pero no lograban perder de vista a las galeras.

Duarte y sus soldados se habían situado justo a popa, donde menos estorbaban los movimientos de la tripulación, y atendían a la persecución con gran entusiasmo y cierto nerviosismo. Las tres galeras, formadas en punta de flecha, se hallaban a una milla de distancia. Podía observarse el casco estrecho y alargado de la galera que navegaba en cabeza, la toldilla de lona, la gran vela latina desplegada y las hiladas de remos que los forzados movían al compás. Pabellones con franjas azules, medias lunas y caracteres arábigos ondeaban sobre el palo mayor y en la proa asomaba, con el cabeceo de la nave, el temible espolón.

—Sagres. —Humberto Manso la señaló con un brazo tan musculoso que ponía a prueba las costuras de la camisa cada vez que lo movía. El capitán se había acercado a Duarte y miraba hacia la fortaleza que abarcaba aquel estrecho cabo que precedía y anticipaba al de San Vicente.

—¿Os preocupa algo, señor Manso? —le preguntó Duarte.

—El viento —dijo. Y a continuación aclaró—: En cuanto traspasemos San Vicente seguramente cambiará.

—¿Y qué podemos hacer?

—Rezar por que nos sea favorable, o por que su chusma se agote.

El patache sobrepasó el cabo San Vicente, y, como había predicho Manso, el viento decayó en intensidad y las galeras se aproximaron.

—Esos putos remeros no ceden —comentó Parrita—. Y la mitad serán forzados cristianos.

—Ya querría verte a ti abandonar el remo con el cómitre midiéndote las costillas.

Dos leguas más allá el viento roló a sudoeste y volvió a ganar en intensidad, y el capitán aprovechó para virar. Mandó meter el timón un poco en arribada y después en orza hasta que las velas descargaron.

—Bracead la mayor y cazad escotas —ordenó el capitán cuando estuvo el viento en la proa. El San Jerónimo cayó a estribor y luego, a medida que cargaban la mayor y la gavia, se bracearon el trinquete y el velacho y el San Jerónimo fue ganando arrancada. La

maniobra se hizo con una rapidez y limpieza ejemplares.

—Alabado sea el Señor —dijo Pechoabierto.

—No cantéis victoria, señor cabo —le dijo Duarte, que tenía más conocimientos náuticos que su segundo—, que este viento también es favorable para ellos y sus remeros podrán tomarse un descanso.

Pero no se lo tomaron.

La escuadra berberisca, combinando los remos y el trapo, consiguió abrirse un tanto hacia el oeste sin rezagarse, una maniobra que obligaba al patache a navegar encajado entre las galeras y el litoral, y eso siempre podía ser un problema.

En efecto, media legua más adelante se encontraron con un temible farallón, puntiagudo y batido por las olas, que se adentraba en el mar como una garra larga y afilada. Para sobrepasarlo, el capitán mandó hacer una virada muy ajustada y peligrosa en la que perdieron parte de la ventaja. Sin embargo, el viento se mantenía constante del tercer cuadrante y Humberto Manso logró avanzar dos leguas sin perder una braza. El patache navegaba al límite de sus posibilidades, con el aparejo tan tenso y el casco tan escorado que las olas casi lamían la borda de estribor. El capitán estaba convencido de que los forzados flaquearían en su boga, y no le faltaba razón. Pronto una de las galeras comenzó a rezagarse, y al poco la segunda, pero también el viento aflojó y la galera de cabeza pudo acercarse a tiro de cañón. Dejó ir un disparo de tanteo con la carronada de proa y la bala hizo agua a más de un cable del San Jerónimo. La siguiente descarga cayó a la mitad de distancia. Aquella galera debía de tener unos galeotes excepcionales, y por primera vez temieron los hombres que la aventura podría terminar en tragedia. El sol apenas había cruzado su cénit y la diferencia en tamaño y dotación era tan desproporcionada que no habría posibilidad de resistir un choque armado.

El patache, como casi todos los barcos pequeños, tenía dos hileras de remos, útiles para maniobrar en ausencia de viento, remontar una corriente o remolcar a otros navíos, pero insignificantes para competir con el empuje de la galera. Sin embargo, el capitán quiso hacer uso de ellos para alargar al máximo la persecución.

—¿Alguno de vuestros hombres sabe bogar, señor Salazar?

—Mejor o peor, todos sabemos.

—Con cierta solvencia, me refiero.

—No os equivoquéis, señor Manso —respondió puntilloso Duarte—. Estos hombres han participado en el cerco de Amberes, combatido entre canales y tierras anegadas y hecho una guerra más anfibia que terrestre.

—Parad el carro, sargento —lo atajó el capitán—, que si lo que decís es la mitad de cierto de lo que imagino, me alegraré de haberme equivocado.

Aun así, Manso no debió de fiarse del todo de la pericia de los soldados, porque los intercaló con marineros para atender a la boga. Con la asistencia de los remos, el patache consiguió distanciarse casi medio cable de la galera.

—¡Vamos, hombres, bogad! —gritaba el capitán. Y bajaba del alcázar para dar un pequeño relevo al remero que veía flojear, recorría el patache de proa a popa y viceversa, tensaba un cabo, trepaba a una entena, subía a la cofa o ayudaba al timonel sin parar de dar órdenes y repartir gritos de ánimo.

Por fin, después de una agónica persecución, las galeras, desengañadas de darles caza, viraron y se perdieron en el horizonte.

El San Jerónimo entró al día siguiente en el estuario del Tajo.

—Ojalá que la próxima travesía sea menos accidentada —se despidió Duarte del capitán Manso.

—Eso espero yo también.

Duarte declinó la invitación de sus hombres para celebrar el regreso en las tabernas del puerto y prefirió buscar la tranquilidad de su hogar. Pero aquel día no la hallaría. Una Belinha agitada y afligida, flanqueada por sus hijos, lo recibió en la puerta con un largo abrazo.

—Mi marido ha vuelto —le dijo, y acompañó sus palabras con un ademán dramático.

XI

1
SAINT JAMES

El tiempo que pasó su marido en Saint James fue una bendición para Isabel. John había vuelto de Virginia más enamorado de ella, más atento, más afable, sin esa adustez taciturna que lo acompañaba como un hábito. Le notaba una ambición nueva, más viva. No es que antes no la hubiera tenido, pero eran las aspiraciones vagas e inconcretas del que no sabe cómo hacerlas realidad.

Drake parecía ser el causante del cambio. John le habló de él con entusiasmo. Un hombre osado e inteligente, que sabía emplear esas cualidades en su propio beneficio, y en el de sus colaboradores. A su lado, con paciencia y perseveración, podría enriquecerse, incrementar su patrimonio y mejorar su posición, hacerse de una hacienda propia y ofrecerle un futuro más brillante. Aunque no necesitara nada de aquello, a Isabel le gustaba ver a su esposo tan ilusionado, y nada dijo.

Pero el corsario era también imperioso y, como tal, algo despótico. Exigía dedicación completa a quienes lo rodeaban, por lo que la estancia de Trenton en Saint James fue menor de lo que Isabel habría deseado. Tras una temporada de tranquilidad hogareña, debía unirse a su valedor para participar en su nueva empresa.

La despedida fue menos dramática que la vez anterior: de momento los negocios de sir Francis reclamaban a su marido en Londres, donde el Consejo de Estado preparaba al reino para la guerra. John le prometió visitarla en cuanto tuviera ocasión, pero ya habían pasado seis semanas y no había vuelto.

—Todos en la casa van a enterarse de la buena noticia antes que él —le dijo Isabel a su cuñada, con la que había mejorado la

relación desde el retorno de John. También con su suegra, que daba muestras de haber aparcado su animosidad. Isabel no era tan ingenua como para suponer que el corazón de Sarah Gardiner se hubiera vuelto de repente bondadoso. No. Estaba segura de que John había reconvenido a su madre por haberla tratado con dureza, pero la felicidad de saberse preñada por segunda vez superaba cualquier otro sentimiento, y no quería amargarse con pasados rencores. Cuando ya se consideraba yerma, este nuevo fruto que germinaba en su vientre vino a despejar sus dudas y tribulaciones. Y la hacía ser más condescendiente, si cabía, con quienes la rodeaban.

—¿Qué noticia? —preguntó Mary. Estaba leyendo el libro de oración común y lo cerró señalando la página con una cinta negra.

—Voy a ser madre, Mary, madre.

—Oh, qué gran noticia, hermana.

—El Todopoderoso, en su infinita misericordia, ha querido perdonar mis pecados y bendecirme con un hijo cuando ya desesperaba de lograrlo.

—¿Vuestros pecados? —La curiosidad de Mary era más fuerte que su asombro. Le intrigaba saber qué pecados podía haber cometido aquella advenediza.

Isabel iba a hablarle de su primer embarazo, embarcada en el Black Crow, y de los remordimientos que le había causado dar a luz un hijo sin estar casada, pero aquella inoportuna pregunta la hizo contenerse.

—Pecadillos veniales, Mary querida. Cuando una mujer no consigue concebir, cualquier pequeñez se le hace un mundo —dijo Isabel. Y se levantó y dio un abrazo a su cuñada, que se desasió de ella con presteza, aunque sin brusquedad. No le gustaba el contacto físico.

Después de haberle comunicado su estado a Mary, Isabel respiró con alivio. Hacía un par de semanas que lo sabía, pero compartir la noticia fue como una especie de liberación. Era curioso que un acto tan simple pudiera hacerle ver las cosas desde un ángulo más positivo. Ya no le resultaban tan graves los riesgos del embarazo ni los imponderables del futuro. Hasta el día nublado y ventoso se tornó más radiante.

A Mary, sin embargo, la noticia no le produjo ninguna alegría. Pese a los intentos que había hecho por simpatizar con la española,

bien lo sabía el Señor, todo en ella le resultaba molesto. Sus modales extranjeros, su inglés mal hablado, el color de su piel, las confianzas que se tomaba y la doblez con que había acogido sus enseñanzas sobre la fe anglicana. Y la gota que había colmado el vaso fue poner a su hermano en contra de la familia.

—Debéis contárselo también a mi madre, hermana —dijo con una sonrisa hipócrita—. Se alegrará por el nuevo nieto que viene en camino.

—¿Estáis segura? —Isabel tenía sus dudas.

—La haréis inmensamente feliz —respondió Mary con una íntima satisfacción por el mal trago que le haría pasar. Más tarde la fustigó su conciencia por aquella pequeña perfidia y buscó la redención en el rezo.

La señora Gardiner estaba acostumbrada a encajar los golpes sin pestañear, pero ante el anuncio de Isabel tuvo un momento de turbación. Y no era para menos. El nacimiento del nuevo vástago, si finalmente se producía, implicaría cambios importantes en la sucesión de Saint James. Cualquier hijo de John, como hermano primogénito, se quedaría con la heredad. Desde luego que Sarah Gardiner había contemplado la posibilidad de que su hijo John tuviera descendencia, incluso lo había deseado con entusiasmo. Pero que un hijo de la española acabara siendo el dueño de Saint James le revolvía las entrañas. Peor aún, porque Isabel, al ser la madre del heredero, acabaría gozando de una posición más encumbrada que la suya propia.

—¿Os ocurre algo, Sarah? —le preguntó solícita Isabel.

—¿Qué ha de ser? —Las palabras de su nuera la trajeron de vuelta a la realidad. Compuso el gesto y esbozó una sonrisa—. Me hace tan feliz saber que mi querido John vaya a darnos un heredero que me ha podido la emoción.

—Claro. —Isabel no se dejó engañar por aquella respuesta. ¿Emoción? Más parecía que le hubieran clavado una estaca en el pecho. Para no resultar descortés intercambió con ella cuatro banalidades y la dejó a solas con su descontento.

Un descontento que la señora Gardiner estuvo rumiando durante un buen rato, hasta que logró serenar su ánimo y enfocar el asunto de manera más práctica. Por nada del mundo permitiría que el hijo de Isabel fuera algún día el señor de Saint James. ¿Pero cómo

ponerle remedio?

—Los males hay que cortarlos de raíz —le dijo su hijo Michael cuando supo la noticia. El principal perjudicado por aquel embarazo sería el hijo mayor de Michael.

—¿Qué quieres decir?

—Ese niño no debe venir al mundo. Al menos en el seno de esta familia.

Se hallaban en los aposentos del matrimonio, que constaban de tres habitaciones: el despacho en el que sir Humpfrey guardaba sus documentos, libros y planos; una sala de estar pequeña y acogedora donde la señora Gardiner pasaba buena parte de su tiempo y un amplio dormitorio con una chimenea. Las paredes, de piedra desnuda, estaban adornadas con tapices con escenas de caza, armas de esgrima y varias metopas con escudos.

La señora Gardiner, que estaba sentada en una cómoda cadira de madera con cojines granate, cabeceó pensativa.

—Debemos deshacernos de Elizabeth —prosiguió Michael.

—Sí, hijo, pero lo que quiera que decidamos habremos de llevarlo a cabo con prudencia suma. John adora a esa mujer, y no se conformará con cualquier explicación. Ten por seguro que removerá cielo y tierra antes de resignarse a perderla.

—¿Sigue acudiendo a misas papistas?

—Tu hermana así lo cree. En una ocasión la siguió y la vio encaminarse con Jinny a Northwick. ¿Qué estás pensando? También John la ha acompañado a algún culto católico, y no quiero que se vea involucrado en un asunto religioso. —Sarah Gardiner era una madre amante, después de todo.

—¿Por qué no has denunciado a la criada? —dijo Michael—. Es una mala influencia para Elizabeth.

—No quiero poner sobre aviso a la española, ni tener una discusión con tu hermano por algo tan fútil. Además, es diestra en su trabajo y las buenas criadas escasean.

Llamaron a la puerta con timidez, interrumpiendo su conversación. Tras unos instantes de cortesía se abrió la gruesa hoja de roble y entró la criada. Traía una bandeja con entremeses y cerveza y la dejó sobre un gran arcón que hacía las veces de mesa.

—Gracias, Jinny —dijo con un guiño Michael Gardiner. Aquella muchacha tenía un cuerpo bonito y una carita pícara. Era una

lástima que fuera papista—. Cuando llegue sir Humpfrey, avísalo de que estamos aquí.

La muchacha enrojeció bajo la mirada masculina, asintió azorada, se despidió con una reverencia y cerró la puerta tras de sí.

—John no se verá perjudicado. —Michael incidió sobre el tema —. Ahora tiene amigos influyentes en Londres. Deberíamos cumplir la ley y entregarlas a las autoridades.

—¿Y poner a tu hermano en nuestra contra?

—Puede ser una denuncia anónima. ¿Es que sólo eres capaz de pensar en John, madre?

—No seas niño. Se trata de todos nosotros, de tus hijos, de Mary, de la tranquilidad y armonía de esta familia. Si John tuviera cualquier sospecha de nuestra implicación en una denuncia, no volvería a haber paz en Saint James. Ten paciencia, ya se nos ocurrirá algo.

—¿Sabe él que está preñada?

—No. Todavía no.

—Mejor.

2
LONDRES

Trenton habría preferido cien veces Saint James a Londres. Si seguía allí era porque el magnético espíritu de sir Francis lo había arrastrado consigo y porque le había prometido el mando de un buque. Por fortuna, la ruidosa, sucia y ajetreada capital del reino era un hervidero de actividad que evitaba, si no la soledad, al menos el aburrimiento.

Cada día la ciudad se levantaba con una novedad que se molía y desmigajaba en sus mentideros, tabernas y mercados y, de tanto repetirla, se acrecentaba y ramificaba en múltiples chismes o se disolvía en rumores inconcretos. La última noticia, la que más alimentaba los corrillos, era el descubrimiento de una nueva conspiración contra la reina y la ejecución de María Estuardo, cuya mano, por lo visto, había movido los hilos.

—Esa bruja se habría merecido tres condenas capitales más —decía uno en una taberna—: por papista, por escocesa y por

francesa.

—Y otra, por ser aliada del Austria —añadió un cofrade.

—Esa también —convino el primero.

En sus numerosos ratos libres, Trenton se había pateado las lodosas calles de Londres de norte a sur y de este a oeste; había recorrido sus murallas, jardines, plazas y teatros; había cabalgado por sus alrededores, desde Stratford hasta Clapham; había paseado por ambas orillas del río y lo había cruzado en las barcas que salían de sus muelles y había perdido largas horas en las incontables tiendas y puestos de venta del puente de Londres, pero todavía no sabía si obtendría el prometido mando.

Drake tenía demasiados amigos y deudores en la ciudad y parecía haberse olvidado de él. Trenton pasaba días, e incluso semanas, sin noticias suyas, y cuando, harto de todo ello, estaba dispuesto a regresar a Saint James, aparecía de pronto, lo llevaba a Gravesend, aguas abajo del Támesis, donde se estaba reuniendo una fuerza considerable para su próxima empresa, le confiaba informaciones comprometedoras y le hacía sentirse un colaborador imprescindible. O le pedía que lo acompañara a visitar a personajes tan relevantes como Walsingham, Hatton o Raleigh.

—Entrar en estos círculos y relacionarse con los hombres adecuados vale más que mandar un galeón real —le decía el corsario. Y Trenton no sabía si la frase encerraba una promesa o una censura.

Y mientras esperaba una nueva aparición de su meteórico valedor, se entretenía con más paseos, departía con armadores, capitanes y oficiales, a algunos de los cuales conocía de años atrás, se emborrachaba de vez en cuando y escribía tiernas cartas que su mujer no contestaba.

Había cogido una habitación en una fonda de Billinsgate, limpia dentro de lo que cabía, pero pequeña, húmeda y ruidosa. Los días más fríos el agua de la palangana amanecía casi congelada, y, por más mantas que se echara encima, al levantarse tenía el cuerpo más anquilosado que un anciano reumático. Por fortuna, la primavera despuntaba y aquellas incomodidades iban quedando atrás. Solía frecuentar una taberna junto al río en la que coincidía con algunos conocidos y amigos. Una tarde apareció por allí sir Richard Grenville en compañía de otros caballeros. Trenton, que estaba algo

bebido, le echó en cara que los hubiera abandonado a su suerte en Roanoke, y aquel, que no admitía reproches, en especial delante de los suyos, le respondió con una mezcla de desprecio y altivez.

—No tolero a nadie ese lenguaje, y menos a un oficialillo como vos. ¿Acaso sentís envidia de mis éxitos? ¿Habríais querido ser vos el que capturase la nao Santa Clara?

Aquellas bellacas palabras soliviantaron a Trenton, que saltó sobre Grenville dispuesto a darle su merecido, pero los amigos de uno y otro intervinieron para separarlos.

—Haya paz.

—¡No soy el único al que abandonasteis, señor Grenville! —gritó Trenton con furia, por encima de los hombros del caballero que lo sostenía—. Hay un centenar de hombres que podrán declarar lo mismo. Y sabed que el propio gobernador Lane escribió a la reina una relación de lo ocurrido en la que se os pone donde os corresponde. Mucho tendréis que hacer para volver a ganaros su aprecio. Y el de lord Raleigh, que invirtió un capital en la empresa.

Días después de aquel altercado, sir Francis le pidió por medio de un paje que desayunara con él en la hermosa mansión donde paraba. El corsario, que estaba acompañado por otro caballero, lo recibió vestido con una elegante ropilla roja y calzas del mismo color. Tenía la barba bien arreglada y los bigotes tiesos. Según reconoció, iba a posar para un cuadro que conmemoraba la primera vuelta al orbe.

—Quiero que me pinte con la mano derecha sobre el globo celeste. —Alzó la mano y la examinó, como si hubiera algo excepcional en ella—. Un símbolo inequívoco de dominio, ¿no creéis?

—Desde luego, sir Francis.

—¿No fue un castellano el primero en realizar esa proeza? —El autor del inoportuno comentario era sir Henry Dobson.

—¿Qué castellano? —replicó Drake.

—Un tal Sebastián Elcano.

—¡Ah!, ese —dijo el gran hombre con menosprecio—. Tengo entendido que fue un viaje que buscaba una ruta para la especiería. Un viaje fortuito, nada que ver con mi proeza a bordo del Golden Hind. Pero pasemos a lo que nos interesa. —Drake no tenía intención de entrar al trapo que le enseñaba Dobson: su gesta era

indiscutible—. Amigo Trenton, os tengo en muy buena estima, ya lo sabéis. Y más os estimo desde que supe del altercado que tuvisteis con ese bravucón de Grenville.

—No debí haber perdido el control.

—Al contrario, me holgué mucho cuando me refirieron lo ocurrido. Y más lo habría disfrutado si le hubieseis dado un buen vapuleo. Veréis, en alguna ocasión me habéis preguntado por el destino de la flota que estamos reuniendo y yo no os he respondido. No creáis que ha sido porque no tengo la suficiente confianza en vos.

—Jamás lo he pensado —lo interrumpió Trenton.

—No lo dudo, pero lo cierto es que su destino está en el aire. Nuestra Graciosa Majestad no lo ha decidido todavía, aunque ya haya tomado la sabia decisión de concederme a mí el mando. Con gran esfuerzo hemos conseguido juntar hasta treinta buques, una fuerza considerable si volvemos al Caribe o si nos decidimos por una acción sobre un puerto español, pero que se queda escasa si el objetivo es Portugal.

—¿Portugal?

—Imagino que estaréis al corriente de que el timorato de Felipe se apoderó de aquel reino y expulsó al otro pretendiente, un tal Antonio de Avis.

—Sí, lo sabía. Recalé una vez en la isla de Terceira, que aún se resistía a los españoles. Después supe que había sido conquistada.

—Exacto. En aquella ocasión, el portugués pidió ayuda a la reina de Francia, a la reina madre, me refiero, que armó y envió una escuadra de más de sesenta barcos para consolidar su control sobre las Azores; pero los franceses en el mar… En fin, qué voy a deciros que no sepáis. —Drake dejó la frase en el aire y los tres hombres rieron la gracia—. Ahora, al calor de la guerra con España, este Avis se ha acercado a nuestra reina —continuó sir Francis— y le ha propuesto que desembarque en Portugal una fuerza de varios miles de hombres para que el pueblo se levante contra el Austria, expulse a los españoles y lo entrone a él.

—¿Pero?

—Para llevar a cabo esa empresa con garantías de éxito, necesitaríamos una armada mucho más poderosa de la que estamos reuniendo —le explicó sir Francis—. Los rebeldes holandeses han

prometido colaborar con cuarenta buques y sus dotaciones.

—Que hasta ahora no han aparecido —acotó Dobson.

—Pero ni siquiera con ellos lograríamos reunir el contingente que una acción tan ambiciosa requeriría. No; con lo que tenemos es mejor apuntar a un objetivo más asequible.

John Trenton absorbía la información recibida y trataba de analizarla, pero no terminaba de comprender a dónde quería ir Drake.

—¿Y qué pinto yo en esto?

Sir Francis miró a Dobson, que tomó la palabra de nuevo.

—Esta tarde habrá una reunión informal a la que asistirá el señor Figueiredo, antiguo gobernador de Terceira y uno de los colaboradores más leales de Antonio de Avis. Vos lo conocisteis, ¿verdad?

—Apenas lo recuerdo.

—El señor Dobson ha sido invitado y me gustaría que lo acompañaseis y tuvieseis el oído atento. Como os he dicho, la empresa está en el aire y cualquier información podría inclinar la opinión de la reina. Yo, personalmente, prefiero una acción relámpago sobre un puerto español, uno lo bastante importante como para que podamos hacerles mucho daño, pero no tanto que no podamos cogerlos desprevenidos. ¿Me habéis entendido?

—¿Os referís a Lisboa? —apuntó Trenton.

Sir Francis negó con la cabeza.

—En Lisboa está el grueso de su armada. No. Me refería a la información.

—Por supuesto, la información —respondió Trenton, pese a no estar seguro del todo. Suponía que Drake, con la alusión a sus preferencias, se refería a que cualquier información favorable a ellas sería bien recibida.

3
Fetter Lane

Marcia estaba contenta aquel día. El horrible tiempo de Londres estaba por fin mejorando, habría una recepción en Fetter Lane y, sobre todo, Simón Cortés había roto el compromiso con su hermana

Fátima gracias a la intervención de Joao Veiga.

Ella fue quien recibió al contador real en la puerta el día que vino a hablar con Geraldo.

—Siempre es una alegría teneros en casa, cuñado —le dijo mientras lo acompañaba hasta el cuarto de su hermano.

—No adelantéis el tratamiento, estimada Marcia, todavía no —respondió el hombre, acalorado y sudoroso, conteniendo a duras penas su incomodidad.

Luego de una rápida conversación a puerta cerrada, el señor Cortés se acercó al saloncito donde las dos hermanas entretenían el tiempo entre lecturas, charlas y costuras, para anunciarle a Fátima que asuntos urgentísimos lo reclamaban en París por tiempo indefinido. Lamentaba profundamente dar ese paso, pero su honor de caballero no le permitía mantener el compromiso de matrimonio y dejar que una flor tan delicada como ella se marchitase en una espera incierta. Cuando les dio la noticia se mostró apesadumbrado y cabizbajo. Tenía el sombrero de ala corta entre las manos y les lanzaba a las dos miradas entre lascivas y compungidas. Antes de que se retirase, Marcia no pudo evitar dedicarle una postrer burla.

—Ah, señor Cortés, no podéis imaginar lo desgraciada que hacéis a mi hermana —le dijo con expresión pesarosa—. Un hombre tan robusto como vos despertaba en ella el imperioso deseo de consumar la unión. Pero, qué remedio, tendrá que resignarse a un nuevo compromiso con Dios sabe qué jovenzuelo inexperto. —Mientras soltaba la parrafada, Fátima le dio un codazo seco para hacerla callar, pero valió la pena el golpe sólo por ver cómo al señor Cortés se le dilataban las aletas de la nariz y se le erizaban las cejas.

Marcia había aceptado finalmente la propuesta de Joao. En realidad, no había encontrado ninguna razón para no hacerlo. Cada vez creía menos en la causa del Prior, y no podía dejar a su hermana en manos del señor Cortés. Además, la apacible vida en casa de los Lancastre le aburría, y aquella empresa había despertado una fibra aventurera que creía apagada tras su matrimonio con Gabriel del Puerto.

Joao le había enseñado las nociones básicas que necesitaba saber para poder realizar su labor y evitar ser descubierta, sacar los temas que le interesaban sin llamar la atención, contar mucho sin

decir nada, esquivar situaciones incómodas o estar siempre alerta. Marcia no tardó en darse cuenta de que Joao era una arañita de una tela muy extensa en cuyo centro, situado en París, se hallaba la gran araña tejedora, el embajador Bernardino de Mendoza, y que debía de haber otras arañas de mediano peso pululando por sus tenues hilos. Joao le había prometido presentarle a la persona de quien él, a su vez, dependía; no por satisfacer su curiosidad, sino por facilitarle otro contacto en caso de que fuera descubierto. Pero aún no lo había hecho.

La misión de Marcia consistía, de momento, en dar cuenta a Joao de cualesquiera datos o informaciones que llegaran a sus oídos sobre contactos de la facción del Prior con los ingleses y en identificar a posibles confidentes o colaboradores. Como Joao era un visitante asiduo de los Lancastre, a Marcia no le costaba buscar un aparte para darle cuenta de las novedades.

La facción antoniana llevaba meses más excitada de lo normal a causa de una flota que se estaba formando entre el Támesis y el Medway con objeto de atacar los intereses del Austria. La esperanza del Prior era que su destino fueran tierras portuguesas, y los contactos informales se habían multiplicado.

La recepción de aquel día estaba relacionada, por cierto, con ese asunto.

A media tarde comenzaron a llegar a casa de los Lancastre algunos invitados a los que recibieron en el salón de la planta baja. Juana Abreu había preparado varias fuentes de pasteles, tanto dulces como salados, y unas empanadas de carne, típicas de su tierra, que siempre tenían éxito. Entre los portugueses, el invitado más ilustre solía ser don Cipriano de Figueiredo, pero en aquella ocasión vino acompañado de don Manuel de Avis, lo que fue motivo de gozo y sorpresa entre los presentes. Los caballeros lo trataron con el debido respeto, lo rodearon y lo acosaron a preguntas. Todos querían saber las últimas noticias por boca del hijo y heredero del Prior do Crato, y hacerse gratos a su padre a través de él. Don Manuel respondía con educación y seriedad. Pese a ser un joven que no había alcanzado la veintena, se mostraba enterado de los asuntos del reino y optimista con el futuro.

El señor Dobson llegó poco después. Venía acompañado por un hombre alto y rubio, desconocido hasta entonces en aquellos

círculos, al que presentó como el capitán John Trenton. Tras saludar a la mayoría de los presentes y encomiar los deliciosos pasteles de Juana Abreu, Dobson se acercó a Marcia para dedicarle unos requiebros galantes y unas miradas intensas que ella acogió con una sonrisa de compromiso, pues toda su atención estaba puesta en Trenton.

—¿Os noto ensimismada, señora Henriques? —preguntó con desenvoltura sir Henry—. Quizá alguna contrariedad del corazón.

—En absoluto, caballero; mi corazón late como el de una jovenzuela —respondió ella con naturalidad.

—Afortunada vos, porque, cuando os veo, el mío se desboca.

—Será porque le soltáis demasiado la rienda, sir Henry. A los potros briosos hay que llevarlos sujetos de la boca hasta dar con un predio donde puedan galopar a sus anchas —dijo Marcia, con una sonrisa, esta vez sí, más abierta.

—Ah, amigo John, ved qué mujeres da el reino de Portugal —dijo Dobson con tono jocoso. Meneó la cabeza y se apartó en busca de Figueiredo y de don Manuel.

—¿Nos conocemos de algo, señora? —le preguntó entonces John Trenton.

—¿No os acordáis de mí?

—Por supuesto, es difícil olvidar a una mujer como vos. Lo que no recuerdo es dónde nos hemos visto —respondió el inglés. Se notaba que se esforzaba, con el ceño fruncido, en lograrlo.

—Os ayudaré a hacer memoria —dijo Marcia con fingido desenfado. No quería que Trenton se diera cuenta de la emoción que había sentido al verlo. John Trenton. Lo recordaba como si lo hubiera visto ayer. Un hombre que había estado presente en su pensamiento durante años, el hombre que acompañaba a una amedrentada Isabel del Puerto, el hombre cuyo rastro había estado siguiendo su marido largo tiempo—. La villa de Angra. La residencia del gobernador. Un baile.

—Exacto. Allí fue. Ahora caigo. —Trenton sonrió con satisfacción y golpeó la palma de una mano contra el puño cerrado de la otra.

Marcia guardaba en sus retinas la imagen de un hombre atormentado y cauteloso; sin embargo, el que ahora tenía delante parecía animado y contento. Debía aprovechar la oportunidad para

saber de Isabel.

Se hallaban cerca de una ventana, y, aunque los días comenzaban a crecer, la luz que entraba por ella era ya crepuscular. Todavía había claridad en el salón, pero costaba distinguir los rostros de quienes estaban más apartados. Junto a la puerta, Marcia vio el pequeño corro que formaban don Cipriano, don Manuel y Dobson, al que había conseguido sumarse Joao. Sus voces se perdían entre el rumor de las demás conversaciones.

—Danzamos juntos una alemanda, ¿recordáis?, y después me presentasteis a una joven muy hermosa con la que estuve charlando un rato.

—Vagamente. Aquellos fueron unos tiempos muy complicados para nosotros —dijo Trenton, y desvió los ojos y miró por encima de los hombros de Marcia, a través de la ventana, como ensimismado en alguna imagen lejana. Marcia guardó silencio a la espera de que el hombre reanudara la charla—. Pero recuerdo que mi esposa tuvo palabras elogiosas para vos.

—Me complazco de ello, señor Trenton. También Elizabeth me cayó muy bien.

—¡Pardiez!, tenéis una memoria envidiable para acordaros de su nombre —dijo Trenton con admiración.

—¿Vuestra esposa se encuentra con vos? Será un placer volver a saludarla.

—No me cabe duda, pero no está en Londres.

—¡Oh!, lo lamento. No debe de ser fácil para ella la vida aquí.

—¿Por qué lo decís?

—Una española en Inglaterra, con los tiempos que corren, no quiero imaginarme las antipatías que levantará. —Trenton echó el busto hacia atrás y en sus ojos apareció una lucecita desconfiada. Marcia temió haber metido la pata y se dio prisa en distraer su atención—. Pero ved, yo soy seguidora de don Antonio de Avis, aliado de vuestra reina, y, sin embargo, temo salir a las calles de Londres y abrir la boca. Ya me he ganado unas cuantas miradas aviesas y más de una contestación airada.

—Debéis tener cuidado, señora, porque el vulgo no hace distinciones con quienes tienen la tez morena y hablan con acento meridional —replicó Trenton con seriedad—. A todos los consideran extranjeros, incluida mi esposa. Por fortuna, ella reside

en Saint James, la heredad de mi padrastro, cerca de Portsmouth.

—No está muy lejos entonces. La veréis con frecuencia.

—Ya me gustaría, señora —Trenton dejó escapar una sonrisa complacida—, pero sir Francis Drake, que es mi valedor, acaba de ser nombrado almirante de esta maldita armada y debo permanecer a su lado si quiero obtener el mando de algún navío.

Marcia respiró aliviada, pues el peor momento ya había pasado. Trenton se había soltado y le hablaba con confianza, como si el recuerdo de aquel lejano encuentro hubiera roto sus barreras.

—Debo entender que ya no navegáis con el capitán…, ¿cómo se llamaba…?, ¿Shackleton?

—Sackfield —la corrigió Trenton—. No, Thomas murió en Azores. Por fortuna, Lizzie y yo nos desembarcamos antes de aquel desastre. Desde entonces he pasado una buena temporada colaborando con mi padrastro, sir Humpfrey Gardiner, pero ya es hora de que labre mi propia fortuna.

—Ojalá salgáis con bien del empeño, amigo John, si me permitís llamaros así —el aludido asintió con un gesto amable y Marcia prosiguió—, toda vez que vuestra fortuna va de la mano con la nuestra.

—No os sigo.

—Supongo que estaréis al tanto de que el rey don Antonio tiene puestas muchas esperanzas en la armada que mandará sir Francis. Confía en que uno de sus objetivos sea trasladar a Portugal una fuerza de desembarco que encienda la llama de la rebelión.

—Conozco el asunto superficialmente: ya os he dicho que soy sólo un oficial en busca de destino —admitió Trenton con prudencia. Guardó silencio un instante y alzó los ojos para mirar alrededor—, pero si yo fuera don Antonio, no confiaría demasiado en que *esa* armada le devuelva el trono —prosiguió en voz baja—. Su objetivo es otro.

—No me digáis que van a atacar Lisboa. Tengo gente muy querida allí.

—No, Lisboa no. Tal vez un puerto más pequeño, pero importante.

La conversación se prolongó un rato más, aunque no lo bastante como para dar lugar a algún alcahueteo. Don Manuel, don Cipriano y Dobson habían desaparecido por una puerta. Joao platicaba

animadamente con el anfitrión y con otros señores, entre ellos el fraile dominico al que tan mal sentaban las opiniones de Marcia. El único criado de los Lancastre encendió las velas con una larga astilla de pino y la claridad interior espantó las sombras del rápido atardecer.

—Visitad Saint James cuando queráis, amiga Marcia, esté o no yo por allí —se despidió Trenton con una ligera reverencia—. Elizabeth se alegrará muchísimo de volver a veros.

Después de dejarla, el inglés mariposeó entre los grupos que llenaban el salón, sin detenerse demasiado en ninguno, probó algunos bocados y, cuando su compañero retornó al salón, fue a hacerle compañía hasta que ambos se retiraron.

4
TYBURN

Marcia se desveló aquella noche. El reencuentro con Trenton y los recuerdos de Terceira y de Isabel le trajeron a la memoria, inevitablemente, a Gabriel.

Gabriel.

Una vez que se introdujo en sus pensamientos, ya no hubo forma de sacudírselo de encima. ¿Dónde estaría? ¿Qué mares navegaría? ¿Con qué mujeres…? Pero no, mejor no formular aquella pregunta. En la loca búsqueda de su hermana, no había acto que no realizara ni barrera que no traspasara. Seis años había pasado tras ella, si no le fallaban los cálculos. Seis años de decepciones, viajes inútiles y preguntas sin respuesta. Algunos de esos años a su lado, a su lado pero lejos, estando sin estar, con sus sentidos y su voluntad puestos en Isabel y en el hombre que se la había llevado. Marcia estaba convencida de que la fuerza que movía a su marido no era tanto el amor como la venganza, que a quien realmente deseaba encontrar no era a Isabel, sino a Trenton.

Pero a John Trenton lo había encontrado ella.

Y le había caído bien. Un hombre centrado y sereno, amable, muy distinto de aquel oficial con el que bailó en Angra o del terrible pirata que en ocasiones había llegado a imaginarse. ¿Sería aquel cambio obra de Isabel? Hasta le pareció un hombre feliz,

deseoso de forjar un futuro para su esposa y a la vez descontento por no estar a su lado. Un hombre enamorado. ¿Sería correspondido? ¿Se podía amar al hombre que te ha secuestrado y apartado de los tuyos? Ah, ¿qué hacer? Si Gabriel supiera lo que ahora sabía ella, no se pasaría las horas en vela pensando cómo actuar, ni se haría filosóficas preguntas sobre el amor y la felicidad. Él se lanzaría a la caza del hombre, para matarlo o morir en el empeño, sin tener en cuenta consecuencias ni sentimientos. Pero Gabriel estaba en paradero desconocido. ¿O era ella la que lo estaba? Aquel pensamiento le sacó una lánguida sonrisa, entre las sábanas. En todo caso, el detalle carecía de importancia. La única manera de contactar con él era a través de su familia, en La Coruña, lo cual, dadas las circunstancias, no resultaría sencillo. O a través de Joao y la red de agentes. Un camino más rápido quizá, y tortuoso, del que no le apetecía echar mano de momento. ¿Pero quería informar a Gabriel de su descubrimiento? ¡Virgen santa! El mero hecho de plantearse esa pregunta le causó vértigo. ¿En verdad estaba contemplando la posibilidad de callarse? ¿Y la lealtad? Lealtad, honor, deber, justicia. Traición. ¿No se merecía Isabel una oportunidad? Era todo tan complicado que la cabeza le iba a estallar. Y de repente un chispazo, una luz. Había una forma de hacer las cosas sin traicionar a nadie, de hacerlas a su manera. Y era muy sencilla. Sólo necesitaba ir a Saint James.

Marcia se sintió tan reconfortada con la idea que comenzó a adormecerse. Geraldo roncaba en la habitación de al lado, por Fetter Lane pasó una pesada carreta cuyos ejes y ballestas rechinaban, su hermana respiraba con placidez en la otra cama pensando, tal vez, en Joao. Se sobresaltó. Lo urgente ahora era informar a Joao.

Pero el joven estuvo varios días sin aparecer por casa de los Lancastre, y Marcia no hallaba una excusa para ir en su busca. Fátima también estaba inquieta, deseosa de ver a su enamorado. Ya no le parecía presumido ni distante, ni le preocupaba su estatura ni había vuelto a preguntarle por los secretos de la intimidad del dormitorio. Para Fátima, como para ella, había sido un tremendo alivio desligarse de Simón Cortés. Había recuperado su alegría de otros días, se había reconciliado con su hermano y disfrutaba del futuro que les esperaba.

Días después, Marcia vio a Joao desde la ventana de su cuarto y se apresuró a bajar y recibirlo en la puerta, donde, en un rápido aparte, lo puso al tanto de las revelaciones de Trenton sobre el destino probable de la armada. Joao torció el gesto.

—No es eso lo que el señor Dobson le aseguró a don Manuel.

—Quizá mintió para evitar incómodas recriminaciones del Prior.

—O quizá os mintió el señor Trenton.

—No me pareció que lo hiciera —dijo Marcia con seguridad.

Joao quedó un instante pensativo.

—Si lo que me habéis dicho es cierto, debo informar de inmediato. ¿Estáis segura de habérmelo contado tal y como os lo dijeron a vos? —Joao hablaba en un murmullo apresurado y la miraba con gravedad. No indicaba ser el joven alegre que festejaba a su hermana—. Cada detalle puede ser importante.

—Os lo he contado ce por be.

En ese instante apareció Juana Abreu, que lo invitó a pasar a la salita, y un momento después Fátima, que los había oído hablar y se había vestido a la carrera. Joao se marchó pronto, pese a las protestas de Fátima, pero a la mañana siguiente se plantó de nuevo en la casa, ufano y solícito, dispuesto a llevar a quien quisiera acompañarlo a visitar la feria de Tyburn, un pueblo que se hallaba a unas millas de Londres. Había alquilado un coche cubierto donde se acomodaron las dos hermanas y los Lancastre mientras Geraldo y él cabalgaban al estribo en sendos caballos. Alfonso de Lancastre y su esposa habían tenido una hija y dos hijos. La primera estaba casada con un caballero rural que residía en Yorkshire, y de los segundos, uno había muerto luchando contra el duque de Alba en Portugal mientras que el otro había seguido los pasos de su padre y tenía una casa de empeños al otro lado del río. En las afueras de Tyburn, al pie de una colina, el señor Lancastre hizo que se detuviera el coche y mostró a sus acompañantes una especie de era en cuyo centro se alzaba un armazón de madera formado por tres columnas verticales unidas, por arriba, por vigas horizontales. En la ladera que se veía detrás se había levantado un graderío como el de un teatro.

—Esta es la famosa horca de Tyburn, donde ejecutan a la mayoría de criminales, ladrones y traidores de Londres —les explicó el señor Lancastre—. Las ejecuciones son tan populares que pueden juntarse varios miles de personas. Los asientos con mejor vista

llegan a venderse a tres o cuatro chelines, o incluso al doble cuando se trata de un reo famoso.

—¿Por qué hay tres postes, señor Lancastre? —preguntó Joao—. ¿No bastaría con dos?

—Ah, hay tantos condenados en la cárcel de Newgate que así pueden ahorcarlos de tres en tres.

Marcia sintió un repelús desagradable. Las ejecuciones eran un espectáculo que concitaba multitudes en todas partes, pero ella no le encontraba ninguna gracia. Siguieron un trecho y se bajaron junto a un gran monolito llamado «la piedra de Oswulf», según les explicó don Alfonso, en el cruce de dos antiguas calzadas romanas.

Hacía un magnífico día de primavera, algo fresco a la sombra, y se agradecía la caricia del sol. La feria estaba muy concurrida, y pasearon un rato entre las distintas atracciones. La que más expectación generaba era un oso enjaulado que daba enormes rugidos y, alzándose sobre sus dos patas traseras, hacía temblar los barrotes de la jaula cuando se apoyaba sobre ellos.

—¡Qué horror! —exclamó Fátima, encogiéndose de hombros.

En medio del gentío, Marcia sintió que le cogían la mano. Se soltó y se giró furiosa. Joao, con un dedo en la boca, le pedía silencio. Volvió a cogerle la mano y la arrastró detrás de un estrado donde una mujer gruesa con un guante de cuero hacía volar a un azor con el que se comunicaba por medio de silbidos muy agudos. Había al lado varias mesas rústicas en las que bebían cerveza bulliciosos grupos de parroquianos. En la más apartada se hallaba un hombre solo, vestido con ropas oscuras y un chapeo ajado. Joao la llevó hasta él y le pidió que se sentara. La madera del banco estaba lisa y brillante por el uso, con algunas manchas añejas. Marcia recogió la falda con cuidado y se sentó en el borde del tablón.

—Esta es la mujer de la que os hablé, don Manuel —la presentó Joao. Don Manuel alzó el rostro, que había estado medio oculto por el ala del chapeo, y posó en ella una mirada luminosa e inteligente.

—¡Señor Zarco!

—Shhh, os lo ruego, hablad en portugués. O mejor aún, hacedlo en inglés.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Ahora os hacéis llamar don Manuel? —preguntó Marcia, cambiando al inglés.

—Simple precaución, mi señora —dijo Zarco en voz baja pero audible. Con el alboroto que había en las otras mesas y el rumor de fondo de la feria, habría sido casi imposible que alguien hubiera podido seguir su conversación—. Pero vayamos al grano, porque pronto os echarán en falta.

—Vos diréis, pues. En realidad, no sé qué tenemos que hablar que no pueda tratarlo directamente con Joao.

—Joao me trasladó vuestra información, pero querría estar seguro de que Drake será el almirante de esa armada. ¿No lo mencionaría vuestra fuente como una posibilidad?

—¿Fuente? Se trata de John Trenton, señor Zarco, ¿no recordáis quién es? —Marcia hizo una pausa y Zarco respondió con un ademán evasivo—. Dijo claramente que sir Francis Drake, su valedor, había sido nombrado almirante. ¿Por qué os interesa tanto confirmar ese punto?

—Drake es un pirata, actúa siempre de la misma forma y el objetivo de esa armada, por tanto, sólo puede ser la depredación.

—Quizá La Coruña.

—¿Lo mencionó Trenton?

—No, es una suposición mía. Él sólo dejó entrever que no sería Lisboa, sino un puerto menor, pero importante. Por eso he pensado en La Coruña.

—También podría ser Santander, Oporto, Cádiz. En fin, las posibilidades son bastantes.

—Eso ya es cuenta vuestra.

—Ni siquiera mía. A palacio llegan muchas informaciones de distintos lugares y fuentes. Serán ellos quienes deban componer el cuadro, un cuadro que, por lo demás, es mucho más complejo de lo que parece. Mientras la reina Isabel apresta su armada se cartea con Alejandro de Farnesio para negociar una paz que dice desear a toda costa. Farnesio le contesta en términos similares, pero aconseja al rey que no haga caso de sus intenciones, y nuestro soberano le responde que la entretenga, ya que necesita tiempo para organizar una respuesta contundente.

—¿Complejo? Mejor decid hipócrita, señor Zarco.

—Así es la diplomacia. Pero, por endeble que sea, el puente de la avenencia debe permanecer tendido hasta el último instante. —Zarco se calló de repente y ladeó la cabeza. Era como un felino

venteando a su presa. Al punto retomó la plática con tono más grave—. Atended, Marcia, porque el trabajo que estáis haciendo es peligroso. Londres está lleno de corresponsales, captados, enlaces y confidentes de todas las naciones, y aun dentro de la misma nación hay facciones enfrentadas y con intereses diferentes. Ahí tenéis al conde de Essex, que aborrece todo lo español y tiene sus propios agentes que actúan, cuando le conviene, a espaldas de la reina. Dobson es un buen amigo suyo; guardaos, pues, de él. Hay también agentes dobles que aseguran trabajar para un señor y lo hacen para su enemigo, e incluso hombres sin patria que sólo buscan su propio provecho e informan a quien mejor les paga. Debéis medir con quién habláis y lo que decís; no os fieis de nadie ni pongáis nada por escrito, en especial si alguien os lo pide. Tened en cuenta que también don Antonio tiene su propia red de espionaje, a la que no es ajena el señor Lancastre, ni seguramente vuestro hermano. Saben que hay confidentes entre los suyos y no tendrán piedad si os descubren. Ni tampoco a vos, señor Veiga. Si por cualquier cosa quisierais contactar conmigo, id a Carter Lane y preguntad por Manuel de Aranda en la sastrería que hay allí. Y esto es todo.

Apuró Ramón Zarco la cerveza y se levantó, dando por concluida la entrevista.

—Esperad, señor —lo detuvo Marcia, sujetándolo de una manga—. ¿Qué sabéis de Gabriel?

La voz le salió ronca. Ramón Zarco retiró la mano. Sus ojos claros echaron una mirada alrededor antes de posarse sobre los de Marcia, calibrando qué decir. Su expresión no era tan amable como en otras ocasiones.

—Perdió su barco y ahora se dedica al corso.

—¿Al corso? ¿Dónde?

—Tengo entendido que en los puertos flamencos.

—¿Tan cerca?

Zarco se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que pagaría una fortuna por saber el paradero de Trenton. ¿Queréis que se lo transmita?

—Decididlo vos —respondió Marcia.

—¿Y el vuestro?

—¿El mío? —Marcia se sobresaltó por la pregunta. Decirle a Gabriel dónde estaba… ¿Cambiaría algo que lo supiera? ¿Vendría a

buscarla? Cielos, realmente no estaba preparada para vivir con esa incertidumbre pesando sobre su ánimo—. Mejor no —respondió al fin.

—Pensadlo bien y dadle el recado al señor Veiga —dijo el agente del rey, y se perdió entre el gentío.

Un instante después, Geraldo apareció junto a ellos.

—¿Qué hacíais aquí? —preguntó—. ¿Y quién era ese hombre?

—Un desconocido que quería engatusarnos —respondió Joao.

5
LISBOA

Bruno Maciel llevaba tanto tiempo ausente de Lisboa que Belinha lo había dado por muerto, aunque oficialmente siguiera siendo una mujer casada. No era la única. Muchas mujeres lisboetas, esposas de marineros o soldados que partieron hacia las Indias Orientales, se hallaban en su misma situación. Viudas sin luto, las llamaban. Mujeres que habían tenido que rehacer su vida y salir adelante por su propio esfuerzo, sin la ayuda de un marido.

Una tarde, al regresar de su trabajo, cansada de recorrer las calles de la ciudad, le salió al paso su hija Branca, que había terminado antes que ella. Estaba pálida y asustada y, cuando se calmó un poco, le explicó que un hombre desagradable que decía ser su padre estaba en la casa. Belinha se estremeció. *Bruno aquí. ¿Cómo nos habrá encontrado?* Pero como no era apocada, ni irresoluta, al punto se rehízo de la sorpresa, apretó los dientes y se dirigió al barrio de Santa Catalina para afrontar a su marido. Olía a alcohol y a roña vieja, y estaba tan estropeado que le costó reconocerlo. Sólo su voz no había cambiado, ronca y fuerte. Debía de haber estado varios días dando vueltas por cantinas y mentideros, bebiendo, gastando dinero e informándose sobre ella, porque sus primeras palabras fueron agrios reproches por sus devaneos con otros hombres. «Ramera» fue lo más suave que salió de sus labios. Belinha no se mordió la lengua. Más fácil se lo ponía. Le respondió que su vida ya no era asunto suyo y que se largara.

—Esta casa es sólo mía —le dijo.

Él no lo aceptó, y se enzarzaron en una disputa que acabó en

reyerta. Bruno le dio unos cuantos manotazos y ella le arañó la cara. Con el alboroto, acudieron las vecinas, le afearon al hombre su conducta y lo increparon, pero él las espantó enseñándoles su espada. Y porfió en quedarse. Marcia acudió a los alguaciles para que lo echaran de su casa, pero estos no vieron motivo para hacerlo. *«Estáis casados. Deberíais acogerlo con solicitud»*, dijo uno de ellos. *«¿Con solicitud?»*, les preguntó Marcia. En aquel momento no había en ella una pizca de solicitud, ni de cariño, hacia su esposo, y se fue con sus hijos donde moraba su hermana Natalia.

—Iré a buscaros —la despidió a gritos Bruno—. Todavía eres mi mujer, aunque seas una zorra.

Y trató de cumplir su amenaza. Anduvo rondando la casa de su cuñada tres o cuatro días seguidos y, al no hallarla, fue a por ella en el puesto del mercado, donde tuvieron una nueva agarrada. Pero Belinha no dio su brazo a torcer.

Cuando Duarte arribó a Lisboa, lo puso al tanto de lo ocurrido.

—De modo que ese cerdo te ha echado de nuestra casa —comentó Duarte mientras la ceñía por el talle. Estaban tumbados en un jergón relleno de paja, en el doblado de la vivienda de Natalia.

Al amanecer, fue en busca de Bruno Maciel. Lo acompañaba Pechoabierto, en prevención de alguna sorpresa. Golpeó la puerta con el pomo de la espada, insistentemente, hasta que abrió un hombre malhumorado, con profundas ojeras, barba de varios días y la costra de un arañazo en la frente.

—¿Quién se atreve a interrumpir mi descanso? —preguntó con voz ronca. Estaba vestido con una camisa larga, abierta en el pecho. Por debajo asomaban unas piernas delgadas con poco vello.

—Señor Maciel, aguanto todo menos que me griten —respondió Duarte con urbanidad.

El hombre intentó cerrar la puerta, pero Duarte interpuso la pierna entre el marco y la hoja. Dio un empujón y pasó adentro. Observó, en un primer vistazo, que la estancia que tan bien conocía estaba desordenada y sucia. Y olía mal. En la cama de Belinha se desperezaba una mujer de pechos abundantes y caídos que, al encontrarse con su mirada, se enderezó, dio un pequeño chillido y se cubrió con la cobija. El señor Maciel aprovechó el momentáneo descuido para intentar armarse, pero su espada estaba metida en un lío de mantas y ropa y tardó lo suyo en empuñarla. Y cuando al fin

lo hizo, Duarte le dio un golpe seco en la muñeca con la hoja de la suya y lo obligó a soltarla.

—*Maldito filho da mae* —se quejó Bruno Maciel al tiempo que trataba de alcanzar un puñal que colgaba de su vaina en un clavo de la pared.

—Eh, eh, quedaos quietecito —le dijo Duarte, y alargó el brazo y acercó la punta de la ropera al pecho de Maciel.

—¿Quién cojones eres tú y qué quieres de mí? —preguntó el otro con un resoplido.

—Quiero que sepáis que doña Isabel tiene quien la guarde. —Sin perderle la cara, Duarte se agachó y recogió, en un rápido movimiento, la espada de su contrincante—. Esta no es vuestra casa, jamás lo ha sido, de modo que recoged vuestras cosas, tomad a vuestra fulana y largaos de aquí.

La mujer, que había permanecido sentada en el lecho, contemplando la escena con desconcierto, apartó la cobija y comenzó a vestirse sin importarle que los hombres la vieran desnuda.

—Apresuraos, señor. Vuestra amiga ha comprendido el mensaje mejor que vos —dijo Duarte, y lo pinchó bajo la tetilla derecha. Al instante, brotó un delgado hilillo de sangre, que escurrió y buscó camino entre la pelambrera gris. El hombre le lanzó una mirada llena de cólera.

—Esto es a cuenta de los golpes que le disteis a doña Isabel —le explicó Duarte.

—Malnacido —dijo el hombre, y apartó la punta de la espada con la palma de la mano. Duarte no le hizo caso y salió afuera.

—¿Algún problema? —preguntó Román Pechoabierto.

—Ya se marcha.

Las puertas de algunas vecinas estaban entornadas. El sol pugnaba por asomar detrás de unas nubes bajas que acariciaban el horizonte. Un petirrojo, que los observaba desde una rama, con la cabecita algo volteada, se aburrió y alzó el vuelo. Al cabo de un rato, aparecieron por la puerta Bruno Maciel y su amiga, el primero con una mochila en la espalda. La segunda llevaba en la boca varias horquillas con las que se arreglaba el pelo.

—Me las pagaréis —dijo Maciel, plantado frente a ellos con los brazos en jarras. Los ojos, bajo las cejas espesas, despedían rayos.

Duarte tiró a sus pies la espada que le había quitado.

—¿Ahora os parece un buen momento?

Pero a Bruno Maciel no se lo debió de parecer y, refunfuñando, recogió la espada y se largó.

—¡Tendréis noticias mías! —gritó mientras se alejaba.

Esa misma tarde, Belinha volvió a instalarse en la casa con sus hijos, que se alegraron de la marcha de su padre. Poco cariño le guardaban. A Duarte, sin embargo, lo apreciaban y respetaban. Incluso Branca dejó a un lado su timidez para darle las gracias por haberlos librado de «aquel hombre». También ella se había ganado algún sopapo. Belinha, pese a su contento, se mostraba menos optimista. Sabía que Bruno Maciel era obstinado.

—No siempre estarás aquí para quitárnoslo de encima —le dijo preocupada.

No iba desencaminada Belinha, porque don Álvaro de Bazán no tardó en encomendarle a Duarte una tarea que lo llevaría lejos de Lisboa.

El viejo marino seguía dedicado en cuerpo y alma a la preparación de aquella Armada de Inglaterra, cuya necesidad ya había calado en la mente del rey. Se exigía a sí mismo la máxima dedicación y se la exigía a quienes lo rodeaban. Había mil tareas que hacer y otras tantas en las que pensar, desde la administración hasta la estrategia. Era preciso mantenerse en contacto permanente con proveedores, intermediarios, pagadores, armadores, contadores y maestres de campo, con el virrey y con el propio monarca; alojar, organizar y alimentar a las tropas que seguían llegando a Lisboa y apertrechar a los barcos que arribaban al estuario del Tajo, reclutar buenos pilotos y tripulaciones con experiencia; comprar cañones y mosquetes, pólvora y munición, jarcia, lonas, toneles, anclas; contratar a carpinteros, calafates y cordeleros, a barberos y cirujanos; almacenar el grano y los bastimentos, vestir a la tropa, evitar disturbios, contentar a los regidores y alguaciles y mantener en marcha y bien afinado el servicio de inteligencia.

La guerra había multiplicado el corso y hacía preciso mantener una guarda constante de las costas atlánticas con pequeñas agrupaciones que los espantaran, pero el litoral era grande y los recursos, limitados. La inseguridad en el océano y la necesidad de acopiar navíos para la empresa de Inglaterra había impelido a la

Corona a suspender aquel año las flotas para Nueva España y Tierra Firme, aunque no en sentido contrario, porque el quinto real que portaban las que venían de las Indias Occidentales y Orientales era indispensable para pagar el esfuerzo bélico. Urgía, por tanto, organizar el encuentro con ellas y escoltarlas hasta Sevilla y Lisboa, respectivamente. Y, por si todo esto fuera poco, la inteligencia real había informado a Bazán de una posible incursión inglesa a los puertos peninsulares.

—La especie es recentísima pero ambigua, mis señores —les dijo don Álvaro a sus asistentes—. El pirata Dráquez ha salido al frente de una potente flota con objeto de atacar Cádiz, Oporto o La Coruña, pero también Lisboa, e incluso las Azores. Nuestras unidades están a medio apertrechar, tanto en medios materiales como en dotaciones, y no podemos cubrir todo el litoral, de modo que partiréis de inmediato con avisos a los capitanes generales y gobernadores militares de estos puertos.

A Duarte lo envió a Cádiz.

—Coged un patache y partid raudo, señor Salazar, porque me da en la nariz que es allí adonde se dirige.

XII

1
CÁDIZ

Vientos contrarios impidieron la salida de una armada inglesa del puerto del Plymouth la primera semana del mes de abril de 1587, por lo que hasta el día doce no pudieron hacerse a la mar las más de treinta velas que la conformaban, la mitad de las cuales eran grandes mercantes artillados y galeones. Días antes, sir Francis Drake, en representación de la reina, se había reunido con un grupo de armadores, inversores y *privateers* para firmar un acuerdo sobre el reparto del botín en los términos habituales, es decir, que, una vez deducida la parte de la reina, sería dividido proporcionalmente entre los hombres y toneles aportados por cada uno.

John Trenton había conseguido al fin un barco que capitanear: la Speedwell, una pinaza de setenta toneles propiedad de un amigo del almirante.

—Ya os advertí que no hay mejor huella que la mía —le dijo sir Francis cuando lo acompañó a bordo de la pinaza y lo presentó a la tripulación. Pese a los alardes de Drake, a Trenton no se le pasó por alto que los barcos habían salido de Londres tan escasos de marinería que fue preciso completarla en Plymouth con gente de leva. Los rumores sobre la buena estrella del almirante corrían parejos con los de su cicatería a la hora de repartir las ganancias.

La flota zarpó de Plymouth con buen viento y buena ventura. Frente a Peniche capturaron dos urquillas flamencas que habían salido de Cádiz. Al interrogar a sus pilotos y contrastar las informaciones, sir Francis se enteró de que había en aquel puerto numerosos navíos mercantes sin más protección que unas pocas galeras reales.

El almirante se frotó las manos y ordenó mantener el rumbo.

—Vamos a chamuscarle un poco las barbas al rey de España —

dijo al finalizar la junta de capitanes que convocó a bordo de su galeón.

Trenton disfrutaba de la navegación desde el alcázar de la Speedwell. Las treinta y tres velas que cubrían casi una milla de aquel océano ondulado e infinito conformaban una hermosa estampa. Sentía en el rostro la brisa y la espuma que, con cada cabezada, levantaba la pinaza, escuchaba los gritos del contramaestre, las voces de los marineros faenando la jarcia, el murmullo de la tropa embarcada, que soñaba con el rico botín y bromeaba sobre las delicias de las mujeres meridionales. En el cielo, los claros se alternaban con grandes nubes oscuras que dejaban caer, a veces, cortinas de agua.

—Aquellos están recibiendo un buen roción. —El contramaestre señalaba a los barcos más alejados, casi ocultos por una columna gris que bajaba del cielo.

El contramaestre de la Speedwell era un tal Morley, un medio francés que sabía hacer bien su trabajo, aunque a Trenton no le gustara su descomedida afición por el rebenque.

La flota avistó Cádiz a mediodía el veintinueve de abril, tras dos semanas de navegación. Para no despertar los recelos de los españoles, Drake dispuso que se escondieran las banderas y pabellones.

—Cuanto más tarde nos identifiquen, mejor para nosotros —les dijo a sus capitanes.

Y no le faltó razón. En el acercamiento no salió a interceptarlos ningún navío. Uno de los pilotos que habían capturado conocía bien los secretos de la entrada a la bahía y los condujo entre los bajíos que la guardaban. La fortaleza de San Felipe, la más cercana a su derrota, no hizo ningún disparo. Quizá estuvieran esperando el arribo de alguna escuadra y los hubieran confundido con ella.

La bahía de Cádiz estaba formada por dos ensenadas que formaban una «B» tumbada y abierta por la izquierda. Había dentro de ella cosa de un centenar de barcos. Los más pequeños, como zabras, falúas y pesqueros, estaban fondeados en el puerto, pegados a la ciudad, mientras que los de mayor calado anclaban en el centro de las ensenadas. La actividad era intensa, con mucho movimiento de barcas, lanchas y bateles, pescadores en las orillas y gran animación en las calles y caminos. Una muralla de escasa altura,

salteada de torres cuadradas, rodeaba a la ciudad.

Al penetrar en la ensenada exterior, dos galeras les salieron al paso y les dieron el alto, pero fueron recibidas por una salva de artillería y se alejaron con rapidez. Sir Francis eligió aquel momento para desplegar los pendones y dar a conocer su procedencia. Un poco más adelante se toparon con una carraca veneciana, grande y bien artillada, lista para zarpar, que no tuvo tiempo de ponerse en zafarrancho. Los galeones que encabezaban la marcha, el Elizabeth Bonaventure, de Drake, y el Golden Lion, del vicealmirante Borough, la flanquearon y cañonearon hasta echarla a pique. Tras aquella demostración de fuerza, los barcos que tenían a bordo tripulación suficiente para su gobierno levaron anclas y, aprovechando el poniente, buscaron refugio en la ensenada interior, junto a Puerto Real. En todo caso, la sorpresa había sido absoluta. Nadie en Cádiz se esperaba un ataque, y menos de aquel calibre. Unas quince o veinte naves, las más próximas a la embocadura, fueron rodeadas por la armada inglesa e impedidas de escapar.

La Speedwell recogió velas y quedó al pairo. Trenton podía observar desde su cubierta cómo en tierra comenzaban las carreras y los avisos, movimiento de tropas y emplazamiento de cañones. De repente, uno de los baluartes de la muralla abrió fuego contra ellos. Debía de tratarse de culebrinas de tiro largo, porque el Golden Lion fue alcanzado por alguno de los disparos y movió su fondeadero. Lo mismo hicieron otros tres o cuatro navíos que se hallaban cerca de él.

Aprovechando el espacio que se había abierto, y la protección que les brindaban los baluartes, regresó la escuadra de galeras, esta vez con siete efectivos, y se desplegó junto al puerto de Cádiz para evitar un desembarco y dar resguardo a las embarcaciones que se habían refugiado en él. El viento era muy débil y sir Francis declinó combatir con aquellas galeras cuyos remos y escaso calado les proporcionaban una movilidad inigualable. Envió, en cambio, chalupas y bateles para abordar a los barcos que habían cercado en la primera ensenada. El crepúsculo no supuso ningún impedimento.

Trenton ordenó botar el esquife y se dirigió a una urca cuya tripulación saltó al agua y nadó hacia la orilla. Cuando la abordaron sólo vieron en ella a tres marineros que no sabían nadar.

—Lancémoslos por la borda —sugirió Morley, y varios hombres

los agarraron por los brazos y los arrastraron hasta el portalón del combés. Los españoles forcejeaban y se resistían. Uno de ellos se desasió e intentó echar mano a los obenques del mayor para subir al mástil, pero lo alcanzaron a tiempo y lo molieron a palos.

—Pero qué hacéis, animales —los amonestó Trenton—. Son prisioneros. Amarradlos y bajadlos al esquife.

Aún no había salido la luna y la claridad del cielo se apagaba por momentos.

La bodega de la urca estaba llena de toneles recién fabricados, vacíos y olorosos a resina. Trenton destacó a Morley para pedirle instrucciones al almirante y al cabo de un rato regresó con la orden de prenderle fuego a todo.

—Así tendremos un poco de luz para trabajar —se rio el contramaestre. Trenton, viendo que le agradaba la tarea, le encargó comandarla.

Morley y varios de los hombres prendieron unos cuantos fuegos y, cuando ardían con fuerza, abandonaron la nave, que pronto se convirtió en una enorme tea que iluminaba la bahía. De las llamas se elevaba una espesa columna de humo que ocultaba las estrellas.

—¡Mirad allá! —gritó uno de los hombres.

Trenton siguió la dirección que señalaba el brazo del marinero y pudo ver que tres de las galeras españolas habían represado una nao y la remolcaban a las aguas más someras del puerto. La tripulación de la Speedwell se deshizo en gritos de impotencia y, como concitados por ellos, los cañones de la costa volvieron a rugir. Los defensores de Cádiz habían trasladado una batería a la Puerta del Muro, desde la que hostigaron al Golden Lion. El vicealmirante Borough ordenó responder el fuego, pero no consiguió acallarla y debió desplazar de nuevo su galeón.

Durante buena parte de la noche los ingleses se dedicaron a saquear las naves que habían capturado. Cuando aún no se había apagado el fuego de la urca, incendiaron otra. Poco después salió la luna, grande y ya menguante, que permitía ubicar bien la costa, la ciudad y los barcos. Una patrulla de caballería se dirigía a Cádiz a través de la delgada lengua de tierra que la unía con la península, y una galeota, que se había colado entre las líneas inglesas, trasbordaba soldados desde El Puerto de Santa María.

Por la mañana continuó el saqueo de las naves capturadas. En

sus bodegas se habían encontrado suministros para la Armada de Lisboa, escarpias de hierro, clavos, remos, aros, pipas y toneles vacíos, bizcocho, vino, sal, melaza, cuero y otras vituallas y mercaderías. Drake ordenó a sus capitanes tomar nota de todo, trasladar a sus bodegas lo que pudiera resultarles útil y quemar lo que no sirviera. William Borough le preguntó si tenía intención de tomar la plaza y el almirante le respondió con frescura que no.

—No me imaginaba que una ciudad tan pobremente defendida os echaría para atrás —apuntó con malicia Borough, pero Drake se rio de él y le dijo que su objetivo era causar el mayor daño con las menores pérdidas posibles. El almirante y su segundo no estaban, por lo visto, en buena avenencia.

Los españoles, impotentes, destinaron el fuego de sus baterías contra sus propios navíos para evitar que se apoderaran de ellos, pero sólo lograron destruir dos. A media mañana Drake destacó una escuadrilla de lanchas con la misión de adentrarse en la ensenada interior y capturar los barcos que se habían resguardado en ella. Y a Borough le ordenó apostarse cerca de El Puerto de Santa María para estorbar el movimiento de las galeras.

—Pero tened cuidado con el castillo de Santa Catalina —le advirtió—. No quiero perder el Golden Lion.

2
CÁDIZ

Duarte entró en Cádiz a bordo del patache San Jerónimo poco antes que los ingleses. Por desgracia, en la ciudad no halló más autoridad que Juan de Vega, el corregidor, a quien entregó el aviso de don Álvaro. Aquel, que contaba con muy pocas tropas de infantería, puso al tanto de la situación al mando naval de mayor rango que había en la plaza: el capitán de galeras Pedro de Acuña, hombre conocedor de su oficio. Acuña se dispuso de inmediato a reunir a su escuadra de siete galeras y una galeota, pero apenas había juntado tres de ellas cuando asomaron por la embocadura de la bahía las velas enemigas.

El primer día los esfuerzos en tierra se dirigieron a defender la ciudad con los escasos soldados que había acuartelados en ella,

movilizar a la milicia ciudadana, pedir socorro al duque de Medina Sidonia, en Sanlúcar de Barrameda, y defender a toda costa el puente de Zuazo, ya que era paso obligado para cualquier refuerzo que viniera por tierra. Pedro de Acuña, por su parte, empleó las galeras en proteger el puerto y enlazar con las localidades del otro lado de la bahía. Todas las embarcaciones que tenían tripulación suficiente se retiraron hacia la ensenada interior, incluida la San Jerónimo, cuyo capitán, Humberto Manso, se puso a las órdenes de Acuña.

—Enteraos de cuántas naos tripuladas y artilladas hay en Puerto Real —le dijo Acuña—, reunidlas y formad con ellas una línea de defensa para proteger al resto de embarcaciones. Os enviaré dos galeras de apoyo.

Partió sin demora el patache a cumplir las órdenes. En la ensenada interior, menor que la exterior, había más de sesenta buques de todos los tipos y tamaños, desde barquichuelos de pescadores hasta naos y urcas mercantes. Y de estas, algunas estaban cargadas y listas para zarpar mientras que otras estaban en lastre. Sus capitanes, maestres y marineros habían sido testigos de lo que estaba ocurriendo frente a Cádiz y tenían miedo de correr la misma suerte. La noche se pasó en una gran zozobra. Los cañonazos de las baterías atronaban en la distancia y las llamas de las embarcaciones incendiadas se reflejaban en las tranquilas aguas de la bahía. Por todos lados llovían pavesas encendidas que mantuvieron a los hombres alerta, con cubetas de agua y de arena listas para apagar cualquier fuego. Al salir la luna, una agrupación de lanchas inglesas trató de adentrarse en la ensenada interior, pero fue rechazada por las dos galeras enviadas por Pedro de Acuña. El puente de Zuazo se aseguró con un retén de milicia y a través de él entraron en Cádiz varias compañías de arcabuceros y medio centenar de jinetes venidos de Chiclana y sus alrededores.

Al día siguiente, una escuadra de ocho naos medianamente artilladas, reforzada con dos galeras y el San Jerónimo, se desplegó en la parte más estrecha de aquella ensenada, entre la punta de La Clica y la isla del Trocadero. Fue un acierto hacerlo, porque al rato aparecieron un galeón y varios navíos ingleses que, al encontrarse con ellos, detuvieron la arrancada y se pusieron en facha.

En el patache, el capitán Manso llamó a zafarrancho y ordenó

cebar los esmeriles y las dos medias culebrinas.

—Poco podremos hacer con esto —le confesó a Duarte—, pero por intentarlo que no quede.

El fiero capitán tenía razón, ya que el más pequeño de los barcos enemigos los doblaba en arqueo y potencia de fuego. En realidad, ninguna de las naos de la improvisada escuadra se aproximaba en tamaño al galeón, pero todas estaban igualmente dispuestas para el combate. Las dos galeras se habían situado delante de las naos y presentaban al enemigo la proa con sus cañones.

—¡A qué esperan estos putos! —gritó Humberto Manso—. ¡Venid, gallinas, que aquí estamos!

Pero los ingleses decidieron que no valía la pena arriesgarse y se retiraron sin presentar combate.

El patache los siguió a cierta distancia y se situó junto al Puntal, que dividía en dos la bahía. Desde aquel lugar privilegiado, Duarte pudo observar cómo el enemigo controlaba la ensenada exterior sin atreverse a atacar la ciudad. Se limitaban a continuar con el saqueo e incendio de las naves allí fondeadas, incluido un hermoso galeón recién construido que no tenía aún dotación ni armamento. Las galeras de Pedro de Acuña los hostigaban y se retiraban y desde lejos se veían los fogonazos de los disparos y el humo gris que se elevaba en el aire.

A mediodía un marinero le indicó a Duarte que el corregidor había preguntado por él.

—Se encuentra en el baluarte de Puerto Chico —añadió, y lo encaminó hasta allí en el esquife en el que había venido.

La muralla de Cádiz era de tierra, y faltaban muchos lienzos entre los baluartes. El de Puerto Chico consistía en un torreón bajo con dos culebrinas montadas sobre cureñas, como las que se usaban en los galeones. En la parte superior de los cañones podía verse, en relieve, el escudo real. Había dos pilas de balas de veinticinco libras y varios barriletes de pólvora. Los servidores de las piezas charlaban relajadamente con unas mujeres mientras se llevaban a la boca pedazos de chorizo con pan. La armada inglesa estaba fuera de su alcance.

Duarte les preguntó por el corregidor. Uno de los soldados detuvo la navaja con la que cortaba el embutido y le dijo que ya se había marchado.

—¿Sabéis a dónde?

El soldado se encogió de hombros.

—Tal vez esté en el cabildo —apuntó uno de sus compañeros.

Duarte les dio las gracias y se encaminó a la plaza del cabildo. En las calles había muchísimo movimiento, gentes de todas las edades y condiciones, pescadores, artesanos, curiosos, grupos de milicia, pelotones de soldados. Todos iban con prisa por llegar a algún lugar. El cabildo municipal estaba casi vacío. Un escribano le dijo que don Juan de Vega había ido a visitar a los heridos en el castillo de la villa. Este se encontraba frente a la iglesia mayor y era una fortaleza vieja de gruesos muros y atestada de gente. Muchas familias, temiendo un asalto inglés, se habían refugiado allí la tarde anterior y todavía no lo habían desalojado. Parecía el patio de una corrala y no de una fortaleza. Había lonas extendidas a modo de toldos, hogueras donde se asaban pescados o se calentaba el puchero, mujeres con cántaros en la cabeza, canastos con alimentos, ropa tendida, niños jugando y una algarabía de voces y conversaciones cruzadas. Más que miedo, Duarte percibía excitación. Los heridos eran, en su mayoría, marineros que habían logrado escapar de la carraca veneciana hundida por los ingleses.

—¿Por qué me buscabais, señor De Vega? —le preguntó Duarte.

—¡Ah, sargento! El duque de Medina Sidonia entró esta mañana en la ciudad y pensé que os gustaría presentarle vuestros respetos. Pero ha partido de nuevo en busca de más refuerzos. Si le es posible, volverá esta noche.

El corregidor ya se iba, pero lo invitó a acompañarlo. Se dirigía al castillo de San Felipe, en el extremo norte de la ciudad. Desde sus murallas se dominaba la entrada y el saco de la bahía, los bajíos de Los Puercos y, enfrente, El Puerto de Santa María. Podía observarse en toda su extensión a la flota inglesa y los movimientos de la escuadra de galeras, que no dejaba de hostigarla. Los cañones de San Felipe disparaban una andanada cada cierto tiempo, aunque sus disparos resultaran inofensivos.

—Estamos tratando de preparar el terreno para instalar dos cañones en la Punta de la Vaca —le informó el corregidor—, así les cerraremos el paso a la ensenada interior.

Duarte dejó al corregidor y, visto que en Cádiz no podía hacer nada, regresó andando hasta el patache. Un rápido crepúsculo

acabó con la tarde. El turquesa del cielo se transformó en cobalto y el rosado de las nubecillas en púrpura y luego en morado. La luna no había salido y la oscuridad era grande.

—¿Sabes qué harán los ingleses? —le preguntó Humberto Manso.

—Ni yo ni nadie —respondió Duarte.

—Esos se largan sin atacar, seguro —aventuró el capitán del San Jerónimo, pero erró.

Aquella noche los ingleses intentaron realizar un desembarco con lanchas en el Puntal, muy cerca de donde se hallaban ellos. La única luz provenía de las naves incendiadas que aún se mantenían a flote. El sonido del bogar de muchos remos alertó a la guardia del patache. La presencia de las lanchas no daba lugar a dudas, y Manso ordenó tirar sobre ellos con los esmeriles de cubierta. Sus disparos no dieron en el blanco, pero alertaron a los hombres de tierra y se trabó una lucha entre la compañía de arcabuceros allí apostada y los ingleses. Los fogonazos iluminaban la noche con resplandores siniestros. A su efímera claridad, Duarte trataba de desentrañar el desarrollo del combate sin conseguir hacerse una idea. Los esmeriles del San Jerónimo continuaron haciendo fuego sobre las lanchas más retrasadas, que se defendían con rociadas de balas.

—Si responden es porque les duele —apuntó con alegría Humberto Manso, resguardado tras la borda. El plomo zumbaba en todas direcciones, cortaba el aire y golpeaba la madera del casco y de los mástiles.

Mientras tanto, las voces, votos, ayes y alaridos que se oían en la orilla daban fe de la intensidad con que se peleaba. Un escuadrón de caballería salió por la Puerta del Muro. Sus cascos resonaban en las piedras de la vereda, cada vez más cerca. Los jinetes refrenaron a las monturas, echaron pie a tierra y al punto se sumaron a los defensores. El tiempo se hacía eterno. A lo lejos se oía ruido de pasos y murmullo de gente, gritos de ánimo y de venganza de una compañía de la milicia que se aproximaba al Puntal. Aquel refuerzo fue la puntilla para los ingleses que, viendo frustrado el ataque, optaron por retirarse.

Por la mañana había algunos cadáveres en la orilla, movidos por las olas o entre las rocas, pocos para lo encarnizado que había sido

el lance. Desde temprano habían estado entrando en Cádiz tropas venidas de otras villas, Conil, Vejer, Barbate y hasta de Jerez de la Frontera.

La armada inglesa, alertada por el movimiento militar, aprovechó un levante bonancible para zarpar. Sus barcos levaban anclas, soltaban el trapo y comenzaban a moverse en orden de marcha hacia la embocadura de la bahía. Se llevaban consigo seis naos apresadas. La gente apostada en la orilla lo mismo daba vítores que los maldecía y les enseñaba el puño cerrado. La escuadra de galeras siguió su estela, hostigando su retirada, hasta que se perdieron en el horizonte.

Por la tarde Duarte pudo por fin entrevistarse con el duque de Medina Sidonia, muy brevemente, pues estaba ocupado en organizar la defensa de Sanlúcar de Barrameda y el acceso a Sevilla, en comunicarse con el monarca y enviar los avisos a La Habana y Cartagena de Indias, en prevención de un ataque a la flota de Indias.

—Volvemos a encontrarnos, señor Salazar —lo saludó el duque. Se hallaba sentado entre dos almenas en el adarve del castillo, sobre el patio de armas, que se había vaciado de vecinos y había recuperado su aspecto marcial.

—Así es, su excelencia.

—Poco puedo deciros que no hayáis visto —siguió el duque. Tenía el semblante grave, en consonancia con el momento, y se le notaba cansado—. Poned al tanto al marqués de Santa Cruz de que hemos perdido dieciocho naves entre quemadas y hundidas, incluido el galeón, que era suyo, más otras seis que han sido apresadas. Una parte de la carga que llevaban estaba destinada a la armada de Lisboa, pero habrá que investigar y hacer números para tasar las pérdidas y averiguar a qué armadores corresponden. Haré que le remitan un informe detallado, pero será una labor ardua que no me compete solamente a mí. —Don Alonso de Guzmán se levantó y se sacudió el fondillo de las calzas anchas que vestía. La reunión tocaba a su fin—. No puedo dedicaros más tiempo, señor Salazar, y a través de vos a don Álvaro. Mucho me temo que esta incursión del pirata Dráquez no ha hecho más que empezar. No conocemos sus intenciones, y son muchas las plazas que debemos proteger. Id con Dios.

—También vuestra excelencia —respondió Duarte, y se pegó a la almena para permitirle el paso.

—Ah. —El duque se giró un instante en el estrecho adarve—. Alejaos de la costa cuando regreséis.

3
Algarve

La apresurada salida de Cádiz no restó méritos al éxito del ataque, o esa era la opinión del almirante, que lo celebró con largueza. Sin embargo, no todos pensaban de igual manera.

Tras Cádiz, le llegó el turno a Lagos, en el Algarve. Como no era posible cañonearla desde el mar, desembarcaron en una playa al oeste de la villa a más de mil soldados que marcharon en escuadrón con mucho ruido de clarines y fanfarrias, y mucho ondear de banderas, hasta las puertas de la población. Con aquel despliegue, Drake, que carecía de material de sitio, no pretendió sino atemorizar a los defensores para que se rindieran, pero estos, avisados de su presencia, tenían las murallas bien guarnecidas de gente y el ataque se fue en un cruce de injurias, un intercambio de disparos y unas cuantas bajas por cada bando. Viendo lo inútil del esfuerzo, y temiendo que aparecieran refuerzos de otras poblaciones, el almirante ordenó regresar a los barcos.

Antes de zarpar, Drake convocó a sus oficiales para ponerlos al tanto del siguiente objetivo de la armada, que serían las fortalezas de Sagres y del cabo San Vicente. Pero durante el consejo de guerra, el vicealmirante William Borough lo acusó de apartarse de las órdenes recibidas y de ningunearlos a todos. Tampoco creía Borough que atacar aquellas fortalezas tuviera relevancia estratégica ni sirviera para entorpecer los preparativos de la armada de Lisboa.

—Con ello no conseguiremos sino inflar vuestra arrogancia —concluyó el vicealmirante.

Se hizo el silencio. Los capitanes cruzaban entre sí miradas cautelosas. Hasta entonces nadie le había hablado en aquellos términos al almirante.

—Tened esa lengua, Borough —le respondió Drake con acritud,

y, sin embargo, accedió a darle explicaciones—. Si hemos de impedir el tránsito de barcos y suministros hacia Lisboa, ¿qué mejor lugar que ese?

—Las instrucciones de Lord Howard eran claras, y no incluían la toma de ninguna fortaleza. Más bien lo contrario, si la memoria no me falla.

—Con ellas en nuestro poder, podremos permanecer en aguas del cabo San Vicente el tiempo que nos apetezca, resguardados a su amparo —apuntó Drake, conteniendo el malestar que las palabras de su segundo le provocaban—. Cualquier embarcación o flota que se mueva entre Cádiz y Lisboa ha de pasar por allí.

—Os faltó coraje para echar el resto en Cádiz, pero os sobra para tomar una fortaleza costera. Aunque os hayan nombrado almirante, seguís siendo un pirata.

Aquellas palabras eran un desafío abierto, y Drake no podía pasarlo por alto sin que su autoridad se viese menoscabada. Los hombres formaban un amplio corro en el coronamiento de popa. Borough estaba junto a la borda de babor, de pie con las piernas abiertas, y Drake, que tenía la espalda apoyada en la de estribor, se enderezó, cruzó la cubierta y se enfrentó a su segundo. Había desaparecido la expresión relajada que solía mostrar. Sus ojos eran dagas aceradas, y la rizada cabellera y las barbas alborotadas parecían los atributos de un león. Y rugiendo como tal, echando el aliento y la saliva al rostro enrojecido de Borough, lo denostó y lo despojó de su puesto de vicealmirante y del mando del Golden Lion.

—Quedaréis bajo arresto en vuestro camarote, señor Borough —concluyó Drake, más calmado—. No deseo ver vuestra cara hasta que volvamos a Inglaterra.

—En Inglaterra nos veremos, sí, pero en los tribunales —respondió el destituido marino, con la faz pálida pero en modo alguno asustado—. Os demandaré por lo que estáis haciendo y sacaré a la luz vuestras vergüenzas.

—Llevaos de aquí a este patán.

John Trenton regresó a su pinaza con mal sabor de boca. Las disensiones entre los superiores no eran de su gusto. Estaba acostumbrado a ellas, claro, y las había vivido en numerosas ocasiones, pero se trataba de navíos piratas, no de una armada de la reina. Tampoco le gustaba lo que veía en el almirante. Cuanto más

lo conocía, menos lo admiraba. Veía asomarse al hombre codicioso, interesado en engrosar su bolsillo y aumentar su nombradía. Pero era Drake, el marino que saqueó el Caribe y circunnavegó el orbe, agraciado por la fortuna, respetado por todos y estimado por la reina. A su estela prosperaría. Lo demás no importaba.

El extremo sudoccidental de la península ibérica se compone, en realidad, de dos cabos: el de Sagres y el de San Vicente, cada cual con su fortaleza. La primera estaba situada en una punta cortada sobre el mar, con caletas recogidas y rocosas a sus pies. El almirante recaló en una que quedaba desenfilada de las baterías portuguesas. La tropa desembarcada ascendió por el empinado cauce de un torrente, cruzó un terreno baldío y llegó frente a la fortaleza. La muralla iba de lado a lado del cabo y tenía unas doscientas varas de longitud, la altura de siete hombres y una única puerta en el centro.

Los ingleses fabricaron frente a la muralla un parapeto provisional con troncos, piedras y fajina, y durante un buen rato se dedicaron a intercambiar nutridas rociadas de arcabucería y mosquetería con los defensores, cuyos cañones, por fortuna, estaban emplazados sobre las paredes del acantilado y miraban todos al mar.

Drake vio que los portugueses resistirían mientras tuviesen munición y le ordenó a Trenton que reuniera una partida de cincuenta hombres y quemara la puerta. A este la maniobra le pareció muy arriesgada, pese a la promesa del almirante de cubrirlos mientras se aproximaban a la muralla, pero una orden era una orden y debía obedecerla. Se despojó, pues, de la ropilla y del jubón, entresacó a los hombres más rápidos de varias compañías y los puso a recoger leña y hacer haces detrás de sus líneas. Él, mientras tanto, se encargó de conseguir un barril de brea y varios baldes y de preparar una docena de antorchas. Cuando todo estuvo listo, avisó al almirante.

—Así me gusta, capitán. Los arcabuceros hace un rato que están preparados —respondió sir Francis con alegría. Era evidente que su vida no iba a estar en juego.

Trenton designó a los hombres que habrían de llevar los haces, los baldes y las antorchas, y les explicó a los últimos que irían detrás de los demás. Él no quiso escurrir el bulto y cargó con su brazada correspondiente. Tenía las piernas largas y se consideraba

un hombre veloz.

—¿Está todo claro? —preguntó a sus hombres, que le respondieron con monosílabos o simples movimientos de cabeza. Ninguno se mostraba entusiasmado con el cometido—. ¡Adelante! —gritó, y abandonó el parapeto y corrió hacia la puerta haciendo eses.

El terreno no era completamente llano, y tenía que esquivar piedras, hoyos y matojos. La leña pesaba cada vez más y el sudor se deslizaba por su frente y hacía que le escocieran los ojos. Los cien pasos que lo separaban de la muralla se le antojaban eternos. Pese al apoyo de sus tiradores, los portugueses se las arreglaban para hacer fuego, y Trenton sintió zumbar sus balas muy cerca. Alcanzó la puerta al fin, dejó la carga de leña y se dio la vuelta. A sus lados, los hombres corrían como si los persiguiera el diablo. Llegó hasta sus líneas, saltó sobre el parapeto y se tumbó entre la hierba, jadeante y con los pulmones a punto de reventar. Cuando logró acompasar la respiración miró hacia detrás.

Habían conseguido acumular una cantidad considerable de leña a costa de perder a varios hombres, cuyos cuerpos salteaban el terreno. Se preguntaba Trenton si el sacrificio habría valido la pena cuando una bandera blanca comenzó a ondear sobre la muralla. Bien porque estuvieran quedándose sin municiones, bien porque temieran que la estrategia de los ingleses diera resultado, los defensores se decidieron a parlamentar y en poco tiempo formalizaron un acuerdo: depondrían las armas a cambio de que les permitieran abandonar la fortaleza con sus familias y los enseres que pudieran llevar a cuestas.

Por la tarde, los ingleses se habían adueñado de la fortaleza, apropiado de todo lo de valor que hallaron en ella, profanado y quemado la pequeña iglesia y saqueado los alrededores, aunque con escaso resultado, pues era una tierra pobre y poco poblada. Las nueve piezas de artillería de los portugueses las descolgaron con sogas por el acantilado. Al día siguiente, prosiguieron por tierra y tomaron la fortaleza de San Vicente, abandonada por sus defensores.

Mientras se dedicaban a tomar aquellas posiciones, la Speedwell capturó a un mercante que se dirigía a las islas Canarias, y Morley, que había permanecido al mando mientras Trenton estaba en tierra,

se guardó para sí a una pasajera a la que maniató y encerró en su cámara, donde había pasado un par de noches gozando de ella. Trenton, cuando lo supo, le ordenó que la soltara. Se trataba de una mujer madura, pero que se conservaba lozana. Tenía la piel trigueña, el pelo castaño y una expresión de horror pintada en el rostro. En las muñecas podían verse las marcas de las ligaduras. Era evidente que había intentado soltarse. En uno de los ojos tenía un moratón que se le extendía por el pómulo.

—Señor Morley, vos y yo vamos a tener un serio problema —le dijo Trenton, conteniéndose. La vista de aquella mujer le revolvía las entrañas. La veía a ella, pero era su esposa en quien pensaba—. No sé con qué capitanes habréis navegado, pero en esta nao se respeta a los prisioneros. Vais a pedirle perdón por vuestros modales y a indemnizarla con cincuenta libras.

—Jamás me disculparé con una ramera española. Debería alegrarse por que no la haya compartido con la tripulación.

Trenton apretó los labios en una mueca que quiso parecer una sonrisa.

—Desobedecer al capitán es una falta que no voy a permitir —dijo, y a continuación mandó a sus hombres que lo apresaran, le quitaran la camisa y lo amarraran en el cabrestante del combés, donde el verdugo lo azotó hasta que accedió a disculparse con la prisionera.

—Acompañadlo a su cabina y que os dé las cincuenta libras —les ordenó a dos marineros. Cuando estuvieron de vuelta, le entregó la bolsa a la mujer y se encargó de que la llevaran a tierra en el batel. Con aquella acción se había ganado un enemigo, pero le daba igual. Morley era un perro que sólo entendía el lenguaje del palo.

En San Vicente, unos simpatizantes del Prior do Crato lograron establecer contacto con ellos y los pusieron al corriente de que en Lisboa las fuerzas navales disponibles eran escasas. Ante tales noticias, Drake decidió ir hacia allá. Para disimular el abandono de las fortalezas recién conquistadas, y que nadie recordara las palabras de William Borough, en la junta de capitanes presentó el asunto como un golpe de audacia.

—Iremos a buscar a Bazán a su propia madriguera. Veremos si es tan fiero ese león como lo pintan —anunció con mucha guasa a sus capitanes, que le dedicaron un admirado aplauso.

La flota enrumbó al norte y en dos días alcanzó la altura del cabo Espichel, al sur de Lisboa, donde abordaron una pequeña carabela para hacerse con un práctico que conociera los bancos de arena que se formaban en la desembocadura del Tajo. El práctico, al ser interrogado, les confirmó lo que les había dicho la gente del Prior: en Lisboa había una escuadra de galeras y treinta navíos, pero la mayoría a medio aderezar. Al que tenía tripulación le faltaba artillería, los que disponían de cañones carecían de pólvora y los que contaban con armamento y suministros necesitaban tripulantes.

—¿Y el resto de su gran armada? —le preguntó Drake, entre burlón y desconfiado. Pero el hombre le respondió que había varias flotillas fuera de Lisboa, en misiones de descubierta o protegiendo convoyes mercantes.

Cerca de la ciudad, les salió al paso la escuadra de galeras, que siguió su derrota en paralelo. Drake sobrepasó la desembocadura del río y surgió más al norte, junto a Cascais. El principal peligro de las galeras era su movilidad, de modo que el almirante ordenó formar en rodela y montó, durante toda la noche, una guardia perimetral con lanchas y bateles. Por la mañana se aproximaron a Lisboa por el norte, para evitar el banco más peligroso, hasta el castillo de San Julián, en la misma entrada del estuario, donde las galeras se les adelantaron y les cerraron el paso. Drake se burló de la actitud defensiva de los españoles.

—¿Dónde están sus temidos galeones? ¿Por qué no salen a presentar batalla? —preguntaba a sus oficiales, y se despachaba con grandes carcajadas—. Vamos a darles una lección —comentó después, pero al acercarse más a las galeras y divisar las armas de Bazán sobre la capitana cambió de opinión.

Se mantuvo un día más dando bordadas frente al estuario, entre Cascais y el cabo Espichel, con las galeras constantemente a la vista, y cuando el viento roló al primer cuadrante mandó enrumbar al sur y enfilar de nuevo al golfo de Cádiz.

Trenton comprendió que Drake no había tenido nunca intención de atacar Lisboa o, si en algún momento la tuvo, la abandonó en cuanto comprendió que tendría que enfrentarse a un oponente tan correoso como Bazán.

Una noche, el Golden Lion desertó. Borough, con ayuda de algunos de sus oficiales, había conseguido escapar de su arresto y

convencer a su tripulación de que abandonara las improvisadas andanzas del almirante.

Drake montó en cólera al enterarse del suceso. No quería que ninguna noticia llegara a Londres antes que él, pero no tuvo ocasión de organizar su persecución, pues ese mismo día el mar comenzó a alborotarse y tomar un aspecto siniestro, el viento soplaba cada vez con más fuerza y en pocas horas se les echó encima un temporal que el Elizabeth Bonaventure corrió con muy poca vela hacia el noroeste y Trenton decidió seguir su estela. Cuando el mal tiempo se alejó y el sol asomó con timidez entre las nubes, la armada de treinta naves se había dispersado y visto reducida a una escuadra de nueve. En una breve junta Drake les indicó a sus capitanes que se dirigirían a las Azores.

—¿Y el resto de la armada? —preguntó uno de ellos—. ¿No intentaréis reagruparla?

—Son hombres crecidos que no necesitan niñera —fue la esquiva respuesta que recibió.

4
Saint James

Isabel iba por su cuarto mes de embarazo, y, a pesar de lo mucho que deseaba tener aquel hijo, no era capaz de disfrutarlo plenamente. Lo que debería ser una etapa de alegría y esperanza se estaba convirtiendo en un sinvivir. En especial desde que Jinny le refirió la conversación que había alcanzado a oír entre la señora Gardiner y su hijo Michael.

—La puerta de la sala es gruesa, señora, y sus voces me llegaban bastante apagadas —le había revelado la sirvienta—. En realidad, si no hubieran pronunciado vuestro nombre, no me habría dado cuenta de lo que hablaban. Pero eso me alertó, y pegué la oreja a la madera. Ay, Virgen, el nacimiento de ese hijo que esperáis perjudica al señor Michael, y propuso denunciarnos por papistas, a vos y a mí, señora, pero su madre lo desaconsejó. No quería que un asunto religioso salpicara a vuestro esposo.

—¿Qué más oíste?

—Sólo lo que os he contado. El cuerpo me temblaba como

tocino tierno y las piernas apenas me sostenían por temor a que alguien me descubriera, de modo que llamé a la puerta y al punto se callaron.

La confidencia de su sirvienta le había causado una gran desazón. Vivía en un estado de alerta permanente y se sentía una prisionera en aquella casa. Desconfiaba de todos. Las paredes, los muebles y las estancias se le hacían desagradables, la misma casa parecía exudar un hálito siniestro. Se sentía vigilada, observada y examinada. Tenía miedo de hablar y también de callar, cualquier tema se le figuraba comprometido o resbaladizo, las miradas que le dirigían, suspicaces, y las sonrisas, hipócritas. Tan asustada estaba, por ella misma y por Jinny, que había desistido de acudir a más misas.

Y todo ello a pesar de que en las últimas semanas la actitud de su suegra se había vuelto más cordial. En lugar de llamar a una matrona para que la reconociese, trajo a Saint James a un médico de Portsmouth, quizá inquieta por el malestar que el embarazo le estaba causando a su nuera. Esta tenía náuseas al levantarse, y a duras penas le entraban los caldos que le preparaba la cocinera. El doctor Edwards era un hombre robusto y rubicundo, con algunas canas en la abundante cabellera, y después de examinarla diagnosticó que se trataba de una preñez difícil, empeorada por los malos humores de la melancolía. Le prescribió caldo con gordura, hígado de cerdo o higadillos de gallina y tisanas de hierba luisa. También le practicó una sangría en la vena de todo el cuerpo que la dejó exangüe.

Isabel no notó ninguna mejoría tras la visita del doctor. Lo único en lo que el médico acertó fue en su estado de melancolía. La prolongada ausencia de John no le hacía ningún bien. No había tenido noticias suyas en varios meses, y aguardaba su llegada como al santo advenimiento. Poco antes de que la armada de Drake zarpara de Plymouth, John le envió una carta en la que se lamentaba de no haber podido hacer escala en Portsmouth. Era breve y concisa, como su carácter, pero le sacó algunas lágrimas. Y desde entonces, nada. ¿Qué habría sido de la expedición? ¿Estaría a salvo? Su inquietud era tan grande que se animó a preguntarle a Mary, pero esta le contestó que nada sabían de él.

El final de la primavera estaba resultando lluvioso y desapacible,

con días grises y tristes que la obligaban a permanecer en casa y ver caer el agua desde las ventanas. Pese a ello, cuando la mansión se le venía encima, Isabel salía a dar un paseo por el jardín o por los alrededores del antiguo priorato. Después regresaba agotada pero contenta y se sentaba en una mecedora, frente al fuego que ardía en la gran chimenea del salón, sin hacer caso de las protestas de Sarah Gardiner.

—Debes cuidarte, querida. Estás muy débil, y esos paseos te producirán un enfriamiento. No nos gustaría quedarnos sin el nuevo nietecito que llevas en el vientre.

Michael y su familia llegaron a Saint James para pasar varios días. Margaret, su esposa, la trató con la indiferencia habitual, pero Michael se mostró sonriente, obsequioso y charlatán. Cuando se lo proponía podía ser un hombre muy agradable. ¿Qué se traería entre manos? Isabel no se fiaba de él, y procuraba no bajar la guardia.

Una mañana que despuntó con los cielos despejados y el aire claro y limpio, Michael se le acercó mientras ella jugaba con los dos hijos de su cuñado, el único consuelo que le producía la presencia de aquel matrimonio, en especial con el mayor, un niño serio y de mirar inteligente que la seguía a donde fuera y le preguntaba sobre cualquier tema. Isabel le estaba cogiendo cariño, y el niño a ella, aunque únicamente lo demostraba cuando estaban solos.

—Demos un paseo, Lizzie —le dijo Michael con voz alegre—. Hay que aprovechar este respiro que nos ha dado el mal tiempo.

Isabel decidió aceptar la inesperada invitación y seguirle el juego. Quizá le diera alguna pista sobre sus intenciones.

—Tengo entendido que tu tierra es seca y calurosa.

—En Veracruz siempre hace calor, pero la mitad del año llueve mucho. No esta lluvia de aquí, sino grandes tormentas en las que da la sensación de que el cielo se vaya a venir abajo.

—¿Y los otros seis meses?

—No cae una gota. Se secan el pasto, los animales y los caminos. El polvo se adueña de todo, dentro y fuera de las casas, hasta de la comida. ¿Qué te parece?

La amigable conversación se prolongó durante un rato. Habían salido del jardín y habían tomado el camino que conducía a Portsmouth. Pese al mantenimiento que se le daba, estaba resbaladizo y lleno de charcos, y al cabo de un rato Isabel tenía el

calzado mojado y los bajos de su vestido, sucios de barro.

—Imagino que sigues siendo fiel al credo de Roma —le preguntó de repente su cuñado—, al menos en el fondo de tu corazón.

Isabel se detuvo y lo miró sonriente. Se habían terminado los preliminares.

—A la gente rara vez le gusta hablar de lo que hay en el fondo de su corazón. Tampoco a ti, supongo.

Michael hizo un gesto con la mano, descartando responder al comentario.

—Mi hermana se ha esforzado en abrirte los ojos y traerte a la fe de la reforma, pero tú no estás correspondiendo a sus afanes.

—¿Es lo que te ha contado Mary?

—Y eso no es bueno, Lizzie —prosiguió Michael sin atender a sus palabras—. Los papistas no dejan de conspirar contra la reina, como esa perra de la Estuardo.

—No sé quién es esa mujer.

—Una traidora. Y una papista. Por fortuna fue descubierta a tiempo y decapitada. Esa es la justicia de Inglaterra. También tú podrías ser acusada de traición.

—Para acusar hace falta un delito.

—Sé que has asistido a misas clandestinas, querida.

—Pues te han informado mal, cuñado. —No pensaba ser sincera con aquel hombre ni iba a dejar que le sacara un adarme de información.

—Me temo que no.

Pese a la gravedad de lo que hablaban, la conversación transcurría en un tono moderado y apacible, como si estuvieran tratando un asunto de lo más trivial. Si esos eran los términos en los que quería litigar Michael, así lo harían, aunque mantener aquel duelo dialéctico la agotaba más que dar veinte paseos.

—Aquí nadie me tiene simpatía, hermano. Os pusisteis en mi contra desde el primer momento sólo por ser española, sin concederme el beneficio de la duda. Es una actitud muy poco cristiana.

—Oh, no. Algunas amistades has hecho. No las más apropiadas, desde luego. Pero nos estamos alejando del punto. Me preocupa que alguien te denuncie, ya sea por patriotismo, celo religioso o simple inquina. Todas las denuncias contra la Reforma son investigadas,

incluso las anónimas, y no me gustaría que fueras apresada y sometida a juicio.

—Me llega al alma tu preocupación, Michael —dijo Isabel poniendo una mano sobre su brazo—. Pero estoy segura de que, en caso de ocurrir, Jehová no lo permita, John removería mar y tierra para demostrar mi inocencia y liberarme. Y no creo que dejase sin castigo al felón que lo hiciere.

—Ese es el otro asunto que me inquieta, Lizzie. No he querido decírtelo antes para no causarte más pesadumbre, pero me temo que no hay buenas noticias sobre John. Sé que en el ataque a Cádiz los tuyos se defendieron con la crueldad que los caracteriza y nos causaron numerosas bajas. La armada del almirante fue dispersada, y se encuentra en paradero desconocido.

Aquella noticia la cogió desprevenida. Por más en guardia que estuviera, Isabel no fue capaz de controlar el repentino desasosiego que la invadió. La idea de que le pudiera pasar algo a su esposo la aterraba.

—¿Cómo has sabido eso?

—William Borough, el vicealmirante de Drake, ha regresado a Inglaterra a bordo de uno de los galeones y ha traído nuevas muy desalentadoras. Su tripulación estaba agotada por las penalidades y enferma de peste.

—¡De peste! —Isabel se llevó las manos al rostro. Sabía el terrible efecto de las epidemias a bordo. John las temía más que a cualquier enemigo. ¿Pero sería cierto lo que le estaba contando su cuñado?

—Comprenderás ahora mi preocupación —dijo Michael con expresión abatida y voz doliente, como un buen fariseo—. Si a John le ocurriera algo, no podría ayudarte. Y en tu estado, Lizzie, una mazmorra sería fatal. Lo mejor será que te alejes un tiempo de Saint James y vengas con nosotros, mientras se sepan más noticias de la armada.

—¿Ir yo a Southampton?

—¿No te agrada la idea? Margaret te tiene en mucha estima y mis hijos te adoran. Estarás bien con nosotros, y más segura.

Tras muchas vueltas, por fin había descubierto Michael su jugada. Se trataba de sacarla de Saint James. ¿Por qué?

—Basta ya de juegos. Tu esposa me aprecia lo que un gato a un

ratón, y tampoco tú lo haces. El riesgo que corro de ser acusada de papista no creo que sea menor en Southampton que en Saint James. Y aquí, como dijiste, al menos tengo algún amigo. Esperaré a John. Mi corazón me dice que no le ha pasado nada, que lo veré pronto.

Isabel no tenía mucha confianza en lo que decía, pero no quería dejarlo entrever. Y mucho menos, prestarse a los manejos de Michael, fueran estos cuales fuesen.

—Te equivocas conmigo. Yo estoy de tu lado. Hasta podría intentar buscarte pasaje en un navío que te llevara a España.

España. El pensamiento le jugó una mala pasada. ¿Qué sabía ella de España, si nunca había estado allí? Los piratas no le habían dejado llegar. Tenía dos tíos a los que no conocía, y tal vez un hermano, del que no sabía nada desde el aciago día en que se hundió la Virgen de las Nieves. ¿Qué sería de Gabriel? ¿Habría logrado escapar o habría caído en manos de los piratas? ¿Estaría vivo? Le había dado tantas vueltas a su posible ventura que había agotado los pensamientos. Pero no. Contemplar esa posibilidad significaba ponerse por completo en manos de su cuñado.

—¿Por qué quieres que me vaya de aquí a toda costa?

Michael señaló su vientre con el dedo.

—Ese hijo tuyo desheredará a los míos —dijo con dureza—. Y no lo voy a permitir. No sin luchar.

—No saldré de Saint James, Michael, y menos contigo.

Michel abandonó la actitud amigable que había mantenido hasta entonces. Quitadas las máscaras, no tenía necesidad de fingir más. Dos días después de haber mantenido aquella conversación regresó a Southampton con su familia. Su partida resultó un alivio para Isabel, pese a las amenazas que había dejado suspendidas sobre su cabeza. ¿Y su suegra? ¿Estaría al tanto del juego de Michael? Isabel tenía sus dudas. Sarah Gardiner no la quería en absoluto, eso era evidente, pero el fruto que llevaba en su vientre era de John, su hijo predilecto. Quizá ese pensamiento la hubiera hecho recapacitar y preocuparse más por su salud, que continuaba siendo delicada.

A medida que la preñez avanzaba se sentía más débil e indispuesta. Por más deseos que tuviera de dejar el lecho y mostrarse activa, su cuerpo le decía que no. Y no era sólo la desgana. Cuando se desnudaba para cambiarse la ropa o para lavarse observaba lo delgada que estaba. Los brazos no eran más

anchos que ramas nuevas, sus piernas parecían brazos y las costillas se le marcaban tanto que habría podido contarlas todas sin equivocarse. La tripa, cada vez más crecida, asemejaba una vejiga redonda e hinchada bajo el pellejo.

Para no dejarse ganar por negros pensamientos, dio en leer pasajes de la biblia de Tyndale. Aquel gesto pareció ganarle de nuevo la simpatía de Mary, que se ofreció a leer para ella cuando se notase más desganada. Isabel no se opuso, y, sentada junto a la pequeña chimenea de la habitación, se complacía en escucharla. Lo cierto era que su cuñada tenía una voz agradable y no se le hacían pesadas las lecturas.

Tras la ventana, la campiña se alegraba con la caricia del sol, que sacaba brillo a los verdes y lustre a las flores. Los pájaros del jardín llenaban el ambiente con sus gorjeos y el ajetreo de los animales del corral le recordaba a su casa en la lejana Veracruz.

5
Canal de la Mancha

Eva y Gabriel tuvieron una discusión acerca de su próxima campaña.

Desde que se asociaron habían operado siempre entre el mar del Norte y el Báltico con buenos resultados, teniendo en cuenta los peligros que entrañaba el corso. No podían quejarse. De seguir por ese camino, pronto podrían considerarse ricos.

Sin embargo, cuando supieron que una fuerte armada inglesa había zarpado de Plymouth, a Gabriel le pareció una magnífica ocasión para operar en las aguas del canal de la Mancha, que habría quedado huérfano de defensas. La idea no gustó a la sueca. ¿Por qué cambiar algo que funcionaba bien? Pero Gabriel se cargó de razones, convenció a los suyos, convenció incluso a Dewulf y entre todos hicieron que Eva Falk accediese.

Trazaron un plan que consistía en apostarse con el filibote y la fragata a suficiente distancia de la costa inglesa como para no ser divisados, mientras que la zabra, de aspecto más inofensivo, fingía faenar en los alrededores de los puertos a la espera de una presa adecuada. Gracias a esta estrategia lograron hacerse con una nao

que salía de Poole cargada hasta la borda de sal para las factorías pesqueras de las Provincias Unidas, pero de camino a Dunquerque tuvieron un inesperado encuentro con una escuadrilla de siete naves que los obligó a abandonar la rica presa y refugiarse en una pequeña caleta de la isla de Wight, orientada al este y con algunos bancos en su embocadura. Combatir allí dentro perjudicaba a los ingleses, que prefirieron bloquear la entrada y mandar aviso a la guarnición más cercana para que los atacara desde tierra y los obligara a salir.

—Por todos los santos, l'Avide, mira a dónde nos han traído tus ideas. —Eva lo llamaba de esa manera en ocasiones especiales—. ¿De modo que no había navíos ingleses en el canal?

—Este oficio es peligroso. Pero saldremos adelante, como siempre. Sólo hemos tenido un golpe de mala suerte.

—Que podíamos haber evitado. Ahora tendremos que combatir con un enemigo muy superior.

—No será necesario —dijo Gabriel con mucha cachaza.

—¡Claro que lo será! —chilló ella al tiempo que se llevaba las manos a las sienes—. Y cuanto más lo demoremos, peor nos irá. Hemos pasado dos días aquí encerrados, y no tardarán en engrosar su flota o enviar refuerzos desde tierra.

Se hallaban ambos en el alcázar de la fragata, solos. Los navíos estaban fondeados en el centro de la caleta, con una banda mirando a la embocadura y la otra, a tierra. Grupos de curiosos isleños llevaban todo el día observándolos desde lo alto de los acantilados o desde las pequeñas franjas arenosas que había al pie de ellos.

—Eva, a veces la furia te nubla el juicio. Nuestra mejor baza es esperar una noche sin luna y burlar su bloqueo.

—Si esa es tu estrategia, ya podemos ponernos todos a rezar.

La sueca pidió el batel y se marchó muy airada a su filibote, pero los rezos, si los hubo, debieron de ser escuchados por el Creador, porque aquella misma noche se desató un temporal que azotó las aguas del canal durante tres días con sus noches. En el interior de la caleta, los corsarios soportaron sus embestidas con las anclas aferradas en un fondo de piedra y rocas. El viento aullaba entre los roquedales de la orilla y doblaba las copas de los árboles

hasta desarraigarlos, las aguas hervían como si los fuegos del averno las calentasen por debajo, pero el resguardo de los acantilados era eficaz. Sólo la zabra garreó de su surgidero, y fue necesario sacar de la bodega el ancla de respeto para fijarla al fondo.

Fuera, sin embargo, la escuadra de bloqueo sufrió toda la violencia de la borrasca. Se alzaban olas como montañas que estallaban violentamente contra la escarpada costa y soltaban rociones de espuma que se adentraban más de un cable en tierra. Cuando amainó, sólo quedaban a la vista tres navíos desperdigados y bastante maltratados. El resto o había zozobrado o había buscado refugio en el canal del Solent, al otro lado de la isla de Wight.

—Ahora es la nuestra —dijo Gabriel, y dio orden de salir de la caleta y atacar a los dos barcos ingleses más cercanos.

A Eva Falk, que era refractaria a desgastarse en combates navales, la envió contra el más pequeño mientras que la Atrevida y la Portuguesa se dirigieron hacia una nave de mayor porte y bien artillada, aunque al acercarse a ella se dieron cuenta de que algunos de los cañones estaban destrincados, la jarcia y arboladura en mal estado y su tripulación agotada. Les largaron un par de andanadas con las baterías de babor, y el capitán inglés, al ver que el tercer navío de bloqueo, lejos a sotavento, no hacía intención de socorrerlo, mandó izar bandera blanca y se rindió. Gabriel y Laiseca subieron a bordo y se encontraron sobre la cubierta del Grace of God, que tal era su desafortunado nombre, a una decena de bajas, entre muertos y heridos. La escaramuza, si bien breve, se había cobrado su cuota de sangre.

Poco después, cuando el sol comenzaba a aparecer entre jirones de nubes, se reunieron con el filibote, que portaba a remolque su presa. A los prisioneros no los desembarcaron en la tierra más próxima, como otras veces, sino que los encerraron en la bodega de una de las presas, con guardia armada, y los llevaron consigo. Se trataba de prisioneros de guerra, y podrían servir para futuros intercambios. En Dunquerque hicieron una entrada triunfal. La captura de buques de guerra era un hecho infrecuente que generaba admiración entre la gente de mar, daba prestigio ante los demás corsarios y se recompensaba bien por las autoridades militares. Pero el mayor premio fue para Dewulf, a quien Gabriel le entregó el

Grace of God en resarcimiento por la pérdida de su filibote.

Parte de los cañones capturados la emplearon en mejorar su dotación y el resto se depositó en el arsenal real. Las piezas de artillería eran un bien costoso y muy demandado en Flandes, ya que la mayoría de barcos siempre iban escasos de ellas.

Gabriel, sin embargo, necesitaba un nuevo barbero a bordo, para reemplazar al que había muerto, y en este asunto los servicios del señor Agea le fueron de gran utilidad. El valenciano le presentó a un cirujano militar que había quedado cojo a causa de una herida y, sintiéndose inútil en la infantería, buscaba abrirse camino en la marina. Garcés Serrano era un hombre de más de cuarenta años, bragado, alegre y charlatán irredento con el que Gabriel se entendió a la perfección desde el principio.

Antes de volver a hacerse a la mar, Gabriel se encontró con un viejo conocido.

Se había convertido en una costumbre no escrita pasar la tarde anterior a cada nueva campaña en la taberna de El Gran Caimán, donde Boucher los regalaba con una sabrosa cena de despedida. Se cerró la tarde y se vino el ocaso y la velada se prolongó en una alegre sobremesa al amor de unas cuantas jarras de vino. Ya entrada la noche, el grupo se fue deshaciendo. Primero desfilaron Vermeulen y Dewulf, que desde que se supo capitán del Grace of God había cambiado su actitud hacia Gabriel. No se había vuelto más sociable, pero sí menos áspero. Después le tocó el turno a Laiseca y más tarde, a Mahagüini. Los parroquianos de la taberna también se habían marchado, excepto un borrachín solitario que no dejaba de trasegar vino barato. La última jarra que pidió se la negó Boucher, que estaba negociando con Hilde una retirada conjunta, y el hombre se levantó de mala gana y se deshizo en quejas mientras se dirigía, un poco trastabillante, hacia la puerta. Entonces Gabriel se fijó en él y lo reconoció.

—Juan Ugalde —exclamó.

—No os conozco, señor.

—Soy Gabriel, hijo de Santiago del Puerto y hermano de Isabel.

El hombre pareció haber sido alcanzado por una bala de mosquete. Le lanzó una mirada furtiva y se retrajo sobre sí mismo.

Juan Ugalde, el mejor piloto de su padre, iba a bordo de la Virgen de las Nieves cuando fue atacada por los piratas. Durante

aquel desventurado viaje, Gabriel había tenido sus más y sus menos con Ugalde por cuestiones de mandos y atribuciones, casi todos por culpa del primero, que en aquella época era un joven petimetre muy pagado de sí mismo.

—En las Azores me encontré con Sackfield y me dijo que os habíais sumado a su tripulación.

—¿Thomas Sackfield? ¿Qué es de él? —La mención del pirata espabiló a Ugalde.

—Murió durante la batalla de San Miguel. Y yo suponía que vos también.

—Pues aquí estoy.

Gabriel le señaló una silla vacía y Juan Ugalde se sentó en ella. Un par de candiles iluminaban pobremente la taberna. Las palomillas de la luz hacían torpes piruetas a su alrededor, ignorantes del peligro.

—¿Y qué es de vuestra vida?

—Me dedico a trampear por estos puertos. Me empleo de lo que surge y donde surge.

—Ya —comentó Gabriel antes de entrar en materia—. ¿Qué ocurrió después de que hundieran la nao de mi padre? ¿Qué le sucedió a mi hermana Isabel a bordo del Black Crow?

Boucher, su compañera y Eva Falk atendían con curiosidad a la inesperada conversación. Ugalde se lamió los labios, demasiado resecos por el exceso de vino. Le costaba fijar la vista en las personas y objetos que lo rodeaban y prefirió dejarla perdida en la oscuridad circundante.

—Apenas una docena nos salvamos del naufragio, y sólo cinco sobrevivimos a las atrocidades de aquellos salvajes —dijo por fin—. No voy a contaros los sufrimientos que padecieron vuestra hermana y Elvira.

—Elvira —repitió Gabriel como un eco. Hacía años que no pensaba en aquella mujer que durante un tiempo fue su amante.

—Elvira pasó por las manos de toda la tripulación y fue abandonada en Puerto Rico, enferma del mal francés. A vuestra hermana, a la postre, le fue mejor, porque un oficial se encaprichó de ella y se la reservó para su goce particular. —Se percibía resentimiento en sus palabras—. Un hombre amargado y serio llamado John Trenton —añadió.

—Os gustaba Isabel, ¿no era así? —dijo Gabriel—. Y quizá vos a ella también.

Ugalde le lanzó una mirada extraña y lejana, como si viniera de un pasado olvidado y de un hombre que ya no existía.

—¿Qué más da?

—¿Qué hicisteis por ayudarla?

—Había poco que yo pudiera hacer —se disculpó el antiguo piloto—. A los hombres nos trataron como a esclavos; nos apaleaban, nos daban de comer sus desperdicios, nos obligaban a trabajar hasta la extenuación y por la noche nos amarraban en cubierta. Al cabo del tiempo, y de arrastrar una vida más miserable que la más miserable de las alimañas, Sackfield se enteró de que yo había sido piloto en los mares tropicales y comenzó a requerirme para que lo guiase por los pasos más difíciles. Me llamaba «amigo español» y me consideraba una especie de bufón. Hasta que en una escala que hicimos en Londres abandoné a Sackfield y me embarqué en otro navío. Desde entonces he malvivido de marinero en bajeles ingleses, franceses o flamencos.

—¿Y mi hermana?

—Ella desembarcó con su oficial, en Bretaña, creo.

—¿Por qué no habéis vuelto a vuestra tierra?

—Por vergüenza. ¿Qué ocurrió con vuestro barco, la Golondrina? —se atrevió a preguntar Ugalde—. ¿Lograsteis huir?

—No —respondió escuetamente Gabriel. Miró rápidamente a Boucher y le guiñó un ojo.

—Os veo muy cambiado, señor Del Puerto. De no haberme llamado, jamás os habría reconocido.

—Me dedico a hacer corso por cuenta de la Corona. En mi barco hay un puesto para vos.

Gabriel le ofreció el trabajo por lástima y cierta obligación moral: era un hombre al que su padre había apreciado mucho. Pero también por interés: no conocía personalmente a Trenton, pero aquel desgraciado sí. Y le pareció que no le había contado toda la verdad.

—Os aguardo al amanecer en la Portuguesa. Si estáis allí, sabré que habéis aceptado, Juan Ugalde.

Al salir de la taberna, de camino a Las Tres Grullas, Eva Falk enlazó su brazo con el de Gabriel. La noche era fresca, y se

arrebujaba en una capa oscura que cubría sus ropajes.

—De modo que tienes una hermana —dijo con retintín.

—Tengo varios hermanos.

—Pero es a Isabel a quien buscas —dijo ella, sin dejarse despistar—. Encierras muy bien tus secretos, señor Duport. —Y se ciñó más a él.

XIII

1
LONDRES

Marcia había seguido cultivando la amistad del señor Dobson. Era un hombre con muchos contactos en la corte, lo que lo convertía en una excelente fuente de información, además de una persona entretenida que sabía disfrutar y hacer disfrutar a quienes lo rodeaban. Los rumores que corrían acerca de él eran muchos, y en la casa de los Lancastre no se recataban de comentarlos.

—Ese hombre es famoso por sus amantes, Marcia —le había dicho en más de una ocasión Geraldo—. Más vale que te guardes de su compañía.

—Soy prácticamente una viuda, hermano, y lo único que arriesgo es mi reputación.

—Y la de la familia.

Dobson había invitado a Marcia en numerosas ocasiones y ella había aceptado sólo en algunas, casi siempre en compañía de terceros. No quería resultar una presa fácil, aunque el hombre, con su galantería y buena presencia, no le resultaba en absoluto desagradable. El trato entre ambos se había situado en un cordial asedio que Marcia atajaba con amable complacencia. En ese clima de familiaridad Dobson deslizaba, de tanto en cuanto, entre bromas y piropos, alguna información interesante sobre el desarrollo de la guerra. A través de él supo que Drake había trasladado sus correrías a las Azores y que su armada se había dislocado en escuadras menores.

En medio de aquel juego festivo y peligroso, Marcia tenía presentes las palabras de Zarco y no perdía de vista su intención de encontrarse con Isabel. Después de meditar sobre el asunto se le ocurrió organizar una visita a Portsmouth, cuyo clima, le habían asegurado, era más agradable que el de Londres. La primera

persona a quien comentó la idea fue Joao, y al joven le gustó, pues le permitiría echar un ojo al movimiento naval en aquel puerto. Convenció después a los Lancastre, que a su vez arrastraron a Geraldo y a Fátima. Pero si quería que en Saint James les abrieran las puertas y los recibieran bien, necesitaba a alguien como Dobson. Y este aceptó encantado.

—Estimada Marcia, no imagináis cuánto he deseado un gesto vuestro, por mínimo que fuera. Saber que no os soy del todo indiferente es el mayor de los regalos.

—Parad el carro, caballero. No os estoy invitando a mi lecho, sino a una excursión por tierras más soleadas. Ya sabéis que los meridionales necesitamos del sol para florecer.

—Una mujer como vos sólo necesita un poco de riego para florecer, mi señora —dijo Dobson con intención. La mención del lecho parecía haberlo estimulado aún más. Se puso a su entera disposición, se negó a que utilizaran coches de alquiler teniendo él dos propios y solicitó su permiso para invitar a un buen amigo y para organizar la ruta, ya que había viajado varias veces a los puertos del canal de la Mancha y conocía las posadas del camino. Marcia aceptó su colaboración con una amplia sonrisa, pero le impuso la condición de visitar Saint James.

—Conocí hace tiempo a la esposa de vuestro amigo Trenton y me gustaría saludarla.

—John está embarcado —le respondió Dobson.

—No es a él a quien vamos a visitar, sir Henry —alegó Marcia con tono burlón—. Qué envanecidos sois los hombres. ¿Acaso creéis que el mundo empieza y termina con vosotros?

—Jamás se me habría ocurrido tal cosa. Si queréis saludar a vuestra amiga, dadlo por hecho.

Una semana después partían de Fetter Lane en dos carruajes para un recorrido de cuatro días. La distancia no era tanta, pero Dobson fue inflexible en garantizar la comodidad del grupo.

—Etapas cortas y buenas posadas. Esa es la diferencia entre un placentero paseo y un viaje desagradable.

La primera noche hicieron alto en Cobham, a orillas del río Mole, después de haber atravesado la campiña de Surrey, llena de trigales verdes y espigados aún sin cosechar. La posada tenía un aspecto sencillo y austero, pero sus cuartos eran cómodos y limpios.

Fátima y Marcia se quedaron en la misma habitación que Juana Abreu, como mandaba el decoro. A sir Henry no le hizo gracia aquella disposición y miró a Marcia con ojos de carnero degollado.

—No me miréis así, caballero, y regocijaos con el paisaje —le dijo ella, que había disfrutado mucho de las vistas y del aire libre. Era su primer viaje importante desde que había llegado a Inglaterra y estaba dispuesta a aprovecharlo.

El día siguiente subieron las Downs de Surrey, unas colinas bajas y boscosas. El camino dejaba mucho que desear, con baches, surcos y rodadas de muchos carruajes, pero el día había amanecido tan soleado y espléndido que se soportaba con gusto el incómodo traqueteo. Marcia viajaba en el mismo coche que Geraldo, Dobson y el amigo de este, sir William Newport, un caballero cortés, jovial y muy bien situado, sobrino y heredero nada menos que de sir Christopher Hatton, uno de los hombres de confianza de la reina. La amena charla hacía que el viaje discurriera más deprisa. Pese a la presencia de Geraldo, Dobson no ocultaba su interés por Marcia ni escatimaba piropos y alabanzas. Se detuvieron a almorzar en un mesón del camino y continuaron hasta Godalming, ya en el condado de Hampshire, cuando el sol se ocultaba tras los cerros que rodeaban a la villa.

La tercera etapa, hasta Petersfield, a través de bosques frondosos, fue la más larga del viaje y el último día alcanzaron Portsmouth tras cruzar unas colinas más elevadas que las de Surrey. Desde la cima de una de ellas pudieron contemplar la ciudad, la hermosa bahía, un paisaje de islas, canales y marismas y, al fondo, la isla de Wight.

Sir William poseía en Portsmouth una casa de recreo en la que se alojarían. Además, había enviado aviso con antelación a la servidumbre para que, cuando llegaran, la residencia estuviera preparada y habitable. Era una casa amplia, decorada con gusto, pese a no tener muchos muebles, y pródiga en habitaciones. El anfitrión insistió tanto en ofrecer una a cada miembro del grupo, excepto al matrimonio Lancastre, que nadie le puso objeciones. Los viajeros estaban tan agotados tras las cuatro jornadas de viaje que su principal preocupación fue cenar deprisa y acostarse. En cada habitación había una chimenea con el fuego encendido para caldear el ambiente.

2
PORTSMOUTH

El día siguiente lo emplearon en visitar la ciudad. Guiados por los dos caballeros, recorrieron la muralla, con sus torres medievales y bastiones de piedra, las estrechas calles, concurridas y bulliciosas, la iglesia de Saint Tomas, los astilleros, que estaban en plena efervescencia, y unos muelles que se abrían a una bahía llena de barcos. Cenaron en una posada del Point, un lugar muy animado de la dársena. La presencia de buques de la armada le confería un ambiente muy bélico. Marineros, infantes y soldados llenaban las plazas, mercados y tabernas o vagaban en cuadrillas con ademanes pendencieros. Algunos lanzaban miradas hoscas al heterogéneo grupo que formaban los ingleses y sus invitados portugueses.

Marcia tomó buena nota de todo aquello. Y también Joao.

Al regresar a casa cayó rendida por el prolongado callejeo, pero satisfecha por un día tan entretenido. Cuando estaba a punto de coger el sueño, sintió que rozaban la madera de la puerta. La habitación estaba a oscuras, y le costó orientarse y llegar hasta ella. Fuera, con una palmatoria en la mano, se hallaba el señor Dobson, todavía vestido.

—Sir Henry, ¿qué hacéis aquí? —le preguntó sin dejarle entrar.

—¿Qué creéis vos, señora? No podéis imaginar los días que he estado soñando con este momento. Me enerváis, me hacéis perder el sentido y, viéndoos como os veo en este instante, pierdo también el aliento.

Marcia se miró el largo camisón con que dormía, sin encontrar nada en él que fuera indecoroso, mientras saboreaba con agrado los halagos de Dobson. Su arrebato le resultaba sugerente, pero aún no estaba preparada para aceptar a otro hombre en su vida.

—¿Cómo se os ocurre presentaros así? —le dijo en un susurro—. Ponéis en riesgo mi virtud.

—Descuidad, que nadie me ha visto.

—No podéis estar seguro de eso, caballero. —Dobson quiso protestar, pero ella no le dejó. Se llevó una mano a los labios, imponiéndole silencio, e hizo ademán de cerrar la puerta.

—¿Vais a someterme al suplicio de Tántalo, que teniendo el agua bajo los labios no pueda beber de ella?

—Qué poético estáis hoy, sir Henry, pero he de rechazaros.

—Ah, mujer malvada, debéis tener el corazón en el puño.

Marcia estaba atenta a cualquier ruido porque en verdad no le apetecía ser descubierta en una situación tan comprometida. La llama de la vela se agitaba con el aliento de su dueño y le hacía derramar goterones de cera que se cuajaban mientras caían. El rostro de Dobson resultaba muy atractivo con aquella luz amarilla y cambiante.

—Dejaos de cuentos, que mañana nos espera un día emocionante.

—Capaz seréis de dejarme *in albis*. ¿Qué he de hacer, Señor, para conquistar a esta mujer? —exclamó alzando los ojos y poniéndolos en blanco.

—Quizá debáis probar otro día —dijo ella con una sonrisa pícara, y le cerró la puerta en las narices.

Marcia apoyó la espalda en la madera y sintió, al otro lado, la agitada respiración de Dobson. Al cabo de un padrenuestro lo oyó alejarse. Con la sonrisa todavía en el rostro se metió entre las sábanas, pero tardó bastante en dormirse. En la chimenea se veía el resplandor rojizo de la agotada hoguera, que había aliviado el frío de la habitación. Olía a humo y a salitre. Se oía, a lo lejos, el batir de las olas en la playa. A Marcia le gustaba aquel hombre, aunque, conociendo su fama, no podía aguardar de él más que un escarceo liviano. Si su pasión se mantenía viva, era porque aún no la había conseguido. Y, sin embargo, le atraían su desenfado, su mirada ardiente, el perfil correcto, los ademanes educados, con un viso granuja, y la atención que en todo momento le mostraba. Si no hubiera estado casada con Gabriel, habría podido llegar a enamorarse de Henry Dobson. Pero una vocecita rebelde le decía que Dobson era el presente tangible y Gabriel, una ilusión del pasado. Se durmió con aquellos pensamientos en la cabeza y, quizá por ello, soñó con un Gabriel vestido con sotana que elevaba, de espaldas, la hostia consagrada frente a un pequeño altar. La iglesia se parecía a cierta capilla de Angra en la que se habían citado en una ocasión, pero estaba en ruinas. Marcia se arrodillaba en un escabel de piedra, con las manos juntas y los dedos entrelazados, esperando una comunión que no venía nunca. Gabriel continuaba de espaldas y ella se levantó y lo tocó. Estaba frío y duro,

transformado en piedra. Marcia retiró la mano como si le hubiera picado un bicho y entonces la piedra se desmoronó. Se despertó con un sobresalto. La claridad del amanecer se escurría entre las rendijas de las contraventanas.

Por la mañana Marcia y Dobson se dirigieron a Saint James acompañados por sir William. Marcia se alegró de su presencia, pues no se sentía con fuerzas para pasar una jornada a solas con su admirador, recibir sus halagos y replicar a sus protestas. Quería centrar su pensamiento en el próximo encuentro con la hermana de Gabriel. Joao, Geraldo y los Lancastre prefirieron quedarse en la ciudad, pasear por la dársena y visitar el fuerte de Blockhouse, al otro lado del canal.

Como Saint James se encontraba cerca, salieron temprano con idea de volver el mismo día. El camino se veía en relativo buen estado, y alcanzaron la heredad mediada la mañana. Marcia disfrutó de los bosques que flanqueaban el camino, llenos de fragancia y lozanía, del aire perfumado, de las flores y del verdor de un mes de junio en pleno esplendor. Al llegar a su destino se admiró del tamaño de la casa y del hermoso jardín que la rodeaba. Sir Humpfrey, que se hallaba en casa, los recibió con una mezcla de sorpresa y regocijo. Aunque no conocía personalmente a William Newport, había tratado con su padrastro y sabía de su alcurnia e influencia, por lo que se esforzó en agasajar a sus visitantes como se merecían. Les enseñó la antigua abadía, les habló de las reformas que su padre había realizado en ella, de su extensión, recursos y riqueza, les dio un paseo por el resto de sus dependencias y, a mediodía, los invitó a disfrutar de un almuerzo frío en compañía de su esposa y de su hija.

Dobson se había presentado como amigo personal de John Trenton y la familia intercambió con él preguntas y comentarios sobre la guerra, la campaña de Drake y las últimas noticias que se tenían sobre su paradero. Marcia percibió la preocupación de todos por la suerte de Trenton, incluido sir Humpfrey, pese a no ser hijo suyo. Sin embargo, cuando el nombre de Isabel salió a relucir se produjo un inesperado silencio.

—La señora Henriques, que forma parte de la corte del rey don Antonio, conoció tiempo atrás a la esposa de John y nos rogó que nos acercásemos a Saint James para poder saludarla —explicó

Dobson—. ¿Cómo negarnos a la petición de tan gentil dama?

Dobson concluyó su discurso con una alegre sonrisa y un ademán frívolo, pero sus anfitriones parecieron no apreciar la gracia del asunto e intercambiaron entre ellos miradas inquietas. Fue sólo un instante, pero a Marcia no le pasaron desapercibidas.

—Lamento de veras que hayáis hecho el viaje en vano —respondió cariacontecida la señora Gardiner—. Nuestra querida Lizzie se encuentra en un estado tan delicado que el doctor Edwards le ha prescrito reposo absoluto.

—La compañía de una amiga no le hará ningún mal —insistió Marcia.

—Y es posible que consiga animarla —la apoyó Dobson con una seductora sonrisa.

Pero la señora Gardiner torció el gesto y desechó la sugerencia.

—Prefiero no contravenir las indicaciones del médico.

La rígida respuesta dejó a todos un tanto sorprendidos, pero con ella se agotó el tema y en la sobremesa que siguió no volvieron a darse momentos incómodos. La señora Gardiner se interesó por las Azores, ya que las novedades que habían traído de Londres situaban a Drake en aquellas latitudes, y sir Humpfrey, por la situación del Prior en su lucha por recuperar la corona portuguesa. Newport y Dobson eran buenos conversadores, y con sus anécdotas no permitieron que la velada decayese. La única que se mostraba intimidada por la visita era Mary Gardiner, que permanecía en silencio y respondía con parquedad las pocas ocasiones en que su opinión era requerida.

Sin embargo, a Marcia le había costado mucho organizar aquella expedición y conseguir que la llevasen a Saint James sin levantar sospechas, y no estaba dispuesta a renunciar a su propósito de ver a Isabel, por más tajante que hubiera sido la señora Gardiner. Al cabo de un rato dijo sentirse algo pesada, tal vez por haberse excedido con la comida, y preguntó por una cámara privada donde poder aliviarse. Sarah Gardiner le pidió a una de las criadas que le mostrase el *garderobe*, y una joven poco agraciada la acompañó hasta una pequeña habitación, situada en el otro extremo de la casa, en la que había una especie de arcón de piedra, adosado al muro, con un agujero sobre una fosa. Marcia creyó percibir cierta inquietud en la criada. En realidad, ya se había fijado en ella

durante el almuerzo porque se interesaba demasiado por la conversación que mantenían. Antes de cerrar la puerta del *garderobe* le sonrió y le preguntó por su nombre.

—Jinny Hill, señora —le dijo con viveza, y acompañó la respuesta con una reverencia.

—Bueno, Jinny, quiero que me digas cuál es el cuarto de doña Elizabeth.

La joven miró rápidamente hacia los lados y, en lugar de responder a lo que le había preguntado, se coló con ella dentro del *garderobe* y entornó la puerta.

—Juradme por Dios y la santísima Virgen que no diréis nada de lo que os voy revelar.

—Os lo juro —le aseguró Marcia. No se esperaba una reacción semejante.

—A la señora Trenton no la quieren en la casa, por extranjera, por católica y porque está embarazada.

—¿Va a tener un hijo?

—Sí, señora.

—¿Y qué tiene eso que ver con que no la quieran?

—Porque su hijo, si es un varón, será el heredero de Saint James. Y a nadie le gusta eso. Hasta han pensado en denunciarla por papista. —La joven hablaba con precipitación, como si el tiempo urgiera—. Os ruego que no me toméis por una alcahueta, nunca me meto en los asuntos de los Gardiner, pero le tengo mucho aprecio a doña Elizabeth.

—¿Y John no va a hacer nada?

—Su esposo la adora, pero pasa mucho tiempo fuera e ignora todo este asunto. Y ahora debo irme o me echarán en falta.

—Aguarda, muchacha. Dime dónde está su cuarto.

Ambas salieron del *garderobe* y Jinny le señaló un pasillo que acababa en una pared de piedra con una alta ventana ojival.

—Es la última puerta. Procurad que no os vean los demás sirvientes, porque no tardarán en avisar a la señora Gardiner. —Jinny se dio la vuelta, se escurrió como una anguila y desapareció.

Marcia se allegó a la puerta, giró la sencilla manivela de madera y entró. La habitación estaba a oscuras y tenía el ambiente tan cargado que le picó en la nariz. A su derecha, había una ventana casi oculta por una cortina y la descorrió y abrió los postigos. La luz

de la tarde entró a raudales y la mujer que estaba en el lecho se incorporó y se restregó los ojos, deslumbrada.

—¿Quién sois? —preguntó después de parpadear varias veces.

—Marcia Henriques. ¿No os acordáis de mí?

Isabel negó con la cabeza, dubitativa. Marcia se aproximó al lecho y se sentó en uno de los lados. La ropa de la cama estaba bien arreglada.

—Nos conocimos en Terceira hace tiempo, en un baile que dio el gobernador de la isla. Vos ibais acompañada del capitán Sackfield y de un oficial llamado Trenton.

Marcia pudo ver cómo Isabel fruncía el ceño tratando de recordar. La observó con atención. Tenía el pelo recogido en una trenza, y aun así despeinado, el rostro pálido y enfermizo, con grandes ojeras moradas, pero seguía pareciéndose a Gabriel.

—Atendedme, porque no tengo mucho tiempo —siguió Marcia—. He entrado en vuestra habitación sin permiso de la señora Gardiner, y es posible que lo sospeche y pronto nos interrumpa. Conozco a vuestro hermano Gabriel, está vivo. Se salvó del ataque de los corsarios y llegó a España. Trabaja para su tío Sancho como capitán de un navío que se dedica a comerciar por el mar del Norte —Marcia no quiso desvelarle de golpe todo lo que sabía—. Lleva años buscándoos por todos los rincones del orbe. Ha seguido vuestro rastro hasta Inglaterra, pero no ha sido capaz de ir más allá.

—Marcia —exclamó Isabel, como si de repente le hubiera venido a la cabeza el recuerdo de aquel encuentro—. Y Gabriel, vivo. Gabriel. Oh, hace tanto tiempo que lo enterré… —Se calló de golpe, con la vista perdida en viejos recuerdos. O en fantasmas—. Y vos, ¿cómo estáis aquí?

—Yo soy…, bueno, yo vivo ahora en Londres, con otros exiliados portugueses —Marcia sintió un extraño pudor en decirle que estaba casada con su hermano—. Coincidí por casualidad con Trenton, y a través de él supe dónde vivíais. He venido hasta aquí con la única intención de veros. Hace un instante he hablado con una criada llamada Jinny que os tiene en mucha estima. Me dijo que vuestra familia no os aprecia, y vuestra situación parece apurada.

Isabel iba saliendo del letargo en que se hallaba y recobrando poco a poco el uso de sus facultades. Se sentó sobre el lecho,

reclinada en dos almohadones. Vestía una camisa de dormir de color verde pálido, con bordados blancos. Su semblante recobró algo de color y sus pensamientos se centraron.

—¿Dónde está Gabriel? —preguntó.

—Desconozco su paradero, más allá de que navega por estas aguas. Pero no debéis preocuparos. No debes preocuparte —rectificó. Se sentía tan cerca de ella que le costaba tratarla de otra manera—. Es un hombre de muchos recursos y tenaz en lo que emprende. Lo conocí en Terceira, meses después de haberte visto a ti. Fui yo quien lo puso sobre tu pista, y me congratula decirte que le di una gran alegría. Gabriel es… es una persona a la que respeto muchísimo.

Isabel fijó en ella una mirada tan aguda que casi la hizo ruborizar. Era como si supiera lo que se escondía detrás de su discurso, aunque las lágrimas que al instante acudieron a sus ojos la hicieron dudar.

—¿Y qué sabéis de John?

—La armada de Drake no ha regresado todavía —respondió Marcia, y le explicó los rumores que había oído sobre las andanzas del almirante.

—¿Estará vivo?

—Sólo Dios lo sabe, pero sé fuerte. No hay ninguna noticia que haga pensar lo contrario.

Las dos mujeres callaron, cada una absorbida por sus propios pensamientos. Los muros de aquella casa eran gruesos, y nadie podría escuchar la plática que mantenían. Una nube pasajera cubrió el sol y la habitación se oscureció de golpe. Por la ventana entró una ráfaga de aire fresco.

—Isabel, me preocupa tu estado, y tu situación. Estás encinta y muy débil, y tan pálida y desmejorada que pareces una mártir. Yo me marcharé dentro de un rato, pero te ruego que me tengas por tu amiga y me dejes ayudarte. —Isabel adelantó una mano huesuda, con la palma hacia arriba, y Marcia se la estrechó. Tenía unos ojos tan hermosos como los de Gabriel, aunque de otro color—. Resido con la familia Lancastre, en Fetter Lane, extramuros de Londres. Son seguidores del Prior do Crato, el aspirante al trono de Portugal, y gozan del favor de la reina Isabel. Intentaré volver a verte, pero si necesitaras mi ayuda, no dudes en pedírmela. Envíame una nota o

un mensaje a través de tu criada, o de quien sea. —Isabel la seguía con atención, tomando nota mental de aquellos datos—. Y si lo deseas —prosiguió Marcia, con más cuidado—, intentaré comunicarme con tu hermano para ponerlo al tanto de tu paradero.

—Sí —respondió Isabel, pero al momento se desdijo—. No sé, han sido tantas noticias juntas que estoy hecha un lío. Pero me alegro de este encuentro, querida amiga. Y ahora vuelve con mis suegros. Me arreglaré un poco y saldré a saludaros. Es bueno que me deje ver.

Isabel extendió los brazos y Marcia la abrazó. Olía a sudor rancio, pero a Marcia no le importó. De repente se sintió tan reconfortada a su lado que estuvo a punto de dejar que se le escapara una lágrima. Era la hermana de Gabriel, la oveja perdida. También ella estaba un poco perdida.

Al regresar al salón, la señora Gardiner le dedicó una mirada suspicaz, pero Marcia se hizo la boba y puso una expresión candorosa y aliviada. Un rato después, Isabel se presentó en el salón y saludó a los visitantes.

De regreso a Portsmouth, los caballeros coincidieron en el aspecto tan macilento de la señora Trenton.

3
LISBOA

El amago de Drake sobre Lisboa había atemorizado a la población. Sus hazañas se hinchaban y sus crueldades se engrandecían, había campo para que los más pesimistas recargasen las tintas en los aspectos más dramáticos. Barrios quemados, bienes secuestrados, mujeres deshonradas, iglesias profanadas. Muerte y desolación.

Sin embargo, Bazán estaba sereno y confiado, como siempre, trabajando sin descanso en la organización de la respuesta a la incursión inglesa. De Sevilla se habían movilizado galeones y naos artilladas en dirección a Lisboa, la escuadra de galeras de Cádiz se había reforzado con otras provenientes de Sanlúcar de Barrameda y Gibraltar, la Armada de Andalucía terminaba de aderezar sus barcos y completar tripulaciones, en el Cantábrico se aprestaba otra flota de naos gruesas que reforzaría la Armada de Lisboa y un rosario de

pataches y carabelas patrullaba el litoral atlántico para detectar cualquier presencia enemiga.

Una vez concitado el peligro inmediato, lo que más ocupado mantenía al marqués eran los despachos recibidos de El Escorial. El rey le ordenaba partir lo antes posible hacia las Azores para recibir y escoltar a la flota de la carrera de Indias, que ya había zarpado de La Habana con una guarda doblada de galeones y una derrota diferente a la habitual. Una vez cumplida esa misión, Bazán debería completar su armada con todas las unidades disponibles y dirigirse a Flandes para embarcar el ejército de Farnesio y trasladarlo a Inglaterra.

La acción de Drake contra Cádiz y el Algarve, junto con la ejecución de María Estuardo, habían sido las gotas que colmaron el vaso de la paciencia del rey. Y donde antes hubo indecisión había ahora impaciencia.

—Os quiero a mi lado, señor Salazar —le dijo el marqués a Duarte—. Necesitamos tener la armada dispuesta para hacernos a la mar la primera semana de julio. O la segunda a más tardar. Me ha llegado inteligencia de que los ingleses campan a sus anchas por las Azores.

Era un reto difícil el que se había propuesto el marqués, visto que apenas faltaban dos semanas para cumplir con las fechas. Duarte estaba dispuesto a exigirse más que nunca mientras aprovechaba el escaso tiempo que le quedaba para pasarlo al lado de su amada.

Belinha no había sido ajena a las andanzas y rumores sobre el corsario y, sabiendo a Duarte en Cádiz, había pasado su ausencia en un sinvivir. Cada vez que su callejeo por la ciudad la llevaba ante las puertas de una iglesia, no dudaba en entrar en ella y encender una vela por su salvación. Estaba, además, muy al tanto de las embarcaciones que arribaban al puerto, de modo que cuando el San Jerónimo atracó en la Ribeira, ella estaba esperando a su hombre a pie de muelle. Lo abrazó y lo cubrió de besos sin cuidarse de curiosos ni mirones. A Duarte la apasionada recepción lo llenó de gozo. Era bonito sentirse tan querido. Por la tarde lo agasajó con una opípara cena, le preguntó mil detalles de su aventura y le hizo el amor como si fuera la primera vez.

—¿Qué te ocurre, mujer? —le preguntó Duarte, abrazado a ella

e inundado por una agradable languidez—. Más peligrosas han sido otras travesías.

—Me cuesta creerlo. Ese Drake es la encarnación del diablo. He oído decir que degüella a sus prisioneros y les come el corazón.

Duarte se rio de la exuberancia de aquellos chismes.

—No te rías de mí. —Belinha le dio un suave puñetazo en el pecho—. No imaginas lo que me he angustiado. Además…

—Además… ¿qué?

—Esta vez tenía un motivo especial para aguardar tu regreso.

—¿Cuál? —le preguntó Duarte mientras con el índice izquierdo trazaba una espiral alrededor de uno de sus pezones.

Ella tardó en responder.

—Espero un hijo —murmuró al fin.

Duarte bajó la mano hacia el vientre y se lo acarició con suavidad. Luego la besó, un beso largo y tierno que se prolongó y se hizo más ardiente. Belinha se durmió después de hacer otra vez el amor. Habían sido muchas emociones el mismo día, pero Duarte permaneció despierto durante un buen rato pensando en su hijo. Con una sonrisa bobalicona en los labios, le daba vueltas a la idea, se lo imaginaba con muchas caras y cuerpos, en edades diferentes, sin terminar de atinar muy bien qué significaba aquello de ser padre. Por la mañana le preguntó a Belinha si había vuelto a molestarla su esposo.

—No lo he visto desde que lo largaste de la casa, pero Branca se lo encontró un día y él le preguntó por nosotros. La pobre se llevó un buen susto. Ese hombre la atemoriza, y ella lo ve como un extraño. Tú eres más padre de mis hijos que él.

—No les metas esas ideas en la cabeza, mujer. De momento, tengo suficiente con el que está en camino —bromeó Duarte.

El vertiginoso apresto de la armada le impedía disfrutar de la compañía de Belinha todo lo que habría deseado. Veía con estupor cómo se había robustecido su amor por ella después de conocer la noticia de su preñez, y comenzó a comprender los lazos tan estrechos que generan los hijos.

Había mil cosas por hacer y poco tiempo. Las tareas, tanto las primordiales como las accesorias, es especial estas, se comían las horas y los días. Por más que tratara Bazán de apresurar las cosas, el mes de julio se echó encima y la armada no estaba lista para

zarpar.

El marqués quería partir con todas las naves mancas disponibles en el estuario del Tajo, pero algunas estaban aún en astillero. Las tropas, sin embargo, ya habían empezado el lento proceso de embarque.

El puerto y toda la zona arribeña de Lisboa vivía una ebullición que no se veía desde la campaña del ochenta y tres. Centenares de soldados, oficiales, entretenidos y aventureros, acompañados muchos por sus mozos, criados y barraganas. Los soldados, agrupados por naciones, deambulaban por las calles, mercados y tabernas de la villa, formaban corros, disputaban, alardeaban, juraban como forzados, apostaban y bebían y malgastaban sus soldadas en comprar bagatelas y ropas lujosas, encargar misas, dar propinas dignas de un príncipe u organizar juergas desenfrenadas. Multitud de barcas, balsas y chalupas cruzaban una y otra vez la plácida corriente del río para transportar hasta las naves surtas en él los pertrechos, matalotaje y vituallas de las tropas.

Duarte y los demás asistentes de Bazán recorrían las calles, los almacenes y los muelles llevando y trayendo despachos, órdenes, oficios, inventarios y relaciones de todo tipo. En cierta ocasión, próxima ya la partida, el marqués lo apremió con unos estadillos que tenía que entregarle.

—Sólo soy un hombre, excelencia, y hago todo lo que está en mi mano.

Don Álvaro debió de darse cuenta de la dureza de sus palabras y aflojó la expresión.

—Lo sé, señor Salazar. Lo que os pido a vos también se lo he pedido a los demás —dijo con un tono más amable—. Pero acaba de llegarme un aviso de Terceira. El dragón inglés lleva días merodeando por las Azores y ha capturado una nao que venía de las Indias Orientales. No podemos demorar la salida un solo día.

Se hallaban en el patio porticado del palacete de Portalegre y, mientras hablaban, daban vueltas a su perímetro. El sol poniente teñía de rojo las columnas de la planta alta.

—Si ha capturado una nao portuguesa, ya tiene hecha la campaña, y no demorará en regresar a Inglaterra.

—Ese hombre es ambicioso, y la flota de la carrera de Indias es un bocado mucho más sabroso. Sea como fuera, no quiero que se

me escape de las manos.

Duarte sintió un escalofrío emocionado. Aquel lobo viejo aún tenía los colmillos bien afilados, y la caza de Drake despertaba sus instintos más feroces. ¿Sabría el pirata qué clase de hombre era Bazán?

Cuando salió del palacete, la oscuridad se adueñaba de las calles. En la plaza del Rossio lo esperaba Sancho Crespo. El joven soldado tenía intención de encontrarse con una moza extramuros de la ciudad, y lo acompañó durante un trecho. Era charlatán y ocurrente y hacía el paseo más entretenido. Cruzaron la muralla por la puerta de Alcántara y se metieron por callejas de tierra. Las casas eran humildes y bajas, con patios pequeños y tejados viejos. En el cielo del oeste quedaba un leve resplandor y una luna en cuarto creciente se enseñoreaba del firmamento.

—Yo me desvío aquí —dijo Sancho al llegar a la iglesia de las Llagas.

Duarte le deseó buena suerte y prosiguió solo. Una cuadra más allá, junto a un descampado, le salieron al paso dos hombres embozados. Las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas y la calle, solitaria y oscura.

—¿Quién va? —preguntó Duarte, poniendo la mano en el pomo de su ropera.

Los dos hombres desenvainaron los aceros antes de responderle.

—Date por muerto, Salazar.

Duarte tiró de espada y de daga y se dispuso a vender cara su vida, sin tiempo apenas para pensar en quiénes eran aquellos hombres, por qué lo celaban o cómo sabían su nombre. Adoptó una guardia alta y larga, rozando las puntas de los aceros de sus enemigos en un primer compás. Al instante se dio cuenta de que no eran buenos esgrimistas, o estaban demasiado seguros de su victoria. Uno de ellos era diestro y el otro zurdo, pero se habían colocado al revés de como mandaban los cánones y se estorbaban entre sí. En todo caso, ese descuido no bastaba para suplir la desventaja del número. Duarte no tenía otro remedio que ponerse a la defensiva, y en los primeros instantes paró dos estocadas consecutivas. Tanto tiempo en compañía de españoles le había servido para aprender a luchar a su manera, con espada y daga de mano de izquierda. Los matachines se miraron entre ellos. No

debían de estar acostumbrados a aquella destreza.

Duarte retrocedió dos pasos y se pegó a la fachada que tenía a sus espaldas, hasta quedar medio oculto por la nítida sombra del alero. Así podría ver mejor los movimientos de sus enemigos, que por fin habían subsanado su error e intercambiado las posiciones. Lanzaban un ataque y se echaban atrás, a la espera de que Duarte abriera un hueco en su defensa. Al que estaba a su derecha lo controlaba mejor, manteniendo el brazo recto, a la altura de los hombros, y moviendo la ropera en abanico, pero el de la izquierda lo acometía con tretas y flanconadas que detenía cada vez con más dificultad. En uno de los envites no pudo atajar bien su espada, que se deslizó sobre la hoja de la daga hasta tocar los gavilanes y le hizo un corte alargado en el brazo. El tintineo de los aceros resonaba en la quietud, pero no se abría ni puerta ni ventana. El futuro inmediato no se presentaba halagüeño para Duarte, que sopesó la posibilidad de salir corriendo. Aunque ¿huir de forma tan afrentosa? Prefería la muerte.

De pronto escuchó unos pasos acelerados, y una voz.

—Señor sargento, por Dios, aguantad. —Era Sancho Crespo, que al momento apareció tras la esquina con la espada en la mano—. Escuché entrechocar los fierros y supuse que seríais vos.

Y se dirigió hacia el matachín que estaba más cerca.

—Ten cuidado, Sancho, que este es perro callejero y como tal pelea —le advirtió. Sancho, aunque alto y de brazos largos, no era un gran esgrimista, y el zurdo que le había tocado era el más peligroso de los dos. Sería una lástima que lo desgraciaran por ayudar a Duarte.

Los matones se quedaron un instante en suspenso por la inesperada ayuda, y Duarte acometió con fiereza a su contrincante. Salió de la sombra de la fachada y lo hizo retroceder. El hombre se sabía inferior y trataba de mantener a distancia el acero de Duarte. Paró con dificultad dos estocadas largas, pero en la tercera la espada de Duarte desbordó su guardia e hizo carne entre las costillas. Soltó la espada con un grito apagado y cayó de rodillas en el arroyo. Duarte le echó una última mirada y fue a ayudar a Sancho, que se las veía y se las deseaba para contener al zurdo.

—¿Qué se siente al estar en desventaja, puto sayón? —preguntó Duarte al entrar en la lid, pero el sayón, que no estaba interesado

en responderle, apartó sus aceros con un molinete y emprendió la huida. El soldado dio unas zancadas en pos de él, pero Duarte lo detuvo—. Déjale que se largue, Sancho. Prefiero interrogar al otro antes de que expire.

Y sin perder un instante se dirigió al caído, que estaba tumbado sobre la tierra, boca arriba. Había perdido el sombrero, su pálido rostro estaba orlado por una barbita rala y sus ojos abiertos miraban con fijación al firmamento. Con la mano derecha se oprimía la herida, pero la sangre se le escurría entre los dedos. Duarte se agachó, recogió su espada y se la entregó a su compañero.

—Bueno, señor esbirro, quiero saber quién os envía —le dijo al tiempo que aproximaba su daga a los ojos de su enemigo.

—Confesión —pidió el hombre.

—No somos frailes.

—La iglesia está… cerca —balbució.

Duarte giró la cabeza, pensativo, y Sancho Crespo se ofreció a avisar a un padre.

—Ve si quieres, pero este puto tiene que responderme o el auxilio llegará demasiado tarde.

Sancho asintió y se encaminó deprisa hacia la iglesia. Duarte bajó la zamorana y apoyó su punta en el cuello del matachín, que respiraba entrecortadamente y tragaba saliva con dificultad.

—Vos diréis.

El hombre se pasó la lengua por los labios. No sería mucho mayor que Duarte. La luna daba de lleno en su rostro, que tenía una expresión atormentada, y no sólo por el dolor. Aun así, tardó un rato en decidirse a hablar. Se había levantado una brisa suave que hacía sentir su frescor en la piel sudorosa.

—Maciel —confesó por fin, con gran economía de palabras. El brazo con que tapaba la herida se deslizó y cayó al suelo. La muerte lo rondaba.

—Ese cabrón —musitó Duarte—. ¿Alguna última voluntad? —le preguntó a continuación, sin obtener respuesta. Entonces se levantó, enfundó la daga y se alejó del moribundo. Una cuadra más allá se encontró a Sancho Crespo acompañado de un fraile con sayo oscuro y capucha.

—¿Está vivo? —preguntó con voz suave.

—A duras penas —respondió Duarte—. Acompáñalo, Sancho, y

apresúrate después. No me gustaría que se malograra tu cita.

El joven sonrió y apretó el paso. Duarte hizo lo mismo. Se acercaba la partida y quería aprovechar el tiempo con Belinha, que se escandalizó al verlo con el brazo ensangrentado.

—Es sólo un corte —la tranquilizó. Lo cierto era que se había olvidado por completo de él.

Belinha ya había cenado y sus hijos estaban acostados. Mientras la mujer le quitaba la ropa y se cuidaba de la herida, Duarte le daba vueltas al asunto. Si iba a ir a por Maciel, tendría que apresurarse.

—¿Quién ha sido? —preguntó ella.

—Cortesía de tu marido.

—¡Virgen santa, Duarte! Te previne sobre él, pero nunca me haces caso. Crees que la gente es buena, pero Bruno es un hombre muy vengativo.

—No tienes que jurármelo.

—Júrame tú que te guardarás de él, que no irás a ninguna parte sin escolta.

—Pocas veces voy solo —Duarte sonrió para sí—, por eso me han esperado cerca de casa.

—¿Eran más de uno?

Duarte no respondió. Un candil de aceite iluminaba la estancia. Estaba colgado del revellín de la pequeña chimenea que había en un rincón de la cocina. Al extremo de la torcida, una llama rojiza y alargada dejaba escapar un hilo de humo negro.

—Me gustaría poder casarme contigo. No quiero que ese hijo mío nazca bastardo.

Belinha detuvo su quehacer y volvió el rostro hacia él. Los ojos le brillaban, de repente humedecidos.

—No me importa que sea ilegítimo —le dijo con voz muy dulce—. Me vale con que su padre lo quiera.

—A mí no.

—Estoy casada.

—Eso se puede arreglar.

—O estropear para siempre. Subir al altar con las manos ensangrentadas es pecado mortal.

ATLÁNTICO NORTE

La nueva campaña acabó llevando a los corsarios a tierras remotas, aunque no hubiera sido aquella su intención al salir de Dunquerque.

A la entrada del canal de la Mancha, cerca de las islas Sorlingas, represaron dos naos vizcaínas que habían sido capturadas por *privateers* ingleses. El maestre de una de las naos les habló de las numerosas flotas pesqueras, tanto inglesas como holandesas, que durante el verano salían a faenar el arenque, el bacalao e incluso la ballena en los bancos de Islandia y los archipiélagos del norte de Escocia. La noticia interesó a los corsarios: aquellas flotas no solían ir con escoltas de consideración, toda vez que el pago corría por su cuenta. El riesgo no sería mucho y la ganancia podía ser importante.

El más remiso fue Gabriel, que preguntaba qué mérito tendría atacar una flota de barquichuelos.

—En lo de «barquichuelos» estás equivocado, Duport —le respondió el huraño Dewulf—. Los pesqueros de altura no desmerecen en tamaño con una pinaza o un patache.

—Y no creas que es moco de pavo el daño que se le ocasiona al enemigo —remató Laiseca—. De la pesca dependen muchas gentes: armadores, capitanes, inversores, aparte de los propios pescadores. Bien lo saben los ingleses, que llevan tiempo atacando a nuestras flotas en Terranova.

Convencido por aquellos argumentos, aceptó Gabriel dirigirse hacia el norte, en busca de las tales flotas pesqueras de altura.

Con un tiempo inusualmente bueno bordearon Irlanda por el oeste, dejaron a estribor las Hébridas y, subiendo más y más en altura, alcanzaron las Feroe en una travesía sin complicaciones. Se trataba de una veintena de islas rocosas cubiertas de hierbas ralas y praderas muy verdes, pero carentes de cualquier arboleda.

Los cuatro navíos penetraron en un profundo fiordo bordeado por acantilados y farallones cuyas cimas se perdían entre grandes nubes grises. Las aguas eran verdosas o azules, según estuvieran en sombra o recibieran la caricia del sol. Al fondo, en una ensenada de arenas negras, se hallaban las casas dispersas de un villorrio, fabricadas de madera, con el tejado cubierto con tierra y musgo, y pintadas de colores muy vistosos. Los corsarios surgieron a varios

cables de la orilla para no asustar a sus habitantes y botaron una chalupa tripulada por Eva Falk y Dewulf, que conocían el habla de aquellas gentes.

Eva había estado allí siendo una niña, en compañía de su padre, y le explicó a Gabriel que las islas Feroe fueron colonizadas por los escandinavos hacía más de un milenio y que durante siglos su posesión pasó de unas naciones a otras hasta que por fin los daneses se habían hecho con su dominio. La pesca y la salazón eran las principales riquezas de las islas, pero también tenían una buena cabaña de ovejas. En realidad, su nombre significaba precisamente eso: islas de los corderos.

Dewulf y Eva pasaron la noche en el poblado. Gracias a ellos, los isleños les permitieron reponer agua y alimentos, y también les vendieron mantas y ropas de abrigo. En los últimos tiempos habían sufrido duros ataques de piratas ingleses y escoceses, a quienes profesaban una gran animadversión. Al estar tan lejos de Dinamarca, la defensa de las Feroe no había sido una prioridad para sus reyes.

Pese a estar entrando el verano, las temperaturas eran bajas, y la mayoría de los hombres sufría con el frío. No obstante, el clima de las islas era tan cambiante como una veleta. En un mismo día podían alternarse el sol y las lluvias, la calma y las tempestades. Estas últimas eran, en aquella estación, terribles pero fugaces.

Antes de abandonar el fiordo, Eva se hizo con los servicios de una pareja de pescadores que los encaminó hacia el noroeste, un rumbo que no hacía ninguna gracia a la gente más meridional. No así a las tripulaciones de Falk y Dewulf, ni a algunos marineros vizcaínos o cántabros, incluido el propio Laiseca, que habían llegado hasta Terranova en barcos bacaladeros.

—No sabía que hubieras estado allí.

—Siendo un muchacho —respondió el maestre—. También mi hermano —añadió—, pero él tuvo peor fortuna que yo. Los piratas ingleses lo capturaron, a él y a medio millar de pescadores. Se lo llevaron a Portsmouth y lo tuvieron trabajando como un esclavo hasta que mi familia logró rescatarlo.

Estuvieron varios días barloventeando en busca de las flotas pesqueras por aquellos mares fríos y ominosos, que causaban respeto incluso en los días despejados. A veces se formaba una

neblina azulada, suspendida a un codo de unas aguas tan calmas como las de una laguna. Los sonidos se escuchaban en la distancia como si se hubieran producido al lado. A Eva Falk le preocupaban aquellas nieblas.

—Aunque ya no es temporada —le explicó a Gabriel—, no podemos descartar toparnos con algún iceberg.

Gabriel jamás había escuchado aquel término, y la sueca tuvo que explicárselo.

—Se trata de montañas de hielo engañosas que provienen de las tierras heladas del norte. Se deslizan silenciosamente por el mar y pueden hundir al mayor de los galeones.

—¿Engañosas por qué?

—Porque apenas asoman una mínima parte de su tamaño.

Una mañana, un grupo de ballenas de lomos grisáceos estuvo danzando alrededor de las naves corsarias. Desde el fondo producían tan grandes burbujas que parecía que el mar estuviera hirviendo y a continuación emergían con sus gigantescas bocas abiertas, rebosantes de agua y peces, y volvían a sumergirse. Varios marineros echaron de menos los arpones.

Regresaron a las Feroe sin haber avistado una vela. Hicieron aguada en otro de sus fiordos y durante dos días Gabriel permitió descansar a las dotaciones. Algunas cumbres aparecían cubiertas de nieve, y el frío, por las noches, era muy intenso. Mientras se hallaban surtos en el fiordo se les echó encima una borrasca que dejó el mar algo movido.

—Hemos tenido suerte, capitán —comentó el cirujano, que llevaba puesta sobre los hombros una manta. Era de un lugar de León, y, aunque en su tierra, según decía, los inviernos eran duros, no se había desprendido de la manta desde que la adquirió.

—A ver si nos acompaña un poco más y damos con una flota pesquera —comentó Vermeulen—, para sacarle algún provecho a esta campaña.

—Para mí el viaje está valiendo la pena sólo por conocer estas tierras tan lejanas —le respondió Gabriel, y señaló con el brazo las paredes verticales del fiordo. No le habría importado pasar una temporada en aquella tierra y visitar las diferentes islas. Pero el verano avanzaba, y no era conveniente tentar en exceso a la fortuna.

Pese a la ausencia de combates, el trabajo en la enfermería no cesaba. Siempre había accidentados que atender, enfermedades que curar o muelas que extraer. Serrano era un hombre sabedor de su oficio y Gabriel aprovechaba algunos ratos a su lado para refrescar sus conocimientos.

—¿Por qué no coséis la herida? —le preguntó en cierta ocasión. Serrano acababa de limpiarle a un marinero un corte viejo e infectado.

—Esta herida seguirá supurando durante un tiempo. Si la cierro, el humor pútrido se acumulará dentro y empeorará. Así, prefiero dejarla al aire para poder limpiarla hasta que sane.

—¿No coséis ninguna, entonces?

—Depende de cómo sea y dónde esté situada, capitán. Conviene cogerle puntos a un tajo reciente y limpio para cortar la hemorragia si sangra mucho y que cicatrice más rápido.

—¿Y si estuviera sucio?

—Entonces se impone limpiarlo bien con agua de mar antes de coserlo, pero dejando una abertura en la parte inferior para que, si vuelve a exudar, drene.

—¿Y las heridas de bala?

—Para esas la ciencia tiene tantos remedios como médicos. He leído media docena de tratados y no hay dos que concuerden en algo.

Gabriel asentía. Todo lo que le contaba aquel hombre le resultaba interesante.

—Y a vos, capitán, ¿cómo os vino esta afición? —le preguntaba a su vez Serrano. Y Gabriel le contaba la historia de sus prisiones y de mister Dunn, el barbero de Ricard.

—¿Qué fue de él?

—Murió durante un motín —le respondió Gabriel, y recordó, para sí, el desdichado fin que tuvo a manos de un canalla.

Abandonaron las islas y pusieron rumbo al norte de Escocia. La suerte que demandaba Vermeulen se presentó el primer día de travesía en forma de una flotilla de pesca medianamente numerosa. Su aparición no les causó ningún sobresalto, y continuaron faenando con tesón en un banco sin duda muy feraz, señal de que ningún corsario enemigo los había molestado con anterioridad.

Enarbolando las enseñas anaranjadas de los *gueux*, se acercaron

con lentitud hasta alcanzarlos. La zabra, que navegaba más adelantada, los sobrepasó y se situó a sotavento. Dos naos gruesas y artilladas les daban protección, aunque muy separadas la una de la otra.

Tan seguros se hallaban de las intenciones amistosas de los recién llegados que el filibote de Falk pudo aproximarse hasta la primera de las naos y abrir fuego contra ella sin que su dotación hubiera entrado siquiera en zafarrancho. Luego fue demasiado tarde para evitar el abordaje. El bajel de Dewulf se quedó atrás y la fragata se dirigió contra la otra nao de protección, que, visto el panorama, no tuvo escrúpulo ninguno en darse a la fuga. La sencillez de la operación dejó a todos sorprendidos, captores y presas. En poco menos de una hora, los corsarios se habían hecho con la flotilla completa. El único de los pesqueros que trató de huir fue rápidamente neutralizado por la zabra, y Laiseca, por dar un escarmiento, o quizá por cobrarse la deuda que tenía, lo echó a pique.

Apenas era mediodía y el cielo estaba cubierto por una capa de nubes medias que no dejaba ver el sol. El resto de la tarde se fue en tomar rehenes a los patrones y prácticos de todas las embarcaciones para evitar huidas y negociar un rescate. Era impensable conducir a los treinta y dos barcos capturados hasta Dunquerque. Provenían todos del condado de Devon, al norte de Cornualles, y pertenecían a terratenientes locales y pequeñas hermandades. Después de una larga y tensa negociación, los patronos aceptaron pagar entre quinientas y seiscientas libras de rescate, dependiendo del tamaño de la embarcación, a cambio de que no los desposeyeran de la pesca. Excepto cuatro de ellos, que alegaron no poder pagar esa cantidad, y sus barriles, llenos de arenques en salazón, acabaron en las bodegas de la Portuguesa.

Laiseca propuso, además, pedir un rescate extra por los propios patrones, pero Gabriel no estuvo de acuerdo.

—Ellos no tienen la culpa de que nuestros soberanos estén en guerra. Vendrán con nosotros sólo como garantía del pago acordado.

—Tampoco mi hermano tenía culpa ninguna —alegó Laiseca.

—Ya te has desquitado, Pascual. Déjalo estar.

Y así se hizo. Antes del ocaso dejaron atrás a la flota pesquera y

emprendieron el regreso. La única presa que se llevaron consigo fue la nao gruesa, con su capitán y sus oficiales.

Dejaron atrás las Feroe y pusieron derrota a las Shetland, ya que tenían intención de rodear Gran Bretaña por el este. El resto de la travesía, navegando hacia sur el mar del Norte, discurrió sin incidencias relevantes, si no fue la muerte de Jerónimus a causa de un accidente ocurrido durante un temporal. El contramaestre, que se había unido a Gabriel en las Azores, fue siempre un hombre controvertido, ladino, valiente y muy dado a la bebida. Pese a la mala mar que sufrían desde hacía unos días, Jerónimus había estado abusando con largueza de ella. De otra manera no se le habría ocurrido subir a la gavia del árbol mayor para reprender a un grumete que recogía los rizos con demasiada lentitud. Un pantocazo más violento de lo habitual le hizo perder el equilibrio, caer al vacío y estrellarse contra la tablazón de la cubierta. Lo lanzaron al agua sin mayores ceremonias, pues nadie sabía la confesión que profesaba.

Juan Ugalde, que había aceptado el ofrecimiento que Gabriel le hiciera en la taberna de El Gran Caimán, lo sustituyó provisionalmente. Ugalde era un excelente marino, pero Gabriel lo había enrolado, al zarpar, como marinero. El hombre bajó la cabeza y nada dijo. Quizá se esperaba otra cosa, o quizá había cambiado. No parecía el piloto experimentado y seguro de sí mismo que navegara a las órdenes de su padre, sino un hombre apocado y distante. Pero pronto demostró que no había perdido un ápice de pericia.

5
ISLAS AZORES

La armada de Bazán partió de Lisboa con treinta y seis navíos entre galeones, naos gruesas y barcos auxiliares y la travesía fue tan venturosa que en veinte días arribó al puerto de Angra, al sur de Terceira. Allí don Álvaro se entrevistó con el gobernador de las islas, que lo puso al corriente del último aviso de La Habana, traído por un patache. La flota de la carrera de Indias, con ciento siete barcos, se había dado a la vela desde aquella ciudad el doce de

julio. También le contó las correrías de Drake en el archipiélago y la captura de una gran nao portuguesa de la escuadra del año anterior, la San Felipe, que había invernado en Mozambique. Su cargamento se estimaba en medio millón de ducados.

Duarte aprovechó la estancia en Angra para visitar a su padre, Pedro Salazar, que había regresado a Terceira tras la victoria del rey Felipe. Hacía cinco años que no lo veía, y lo halló más avejentado pero animoso, llevando con la pujanza de antaño su heredad en las afueras de la villa.

—Hijo, es una alegría verte así, hecho un hombre.

—La alegría es encontraros a vos con buena salud, y con energía.

—No es oro todo lo que reluce.

Echaron un buen rato de charla para ponerse al día. Los dos eran buenos conversadores, y había muchas cosas de las que hablar.

—¿Sabes algo de Marcia? —le preguntó su padre, pues le tenía mucho cariño a la mujer. Y le debía la vida.

Duarte movió la cabeza de un lado a otro. No tenía noticia alguna de su antigua enamorada.

—Ahora vivo con Belinha, una regatera de Lisboa. Una mujer a la que quiero mucho. Está preñada y esperamos un hijo.

A don Pedro se le iluminó la cara. Le gustaban los niños, y siempre le había ilusionado la idea de tener nietos. Aunque al punto recordó la distancia que lo separaba de su hijo y se le borró del rostro la sonrisa.

—Vendremos cuando haya nacido el niño, así podréis conocerlos a los dos —le dijo Duarte para consolarlo, a sabiendas de que era una promesa difícil de cumplir.

Después de unos días en Angra, dispuso don Álvaro poner rumbo a la isla de Cuervo, las más alejada, y moverse entre esta y la de Flores a la espera de la flota de la carrera de Indias. Una semana demoró el encuentro con el centenar de velas que venían de la otra orilla del Atlántico. Tras los cañonazos de bienvenida y los saludos de rigor, el capitán general de la flota dio parte a Bazán de las incidencias de la travesía, el registro de las naves y el valor estimado de la carga, que se aproximaba a los veinte millones de ducados.

El marqués de Santa Cruz no quiso permitir que la flota tocara

tierra en Azores, pues era donde se defraudaban a la hacienda real buena parte de los metales preciosos y mercancías que transportaba.

La travesía de regreso a la península no sería fácil. Para escoltar a una agrupación como aquella, tan inmensa, don Álvaro estableció un orden de marcha muy estricto, con los galeones en vanguardia y retaguardia, una escuadra de naos gruesas en cada flanco y un perímetro amplio de barcos auxiliares dedicado a hacer descubierta. Ascendieron hasta el paralelo cuarenta y dos y navegaron a esa altura durante dos semanas sin avistar ningún enemigo ni más novedad que un inoportuno temporal. Próximos a las costas de Galicia, cayeron al sur hasta llegar a la altura de Lisboa, donde Bazán despidió a la flota de Indias, que seguiría hasta Sevilla custodiada por la escuadra de galeras.

Los hombres estaban cansados por tantos días de mar, algunos muy arduos, y se holgaban del próximo final de la travesía.

Duarte hacía corro con su gente sobre la cubierta del galeón San Martín, el buque de Bazán. Era la hora del rancho. El cabo Pechoabierto, Sancho Crespo, Ariztimuño, Parrita y otros cuantos vaciaban sus escudillas y charlaban despreocupadamente de lo que harían en cuanto desembarcasen.

—Yo iré a ver mi moza, que son ya muchos días sin ella y echo en falta su calor —dijo Sancho Crespo con humor. Rieron los demás la gracia y cada cual comentó sobre su esposa, querida o enamorada.

—¿Y a vos, Román, quién os aguarda? —le preguntó Duarte al verle rebañar su plato en silencio.

—No me gusta atarme a nadie. Prefiero a las putas —dijo, mientras masticaba el último mendrugo de galleta mojado en agua —. Les pagas, sí, pero te no dan ningún problema.

—Dejaos de gaitas, señor cabo. Andáis con busconas porque ninguna mujer decente querría juntarse con un hombre tan feo —bromeó Parrita, que era un hombre moreno, con la cabeza grande, el pelo prematuramente cano y fama de gracioso.

—Ah, hideputa —respondió Pechoabierto sin inmutarse—, ya me reiré de ti cuando me vengas otra vez llorando por tus desamores.

El día que iban a hacer la última singladura hasta la embocadura del Tajo se les echó encima una tormenta del sudoeste y el marqués

ordenó hacer una bordada hacia el mar para evitar que el viento los empujara contra la costa. La consigna para la noche era dejar las naves a palo seco. Y de aquella guisa estuvieron cuatro días aguantando la borrasca hasta que al fin amainó y el veintiocho de septiembre lograron entrar en el estuario del Tajo con las embarcaciones muy trabajadas, la arboladura dañada y algunos cascos haciendo agua.

—Me temo que el rey va a tener que esperar para llevar a cabo la empresa de Inglaterra —comentó don Álvaro ante sus oficiales durante la maniobra de atraque—. Recibir y escoltar a la flota de la carrera de Indias ha sido más arduo de lo que imaginaba. Los temporales sufridos nos obligarán a hacerles un repaso concienzudo a muchas naves.

—Entonces se nos echará encima el otoño —dijo Marolín de Juan, el capitán del San Martín.

—La mar es voluble, capitán, y a sus caprichos estamos todos sujetos, desde el paje más bisoño hasta Su Católica Majestad.

Antes de desembarcar, los asistentes de Bazán debían llevar a cada nave un despacho con las disposiciones y ordenanzas más inmediatas. A Duarte se le fue la jornada en entregarlo a los capitanes que le tocaron en suerte. Cuando terminó, caía ya la tarde. Embarcó en el esquife del galeón y el remero lo transportó a uno de los muchos muelles del puerto.

A pesar de la hora, la orilla hervía de gente, soldados, marineros, oficiales de mar y guerra, familiares, deudos y amigos, criados y mozos de carga, vendedoras, frailes y curiosos. Duarte se echó al hombro el baúl con sus pertenencias y buscó con la vista a Belinha, pero no fue capaz de localizarla. Se encogió de hombros y atravesó la explanada de la Ribeira. Pasó bajo el arco de los Palacios y, esquivando a la gente, siguió andando hasta cruzar la muralla por la puerta de Corte Real. Allí creyó divisar la figura de Belinha. Estaba junto a la orilla, de espaldas a él, y le dio una voz para llamar su atención. Repitió la llamada y la mujer por fin se giró, pero el rostro que apareció ante él no era el de Belinha, sino el de su hija. La confusión estaba en cierto modo justificada, porque la muchacha, en el porte, se parecía a su madre. Sólo en la nariz, que era más recta, había salido al padre.

—¡Branca!

La joven dio unos pasos hacia Duarte, que dejó el baúl en el suelo, y se quedó frente a él en actitud pasiva, con la cabeza gacha, la vista puesta en el suelo y los brazos caídos. Sacudía los hombros a causa del llanto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al tiempo que alargaba la mano, le tomaba la barbilla y con delicadeza la obligaba a alzar un rostro bañado en lágrimas—. ¿Y tu madre?

Branca se sorbió los mocos y trató de secarse las lágrimas con las mangas. Duarte aguardó con impaciencia a que se calmase y dejara de hipar. Un mal presagio le ensombreció el ánimo.

—Mi madre está en el hospital de Todos los Santos —farfulló al fin—. Y también Mateo.

—¿Qué les ha ocurrido?

La muchacha volvió a llorar. Las campanas doblaron a completas, imponiéndose su tañido sobre el murmullo de la gente, las voces, el ruido de muchos pasos, el chapoteo de los remos, los ladridos de los perros, el arrastrar de bultos y el chirriar de las ruedas de las carretas.

—Maciel la apuñaló —dijo con la voz entrecortada—. Fue a buscarla a la casa y estuvieron… estuvieron discutiendo. A mi hermano, que se metió por medio, lo lanzó al suelo y le quebró un brazo. Después… después se peleó con ella y le dio varias cuchilladas en los brazos, en el pecho y en el costado. Ha perdido mucha sangre, y las hermanas de la Caridad temen por su vida. Y por la del bebé.

—¡Rediós! —exclamó Duarte. La sangre le hervía de rabia, de impotencia e indignación—. Degollaré a ese hideputa como a un cochino.

—No, no, os lo ruego —le pidió la joven con vivacidad. Abandonando de repente su actitud lastimosa, le cogió una mano entre las suyas y lo miró con expresión suplicante.

—¿Cómo puedes defenderlo después de lo que ha hecho?

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. Yo lo odio, pero ese hombre es violento y muy peligroso. Podría haceros daño. Alejaos de él.

—¿Daño? ¿A mí?

El sol se había puesto. Detrás de Branca, sobre las aguas del Tajo, unas nubes bajas y oscuras ocultaban el horizonte. Más arriba, el cielo se vestía de celestes, amarillos y anaranjados. Unas

nubecillas muy altas, parecidas a plumas de ganso, brillaban con gran claridad. Entre ellas asomaba el lucero de la tarde y una luna naciente, apenas una tajada, como en un tapiz otomano. El viento, cargado de humedad, ya enfriaba.

—Vamos a verla, muchacha —le dijo Duarte. Cogió el baúl, le tendió la mano y se encaminaron hacia el hospital.

XIV

1
SAINT JAMES

Drake arribó a Plymouth con el resto de su armada. Llevaba consigo la gran nao portuguesa capturada en las Azores y otras presas menores. Permaneció una semana en aquel puerto antes de seguir hacia Londres. Quería hacer aguada, permitir que las tripulaciones se rehicieran de la larga travesía y desembarcar una buena parte del botín para escamotearlo a los funcionarios de la reina.

En la capital, los ánimos no le eran propicios a causa de las acusaciones que William Borough y otros capitanes y armadores habían lanzado contra él. El corsario había desobedecido las órdenes del almirantazgo, había provocado desacuerdos entre sus oficiales, había permitido que la flota se disgregara y había arrumbado por su cuenta a las Azores en busca de buenas presas. Eran acusaciones graves, pero la riqueza que trajo consigo fue un excelente argumento para calmar voluntades y perdonar desafueros.

John Trenton obtuvo permiso del almirante para conducir a la Speedwell a Portsmouth, en cuyos astilleros se le haría el repaso que necesitaba tras la dura campaña. Volvía con los bolsillos llenos por las casi mil libras que le habían correspondido en el reparto del botín. Seguir la estrella de Drake le estaba resultando, de momento, lucrativo. Sus enseñanzas, sin embargo, dejaban bastante que desear. El almirante sabía, por un recado que había recibido en Sagres, de la existencia de aquella nao y de su probable fecha de arribo a Azores, pero mantuvo la información en secreto hasta el final, cuando la escuadra estaba muy menguada. Sus cálculos habían sido muy simples: cuantos menos fueran, a más tocarían. Y la clave de sus éxitos, también: mirar por él y solamente por él.

La llegada a Saint James fue una sorpresa. Su familia festejó su retorno como el del hijo pródigo y lo colmó de atenciones, y su

esposa lo recibió con los brazos abiertos y la noticia de su evidente embarazo. Al día siguiente, Michael se presentó en la casa para darle la bienvenida.

—En Inglaterra no se habla de otra cosa que de la victoriosa campaña de sir Francis —lo felicitó mientras lo abrazaba.

—Y de su extraña manera de llevar a cabo las órdenes de la reina —añadió sir Humpfrey, más crítico con la empresa. Había participado junto con otros caballeros locales en el apresto de dos de los navíos particulares de la flota.

—Tiempo habrá para hablar de todo ello —dijo Trenton.

Acostumbrado a los modales desapegados de su hermano, le llamó la atención su calurosa bienvenida. Lo apartó de sí y lo miró a los ojos. Ambos los tenían claros, pero los de su hermano eran más grandes y saltones. Michael le sostuvo la mirada unos instantes y luego le dio una palmada en la espalda.

—Bien que habéis asustado al rey Católico —dijo Michael con voz alegre. Tenía los mofletes más redondos y había ganado algunas libras. Nunca se habían parecido en el carácter, y cada vez se parecían menos en el físico.

El regocijo del reencuentro le duró poco a Trenton, pues Isabel era una sombra de lo que había sido. Ni los marineros afectados por la peste tenían aquel aspecto. Y descargó su cólera contra los suyos por haber permitido que su salud se deteriorase tanto.

—El doctor Edwards la ha visitado con regularidad —se excusó su madre.

Lo importante, en todo caso, era tratar de ponerle remedio, y Trenton hizo lo posible para no separarse un instante de Isabel. La colmaba de atenciones, comía junto a ella, a su lado daba largos paseos por el jardín, bajo un sol amable, y charlaban, bromeaban y disfrutaban de su mutua compañía. Su presencia resultó, al fin, mano de santo, e Isabel mejoró como la planta marchita a la que un buen riego vigoriza.

No obstante la rápida recuperación, una mañana amaneció con escalofríos y dolores en el vientre y se quedó en el lecho.

—¿Qué te ocurre, querida? —le preguntó su esposo con preocupación, pero ella le quitó importancia—. Estás ardiendo —insistió él, tras tocarle la cara con la mano, y mandó a Jinny que permaneciera a su lado y le pusiera trapos fríos en la frente

mientras se encaminaba en busca del médico.

—No hace falta, John —protestó Elizabeth—. Pronto se me pasará.

Pero el dolor iba y venía a intervalos, como en su primer parto, hasta que finalmente, en medio de un profuso sangrado, expulsó un embrión del tamaño de un gatito. Era un varón. Los dolores persistieron hasta que expulsó las secundinas. Al cabo de un par de días desaparecieron también la fiebre y el malestar físico, no así el mental. El malogro de aquel hijo, el segundo que perdía, la afectó enormemente. La melancolía volvió a adueñarse de ella y Trenton necesitó de mucha paciencia, ternura e imaginación para conseguir que superase aquel nuevo contratiempo.

Apurando el tiempo que le quedaba, se le ocurrió que viajaran a la cercana Winchester, capital de uno de los antiguos reinos sajones, donde pasaron unos días, y a Portsmouth, cuyo bullir entretuvo a Isabel más que el aburrido sosiego de la casa. La villa marinera estaba creciendo deprisa, y Trenton tenía la idea de hacerse más adelante con una casa y trasladarse allí.

Un día su esposa le habló de la visita de Marcia y de los dos caballeros, Dobson y Newport.

—Una mujer muy atenta —comentó Trenton—, y con buena memoria. ¿Tú la recordabas?

—He procurado olvidar todo lo relacionado con aquella época de mi vida —dijo, y guardó un momento de silencio—. Pero me ha ofrecido su amistad —añadió.

—Esa Marcia sabe a quién arrimarse.

—¿Por qué lo dices?

—El rey portugués y los suyos no están en una situación envidiable —respondió Trenton, evadiendo la pregunta—. Son aliados de la reina, pero católicos, y dependen de los vaivenes de la política. Ahora sopla el viento a su favor, mas quién sabe hasta cuándo.

La Speedwell salió por fin del astillero, y Trenton hubo de embarcarse en ella. Drake lo reclamaba en Plymouth. El control del canal de la Mancha era esencial para los intereses del reino. Había que contrarrestar el daño que hacía la naciente flota de corsarios dunquerqueses, entorpecer el comercio entre las posesiones del rey Católico y juntar una armada que pudiese enfrentarse con la que se

estaba alistando en Lisboa.

—Otra vez me dejarás sola —se quejó Isabel—. Esta casa pesa sobre mi ánimo como una pesadilla. Ojalá pudieras llevarme contigo.

—Un barco es el último lugar adonde te llevaría —le dijo Trenton con intención—. Pero levanta ese ánimo. La guerra no durará siempre, tendremos otro hijo y crearemos nuestra propia familia. Y tocaré en Portsmouth cuantas veces pueda.

Isabel no pareció muy convencida, pero no derramó ninguna lágrima. Tampoco le dijo una palabra de la conversación que Jinny Hill había escuchado entre Michael y su madre.

2
DUNQUERQUE

Cada vez que arribaban a Dunquerque, Gabriel se reunía con Fortún Agea para ponerlo al tanto de las novedades y entregarle el quinto sobre el botín obtenido. En aquella ocasión, el señor Agea le entregó, a su vez, un mensaje de Zarco. No un mensaje cualquiera.

Estimado señor Duport:

He sabido a través de una fuente fidedigna que nuestro común amigo Trenton fue visto en la capital del reino. Es deudo de Francis Drake, que ha puesto bajo su mando la pinaza Speedwell, y lo ha acompañado en sus últimas correrías contra Cádiz, Sagres y Azores. Unidades de la flota de Drake están regresando de manera fraccionada a Inglaterra. Lo más probable es que el citado barco se encuentre o acabe recalando en un puerto de Cornualles, que es donde Drake pretende establecer su base de operaciones.

Después de leerlo varias veces, Gabriel le devolvió el pequeño billete al señor Agea, que se lo reclamaba con la mano extendida. Podía reconocer el estilo de Zarco en cada una de las palabras de aquel mensaje, y una leve sonrisa cruzó su rostro. Apenas podía creer que hubiera hallado el rastro del hombre que se apoderó de Isabel.

Se encontraba en el despacho del banquero, sentado a su mesa. Frente a él reposaba intacta una copita de moscatel que Agea le había ofrecido. Gabriel la tomó y la acercó a sus labios. La mano le temblaba tanto que hubo de sujetarla con la otra para no que no se le cayera al suelo. Se la bebió de un trago y la depositó sobre la mesa. Sus ojos reflejaban el mismo fuego que ardía en su corazón.

—Trenton —musitó Gabriel, y depositó en aquella palabra toda la rabia, la brutalidad y la violencia acumuladas a lo largo de años de búsqueda, sufrimientos, muertes, desengaños, vanos indicios y tiempo perdido—. John Trenton —repitió.

El señor Agea sintió un escalofrío al oír cómo pronunciaba aquel nombre. Por nada del mundo le habría gustado estar en su pellejo.

—¿Tenéis intención de seguir su consejo?

—¿Habéis leído la nota?

—Qué remedio me queda, señor Duport —le dijo Agea—: la mayoría de los mensajes que recibo vienen cifrados, en especial si contienen información tan explícita. Entonces, ¿qué decís? He de responderle.

—¿Sobre una cuestión tan nimia? No sé en qué podría afectarle lo que yo haga.

—No es tan insignificante como pensáis —respondió con delicadeza Agea—. Los ingleses tienen conocimiento de que se apresta una gran armada en Lisboa y que Farnesio trata de hacerse con Flesinga. El temor a la reacción del rey prudente parece que esta vez ha calado hondo en sus cabezas. Están realizando levas de soldados y marineros en varios condados y la reina ha ordenado armar cuantos barcos sea posible en el estuario del Támesis y en los puertos del canal de la Mancha para enfrentar la previsible ofensiva.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—¿No está claro? Vuestros intereses coinciden con los del señor Zarco. Así podréis ayudaros mutuamente.

—¿Nuestros… intereses? ¿Ayudarnos? —se sorprendió Gabriel, aunque al punto se rio de sí mismo. Había olvidado lo retorcido que era Zarco, que con la cal daba arena—. Vuestro jefe tiene ojos y oídos en todas partes, señor Agea. Escaso servicio podría prestarle yo.

—No creáis. Le resultará de gran ayuda saber las fuerzas navales

que los ingleses están concentrando en los puertos del canal, su distribución, armamento y cualesquiera otros aprestos militares que podáis conocer. Lleváis años tras ese hombre, amigo Duport. Bien, ahora lo tenéis al alcance de la mano.

El dichoso Agea estaba en lo cierto. Tanto que Gabriel dudó de si aquel banquero era un simple enlace de Zarco o un corresponsal al corriente de sus planes, diligencias y complicidades. La conversación dio poco más de sí. Gabriel había cumplido su misión y Agea tendría sin duda otros menesteres de los que ocuparse.

—¿Y bien?

—He de hablar con mis hombres antes de daros una respuesta, caballero —le indicó al despedirse—. Pero transmitidle mis agradecimientos al señor Zarco.

Pese a lo dicho a Fortún Agea, antes de tratar con sus compañeros Gabriel necesitaba meditar con calma sobre la noticia recibida y sus inevitables implicaciones.

En realidad, había postergado demasiado el momento de hacerlo.

Había pasado tanto tiempo sin saber de Isabel y de Trenton, sin hallar una nueva pista, una noticia, un detalle que lo aproximara a ellos, que su búsqueda se había convertido en un hábito de su pensamiento, una costumbre sin ningún resultado efectivo. Tal vez, sin ser consciente de ello, había renunciado a encontrarla, a volver a verla. Incluso a vengarla. Y de repente, con este nuevo cabo del que tirar, sus olvidados fantasmas retornaban a la vida, y ya nada podría seguir siendo igual.

Durante varios días estuvo pensativo y como ausente. Eran muchas las cosas que decidir y escaso el tiempo. ¿Qué hacer? No era propio de él dudar en demasía. Si quería evitar que aquella pista se desvaneciera en el aire, como en otras ocasiones había ocurrido, debía darse prisa en actuar. Pero ¿dónde?, ¿de qué manera? Intentar descubrir a Trenton abordando navíos ingleses en el canal de la Mancha o haciendo entradas en algunos de sus puertos se le antojaba una tarea impracticable, aparte de peligrosa. En todo caso, era un cometido que le afectaba a él, exclusivamente a él, a nadie más. Ni a sus amigos, ni a sus socios ni a Eva Falk.

Después de barajar varias alternativas, de resolverlas y desecharlas, de cambiar una y otra vez de opinión como el que

deshoja una margarita, poco a poco se fue afianzando en su ánimo la idea marchar a Cornualles en solitario y comenzar sus pesquisas por cualquiera de sus puertos. Con esa resolución en la cabeza se reunió con sus hombres de confianza y les reveló que se había enterado a través de Agea del paradero de John Trenton, el hombre que había secuestrado a su hermana. Mandaba una pinaza y formaba parte de la escuadra de Drake.

—Llevo mucho tiempo tras las huellas de mi hermana Isabel y no voy a dejar que esta vez se me escape. De modo que iré a Cornualles y rebuscaré puerto por puerto —concluyó su explicación.

Los hombres guardaron unos momentos de silencio. No estaban acostumbrados a que su capitán les hiciera confidencias. Sólo Boucher y Mahagüini, que conocían de primera mano los sucesos que habían hecho caer a Isabel en manos de Trenton, podían comprenderlo mejor.

—¿Por dónde vas a empezar? —preguntó Boucher.

—Por Plymouth. Es el puerto más importante de Cornualles.

—¿Y cómo piensas ir hasta allí? —dijo Laiseca.

—En la zabra. Podréis desembarcarme cerca, en un lugar solitario, para que pueda llegar por tierra hasta la villa. Tengo entendido que aquella ensenada es enorme, pero si la Speedwell está, o ha estado en ella, lo encontraré.

—¿Y si no?

—Iré a otro puerto.

—No sé por qué nos cuentas esto, Gabriel —dijo Laiseca—, pero si se te ha pasado por la cabeza emprender la aventura en solitario, es que poco nos conoces.

—Se trata de mi hermana y de mi venganza. Nadie tiene por qué seguirme, ni arriesgar su pellejo en esta aventura.

—Yo no voy a dejarte ir solo —se ofreció Boucher.

—Tampoco yo —dijo Mahagüini.

Se hallaban en la amplia playa de Dunquerque, más ancha de lo habitual con la marea baja. Con ramas y maderos secos habían encendido una gran hoguera en cuyas brasas asaban sardinas. Boucher se había llevado una garrafilla de hidromiel que ya estaba más que mediada. Una franja de nubes bajas había ocultado hacía tiempo el sol. El cielo empezaba a oscurecerse y la brisa marina avivaba las llamas.

—Podemos intentar entrar en Plymouth con la zabra, haciéndonos pasar por comerciantes hugonotes —propuso Vermeulen.

—Es un plan arriesgado.

—No lo será si el resto de la escuadra finge una persecución hasta la entrada de la bahía —insistió Vermeulen—. Así, nuestro arribo será más creíble.

—Pero necesitaremos de la colaboración de Falk y Dewulf, y no creo que estén de acuerdo —dijo Laiseca luego de lanzar al fuego una raspa monda y lironda.

—Si no quieren echar una mano, fingiremos la persecución sólo con la fragata.

—No me parece buena idea meter la zabra en Plymouth —terció Boucher, que se había levantado, sacudido la arena de las calzas y acercado las manos a las llamas—. Aunque cuenten con ensenadas amplias y bien fortificadas, aquellos puertos son apenas villorrios donde todos conocen a todos. Una embarcación que entre allí, por muy perseguida que parezca, no dejará de llamar la atención.

—Sobre todo si va con las bodegas llenas —apuntó Laiseca.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó Gabriel.

—¿Cómo, capitán, acaso sois nuevo en este oficio?

—En Cornualles llevan décadas dedicándose a la piratería y el contrabando. Es su principal modo de vida —explicó el francés—. Autoridades y regidores están tan conchabados en el negocio que algunos han acabado en las mazmorras. El cargamento de la zabra suscitará su codicia y no dudarán en embargarla, quedarse con la mercancía y arrestar a la tripulación. No, mis señores; la forma más segura de meterse allí es con la ayuda de los propios contrabandistas.

—¿Acaso conocéis a alguno?

—A unos cuantos. Ser tabernero y francés tiene sus ventajas, señor Vermeulen. La gente de Normandía se ha dedicado a ese viejo oficio desde siempre. Pese a ser naciones enemigas, entre uno y otro lado del canal el contrabando fluye como la ginebra por el gaznate de un borracho. Por fortuna —Boucher miró a Gabriel—, tengo un buen amigo en Cherburgo para quien los puertos del sur de Inglaterra no tienen secretos. Estoy seguro de que no tendrá inconveniente en transportarte a Plymouth, y lo que es más

importante, en introducirte en aquel ambiente.

—¿Un amigo de fiar entre aquella gentuza? —protestó Pascual Laiseca.

—Señor Laiseca, por vida que os tengo en mucho aprecio, pero si porfiáis en dudar en la honradez de mi amigo, tendréis que veros las caras conmigo.

—Haya paz, señores, haya paz —dijo Gabriel de forma mecánica, pensando en las palabras de Boucher. En verdad aquel plan era mejor que el suyo, más sensato. Los contrabandistas, claro. Con ellos no sería necesario arribar al puerto como un desconocido, ni fingir una persecución ni arriesgar la zabra. Además, si las cosas eran como Boucher se las estaba pintando, en el mismo Cherburgo podría obtener alguna información sobre el paradero de la Speedwell.

—Bien —resolvió—. Iremos a Cherburgo en la zabra.

—Así se habla —dijo Boucher, y alzó su vaso para brindar por el arreglo.

El ocaso avanzaba. La marea había comenzado a subir y las olas lamían mansamente las arenas de la playa un centenar de varas más allá. Las llamas de la hoguera habían menguado y Mahagüini la alimentó con una brazada de ramas secas. Pequeñas lengüecillas azules, amarillas y anaranjadas empezaron a trepar por el nuevo combustible, a enredarse en las ramillas más delgadas, prenderlas y multiplicarse, y en poco tiempo un fuego grande y brillante iluminaba los rostros de los cinco hombres que la rodeaban.

—¿Y con la fragata qué hacemos? —preguntó Laiseca con un gruñido.

—Este no es el fin, amigo Pascual. ¿O ya me das por muerto?

—Te conozco, Gabriel, y esta empresa no presagia un desenlace rápido. Sé que no volverás si no es con la cabeza de ese tal Trenton en un canasto, o con los pies por delante.

—Eso ya se verá. Mientras tanto, y si no es mucho pedir, Vermeulen y tú os quedaréis en Dunquerque, con la Portuguesa. Boucher me llevará a Cherburgo, me pondrá en contacto con su amigo y regresará con la zabra para continuar la campaña junto a nuestros socios.

—¿Lo sabe ya Eva Falk?

—Lo sabrá.

3
DUNQUERQUE

Pero hacerlo fue más difícil que decirlo. Ni Gabriel era amigo de dar explicaciones ni a ella le gustaba que la contrariasen ni que la dejaran en segundo término. Gabriel le había asegurado meses atrás que al término de aquel año invernarían en Wismar, pero la aventura inglesa lo hacía bastante improbable.

—Me lo prometiste, Gabriel —dijo ella con vivacidad y un punto de exigencia.

—Las cosas han cambiado, Eva.

—Ya. Y has hablado con los tuyos antes que conmigo.

—Son mis hombres. ¿Qué capitán no habría hecho lo mismo?

Estaban en la habitación de la posada de Dunquerque, aquel sencillo pero acogedor cuarto donde habían tenido lugar muchos de sus encuentros. Por la ventana entrecerrada entraba una tenue claridad lunar y el murmullo de una ciudad que no dormía. Habíanse despojado de las ropas y habían hecho el amor. Después, calmados los apetitos, se habían sentado sobre las sábanas, frente a frente, con las piernas entrelazadas.

—¿Vas a arriesgarlo todo por una hermana que ni siquiera sabes si está viva? —La voz de la mujer se había serenado y el sudor de ambos se había secado.

A Gabriel le molestó aquella pregunta. ¿Qué sabía ella de su hermana?

—Agea me ha pedido que le dé informes sobre el estado de las fuerzas inglesas en los puertos del sur.

—Lo que hace más peligroso el cometido.

—¿Me voy a echar a atrás por eso?

—Estás evadiendo la cuestión —apuntó ella con agudeza.

—No somos simples piratas, sino corsarios al servicio de la Corona —dijo Gabriel.

—Nunca te han importado las banderas. Yo tengo a mis hijos olvidados en Wismar, a cargo de la señora Lange. Hace más de un año que no los veo y tú me vienes con medias verdades.

Gabriel hizo una pausa antes de proseguir. No le faltaba razón a Eva. Si quería que lo entendiera, no podía irle con medias verdades.

—Isabel y yo siempre estuvimos muy unidos, desde pequeños, y

la perdí hace siete años a manos de los corsarios. También a mí me capturaron, y mi mundo se desplomó. Fueron los peores momentos de mi vida, estuve a punto de rendirme y dejarme morir, pero pensar en encontrarla me redimió, me dio fuerzas para seguir adelante. Sin aquel acicate, no sé qué habría sido de mí. No puedo dejar pasar esta ocasión y vivir con esa duda en la conciencia. —Eva no dijo nada. El airecillo que se colaba por la ventana le agitaba los cabellos, que, contra su costumbre, llevaba sueltos y enredados—. Si tengo suerte, quizá pueda acompañarte en invierno —añadió Gabriel.

—Yo no me conformo con un quizá. Te quiero para mí, señor Duport, y no deseo compartirte con tu hermana ni con tus viejas venganzas.

—¿Qué venganzas?

—Pondría la mano en el fuego por que prefieres matar a ese inglés antes que dar con tu hermana.

—Soy lo que soy, Eva.

—¿Y el corso?

—Laiseca quedará al cargo de mis barcos. Entre los cuatro hacéis una escuadra formidable, con un gran futuro por delante.

—Laiseca no eres tú. Haremos una campaña más este año. Después iré a Wismar a pasar el invierno.

—Eres libre de hacer lo que desees.

Se hizo el silencio y ella se inclinó ligeramente hacia el borde la cama. De repente, al recuperar la posición, un brillo azulado cruzó la oscuridad y la punta de un estilete se apoyó en el cuello del hombre, el pequeño y afilado estilete que Eva portaba siempre en el cinto. La acción fue tan rápida que a Gabriel no le dio tiempo de reaccionar. El rostro de la mujer estaba a un palmo del suyo. Tenía el codo doblado y sujetaba el arma con el puño cerrado. Podía desarmarla con facilidad, pero permaneció quieto.

—Aprieta —dijo.

—¿Qué soy para ti? ¿Un pasatiempo? ¿Una diversión con la que yacer cuando se te antoja? —Gabriel sintió el soplo cálido de su aliento, la furia que la poseía. Apenas entreveía su rostro, pero, inclinada hacia delante, sus pechos colgaban como frutas de una rama.

—Para eso hay muchas putas en los puertos —respondió Gabriel

al tiempo que posaba sus dedos sobre el antebrazo de Eva Falk. Los músculos estaban tensos, pero se aflojaron bajo el calor de sus dedos. Un momento después ella soltó el estilete, cuya punta, al caer, golpeó sobre el muslo de Gabriel y le produjo un pequeño corte.

—Una pulgada más acá y me la ensartas —dijo él, procurando dar a su voz un tono neutro.

Sintió un ligero espasmo en el cuerpo de Eva y le acarició el rostro. Lloraba. Quiso abrazarla, pero ella lo rechazó.

—No quiero tu compasión.

—Y yo no tengo respuestas para tus preguntas, Eva. No las hay.

—Tiene que haberlas —dijo ella, que, tras rechazarlo, lo abrazó con ternura.

—¿Dónde vivimos? ¿Qué somos? ¿Qué futuro nos aguarda? Hoy estamos aquí, juntos, pero mañana podemos estar muertos, mutilados o presos. Tú tienes unos hijos a los que no ves y yo, una hermana a la que busco. Y una esposa que me abandonó.

—Nunca me lo habías dicho.

—Te lo digo ahora. —Gabriel no sabía por qué le había dicho aquello, pero no se arrepintió. Era lo correcto.

—Es un poco idiota tu esposa.

—Al contrario. Es muy sensata, se llama Marcia y está en Oporto. Creo.

—Ah, vaya.

—¿Qué ocurre?

—La Portuguesa. Siempre me pregunté por qué se llamaba así la fragata. —Eva quiso hacerle otra pregunta más importante, pero no se atrevió. En su lugar dijo—: ¿Cuándo os iréis?

—Mañana. En la zabra.

—Te esperaré hasta que empiecen los fríos. Ni un día más.

—¿Y luego?

—No habrá un «luego»,

l’Avide.

—Eva Falk había dejado atrás las lágrimas, recuperando su seguridad. No era la mujer quien hablaba, sino el corsario—. Yo me asocié contigo, no con Laiseca ni con ese bruto de Boucher. Si tus planes han cambiado, también cambiarán los míos.

—No ha sido por mi voluntad.

—La decisión sí ha sido tuya, Gabriel. Y lo entiendo. Pero cuando las reglas varían, las sociedades se disuelven y cada cual sigue su camino.

Gabriel deshizo el abrazo, la sujetó por la barbilla y la besó. Ella le dejó hacerlo.

—Está bien, Eva —dijo cuando separaron sus labios—. Ve a Wismar y pasa el invierno con los tuyos. O quédate con ellos para siempre.

—Sólo te esperaré hasta el invierno,
l'Avide.
No soy mujer que guarde las ausencias.

Después hicieron otra vez el amor, muy despacio, demorando cada beso, cada roce, cada abrazo, con gran ternura, como un matrimonio que llevase junto media vida. Por la mañana, cuando Gabriel despertó, Eva se había marchado.

4
LISBOA

Belinha murió a causa de las puñaladas que le había asestado su marido, que fueron muchas y muy profundas. Las atenciones de las hermanas del hospital de Todos los Santos no fueron suficientes para salvar su vida. Duarte estuvo a su lado hasta el último momento, viéndola languidecer día a día y sosteniendo sus manos exánimes. Los escasos instantes conscientes que Belinha tenía los dedicaba a rezar y ponerse en paz con el Altísimo. Pesaba mucho en su conciencia el haber convivido con Duarte estando casada, y se empecinaba en pedir perdón por ello.

—No te vengues de él, Duarte, júramelo —le había pedido en uno de sus últimos momentos de lucidez—. Estaba en su derecho.

—Sólo Dios tiene derecho a quitar una vida —respondió Duarte, tratando de esquivar la promesa.

—No descansaré tranquila si no juras —insistió la mujer con la voz apenas audible y los ojos cerrados—. Por lo que más quieras, por lo más sagrado, júralo.

A Duarte le costó hacerlo, pero al fin le juró que no buscaría vengarse de Bruno Maciel.

La enterraron en el cementerio de la iglesia de Santa Catalina. El hijo que esperaba murió con ella. Y Branca y Mateo se fueron a vivir con su tía Natalia, que formaba parte de la misma hermandad de regateras que Belinha. Además, Branca, que conocía bien el oficio, ocupó el lugar de su madre, y aportaría sus ganancias a la familia. Natalia y su esposo, un pescador de bajura, tenían cuatro hijos y no gozaban de una posición desahogada, ni mucho menos, pero en su casa había un lugar para sus sobrinos. Los dos mayores ayudaban a su padre con la pesca, aunque Tiago, el primogénito, que tenía un año más que Branca, estaba deslumbrado por el mundo de la milicia y pasaba las escasas horas libres que le quedaban rondando por calles y muelles y arrimándose a los improvisados corros que formaban los soldados ociosos, a quienes escuchaba, boquiabierto, narrar sus hazañas y aventuras.

Duarte denunció la muerte de Belinha ante la justicia ordinaria, que no pareció tomarse muy en serio la búsqueda y captura de Bruno Maciel. Sin embargo, Pechoabierto hizo cuestión de honor vengarla. Duarte intentó disuadirlo sin mucha firmeza, más como un gesto que por verdadera convicción.

—A mí no me ata ninguna promesa —le respondió el cabo, y con la ayuda de sus compañeros revolvió Lisboa de punta a cabo.

Pero era como si a Maciel se lo hubiera tragado la tierra.

—Ya aparecerá él solito —comentó Ariztimuño—. Estos bravucones no son amigos de ocultarse mucho tiempo.

—Más nos vale, porque esta ciudad está cada vez más poblada —apuntó Sancho Crespo.

Y no le faltaba razón.

Como puerto de salida de la Armada de Inglaterra, a lo largo del verano y el otoño de 1587 habían estado llegando a Lisboa gran cantidad de tropas que los mandos militares trataban de distribuir y acuartelar como buenamente podían. A las compañías de Andalucía y el tercio de Sicilia, que se hallaban en la villa desde antes del verano, se les sumaron los tercios de Nápoles y de galeones, el tercio de Agustín Mejía, el de Juan de Tejada y compañías sueltas de Entre Duero y Miño y de Vizcaya. Estas tropas, aparte de participar activamente en los combates navales, completarían la fuerza de desembarco que se alistaba en Flandes.

El deseo del rey era que la armada zarpase aquel otoño, pero

diversas circunstancias impidieron que don Álvaro pudiera complacerlo. Al marqués le gustaba organizar las cosas sin dejar cabo suelto, o dejando sueltos los menos posibles; sin embargo, las correrías de Drake en la península y Azores y el recibimiento y protección de la flota de la carrera de Indias habían retrasado los preparativos de la armada.

Y cuanto más apremiantes se volvían las órdenes de rey, más se concitaban los hados para obstaculizar a don Álvaro. Después de haber realizado las reparaciones que necesitaban parte de los barcos que lo acompañaron a las Azores, y de haberse reunido finalmente en Lisboa las armadas del Cantábrico, de Portugal, Levante, Andalucía y Castilla, una fortísima borrasca azotó el litoral portugués, y, aunque en el estuario del Tajo los barcos se encontraban a relativo resguardo, una buena cantidad de ellos sufrió daños menores que los obligaron a pasar de nuevo por el astillero.

Por otro lado, la logística de una empresa tan enorme y compleja; los movimientos de armamento, munición, víveres y tropas desde puntos tan distantes: la recluta de marineros, oficiales y pilotos experimentados, su alimentación diaria, encuadramiento y distribución en los barcos, así como la organización de estos en escuadras operativas, entrañaba demoras e imprevistos que sometían a prueba constantemente la capacidad de don Álvaro, que debía lidiar cada día con las quejas y demandas de los capitanes de mar y guerra. El que no reclamaba mejores raciones pedía aros de respeto para las pipas, cadenas para las anclas, pólvora, mosquetes, botas de vino, zapatos o nuevos adelantos para los soldados y marineros, que se gastaban sus dineros en la larga estancia lisboeta. Y a todo intentaba el marqués poner remedio, combinando la severidad con la templanza, la prudencia con la precipitación y la austeridad con el exceso.

Mas el rey no entendía de tales pequeñeces, y su exasperación iba en aumento. Durante el otoño no hubo semana que no llegase un despacho suyo urgiéndolo a zarpar, exigiéndole zarpar, aunque fuera con la mitad de la armada, con una tercera parte, con lo indispensable para escoltar a la flota de embarcaciones que había juntado Farnesio para cruzar el paso de Calais.

—¡Partir con treinta y cinco navíos! ¡Habrase visto barbaridad!

—exclamaba Bazán ante sus colaboradores. Por más esfuerzos y diligencias que hiciera, no alcanzaba a cumplir las órdenes del soberano, y eso lo soliviantaba.

Aunque, tras el exabrupto, se armaba de paciencia y respondía a sus apremios y recriminaciones con respetuosas pero firmes cartas en las que lo urgía él, a su vez, a que le enviase más dinero, pues su constante escasez le impedía hacer frente a los ingentes gastos que semejante empresa demandaba, y le exponía otras razones que su dilatada experiencia en el mar le dictaba: que noviembre no era una época apropiada para arriesgarse por el Atlántico norte, que no era buena idea dividir las fuerzas o que había tenido inteligencia, por un navío alemán que tocó en Plymouth, de la reunión en aquel puerto de una importante escuadra inglesa encargada de custodiar el canal de la Mancha. Tenía, además, una baza secreta que no vacilaba en emplear.

Bazán era perro viejo. Desde hacía meses intuía que Alejandro de Farnesio no se estaba implicando en la empresa con la seriedad requerida, y confirmó su sospecha a través de sus hombres de confianza en la corte. De esta manera, en sus respuestas al rey, podía añadir a las anteriores razones una última: que sabía del gran atraso con que Alejandro de Farnesio llevaba los aprestos para reunir y embarcar su ejército, y no resultaría de provecho hacer la travesía hasta Flandes para tener que aguardarlo durante días o semanas en puertos difíciles y peligrosos, poco a propósito para una armada tan grande.

XV

1
CHERBURGO

Cherburgo era una ciudad preparada para la guerra. Estaba rodeada por una muralla fortificada con bastiones artillados que guardaban el puerto y el puente sobre el río Divette. En el interior de la muralla se alzaba un castillo con una docena de torreones, una enorme torre cuadrangular y un profundo foso. En la larga guerra que durante más de un siglo enfrentó a ingleses y franceses había sido sitiada, tomada y cambiada de mano muchas veces. También la guerra de religión le estaba pasando su devastadora factura a la ciudad, que había permanecido siempre fiel a los Valois.

La zabra, pilotada por Ugalde, que demostró conocer a la perfección las aguas del canal, necesitó dos días para realizar la travesía hasta Cherburgo y fondear en el puerto, una ensenada con forma de media luna, abierta al norte y protegida por el rocoso islote de Pelée.

El señor Jubert vivía extramuros de la villa, en un arrabal que se extendía a lo largo de la orilla del río, hogar de pescadores, marineros y contrabandistas. El único signo de prosperidad de Jubert era su casa, amplia, de piedra, bien construida y mejor ubicada, pues se asentaba sobre un pequeño talud en la misma orilla, junto a un espeso soto con algunos pinos.

El contrabandista recibió a Boucher con franca complacencia.

—Amigo Gastón, dichosos los ojos que te ven —lo saludó con voz alegre y un abrazo acompañado de fuertes palmadas en la espalda. Al lado de Boucher resultaba un hombre pequeño y menudo. Tenía la barba poblada, una buena mata de pelo, en la que los años apenas habían hecho estragos, y un brazo, el derecho, al que le faltaba la mitad. No vestía mejor que cualquier marinero, con sayo, calzas holgadas, gorro de lana y zapatos bajos, aunque

todo fabricado de buen material.

Hechas las presentaciones, el hombre los invitó a entrar en su vivienda, los regaló con una generosa pitanza que sirvieron entre su esposa y una de sus hijas y los entretuvo con una amena conversación. En la mesa, a su diestra, se sentaba un mozo espigado y ya crecido que no perdía palabra de lo que su padre decía. Terminada la larga sobremesa, Jubert despidió a las mujeres de la familia, cerró la puerta que comunicaba con el resto de la casa y tosió un par de veces antes de preguntar a su amigo qué se les ofrecía.

—Verás, amigo Romain, el señor l'Avide —así lo había presentado Boucher— tiene interés en localizar a un inglés al otro lado del canal. Asuntos personales —aclaró, y a continuación le explicó sin entrar en demasiados detalles las pretensiones que tenían y la ayuda que necesitaban.

—En Cornualles, decís —repitió Jubert, mientras se rascaba la apretada barba. Tenía una voz tan potente que Gabriel dudó de la utilidad de haber cerrado la puerta. Por duro que fuera el oído de su esposa, era difícil que dejara de oír lo que aquel hombre hablaba.

—Tal vez Plymouth. ¿Supone eso un problema? —preguntó Boucher.

—Para mí no, pero quizá lo suponga para tu amigo —dijo Jubert. A continuación, giró el rostro, fijó la vista en Gabriel y añadió—: Señor l'Avide, conozco a este pirata desde hace mucho tiempo y le he cogido más cariño del que se merece. Si él me lo pide, os llevaré a donde haga falta, y sin hacer preguntas.

—Un gesto que os honra, señor Jubert —respondió Gabriel, a quien empezaba a caer en gracia aquel hombre serio y reflexivo, que semejaba ser cualquier cosa menos un contrabandista.

—Las noticias se mueven deprisa en este ambiente —prosiguió el contrabandista—, al igual que las hablillas, y las que han llegado a mis oídos dicen que donde más navíos ingleses se están reuniendo es en Plymouth y Falmouth. Y yo lo creo, porque cuentan con fondeaderos amplios y bien fortificados, de donde han salido la mayoría de sus expediciones corsarias.

—Opino igual que vos, señor Jubert. Hablad, pues, con franqueza y decidme qué dificultades halláis.

—Dificultades ninguna, caballero —dijo de pronto el muchacho.

—Calla, Pierrot, y no interrumpas a los mayores. —Jubert miró a su hijo con una expresión severa y una sonrisa de complacencia. Aquel hombre estaba orgulloso del muchacho—. Mis mejores clientes se encuentran en Poole, adonde iré en mi próximo viaje, y después es probable que viaje a Portsmouth. En esta profesión, como podréis comprender, no es fácil hacer planes a largo plazo. A Plymouth y los puertos del oeste de Cornualles voy con menos frecuencia. La travesía es más larga y peligrosa y quizá tarde un mes, o más, en llevar un alijo allí.

—Descuida, Romain, que no es cuestión de que te expongas más de la cuenta por este asunto —intervino Boucher—, pero tal vez algún conocido tuyo viaje antes a Plymouth.

El señor Jubert alzó la cabeza y negó con lentitud de paquidermo. Parecía buscar en las piedras de la pared de enfrente las palabras adecuadas.

—Amigos tengo muchos, pero ninguno al que pueda confiarle este trabajo. No. Veréis, señor
l’Avide,
desconozco el tiempo de que disponéis y la premura que tenéis, de modo que os ofreceré dos alternativas para que vos escojáis la que más os convenga. —Jubert hizo un alto y un silencio profundo se apoderó de aquella estancia saturada por su voz—. Podéis o bien volveros a Dunquerque hasta que yo os envíe aviso, o bien quedaros conmigo y, si lo deseáis, acompañarme en mis viajes. En todos esos puertos tendréis ocasión de recoger información sobre la persona y el barco que buscáis.

Gabriel le regaló a Jubert una sonrisa lobuna. La segunda opción le cuadraba mejor. Y le gustaba más.

Boucher pasó dos días junto a su viejo camarada, para ponerse al corriente de sus respectivas vidas y aventuras, y al amanecer del tercero se embarcó en la zabra para regresar a Dunquerque.

—¿Qué conviniste con Eva Falk? —le preguntó a Gabriel desde la borda.

—Sólo navegará con vosotros hasta que lleguen los fríos.

—¿Y Dewulf?

—Supongo que se irá con ella.

En Cherburgo se quedaron Gabriel, Mahagüini y Ugalde, quien, contra todo pronóstico, se prestó a echar una mano.

—Hablo bien el inglés y tengo conocidos en algunos de esos puertos —fueron sus argumentos.

La casa tenía un pajar adosado donde el contrabandista guardaba heno y alfalfa para alimentar durante el invierno a los animales que poseía, y allí ofreció alojamiento a sus invitados. Alojamiento al que ninguno de ellos hizo ascos, toda vez que la estancia se hallaba en perfecto estado de revista, si no eran unas molestas telarañas que colgaban de las vigas del tejado como velos viejos.

La guerra entre España e Inglaterra había dado un inesperado empuje a Cherburgo. El cierre de puertos a barcos y mercancías enemigas y los impedimentos para el comercio directo entre ambas naciones habían desviado una parte del enorme movimiento mercantil a la ciudad francesa. Una parte de ese movimiento lo absorbieron los grandes armadores, pero de la otra parte se encargó el contrabando.

No demoró Jubert en hacer el viaje a Poole, al otro lado del canal. Disponía para ello de una lancha grande y una pinaza. La primera, con la que movía pequeños alijos, la escondía en el soto que había detrás de su casa. Y la segunda la mantenía fondeada en la desembocadura del Divette, junto a un centenar de otras embarcaciones dedicadas al transporte, la pesca, el contrabando e incluso el corso, que también en Cherburgo lo había, y en abundancia.

Estas actividades no pasaban desapercibidas para las autoridades de la plaza, pero las consentían e incluso las alentaban en interés de la economía local, de ciertos diezmos indirectos que cobraban, de la concordia entre los habitantes y, por supuesto, del beneficio de algunos señores que se hallaban detrás, respaldando con su dinero e influencias tan lucrativas actividades.

2
CHERBURGO

Pese a la incertidumbre de una actividad como aquella, el señor Jubert era un hombre cuidadoso en la organización de sus viajes. El movimiento entre ambos lados del canal era tan abundante que no le resultaba difícil encontrar un correo con el que avisar con cierta antelación a sus contactos de la fecha de su llegada. No siempre podía cumplir lo establecido, ya que la lista de eventualidades era grande, pero el negocio funcionaba con una regularidad más que notable.

El salto del canal entre Cherburgo y Poole les llevó poco menos de una noche. Jubert, que era buen conocedor del oficio, esperó a contar con una mar en calma, un viento del tercer cuadrante y una noche con la luna en menguante. Cargó bien de mercaderías la pinaza, tanto que al subir la tripulación poco faltó para que el agua se colase por la borda.

—No creáis que siempre va tan repleta —se disculpó ante Gabriel—. Cuando la mar está más revuelta, apenas cargo la mitad de lo que hoy transportamos.

—Sensata medida.

La pinaza de Jubert era un barquichuelo de apenas cincuenta toneles de arqueo, una sola cubierta y dos mástiles que envergaban velas latinas. Por toda artillería llevaba, montado a proa, un pequeño verso, más para asustar a competidores en el oficio que para atacar a cualquier otro navío. No quería don Romain que lo confundieran con un corsario.

La entrada al fondeadero de Poole era enormemente angosta, casi cerrada por dos bancos de arena que semejaban los brazos de una tenaza, uno al nordeste y otro al sudoeste. Se allegó la pinaza hasta el primero, alargado y estrecho, con una playa de arena muy blanca en donde los aguardaban los ingleses, justo en el punto más angosto, de modo que la mercancía había que moverla apenas cien varas. Hacía poco que se había escondido la luna y el traslado se realizó con rapidez y en silencio. Jubert y su consocio supervisaban la maniobra desde una duna más elevada. El oleaje que batía la playa exterior apenas resultaba suficiente para apagar la voz del francés, que, al cabo de un rato, llamó a Gabriel y le presentó al inglés, un hombre del que apenas pudo discernir la gorra con que se tocaba, una nariz grande y respingona, más de ratón que de persona, y una pipa que, cada vez que le daba una calada, delataba

su posición.

—Este es el señor l'Avide —lo presentó Jubert—, que se ha dedicado al oficio al otro lado del océano y busca ahora un retiro tranquilo en la tierra de sus antepasados.

—Milton —dijo el inglés al tiempo que le tendía la mano. A la luz rojiza del tabaco encendido pudo Gabriel apreciar que lo escrutaban unos ojos tan estrechos que parecían ranuras—. En el Caribe, imagino —añadió.

—En la Florida —concretó Gabriel. El tal Milton se defendía en francés, y prefirió responderle en el mismo idioma, que había sido uno de los trucos que le enseñara su tío Sancho sobre el mundo del comercio: *«Háblales a los ingleses en francés, y a los franceses en inglés, cuando te sea posible, así les resultará más difícil identificar tu origen por el acento»*.

El trasbordo de tanta mercancía les ocupó una hora larga, que Jubert aprovechó para quejarse de los malos tiempos que corrían para el oficio; del aumento del corso y la piratería, que también les afectaba, del exceso de vigilancia en los puertos y de la codicia de las autoridades, ávidas de recaudar impuestos y aranceles.

Finalizada la operación, marchose cada cual por donde había venido.

—Me habría gustado entrar en el puerto para que hubierais podido echar un vistazo —le dijo Jubert a Gabriel durante el viaje de regreso—, pero ya habéis escuchado que no está el horno para bollos, con la guarnición de Poole consagrada a la persecución del contrabando. Mas no os preocupéis, que esto va por rachas.

Gabriel no se preocupó, ya que la habilidad oratoria de su nuevo amigo había conseguido sonsacarle al inglés información sobre los navíos que había en la ensenada, sus movimientos y capitanes. Y la pinaza Speedwell no había asomado por allí.

A la espera del siguiente viaje, los invitados de Jubert le echaban una mano en el quehacer cotidiano o gastaban el tiempo como buenamente podían. Pronto entraron en confianza con otros hombres del contrabandista. Los acompañaban intramuros de la villa, paseaban por el mercado, entraban en sus casas o bebían con ellos en tabernas y mesones. El mozo de Jubert, a quien su padre llevaba con soga larga, solía asaetearlos con preguntas a las que unas veces respondían con verdad y otras con mentiras. Y no era

Pierrot el único que disfrutaba con la presencia de los españoles. Su hermana Aveline había forjado una curiosa amistad con Mahagüini. Era una muchacha espigada, trabajadora y con una fantasía desbocada que nutría con libros de caballerías. A Aveline le encantaba escuchar las extrañas historias que le relataba aquel, y no era raro verlos a los dos en animada plática. Mientras la jovencita barría el patio con un escobillón de retama, ordeñaba las vacas o desplumaba una gallina, Mahagüini, sentado cerca de ella, le narraba sus vivencias con los indios Ais o sus aventuras piráticas.

La casa de Jubert, tan bien situada para el contrabando, tenía un problema con los malos olores, que solían envolverla como un halo maligno. Aparte de las emanaciones propias de la marisma junto a la que se alzaba, en especial durante la bajamar, había no muy lejos de la casa, al borde del camino que conducía a la villa, un matadero en el que destazaban las reses, las destripaban y vendían todas sus partes, desde las más nobles hasta el humilde malcocinado, y el hedor de los despojos, de la sangraza, las pezuñas y los huesos quemados, las vísceras expuestas al sol y comidas por las moscas se hacía difícil de soportar. Uno de los carniceros, un mocetón grande y cargado de espaldas, amigo de los Jubert, tenía la costumbre de almorzar con ellos. Vestía siempre un sayo largo, sucio de sangre y mugre, y tan apestoso que todas las moscas del vecindario pretendían hacer de él su comedero. Gabriel y Ugalde, que conocían los ranchos infames de las naves de altura, que habían comido bizcocho agusanado al resguardo de la oscuridad y habían bebido las aguas corrompidas de las pipas, necesitaban hacer un esfuerzo sobrehumano para soportar la cercanía del mocetón. Mahagüini, sin embargo, comía a su lado con el mejor de los apetitos, sin dar muestras de repugnancia.

El segundo viaje del contrabandista fue a Portsmouth, una ciudad casi tan bien fortificada como Cherburgo, y cuyas defensas no dejaban de mejorarse. La entrada a la villa, y también a Southampton, se realizaba a través del Solent. A diferencia de lo que había hecho en Poole, Jubert penetró en aquel puerto al amparo de la media luz del alba y atracó al fondo de la ensenada, junto al castillo de Porchester. No había avanzado mucho la mañana cuando otra pinaza de mayor tamaño se abarloó a ellos y se produjo el trasvase de mercancías. Jubert le entregó a su

propietario un cargamento de lana de merino y a cambió recibió un buen alijo de paños de sarga y de delicados brocados y tisúes.

Por un estrecho sendero, el inglés condujo a Jubert, su hijo y los dos españoles a su casa, situada en una pequeña altura rocosa en la mitad oeste del islote. Aquel hombre, al que Jubert llamaba sir George, se le antojó a Gabriel persona encumbrada, no sólo por el ceremonioso tratamiento que le prodigaba el contrabandista, ni por las riquezas y la calidad de sus vestimentas, con jubón y calzas a juego y una ropilla con botones dorados, sino por el descaro de realizar el intercambio a plena luz del día y prácticamente bajo los muros del castillo. Era, por otra parte, persona locuaz, aunque algo pesada, y conocedor de numerosos chismes y anécdotas que les endilgó mientras almorzaban. Estaba, al parecer, muy orgulloso del corso que se realizaba en aquellas costas.

Entre bocado y bocado les hablaba de armadores, piratas y corsarios a los que había conocido, y de las campañas y expediciones que habían tenido lugar en el último medio siglo.

—Los Hawkins, Wyndham, Champney, Trenton o Gardiner, y hasta los Killygrew de Cornualles, son apellidos que han traído riqueza y han dado lustre a estas villas.

—¿Los Trenton? —preguntó Gabriel, de repente interesado.

—¿Los conocéis, señor l'Avide? Extraño nombre el vuestro, por cierto.

—No es nombre, sino apodo. Me lo pusieron hace tiempo, cuando navegaba por el Caribe a las órdenes del capitán Jean Ricard.

—¿Jean Ricard? —lo interrumpió sir George—. No me suena.

—Un compatriota mío, sir George, que ha operado siempre en aguas caribeñas. Pero hablábamos de los Trenton. Hace varios años, en el canal de la Bahama, conocí a un oficial inglés con ese apellido, John Trenton. Se encaprichó de una putilla española y tenía intención de casarse con ella. ¿Podéis imaginarlo?

Sir George soltó una risotada y movió, reprobadora, la cabeza.

—Debe de tratarse del hijo de Gordon. Del mayor de ellos. El pobre Gordon murió de apoplejía, siendo aún joven. Su esposa volvió a casarse dentro del gremio, con un Gardiner, un armador de sólido capital y muy pujante. Sí, señor, muy pujante —repitió,

paladeando la palabra.

—Creo que John manda ahora la Speedwell y navega a las órdenes del almirante Drake.

La alusión a Drake no pareció gustar a sir George, pero intentó satisfacer la curiosidad de Gabriel.

—Esa pinaza ha estado en carena aquí, en Portsmouth, reparando algunos desperfectos habidos en la última aventura del señor Drake.

—¿Y continúa en el puerto?

—No, no. Partió hace unas semanas, hacia Plymouth, creo. Drake está armando allí una flota considerable.

—¿Y ese señor… Gardiner vive en Portsmouth?

—Sir Humpfrey Gardiner —aclaró el inglés— vive cerca de aquí. En la abadía de Saint James.

Sir George los retuvo con su charla un buen rato de la sobremesa, hasta que Jubert consiguió zafarse de él sin resultar desatento.

—No tenía idea de que hubierais hecho corso en el Caribe —le dijo Jubert de regreso a la pinaza—, nada menos que a las órdenes de Jean Ricard.

—¿Lo habéis conocido?

—Oh, no, pero vuestro amigo Boucher me ha hablado mucho sobre él.

—El mundo es un pañuelo, señor Jubert. Tengo entendido que uno de los Ricard fue capturado por los españoles y ahorcado en Santiago de Cuba.

—¿Cómo? ¿Había dos?

—El padre y el hijo.

Romain Jubert se aferró a uno de los obenques y miró las oscuras aguas en silencio, pensando quizá en su propio hijo. También Gabriel tenía motivos para la meditación. Las palabras de aquel inglés confirmaban las suposiciones de Zarco, y sentía cada vez más impaciencia por allegarse a Plymouth. Aunque sir George había mencionado también a ese tal Gardiner, de Saint James. Tal vez fuera conveniente hacer una visita a la antigua abadía y ver de lo que se enteraba. Pero eso le llevaría tiempo, un tiempo del que no disponía. Gabriel sacudió la cabeza y desechó la idea. Primero Plymouth. Después, ya se vería. Al punto se rio de su decisión.

Tendría que darle la razón a Eva Falk. ¿Acaso le tiraba más hallar a Trenton que a su propia hermana?

3
LISBOA

El acantonamiento prolongado de tropas, la falta de higiene, las provisiones estropeadas tras largos meses de almacenamiento y el agua corrompida de las pipas de los buques provocaron un brote de tabardillo que maltrató a los hombres y causó una buena cantidad de bajas. Los médicos y cirujanos militares hacían sangrados, ponían cataplasmas frías para la fiebre y recetaban todo tipo de tisanas y remedios hasta vaciar las boticas. Pronto, las enfermerías de los barcos estuvieron llenas, y se hizo preciso trasladar a los enfermos a hospitales en tierra.

Don Álvaro de Bazán, en su empeño por conocer de primera mano la situación de los convalecientes, visitó uno de los hospitales y cayó enfermo. La acumulación de disgustos y exigencias sin duda le jugó una mala pasada a su salud de hierro y dio con su cuerpo en la cama. Aun así, no dejó de lado sus responsabilidades. Mandó que instalaran un canapé en su despacho del palacete de Portalegre desde donde trataba de dirigir, con la ayuda de su hermano Alonso, la organización de la gran armada los ratos en que la fiebre aflojaba.

—Os he prescrito reposo absoluto —le reconvenía su médico—, pero vuestra excelencia se empeña en llevar el cuerpo hasta el límite. Y eso no es bueno.

—Dejad el sermón para otra ocasión, que los asuntos del reino no admiten demora —respondía el marqués—. No es la primera vez que paso una peste, y seguramente no será la última. Y terminad de una vez el sangrado, que debo responder una carta de Su Majestad.

Si el marqués se exigía a sí mismo de aquella manera, otro tanto hacía con sus subordinados. Y a Duarte no le daba un momento de descanso.

Desde la cama, con el rostro amarillento y las mejillas chupadas, pero con la voz firme, le dictaba órdenes para las distintas unidades, le hacía encargos y le encomendaba despachos, notas,

oficios o pagarés que debía entregar a la mayor brevedad. Con ellos, Duarte recorría la ciudad, pasaba de uno a otro acuartelamiento, cruzaba y recruzaba el Tajo y subía a bordo del galeón, nao o patache que fuera menester. Conocía a medio ejército, desde los maestres de los tercios y los almirantes de las escuadras hasta los capitanes, sargentos, cabos y entretenidos de los navíos fondeados en el estuario y de las compañías acantonadas en Lisboa y la comarca que la rodeaba. Muchos soldados y marineros ya lo saludaban con confianza, cruzaban con él bromas o le ofrecían un bocado de su magra pitanza. Hombres duros y curtidos, fogueados en Italia, en Flandes, en la guerra contra el turco o sirviendo en las galeras y galeones; soldados bisoños recién incorporados venidos de todos los dominios del monarca; o mercenarios alemanes y suizos, cada uno con su parla, sus costumbres y sus propios oficiales. Duarte también había tenido que tratar con buena parte de la maraña burocrática que acompañaba cualquier empresa de la Corona: contadores, pagadores, comisarios, interventores, secretarios y escribanos de todo tipo, y se las había tenido que ver con proveedores, contratistas, transportistas y representantes de los gremios de toneleros, fundidores, cordeleros, veleros, herreros y un rosario tal que sería largo de enumerar.

La vida privada de Duarte se limitaba a alguna visita esporádica a las tabernas con sus compañeros de Flandes o con los demás asistentes del marqués. Dormía, cuando podía, en la casa que había habitado con Belinha. Pechoabierto le recomendó que se mudara al castillo de San Jorge, con el resto de la escuadra, antes que continuar alojado en una casa que había de traerle tan tristes recuerdos. Pero Duarte no le hizo caso. Aparte de que el castillo se hallaba en la parte más alta de la villa, muy lejos de la residencia de Bazán, no le desagradaba pernoctar en la pequeña vivienda que había compartido con Belinha, rodeado de los objetos que ella había tocado y de sus recuerdos. Belinha había muerto, y debía acostumbrarse a su pérdida y seguir adelante.

También los hijos de Belinha habían sufrido mucho por la pérdida de su madre, y más por la forma en que se había producido. Por fortuna, los dos eran jóvenes fuertes y llenos de vitalidad, con un oficio al que dedicarse en cuerpo y alma, y eso los ayudaba a superar, o al menos a atenuar, el luto.

Le habían cogido apego a Duarte, y lo visitaban alguna que otra vez en la casa del barrio de Santa Catalina.

—¿Qué hacéis aquí, con el frío que hace? —les preguntó Duarte cierta tarde en que se los encontró jugando a la china frente a la puerta. Pese a que iban bien abrigados, la brisa marina soplaba con fuerza y dejaba sentir el frío.

—Hacíamos tiempo, a ver si aparecíais —le respondió Branca—, que ya van dos veces que venimos a buscaros y no damos con vos.

—Otra vez que me retrase esperadme dentro. La puerta siempre está destrabada.

—Ya lo sabemos —dijo Mateo.

—Aplicaos el cuento, entonces. —Y empujó la puerta para que pasaran los jóvenes.

En aquella ocasión los acompañaba Tiago, el hijo de Natalia, que tenía ganas de preguntarle a Duarte sobre la milicia, pero estaba tan azorado que no se atrevía a abrir la boca.

Dentro no se estaba mucho mejor, que una casa vacía se enfriaba fácilmente. Duarte acercó la mano al brasero que había bajo la mesa y notó que la ceniza estaba aún caliente. Descolgó otro de la pared y se puso a encenderlo. Mateo y Tiago se frotaban las manos para entrar en calor y Branca dejó sobre la sencilla mesa una fuente que llevaba envuelta en un trapo. Al retirarlo, quedó al descubierto una empanada con aspecto muy apetitoso.

—La he horneado yo. Está rellena de pescado —explicó con un dejo de orgullo. La muchacha nunca se presentaba con las manos vacías, pues sabía del pésimo rancho con que se alimentaban los soldados.

Duarte se relamió en silencio. No había probado bocado desde el desayuno.

—Ahora daremos cuenta de ella —dijo mientras apartaba con la badila la ceniza del primer brasero. A continuación, recogió con cuidado las pequeñas brasas encendidas que había debajo, apenas polvillo de carbón, las esparció sobre el montoncito de picón del nuevo brasero y lo cubrió todo con ceniza. Luego lo sacó fuera para que la brisa terminara de encenderlo.

—¿Cómo está don Álvaro? —preguntó Branca, mirando a su primo. Toda Lisboa sabía de la enfermedad del capitán general, y a la joven le gustaba estar informada de primera mano, para presumir

al día siguiente ante sus compañeras de oficio.

—Hoy las fiebres le han dado un respiro —respondió Duarte.

—¿Creéis que se recuperará? —se atrevió a preguntar Tiago. Era un muchacho delgado y moreno. Tenía un estrecho bigotillo sobre el labio que le daba un aire tunante.

—Eso espero. Se ha esforzado más que nunca, y ha acabado tan cansado como un mulo viejo tirando del arado.

A los muchachos les hizo gracia la expresión y se rieron con ganas.

—¡Un mulo viejo! —exclamó Mateo—. Don Álvaro es un mulo viejo.

—No vayáis a repetirlo por ahí —les recriminó en broma Duarte, con el entrecejo fruncido—, que podrían acusarme por injurias y encerrarme en los sótanos de San Jorge.

Tiago levantó las faldas de la camilla para que Duarte metiera debajo el brasero, ya encendido, y poder calentarse las piernas mientras comían.

—¿Y de Maciel sabéis algo? —Branca llamaba siempre a su padre de esta manera, para dejar claro que no tenía con él ningún vínculo afectivo. Le merecía menos respeto que un borracho callejero.

—Ninguna noticia —dijo Duarte con cuidado, porque sabía el miedo que tenía Branca de que su padre apareciera de nuevo—. Parece que se lo haya tragado la tierra, o quizá haya zarpado en alguna nao con rumbo a las Indias.

—¿No me engañáis?

—¡No, pardiez! No seas tan desconfiada, muchacha. Tampoco mis compañeros han sabido nada de él.

Duarte había troceado la empanada con un cuchillo, y echó mano del primer pedazo.

—Mmm, qué rica está —dijo con la boca llena, y los cuatro masticaron en silencio durante unos momentos.

—Somos unos pobres huérfanos, Duarte. ¿Qué será de nosotros? —le preguntó Branca cuando se hubo tragado el trozo que se había llevado a la boca. Había en su voz un tono dramático que lo habría hecho reír si no la hubiera tenido delante. Qué sentimental era aquella muchacha.

—Habéis perdido a vuestra madre, pero tenéis una familia que

vela por vosotros. —Al decir aquello, Duarte señaló a Tiago, que asintió deprisa—. Mateo es aprendiz en un taller de carpinteros y con tiempo y empeño llegará a entrar en el gremio, y tú, bueno, tú tienes el trabajo de tu madre. Y ya no sois unos niños, tú tienes quince años…

—Dieciséis —lo corrigió ella con presteza—, y pronto haré los diecisiete.

—Mejor entonces —prosiguió Duarte, que de repente se dio cuenta de lo deprisa que pasaba el tiempo. Cuando conoció a su madre, Branca era una niña flaca y hacendosa y ahora era una mujercita—. Seguro que algunos mozos andan detrás de ti, o lo harán en breve, y te casarás y formarás familia.

Branca se ruborizó ante la mención de los mozos y agachó la cabeza.

—No me gusta que me pretendan —dijo suspirando—. No quiero que me ocurra lo que a mi madre.

—Pues esmérate en escoger bien —apuntó Duarte con un dejo de guasa.

Branca calló y Tiago aprovechó para sacar el tema de la milicia.

—Y yo haré pronto los dieciocho —dijo el joven con más desenvoltura—. A esa edad ya se puede alistar uno, ¿verdad, señor?

—Desde luego, en cualquier bandera de enganche te aceptarían —respondió Duarte con ligereza. Tienes buena planta y pareces fuerte.

—Lo soy —dijo con orgullo Tiago—. Y he practicado algunos lances de esgrima con un vecino que sirvió en África con el rey don Sebastián.

Duarte, al verlo tan entusiasmado, temió haberle dado alas y matizó sus palabras:

—La vida de soldado es peligrosa, muchacho, sujeta a muchas privaciones. Y si quieres alistarte, deberías pedirles permiso a tus padres.

—Ya lo he dicho en casa, señor, pero lo único que he conseguido son sermones de mi madre y algún coscorrón de mi padre.

—Tú no les hagas caso, Tiago, y sigue adelante con tu sueño —dijo Branca—, que si yo fuera varón también querría alistarme.

Tiago enrojeció por que lo defendiera su prima y bajó la cabeza.

Siguió la plática un buen rato, entre bocado y bocado, que

aunque la empanada era de regular tamaño no dejaron de ella más que unas miguitas viudas en el fondo de la fuente. Arreció el viento y menguó la luz. A los jóvenes les llegó la hora de marcharse, que al día siguiente tendrían que madrugar, y Duarte los encaminó hasta cerca de la casa donde vivían.

—El domingo comeremos rodaballo, Duarte —lo despidió Branca—. Si sobra algo, por la tarde os lo traeré.

Se sonrió Duarte ante la inocencia de la joven. Con tantas bocas en la misma mesa, sería milagroso que sobrase algo más que la raspa.

De regreso hacia su casa se le echó la noche encima, pues las tardes de invierno se iban volando. Las campanas del monasterio de San Francisco tocaron a vísperas. El viento se encañonaba entre las calles y silbaba con lúgubre gemido. El cielo del oeste, cubierto de nubarrones, ocultaba el claror del crepúsculo. Duarte, bien embozado en su capa, estaba atento a las esquinas y soportales, que ninguna precaución era poca cuando se tenían enemigos. En un par de ocasiones creyó oír pasos tras de sí, y se volvió como un relámpago, pero nada vio más que sombras espesas.

4
CHERBURGO

Se fue un mes de poco movimiento. Varias borrascas invernales mantuvieron alborotadas las aguas del canal, y el contrabandista no quiso arriesgarse a cruzarlo, pese a la insistencia de su hijo.

—Cada alijo que ponéis en Inglaterra os produce una buena ventaja, padre. Y justo ahora estará más relajada la vigilancia.

—No todo es hacer dinero, Pierrot. En los negocios hay que calibrar fríamente el riesgo y el beneficio, y este no vale la pena.

En lugar de ello, Jubert hizo dos viajes menores sobre la propia costa francesa, ambos a Honfleur, en la desembocadura del río Sena, donde recibió de París mercancías que vendería al triple de su valor en Inglaterra.

Mas al fin llegó el momento de ir a Plymouth. La travesía, con el viento en contra, les costó casi dos días. Cayendo la tarde, avistaron la escarpada costa de Cornualles, y al anochecer la pinaza fondeó

fuera de la bahía de Plymouth, en una mínima caleta rocosa con forma de embudo, donde los esperaba el contacto de Jubert.

Aun antes de saber si Trenton estaba allí, Gabriel había decidido desembarcarse e investigar por su cuenta.

—No me parece una idea muy afortunada, señor l’Avide —le desaconsejó Jubert—. Aguardad a que antes hable con el inglés y luego os diré.

—Pero sabe Dios cuándo volveremos a Plymouth.

—Tened paciencia y confiad en mí. Mi asociado es persona locuaz, y espero poder sacarle alguna noticia acerca de lo que nos concierne.

—¿Y no recelará de que le preguntéis por una nave y su capitán?

—Vos dejad ese asunto en mis manos, que nada perdemos por intentarlo. —A Jubert le costaba llevarle la contraria a Gabriel, al que trataba con gran consideración, no sólo por ser amigo de su amigo, sino porque desprendía un halo de autoridad y firmeza ante el que se sentía amilanado.

—Haced como consideréis, señor Jubert —cedió por fin Gabriel.

En la playa, el inglés recibió a Jubert con inusitada brusquedad.

—Esta es la segunda noche que vengo a esperaros —le soltó a bocajarro.

—¿Y qué queréis que haga yo, mister Hall? Los vientos no soplan a mi conveniencia.

—Pero en vuestro aviso me indicabais que llegaríais ayer, y os aguardé hasta el alba —insistió Hall—, arriesgándome a que apareciese una de las muchas patrullas que recorren la costa. Y lo que es peor, he tenido que pagarles a mis hombres la noche, porque estos bribones cobran lo mismo cuando sudan la camisa que cuando se miran el ombligo. Lo justo sería que corrierais con la mitad del gasto.

—También yo he tenido que pagar a los míos por muchos viajes fallidos —dijo Jubert—. Son los gajes de este oficio. Pero dejad de quejaros, amigo Hall —añadió más conciliador—. Estoy al tanto de los precios a los que vendéis mis mercancías, y a este alijo le vais a sacar un buen pellizco.

—Ese asunto lo abordaremos luego —respondió Hall, reacio a dejarse convencer—. Y ahora, manos a la obra. Cuanto antes

terminemos, más seguro será para todos. Desde que comenzó esta dichosa guerra, Plymouth se ha convertido en un avispero.

—La guerra es la que ha subido los precios —comentó Jubert con cierta mofa.

—Ya lo sé, voto a Satanás, pero con tanto navío y tanta patrulla, a los honrados comerciantes nos cuesta cada vez más ganarnos la vida sin sobresaltos.

Aquel mister Hall no le dio muy buena espina a Gabriel, pero se olvidó pronto de la conversación y se entregó al trasiego de bultos, sacos y barriles de la pinaza a tierra.

Hall y Jubert hicieron sus cuentas. Al terminar, el inglés se levantó con harto trabajo del puesto donde había acomodado sus posaderas para recibir las novedades de uno de sus hombres, y Gabriel aprovechó para hablar con Jubert.

—¿O habéis enterado de algo, Romain?

—He preguntado a mister Hall por vuestro buque y me ha dicho que con tanto barco como entra y sale de Plymouth no se ha fijado en ningún maldito Speedwell. Pero que a partir de hoy estará más atento.

—¿Y entonces?

A Jubert no se le pasó por alto el desencanto de Gabriel.

—Tranquilizaos, l'Avide; esta ha sido la mala noticia. La buena es que la próxima semana volveremos aquí. A mister Hall le ha interesado mucho el género que le he servido y está dispuesto a comprarme más, y a mejorarme el precio. Para entonces quizá tenga noticias de vuestro barco.

—Debéis de ser un hacha para los negocios, porque ese inglés parece más duro que el pedernal.

Sonrió Jubert con el cumplido.

—Es tacaño como la madre que lo parió, pero a la gente como él es fácil hacerle tragarse el anzuelo. La cuestión es saber elegir el cebo.

Cuando estuvo lista la recua que transportaría la mercancía hasta la cercana aldea de Wembury, mister Hall se subió a la única mula que estaba descargada y, antes de partir, le lanzó una última advertencia a su socio.

—El miércoles, Jubert. El miércoles.

El francés asintió en silencio y en poco tiempo la pinaza

navegaba hacia el sur las aguas del canal.

La mercancía con que Jubert había tentado a mister Hall era un par de barricas de manzanilla de Sanlúcar, de la que ahora quería un cargamento completo. Cuando regresaron a Cherburgo, Gabriel se dio cuenta de que el cargamento ya estaba almacenado. El astuto francés tenía su plan preparado desde hacía tiempo, y listo el cebo, como le había dicho, a la espera del momento propicio.

Así, una semana después, la pinaza de Jubert fondeaba próxima a Plymouth, aunque no en la misma caleta.

—Este lugar es mucho peor para desembarcar la mercancía, padre —se quejó Pierrot.

Y era cierto. Se trataba de una ensenada cuyo fondo, de pocas brazas, los obligaba a surgir a casi un cable de la orilla y transportar los bultos hasta la playa en el esquife.

—Lo primero es la seguridad; el resto son menudencias —le respondió su padre.

En la playa, puntual como un clavo, estaba mister Hall.

—Confío en que no queráis darme gato por liebre —comentó cuando recibió las primeras barricas.

—Abrid la que os plazca y comprobadlo —le respondió Jubert, pero el inglés no hizo ademán de abrir ninguna, pese a la alegría con que sus hombres acogieron la idea.

Se hallaban casi en el centro de una playa arenosa de unas quinientas varas de longitud. Como en la anterior ocasión, los dos socios se quedaron a un lado, supervisando el trabajo que realizaban las cuadrillas. El joven Pierrot y unos cuantos marineros cargaban las barricas en el esquife y las acercaban a la orilla. Gabriel, Ugalde, Mahagüini y otros tres franceses, agrupados en parejas, las recibían con las olas lamiéndoles las piernas y las hacían rodar unas cuantas varas hasta dejarlas acostadas en la arena seca, como si fueran focas gordas e inmóviles. Las barricas pesaban no menos de ocho arrobas. Después, la gente de Hall las trasladaba hasta el arranque de una trocha, en un extremo de la playa, y las amarraban sobre los aparejos de las mulas. Gabriel trabajaba al lado de Ugalde y Mahagüini se había emparejado con un joven pequeño pero fibroso.

La marea, que había comenzado a subir, facilitaba la maniobra, pero la noche no era la más adecuada para dedicarse al

contrabando, pues el cielo estaba despejado y una luna alta y brillante iluminaba la playa como si fuera de día.

Al cabo de un rato, aprovechando que el esquife había ido a por una nueva carga, Jubert se aproximó a Gabriel.

—El barco que buscáis tiene su base en Plymouth —le dijo, intentando inútilmente bajar la voz—, pero son muchas las salidas que hace y pocos los días que pasa en puerto.

—Entonces permaneceré aquí.

—De acuerdo. Le diré que tenéis cuentas pendientes con la justicia y que necesitáis alejaros de Francia por un tiempo.

—¿No recelará de esa disculpa? Vuestro amigo ya me vio en el anterior viaje. Parece un hombre poco de fiar.

—Habiendo dinero de por medio, nada debéis temer de él —le dijo Jubert—. Además, no es la primera vez que acoge a hombres en circunstancias similares. Ni tampoco a mujeres. Aguardad y os lo presentaré —añadió el francés, y volvió junto a mister Hall.

Al poco le hizo una seña para que se acercase a ellos.

—Amigo Hall, este es

l'Avide.

—Hall se limpió la mano en las calzas antes de estrechar la de Gabriel—. Le he explicado vuestra situación y está de acuerdo en alojaros en una casa de su propiedad por una libra.

—¡Una libra! —exclamó Gabriel. La cantidad le resultó muy elevada.

—Cada día —matizó Hall en un francés bastante pasable. Tenía una cara redonda en la que los mofletes amenazaban con comerse a la nariz, la boca e incluso la barbilla.

—Media libra —le ofreció Gabriel, que calculó que aquel hombre no lo tomaría en serio si no trataba de regatearle el precio.

—Una.

—Quince chelines.

—Diecinueve. Y es mi última oferta.

—Si apenas me habéis rebajado un chelín… —se quejó Gabriel.

Se oyó ulular a un búho. Un sonido hueco, pero no demasiado distante. Míster Hall movió la cabeza y pareció ponerse alerta. No obstante, respondió:

—Si no os cuadra, en Plymouth hallaréis alojamientos más baratos, pero no mejores.

El búho ululó de nuevo. Dos veces.

—Está bien, señor Hall. Me quedaré unos días con vos y luego ya se verá —dijo Gabriel, pero el inglés había dejado de prestarle atención. Con una rapidez sorprendente para su corpulencia se giró y se alejó de ellos.

—¡Soldados! —gritó una voz anónima.

En un momento, la playa se convirtió en un correcalles. La cuadrilla de Hall se olvidó de las barricas que faltaban por cargar y se dirigió hacia donde estaban las mulas. En el otro extremo de la playa, unas figuras oscuras desembocaban en la arena y se desplegaban por ella. Varios fogonazos iluminaron la noche. Los estampidos se sobreponían al ruido de las olas. No así las voces, que resultaban ininteligibles. El esquife acababa de arribar a la orilla con el siguiente cargamento.

—Vámonos —dijo Jubert, y corrió hacia el agua. Todos lo siguieron.

Gabriel calzaba unas simples abarcas, no llevaba medias y las calzas las tenía remangadas a medio muslo. La arena le dificultaba los movimientos. Volvieron a oírse disparos y voces, ya más cercanas y perfectamente distinguibles. Alguien les daba el alto en nombre de la reina.

La claridad era grande. Los hombres del esquife arrojaron las barricas por la borda y se prepararon para recibirlos. Jubert fue el primero en subir. Gabriel había alcanzado la zona donde las olas lamían la arena. Oía pasos tras de sí. A su derecha relumbraron dos nuevos disparos. Los soldados estarían a cincuenta varas, quizá menos, pero el agua ya le llegaba por las rodillas. Estaba fría.

Oyó otro disparo acompañado, esta vez, de un gemido. Gabriel volteó la cabeza y vio a Ugalde caer y rodar sobre la arena húmeda. Durante un instante pensó en continuar su carrera. El esquife estaba a unas pocas brazas. Pero desechó la idea, se giró y se acercó a su compañero. Ugalde trataba de levantarse, trastabillando.

—Me han herido —jadeó. Con la mano derecha se cogía una pierna.

—Apoyaos en mí, Juan —le dijo Gabriel, y metió su hombro bajo el brazo izquierdo del herido. Era más pesado de lo que parecía. Alzó el rostro y vio maniobrar al esquife para alejarse de la playa. Se le antojó entonces enormemente lejano. *No vamos a*

llegar, pensó. Ugalde lanzó un grito de dolor. Un hombre lo estaba sujetando por el otro lado, el de la pierna herida. Era Mahagüini, salido de la nada, porque Gabriel no se había percatado de su presencia hasta ese momento.

—Sálvate tú —le dijo Gabriel, pero su amigo negó con la cabeza.

El agua, que les alcanzaba ya el pecho, retrasaba su avance. El esquife se movía con lentitud, como si Jubert quisiera darles una última oportunidad. Pero de nada serviría aquello. Un balazo zumbó sobre sus cabezas y una ronca voz en inglés volvió a darles el alto.

—¡Detente, Mahagüini! —gritó Gabriel—. Es mejor que nos entreguemos.

Una leve claridad, por el este, anunciaba el alba.

5
LISBOA

El marqués estaba despachando con sus asistentes, recibiendo novedades y encomendándoles nuevas tareas. Llevaba unos días de franca mejoría, después de unas purgas que le había recetado su médico, y los aprovechó para dar un impulso a todos los asuntos que su enfermedad le había obligado a aplazar. Aunque el marqués era consciente de que, más que su salud, la causa principal de las demoras era la falta de moneda sonante.

—El capitán Alonso de Perea, del galeón San Juan Bautista, de la Armada de Andalucía, pide que se le envíen media docena de cañones de cuarenta libras —decía Juan Bustamante, un levantino de Denia, hombre serio y prolijo—, pues el navío sólo va armado con culebrinas de veinte libras y medios cañones. Y si no es posible dotarlo de estas piezas, solicita que al menos que se le envíe munición para las que tiene, desarboladoras, estoperoles, pelotas rasas y cabezas de clavos. El capitán Domingo de Gárate, de La Magdalena, requiere cadenas, candados y argollas para los pañoles de la despensa. El capitán Jacop Arens, de la urca San Pedro, manda decir que la pólvora se le está humedeciendo en los barriles y solicita permiso para cambiarlos por otros secos almacenados en las atarazanas del puerto. El capitán Marco Testa, de la galeaza

Napolitana…

—Parad de una vez, Bustamante, que me vais a levantar de nuevo la fiebre —lo interrumpió don Álvaro—. Decidle a Arens que, de la pólvora, ni hablar. Que la ponga a asolear en cubierta los días que pueda, y que tenga cuidado con ella. No quiero que esa urca salte por los aires antes de haber zarpado. Y en cuanto a las listas y petitorias que tenéis, el cielo sabe que si en mi mano estuviera, las otorgaría todas, pero no hay dinero. No lo hay. —El marqués dio una palmada sobre la mesa, gesto raro en él, que tan bien sabía ocultar su malestar—. Por eso las fundiciones no producen al ritmo que necesitamos, ni la pólvora es de buena calidad, ni los contratistas proveen a tiempo los víveres y pertrechos y todo aquello que una flota precisa para hacerse a la mar en condiciones. Porque no hay dinero, ni salen los barcos del astillero cuando debieran, ni los hombres cobran a tiempo sus soldadas, ni hallamos buenos pilotos ni tripulaciones, ni logramos embargar más barcos ni, ¡por vida!, saldrá esta dichosa armada cuando debería. —El marqués de Santa Cruz se había levantado durante su discurso. Estaba inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en el escritorio, el enteco cuerpo estremecido, más de rabia que de debilidad, y los ojos brillantes. Esos ojos fríos y fieros que helaban la sangre de sus oponentes, que no temblaban en la batalla ni parpadeaban durante el más duro cañoneo, se posaban ahora en la pared de enfrente, oscuros y tormentosos, despidiendo tales rayos que Duarte se preguntaba por qué no había saltado ya en pedazos. Mas al momento vino la calma. Don Álvaro se sentó, compuso el gesto, carraspeó y añadió—: En fin, señor Bustamante, pasádselas todas a don Pedro Enríquez, a ver si él es capaz de conseguir que el rey le suelte un maravedí.

Esto último lo dijo aún con aspereza, y sus asistentes intercambiaron entre ellos miradas de complicidad, pues conocían su causa. A Bazán le había parecido una afrenta personal que el rey le hubiera enviado a don Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, a fiscalizarle las cuentas de la Armada. No sólo por la desconfianza que el gesto entrañaba, sino por ser el conde de Fuentes inferior al marqués en rango y calidad. Y, aunque el informe del conde fue muy favorable, Bazán aprovechaba cualquier eventualidad para ponerlo en un aprieto y endosarle el muerto de

pedirle los cuartos al rey.

—Y vos, señor Salazar, ¿qué nuevas me traéis?

—El almirante don Miguel de Oquendo comunica que ha recuperado la nao Santa Ana, que estaba en astillero, con lo que la escuadra de Guipúzcoa junta ya nueve naos y cuatro pataches, dos menos que la de don Juan Martínez de Recalde —relató Duarte—. Don Pedro de Valdés, por su parte, se queja de que la escuadra de Andalucía sólo cuenta con ocho naos.

—Pero tiene un galeón y una urca. Decidle de mi parte que no me caliente la cabeza con melindres o lo mandaré a remar en las galeazas. —Brilló en los ojos del marqués una chispa burlona y a su rostro macilento acudió una velada sonrisa.

Estaba la mañana despejada, fría y clara, de esas que de tanto en cuanto regalaba el mes de febrero. Por las ventanas abiertas entraba un sol oblicuo y alegre y una brisa juguetona. Don Álvaro había abandonado el canapé y ocupaba el sillón de madera oscura, con algunos cojines, detrás de su escritorio. Se había puesto una ropilla elegante sobre el jubón con que había estado recibiéndolos los días anteriores, y una doble lechuguilla que no conseguía esconder el cuello pellejudo que le habían dejado las fiebres.

Terminó de despachar con sus asistentes y los despidió con cordialidad.

—Vamos, mis señores, que esta armada zarpará en cuanto la primavera asome la nariz.

Partieron los hombres animosos, no sólo porque se lo hubiera pedido el marqués, sino porque lo habían visto más entero, recuperado casi de la enfermedad. Y por la noche decidieron celebrarlo los jóvenes asistentes y se acercaron al mesón del Pintao, donde comieron su puchero generoso, bebieron su pésimo vino y con él brindaron por la salud de don Álvaro.

Pero la recuperación del marqués había sido un espejismo pasajero, un último resplandor antes del ocaso. En los días siguientes su salud decayó tan deprisa que no tenía fuerzas ni para recibir tumbado en el canapé. Su hermano Alonso, que estaba al tanto del estado y pormenores de la empresa, se encargó de sustituirlo a la espera de que se recuperase.

En el ala del palacete donde reposaba había un silencio lúgubre. El médico y sus ayudantes entraban y salían de su habitación con

rostros graves. Una nueva purga no le hizo efecto, ni las tisanas ni las sangrías que el galeno le administró, ni las muchas horas que pasó a su lado, cuidándolo personalmente, sirvieron de nada.

Don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, entregó su alma al Creador antes de que la primavera asomara la nariz.

Cuando se supo de su muerte, Lisboa entera tembló. ¿Qué sería de la Gran Armada? ¿Qué, de aquella empresa, sin el marqués? Parecioles de repente a todos ser un edificio sin argamasa que con una sacudida se vendría abajo; un barco a la deriva, sin faro que lo guiase, un montón de paja que la más leve brisa dispersaría.

Desde el más encumbrado almirante hasta el último paje todos sabían que don Álvaro había sido el alma y el corazón de aquella empresa. En el sollado de cada barco, en los acuartelamientos y hospitales, en cada corrillo, tertulia o mentidero en el que hubiera hombres de mar o guerra no se hablaba de otra cosa sino del marqués de Santa Cruz, de su vida y de su muerte, pues que no hubo otro marino tan sabedor de su oficio, ni navegó los mares otro general tan hábil y astuto, tan venturoso, que contaba las victorias por decenas, que bastaba mencionar su nombre para meter espanto al enemigo.

—Que injusticia, mis señores —decía Pechoabierto a sus compañeros—, que haya de morir ese gigante, ese rayo de la guerra, y que otros más incapaces, más miserables, conservemos la vida.

—Su aliento levantaba huracanes —concordó Ariztimuño, con la vista puesta en el infinito.

—Un titán de los mares como no habrá otro —resumió Parrita.

¿Quién llevaría ahora los barcos a Inglaterra? ¿Quién, con pulso tan firme y tan seguro, tomaría el timón de aquella nave? ¿Quién le enseñaría los colmillos al dragón inglés?

Las exequias se celebraron al día siguiente en el Templo Mayor, en una solemne y concurrida ceremonia presidida por el cardenal archiduque Alberto de Austria. Tantos hombres que habían servido a sus órdenes quisieron asistir a ella que llenaron la plaza, las calles aledañas, los callejones y aún llegaba la multitud hasta la explanada de la ribera del Tajo. Y el rumor de sus rezos y letanías alcanzaba a la otra orilla.

Los restos mortales del marqués de Santa Cruz, el hombre que

había ganado ocho islas, dos ciudades, veinticinco villas y treinta y seis castillos, que había vencido a almirantes y maestres; a soldados y marineros de Francia, Inglaterra y Portugal; a jenízaros turcos y piratas de Berbería, que había apresado a seis mil infieles y liberado a dos mil cristianos; que había rendido cuarenta y cuatro galeras reales, veintiuna galeotas, noventa y nueve navíos de alto bordo y una galeaza y que había ganado en todas estas acciones mil ochocientas y catorce piezas de artillería, los restos de tan insigne capitán se embalsamaron por decisión de su hermano para ser trasladados y sepultados en la parroquia de Santa María, junto a su villa, en el Viso del Puerto.

XVI

1
Plymouth

Trenton no había tenido tregua durante el invierno. La actividad en Plymouth era incesante, en el puerto, en los astilleros y en la mar. La capacidad de las fuerzas navales inglesas era menor de lo deseable, y cada barco tenía que hacer la labor de dos o de tres.

Drake había asignado la Speedwell a una escuadrilla encargada de vigilar y proteger las costas occidentales de Cornualles, Gales y el este de Irlanda, y sus salidas eran constantes. Cada vez que los vientos y el estado de la mar lo permitían, zarpaba la escuadrilla para cumplir una nueva misión. Debían apresar cualquier mercante que proviniese de la península ibérica, interceptar navíos de guerra españoles y franceses, proteger el comercio inglés y combatir el corso enemigo y la propia piratería, que la había. Por desgracia para Trenton, la escuadrilla la mandaba Grenville, que no había olvidado sus diferencias y le encomendaba tareas pesadas y simples, en las que no pudiera demostrar su valía, se comunicaba con él mediante mensajes verbales que le transmitía a través de pajes y con frecuencia se olvidaba de convocarlo a las juntas de capitanes.

Trenton, que no tenía madera de mártir, rechinaba los dientes cuando estaba solo, pero ante su tripulación se tomaba a broma los desplantes de Grenville y los achacaba a la envidia.

Como resultado de aquel cúmulo de circunstancias, sólo pudo pasar en Saint James unos pocos días del invierno. Días gratísimos, por lo demás, en los que disfrutó de la compañía de su esposa y celebró su nueva preñez. El estado de Isabel, sin embargo, seguía siendo delicado, y se le partió el alma cuando tuvo que regresar a Plymouth. A medida que su caballo lo alejaba de Saint James, negras premociones le rondaban la cabeza y un desagradable desasosiego le encogía las entrañas. Rezaba para conseguir otra

licencia, pero sus oraciones no eran escuchadas; al contrario, la deriva de los acontecimientos señalaba, como una brújula mal calibrada, en sentido contrario.

Las noticias que llegaban sobre los grandes preparativos españoles, y lo avanzado de ellos, eran preocupantes. El reino se preparaba para combatir la doble amenaza que se cernía sobre él desde Flandes y desde la península. Charles Howard de Effingham había sido nombrado lord gran almirante de Inglaterra y comandante en jefe de la flota, y sir Francis Drake y lord Henry Seymour, segundo y tercero, respectivamente. Lord Howard dividió las fuerzas disponibles en tres escuadras. Una, a sus órdenes directas, se situaría en el mar del Norte con el objetivo de proteger las costas orientales, desde el estuario del Támesis hasta Escocia. La segunda, al mando de Seymour, se situó en los puertos y bases próximas al paso de Calais, para entorpecer cualquier intento de cruce del estrecho y bloquear, en colaboración con los rebeldes de las Provincias Unidas, los puertos realistas de la costa flamenca: Dunquerque, Nieupoort, Gravelinas y La Esclusa. Y la tercera, al mando de Drake, debía apostarse en el canal de la Mancha, para descubrir a la armada española cuando apareciera, dar cuenta de su presencia y detenerla si fuera necesario.

Pero Drake no estaba de acuerdo con esa estrategia.

Frente a quienes proponían mantener a la mayoría de las fuerzas en torno a Calais, él era partidario de concentrarlas en los puertos más occidentales de la costa sur por el simple principio de que no era conveniente dejar pasar al enemigo hasta el patio si se le podía detener en el umbral. Expuso sus ideas ante el consejo privado de la reina y, tras muchos y muy acalorados debates, consiguió convencer a la soberana y obtener su permiso para situar en Plymouth su cuartel general y desplegar su escuadra en la entrada del canal.

La propuesta del antiguo pirata iba, en realidad, más allá. Creía que la mejor estrategia en aquellos momentos era pasar a la ofensiva, buscar a los españoles en el Atlántico y batirlos en mar abierto. Y si no hubieran zarpado todavía, atacarlos por sorpresa en sus propias bases. Una acción de tales características obligaría al rey Católico a centrarse en la defensa de sus puertos y retrasar indefinidamente la salida de su armada.

Pero la reina no lo siguió hasta allí. Su plan, aparte de

arriesgado, contaba con demasiados imponderables. Aunque la inteligencia inglesa tuviera muchos confidentes en Portugal, las noticias que enviaban sobre la Armada de Lisboa eran contradictorias y, en ocasiones, descabelladas. La potencia, tamaño y calidad de esta variaban grandemente de un informe a otro, así como la fecha prevista de partida. También se desconocía su verdadero propósito. ¿Abrir un nuevo frente en Irlanda o en Escocia, reunirse con el ejército de Flandes o tomar algún puerto de la costa este y desembarcar tropas en él? Y sin tener claridad sobre esos pormenores, hacerse a la mar con lo mejor de la flota podía ser una temeridad. Por otro lado, lord Howard dudaba de que, tras la correría sobre Cádiz del año anterior, pudieran coger nuevamente desprevenidos a los españoles. Pero la principal reserva de la reina era que una acción como aquella diera al traste con las últimas esperanzas de evitar la contienda, justo cuando iban a dar comienzo las conversaciones de paz entre una delegación suya y otra del gobernador de Flandes, Alejandro de Farnesio, que le había dado seguridades sobre la favorable disposición del rey Felipe de llegar a un entendimiento.

La reina se creía a medias las palabras de Farnesio, pero sabía que una escalada bélica de aquellas dimensiones supondría un gasto ruinoso para su real hacienda, para la de ambas coronas, en realidad. Y, confiada en algunos informes que hablaban de demoras y dificultades en los preparativos de Lisboa, tenía los ojos puestos en Ostende, donde tendría lugar el encuentro.

No obstante, en tanto no hubiera acuerdo, lord Howard seguiría adelante con el despliegue naval. Drake, por su parte, no iba a aguardar a que los señores del consejo privado, e incluso la propia reina, se decidieran. Pensaba tener en todo momento lista y apertrechada su escuadra, que pasaba ya de cuarenta velas, y aumentarla con mercantes armados y con nuevas levas de hombres. Su objetivo era reunir al menos setenta naves.

2
LISBOA

La incertidumbre por el relevo del difunto marqués fue breve: antes

de que terminara febrero el rey designó a don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, para hacerse cargo de la empresa. Algunos de los almirantes de las escuadras se sintieron contrariados con el nombramiento, pues tenían la esperanza de ser ellos los escogidos para sustituir a Bazán.

—Aquí cuenta el rey con hombres curtidos en la mar, baquianos en mandar armadas y fogueados en combates, aprendices aventajados del marqués —le dijo Humberto Manso a Duarte cuando se encontraron en una taberna del puerto—. ¿A qué traer a este duque que se marea a bordo de una balandra?

—Por su sangre, Humberto, ¿por qué ha de ser? ¿No sabéis aún cómo funcionan las cosas en la corte?

Humberto Manso, el capitán del San Jerónimo, enorme como era, hizo un gesto fiero con el que a punto estuvo de derramar el vino de la jarrilla que sostenía en la mano diestra.

—¡Quia! —dijo con desprecio, y bebió un buen trago—. ¿De qué servirá la sangre azul frente a las furias del océano o los cañones del inglés?

—Medina Sidonia es un hombre sensato que irá, además, bien asesorado —apuntó Duarte, haciendo de abogado del diablo, pues tampoco a él lo convencía la regia decisión—. Eso es un punto.

—¿Bien asesorado? ¿Acaso podrá llamar a Oquendo o a Recalde en medio de un combate? —Dio un palmetazo sobre el barril junto al que se hallaban—. Desengañaos, portugués: ese duque no le llega a don Álvaro a la suela del zapato.

—¿Y quién le llega, Humberto? ¿Y quién le llega?

No tardó en saberse en Lisboa que Medina Sidonia le había pedido al rey que reconsiderase su nombramiento. Alegaba tener escasa experiencia militar, ninguna naval y un absoluto desconocimiento de la empresa que le encomendaba. Pero en el ánimo del rey Felipe pesaban más el abolengo de la casa de los Guzmán, la lealtad que le había mostrado siempre don Alonso y sus probadas dotes de organizador, de modo que se mostró firme en su decisión y al duque no le quedó otra que hacer su equipaje y trasladarse lo antes posible a Lisboa.

Sin embargo, una vez que hubo aceptado, Medina Sidonia desplegó una actividad tan intensa que en tres días fue capaz de reunirse con Alonso de Bazán, con los almirantes y maestres, con el

veedor general y el proveedor de la Armada, con los contadores de las escuadras, los comisarios y otros funcionarios de la Corona, de pasar revista a buques y acuartelamientos; de inspeccionar los muelles y almacenes; de examinar relaciones, instrucciones, apuntes, correspondencia y buena parte de la documentación de don Álvaro y de hacerse una idea aproximada del estado de la Armada, bastante pesimista, por cierto, ya que, a su juicio, que transmitió puntualmente al monarca, faltaban tantas y tan precisas cosas que sería imposible que partiera en breve.

Una tarde, poco después del advenimiento del duque de Medina Sidonia, el cabo Pechoabierto le salió al paso a Duarte.

—¿Qué ocurre, Román?

—¿Cómo sabes que ocurre algo? —le dijo Pechoabierto con la familiaridad que le daban los años de servicio que llevaban juntos.

—No tienes cara de venir de una fiesta.

Ancho, alto, con la nariz partida y la mandíbula apretada, metía temor al más bragado.

—Cierto. Mejor te acompaño —dijo el hombre, y echaron a andar hacia la casa de Duarte. Pechoabierto, a quien le gustaba rumiar sus pensamientos, tardó en arrancarse—: Verás, hemos sabido que el pájaro de Maciel sigue en Lisboa. Parrita lo vio anteayer en el muelle del trigo. Estaba cargando fardos en la lancha de uno de los navíos.

—¿Cuál?

—Un galeoncete de la escuadra de Portugal.

—Lo comprobaré. Sólo hay dos galeoncetes en Lisboa. Si ha empleado su nombre verdadero, figurará en los registros de las tripulaciones.

—¿Y nada más? —dijo Pechoabierto, y se detuvo y puso los brazos en jarras. Pese al frío, gastaba ropilla sin mangas, y sin abrochar.

Duarte, que andaba despacio y cabizbajo, cuidando de no pisar los charcos ni tropezar con las piedras, también hizo alto. Se llevó la mano a la barba oscura y prieta, que le ponía diez años encima, y se rascó en el cuello.

—No voy a romper el juramento que le hice a Belinha —dijo con fuerza—. Y guárdate el resto del discurso, que bastante me cuesta contenerme. Si por mí fuera, ahora mismo me allegaría al dichoso

galeoncete y resolveríamos el asunto de una vez. Pero en lugar de eso he de conformarme con discutir contigo —añadió con más calma, poniendo un dedo sobre pecho de su amigo— y andarme con cien ojos para evitar que me tienda otra celada.

Pechoabierto resopló como un toro y ambos reanudaron la marcha.

—Mejor me lo pones —estalló al cabo de unos cuantos pasos—. Ese hombre es un peligro, y si me lo echo a la cara, le hago un siete en las tripas.

—No con mis bendiciones.

—No las necesito. A mí no me ata ningún juramento.

—Eso ya me lo dijiste.

—Es que a ti hay que repetirte las cosas para que te entren en la mollera.

—Cabo del diablo.

—Portugués de los cojones.

Duarte tuvo que reconocer, no obstante, que su amigo tenía razón. Bruno Maciel era un cobarde peligroso, como casi todos ellos, y no le perdonaba que le hubiera robado la hembra ni el aprecio de sus hijos, si alguna vez lo había tenido.

Pero ahora dio en preocuparse por ellos, y fue un día a visitarlos. No estaba bebido ni se mostró grosero, pero les hizo pasar a todos un mal rato. Natalia y su marido lo recibieron con mala cara y lo despidieron sin ceremonias. ¿Qué tenían que tratar con aquel asesino? No fue una buena idea, pero Maciel cambió de táctica y otro día se presentó en el taller de Mateo. Le regaló unos reales para congraciarse con él. Se los puso en la palma y le cerró los dedos sobre ellos. El chico se sentía cohibido y no supo cómo reaccionar, aunque le quemasen en la mano. Luego hizo lo mismo con Branca, que no quiso aceptarle el dinero.

—No me lo rechaces, rapaza. Me los he ganado honradamente y de buena fe te los ofrezco.

—No quiero nada de ti —le dijo Branca.

Maciel se tragó aquel sapo e intentó mantener la calma.

—Soy tu padre. Mi oficio de marinero me ha obligado a estar ausente muchos años, pero ahora estoy aquí y deseo ayudaros.

—Un padre no deja huérfanos a sus hijos. Si quieres ayudarnos, aléjate de nosotros.

—Pero a ese señor Salazar bien que le aceptas los presentes.

La alusión a Duarte la alertó. Pese a su actitud desafiante, tenía bien presente que su padre era un hombre violento e intemperante. ¿Qué quería en realidad con su repentino acercamiento?

—¿Por qué sigues viéndolo? —prosiguió Maciel.

—Porque se ha portado como un hombre de verdad —respondió Branca. Al momento de haberlo dicho ya se había arrepentido, pero las palabras no podían retirarse.

El señor Maciel arrugó el gesto y la miró con furia, por más votos que hubiera hecho de ser paciente.

—Ya veo. —Maciel recorrió a su hija con los ojos, como un tasador de bestias—. Lo que quieres es meterte en su cama y sustituir a tu madre.

Aquella barbaridad hizo que a Branca se le arrebolase de golpe el rostro y le fallara el pulso.

—¡Eres un bastardo! —le gritó cuando pudo recuperarse, y trató de darle una bofetada que él desvió con el antebrazo.

—Y tú una putilla —respondió su padre—. Pero antes te degüello, como hice con tu madre.

Branca se estremeció. Los ojos extraviados de su padre pregonaban que era verdad, que lo haría, y se quedó tan temblorosa que casi se orinó encima.

—Bueno, bueno, no te asustes, hija. —Maciel se dio cuenta del terror que le había infundido y al punto amansó la voz—. Es ese hombre, que me hace hervir la sangre. No voy a hacerte ningún daño; al contrario, tengo planes para ti.

—¿Qué planes? —se atrevió a preguntar Branca.

—El oficio de regatera es muy expuesto para una muchacha tan hermosa. Quiero sacarte de las calles y buscarte marido, un hombre honesto y con buen pasar.

—No quiero que me busques marido.

—Pues ya estoy en ello. Te guste o no, me corresponde velar por ti.

Bruno Maciel se dio la vuelta y se marchó, dejándola más preocupada, si cabía, que con la anterior amenaza.

Branca no le contó el incidente a Duarte. Por miedo a que fuera a pelearse con Maciel y por la vergüenza de tener que repetirle sus palabras, como si pronunciarlas ante él fuera a convertirlas en

verdad. ¿Qué pensaría, qué diría? No podría enfrentarse a su mirada.

Pero Duarte lo supo a través de Mateo.

—No temo a mi padre —le dijo el joven, que estaba entrando en esa edad en que la honra empezaba a pesar. Y necesitaba demostrárselo a sí mismo y a los demás, en especial a Duarte, por quien sentía admiración—. Pero no entiendo qué quiere de nosotros ni por qué nos busca. Mi hermana está desde entonces más agitada y ansiosa. Le asusta volver a encontrárselo.

Duarte le dio unas palmadas en la espalda, como si fuera un buen camarada. Pero la charla con el rapaz le produjo un hondo malestar. No cabía duda de que Bruno Maciel era un hideputa bien hecho, capaz de cualquier bellaquería.

—Ya se aburrirá de querer hacer de padre —le dijo a Branca cuando al fin hablaron del asunto.

—¿Y si de veras quiere casarme con algún amigo suyo?

—No puede, jovencita. Por muy padre tuyo que se diga, para que el matrimonio sea válido tienes que estar de acuerdo tú. En todo caso, pronto os lo quitaréis de encima. Se ha enrolado en el Augusta, un galeoncete de la escuadra de Portugal, y partirá con la armada.

—También vos —apuntó con rapidez Branca.

—Todos partiremos para devolverles la visita a los ingleses. Vamos a dejar vacía Lisboa —bromeó Duarte.

—Cierto, y yo he de permanecer en tierra, sola —dijo Branca con aire melancólico.

—Te queda tu familia, tontuela.

—Ni eso —lo corrigió Branca—. Hasta mi primo Tiago se irá.

—¿Se ha enrolado al fin?

—En la bandera de un capitán portugués, no recuerdo el nombre.

Duarte lamentó la noticia. No era aquella la mejor aventura para iniciarse en el ejército, aunque no se lo dijo a Branca para no preocuparla más. En lo que a él se refería, Maciel le dejaba cada vez menos margen para guardar su juramento.

Para sorpresa de Duarte, el duque de Medina Sidonia lo llamó a su presencia. No sabía que a don Alonso Pérez de Guzmán no le gustaba dejar ningún cabo suelto, y él era uno de los numerosísimos

que le faltaban aún por amarrar.

—El Altísimo parece empeñado en cruzar nuestros caminos, señor Salazar —lo saludó el duque con menos ceremonia que en sus anteriores encuentros.

—Bendito sea, excelencia.

Como hombre práctico, el duque decidió instalarse en el mismo palacete que había ocupado Bazán. Así se evitaba perder tiempo en traslados y reacomodos de documentos, archivos y personal.

—Estoy tratando de hacerme cargo de la Armada a pasos forzados para cumplir las órdenes de Su Alteza y servir al Todopoderoso. Y no es tarea sencilla. He de ponerme al tanto de una empresa que lleva forjándose más de un año y hacerla navegar con buen viento lo antes posible.

Duarte asintió en silencio. No era habitual que todo un capitán general le diera explicaciones a un subordinado.

—Sé que habéis sido uno de los asistentes del marqués de Santa Cruz, que Nuestro Señor lo tenga en su gloria —prosiguió el duque —. El único al que conozco y quizá el más cualificado. Por eso os he hecho venir antes que a los demás.

—Es un honor que no merezco.

—Eso lo decidiré yo, señor sargento. Por lo pronto quiero que continuéis a mi servicio. También yo necesito asistentes, y no deseo alterar el equipo que formó mi predecesor, no demasiado. Uno de sus secretarios me ha entregado un memorial con vuestras funciones, pero me gustaría que me las detallaseis vos.

El duque de Medina Sidonia se mostraba gentil y atento, dentro de los límites que imponían las diferencias de rango y clase, un gesto que complació a Duarte. Desde la muerte de Bazán su situación había quedado en un incómodo limbo, pues no estaba adscrito a ninguna unidad. Le alegró, por tanto, saber que seguiría en el mismo puesto y le explicó con prolijidad las tareas que realizaba y había realizado para don Álvaro. El duque lo escuchó con paciencia y al finalizar le encomendó su primera faena.

—Hasta ahora no he tenido ocasión de visitar las capitanas de cada escuadra, ni rendir a bordo de ellas homenaje a sus almirantes. Tengo intención de subsanar la omisión mañana en compañía del veedor general y del auditor general de la Armada. Avisaréis a los navíos y me esperaréis al amanecer en el muelle de la Alfandega

con cuatro marineros y una barca bien aderezada. Al salir, mi secretario os entregará los despachos. ¿Estamos?

El duque enarcó una ceja y Duarte se apresuró a responder.

—Por supuesto, excelencia. Desde el toque de laudes estaré aguardando en el muelle de la Alfandega.

3
PLYMOUTH

La cárcel de Plymouth estaba situada en un edificio de piedra de dos plantas adosado a uno de los muros del castillo. En la planta baja, que se hallaba una vara y media por debajo del nivel del suelo, había seis celdas situadas a ambos lados de un estrecho pasillo. A Gabriel y sus compañeros los encerraron en una que tenía, cerca del techo, dos ventanucos con gruesas rejas que daban a la calle del mercado. El suelo estaba cubierto por una capa de paja apelotonada y sucia de orina, excrementos, vómitos y sangre que se cambiaba cada varias semanas. El hedor era terrible, pero no más que la sentina de un navío. El techo era propiedad de las ratas, que se movían con agilidad por las vigas y costaneras que soportaban el suelo de la planta alta y pasaban entre las celdas a través de boquetes y rendijas en los muros.

Los presos estaban agrupados, más o menos, por la naturaleza de sus delitos, de modo que los españoles compartían la celda con otros contrabandistas, un grupo de corsarios acusados de hacer piratería contra navíos de su propia nación, varios furtivos, algunos católicos y una legión de cucarachas.

Los demás presos los tomaron por franceses y les hicieron al principio poco caso, más allá de defender como chacales los lugares que cada uno había logrado reservar. Los más privilegiados eran los que estaban junto a las ventanas, por donde podían sacar la mano o el gorro y mendigar limosna a la gente que pasaba por la calle. A Gabriel no le importó aquello. Su principal preocupación era cuidar a Ugalde, a quien el disparo que recibiera le había hecho una buena desgarradura en el costado derecho.

Cuando fueron capturados, le pidió al oficial del pelotón que lo atendiese un cirujano, o al menos un barbero, pero aquel le dio un

golpe con el pomo de la espada y le ordenó que guardase silencio. Sin embargo, después consintió en que uno de los carceleros le cauterizase la herida con aceite hirviendo. A Gabriel el remedio le pareció peor que la enfermedad. No pocos barberos cauterizaban así las heridas, pero después las untaban con pomada, las vendaban y las mantenían limpias hasta que sanaban. El aceite quizá sirviese en un principio para detener una infección, pero la carne abrasada tenía un aspecto repulsivo, y, en medio de la suciedad, no tardaría en volver a emponzoñarse. Además, la alimentación no lo ayudaría a recuperarse.

En la prisión de Plymouth todo se compraba. El rancho diario consistía en un cucharón de gachas agrias y aguadas que les servían directamente en las manos y se las comían sorbiendo y lamiendo como si fueran perros. Quienes tenían familiares o amigos fuera podían considerarse afortunados, pues les hacían llegar alimentos frescos, o no tan frescos, tras pagar un buen soborno a los carceleros, y quienes conseguían algunos peniques en las ventanas compraban mendrugos de pan, pescado seco o piltrafas de carne. Con el agua eran más generosos. Cada día o cada dos días dejaban en la celda un balde de agua turbia para que los presos bebieran en él como en un abrevadero.

No era fácil precisar la gravedad de Ugalde, porque el hombre, que presumía de tener una naturaleza fuerte, apenas se quejaba.

—No es la primera vez que me han herido y he conseguido sanar sin ninguna asistencia —les dijo a sus compañeros.

Gabriel tenía sus dudas. La herida no tenía buen aspecto, pero la fiebre le preocupaba más. Aparte de ser clara señal de empeoramiento, si seguía subiendo podría hacerlo delirar y descubrir a los demás presos su condición de españoles, echando por tierra la farsa que mantenían de hablar entre ellos en francés.

Gabriel trató de acercarse al resto de los presos, a ver si conseguía ayuda de ellos, aunque sin fortuna. Todos se agrupaban en cuadrillas o, al menos, en parejas. Comían juntos y dormían de igual forma. Lo que no siempre hacían era compartir la pitanza. A veces se formaban tanganas entre ellos, incluso dentro de un mismo grupo, por un bocado de comida, un sorbo de agua, una brazada de paja con que hacer una yacija, un comentario desafortunado o una mirada. A causa de una sardina, dos contrabandistas se enzarzaron

en una encarnizada riña en la que uno le arrancó al otro una oreja de un mordisco. El perjudicado no se conformó y estuvo acechándolo hasta que logró pillarlo desprevenido y le clavó en la mano una afilada laja que había desprendido del muro.

Para matar el tiempo, Gabriel pasaba los ratos midiendo una y otra vez los doce pasos que había entre las paredes más alejadas, y meditaba en las jugarretas del destino, en lo mucho que había arriesgado para llegar hasta allí y la mala suerte que había tenido al final, cuando lo más difícil parecía ya hecho. Trenton andaría por ahí, poniéndose fuera, quizá, de su alcance, mientras él se quedaba dentro, a la espera del juicio y de la correspondiente condena. Y nada podía hacer para cambiar la situación. Él, que se preciaba de haberse forjado su propio destino frente a los designios de la providencia, y aun en contra de ellos, se veía impotente en aquella ocasión. La actividad febril que había dirigido su vida en los últimos años habíase detenido de golpe y la obligada quietud que la había sustituido le resultaba casi insoportable.

Dio en combatir el marasmo haciendo un repaso de su vida, desde sus días de Veracruz hasta aquellas prisiones. Una existencia carente de sentido si no podía salir pronto de allí, colmada de sacrificios inútiles. Y de errores. Por encontrar a su hermana había dejado escapar a Marcia, por hallar a Trenton se había alejado de Eva Falk. Eva, que le había dado de plazo un invierno que ya se había pasado. ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? ¿Qué sería de su hermana y de Marcia? De súbito lo invadió un aluvión de recuerdos de Marcia, de los días pasados a su lado, de su alegría, sus celos, sus enojos, su valor y su incurable curiosidad. ¿Habría redención posible? Gabriel se rio de sus propias preguntas, desatinadas por completo, ya que lo correcto habría sido preguntarse por su próximo tropezón. La celda, por amplia que fuera, le resultaba pequeña y agobiante y sus pensamientos se recocían en ella igual que un mal caldo en una marmita, y se volvían espesos y desatinados, y regresaba junto a sus compañeros para tener en su charla, o en su simple compañía, un antídoto contra el desvarío.

El único preso que se mostró accesible fue un católico que había pasado varios meses encerrado a la espera de juicio. El hombre era panadero y alguien lo había denunciado anónimamente. Una madrugada, mientras estaba cociendo el pan en el horno, se

presentaron unos alguaciles en su casa, la registraron y encontraron un misal y una biblia en latín. Con esas pruebas fueron a por él y lo encarcelaron. La justicia pretendía aplicar la ley y secuestrar la panadería en nombre de la reina, pero su cuñado, un abogado que había trabajado en alguna ocasión para lord Burghley, consiguió detener la incautación y le prometió emplear sus influencias para lograr que lo absolvieran en el juicio.

El panadero, que se apellidaba Ruby, sabía algo de francés y había entendido, por tanto, algunas de las charlas que mantenían los españoles. Era el más acomodado de los huéspedes de la celda. Y, aunque no parecía muy afectado por las condiciones tan miserables en las que vivían, los efectos del largo encierro no dejaban de percibirse. El jubón y las calzas estaban sucios y percudidos por el uso, rotos por los codos, mangas y bajos, y llenos de paja y otras suciedades. El pelo lo tenía largo, enmarañado y cuajado de piojos, como todos, y unas ojeras profundas le rodeaban los ojos.

El grupo más fuerte lo formaban los piratas. Eran ellos quienes controlaban los ventanucos. Gabriel dedujo, por lo que hablaban, que se trataba más bien de pescadores metidos a piratas, un negocio que, por lo visto, les había venido grande. En la celda intentaban imponer sus normas y avasallaban, cuando era necesario, a quien quisiera hacerles frente. El resto los respetaba a regañadientes y las discusiones solían llevarse al límite.

En cierta ocasión, Mahagüini se acercó a uno de los ventanucos para entretenerse con el ajetreo del exterior, que era mucho ese día. Aquella calle debía de ser una de las más concurridas de Plymouth. La gente charlaba, gritaba, regateaba y bromeaba. Se oía el ruido de carretas, el piafar de los caballos, los ladridos de los perros y hasta el piar de algunos pájaros. Desde dentro podían ver a la gente: las piernas, si pasaban muy cerca, o el busto, si estaban más lejos.

El que hacía de pedigüeño en aquel momento era un pirata malencarado y tiñoso, con unos mechones lacios y largos que colgaban desiguales. Repetía con voz aguda y tono monocorde una letanía para ablandar los bolsillos de los viandantes. En el antepecho del ventanuco había puesto, para recibir las limosnas, un gorro ajado que se ataba a la muñeca con un cordel para que nadie se lo arrebatase. Pese a la cuerda, desconfiaba de la gente de fuera y

seguía con gran atención sus movimientos. Cuando caía alguna moneda en el improvisado cepillo, la capturaba con vipérea rapidez, antes incluso de haber dado las gracias al generoso limosnero.

Su atención, no obstante, la dividía entre el antepecho y Mahagüini, cuya prolongada proximidad le disgustaba. Quizá pensó que pretendía escamotearle el sitio, e imbuido de tal pensamiento se giró hacia él y le gritó que se alejara. El medio indio respondió con parsimonia. Primero se tomó unos instantes para salir del estado contemplativo en el que se hallaba y después dio tres pasos hacia él, hasta estar a su altura, y lo miró de hito en hito.

—*Il y a un problème?* —le preguntó en francés.

La impasibilidad de su expresión y los numerosos y extraños cortes que le marcaban los pómulos y la frente debieron de impresionar al pirata, que, soltando un gruñido de desprecio, volvió a sus limosnas.

Cuando llevaban varios días de encierro, uno de los carceleros se aproximó a los españoles y preguntó con brusquedad por l’Avide. Gabriel se levantó un tanto sorprendido y el carcelero le entregó una bolsa de tela con algunos artículos dentro.

—Un amigo os envía esto —dijo con cierta amabilidad, fruto sin duda de los dineros que había recibido por hacer el encargo.

Dentro de la bolsa había un frasco con mixtura de bálsamo, un par de agujas, un rollo de hilo, un cauterio y unas pinzas.

—No ha sido un regalo barato —comentó Gabriel, que sabía que el bálsamo, procedente de América, era caro y difícil de conseguir en Europa.

—¿Quién nos lo habrá enviado? —preguntó Mahagüini.

—Imagino que mister Hall.

—Me cuesta creerlo.

—Quizá el dinero lo haya puesto Jubert —apuntó Gabriel. Con aquellos medios pudo extraerle a Ugalde la bala, que estaba alojada junto a una costilla. Pese a la entereza que había estado mostrando el piloto, la operación le hizo gritar hasta quedar ronco. Al terminar Gabriel aplicó sobre la herida el cauterio, para evitar que continuase corrompiéndose la carne, la cosió con varias puntadas dejando, en el borde inferior, una pequeña abertura para que drenase el humor trasvenado, como le había enseñado Garcés

Serrano, y la untó por fuera con la mixtura.

La mejoría fue patente. En dos días la fiebre desapareció y poco después Ugalde fue capaz de levantarse y dar pequeños paseos por la celda, aunque Gabriel le recomendó que no hiciera esfuerzos ni tosiera si podía evitarlo, ya que podría volver a abrirse la herida.

El resto de presos siguió con curiosa atención la sanación de Ugalde y pronto el cabecilla de los piratas requirió los servicios de Gabriel. Era un hombre robusto, barbado, de caderas anchas, casi de mujer, y con pocas luces, aunque sus amigos parecían más lerdos todavía. Tenía en el trasero un divieso que le incordiaba muchísimo, y le pidió a Gabriel que se lo reventase.

—Con gusto lo haría, señor corsario —le respondió Gabriel—, pero necesitaré sajar, y no tengo ningún cuchillo.

—Si esa es la única pega, dadla por resuelta, francés.

En efecto, el señor Cummings y sus amigos tenían, para hacerse respetar de los demás, un pequeño arsenal de objetos cortantes y punzantes que pusieron a su disposición. Gabriel escogió una navajuela muy afilada y, a continuación, le pidió que se bajase los calzones y se pusiera en pompa. La vista no resultaba agradable. Al ser aquella la zona más sucia del cuerpo, y el señor Cummings una persona enemistada con la higiene, el enorme divieso estaba flanqueado por pegotes oscuros y secos entremezclados con restos de paja. El pirata dejó escapar un cuesco y Gabriel apartó la cara.

—Mister Cummings, no es el mejor momento para hacer eso; podría temblarme la mano y cortar donde no es —le advirtió Gabriel—. Y ahora apretad los dientes, porque esto os va a doler —añadió.

Sin darle tiempo a responder, sajó el divieso con pulso firme y a continuación apretó con fuerza para vaciar los cuatro o cinco adarmes de purulento contenido. Un olor repulsivo y viciado le llegó a la nariz y le provocó unas arcadas que a duras penas contuvo. Mister Cummings soltó un alarido de cochino en día de matanza, pero se mantuvo inmóvil, con las rodillas flexionadas y las manos apoyadas en ellas mientras Gabriel le untaba la mixtura.

—Ya estáis listo, caballero —le dijo al finalizar.

—Voto al diablo que me ha dolido —respondió el pirata a la vez que se tentaba el trasero para hacerse una idea del resultado—. En fin, espero que mejore.

—Lo hará.

—¿Y el precio?

—La navajuela que me habéis prestado, si no es mucho pedir.

—A fe mía que no lo es.

Abierta la caja de Pandora, otros reclusos hicieron cola para requerir los servicios de tan oportuno barbero. Heridas, llagas frescas y llagas viejas, apostemas y hasta bubas. Al contrabandista que había perdido media oreja y que, por causa de la mordedura, había cogido ponzoña, le echó en ella el cauterio en polvo. Uno de los corsarios tenía un horrible sarpullido que le empezaba en el brazo derecho, le trepaba por el hombro y se le extendía por el pecho y por un cuello que, más que humano, parecía de buitre. Para aquel padecimiento la cura era cocciones de algunos musgos o aceite de enebro, y como nada de ello tenía, lo trató con la mixtura de bálsamo, que al menos le suavizaría la piel y le disminuiría el prurito. Un furtivo, condenado a diez años por haber cazado conejos en tierras acotadas, le pidió que le sacara una muela medio podrida que le estaba amargando los días. Gabriel lo intentó, pero estaba tan arraigada que necesitaba unas tenazas para hacerlo. Se lo dijo y, a los pocos días, un carcelero le proporcionó la herramienta y de paso le pidió que le sacara otra a él.

—Os vais a hacer de oro, señor l’Avide —le dijo el panadero.

—Jamás habría imaginado que esta profesión pudiera reportarme algún provecho —respondió Gabriel.

—Ya veis que sí.

—¿Y de qué me sirve el dinero aquí dentro? Yo lo que querría es salir.

—Eso lo queremos todos —respondió el señor Ruby con semblante taciturno.

Sin embargo, mister Cummings se mostraba más optimista. La guerra contra el rey de España estaba obligando a movilizar a mucha gente, y tenía la esperanza de que, en última instancia, echaran mano de los reclusos.

—Es lo que hacen cuando necesitan llenar los barcos —dijo el pirata.

—¿Cualquier preso?

—En especial los que sabemos navegar.

—Conmigo que no cuenten —le espetó uno de sus compañeros, el hombre malencarado que había tenido el roce con Mahagüini.

—¿Prefieres quedarte aquí, comiendo bazofia?

—En los barcos de la reina se come bazofia y además se arriesga la vida. Aquí sólo se come bazofia.

El hombre escupió en el suelo y se alejó hacia la ventana. Era su turno de poner la mano.

—Tengo entendido que vos sois marino —comentó su jefe.

—Los tres lo somos.

También en América se liberaba a los presos, pero no para completar dotaciones en tiempos de guerra, sino para participar en expediciones a tierras y mares remotos en las que no había otra forma de conseguir hombres.

De vez en cuando se limpiaban las celdas.

Los reclusos sacaban la paja vieja y hedionda con palas de madera y la transportaban a un pequeño corral de tierra pelada situado al final del pasillo y rodeado por tapias de cuatro varas. Los presos más miserables aprovechaban aquellos momentos para escarbar la tierra en busca de huesos de gallina o de oveja, machacarlos y chupar el tuétano. Después, cuando habían terminado con todas las celdas, una cuadrilla de presos se encargaba de cargarla en un carretón desvencijado, llevársela fuera y regresar con la paja limpia.

Gabriel habría pagado por formar parte de la cuadrilla que acompañaba al carretón, un puesto muy codiciado que ocupaban sólo los presos más antiguos y confiables, pero debía conformarse con contemplar los altos muros del corral, que, por desgracia, no le permitían ver ni un tejado, ni una torre ni el mástil del más alto navío.

4
SAINT JAMES

Isabel echaba de menos a su esposo, aunque de una manera vaga e inconcreta, como todo lo que sucedía en su vida. Cuando supo que estaba nuevamente encinta sintió una gran alegría, pero con la

partida de John su voluntad se vino abajo y su cuerpo siguió el mismo camino. Le había escrito cuatro o cinco cartas que aún no habían tenido respuesta.

—John conseguirá una nueva licencia y cualquier día lo veremos entrar por esa puerta —la consolaba su cuñada—. No desesperes, querida.

Isabel deseaba levantar sus ánimos, pero su cuerpo se mostraba remiso. Cuando Isabel quería caminar, él prefería estar parado; si le apetecía comer, su estómago opinaba que no; si sentía deseos de leer, los ojos se le nublaban; si de alzar un peso, la mano le flojeaba. Sí, su cuerpo se comportaba de una manera extraña. Sentía molestias variables y raras. A veces calambres en los brazos, a veces en las piernas, el corazón se le aceleraba o le costaba respirar. Lo que no variaba de un día para otro eran las molestias en el vientre: las tripas se removían, hacían sonidos extraños, le daban agudas punzadas o dolores repentinos que la obligaban a visitar, incontinente, el *garderobe*. También su mente se dejó vencer por el abatimiento, perdió la orientación y se llenó de sombras, de confusión, de pensamientos rotos e incoherentes, de olvidos. El lecho se convirtió en su lugar habitual y la habitación a oscuras, en su espacio natural. Las horas y los días se enmarañaban unos con otros, y los rostros de las personas bailaban y se deformaban. El sueño y la vigilia formaban un continuo difícil de discriminar, y la realidad y los sueños, un intrincado laberinto.

Su suegra, quizá temerosa de la cólera de John, se apresuró a llamar al doctor Edwards, que la reconoció a conciencia, preocupado por el estado tan lastimero en el que la encontró.

—Su mal se debe a la suma de la preñez, una constitución débil y la melancolía que arrastra de su anterior embarazo —diagnosticó—, aunque estas causas no lo explican todo. Bajo ellas subyace una más poderosa que las combina e incrementa y que por desgracia no alcanzo a identificar.

En todo caso, le realizó una purga para expulsar los malos humores y le prescribió que saliera de su habitación, que le diera el sol cuando hubiera lugar, que comiera bien y que tomara un tónico de su propia botica.

La señora Gardiner encargó el cuidado de Isabel a Jinny Hill. Era, pues, la joven sirvienta quien se encargaba de trasladar a Isabel

de la habitación a un diván que habían colocado cerca de su puerta, bajo la luminosa ventana ojival, de sacarla al patio los ratos de sol, de llevarle la comida, acompañarla al *garderobe* y devolverla al lecho antes de finalizar su jornada.

A Jinny le entristecía enormemente el estado de Isabel. En realidad, su trágica existencia en Saint James le provocaba una honda congoja. Los desprecios que Isabel había recibido desde que llegara, la malevolencia de la suegra y el cuñado, el embarazo fallido, las prolongadas ausencias de su esposo y, de ajuste, esta nueva dolencia que la tenía postrada y cada vez más perdida en las sombras. En sus escasos momentos de lucidez habían mantenido charlas breves y llenas de nostalgia, pues Isabel era consciente del estado en que se hallaba. Se miraba el vientre, apenas deformado por la preñez, se ponía las manos sobre él, le susurraba con cariño que no viviría para conocerlo o le cantaba, en su idioma natal, canciones de cuna que Jinny no comprendía.

—Saldréis de esta, señora —le decía Jinny—. Y no lloréis, por Dios, que me partís el corazón.

—Sé que no sobreviviré —le respondía Isabel, y movía la cabeza y plegaba los labios en una sonrisa cansada.

Todos los días, cuando Jinny se dirigía a buscar a Isabel para ayudarla a levantarse, se encontraba descorridas las cortinas de la habitación y abierta una de las hojas de la ventana, para que entrase la luz y se orease. Debía de hacerlo muy temprano alguien del servicio. A Jinny le llamó la atención aquel delicado detalle, habida cuenta de que nadie en la casa le tenía aprecio a la enferma, pero no le dio mayor importancia. Una mañana, sin embargo, la señora Gardiner le dijo que dejara a Isabel en la habitación. La tarde anterior había llegado a Saint James la familia de Michael con unos amigos y sus respectivas esposas e hijos, y no quería que el alboroto de la visita la alterase.

—Sólo arregla su habitación y preocúpate de que no le falte de nada —le ordenó la señora Gardiner, y sus ojos brillaron de satisfacción.

Jinny cabeceó con firmeza y se apresuró a cumplir las órdenes, aunque estaba segura de que serían otros los motivos de la señora Gardiner.

La habitación de Isabel estaba a oscuras. La inesperada visita

debía de haber alterado también los hábitos de la casa. Descorrió las cortinas y abrió la ventana. La enferma estaba muy espesa aquella mañana, por lo que se dedicó a lavarle la cara, las manos, los brazos y el cuello con un trapo húmedo, pero al hacerlo vio junto a la cabecera de la cama un cáliz de vidrio azul sobre un plato a juego con él. El cristal era grueso y había, en el fondo, un resto como de arenilla blanca. A la muchacha le intrigó el hallazgo, pues era la encargada de hacerle tomar el tónico que le había prescrito el doctor. Metió un dedo en la copa y lo olisqueó. Jinny tenía muy buen olfato, y estaba muy orgullosa de ello, pero aquel residuo no olía a nada. Al terminar las labores en la habitación cogió el platillo y la copa, buscó al ama de llaves y, haciéndose un poco la pánfila, se los entregó.

—¿Qué es esto, muchacha? —preguntó sorprendida la señora Chapman.

—Estaba en la habitación de la señora Trenton. ¿No lo dejasteis vos allí? —se atrevió a preguntar.

—¿Yo? Tendrían que doblarme el salario para que me acercara a la española. En esa habitación sólo entras tú.

Días después, cuando las visitas se marcharon, el ama de llaves mandó a Jinny a limpiar la campana de la chimenea que había en los aposentos de los señores, en la que alguno de los niños había pintarrajeado unos dibujos con un trozo de ladrillo. Jinny se puso a frotar las ásperas piedras con una sonrisa en la boca. Le gustaban los niños y le hacían gracia sus travesuras. Pero al cabo de un rato su sonrisa se desvaneció, pues no era fácil hacer desaparecer los trazos rojizos. Cada cierto tiempo se levantaba para relajar los brazos y descansar el cuerpo de la forzada postura en la que trabajaba mientras contemplaba por la ventana el hermoso jardín, las copas de los árboles mecidas por el viento, el bosque lejano y el cielo nuboso. Una de las veces, y dado que no se oía a nadie cerca, aprovechó para curiosear por la salita donde la señora de la casa gustaba de pasar largos ratos. En un aparador de madera labrada había un vistoso juego de bandejas de porcelana con motivos delicados y, más arriba, varios cálices y platillos de vidrio de distintos colores: verde, miel, malva, rojo y azul. Este, el azul, ya lo había visto. Fue a cogerlo y, tras él, disimulado en la esquina entre la balda y el costado del aparador, apareció un pequeño frasco con

forma de prisma, lleno hasta la mitad. Lo alcanzó, le quitó la tapa, que encajaba a la perfección, y vio que su contenido era un polvillo blanco muy semejante a los restos que había visto en la habitación de Isabel. Y era, como aquel, inodoro. Por su cabeza pasaron muchas suposiciones, pero ninguna buena.

—¡Qué diablos haces aquí! —La voz de sir Humpfrey sonó como un trueno.

Jinny se sobresaltó tanto que estuvo a punto de dejar caer el frasco. ¿Cómo había llegado sin que lo oyera? El dueño de Saint James solía calzar botas de campo y andar con zancadas grandes y pesadas que se oían a una legua de distancia. ¿Tan abstraída había estado?

—¿Qué es eso? —Sir Humpfrey extendió la mano para que le entregase el frasco.

—Estaba limpiando la chimenea de los dibujos que hicieron los pequeños —dijo Jinny mientras se lo entregaba—. La señora Gardiner…

—La chimenea está allá. Esto es un aparador. ¿Qué querías, robar la vajilla?

—No, señor, jamás se me ocurriría —se defendió Jinny.

Sir Humpfrey manoseaba el frasco, le daba vueltas y observaba su contenido a través del cristal. Luego, como había hecho Jinny, lo destapó y se lo aproximó a la nariz.

—¿Sabes tú lo que contiene? —preguntó pensativo.

Responder a aquella pregunta suponía un importante dilema. Si mentía, e Isabel estaba en peligro, podía perjudicarla. Pero si hablaba de sus sospechas, podría conseguir que la despidieran o que la acusaran de difamación.

Jinny apenas conocía a sir Humpfrey. Desde que servía en la casa su contacto con él había sido mínimo.

—Es un remedio que le prepara vuestra esposa a la señora Trenton —respondió sin comprometerse—. Para tratar su dolencia —añadió.

Sir Humpfrey guardó silencio mientras acariciaba distraídamente el cristal del frasco con el pulgar. Jinny creyó que se había olvidado de ella.

—¿Se lo das tú? —dijo al fin.

—Oh, no, señor. Yo le llevo el tónico que le recetó el doctor

Edwards. Ese remedio se lo administran por la noche, después de que me haya marchado.

—Entonces sólo estás imaginando cosas. —El caballero levantó los ojos y la miró con intensidad.

Jinny creyó haber ido demasiado lejos. El miedo la hizo temblar. Estaban junto al aparador, de pie, y necesitaba apoyarse en el mueble para no caerse, pero hacerlo frente a su señor habría sido una inconveniencia. ¿Qué debería hacer?

—Oh, señor, lo lamento, lo lamento —dijo entre sollozos, y cayó de rodillas, con las manos juntas—. Soy una mala sirvienta, perdonadme, no debí haber husmeado en los estantes. Pero una mañana, al limpiar la habitación, encontré aquel cáliz azul junto a la cabecera de la cama de la señora Trenton —prosiguió Jinny con la voz entrecortada por pequeños hipidos—. Hoy, cuando por casualidad lo vi, me llamó la atención y hallé, a su lado, ese frasco. El polvillo que contiene se parece mucho a los posos que había en el cáliz. Yo no quería hacer nada malo, debéis creerme, le tengo mucho aprecio a la señora Trenton.

Jinny había soltado su discurso de un tirón, como cuando se confesaba ante el sacerdote.

—Deja de llorar y suplicar, que no soy ningún verdugo —dijo sir Humpfrey con voz amable, poniéndole una mano en el hombro y dándole unas palmaditas suaves—. Anda, coloca el frasco donde estaba. Sólo son sales para el decaimiento.

Jinny se levantó con pesadez y se pasó el envés de las manos por los ojos, para limpiarse las lágrimas.

—¿Me vais a echar, señor? —se atrevió a preguntar.

—Tú esmérate con los dibujos y date prisa en acabar —le respondió sir Humpfrey al tiempo que le devolvía el frasco.

Jinny lo cogió y, ante la atenta mirada del caballero, lo depositó en el mismo lugar donde estaba.

XVII

1
LONDRES

Fátima y Joao contrajeron matrimonio en una ceremonia modesta e íntima que ofició el sacerdote personal de don Antonio de Avis. Pese a que la fiebre antipapista crecía en Inglaterra, la reina hacía la vista gorda en casi todo lo referente al Prior do Crato.

La fiesta, sin embargo, donde los disimulos sobraban, se realizó con mucho lucimiento en la casa de los Lancastre. Fátima, maquillada y hermosamente ataviada, parecía toda una mujer, aunque apenas alcanzara las dieciocho primaveras. Marcia la veía feliz, enamorada, gozosa y llena de vida. Junto a la natural alegría por la felicidad de su hermana, sentía una oleada de nostalgia. Y allí, en el fondo de su corazón, quizá hubiera un puntito de envidia. La pequeña Fátima, luego de haber dejado atrás el infausto compromiso con Simón Cortés, había logrado desposar al hombre que quería, mientras que ella seguía sola en una ciudad ajena, sin el marido al que amó y alejada de todo lo que antaño deseó y quiso ser.

La pareja alquiló la planta alta de una casa al principio de Water Lane, no lejos de la zona donde vivía la mayor parte de la colonia portuguesa, pero tuvo poco tiempo para disfrutar del matrimonio. Joao viajaba fuera de Londres con frecuencia y, durante sus ausencias, Fátima regresaba con los Lancastre.

—Me da miedo pasar la noche sola en esa casa —se disculpaba la joven—. Es vieja, con muchos cuartos cerrados repletos de trastos y muebles descuajeringados, grietas en las paredes, tejas que gotean y ventanas que cierran mal. Cuando azota el viento, la habitación se llena de ruidos siniestros y las manchas y desconchones son como seres fantásticos y monstruosos que me persiguen. Aunque esconda la cabeza bajo las mantas, no me libro de ellos.

Juana Abreu se desternillaba de la descripción tan apocalíptica que hacía Fátima.

—¿No serán peleas de gatos lo que escuchas? —le dijo entre risas—. En esta época del año están imposibles.

Marcia se mantenía callada, pensando en Joao. El joven se había presentado a ella como simple colaborador de Ramón Zarco. Pero poco a poco ella se había ido percatando de que era más de lo que decía ser. No sólo por lo bien informado que estaba, las amistades que tenía o la facilidad con que se movía entre gentes muy distintas, sino por la cercanía que mostraba con hombres como Figueiredo o Newport, por el dinero que manejaba y por el tiempo y cuidados que le estaba dedicando a visitar los puertos del canal de la Mancha.

Joao les había contado a todos que sus viajes y ausencias se debían a un encargo de Figueiredo. Al parecer, el Prior deseaba hacerse con tres navíos de mediano porte para viajar a Portugal con la flor y nata de sus seguidores en el caso de que la reina Isabel se decidiera a intervenir allí.

Pero un encargo de aquel calibre implicaba un alto grado de confianza. Joao Veiga no era, pues, para Figueiredo, un jovenzuelo manirroto y de poco seso, sino un colaborador activo de la causa. Lo cual lo convertía en un agente encubierto que engañaba a ingleses y portugueses en beneficio de los españoles, ya que el verdadero objetivo de sus viajes a los puertos del sur no era otro que proporcionarle a Zarco datos fiables de la composición, situación y movimientos de las escuadras inglesas, una información muy valiosa para Madrid.

Lo que más le preocupaba a Marcia eran los grandes riesgos que su reciente cuñado estaba asumiendo en aquella misión. La facción del Prior había demostrado sobradamente que no tenía contemplaciones ni con espías ni con traidores. Marcia no sabía hasta qué punto Joao le habría revelado a Fátima sus ocupaciones, pero no lo creía probable. Cuanta más información se compartiese, más peligro correrían todos. Un comentario inapropiado, una confidencia, una frase fuera de lugar y alguien podría entrar en sospechas. Un secreto entre dos era inestable, pero entre tres podía ser explosivo. Meditándolo bien, no tenía nada que envidiarle a su hermana. No se había casado con ningún manso. Era el sino de las

Henriques.

Marcia, por su parte, no se había quedado quieta, y mantenía siempre el oído atento. Había asistido a multitud de conversaciones, concurridas charlas y encendidos debates, la mayoría de los cuales trataban directa o indirectamente sobre la guerra con el Usurpador y sus planes para atacar Inglaterra. De modo que la información que obtenía era tan abundante que se esforzaba en separar la paja del grano para no saturar a Joao, pero este, cuando lo supo, le dijo que no había información inútil, y añadió que tan importante como recogerla era despistar al oponente.

—¿Y cómo se hace eso, cuñado?

—Igual que cuando quieres desprestigiar a una vecina que te cae mal. Dejas caer una patraña aquí, una suposición allá, una verdad a medias, y ya se encarga el boca a boca de entretejerlas y exagerarlas.

—No soy buena para urdir mentiras.

—Llegado el momento, sabrás cómo hacerlo.

Su propio hermano no dejaba de ser una buena fuente de noticias. Geraldo se movía en círculos cada vez más cercanos al rey y tenía acceso a información relevante con la que no se mostraba excesivamente discreto. A través de su él supo Marcia del revés que habían supuesto para don Antonio las conversaciones de paz con Farnesio y los primeros costes que dichas conversaciones iban a tener para ellos, ya que la reina se había comprometido a reducir la corte del Prior en Inglaterra.

—Una moneda de cambio —apuntaba su hermano—, eso es lo que somos para esa vieja hereje. Tan pronto le da alas al rey don Antonio con la promesa de ayudarlo a recuperar el trono como se presta a entregarlo al Austria para calmar su ambición.

—Vaya, hermano, la gran benefactora de nuestra causa es ahora una vieja hereje. Cómo cambias también tú de discurso… —se burlaba Marcia, aunque no dejaba de sentir un cierto malestar por aprovecharse de él.

Así como Geraldo era indiscreto con los asuntos de la política, con su vida privada se mostraba muy reservado. Alfonso de Lancastre dejó caer algún comentario sobre su relación con tal o cual mujer, pero de manera muy vaga, y cuando alguna de las hermanas trataba de sonsacarle más información, él se limitaba a

sonreír misteriosamente. Por tal motivo, todos recibieron con asombro y alegría el anuncio de su compromiso con la señorita Mary Rose Kerridge, hija de un abogado de cierto prestigio cuyo padre, también abogado, había servido a las órdenes de Cromwell.

Tras el viaje a Portsmouth, Marcia se había distanciado un tanto de sir Henry Dobson. O más bien al revés. Quizá el caballero había dado por seguro que se colaría entre sus sábanas y, al no conseguirlo, se apartó de ella. A sir William Newport le ocurría lo contrario, e hizo a Marcia objeto de sus atenciones.

Newport era un joven lanzado y ambicioso que había estado en Flandes y había combatido a las órdenes del conde de Leicester en la batalla de Zutphen, donde Alejandro Farnesio les infligió una dolorosa derrota. A Marcia le resultaba curiosa la forma que tenía de hacerle la corte. Buscaba su compañía y la invitaba a veladas, recepciones y festejos. Era cortés y galante, desprendido y espléndido, ponía a su disposición su carroza y sus pajes y se mostraba a su lado complacido; pero hacíalo todo sin la fogosidad ni la insistencia de Dobson, como si buscara en ella sólo una figura decorativa. Marcia no le daba al asunto mayor importancia. En realidad, casi lo prefería, pues no era un hombre del que pudiera llegar a encapricharse.

Aquellas atenciones tuvieron, no obstante, un efecto inesperado en Dobson, en cuyo pecho quedaban, al parecer, restos del ardiente fuego que sintiera por Marcia. Su orgullo de varón se rebelaba al pensar que su amigo, ahora rival, lograra triunfar donde él había fracasado. Así, sir Henry dejó a un lado su despecho y puso su ingenio y sus encantos, que no eran pocos, en la conquista de la abandonada plaza.

Marcia se vio envuelta en una gentil contienda que ni pretendió ni deseaba. Ambos buscaban su compañía, la invitaban y agasajaban, se prestaban a escoltarla y competían en atenciones, gallardía y caballerosidad, aunque cada uno con su estilo y sus maneras. Newport, comedido y discreto; Dobson, arrebatado y pasional.

La rivalidad entre ambos caballeros no pasó desapercibida en los círculos en los que se movían, y Marcia sentíase observada y tasada, señalada por miradas indiscretas, a las que seguía un comentario en voz baja, una mueca cáustica, una ceja alzada. También a los suyos

picaba la curiosidad y, cuando no le preguntaban abiertamente por sus pretendientes, le soltaban indirectas o ponían en boca de terceros palabras inconvenientes. Su hermano llegó a reconvenirla por exponer a la familia a los rumores y el descrédito.

—Lo que menos falta nos hace en este momento es estar en boca de todos —le dijo Geraldo.

—¿Nos?

—¿No sabes que la situación de don Antonio es muy delicada, hermana, y que lo que acontezca a cualquiera de sus súbditos podría afectarlo directamente?

—Tienes razón —le concedió Marcia para tratar de tranquilizarlo—. Pero ¿qué culpa tengo yo si esos caballeros me persiguen como los lebreles a una cierva?

—Algo habrás puesto de tu parte para tenerlos tan enardecidos. Además, a los lebreles también les gusta perseguir a las zorras.

—¿Sí? Pues tengo entendido que unos podencos de lo más ruines han estado husmeando el rastro de tu señorita Kerridge.

—¿Cómo te atreves a hablar mal de ella? —le gritó Geraldo. Pero Marcia había hecho algunas averiguaciones sobre Mary Rose Kerridge y sabía que había tenido varios pretendientes antes de aceptar a su hermano. A uno de ellos, un viudo acusado de reventar a golpes a su esposa, lo había defendido el padre de la señorita Kerridge y había logrado la absolución en un juicio plagado de irregularidades.

Juana Abreu, que estaba presente, trató de distender el ambiente, pero Marcia quiso dejar las cosas claras antes de salir del salón.

—Déjame en paz con mi vida, hermano, que yo haré lo mismo con la tuya.

Newport estaba, por su posición, bien informado de los asuntos del reino, aunque era muy discreto y no resultaba fácil obtener confidencias de él. Tenía, empero, un extenso círculo de amistades que fue presentándole a Marcia: caballeros, nobles, comerciantes y militares, hombres y mujeres más o menos acomodados. Marcia se percató de que una parte de ellos seguía profesando la fe de Roma. Su calidad de portuguesa, su simpatía y llaneza, o la combinación de todo ello, sin duda les daban la suficiente confianza para desahogarse sobre su situación. Algunos mantenían la esperanza de

que la guerra cambiara las difíciles condiciones en que vivían los católicos, y otros anhelaban abandonar Inglaterra y rehacer su vida en lugares donde poder profesar su credo sin arriesgarse a duras sanciones, el embargo de sus bienes o la pérdida de la libertad. La joven les ofrecía su comprensión y les tiraba veladamente de la lengua, y en poco tiempo consiguió hacerse con un ramillete de confidentes que manejaba con sumo cuidado y hermetismo, sin que ninguno conociera, ni sospechara, la existencia de los demás. Gracias a ellos se enteró del arribo de una delegación de rebeldes flamencos disgustados por las negociaciones con Farnesio. Le exigieron a la reina, al parecer, la devolución de los puertos y plazas de Zelandia ocupadas por los ingleses, entre ellos Flesinga, pero al mismo tiempo le ofrecieron el apoyo de su flota para lo que hubiera menester: combatir contra la Armada de Lisboa o bloquear los puertos de Flandes. Marcia veía algunas similitudes entre la situación del Prior y la de los rebeldes de las Provincias Unidas, a quienes la ayuda inglesa les estaba resultando muy cara.

Joao finalizó su comisión en el sur con resultados dispares, según quién los sopesara. A Figueiredo le entregó un informe con una lista de tres navíos que cumplían las condiciones requeridas por el Prior y por los que sus armadores pedían precios desmesurados. El apresurado acopio de barcos para la flota inglesa había disparado la demanda y reducido la oferta. Añadía unos comentarios poco favorables sobre las motivaciones de los capitanes y la escasa calidad de sus tripulaciones. Los barcos en cuestión se hallaban fondeados en Eastbourne, Poole y Folkestone. A Ramón Zarco, en cambio, le entregó una relación bastante detallada de las unidades navales que había en cada puerto, su armamento, avituallamiento, dotaciones, moral y preparación, así como una referencia a las intenciones de Drake de hacerse a la mar con una escuadra y repetir la campaña del año anterior.

2
SAINT JAMES

Sir Humpfrey Gardiner se levantó más temprano de lo habitual, mandó a uno de los mozos que ensillara a Pope, un caballo

tranquilo y de buen tranco, y montó en él para dar una cabalgada por sus terrenos, algo que solía ayudarlo a aclarar sus pensamientos y tomar las decisiones acertadas. Y por Cristo que necesitaba un poco de iluminación. La tarde anterior habíase entrevistado en Portsmouth con un capitán retirado que dedicaba su tiempo libre a la alquimia. Pese a sus extravagancias e ideas esotéricas, tenía vastos conocimientos de filosofía, física y medicina, y estaba versado en metales, panaceas y todo tipo de sustancias, su composición, pureza, propiedades y reactivos. No necesitó, por tanto, mucho tiempo para identificar como arsénico la muestra de polvillo blancuzco que le había llevado sir Humpfrey.

—¿Qué pretendéis hacer con esto? —le preguntó extrañado el alquimista—. ¿Vuestros campos necesitan fertilizante, pensáis envenenar a alguien o padecéis del mal francés?

—No, no se trata de eso —se excusó el caballero con despreocupación—. En una despensa de la abadía he hallado algunos frascos viejos con etiquetas casi ilegibles y quería estar seguro de su contenido.

—Tengo entendido que los monjes lo emplean para combatir las plagas de hormigas y otros insectos. Pero es arsénico, no os quepa duda, un tósigo muy potente que debéis manipular con precaución.

Al alcanzar un claro de la floresta, atravesado por un regajo, el señor Gardiner desmontó, le soltó la rienda a la bestia para que bebiese y se sentó en un tocón añoso. Vestía botas altas, de montar, medias gruesas y calzas largas, que olían al cuero de la silla y al sudor del caballo. Sir Humpfrey amaba y respetaba a su esposa, pero también la temía. A lo largo de los años le había ido doblegando la voluntad hasta domársela por completo. Por fortuna, tenía fuera del ámbito doméstico unas ocupaciones que llenaban su mente y su tiempo y en las que su esposa nunca se entrometía. Sir Humpfrey se sentía a gusto con aquel estado de cosas, pero la llegada de Isabel amenazaba con derrumbar el equilibrio. Como firme defensor de la reforma religiosa, de la legalidad y de la Corona, no le hizo gracia que su hijastro se casara con una española. Le decepcionó que el más centrado de los hermanos hubiera puesto sus sentimientos por encima del linaje, la política o la religión, y durante un tiempo mantuvo la esperanza de que se aburriese de Isabel y se divorciase. Esperanza vana, porque el chico

demostró estar verdaderamente enamorado, y sir Humpfrey hubo de resignarse a ello. Pero su esposa no. Ni sus hijos. Sir Humpfrey no estaba tan alejado de los asuntos de la casa como para ignorar que Sarah y Michael tratarían de impedir que el nuevo vástago se convirtiese en heredero de Saint James. Sin embargo, no intervino. No quería enredar más el asunto, y enfrentarse a su esposa le daba una pereza infinita.

Pero ya no podía seguir manteniéndose al margen. Y menos después de la charla con Jinny y la confirmación del alquimista. Era preciso actuar, y hacerlo con prudencia y astucia. Había muchos cabos que amarrar si deseaba apartar a Isabel de los suyos, incluso de John, evitar que su esposa y Michael se vieran involucrados en un crimen y, ¡por vida!, dejar aquel asunto zanjado para siempre, sin que nadie le pidiera cuentas jamás.

La mañana era ventosa y fría. Las copas de los árboles se agitaban con fuerza. Algunas flores blancas, moradas y amarillas ponían un contrapunto de color entre tanto verde. Se oía el canto apagado de algunas aves, lejano y deformado por el eco de la espesura. Más cerca, sobresalían las notas dulces del mirlo y el repiqueteo de un pájaro carpintero sobre la madera en busca de alguna larva. Una tórtola que volaba bajo dejó oír su piar aflautado.

Después de un buen rato concentrado en sus pensamientos, sir Humpfrey se levantó algo aterido del tocón, se abotonó el jubón y se puso el capote que portaba atravesado en la silla. Montó con habilidad, cruzó el bosque y salió al camino de Fareham, donde hallaría a la gente apropiada. Unas nubes bajas se deslizaban con rapidez contra un cielo claro. Enfrente, unas colinas de oscura floresta ocultaban la vista del mar.

Aquella misma tarde, de regreso a Saint James, se dedicó a revisar un tratado de apicultura en el gran salón, desde donde mejor podía controlar las idas y venidas de los moradores de la casa. Al cabo de un rato de paciente espera se acercó a la habitación de Isabel y entró en ella. La joven, que leía sentada en una butaca, giró la cabeza y se levantó con rapidez. Sir Humpfrey se alegró de la facilidad con que se había puesto de pie. Le pareció un buen síntoma.

—Siéntate, hija —le dijo con expresión conciliadora, mientras daba unos pasos y se sentaba en una esquina de la cama—. Sólo he

venido para ayudarte.

Isabel volvió a sentarse, marcó con una cinta la página que estaba leyendo, cerró el libro y lo colocó sobre sus rodillas.

—¿Ayudarme en qué?

Sir Humpfrey la observó con atención. Tenía el cabello suelto y bien cepillado, pero el rostro seguía estando pálido y ojeroso. Los labios, de un color rosa claro, apenas se distinguían de la piel adyacente. Vestía con la saya de dormir y no se le notaba aún la preñez.

—Me preocupa que sigas estando tan débil. Los remedios que te ha prescrito el señor Edwards no sirven de mucho, y yo no querría que la criatura que llevas dentro se malograse otra vez.

Ella se puso una mano en el vientre.

—Se nota que no eres feliz en Saint James —prosiguió sir Humpfrey—. Desde que llegaste te hemos tratado como si fueras una extraña, o una enemiga, no has encontrado afecto aquí, ni siquiera en los momentos más difíciles, y las largas ausencias de John no han mejorado la cosa. —A medida que hablaba vio que se atenuaba la expresión afligida en el rostro de Isabel—. Él te quiere de verdad, y si no viene con más frecuencia es a causa de la guerra, que mantiene a todos nuestros hombres en sus puestos y a nuestra flota en permanente alerta.

—Lo sé, señor. Todo indica que la cosa va para largo.

—Eso creo yo también. Pueden pasar meses antes de que lo veamos de nuevo —convino sir Humpfrey, y cabeceó un par de veces mientras pensaba cómo abordar el asunto que más le preocupaba—. Bueno, Elizabeth, ¿qué te parecería alejarte una temporada de este lugar donde tan malos ratos has pasado, cambiar de aires?

—Cambiar de aires… ¿a dónde? —dijo Isabel, algo suspicaz.

—No sé —respondió sir Humpfrey, y movió la diestra en círculos, como si estuviera buscando el destino sobre la marcha—. Londres, tal vez. ¿No vive allí esa amiga que vino a visitarte? ¿Martina?

—Marcia, Marcia Henriques —lo corrigió con rapidez, y se asomó a su rostro algo similar a una sonrisa.

También sir Humpfrey sonrió. La primera parte de su plan ya estaba conseguida. Restaba la más difícil: convencerla de que

aceptase salir de Saint James de incógnito, y se armó de argumentos y se esmeró en explicárselos. Pero Isabel lo interrumpió en mitad del discurso.

—¿Por qué de incógnito? —preguntó con sencillez, alzando los ojos.

—Porque, de otra manera, mi esposa me haría la vida imposible.

Isabel movió la cabeza hacia los lados en una suave negación.

—Sir Humpfrey, me gustaría salir de aquí y pasar una temporada con Marcia, me hace casi tanta ilusión como volver a ver a John. Pero… —Isabel hizo una pausa para tomar aliento—. No os ofendáis por lo que voy a deciros, agradezco la ayuda que me ofrecéis y las complicaciones que puede acarrearos, pero, si queréis que os tome en serio, tened la bondad de decirme toda la verdad.

Pese a la timidez de Isabel, y a la debilidad que la atenazaba, había en su voz una firmeza inesperada. El caballero la miró con desconcierto y se pasó la mano por el cabello castaño, que comenzaba a escasear. Se levantó y se llevó los brazos a la espalda. Era un hombre de estatura mediana, con la piel clara, la barba afeitada, los hombros ligeramente hundidos y la panza un poco más prominente de lo necesario.

—Alguien desea que pierdas ese hijo, si no algo peor, y alejarte de aquí es la única manera que tengo de protegerte.

—Michael —dijo ella para sí—. Es Michael —repitió, en tono más alto, para convencerse de que era cierto. De pronto, su mente pareció despejarse y las piezas empezaron a encajar.

—No puedo decir una palabra más —respondió sir Humpfrey.

Entonces le tocó a ella el turno de meditar. Había apoyado los codos en los brazos de la butaca y la barbilla sobre los pulgares, y mantenía la vista fija en las baldosas del suelo y los labios apretados.

—¿Y cuando John regrese?

—Lo avisaré de tu paradero. Y si escribe, te haré llegar sus cartas.

—¿No sospechará vuestra esposa?

—Deja eso de mi cuenta —indicó sir Humpfrey, y a continuación le expuso, a grandes rasgos, su plan.

El sábado próximo, antes de la cena, tendría que ponerse su vestido verde de mangas acuchilladas, buscarse una excusa para

salir a pasear fuera de la heredad y dirigirse al camino de Petersfield, donde la recogería un coche tirado por un tronco de dos caballos.

—¿Cómo sabré qué coche es?

—A esa hora apenas circulan carromatos por los caminos. Pero se detendrá a tu lado. Un hombre fornido con una cicatriz en la mejilla bajará y te abrirá la portezuela para que subas.

—Por la descripción, es como si fuera un malhechor.

—También irá una mujer. Confía en mí, Elizabeth. Haréis dos paradas en el camino y el lunes estarás en Londres.

—¿Y vos no?

—Yo iré uno o dos días después, simulando que te busco.

—¿Y la ropa?

—Sólo podrás portar la que puedas ponerte encima. En Londres te daré dinero para que compres más y para que puedas vivir dignamente. Ah, y no le digas una palabra a Jinny, por su propia seguridad. Cuanto menos sepa, mejor.

3
SAINT JAMES

Tras la conversación con sir Humpfrey a Isabel le pareció que revivía, como si todos los tratamientos y panaceas que había estado recibiendo hubiesen hecho efecto de repente. Sentía su cuerpo más fuerte, su mente más despejada y su ánimo más crecido. La melancolía que durante tanto tiempo la había acompañado se desvaneció de golpe. Le apetecía trabajar, moverse, pasear y hasta montar a caballo. Charlar con quien fuera y tararear algunas tonadas. Pero debía reprimirse y disimular, como le había recomendado su suegro. Ante Sarah, Mary y la servidumbre no le importaba hacerlo, pero le fastidiaba engañar a Jinny.

—Os noto más lozana, señora —le dijo una mañana, cuando la ayudó a levantarse.

—Serán las ganas que tienes de verme mejorar, Jinny.

—Entonces quedaos en la cama y reposad.

—Prefiero dejar el lecho y moverme un poco. Quizá así evite que la apatía me gane la partida.

Jinny sonrió con dulzura y a Isabel le dolió la mentira.

Los días y las horas que restaban para el sábado se le hicieron eternos. La espera resultaba casi tan agotadora como la enfermedad. Los ratos que pasaba en su cuarto se sentía como una fiera enjaulada. Cuando no aguantaba más, salía y se movía por la casa, disimulando y haciendo un poco de teatro, conversaba con Mary o le pedía a Jinny que le sacaran una silla al jardín para tomar el sol y contemplar el paisaje. Y pensar y soñar. El pasado aturdimiento se había transformado en claridad. Su cabeza, antes espesa, cavilaba ahora con rapidez, hacía proyectos, imaginaba conversaciones, repasaba sucesos. ¿A quién se habría referido sir Humpfrey? Estaba segura de que se trataba de Michael, el principal perjudicado por el nacimiento de su hijo, aunque tampoco descartaba a Sarah Gardiner. ¿Hasta dónde estarían dispuestos a llegar? Pero mejor apartar a los Gardiner de su pensamiento y centrarse en la gente más querida. En Gabriel, de repente renacido. Se alegró mucho cuando Marcia le habló de él, cuando le dijo que estaba vivo, que había escapado de los piratas y se había reunido con su tío Sancho, que la había estado buscando durante años, pero se hallaba tan alicaída que fue una alegría desteñida, a medias, tan insulsa que parecía que no la hubiera disfrutado. Gabriel, su hermano preferido. Cerraba los ojos e intentaba recuperar su imagen, una imagen que, para su sorpresa, no habían barrido ni las desventuras, ni los años ni las aflicciones. Podía verlo y sentirlo con la misma nitidez que si estuviera presente. Sus facciones, su figura, sus palabras, su afecto hacia ella, y, a medida que rescataba todo eso del olvido, una congoja agridulce le subía por el pecho y la hacía lagrimear. Las rabietas de Gabriel, los desplantes para con su padre, sus enojos absurdos, sus cambios de humor y los mimos que le dedicaba. Marcia también le había dicho que su hermano era un hombre tenaz y de muchos recursos. Que lo respetaba mucho. ¿Sería posible que hubiera cambiado tanto? ¿Hasta qué punto lo conocería esa mujer que se había cruzado dos veces en su camino? Extrañas vueltas aquellas, las del destino. Se conocieron en Terceira, durante una velada. Marcia se le acercó y conversaron a solas un ratito, breve y placentero. Y no hubo más porque John se la llevó sin darle mayores explicaciones.

Y John… ¡Ah!, John era entonces sólo Trenton, su captor, su

guardián y también su paladín. Un hombre al que comenzó odiando y terminó amando. John era el parapeto que la protegía y resguardaba frente a un mundo hostil, el tronco firme en el que apoyarse. A su amparo se había sentido segura ocho años. ¿Lo amaría igual si no dependiera de él? ¿Si no fuera el padre de la criatura que crecía en su vientre? Oh, había aún demasiada confusión en su cabeza para tratar de analizar sus sentimientos.

Algunos rayos furtivos calentaban su rostro y la llenaban de gozo. Luego se nublaba y sentía el frescor de la brisa. Necesitaba salir de Saint James, necesitaba que corriera el tiempo, que llegara el sábado.

Y cuando al fin llegó no le trajo la paz que ansiaba, sino nerviosismo, agitación y más tribulaciones. Se levantó temprano, pero se demoró un buen rato en salir de su habitación. Las horas de la mañana se desgranaban con enorme lentitud. Tomó un almuerzo frío en compañía de su cuñada y de su suegra, que le sonreía con los labios tirantes. Isabel estaba tensa en su presencia, y optó por decirles que se echaría un ratito, para reponer fuerzas. Aprovechó la soledad de su cuarto para ponerse encima la ropa que había decido llevar: dos bragas, dos calzas de paño, dos camisas, un corselete y un vestido interior de color gris, todo ello debajo de la basquiña verde. Se sentía comprimida allí dentro, y acalorada, pero prefería dejárselo ya puesto y no tener que volver a preocuparse por el asunto.

A media tarde, Jinny tocó a la puerta y entró. Mientras cambiaba la ropa del lecho, la joven entretenía a Isabel con detalles de su casa y de sus hijos, con anécdotas sobre algunos vecinos de Northwick o con chismes sobre los criados de la casa. Isabel la escuchaba sentada en la butaca, cabe la ventana, pero su pensamiento estaba puesto en el viaje que iba a emprender.

—Os veis muy hermosa hoy, señora.

—Gracias, Jinny. Hoy me siento mejor que nunca —respondió Isabel, que no consideró necesario seguir disimulando.

—Oh, así lo creo yo también. No me atrevía a decíroslo, pero el color ha vuelto a vuestras mejillas y apenas se os notan las ojeras. El Altísimo se ha compadecido de vos, señora. Ahora estoy segura de que sanaréis.

Isabel le agradeció sus buenos deseos. La sincera alegría de

Jinny resultaba contagiosa. Lástima que fuera a perderla de vista durante una temporada. Cuando terminó la faena, la muchacha salió de la habitación e Isabel aguardó un poco más para hacerlo también ella. Había pasado ya la hora de la misericordia y faltaba un rato para la cena. Mary leía la biblia en el gran salón y, al verla, dejó el libro sagrado sobre la mesa y dio en comentarle los pasajes que acababa de leer del evangelio de Mateo sobre la predicación de Juan el Bautista en el desierto, que pedía a los fieles que se arrepintieran.

—Juan sólo pedía a los fieles el arrepentimiento ante la próxima llegada del Mesías —le dijo Mary—, ya que a Él debía corresponder predicar sobre la plenitud de la alegría y la gloria de Jehová.

A Isabel no le apetecía entrar en un debate bíblico, pero por entretener el tiempo que faltaba le siguió la corriente. Agotado el pasaje de Mateo, sacó Mary a relucir el primer salmo del Libro de los Salmos, del que ya en otras ocasiones le había hablado porque le gustaba saber que Jehová cuida el camino de los justos en tanto que el de los malvados acaba mal. Y luego el cuarto salmo, y el undécimo. Y al cabo de un rato de paciente escucha de las interpretaciones y advertencias de su cuñada, a las que poco se le ocurría añadir, creyó llegada la hora de salir.

—Mary, querida, te agradezco el bien que me haces con tus lecturas y comentarios —le dijo en tono agradable y con una cansada sonrisa—, pero sabes que me aturdo con facilidad y necesito despejarme. Querría pasear por el jardín hasta que nos llamen para la cena.

Isabel se levantó e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero su cuñada le pidió que esperase un instante mientras guardaba la biblia, porque le apetecía acompañarla. Y fue deprisa a dejar en su habitación el libro. Isabel se enojó consigo misma por haber errado en sus cálculos. Debería haber pensado que si se mostraba tan amable con Mary podía ocurrir precisamente aquello.

Salieron ambas al jardín y dieron unas vueltas. Mary seguía tratando de asuntos religiosos a los que Isabel ya no prestaba atención. Su mente, nerviosa y agitada, no hallaba cómo hacer para quitársela de encima. El sol emergió entre un claro de nubes y, con voz preocupada, le sugirió que entrara en la casa para evitar quemarse la piel.

—La tienes tan delicada, querida…

—Ya está muy bajo, Elizabeth —le respondió su cuñada. Y en un gesto de inesperada cordialidad la enlazó del brazo.

El sol, en efecto, se aproximaba al horizonte y el tiempo se agotaba. ¿A qué hora pasaría el coche por el camino de Petersfield? ¿Qué ocurriría si no la veían? Señor, Señor, ¿por qué no habría sido más preciso sir Humpfrey? Su inquietud iba en aumento. Tendría que dejar a un lado la cortesía.

—Hoy me siento más fuerte que otras tardes y voy a acercarme hasta el camino —dijo con cierta seriedad. Y se soltó de su brazo y se encaminó hacia la entrada del jardín.

Mary dudó unos instantes antes de animarse a acompañarla también hasta allí. Isabel se estremeció. ¿Iba su cuñada a fastidiarle los planes a última hora? Caminó en silencio, con expresión enfurruñada, mientras Mary seguía hablándole de las bondades de las lecturas bíblicas. Se encontraron con un mozo que llevaba al hombro un hacha y arrastraba, con la mano libre, un tronco seco. De los establos les llegó el áspero rebuzno de un pollino y una voz ronca que intentaba calmarlo. Una bandada de estorninos pintos cruzó frente a ellas. Dejaron atrás Saint James.

—Elizabeth, no andes tan deprisa. ¿Qué te ocurre?

Isabel no quiso volverse, pero aminoró un tanto el paso. El ejercicio la estaba ayudando a sosegarse.

—Hace tanto tiempo que no venía hasta aquí que no alcanzo a creerlo.

—No conviene que te esfuerces demasiado. Mejor demos la vuelta.

Aunque el tono de su cuñada había sido afable, Isabel se preguntó si también ella querría hacerle daño a su hijo. No era probable, pero la simple sospecha servía para robustecer su voluntad.

—Sigamos un poco más.

Al alcanzar la bifurcación tomaron el camino de Petersfield, que seguía hacia Guilford y Londres. Se hallaba desierto. Mary dejó a un lado la charla religiosa, persuadida de que su cuñada no la estaba escuchando, y se limitó a hacer algún comentario sobre los árboles o el tiempo. Isabel tampoco hizo ningún esfuerzo por darle conversación. Se encontraba mucho más tranquila, pero tensa, con

la atención puesta en los ruidos y en el camino. La tarde comenzaba a caer e Isabel se sorprendió de que su cuñada no hubiese vuelto a proponer el regreso. Se habían alejado más de una milla de Saint James y era mujer temerosa de las sombras y la soledad de los campos. ¿Sospecharía algo?

Isabel no tuvo tiempo de seguir analizando la conducta de su cuñada, porque en aquel instante escuchó el sonido de una carreta. Movió la cabeza para oír mejor. Sí, era un coche que avanzaba a buen ritmo. Mary también se dio cuenta y se orilló para dejarle paso. Isabel la imitó. La carreta se les aproximaba deprisa, por detrás. Ya podía distinguirse el rodar de las ruedas sobre la tierra, el golpeteo acompasado de los cascos, el tintineo de los arreos y la voz del cochero, dirigiendo al tronco. Cuando estaba muy cerca, las mujeres se detuvieron y miraron hacia atrás. Los dos caballos que tiraban del coche tenían diferentes pelajes. El de la izquierda era bayo y su compañero castaño, muy bonito. Al llegar a su altura, el cochero tiró de las riendas y paró el coche. Mary se cogió del brazo de Isabel. En el pescante, junto al cochero, iba otro hombre, que se bajó de un salto y aterrizó en un charco. El agua achocolatada les salpicó los bajos de los vestidos. Los caballos, nerviosos por la cabalgada, tascaban los frenos y pateaban la tierra.

El hombre, un grandullón de mediana edad con la barba descuidada y una cicatriz en la mejilla, las observó un momento y, sin decir palabra, cogió a Isabel por el brazo. En ese instante se abrió la portezuela y se bajó un pasajero, menudo y elegante.

—Eh, eh, señores. ¿Quiénes son vuesas mercedes para atreverse a molestarnos? —protestó Mary, pero el de la cicatriz la tiró al suelo de un empujón y entre los dos hombres se apoderaron de Isabel.

—¡Soltadme! —gritó Isabel mientras pujaba por hacerlo ella misma.

Aquello no era lo que sir Humpfrey le había dicho. ¿Quién era ese segundo caballero? Pero la tenían aferrada con fuerza y no tardaron en meterla dentro.

—¡Vámonos! —gritó el cochero. El grandullón cerró la puerta y volvió a subir al pescante.

—Mary, haz algo —gimió desesperada.

Mary, que se había levantado del suelo y se sacudía el lodo del

vestido, trató de coger la portezuela de la carreta, pero esta ya había arrancado, y su intento fue en vano.

4
PLYMOUTH

Una escuadra de tres bajeles al mando de Richard Grenville penetró por la ancha embocadura de la bahía de Plymouth hasta más allá de la pequeña isla de San Nicolás, que la custodiaba como un perro guardián, alcanzó la manga de tierra que la cerraba y la ramificaba hacia el este y el oeste y fondeó frente a la ciudad, que se asentaba alrededor de la ensenada de Catwater, a orillas del río Plym, del que tomaba el nombre. Uno de aquellos bajeles era la Speedwell.

Trenton suspiró con fuerza cuando su pinaza echó anclas. Apoyado en la borda de estribor, con la ciudad frente a él, consideró que se tenía bien merecido aquel suspiro. Por varios motivos. La travesía había sido larga y peligrosa, pues el almirante los había enviado a la península ibérica para hacer labor de inteligencia de las actividades españolas. Durante dos semanas barajaron la costa cantábrica, tomaron información de los movimientos de sus barcos y, para mayor fiabilidad, capturaron algunos pesqueros solitarios, lo que los obligó a moverse constantemente, a avanzar y retroceder, meterse más en el mar o acercarse a tierra, en función de la situación del enemigo, del capricho de los elementos y del más imprevisible y fatuo capricho de sir Richard. La desafortunada decisión de Drake de nombrar a Grenville comandante de la flotilla vino acompañada de la no menos desafortunada de hacerlo a él su segundo, lo que le supuso una incómoda proximidad con aquel e incontables roces y palabras duras.

Tras mucho arriesgarse y jugar al escondite, al doblar el cabo de Estaca de Bares se dieron de bruces con cuatro navíos rápidos y bien armados con los que entablaron un desigual combate del que salieron malparados. Por fortuna, un cambio en el viento favoreció su huida. En cinco singladuras arribaron a Inglaterra con un bajel medio destruido y más de una veintena de bajas.

Sin tiempo apenas para descansar, Trenton y su superior fueron

llamados a presencia del almirante, que se alojaba en una casa lujosa cercana a Eastgate, junto a la carretera de Londres. Tenía, en las traseras, un huertecillo de frutales donde gustaba de recibir los días soleados. Sir Francis vestía con informalidad, pero sin abandonar la elegancia. Una camisa de lino con bordados en el cuello y los puños, un jubón de color celeste con trencillas en negro y unas calzas amplias y acuchilladas, a juego con el jubón.

Estaba sentado a la sombra de un manzano que mostraba ya las diminutas frutitas de la nueva cosecha, e invitó a sus hombres a hacer lo propio en otras sillas. Grenville le habló del constante tráfico de navíos con pertrechos y bastimentos que habían observado entre los puertos del Cantábrico, e incluso del sur de Francia, y Lisboa, así como de haber tenido conocimiento del paso de varias flotas de buques flamencos escoltados por pataches de guerra. Tras escuchar la prolija e inmodesta exposición de Grenville, le dio las gracias por su labor y le preguntó con impaciencia si la armada había zarpado ya.

—Suponemos que no.

El almirante arrugó el ceño y comentó entre dientes que, pese a los riesgos tomados, nada nuevo habían aportado a lo que ya sabía.

—¿Y cómo marchan las cosas por aquí, Francis? —preguntó con impertinencia Grenville, que sobrellevaba de mala gana la autoridad de Drake. Según Grenville, aquel advenedizo hijo de un granjero, que se había aprovechado de sus planes para atacar el Caribe, era el principal culpable de su mala estrella.

A Drake no se le pasaban por alto aquellas pequeñas desconsideraciones, pero no le ofendían. Se sentía muy orgulloso de sus orígenes: le daban la medida de lo que había ascendido en la vida. Así, antes que llamarlo al orden, prefirió zaherirlo tratándolo con una exagerada campechanía.

—Podrían ir mejor, querido Dicky. El consejo privado de la reina se empeña en mantenerse a la defensiva, concentrar la mayoría de la flota entre el estrecho de Calais y el estuario del Támesis y esperar el resultado de esas conversaciones de paz.

—¿Y no es acaso la mejor estrategia?

—Para cosechar una derrota, desde luego. Te tomaba por un hombre más despierto, Dicky. Para los españoles esas conversaciones no tienen otro objeto que despistar nuestra atención

y ganar tiempo.

—¿Eso crees?

—¿Tú no? —preguntó, incisivo, Drake—. ¿Piensas que el despliegue que están haciendo en Lisboa, con inmenso coste para su real hacienda, es sólo un amago? Su rey, aunque nade en riquezas, no está para dispendios. Además, sabemos que Bazán falleció en febrero, alabado sea el Señor, y que una semana después ya había nombrado a su sustituto.

—Quizá pretendan un desembarco en Irlanda, o en Escocia.

—Es posible, pero, en tal caso, ¿dónde crees que sería más efectiva nuestra flota, en el mar del Norte o en Cornualles? He escrito tres cartas a la reina dándole mi parecer, Dicky, tres, y a fecha de hoy no he obtenido respuesta ninguna.

—¿Y tu parecer es…?

—Pasar a la ofensiva —dijo el almirante, inclinándose hacia delante. Se balanceó el gran medallón de plata que pendía de su cuello, en el que estaba grabado su escudo de armas: dos estrellas polares separadas por un brazo de mar, en alusión a haber navegado ambos hemisferios en su épica vuelta al orbe, y la leyenda *«Sic parvis magna»*, «la grandeza nace de pequeños comienzos»—. Las noticias que tenemos no pueden ser más claras: los españoles están preparando su armada y nosotros no estamos haciendo nada para estorbarles e impedírselo. Hay en Plymouth un elevado número de barcos y hombres sin hacer mayor cosa que gastar las provisiones y dineros de la reina. Con treinta o cuarenta navíos más podría salir a enfrentarme con la armada enemiga o atacarla por sorpresa en su madriguera de Lisboa, como hice con Cádiz. Fíjate en la facilidad con que habéis llegado hasta el Cantábrico y lo que han tardado en localizaros.

—Pero ¿qué navíos?

—Los de Howard, hombre de Dios, que pierden el tiempo paseándose ante la desembocadura del Támesis.

—Lord Charles Howard, conde de Effingham —dijo Grenville, haciendo hincapié en el título—, tendrá sus motivos para actuar como lo hace. Al fin y al cabo, es el lord almirante de Inglaterra. Tal vez deberíamos centrarnos en alistar a más marineros y emplear de la mejor manera posible los medios de que disponemos, Francis.

—Y en eso estamos, Dicky.

Trenton atendía en silencio a aquel intercambio de pareceres. Las razones del almirante le resultaban más atinadas que los reparos de su comandante, aunque bien sabía Dios que sus prejuicios contra Grenville lo predisponían en su contra. No obstante, percibía en Drake una cierta pose. Había estado con él en la campaña de Cádiz y sabía que no era partidario de los enfrentamientos directos con escuadras bien armadas, sino de dar golpes de mano allá donde contase con toda la ventaja.

Finalizado el intercambio de pareceres, Drake ordenó a sir Richard que se dirigiera a las islas Sorlingas y se mantuviera allí vigilante.

—Deberás detener a cualquier navío sospechoso, español, portugués, hanseático o mediterráneo, inspeccionar su carga y tomar información de sus tripulaciones. Ah, y al señor Trenton me lo quedo. Quiero encargarle otra misión.

Ver la expresión de Grenville ante aquellas palabras, lívido y con los labios apretados, fue para Trenton una pequeña satisfacción.

El servicio que Drake deseaba encomendarle tenía que ver con la recluta de hombres para la flota. A pesar de lo que le había dicho a Grenville, el almirante tenía esperanzas de que su insistencia lograra convencer a la reina y le enviase, si no la flota de Howard al completo, al menos una parte de ella.

—Sé que los barcos de lord Howard, como los nuestros, están escasos de hombres —indicó el almirante—. Igual sucede con los que están proporcionándonos las villas marineras. Además, en nuestros astilleros hay seis navíos en construcción que pronto serán botados. Los *sheriffs* de estos condados están haciendo levas, pero de jóvenes sin experiencia que nos servirán de poco. Por eso quiero que visitéis todas las prisiones, desde Truro hasta Portsmouth, y saquéis de ellas a cualquier hombre capaz de combatir.

—¿Os referís a marineros?

—Me refiero a cualquier hombre, John: marineros, pilotos, pajes y soldados, excepto los condenados a pena capital.

—Llenaremos los barcos de delincuentes.

—Pero navegarán.

Sir Francis dijo aquello en tono tajante, con los brazos en jarras y la mirada puesta al frente.

—¿Puedo haceros una pregunta, señor?

—Ah, dejad a un lado la cortesía y preguntad lo que os plazca.

—¿Por qué me escogéis a mí para este trabajo?

El almirante guiñó un ojo y lo señaló al pecho.

—Porque habéis sido pirata, amigo John, y sabéis moveros bien entre la morralla.

Pese a la confianza que aquel encargo implicaba, a Trenton no le hacía gracia tener que recorrer las infectas prisiones inglesas, discutir con sus carceleros y tratar con delincuentes de todas las calañas, escuchando sus mentiras e intentando discriminar quiénes le servirían y quiénes no.

Uno de los heridos durante el viaje a la península ibérica fue Morley, su contramaestre, que había recibido un disparo de mosquete en una pierna. Al arribar a Plymouth, Trenton dispuso que lo trasladasen al hospital de campaña que el almirante había levantado junto al castillo. A pesar de ser un hombre conocedor de su trabajo, casi se alegraba de librarse de él. No le gustaba su tendencia a la indisciplina ni aprobaba la crueldad gratuita que demostraba para con la tripulación y los prisioneros. Tendría que buscarle un sustituto, pero aquella era la menor de sus preocupaciones.

Al entrar en la posada donde se hospedaba, el dueño le entregó una carta que llevaba semanas esperándolo. Su madre, tan expansiva a veces, lo informaba con brevedad de la desaparición de Isabel, a la que habían raptado unos hombres mientras daba un paseo con Mary. Trenton sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡Isabel raptada! Arrugó el papel hasta convertirlo en una pelota y descargó varios puñetazos sobre el mostrador. El encargado de la pensión lo miró con espanto y retrocedió unos pasos. ¿Cómo era posible? ¿Qué sentido tenía aquello? Tenía que visitar su casa y enterarse bien de lo que había ocurrido.

Drake había dejado los detalles de la misión al libre albedrío de John, y este decidió comenzarla por Portsmouth. La Speedwell zarpó de madrugada, con la brisa terral, y al día siguiente entraba en el Solent y fondeaba frente al muelle. John aprovechó la mañana para presentar sus credenciales al alcaide de la prisión y explicarle el objeto de su visita. Luego dejó el barco al mando del nuevo contramaestre, un marinero de primera con buen desempeño, y se dirigió a escape a Saint James. Durante el viaje su cabeza no había

parado quieta, valorando posibilidades que después descartaba. Por más imaginación que le echara se sentía incapaz de hallar una respuesta satisfactoria. Tampoco en Saint James la encontró. Su madre y su hermana le ampliaron la información de la carta, pero no le aportaron ninguna clave para comprender lo ocurrido.

—Aquella tarde Elizabeth se sentía algo mejor y pasó un buen rato en el jardín —le dijo Mary. Se la notaba afectada por el suceso —. Poco antes de la cena se le antojó dar un paseo por los alrededores y yo me presté a acompañarla. En el desvío de Northwick tomamos el camino de Petersfield. Habíamos caminado cosa de una milla cuando apareció un coche tirado por dos caballos que se detuvo a nuestra altura. Un hombre robusto se bajó del pescante y me apartó de un empujón. De dentro salió otro hombre, mucho mejor vestido, y entre los dos la subieron y se largaron.

—¿Eso fue todo? ¿No puedes decirme nada más?

—No. Sí, bueno… El grandullón tenía una gran cicatriz en la mejilla. Nos observó a las dos, pero sólo se la llevó a ella.

—¿Y ella qué hizo?

—Estaba sorprendida, por Dios, y asustada. Forcejeó e intentó soltarse cuando la cogieron, mas nada pudo hacer.

—¿Te parecieron alguaciles?

—Al contrario. Más bien bandoleros.

—Humpfrey partió al día siguiente y visitó todas las postas de aquí a Londres sin dar con ninguna pista —prosiguió su madre con sentida aflicción—. También hablamos con Jinny, con la que tenía cierta amistad, por si le hubiera hecho alguna confidencia, pero la muchacha no alcanzaba a creérselo. Se pasó dos días llorando y lamentándose de la suerte de su ama. Es como si a Elizabeth se la hubiera tragado la tierra.

Trenton dejó al día siguiente Saint James más perplejo que cuando había llegado. Cualquier asunto relacionado con su condición de española y católica, de haber sido descubierto, se habría conducido por cauces legales. ¿Qué sentido tenía un secuestro? Por otro lado, era imposible que Isabel se hubiera ganado enemigos personales, ya que apenas abandonaba la heredad. Y si se hubiera tratado de enemigos de su padrastro, se habrían llevado a Mary, y ya habrían pedido un rescate. ¿O si había sido cosa de…? Pero no, no quiso concluir aquel pensamiento.

Trenton se habría quedado allí los días que hubiera hecho falta para investigar e intentar encontrar coherencia a la desaparición de Isabel. Un suceso así no podía ser fruto de la casualidad. Alguien debía de estar detrás de todo ello. Pero ¿quién?

—¡Dios! —rugió mientras cabalgaba hacia Portsmouth, encabritando al caballo—. ¡Dios, Dios, Dios!

Cuando las cosas comenzaban a irle mejor, cuando había hallado la senda para prosperar y construir un futuro más amable, cuando la guerra le exigía toda su dedicación, perdía a Isabel, su luz, su estrella, su brújula. ¿Qué había hecho para concitar tanta desdicha?

XVIII

1
Lisboa

Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno supo darles la vuelta a las tristes expectativas que tenían de él los marinos más baquianos. Gracias a su celo en el empeño y a su enorme capacidad de trabajo, en poco tiempo pasaron de considerarlo un advenedizo y un estorbo a elogiar la rapidez y eficacia con que resolvía los problemas e imprevistos que cada día surgían en empresa tan compleja como aquella, y a reconocer, en fin, que sin su impulso cardinal no se habría logrado jamás alistar la armada en dos meses.

Para conseguirlo y corregir las muchas carencias y deficiencias de la flota, el duque hubo de desplegar una intensísima actividad y luchar contra circunstancias muy adversas, sobre todo la escasez de dinero. Sin embargo, la tozuda determinación de Medina Sidonia consiguió que el rey pusiera a su disposición medio millón de ducados para hacer frente a las necesidades más perentorias de la armada y al adelanto de dos pagas generales a la tropa, pues algunos de los soldados y marineros vivían en una miseria tal que debían ser sus propios oficiales, o la beneficencia, los que miraran por su subsistencia. Y aún una tercera paga que, para evitar las fugas y deserciones, se repartiría el mismo día de la partida.

A pesar de ello, el dinero quedó escaso.

Cuando el duque se hizo cargo de la armada había acantonadas en Lisboa ciento veinticinco compañías, pero en marzo llegó la escuadra de Castilla con diez buques y veinte compañías más y en abril se sumaron las nuevas reclutas que se estaban realizando en Extremadura y Portugal. Eso sin contar el creciente número de nobles aventureros y de caballeros con sueldo o entretenimiento de la Corona que se sumaban por su cuenta a la empresa.

La escasez de gente de mar se trató de paliar a través de levas en

los puertos del Cantábrico, y, como resultara insuficiente, con la recluta forzosa de marineros de los navíos mercantes que pasaban por Lisboa y Setúbal, fueran españoles o extranjeros. Y no preocupaba tanto al duque el asunto de la marinería como el de los pilotos prácticos en las costas de Inglaterra y de Flandes, de los que no habría más de veinte en toda la armada. Alejandro de Farnesio se había comprometido en enviar a Lisboa medio centenar de pilotos flamencos, pero hasta la fecha no habían mandado más que a dos.

El aprovisionamiento logístico era otro de los quebraderos de cabeza del duque. El ejército consumía una gran parte de lo que llegaba, la cosecha en Portugal no había sido buena el año anterior y los hornos lisboetas no daban abasto, por lo que don Alonso hizo traer alimentos de Cádiz en una flota de urcas y pataches. En las inspecciones que se realizaron en las bodegas de los barcos fondeados se descubrió que gran parte de la sardina y el pulpo en salazón, del tocino y queso almacenados, se había echado a perder, y fue preciso reponerlos. Gran parte del vino se había avinagrado en las barricas, y, como no era tiempo de cosecha, el duque compró mil barricas de vino de Caparica y otras tantas de malvasía de Andalucía, que debía racionarse por ser más fuerte y caro que el corriente. Aun así, faltaban alimentos, y don Alonso le escribió al conde de Cerralbo, gobernador de Galicia, para que realizase todo el acopio de bastimentos que pudiera, que ya los cargaría al paso de la armada por La Coruña.

En cuanto a los pertrechos militares, el duque apretó al máximo a los proveedores para conseguir hierro, cobre, estaño, plomo y pólvora, y a los fundidores para que acelerasen el ritmo de producción, pero, visto que resultaba imposible, se compraron los cañones de los mercantes surtos en todos los puertos del sudoeste, desde Cádiz hasta Oporto, y se trajeron fundidores de Vizcaya de modo que cada barco estuviera armado, al menos, con la mitad de las piezas que podría montar. Se compraron arcabuces y mosquetes para completar la dotación de los soldados y tener aún un remanente de respeto, picas, medias picas, alabardas y partesanas, terciados, sables y chafarotes. La dotación de pelotas de cada pieza se elevó a cincuenta y a cada arcabucero se le entregaron treinta balas y dos barras de plomo para que fundiera más por su cuenta.

Aparte de ello, el duque mandó adquirir mil varas de damasco carmesí para confeccionar las banderas, gallardetes y estandartes de la flota, y contrató a más de trescientos médicos y cirujanos que en pocas semanas redujeron drásticamente el número de enfermos y de fallecimientos por causa del tabardillo y otros males.

Mas aquel formidable avance en el trabajo no se debía únicamente a que el duque estuviera antes del alba en pie y en pie siguiera cuando las campanas de las iglesias doblaban a completas —pues un hombre, por más capaz que sea, no puede mover solo la pesada rueda de tan titánica empresa—, sino también, y sobre todo, a su habilidad para organizar a quienes lo rodeaban.

Don Alonso Pérez de Guzmán consiguió con una rapidez encomiable que el enorme enjambre de escribanos, secretarios, proveedores, comisarios, asistentes y demás escalones del aparato administrativo, y también del militar, estuviera engrasado y funcionara medianamente bien. Y como parte de él, Duarte no tuvo un instante de descanso. Si don Álvaro había sido un jefe duro y exigente, don Alonso no lo era menos. Con un estilo menos campechano, y sin la serenidad de aquel, pero puntilloso y detallista hasta la exageración, y presionado por el tiempo y por su rey, les exigía a los hombres que dieran de sí todo lo que tenían dentro, y aún un tanto más. A Duarte lo convirtió en una especie de ordenanza personal que debía mantenerse al alcance de su voz en todo momento, ya fuera en una visita a una fragua o en una junta de generales. Sólo le permitía alejarse para entregar o recibir algún mensaje urgente y para dormir.

Al lado del duque Duarte tuvo oportunidad de tratar y conocer a los almirantes de la armada y hacerse una idea de sus condiciones y procederes. Quienes más respeto le merecieron fueron Juan Martínez de Recalde, que mandaba la escuadra de Vizcaya, y su paisano y amigo Miguel de Oquendo, que hacía lo propio con la de Guipúzcoa, un hombre de orígenes humildes que había hecho carrera en la Marina por méritos propios. A Pedro de Valdés, de la escuadra de Andalucía, lo conocía de la desastrosa campaña que hiciera en las Azores en el año ochenta y uno, cuando cosechó la infame derrota de Salga. Los años transcurridos no parecían haber apaciguado la fogosidad ni mermado el desmesurado orgullo de aquel hombre, que actuaba sin pensar y ofendía con sólo abrir la

boca. El duque, sin embargo, lo tenía en gran estima, confiaba en él y requería con frecuencia su opinión. Otra opinión que tenía en gran estima, no por voluntad propia, sino por expreso deseo de Su Majestad, era la de Diego Flores de Valdés, primo de Pedro de Valdés y almirante de la escuadra de Castilla.

Este don Diego tenía en su historial militar una mancha difícil de limpiar, pues años atrás había acompañado a Pedro Sarmiento de Gamboa en la empresa de poblar y fortificar el estrecho de Magallanes para cerrar el Pacífico a los corsarios enemigos, pero las disputas y diferencias entre ambos llegaron a ser tan fuertes que Flores abandonó a su suerte a su compañero en Río de Janeiro y se llevó consigo a más de la mitad de la flota por considerar la tentativa difícil en exceso. A pesar de ello, y comoquiera que Sarmiento no había regresado todavía a España para referir su versión, el rey le otorgó a Flores de Valdés la merced de ser el consejero principal de Medina Sidonia.

Avanzado abril, se realizó la satisfacción de las dos pagas generales aprobadas por el monarca. La mayoría de las compañías estaban ya embarcadas y los navíos, fondeados y casi apertrechados, y el optimismo en la empresa asomaba en muchas mentes y corazones. Duarte había sido asignado a la capitana de la Gran Armada, el galeón San Martín, un barco que conocía bien porque en él había acompañado a Bazán en la jornada de las Azores.

Duarte trató de conseguir que la escuadra de Pechoabierto embarcara con él, pero las compañías acuarteladas en el castillo de San Jorge se estaban encargando de velar por el orden y la seguridad en Lisboa y no tenían asignado navío por el momento. Una de sus tareas consistía en guardar las orillas del estuario para evitar las deserciones, sobre todo después de haber pagado. Formadas en escuadras, patrullaban desde los hornos de cal, al este, hasta Puerta Real, al oeste, con especial intensidad en los muelles de la explanada de la Ribeira, donde una miríada de barcas y lanchas trasladaban, con la constancia de hormigas, bultos y más bultos a los barcos.

—¿No acabará nunca este dichoso acarreo? —le preguntó Duarte a Pechoabierto, con quien se había encontrado en el muelle de la Alfandega.

—Eso pregúntaselo a tu duque. Y dile, de paso, que tanta demora no favorece a nadie. Los hombres se aburren de estar confinados en los navíos y, ahora que tienen los bolsillos llenos, se dan al juego, por más prohibido que esté.

—Lo sé, pero las cosas de palacio van despacio. Ya quisiera don Alonso zarpar mañana.

—¿Y por qué no lo hacemos?

—Porque todavía hay flecos sueltos.

—¿Tan importantes son esos flecos que, por dejarlos amarrados, se consumen inútilmente agua y víveres y se arriesgan la moral de la tropa y su estado de salud, pues el hacinamiento en los navíos es ambiente propicio para el contagio de todas las pestes?

—Han de serlo, cuando se hace.

Pechoabierto soltó un reniego, escupió en la arena y se llevó la mano a la empuñadura de su terciado, cuya punta apenas le llegaba al tobillo. Muchos soldados preferían aquellas armas, más manejables en el fragor de una contienda, que las largas roperas.

—Y tantas prohibiciones ¿a qué vienen? ¿Acaso volvemos a los tiempos de las cruzadas?

—Tú lo has dicho, Román. Vamos a combatir a una nación enemiga de Dios y devolverla a la fe católica —le explicó Duarte con fingida seriedad—, y los oficiales tienen orden de poner gran esmero y cuidado en que sus hombres se comporten de modo cristianísimo, escuchen misa, comulguen con la frecuencia debida y se excusen de proferir reniegos e imprecaciones.

—De lo que tiene que excusarse el duque es de decir paparruchadas.

—No es cosa del duque, hombre —advirtió Duarte.

Pechoabierto no quedó muy convencido con los argumentos de Duarte, y prefirió cambiar de tema, y también de tono, pues lo que quería comentarle no era cosa de broma.

—Me he topado con la hermana de Belinha, y está muy preocupada —dijo el soldado con gravedad—. Hace dos días que no ve a Branca.

—Se habrá echado novio —respondió Duarte con despreocupación.

—¡Qué novio ni qué carajo! Esa chicuela no tiene ojos más que para ti. Yo más creo que será cosa de su padre.

—El señor Maciel está a bordo del Augusta y le está prohibido desembarcar bajo pena de azotes.

—La tropa se pasa la prohibición por el forro de los cojones.

—Para impedirlo estáis vosotros, ¿no? ¿O también os dedicáis a tocaros los cojones?

—No puedes imaginar la cantidad de hombres que bajan a tierra cada día, en especial los portugueses, que están en su ciudad y cuentan con la complicidad de barqueros, oficiales y funcionarios. En fin, sargento, tú verás lo que haces. Avisado quedas.

Duarte sabía que no le faltaba razón a su amigo, y le dijo que vería de hacer algo al respecto. Pero Medina Sidonia lo tuvo ocupado en múltiples faenas que no le dejaron un instante libre. Y se le fue el día y no hizo nada.

2
LISBOA

Al anochecer, un ordenanza entró en el despacho del duque de Medina Sidonia.

—¿Qué se te ofrece, muchacho? —preguntó el duque, que estaba firmando unos avisos para entregar a los almirantes y otros oficiales.

El ordenanza carraspeó antes de hablar. Vestía, encima del jubón, una ropilla de lana con los colores rojo y azul de la casa de Medina Sidonia y el escudo con la torre que el rey de Castilla otorgara tres siglos atrás al fundador de la casa en premio por la defensa de Tarifa a costa de la vida de su hijo pequeño, y que le daría el sobrenombre de «Guzmán el Bueno».

—Eeeh… Una mujer pregunta por don Duarte, excelencia —dijo el joven, que, para justificar su intromisión, añadió—: Parece muy nerviosa.

Paseó don Alonso sus ojos del ordenanza a Duarte, en quien los detuvo unos momentos antes de hablar.

—Será mejor que vayáis, señor Salazar, que no querría yo que partieseis con asuntos pendientes, y menos si son de faldas.

—Excelencia, yo… —titubeó Duarte—; es decir, que no tengo…

—Id, os digo.

Branca estaba en la puerta del palacete de Portalegre, con el oscuro cabello alborotado y los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre, muchacha? ¿A qué estas prisas? —preguntó Duarte, preocupado y aliviado a un tiempo.

—Ah, Duarte, no puedes imaginar lo que me ha ocurrido —dijo ella atropelladamente, tuteándolo por primera vez—. Ese rufián vino a buscarme hace tres días. Me esperaba con otro hombre junto a la iglesia de San Andrés, pasada la vieja muralla; siempre paso por allí cuando voy a vender al campo de Santa Clara. Quiere…, ¡oh!, quiere… —Branca tuvo que callar a causa de unos inoportunos sollozos. Era como si se le hubiera venido de golpe toda la angustia que traía. Agachó la cara y se la tapó con una mano. Sus hombros se movían con pequeñas convulsiones que trataba en vano de controlar.

—Vamos, vamos, muchacha, ya pasó el peligro —procuró sosegarla Duarte con voz suave—. Respira hondo. Así, así, inspira y echa el aire.

Cuando por fin se calmó, le terminó de contar que su padre se la había llevado para que contrajera matrimonio con un caballero acomodado. Ella le respondió que no quería casarse, pero Maciel sancionó que era cosa hecha, que el hombre estaba fuera de Lisboa y volvería en unos días. Branca, viendo el empecinamiento de su padre, optó por seguirle la corriente. Le aseguró que lo obedecería en todo y le rogó que, entre tanto llegaba el día, le dejase quedarse donde su tía Natalia.

—Pero él no quiso —adivinó Duarte.

—No. Me dijo que estaría más segura en casa de mi futuro esposo. Y allí me condujeron, y me dejaron al cuidado de una guardesa. He pasado estos días aterrorizada, tratando de escaparme y no hallando cómo, pues esa mujer es peor que los eunucos de los serrallos, que ni a sol ni a sombra se apartaba de mí.

—Qué sabrás tú lo que es un serrallo. —A Duarte le hizo gracia la comparación, y no pudo menos que reírse.

—Claro que lo sé —se defendió Branca—. Mas esta tarde una comadre se acercó a platicar con ella y yo aproveché para salir al patio, trepar a la tapia, cruzar unos cuantos corrales y saltar al callejón que hay detrás. Aguardé a que oscureciese y entonces vine a buscarte. No te encontré en la casa y me imaginé que estarías

aquí.

—¿Y quién iba a ser tu futuro esposo?

—No me lo dijo, pero su casa parecía la de alguien con posibles, amplia, limpia y bien situada, en la parte alta de la ciudad, junto al postigo de San Roque.

—Me pregunto qué relación tendrá tu padre con un caballero como ese, y lo que se me ocurre no me gusta. Es más, estoy seguro de que algo ha recibido a cambio.

—No puede ser tan malo.

—¿No? Mató a tu madre.

Duarte la acompañó a casa de su tía Natalia, que lo entretuvo un rato con sus lamentaciones.

—Ay, señor Salazar, todo se nos tuerce en estos días —le decía—. A esta rapaza la trata de secuestrar su propio padre, y mi Tiago sigue empeñado en servir como soldado en esa bendita armada. ¿No podréis vos hacerlo cambiar de idea?

Duarte no sabía cómo responder a aquella pregunta, pero Filipe Queiroz, el marido de Natalia, que había escuchado la plática, vino a echarle un cable.

—Calla, mujer, ¿no ves que este señor es soldado? —la reconvino—. También yo lamento que nuestro hijo se marche, pero en el ejército tendrá más oportunidades de medrar y salir de pobre.

—De lo que tendrá más oportunidades es de morir.

—Si yo fuera hombre, querría ser soldado —añadió por su cuenta Branca—. Así me haría respetar.

Aquellas cuitas le recordaron a Duarte sus inicios en la milicia de Angra y la emoción que le producía esgrimir una espada y estar encuadrado en una bandera. Pero él era mayor que este muchacho, y huérfano de madre.

El día siguiente, Duarte fue al castillo de San Jorge en busca de sus compañeros y les explicó lo sucedido.

—¡Hideputa! —dijo Pechoabierto, y cerró las quijadas con el chasquido de un cepo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ariztimuño.

—Ir a buscar a ese puto y rebanarle el pescuezo —propuso el cabo.

—¿A su barco? —preguntó Duarte.

—¿Te da miedo?

—No, Román, pero allí estará en su terreno, y es una ventaja que no voy a concederle —advirtió Duarte—. Si queréis ayudarme, vigilad bien el muelle de la Casa de Indias. Estoy seguro de que ese hombre intentará bajar a tierra para rematar el compromiso de Branca.

—¿Por qué ese muelle?

—Porque el Augusta fondea frente a él.

—Estaremos alerta desde esta misma noche —dijo Pechoabierto —, que muchos aprovechan la oscuridad para desembarcar.

3
LONDRES

Marcia estaba en la planta alta de la casa de los Lancastre, terminando de coser el puño de una de sus camisas, cuando oyó unos aldabonazos en la puerta de la calle. Unos pasos apresurados en la escalera le indicaron que su hermana se disponía a abrirla y continuó con su quehacer. Fátima desbordaba tanta energía que, cuando se quedaba en Fetter Lane, no tenía inconveniente en realizar algunas tareas que correspondían a la servidumbre.

Sin embargo, el sonido de una voz profunda y ronca y la réplica clara pero ininteligible de su hermana picaron su curiosidad, y decidió bajar. La escalera de madera estaba cubierta por una moqueta verde, pero era vieja y sus peldaños crujían con cada paso. Ya en la planta baja, atravesó la sala de estar y salió al pequeño vestíbulo de la entrada.

—Marcia, este señor te busca a ti —dijo Fátima.

El ama de llaves también acudió a la puerta.

—¿Quién es, señora?

—¡Ah!, me temo que os habéis molestado en balde. Preguntan por mi hermana —respondió Fátima con un poco de malicia. Le disgustaba la rigidez de aquella mujer.

Al retirarse el ama de llaves, Fátima se apartó de la puerta y Marcia pudo ver a un hombre fornido y mal encarado pero que mostraba una actitud dócil. Le preguntó qué deseaba.

—¿Sois por ventura Marcia Henriques?

—Así es, caballero.

—Entonces esta carta es para vos —dijo el hombre al tiempo que le tendía el papel.

Marcia lo cogió, rompió el lacre y pasó la vista por las líneas. No tardó en darse cuenta de que aquella carta necesitaba una lectura más reposada.

—¿Esperaréis la respuesta?

El hombre alzó la vista al cielo, que estaba gris y amenazaba lluvia, pero asintió.

—Estaré fuera —dijo.

Aquel hombre hablaba con un acento fuerte que ella no supo identificar. Marcia cerró la puerta, se sentó en uno de los sillones de la sala de estar, desplegó nuevamente la nota y la leyó con atención.

Estimada señora Henriques:

Por circunstancias largas de explicar, me he visto obligada a abandonar Saint James. Sois la única amiga que tengo en Londres, por no decir en el reino todo, y recurro a vos en busca de la ayuda que con tanta amabilidad me ofrecisteis cuando nos vimos. No lo haría si tuviera otra salida. Me hospedo en una posada en la que no podré permanecer mucho tiempo más. El servicio que os pido es que me acojáis en vuestra casa o me halléis acomodo provisional en un lugar de vuestra confianza. En caso de que la respuesta sea afirmativa, el portador de esta misiva os indicará cómo encontrarme.

Vuestra amiga:

Isabel Trenton.

Marcia dejó caer el papel sobre su regazo y se concentró en meditar sobre lo que había leído. Isabel estaba en apuros, mas eso no le sorprendió. Su visita a Saint James le había producido una impresión harto desagradable. El ambiente asfixiante que se respiraba en aquel lugar le afectó incluso a ella. Marcia era una aguda observadora, y no se le pasaron por alto las miradas cargadas de intenciones ocultas, de claves que sólo ellos comprendían. La rapidez con que le impidieron que la viera y la refinada hipocresía que desplegaron cuando Isabel salió a recibirlos resultaban inquietantes. Como si la familia Gardiner la quisiera esconder, o

recluir, o como si se avergonzase de ella. ¿Estaría Trenton al tanto de aquello? ¿Se habría equivocado con él? Era difícil atinar dónde acababa el amigable caballero que le había hecho algunas confidencias en Londres y dónde comenzaba el corsario que había secuestrado a una mujer. Marcia se reprochó el haberse limitado a aguardar que Isabel diera señales de vida, en lugar de haber vuelto ella a Saint James. Oh, había estado tan concentrada en las intrigas, en los bailes y veladas, en las atenciones de sus pretendientes, que se había olvidado de que Isabel estaba enferma, preñada y sola, marchitándose y languideciendo entre los muros de Saint James. Y se reprochó también el no haber intentado avisar a Gabriel. Si alguna vez llegaba a enterarse de su dejadez, la mataría. ¿Quién era ella para juzgar si Gabriel debía conocer el paradero de su hermana?

Pero sus más funestos presagios se habían cumplido. Algo grave debía de haberle sucedido a Isabel para que tomase la determinación de salir de allá. En todo caso, junto a la preocupación y los remordimientos, sintió una gran alegría, por Isabel y también por ella, que tenía la ocasión de enmendarse y ayudarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fátima, que había permanecido a su lado en silencio, respetando su propio silencio y sus cavilaciones.

—¿Cuándo volverá tu esposo?

—Tal vez mañana. ¿Pero querrás decirme de una vez lo que ocurre? Se ve que esa carta te ha alterado.

—Te lo contaré después. Ahora debo hablar con el mensajero —le dijo Marcia, y se levantó y abrió de nuevo la puerta. El portador del mensaje estaba al otro lado de la calle, ajustando una correa en la montura de un castaño de buena alzada. Al ver la puerta abierta el hombre se encaminó a ella. El viento le agitaba la capa parda y los faldones del largo jubón que vestía.

—¿Señora?

—Decidle a quien os ha enviado que iré a visitarla esta misma tarde, si tenéis la amabilidad de facilitarme su dirección…

El hombre la miró con desconcierto, como si no se esperase aquella respuesta. Al menos de ella.

—Wolf Lane —le indicó con poco convencimiento—. Disculpad la intromisión, señora, pero ¿pensáis ir sola?

—Esa es mi idea.

El hombre ladeó la cabeza y se rascó una mejilla en la que lucía una fiera cicatriz mientras meditaba. Olía a cuero, a humo y a floresta.

—Entonces es mejor que yo os acompañe —dijo al fin—. Vendré a recogeros a media tarde. Los alrededores de Wolf Lane —añadió— son poco recomendables para una mujer sola.

De vuelta en casa, Fátima le preguntó de nuevo por el contenido de la carta y Marcia calmó su curiosidad diciéndole que una amiga muy querida había huido de su casa y necesitaba un lugar donde alojarse.

—¿Y la vas a traer aquí? —preguntó Fátima.

—Aquí no. La llevaré a tu casa.

—¿Cómo? ¿A mi casa?

—Sí, sí, a tu casa. Y no me mires así. Es espaciosa y tiene habitaciones vacías.

—Pero Joao…

—Joao estará de acuerdo. Además, congeniarás bien con ella y te hará compañía cuando tu esposo falte.

—Vaya, dispones de nuestro hogar como si fuera el tuyo y me metes a otra mujer en casa —refunfuñó Fátima. Era una persona insegura y apacible, pero celosa, y cuando le tocaban ese punto sacaba a relucir su genio—. Sólo falta que entre las dos me quitéis al marido.

—No seas niña —le dijo—. ¿Crees que haría esto si no fuera necesario? Mira, Fátima —añadió, con más dulzura—, vivimos tiempos difíciles. Somos extranjeras en un país en guerra y debemos estar siempre preparadas para hacer frente a los imprevistos, pues las cosas podrían cambiar de la noche a la mañana.

A Fátima se le pasó el enfado en un momento.

—¿Debo asustarme?

—No. Bueno, quizá un poco, sí. Pero tienes un esposo que vela por ti.

A la hora nona el correo volvió a buscarla.

El hombre, que dijo llamarse Moore, había venido a pie y le pidió que lo siguiera. Sin entretenerse en vanas charlas, echó a andar por Holbourn en dirección a Newgate. A aquella hora de la tarde las calles estaban concurridas y llenas de animación. El cielo

amenazador no era óbice para que los londinenses se dedicaran a sus quehaceres con la naturalidad de siempre. Cruzaron la plaza del mercado y siguieron por Cheap Side. Al cabo de un rato de caminar deprisa y en silencio, Moore giró hacia la derecha, en dirección al río, y se metió por unas callejas cada vez más estrechas y sucias. De las tabernas salían voces, juramentos y cantos desafinados. Algunos corros que ocupaban el ancho de la calle se apartaban cuando su guía pedía paso, pero los seguían con la mirada. Formaban sin duda una pareja curiosa.

Al fin entraron en una calle un poco más ancha y cuidada y el hombre se detuvo ante una casa estrecha, encajonada entre dos más altas. No tenía mal aspecto. De un hierro incrustado en la pared colgaba un banderín ajado que anunciaba la posada de La Duquesa Negra. El hombre empujó la puerta y se hizo a un lado.

—Al fondo —le dijo.

Marcia avanzó por un pasillo en penumbra, tan concentrada que no se dio cuenta de que el señor Moore no seguía a su lado. Al fondo de la casa se oía un murmullo de voces y risas. Un gallo cantaba en un corral lejano. Llegó ante la última puerta, la golpeó con los nudillos, suavemente, y esperó. Alzó la mano para hacerlo de nuevo cuando la puerta se abrió. La recibió una mujer vestida de negro, con un moño alto y la cara empolvada e impávida. Sus ojos le preguntaban quién era. Y Marcia le respondió. La mujer, que no tenía aspecto de duquesa, se hizo a un lado y señaló una cortina que había en la pared de enfrente. Marcia la descorrió. Allí, sentada en una mecedora, junto a una ventana cuadrada, descansaba Isabel, quien, al ver a Marcia, se levantó presurosa y abrió los brazos, pero vaciló y los dejó caer.

—Señora Henriques —dijo, con timidez. En sus ojos bailaba una lágrima, y la expresión de su rostro oscilaba entre el temor y el alivio.

—Marcia —la corrigió ella. Y le dio un fuerte abrazo.

4

LISBOA

Sancho Crespo se presentó de noche en casa de Duarte.

—¿Qué ocurre? —le preguntó medio dormido.

—Ya tenemos al pájaro.

—¿Qué pájaro?

—El señor Maciel.

La noticia despejó a Duarte. Se enjuagó la cara, se vistió deprisa, se ciñó la ropera y acompañó al joven soldado a través de la ciudad dormida. La luna estaba casi llena e iluminaba bien las calles. Cruzaron la muralla por el postigo de la Ribeira y desembocaron en el muelle. En el pantalán de piedra había amarradas varias barcas, una carabela y un par de falúas anclaban a unos codos de la orilla y sobre las aguas del estuario se veían con nitidez los barcos de la armada.

—Aquí.

Duarte reconoció la voz de Parrita y se encaminó hacia ella. Varios de sus compañeros estaban junto al portón de uno de los edificios de la Casa de Indias, que no abriría hasta la hora de laudes. Llevaban los rostros embozados con las capas.

—Os agradezco vuestra ayuda, amigos míos —los saludó.

—Más te vale hacerlo, señor sargento —dijo Pechoabierto, y le dio un empujón a Bruno Maciel.

—¿Qué atropello es este? —gruñó el portugués.

—Ninguno, señor Maciel.

—¿Quién sois vos?

—¿No me reconocéis? —preguntó Duarte, avanzando hasta quedar a un palmo de él.

—El maldito Salazar.

—El mismo —respondió Duarte—. Aquí al lado hay un predio donde estaremos más tranquilos. —Y dicho tal, abrió la marcha y se encaminó a las traseras de los astilleros. Una puerta desvencijada y medio podrida daba paso a un amplísimo solar de tierra en el que podían observarse los costillares de una docena de barcos en construcción. A su alrededor había pilas de tablones, tracas, baos, mástiles y entenas, enormes rollos de cabos, barriles con alquitrán y con pez, cuyo fuerte olor lo impregnaba todo, montones de estopa, anclas de distintos tamaños y viejos desechos de muchas décadas.

—Y ahora, mis señores, podéis apartaros —añadió cuando todos estuvieron dentro—, que lo que resta es asunto mío.

Los hombres de Pechoabierto se retiraron para dejar a Duarte el

campo libre. La luna estaba en el cénit y era tan clara que permitía ver el rostro de su rival, contraído por la ira. Sus grandes ojos parecían querer salírsele de las cuencas y el grasiento cabello enmarcaba la palidez de su rostro.

—Devolvedle su espada —pidió Duarte. Alguien la lanzó y cayó sobre el suelo, golpeando en alguna piedra, y Maciel la recogió y sopesó. Se trataba de una *storta* con la hoja ligeramente curva y de un solo filo, la cruz pequeña y el guardamanos formado por una simple barra vertical.

El hombre comprendió que no iba a tener más remedio que luchar, y en cuanto tuvo la espada en la mano armó una guardia adelantada y recta.

—Este es un duelo impuesto —dijo con voz ronca mientras se movía con agilidad entre los charcos de pasadas lluvias—. No tenéis derecho a capturarme y obligarme a combatir.

—Pero vos sí lo teníais para matar a Belinha y para secuestrar a Branca —respondió Duarte con calma. Aquel hombre no era rival para él, y menos con aquella espada concebida para tajar pero sin protección apenas para las manos. Buscó acariciar con el extremo de su hoja el de la *storta*, para sentir su acero y, a través de él, las intenciones de Maciel, pero este, que sabía del peligro de aquella esgrima, lo apartaba con golpes verticales o laterales.

—Branca es mi hija y le he concertado un matrimonio muy conveniente.

Duarte se había percatado de que Maciel no cerraba bien su costado derecho, y lo tanteó por allí, hasta lograr, al poco, una encomendada que superó su guardia y lo hirió en la mano. Por más luna llena que hubiera, seguir el movimiento de las hojas exigía muchísima concentración.

—¿Concertado? Decid mejor que la habéis vendido, bellaco. ¿Qué clase de padre hace eso? —Duarte le dio unos instantes para que se recuperase. Por oriente, comenzaba a abrirse el cielo.

—No quiero que caiga en las manos de un hideputa como vos —dijo Maciel, marcando de nuevo la guardia. Se escucharon pasos lejanos y el hombre volvió la cabeza para oír mejor. Pechoabierto, que también los escuchó, envió a uno de sus hombres a que cerrara la puerta.

—¿Quién es el prometido? —preguntó Duarte al tiempo que

tanteaba la hoja de su rival.

—Eso no es asunto vuestro. —El rencor que latía en su voz le daba valor para seguir peleando.

Duarte no dijo nada más y el duelo prosiguió en silencio. El cruce de golpes se intensificó y el viento, que ahora soplaba de tierra, se llevaba el sonido de los aceros. Daban compases laterales seguidos de toques rápidos, tiraban y esquivaban y Bruno Maciel se veía cada vez más desbordado. Entonces se arriesgó a probar una artimaña. Retrocedió un paso, simuló componer su guardia y de repente dio una rápida zancada, estiró el brazo y lanzó una estocada hacia el costado derecho de Duarte, pero este la atajó con el tercio fuerte de su ropera y dejó que fuera a morir contra la cazoleta. A continuación, remontó la hoja sobre la de su adversario y con la punta lo alcanzó en las costillas. El otro se apartó dos pasos, pegó un grito, soltó la *storta* y se dejó caer al suelo. La luna y el alba competían por la luz.

—Os denunciaré a los alguaciles.

—El nombre del prometido —repitió Duarte, y aproximó la punta de la ropera a la herida. No quería matarlo, un miramiento que le debía a Belinha, pero iba a asegurarse de que no los molestara de nuevo.

—Es el bachiller Fabio Ximenes —dijo al fin—. Un hombre viudo y solo, necesitado de compañía. Se halla en Évora, pero volverá mañana. Está al servicio del conde de Castanheira —añadió, pensando que aquel nombre lo protegería.

—Me cago en los Castanheira. ¿Cuál fue el precio?

—Me prometió cien reales cuando se celebrara el matrimonio, pero todavía no he visto ninguno. Debéis creerme —añadió al ver la expresión de Duarte.

—No os creo, señor Maciel. Bien sabe Dios que merecéis una muerte dolorosa, pero dejaré el asunto en sus manos, por el momento. —Duarte le puso la punta de la ropera en el cuello—. Si llego a enterarme de que os habéis acercado a Branca, o a Mateo, de que les causáis el menor mal, si por ventura sufrieran algún daño, aunque no sea por vuestra mediación, volveré a buscaros y os daré la más atroz de las muertes. Y ahora marchaos, antes de que me arrepienta.

A Maciel, que estaba tumbado de espaldas, se le había formado

una enorme mancha oscura en el costado, que empapaba la camisa y el jubón. Para atajar la sangría, apretaba la herida con una mano. Se levantó con torpeza, poniéndose de rodillas primero y enderezándose después. La claridad de alba opacaba a la de la luna y permitía distinguir su rostro ceniciento deformado por una expresión de odio salvaje.

—Id a que os cosan al hospital, o mejor aún, a la enfermería de vuestro navío.

—¿Le vas a dejar marcharse de rositas? —preguntó la voz de Pechoabierto.

—Lo dejo en manos de la justicia divina. Ea, marchémonos de una vez, que pronto amanecerá.

—Puede denunciarte.

—No lo hará, ¿verdad, amigo Bruno? Tenemos cargos suficientes para conduciros ante la justicia ordinaria. Y testigos. Hasta ese bachiller Ximenes se prestará a declarar.

Y dicho tal, salió del corral seguido por Pechoabierto y sus hombres. Fuera, el movimiento de gentes en la orilla y de bateles en el río era considerable. Los más madrugadores acudían a sus oficios. Se oía a las vendedoras de pan gritar y las carretas de los aguadores. Pequeños pesqueros descargaban en la lonja sus capturas de aquella noche y hasta los mendigos iban tomando posesión de sus sitiales. Las gaviotas atronaban el aire con sus graznidos y sus siluetas se recortaban contra un cielo aún gris. Bandadas de palomas revoloteaban alrededor de los campanarios y los vencejos perseguían invisibles nubes de insectos. El grupo se dispersó en silencio y Duarte se encaminó al palacio de Portalegre para comenzar una nueva y dura jornada.

5
PLYMOUTH

Cuando Trenton entró por fin en la cárcel de Plymouth llevaba ya siete prisiones visitadas y más de trescientos hombres reclutados. Como le había pedido Drake, cualquiera que pudiera coger un remo, cazar una escota o empuñar una espada era apto para el servicio.

Trenton se allegó temprano a la cárcel acompañado por una escuadra armada, para evitar cualquier sorpresa. El alcaide de la prisión se mostró más colaborador que otros, aunque la merma de presos redundara en su perjuicio. Los fondos que libraban las arcas municipales dependían de la cantidad de confinados, y el alcaide se quedaba con un bocado de aquel dinero. Pero Drake había sido varios años alcalde de la villa y no tenía intención de buscarse problemas. Era mejor ver el lado positivo de las cosas y holgarse de perder de vista a unos cuantos indeseables. Incluso le habría venido bien incluir en el paquete a un par de carceleros.

—Si os parece, empezaremos por las celdas de la planta superior, capitán —propuso el alcaide, y a Trenton le pareció bien.

Había arriba cuatro celdas, dos de ellas de mujeres.

—Hay aquí más mujeres que en otras cárceles —indicó Trenton.

—La mayoría son contrabandistas.

Para facilitarle el trabajo, el alcaide había hecho por su cuenta una primera entresaca con los hombres que le resultaron más enteros y los hizo alinear junto a la puerta de cada celda. Después de elegir a nueve reclusos, pasaron a la planta inferior. Era un semisótano, y el hedor resultaba insoportable, de modo que Trenton se dio prisa en recorrer las celdas escogiendo a unos pocos que se veían aprovechables, pero en la última hubo de detenerse más tiempo.

—Aquí están los acusados de piratería y contrabando —le explicó el alcaide frente a un grupo variopinto de doce hombres.

Trenton se retiró un par de pasos y observó a aquellos doce apóstoles, que no diferían demasiado de los cientos de presos que llevaba vistos. Ni tampoco de cualquier tripulación, salvo por el detalle de su extrema suciedad.

—¿Cuántos de vosotros habéis sido marineros?

Todos levantaron la mano. Un detalle alentador.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Trenton, señalando hacia dos reclusos que estaban al extremo de la fila, un poco apartados de los demás. El rostro de uno de ellos, lleno de cortes extraños, le había llamado la atención.

—Esos dos son contrabandistas franceses, capitán. Los apresaron hace unos meses cerca de Wembury.

—Así que franceses… —dijo Trenton, dirigiéndose hacia Gabriel

y Mahagüini.

—Así es, señor —respondió Gabriel—. En realidad no somos dos, como ha indicado el alcaide, sino tres —añadió.

—¡Cállate, bastardo! —le gritó el alcaide, molesto por su desfachatez—. Habla sólo cuando se te pregunte.

—¿A quién se refiere? —le preguntó Trenton al alcaide.

—A aquel desgraciado, capitán. Vino con ellos, pero está herido y aún no se ha recuperado.

Trenton se volvió hacia el rincón donde se amontonaba el grupo de los desechados.

—Tú, francés, levántate —bramó el alcaide. El hombre lo obedeció—. ¿Has navegado alguna vez?

—Sí, señor. He sido piloto.

—No me digas… —se sorprendió Trenton. Y no sólo porque hubiera sido piloto: algo en su voz le resultaba familiar—. Acércate.

Ugalde, pues de él se trataba, dio unos pasos al frente, lentos y algo vacilantes, como si no estuviera muy seguro de sus fuerzas. Trenton lo observó con atención. Tenía un aspecto lamentable, con la piel pálida, las ropas destrozadas y llenas de sangre reseca, los pies desnudos y el rostro sucio y barbado, con briznas de paja entre los vellos. De pronto, tuvo un barrunto.

—¿Ugalde? —preguntó—. ¿Juan Ugalde?

El preso parpadeó varias veces y entrecerró los ojos para ver mejor. La debilidad que sentía no le permitía fijar la vista con facilidad.

—Por Dios, vos por aquí, señor Trenton.

—El mismo —exclamó Trenton con agrado, pero al momento controló sus emociones. No estaba allí para celebrar reencuentros—. ¿Puedes trabajar? —le preguntó con voz grave.

—Creo que sí.

—Entonces, pásate a este lado.

A mediodía, los hombres de Trenton trasladaron a los veintiocho reclusos excarcelados hasta el fuerte provisional que Drake había hecho construir en Mount Batten para defender mejor la entrada del puerto. Allí los bañaron, los despiojaron y les entregaron una muda de ropa basta mientras Trenton anotaba sus nombres y procedencias y los distribuía entre los distintos navíos en función de las necesidades que sus capitanes habían indicado. A Ugalde lo asignó

a su pinaza, y también a sus dos compañeros. Había perdido a varios hombres en Galicia, entre ellos al contramaestre. Ugalde lo sustituiría. Para un navío del tamaño de la Speedwell, un piloto era un lujo que no podía desperdiciar.

Después de consultarlo con sus consejeros y meditarlo con calma, la reina Virgen reconoció la validez de las propuestas de Drake, el más exitoso de sus capitanes, y ordenó a lord Howard que se le uniera en Plymouth con toda su división. Al lord almirante no le hizo gracia el mandato, pero obedeció sin rechistar.

Drake lo sabía y, para hacerle más pasable el trago, salió a recibirlo en la embocadura de la bahía con el medio centenar de velas que había conseguido reunir entre galeones, mercantes artillados y pinazas. Con nutridas salvas de cañón, con los palos y la jarcia engalanados de grímpolas y gallardetes y los tambores y cornetas tocando sones marciales sobre las cubiertas, Drake rendía los honores debidos a su jefe superior, que respondió, a su vez, con iguales muestras de respeto. A lo largo de la costa se dieron cita cientos de aldeanos y pescadores que no querían perderse aquella demostración del poderío naval inglés, y gritaban y lanzaban vítores y agitaban banderolas blancas con la roja cruz de San Jorge. Las fuerzas unidas de sir Francis y lord Howard formaban una escuadra de más de cien navíos.

La reina era, sin embargo, una mujer caprichosa y con la miel envió una pequeña dosis de hiel, pues les prohibió a sus almirantes que emprendieran cualquier acción directa sobre las costas españolas. Su misión sería, por entero, defensiva. La flota debería desplegarse a la entrada del canal para prevenir cualquier ataque, pero tenía vetado bajar hasta la península.

6
LISBOA

Los esfuerzos y desvelos de Medina Sidonia dieron su fruto y el nueve de mayo de 1588 pudo pasar revista general a la flota reunida en Lisboa e informar al rey de que aquella Grande y Felicísima Armada estaba lista para hacerse a la mar en cuanto los vientos se lo permitieran.

En la carta adjuntó una relación detallada de todas las fuerzas con que contaba.

Orgánicamente, la Armada se dividía en diez escuadras, cada una con su almirante, aunque en el plano operativo las cosas fueran diferentes. La escuadra de Portugal, con doce naves, la mandaba el propio don Alonso; la de Vizcaya, con catorce, estaba a las órdenes de Juan Martínez de Recalde; la de Castilla, con dieciséis, a las de Diego Flores; su primo Pedro de Valdés dirigía los once navíos de la escuadra de Andalucía; los catorce de la de Guipúzcoa, Miguel de Oquendo; Martín de Bertendona, las diez naos de Levante; la de urcas, que eran veintitrés, la mandaba Juan Gómez de Urbina; Hugo de Moncada, las cuatro grandes galeazas; Diego de Medrano, el mismo número de galeras, y Antonio Hurtado de Mendoza capitaneaba una escuadra de veintitrés zabras y pataches, lo que hacía un total de ciento treinta y una embarcaciones tripuladas por siete mil seiscientos hombres de mar y dos mil remeros. Además, iba casi una veintena de embarcaciones menores, como falúas y pequeñas carabelas, para servir de avisos y enlaces entre los navíos de la armada.

En cuanto a la gente de guerra, se habían juntado más de dieciocho mil soldados encuadrados en los cinco tercios, más treinta y seis compañías sueltas de Castilla y diez de Portugal, aparte de la gente de mando y los oficiales aventureros y entretenidos con sus pajes y criados. Para dar atención espiritual a tantos hombres y sancionar el carácter sacrosanto de la empresa se habían embarcado en la Gran Armada dos centenares de religiosos entre sacerdotes y frailes de todas las congregaciones.

Antes de zarpar, el duque convocó a los comandantes de las escuadras y a los maestres de los tercios para informarlos de que el Santo Padre había autorizado hacer reparto de indulgencias y perdones, y que en todos los reinos de Su Majestad se estaban celebrando misas, procesiones y rogativas para pedir por el buen suceso de la jornada.

—Vamos a devolver a la hereje de Inglaterra a la fe católica —dijo don Alonso con voz profunda y honda contrición—, por lo que todos los mandos y oficiales deben procurar que sus hombres muestren un comportamiento ejemplar; que no jueguen a dados ni naipes ni en poca ni en mucha cantidad, ni a otros juegos

semejantes que conlleven apuestas, si no es a las damas, y si aún este juego causare desórdenes, se tirarán los tableros a la mar; ni que abusen de la bebida ni se embarquen mujeres públicas ni privadas; asimismo, velarán por que no se pese ni se reniegue, ni se digan palabras o sonidos contra Dios Nuestro Señor, ni contra su Madre Santísima ni contra los ángeles y santos o cosas divinas y sagradas, con pena de que a la persona que incurriere en ello por primera vez le será quitada la ración de aquel día, y por la segunda, tercera o más veces será la pena de cepo, o grillos. Otrosí les encargo que se tenga mucho cuidado que todos los días por la tarde, con la gente toda de rodillas delante de un altar con una imagen de la Virgen María, se rece la Salve y las letanías de Nuestra Señora pidiéndole su favor y suplicándole su intercesión con el Altísimo para que nos guíe y nos ayude en todo aquello que con justicia pretendemos, y nos dé el buen suceso que conviene a esta empresa que tan enderezada es a su mayor honra y gloria, pues no es aquesta una armada cualquiera, sino la armada de Dios.

Asentían los hombres en silencio durante el discurso del duque, y luego se comprometieron a hacer cumplir a rajatabla aquellas ordenanzas.

Duarte fue a la casa de Natalia para despedirse. Mateo gastó el rato en hablar de su oficio, procurando guardar la calma y mostrarse como un hombre, y Branca disimulaba las lágrimas que se empeñaban en acudir a sus ojos.

—No creas que no sé lo que has hecho —le dijo en la puerta, cuando ya se iba. Duarte se encogió de hombros. No era buena cosa que su «hazaña» hubiera trascendido tan deprisa.

—¿Cómo te has enterado?

—Maciel convalece en el hospital de Todos los Santos. —No había clemencia en aquellas palabras.

Duarte la miró. Branca recordaba a su madre en la forma de la cara, en los labios gruesos, el pelo ondulado, algo más claro quizá, y los ojos grandes, llenos de rencor en aquel momento. Resultaba chocante una expresión tan dura en su rostro, por lo general dulce. Alzó la mano y le limpió con el pulgar una lágrima.

—Cuida de tu hermano, haz caso a tus tíos y búscate un buen marido.

—Antes preferiría partir con vosotros.

—Ya cambiarás de idea cuando te enamores —respondió riendo Duarte.

—Deberías haber matado a Maciel —dijo ella, y se dio la vuelta y desapareció en el interior de la casa.

Duarte se alejó de allí con una sensación agridulce en el corazón. De pronto le vinieron a las mientes la magnitud de la empresa en que se embarcaba, sus peligros e incertidumbres, y se dio cuenta de que quizá no volvería a ver jamás a aquella familia.

La salida a mar abierto de tal contingente de barcos había de ser necesariamente escalonada. Estaba previsto que se iniciara el once de mayo, pero apenas alcanzó a pasar la barra del Tajo la escuadra de Recalde cuando el viento roló a poniente y se encadenaron una serie de temporales tan duros que obligaron a Medina Sidonia a suspender la partida. Al parecer, ni la piedad de las ordenanzas del duque ni los altos designios a que estaba llamada la Gran Armada habían ganado el favor del Todopoderoso.

No obstante, en lugar de desesperarse por el desgraciado guiño del destino, don Alonso dedicó la incierta prórroga a completar algunos pormenores que la impaciencia del rey no le había permitido concluir. El principal de ellos, a la vista de que Alejandro de Farnesio no le había enviado los prácticos que le prometiera, fue la compilación de un derrotero claro, con toda la información disponible para entrar y navegar el canal de la Mancha hasta Flandes, de modo que los pilotos menos versados en aquellas aguas pudieran surcarlas con cierta confianza en el caso de que se perdieran o la armada se disgregara.

Don Alonso hizo convocar a los pilotos con más experiencia de la flota, a dos cartógrafos lisboetas y al almirante Recalde, les expuso sus deseos, les pidió concreción, eficacia y rapidez, les cedió una habitación del palacete de Portalegre y les ordenó que no la abandonaran si no era con el derrotero bajo el brazo. Con aquel perentorio mandato, el derrotero estuvo listo en el brevísimo lapso de una semana. En él se incluyó información necesaria para navegar a salvo no sólo por el canal de la Mancha, sino también por las costas de Bretaña, la manga de Bristol y el mar de Irlanda, así como cartas detalladas con puntos de referencia en las costas, medidas de profundidad y situación de algunos bancos. Incontinente, el duque lo envió al mejor impresor de Lisboa para que se hicieran tantas

copias como barcos había, y un resto por si más adelante hiciera falta. La iniciativa le valió calurosos elogios del rey, que le pidió copia de todo el material publicado.

El mal tiempo duró tres semanas, y hubo algunos días en que el viento arreció tanto que estuvo a pique de lanzar algunos navíos contra la orilla. En aquella espera menudeó el intercambio de mensajes con el rey, que aguardaba con inquietud el inicio de la jornada, y no hubo día que no llegara de El Escorial o partiera hacia él un correo con las novedades.

Mas, a finales de mes, amainaron los temporales y pudo darse nuevamente la orden de abandonar el estuario. Durante cuatro días, con vientos flojos y la ayuda de las mareas y de las galeras, estuvieron saliendo las distintas escuadras y acomodándose en la entrada del estuario, entre San Julián y Cascais.

La ciudad de Lisboa vivía en el puerto. Raro era el momento que no abarrotaba la multitud sus numerosos muelles, la explanada de la Ribeira y hasta los altos y azoteas de edificios, torres y fortines. Se despedían los vecinos del padre, del hermano, del marido o del amante que partía, saludando con los brazos, roncas las voces, sueltas las lágrimas. Se señalaban los navíos, se admiraba su porte, su velamen y la profusión de banderas, escudos, guiones y gallardetes que adornaban su arboladura. Se calibraban su poder y artillería y se exageraban sus historiales, se nombraba a los capitanes y almirantes y hasta a las compañías que embarcaban. Se lanzaban al aire cohetes y se estallaban petardos a los que la flota respondía con comedidas salvas, pues no estaba la pólvora para gastarla en vano. Y a resultas de la partida se vendía y se compraba en el mercado y en las calles y las rúas, se bailaba y se bebía, y hacían su agosto los rateros y timadores, aprovechando la confusión y la escasez de hombres de armas, las busconas ofrecían consuelo, los mendigos pedían limosna y los soldados viejos destapaban viejas heridas y exhibían, quienes las tenían, cédulas y méritos para mover a la caridad.

Al fin, el último día de mayo perdió la costa la Armada de Inglaterra y, en manos de vientos flojos y caprichosos, derivó al sur antes de ganar un sudoeste fresco que la empujó hacia el norte.

Tercera parte

Junio a agosto de 1588

Llegada la sazón que el rey de España,
el prudente católico Segundo,
de su armada formó para Bretaña
puente de naves en el mar profundo.

Lope de Vega, *Corona trágica*

XIX

1
Londres

Isabel se acomodó en una de las habitaciones sobrantes que tenía la casa donde residían Fátima y Joao. Las paredes estaban sin enlucir ni pintar, con las vigas a la vista, la impermeabilidad del techo dejaba que desear y la luz entraba por una pequeña ventana, pero después de haber barrido y amueblado la estancia con una cama, un arcón, un palanganero y una cómoda butaca, resultaba más acogedora. En ella pasaba Isabel buena parte de su tiempo. El embarazo estaba avanzado y, aunque su salud había mejorado sensiblemente, se agotaba con facilidad.

—Qué razón tenía el médico —le dijo a Marcia en una ocasión —. Era la melancolía la que me tenía tan postrada.

Marcia arrugó el gesto y sacudió la cabeza.

—Yo creo que tus parientes te querían emponzoñar. No conozco a Michael, pero la bruja de tu suegra me parece muy capaz de hacerlo.

—No seas mal pensada.

—Tu seguridad peligraba, Isabel. El propio sir Humpfrey te lo dijo. Además, hay tósigos que actúan muy despacio.

—Quizá, pero tu compañía está siendo la mejor medicina.

No le faltaba razón a Isabel. Aquel mes junto a las hermanas Henriques estaba siendo tan plácido y risueño, tan agradable, que, vistos en retrospectiva, los años pasados en Saint James semejaban una nube oscura, una pesadilla interminable. Las angustias y desvelos, los desprecios y humillaciones recibidos habían dejado paso a una serenidad que no sentía desde su primera juventud. La había abandonado esa alerta permanente, esa zozobra en la que vivía sumida, y ahora todo a su alrededor se le antojaba dichoso y lleno de vida. Pese al agua que se colaba entre las tejas los días de

lluvia, a los ratones que correteaban por los maderos y costaneras, a la reclusión que Marcia le aconsejaba y a las amenazas que sin duda acechaban, cada noche se acostaba despreocupada, apagaba la vela de la palmatoria, cerraba los ojos y el sueño la abrazaba en un instante.

Marcia había puesto en antecedentes a Isabel sobre algunas particularidades del ambiente en el que vivían y la naturaleza de los seguidores del Prior y de la propia corte en el exilio.

—Aquí ser española no es buena credencial. Y aunque tú nada tienes que ver con el Usurpador, como llaman al rey Felipe, es preferible que mantengamos en secreto tu origen —le explicó Marcia—. El único que lo sabe es mi hermano, lo cual lamento, pero no previne a Fátima y se fue de la lengua. En todo caso, trata de pasar desapercibida, en especial con los portugueses, habla en inglés siempre que te sea posible y, cuando no, en francés. ¿Conoces esta lengua?

—Hace años que no la practico.

—Suficiente. Para mis compatriotas serás mi amiga Elizabeth Trenton, la esposa de un capitán inglés de la flota real que ha venido a pasar unos días con nosotros para descansar y olvidar las preocupaciones que la ausencia de su marido le causa. En cuanto a Gabriel, he sido muy reservada y poco saben sobre él. Cuando llegó a Terceira formaba parte de una tripulación corsaria al mando de un tal capitán Ricard. Después, con las ganancias de algún botín compró una nao y se incorporó a la flota francesa estacionada en la isla.

—Parece una aventura extraordinaria. Me cuesta creer que el pobre y bisoño Gabriel que yo conocía se haya convertido en corsario con barco propio.

—¡Oh! Jamás se me ocurriría aplicar esos calificativos a tu hermano, puedes estar segura. Aquí todos piensan que me deslumbró con sus hazañas, me llevó consigo a recorrer mundo y vivir aventuras y me dejó tirada en cualquier puerto.

—Espero que no haya sido como lo cuentas.

—No, Isabel. Ya no estamos juntos, pero las cosas no fueron así.

En un principio, Marcia había intentado ser escueta sobre su relación con Gabriel, porque cada vez le costaba más situar a un marido lejano y perdido, destinado a ser un corsario antes que un

honorable comerciante o un dedicado padre de familia. Pero la sencillez de Isabel la había desarmado y fue incapaz de reservarse nada. Ni siquiera sus dudas y tribulaciones.

—Me enamoré de tu hermano casi desde el momento en que lo conocí —le confesó—. La vida a su lado era atractiva y emocionante, pero demasiado vertiginosa. Después de un tiempo de seguirlo en sus andanzas y de esperarlo con el corazón palpitante yo ansiaba algo de paz y tranquilidad, una casa y un hogar. Pero Gabriel tenía el mar en la sangre y estaba obcecado con la idea de encontrarte, Isabel. Hasta llegué a sentir celos de ti.

—Oh, Marcia. Lamento que rompierais por mi causa —dijo Isabel con expresión compungida.

—Por Dios, no te disculpes. No era mi intención afligirte, y menos reprocharte nada. ¿Qué culpa podías tener tú? Bastante tenías con soportar tus propias desdichas. Además… —Marcia calló de pronto. Había hablado muy deprisa, y no estaba segura de querer continuar, pero la expresión de Isabel era tan cordial que decidió proseguir—: Además, tuve un mal parto y perdí una hija, y Gabriel no estuvo a mi lado para ayudarme. Me sentí sola y abandonada y me fui un tiempo a Oporto, con mi hermana Catalina, para recobrarme y meditar sobre mi propia vida, pero allí estaban también Geraldo y Fátima, y mi pobre madre, y todo se complicó.

Isabel se acercó a ella y la abrazó. Sabía bien lo que era perder un hijo. Estaban ambas en la modesta habitación de Isabel, sentadas en el borde de la cama. Fue un abrazo largo y lleno de ternura que las mantuvo unidas un buen rato.

—¿Lo sigues queriendo?

—No estoy segura de mis sentimientos, Isabel; ¿cómo estarlo, si hace años que no lo veo? Y tampoco sé si él me querrá. Es un hombre muy orgulloso.

—Es posible que Gabriel haya cambiado en este tiempo —dijo Isabel cuando se separaron—. Las cosas que me has contado sobre él me sorprenden tanto que no estoy segura de conocerlo, ni de saber interpretar sus actos, pero siempre fue una persona constante en sus afectos.

—Y en sus rencores —apuntó Marcia.

—Sí, también en ellos. Recuerdo que no le caía bien un piloto de

la Virgen de las Nieves al que mi padre tenía en mucha estima, y lo importunaba y le llevaba la contraria hasta en el más nimio detalle. ¡Ah! Juan Ugalde —suspiró Isabel—. Aquel hombre me gustaba, y Gabriel se ponía celoso.

—¿Murió?

—No. Fue de los pocos que sobrevivieron al combate, al naufragio y a la brutalidad de los piratas. Sé que él también me guardaba algún afecto y que sufría con las vejaciones y violencias que aquellos miserables cometían conmigo. En una ocasión, dos diablos que me ganaron en una partida de naipes me sacaron a cubierta envuelta en una capa (mis ropas las habían destrozado), y me la quitaron para mostrarme desnuda ante otros piratas y cobrar por… mis favores. Ugalde, que se hallaba allí, rascando la cubierta junto a otros cautivos, se levantó con rapidez y me cubrió de nuevo con la capa. Aquel acto casi le costó la vida. Los hombres lo golpearon salvajemente y el capitán Sackfield lo azotó hasta dejarle las espaldas hechas pulpa.

Isabel se calló para dar tiempo al corazón a acompasar los latidos.

—¿Qué ocurrió después? Entre Ugalde y tú, quiero decir.

—Apenas volví a verlo. Trenton me rescató y me guardó para sí.

—¿Te rescató o te recluyó? No sé cómo puedes amar al hombre que… que te tomó como a una mercancía.

—Es difícil de explicar. —Isabel movió la cabeza, pensativa, y se llevó las manos a la cara y las restregó contra ella, como si la lavara—. Yo misma me lo pregunto con frecuencia. Y, al igual que tú, dudo. El cariño por John surgió despacio y tan revuelto con otros sentimientos que es fácil perderse. En otras ocasiones, sin embargo, pienso que no importa el origen de nuestro amor, que en aquel barco salvaje, conviviendo con salvajes, apoderarse de mí era la única forma de ponerme a salvo. He llegado a conocerlo y admirarlo. Sé que es un hombre justo y sin dobleces que me ha defendido siempre y contra todos. Pero estos días que he pasado con vosotros —añadió— me siento muy desorientada.

Marcia no supo qué contestar a aquello. Hubiera tenido que meterse dentro de su piel para entenderla. Y eso no era posible.

Joao congenió de inmediato con Isabel. El joven veía en ella a una perseguida por la intolerancia anglicana a la que había que

proteger. Y, pese a que nada se hubiera hablado de su futuro, su pensamiento iba varios pasos por delante y discurría, incluso, formas de sacarla de Inglaterra y ponerla a salvo en su tierra. También simpatizó con ella Fátima, aunque a esta, que rebosaba sensibilidad, le impresionaban sus trágicas historias y su tendencia a la nostalgia.

Con Geraldo la cosa fue distinta. Cuando supo del advenimiento de Isabel se incomodó sobremanera y acusó a sus dos hermanas de maniobrar a sus espaldas. Dar cobijo a una española era poco menos que traicionar la causa de don Antonio, y de nada sirvieron las explicaciones que le dio Marcia, entreveradas de verdades y mentiras. Para él no había justificación posible.

—¿Qué tienes en contra de una mujer que está casada con un oficial de la reina y lleva años viviendo en Inglaterra? —le dijo Joao, cansado de tanto debate—. Si ellos la han aceptado, ¿quién eres tú para decir lo contrario? Además, quien se aloja en mi casa es cosa mía.

—Pero debemos informar de su presencia —insistió Geraldo.

—Tienes razón. Debemos informar de la presencia de una posible agente del Usurpador que se ha infiltrado entre nosotros para espiarnos. Y es tan hábil que, para confundirnos, se presenta embarazada. —La ironía de Joao cogió desprevenido a Geraldo, pues nunca antes le había hablado así—. Lo único que vas a conseguir con este absurdo revuelo es poner en evidencia a tu familia y a la mía. Y no lo voy a permitir, cuñado, que aquí todos tenemos secretos que esconder, y no querría yo que los tuyos salieran a la luz.

La velada amenaza de aquellas palabras, fuera cual fuese, tuvo el efecto de zanjar el asunto y hacer callar a Geraldo.

Marcia lamentó el comportamiento de su hermano. De momento Joao había conseguido amedrentarlo, pero era tan terco que podría irse de la lengua y ponerlos a todos en peligro. Bastantes preocupaciones tenía ya para añadir una nueva.

2
PLYMOUTH

La prohibición de la reina de alejarse de las islas británicas obligaba al lord almirante Howard a organizar un despliegue defensivo a la entrada del canal. Divididos en varias agrupaciones escalonadas y escasos de víveres, los barcos cubrían un arco que iba desde Plymouth hasta la península de Contentin. No obstante, Drake, menos puntilloso que su superior, consideraba a los navíos ligeros exentos de las órdenes reales, y decidió establecer con ellos un segundo perímetro, más exterior que el primero, que se prolongaba desde el cabo Lizard hasta el extremo de Bretaña, un área demasiado extensa para prestarse ayuda mutua en caso de necesidad, pero vital si pretendían realizar un avistamiento temprano del enemigo que les permitiera prepararse para el enfrentamiento.

Más de veinte pinazas, zabras y otros barcos menores mareaban aquellas aguas con la esperanza de detectar a la armada española o capturar algún mercante que les diera noticias de su situación. Al ser naves pequeñas, iban ligeras de víveres y necesitaban, cada pocos días, regresar a Plymouth para reabastecerse.

La Speedwell era una de estas naves y, obedeciendo las indicaciones de Drake, se dirigió a las Sorlingas. El sector que le correspondía vigilar se extendía veinte leguas mar adentro, al sudoeste de estas islas. Las Sorlingas se hallaban cerca del cabo Lizard, en la punta de Cornualles, y eran un dédalo de islas e islotes azotados por el viento y las tempestades, con una orografía difícil y peligrosos bajíos. Sólo su vigilancia requeriría de diez bajeles, cuánto más el sector completo. No obstante, Trenton se dispuso a cumplir de la mejor manera las órdenes recibidas. Teniendo como base la isla de Saint Mary, la mayor del archipiélago, realizarían singladuras radiales en un arco de rumbos que iba del oeste franco al sur. Otro navío estaría encargado de cubrir el espacio al norte de las Sorlingas, entre estas y Cornualles.

Aquella era una empresa arriesgada, no sólo por las fuertes corrientes y mares gruesos propios de la zona, sino porque estaban expuestos a encontrarse en cualquier momento con el enemigo, pero los hombres confiaban en su capitán, y les estimulaba la idea de estar realizando un importante servicio para su reina.

La tripulación de la Speedwell consistía en una treintena de hombres, todos marineros. De los españoles, el más afortunado fue

Juan Ugalde, a quien Trenton, en una muestra de la confianza que le merecía y de lo poco que le importaba la opinión de los demás, lo nombró piloto, un puesto que rara vez se cubría en un barco tan pequeño. A los marineros, en cambio, les disgustó tener a un extranjero como segundo de a bordo, y lo obedecían con renuencia, escupían a su paso y se vaciaban en habladurías y críticas contra él cuando el capitán no los escuchaba, pero Ugalde no tardó en dar muestras de sus conocimientos marineros y su habilidad para pilotar la pinaza.

Un día, mientras vigilaban el sector que les habían asignado, avistaron a una escuadrilla de corsarios franceses que se desvió de su rumbo para interceptarles el paso. La alarma cundió a bordo de la Speedwell, pero, en una atrevida maniobra, Ugalde logró ganarles el barlovento y emprender la huida. Los corsarios llevaban bajeles rápidos y ligeros, y, lejos de desistir, se pusieron a su estela y trataron de darles caza. Durante el resto del día Ugalde mantuvo con ellos una reñida carrera. Empleando con maestría cada vela, verga, cabo y hombre para sacar el máximo partido al viento y a la mar, mantuvo constante la distancia con sus perseguidores hasta alcanzar los primeros islotes de las Sorlingas y perderse entre ellos sin que los corsarios se atrevieran a seguirlos. Después de aquella demostración, nadie cuestionó la pertinencia de su nombramiento.

El suceso también ayudó a Ugalde a ganar confianza en su propia valía. Tras su paso por prisión recuperó las fuerzas deprisa, prueba evidente de que, más que la herida, había sido la mala alimentación la que lo había tenido tan debilitado. La fortuna se mostraba amable con él cuando peor se veía, elevándolo incluso por encima de sus compañeros, cuya nacionalidad nadie conocía.

A Gabriel, o más bien l’Avide, lo habían tomado por un contrabandista francés y a Mahagüini, por un ser extraño y silencioso, mitad indio mitad cristiano, al que no convenía importunar. Como todo lo extraño, Mahagüini infundía temor.

—Ten cuidado —le dijo Gabriel, medio en serio, medio en broma—, que el día menos pensado te queman por brujo. Estos ingleses no se andan con procesos ni tribunales.

—Yo nada debo —le respondió su amigo, que se tomó la broma

en serio—. Sin embargo, tú… Si Trenton se entera de quién eres, y de lo que pretendes, te hará degollar.

Pero Gabriel estaba seguro de que no lo descubriría.

El día que vio a Trenton en la cárcel sintió una enorme sacudida interior, casi un golpe físico. Cuando Ugalde mencionó su nombre y supo que lo tenía delante, se tensó y se dispuso a lanzarse sobre él como un animal salvaje, pero Mahagüini, que entendió lo que le pasaba, le puso la mano sobre el hombro, una mano fuerte como una garra.

—Ahora no es el momento —le susurró, y Gabriel rechinó los dientes y se contuvo.

Pronto comprendió la inutilidad de dejarse llevar por un impulso tan ciego como infructuoso y le dio las gracias a su amigo. Aunque las circunstancias fueran difíciles, tenía motivos para estar contento. Después de tantos años de vanas averiguaciones, desengaños, pistas falsas, desventuras y penalidades, al fin había encontrado a Trenton. Lo tenía al alcance de su mano, y no había razón para precipitarse. Al contrario, antes de matarlo necesitaba conocer el paradero de Isabel y obtener respuestas a las preguntas que lo habían perseguido durante tanto tiempo: cómo se había apoderado de su hermana, por qué había huido con ella y dónde la escondía. Además, aunque no quisiera reconocerlo, sentía curiosidad por saber la clase de hombre que era Trenton, y se propuso observarlo, acercarse a él en lo posible y aguardar la ocasión para cumplir su venganza.

Mientras tanto, debía adaptarse a la vida a bordo. Estaba acostumbrado a tratar con tripulaciones difíciles y hombres violentos, y no tuvo dificultades para mostrarse ante ellos como el contrabandista curtido que se le suponía, ni para realizar las labores propias de un marinero. No se había olvidado de sus duros inicios con el capitán Ricard. Se subía a los palos, maniobraba en la jarcia, cazaba escotas, rascaba la cubierta, largaba cabos, arreglaba velas o trabajaba en las bombas, siempre con buen ánimo y la mejor disposición. Y Mahagüini lo seguía. En poco tiempo se habían integrado en la tripulación y habían formado su propia camarilla con la gente del señor Cummings, el pirata que habían conocido en la cárcel.

Ugalde no se unió a ellos. Sus nuevas responsabilidades le

exigían sin duda evitar parcialidades. Pero Mahagüini no comulgaba con aquella actitud.

—No me fío de ese hombre. En cuanto lo han nombrado piloto se ha distanciado de nosotros.

—Prefiero que reserve su amistad para cuando la necesitemos de verdad —le respondió Gabriel—. Nuestra posición aquí es muy endeble, y cualquier resbalón nos puede costar caro.

Mahagüini calló, que era su manera de mostrar su desacuerdo.

Si el trato con Ugalde era escaso, con Trenton era casi inexistente. El capitán se relacionaba sobre todo con sus oficiales, y las órdenes a la tripulación las trasladaba a través del piloto o del contramaestre. No obstante, Gabriel pudo formarse una idea aproximada de su carácter. Le parecía un hombre de pocas palabras, seguro de sí mismo y respetado por la tripulación. Sólo él sabía que detrás de aquella fachada se escondía un canalla.

3
ATLÁNTICO PENINSULAR

Los primeros días de navegación, los vientos, flojos y variables, hicieron derivar a la Gran Armada hacia el sur, pero después rolaron al sudoeste y permitieron enrumbar al norte. El tiempo estaba despejado y el mar, azul. Una ligera marejada rizaba su superficie y hacía cabecear al San Martín. El sonido del mar batiendo contra la madera del casco era tan constante como el caer de una cascada.

Desde la cofa del palo mayor, adonde Duarte subió un par de veces, se podía observar el despliegue de la flota, que se extendía varias millas a la redonda, y apreciar su magnitud. Todas las naves con el trapo desplegado, como un cúmulo de nubecillas flotando sobre las aguas, ofrecían a su vista una estampa majestuosa y pujante, aunque diversa, que cada cual navegaba con su particular cadencia; unas remontaban crestas mientras otras caían en los senos, estas se escoraban a babor y aquellas apenas se inclinaban, estaba la que cabeceaba, la que guiñaba, la que daba pantocazos y la que navegaba con elegancia. También en los cascos había variedad: alargados, redondos, altos de bordo, con varias cubiertas

y grandes castillos o casi rasos, con remos o sin ellos; en el número de palos y hasta en las velas, que eran cuadras o latinas, y, por supuesto, en los portes y tamaños, que iban de las diminutas falúas de treinta toneles hasta el núcleo combativo de la armada, galeones, grandes naos y algunas urcas que superaban los seiscientos toneles de arqueo y sobresalían allá y acullá, como mastines entre el rebaño.

El duque y su consejo habían decidido dividirla durante la marcha en tres cuerpos: la vanguardia, al mando de Alonso de Leyva; el centro, al mando del duque, y la retaguardia, al mando de Recalde. Pese a que en la navegación por aguas oceánicas no era fácil mantener un orden estricto de marcha, la experiencia adquirida en el manejo de las flotas y convoyes de la carrera de Indias permitía a sus capitanes conservar el dibujo general.

A bordo del San Martín el ajetreo era imparable. Aparte de los ciento sesenta hombres de la tripulación, que atendían al gobierno y marinado del galeón, se habían embarcado tres compañías de soldados escogidos entre los distintos tercios, una veintena de oficiales entretenidos, sin mando en tropa pero con sueldo, y otros tantos nobles aventureros, algunos con séquitos de hasta treinta hombres armados. Y todos ellos se dedicaban a sus quehaceres, quienes los tenían; practicaban con las armas, las limpiaban y aderezaban, fueran blancas o de fuego; se movían por la cubierta, el entrepuente y las baterías, o por ellas paseaban; comían y bebían; se enfrascaban en pláticas interminables; jugaban sin apostar dinero, una práctica prohibida en aquella cruzada; leían, quienes habían tenido la precaución de haber portado consigo algún libro, contemplaban el horizonte y rezaban, cuando correspondía, bajo la guía espiritual del capellán mayor y de su ayudante.

Duarte, como asistente y recadero del duque, no tenía descanso. Siempre al alcance de su voz, llevaba y traía avisos y billetes a quien correspondiera, si era en el propio galeón, a paso ligero, y si en otros navíos, a bordo de una de las falucas que seguían al San Martín.

Los momentos menos tensos eran el almuerzo y la cena, que el duque realizaba en el coronamiento de popa, bajo palio, cuando el viento lo permitía, y si no en la cámara del alcázar. Invitaba a compartir su mesa a los tres consejeros designados por el rey, al

veedor y al proveedor de la armada, al capitán de la infantería y a los nobles aventureros de mayor abolengo y confianza, como el príncipe de Áscoli, el conde de Gelves y algunos más, pues eran tantos los caballeros embarcados y tal su linaje que había disputas entre ellos por ganar el favor del duque y ser invitados a su mesa.

Para el trece de junio se dobló el cabo Finisterre, se barajó la costa hasta las islas Sisargas y allí se fondeó, a la espera de las galeras y otras naves mercantes con los bastimentos que el marqués de Cerralbo les habría prometido. Mas, pasados tres días, dichas naves no aparecían por parte alguna y el duque, como el viento cerraba del sudoeste y la mar se mostraba con semblante ruin, convocó en el San Martín junta de principales. El consejo mayoritario fue el de entrar en el puerto de La Coruña para cargar las tan necesarias vituallas y resguardarse mejor de la borrasca que asomaba. Las voces discordantes fueron dos. Pedro de Valdés y Juan Martínez de Recalde, que desaconsejaron la maniobra. La armada estaba muy dispersa a causa de la mala mar, y resultaría, según ellos, casi imposible comunicarles a todos la nueva orden.

—Con una salva bastará para que sus capitanes entiendan que han de seguir al San Martín —replicó Diego Flores, almirante de la escuadra de Castilla, asesor sobresaliente del duque y principal valedor de la idea de arribar a La Coruña.

—Con una salva no bastará, señor Flores. Y vuesa merced lo sabe —insistió Recalde con muy poca voz. El almirante general no había terminado de recuperarse de la peste que se había llevado a Bazán. La enfermedad lo tenía tan flaco que espantaba, pero no había querido faltar al consejo—. Hay navíos muy alejados que no escucharán ni una ni cinco salvas.

—Y yo digo que la oirán —insistió con altivez Diego Flores.

—Repetirlo no os da la razón, señor Flores. Sé que este cambio en el plan de marcha creará gran confusión entre nuestros pilotos y capitanes, incluso habiendo escuchado las salvas, pues entra en contradicción con el severísimo mandato cursado a la salida de Lisboa, que castiga con pena de vida a quien ose tocar tierra en España.

—Déjese vuesa merced de ordenanzas y mire por la flota, señor almirante, porque las circunstancias son las que son y no otras. ¿Queréis acaso que aguantemos a palo seco el temporal a riesgo de

estrellarnos contra la costa?

Iba a replicar Recalde a tan altivas palabras cuando se le adelantó Pedro de Valdés, que no tenía pelos en la lengua.

—Parece mentira que quien ha sido almirante de en la carrera de Indias se comporte como un hombre que jamás hubiera entrado en la mar ni entendiera las cosas de ella.

—Por vida, retirad ahora mismo esas palabras o será el acero quien hable por mí —se revolvió Flores con la mano en la empuñadura de la daga que portaba. Era este un hombre que pasaba del medio siglo, de barba recia, pelo hirsuto, piel aceitunada y voz inusitadamente ronca. Contaba con una larga experiencia de mando en flotas pero también con un historial tan salpicado de provocaciones, escándalos y quejas que pocos capitanes aceptaban de buen grado ponerse a sus órdenes. Para Recalde y otros almirantes de la armada resultaba un misterio el que un hombre como él se hubiera ganado la confianza del monarca.

El duque, que atendía al intercambio de opiniones con gesto agrio, pues no le complacía que lo contrariasen en una decisión que había estado masticando toda la mañana, cortó con presteza la disputa.

—¡Señores, señores, guarden esos modales! —dijo, alzando la voz—. No quiero debates estériles, ni mucho menos refriegas, que castigaré con grande rigor. Además, vuesas mercedes han expresado con libertad su opinión, y el asunto está claro: nos resguardaremos en La Coruña.

Mas Recalde quiso hacer un último intento e insistir en su parecer. Era mucho lo que estaba en juego en aquel momento.

—Don Alonso, ved las cosas con ojos de marino. Este sudoeste no es para temerlo y encerrarse en un puerto, sino que es un regalo divino para cumplir con nuestro objetivo, pues no hay mejor viento para navegar al norte. No le temáis a la borrasca, que si en la costa se desata con fiereza, en alta mar será nuestra aliada y nos conducirá al canal de La Mancha en pocas singladuras.

—Señor Recalde, porque sois el almirante general os he consentido hablar. No quiero que se diga que no escucho a mis hombres, pero me ofendéis al insinuar que el temor guía mis actos —dijo Medina Sidonia con firmeza, pero a continuación le repitió a su almirante sus razones—. Entraremos en La Coruña porque

necesitamos el agua y los bastimentos. La travesía desde Lisboa ha sido larga y los hombres finalmente embarcados, muchos más de los previstos. Sin provisiones frescas, no habrá empresa posible.

—Hay más bastimentos de lo que cuentan —se arriesgó a decir Recalde—, pero no era con vos la cosa, excelencia, sino con los consejeros que os acompañan.

Mediada la tarde, el San Martín tiró la salva de rigor y maniobró para entrar en la ensenada de La Coruña, adonde lo siguió sólo una parte de la flota, como había predicho Recalde. El resto quedó al pairo al otro lado del cabo aguardando la llegada del alba. Pero aquella misma noche el temporal se convirtió en galerna y los barcos que no habían podido entrar en el puerto se dispersaron como paja aventada en una era.

4
PLYMOUTH

Después de seis días de mar, la Speedwell regresó a Plymouth para hacer aguada, dar un día de descanso a la tripulación y sacar de los arsenales del castillo una mano de mosquetes. Aunque montaba artillería ligera, la pinaza no dejaba de ser un barco auxiliar, dedicado a llevar avisos y hacer descubierta, sin gente de guerra. No obstante, tras el encuentro con los corsarios franceses, a Trenton se le ocurrió formar una pequeña partida de tiradores con los moquetes que había conseguido. Reunió a sus hombres en el combés y les preguntó quiénes eran capaces de manejarlos. Levantaron la mano una docena, entre ellos Gabriel.

—Bueno, señores, haremos una prueba de destreza —dijo Trenton. Tenía una voz hermosa y varonil que se dejaba oír con facilidad—. Tiraréis por turno tres veces. Quienes logren hacer más blancos tendrán estos cinco mosquetes y formarán el trozo de tiradores.

El blanco era un balde con las duelas podridas que había sido clavado en la botavara y los hombres dispararían desde la cubierta de la tolda, a popa. El concurso de tiro levantó tal expectación que hubieron de suspenderse las faenas durante un rato para que la tripulación no se le sublevara. Era un día soleado y fresco. Los

barcos metidos en la ensenada de Plymouth formaban un bosque flotante y sin hojas. Las gaviotas sobrevolaban las cubiertas y se peleaban por los desechos que flotaban sobre el agua. Las olas batían suavemente contra los cascos y las nubes se desplazaban con rapidez por un cielo azul claro. De otros navíos llegaban voces indistintas, traídas por el viento, el redoblar de algún tambor, los silbatos de los contramaestres, alguna salva.

El primer tirador era un joven larguirucho, pelirrojo y algo desmañado que parecía tener dificultades para manejar el pesado mosquete, casi tan largo como él. Al ponerlo en vertical se le escurrió y el extremo de la caja golpeó con fuerza la tablazón de la cubierta.

—¿Estás seguro de que sabes usar eso, muchacho? —le preguntó Trenton.

—Sí, señor —respondió el tirador con seguridad, y se apresuró a verter dentro del cañón una medida de pólvora, introducir la bala de plomo, gruesa como un pulgar, y afirmarla con varios golpes de baqueta. A continuación, con el mosquete terciado, cebó la cazoleta con pólvora más fina, cerró la cobija y avivó la mecha.

El joven volvió a tener dificultades para colocar sobre las tablas la horquilla de madera y metal que le serviría para apoyar el extremo del cañón. Tanto se balanceaba la horquilla mientras apuntaba que algunos hombres se agacharon o se quitaron de en medio por temor a ser alcanzados y, cuando al fin el pelirrojo consiguió afirmar el mosquete y halar del gatillo, el disparo salió tan desviado que rozó un cabo de labor situado dos varas por encima del balde.

Los dos siguientes disparos tampoco dieron en el blanco. El cuarto tirador ni siquiera sabía enganchar la mecha en el serpentín, y el contramaestre, considerándose engañado, le dio un par de rebencazos. Otro marinero, a raíz de esto, decidió abandonar voluntariamente el grupo de aspirantes, lo que no lo libró de recibir el mismo castigo. El quinto tirador fue el primero en acertar al balde, aunque fuera con un mordisco en el borde superior. En la primera ronda sólo se consiguieron cinco dianas. La bala de Gabriel, que tiraba el penúltimo, dio de lleno en el centro del balde, y eso le valió la ruidosa felicitación de los hombres de su camarilla, que hicieron suyo el logro. En la segunda ronda se hicieron siete blancos

y para la tercera fue preciso sustituir el balde por otro menos estropeado. En ella sólo participarían los que habían conseguido alguna diana, y Trenton anunció que se tendría en cuenta el tiempo que cada hombre tardase en cargar y disparar el arma. Gabriel se esforzó por obtener un buen resultado y su empeño tuvo recompensa: fue el más rápido de los que acertaron al blanco.

Finalizado el concurso, el capitán quiso hacer entrega de los mosquetes a los cinco elegidos. Según los nombraba el contramaestre, los hombres cruzaban entre sus compañeros y se acercaban a la cubierta de la tolda, donde Trenton los felicitaba y les entregaba el arma, una bolsa de balas y un cuerno con pólvora.

Gabriel se aproximó despacio, con el rostro bajo. Con cada paso notaba en la cadera el suave roce de su cuchillo. Y aquel roce le resultaba tan agradable como inquietante. Pensó que, si quisiera, podría sacarlo con rapidez al llegar a la altura de Trenton y sajarle de un tajo el cuello, pero no saldría con vida del lance. Y sería una muerte demasiado fácil, sin preguntas ni respuestas. El inglés jamás comprendería por qué era acuchillado y Gabriel se privaría del espectáculo de tenerlo a su merced, de ver su expresión cuando se enterase de quién era, cuando supiera que venía a vengar a Isabel.

—Le felicito, señor l'Avide —le dijo Trenton con una breve sonrisa. La brisa jugueteaba con unos mechones de cabello que se habían zafado del lazo que los sujetaba—. Si todos los tiradores fueran como vos, no tendríamos nada que temer de los españoles.

—Gracias, capitán —respondió Gabriel, y alzó el rostro para verlo bien. Tenía la piel curtida por la intemperie, el rostro cuidadosamente afeitado y los ojos muy claros, chispeantes aún por la emoción del concurso.

Trenton se quedó quieto con el mosquete en las manos. La sonrisa se le heló en los labios y en sus ojos apareció una expresión de incredulidad.

—¿Nos hemos visto antes?

—No creo, capitán.

—¿Estáis seguro? Vuestro rostro me resulta familiar —dijo Trenton mientras lo escrutaba con interés. Gabriel llevaba el pelo suelto, a la altura de los hombros, y la barba un poco más larga de

lo habitual.

—Completamente. Yo nunca olvido una cara.

Trenton calló unos instantes. Continuaba sin entregarle el mosquete. La escena despertó la curiosidad de los tripulantes y un rumor de voces se dejó oír en la cubierta de la pinaza.

—El señor Ugalde me ha hablado de vos.

—Trabajamos juntos para un armador de Cherburgo.

—¿Un armador o un contrabandista?

Ahora le tocó a Gabriel el turno de guardar silencio. Debía andarse con cuidado. No sabía cuánto le habría contado Ugalde. Trató de buscar su complicidad, pero el piloto estaba rodeado de marineros y miraba hacia otro lado.

—Un abogado me recomendaría que me declarara inocente, capitán —se arriesgó a decir. A Trenton le hizo gracia el comentario y soltó una carcajada. Otros hombres lo imitaron.

—¿Y antes qué hacíais?

—Mandaba una nao y comerciaba con ella, pero los piratas de Dunquerque la abordaron y me despojaron de todo. Entonces comencé a navegar para otros.

Trenton asintió.

—Tengo entendido que habéis sido barbero.

—De joven fui ayudante de barbero y aprendí algo del oficio —dijo, midiendo cada palabra. Trenton lo miraba a los ojos—. Poca cosa.

—¡Sabe bien su oficio! —gritó una voz anónima.

—¿Quién lo dice? —preguntó Trenton al tiempo que se giraba hacia la tripulación. No le gustaba que sus hombres se amparasen en la masa para hablar.

—Jack Cummings, capitán —dijo el marinero, dando un paso al frente—. El señor l’Avide me curó con mucha maña en la prisión de Plymouth. A mí y a otros presos.

—¿Y se puede saber de qué os curó?

Cummings se dio cuenta de que había metido la pata. Miró alrededor y guardó silencio, pero la expresión del capitán no invitaba a evadir la respuesta.

—De un divieso en el trasero, señor —dijo al fin. Como había

esperado, su respuesta provocó las risas y burlas de los compañeros.

—¡Silencio! —ordenó el capitán—. Señor
l’Avide,
creo que no os voy a dar el mosquete.

Gabriel sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Debía de haber hecho algo mal para despertar la desconfianza de Trenton, pero pensó en el cuchillo que portaba y logró serenarse.

—Estoy a vuestras órdenes, señor.

—Puedo prescindir de un mosquetero, por bueno que sea, pero no de un barbero.

Por la mañana se hicieron nuevamente a la mar. Se habían avistado barcos españoles en aguas próximas a Inglaterra, y eso inquietaba sobremanera al almirantazgo, que necesitaba saber cuántos eran y qué pretendían.

La misma tarde en que fue nombrado barbero, el capitán le hizo llegar un estuche con instrumentos y una arquilla con remedios, jarabes y lavativas. Pese a lo reducido de la tripulación, a Gabriel no le faltó el trabajo ni un solo día. Los hombres llevaban tanto tiempo sin atención médica que acumulaban en sus cuerpos males para colapsar un hospital. En poco tiempo había tratado calenturas, hecho sangrados, sanado pústulas y heridas, sacado dientes y afeitado a media tripulación. Algunos, para no ser menos que los demás, se inventaban las dolencias, pero Gabriel los atendía con paciencia e intentaba ganarse su voluntad. Más adelante podría necesitar la ayuda de cualquiera de ellos.

Los momentos libres los pasaba junto a Mahagüini y los demás hombres de la improvisada camarilla. El señor Cummings era uno de los mosqueteros, y el arma de Gabriel acabó en manos de Mahagüini, que, pese a no haber dicho nada, tenía buena puntería. Se descubrió una mañana en que el señor Cummings le prestó la suya para zanjar una apuesta. El tiro del medio indio fue tan certero que sorprendió a todos.

—¿Por qué no dijiste nada cuando hicimos la prueba? —le preguntó Gabriel. Se encontraban los dos aferrados a uno de los estayes en el extremo de la pequeña cubierta del castillo, casi sobre la proa. Allí el cabeceo era más acusado que en cualquier otro lugar de la nave, el viento los azotaba con fuerza y recibían algunos rociones de espuma, pero podían hablar con la seguridad de que

nadie los escucharía.

—No quiero cazar españoles a tiros.

—¿Desde cuándo te importa de qué nación es un hombre?

—Ahora me importa.

—Pues falla aposta —dijo Gabriel con impaciencia. No comprendía los escrúpulos de su amigo—. Otro en tu lugar no lo hará. Además, tener un mosquete nos vendrá bien.

—¿Para matar a Trenton?

—Para lo que sea.

Mahagüini se encogió de hombros.

—Esta gente quiere destruir la armada del rey Felipe.

—Y el rey pretende desembarcar un ejército en Inglaterra y deponer a su reina.

—Pero nosotros somos españoles.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que deberíamos aprovechar que estamos aquí, infiltrados en su flota, para causarles algún daño.

Gabriel no estaba allí para eso, pero no quiso menospreciar las palabras de su amigo. Mahagüini era un hombre tan callado que era difícil saber lo que pensaba, lo que en realidad anidaba en su corazón.

—Si para ti es importante defender a tu nación, adelante, no seré un estorbo —le dijo, midiendo las palabras—. Tampoco a mí me gustan estos ingleses.

—Sabes que te seguiré hasta el final en tu venganza, l’Avide, pero si de paso puedo perjudicarlos, no dudaré en hacerlo.

—Y yo te ayudaré —declaró Gabriel. Estaba convencido de que ese compromiso estorbaría sus planes, pero nobleza obligaba.

En aquella segunda travesía de vigilancia, la Speedwell no tuvo suerte. Después de una semana de vanas singladuras por un Atlántico hostil, dando bordadas y capeando vientos contrarios, los víveres comenzaron a escasear y no habían conseguido avistar un solo barco sospechoso. Pero Trenton se negaba a regresar a Plymouth con las manos vacías, y su tenacidad acabó dando frutos. A veinte leguas de los islotes más occidentales de las Sorlingas abordaron un pesquero portugués que se dirigía a Terranova y apresaron a su capitán, cuyo interrogatorio les proporcionó una

noticia sorprendente: la armada española se había dispersado a causa de un temporal y llevaba varios días surta en La Coruña, a la espera de recuperar todas sus unidades.

Finalizado el interrogatorio, Trenton reunió a la tripulación en cubierta.

—¡Mis señores —les dijo a voz en grito—, volvemos a casa!

Los hombres acogieron el anuncio con un rugido de satisfacción.

5
LONDRES

Desde que aceptara colaborar con Zarco, Marcia se había vuelto más suspicaz. Sentía a veces, sin explicación aparente, que la seguían por la calle o la miraban con excesivo interés. No hacía mucho descubrió desde la ventana de la casa de Fátima a un hombre que había estado observando la casa demasiado tiempo. Seguramente se trataba del aburrido parroquiano de una taberna cercana, pero no podía evitar preocuparse. El peligro estaba siempre presente. Todos se arriesgaban. Y Joao, más que nadie.

Uno de aquellos días Joao le comunicó que Zarco quería verla de nuevo, en la sastrería de Carter Lane. La premura de la cita extrañó a Marcia, pero su cuñado no supo, o no quiso, darle más explicaciones.

El paseo hasta la sastrería les llevó un buen rato, ya que se hallaba en el centro de la ciudad. Al entrar se dieron de bruces con una estancia pequeña y abarrotada de géneros entre los que curioseaban dos mujeres. En las abigarradas estanterías, que se elevaban hasta el techo, se apilaban fardos y más fardos de telas de distintas texturas y calidades. Mientras Marcia contemplaba atontada aquella primavera de colores, de matices y tonalidades, se les acercó un caballero bajo, calvo y rellenito que se presentó como mister Bell.

—Quiero comprarle a mi esposa una falda con verdugados —dijo Joao.

—No me sientan bien los verdugados —respondió Marcia.

—Eso dependerá de quién cosa la falda —apuntó el sastre con una sonrisa antes de pedirles que pasaran a otro cuarto donde una

costurera le tomaría las medidas.

Tras una gruesa cortina de terciopelo azul había un pequeño pasillo que desembocaba en una estancia más amplia e iluminada. Por sus ventanas, algo sucias, alcanzaba a verse Carter Lane. El señor Zarco los esperaba con las manos en la espalda y su habitual media sonrisa. Marcia no lo veía desde la visita a la feria de Tyburn.

El primer asunto que abordó se refería a Joao, no a ella. Al parecer, el joven agente se estaba exponiendo demasiado. Pese a contar con las simpatías de Figueiredo, y a la cobertura que sus delegaciones le proporcionaban, la inteligencia del Prior no descansaba. Ni la inglesa. En los últimos meses estaba más activa que nunca y repartía dinero con una liberalidad jamás vista.

—Y aquí es donde entráis vos, señora —le dijo Ramón Zarco, o Manuel de Aranda—. Joao ha viajado con demasiada frecuencia a Kent y necesita una pequeña tregua. Es arriesgado que vuelva de nuevo a los puertos del estrecho de Calais; sin embargo, es allí donde se encuentran las escuadras de Seymour y Howard. ¿Sería mucho pediros que viajarais a Dover y averiguaseis todo lo posible sobre ellas? Cualquier disculpa os valdrá.

Marcia pensó que era más fácil decirlo que ponerlo en práctica.

—¿Tan importante es conocer la posición de sus barcos?

Zarco esbozó una sonrisa amable mientras pensaba.

—La situación exacta de sus escuadras nos dará información sobre su estrategia, mi señora, y eso ayudará a definir la nuestra. Si alguna de esas escuadras se uniera a Drake en Plymouth, dejaría más indefenso el estrecho, pero indicaría un posible ataque contra la península o una batalla en la entrada del canal.

—Podéis contar conmigo, señor Zarco, siempre habéis podido hacerlo. Pero a cambio quiero que garanticéis nuestra seguridad. Si nos descubrieran, tendríamos que abandonar este país de inmediato. Y eso no puede improvisarse de un día para otro.

Zarco se llevó la mano a la barba entrecana y paseó hasta una de las ventanas, donde pareció entretenerse en observar el vuelo de unas moscas. El techo de aquella sala estaba abovedado y pintado de azul claro. Había algunos cuadros en las paredes, y una alfombra bastante limpia, entre cuyos dibujos predominaba también el azul, cubría el suelo. De la tienda les llegaba el rumor de conversaciones. Marcia se preguntó si residiría allí Zarco. Este se volvió hacia ella y

la miró con sus ojos grandes y claros.

—En caso de que eso suceda, tened por seguro que os sacaremos de aquí.

—Quiero vuestra palabra —insistió ella—. Es mucho lo que se juega mi familia.

—Por mi honor os lo juro —aseguró Ramón Zarco. Y cuando todo parecía dicho, añadió—: A propósito de vuestra familia, ¿sigue interesándoos saber del señor l’Avide?

Marcia sintió un vértigo tan repentino como intenso, la sangre se le retiró a lo más profundo del cuerpo y a continuación ocurrió lo contrario: el corazón se le aceleró y le subió el arrebol a las mejillas.

—¿Sabéis algo nuevo sobre él?

El agente asintió con un movimiento lento que no presagiaba nada bueno.

—Fue apresado en Plymouth hace meses.

—No puede ser. —Marcia se llevó las manos al rostro. Había oído hablar de las cárceles inglesas, y temió por la vida de Gabriel —. Pero ¿está herido? ¿Lo han procesado? ¡Oh, Virgen santa! No tendrán clemencia con un corsario enemigo.

—No fue apresado por hacer corso, sino por contrabando. Podéis estar tranquila a ese respecto. Las autoridades son más laxas con estos delitos, sobre todo en Cornualles, que vive del contrabando. Por lo demás, sé que los sorprendió una patrulla costera mientras desembarcaban la mercancía y que hubo una escaramuza con cruce de aceros y disparos. La mayoría logró escapar, pero a tres o cuatro los prendieron.

—¿Y eso es todo lo que sabéis?

—La actividad y el revuelo en aquella villa son grandes, entendedlo, y es difícil obtener noticias fiables. Pero todo indica que a l’Avide se le acabó su estrella.

La última frase de Zarco, aunque inoportuna, resumía de manera esclarecedora el sino de Gabriel, un hombre que caminaba siempre sobre el filo de la navaja, en pos de la aventura, poniendo en riesgo la vida, un hombre que no podía escapar de su pasado ni huir de su destino, un destino caprichoso que lo había conducido a una prisión

inglesa.

—Cualquier detalle que sepáis, por nimio que sea, os ruego que me lo hagáis saber —musitó antes de despedirse.

—Contad con ello, señora.

De vuelta a la casa, Isabel le preguntó si tenía alguna novedad, pero ella le respondió con vaguedades. Sabía que a Zarco le gustaba compartimentar la información, y, sobre todo, no quería que ella se enterase de las prisiones de Gabriel, al menos de momento. Su resolución era firme; sin embargo, le costó mantenerla. Era duro guardarse para sí algo tan preocupante, y en más de una ocasión estuvo tentada de contárselo a su cuñada.

Marcia no le había dedicado a Gabriel muchos pensamientos en los últimos años. El tiempo y la distancia no sólo le habían hecho relegarlo a un segundo plano, sino que también lo habían desdibujado, sus facciones, su voz, sus palabras. Su mente confundía lo que dijo y lo que hizo con el recuerdo que tenía de ello, y estos recuerdos, a su vez, pasado el tiempo, suplantaban a los originales y todo flotaba en una bruma confusa. La acuciante realidad de cada día golpeaba tan fuerte en su ánimo, la emoción de sus empresas la absorbía de tal forma que le resultaba difícil abstraerse a ellas. Pero Isabel parecía haber traído consigo la presencia de su hermano, pues era su vivo retrato. Su rostro, su mirada, sus expresiones y ademanes eran tan semejantes que verla era como tener delante a Gabriel.

XX

1
La Coruña

La galerna estuvo batiendo con fuerza las costas del noroeste durante cinco largos días al cabo de los cuales se hallaban en el puerto no más de cuarenta barcos.

El duque, viendo la pérdida que su obstinación había provocado, cayó en una honda depresión. No quiso bajar a tierra, ni salir de su camarote ni probar alimento alguno. Los principales y los caballeros de su séquito se preocuparon en extremo y se relevaron en la puerta de la cámara hasta que, dos días después, dio el duque señales de vida. Uno de sus primeros actos fue llamar a Duarte para hacerle entrega de una misiva.

—Quiero que se la confiéis al marqués de Cerralbo para que la haga llegar sin retraso a Su Majestad. —Y se la alargó con mano temblorosa. Duarte la cogió con los dedos, pero el duque no la soltaba, como si aún dudara de enviarla, y permanecieron así unos momentos, sujetando la carta cada uno por un extremo—. No puedo soportar por más tiempo el peso que se ha depositado sobre mis hombros, señor Salazar, y renuncio a esta empresa —le confesó don Alonso al soltar la carta. Tenía la voz transida por la emoción, y el asistente bajó la vista—. De su buen suceso dependen la defensa de la monarquía y el destino del mundo. Ah, tan grande la apuesta y tan inexpertas mis manos… Ya veis los resultados: la flota ha quedado debilitada y el reino, vacío de soldados, barcos y medios, y limpias sus arcas. Si lo que está aún en pie se echara a perder también, ¿cómo podríamos defendernos de los peligros que nos acechan?

Duarte no sabía qué decir ni cómo consolar a aquel hombre.

—Demorad su envío unos días, excelencia, al menos hasta saber cuánto se ha perdido aquí —dijo por fin—. Quizá sea menos de lo

que creéis.

Las palabras de su asistente hicieron volver a Medina Sidonia al presente, pareció darse cuenta de dónde estaba y con quién hablaba, recobró la compostura y lo despidió con una tímida sonrisa.

—Id, id y entregádsela al marqués.

Duarte embarcó en un batel que lo acercó a la playa de la Marina. El agua estaba picada incluso en el interior de la bahía y en el cielo persistían los nublados. En la playa se encontró con Pechoabierto y sus compañeros.

—Te estábamos esperando, sargento —lo abordó con semblante serio el cabo de escuadra.

—Pues no tengo mucho tiempo, amigos. Debo entregar incontinente esta misiva al marqués de Cerralbo.

—Tampoco nosotros lo tenemos, que ya hemos perdido media mañana por esperarte. Pero será sólo un instante.

—Soy todo oídos.

—Tal vez sea una tontería, pero Parrita cree haber visto en su navío a Branca.

Duarte quedó confundido por aquello, pero al punto reaccionó.

—No hay mujeres en la Armada.

—Pues yo podría jurar que la he visto —intervino Parrita—. Vestida de varón.

—¿Podrías jurar?

—Sí, podría.

—¿Tú también la has visto? —le preguntó Duarte a Pechoabierto, que negó con la cabeza—. ¿Y eso? ¿No navegáis los dos en el San Juan?

Duarte no había conseguido que Pechoabierto y los hombres de su escuadra embarcasen en el San Martín, y los habían destinado, según creía, al galeón San Juan, de Recalde, como parte de la tropa escogida que también este llevaba consigo.

—No. A mí y a Sancho Crespo nos mandaron a la Regazona —dijo Parrita—, la nao capitana de la escuadra de Levante. Y Ariztimuño embarcó en la Rata Encoronada, de la misma escuadra. En ella viaja el general Alonso de Leyva, que manda la vanguardia.

—Vaya nombre —comentó Sancho Crespo.

—En realidad la nao se llama Santa María Encoronada —les

explicó Ariztimuño—, pero la tripulación ha dado en llamarla «la Rata» por su anterior capitán, un genovés apellidado Ratti.

—¿Y habéis hablado con esa mujer? —los cortó Duarte.

—La Regazona transporta a medio millar de gente a bordo, señor sargento —respondió Parrita—. La vi ayer por la tarde, cuando repartieron la cena. Nosotros estábamos en la cubierta de la tolda y ella, en la del castillo de proa, entre un grupo de soldados de otra compañía, vestida de varón, como dije. Me fijé en ella porque me estaba mirando y me pareció demasiado joven para ser soldado. Cogí a Sancho del brazo y se lo dije, pero al mirar de nuevo hacia el castillo, ya no estaba.

El aludido asintió y Duarte guardó silencio un momento, pensando en lo que había dicho Parrita, pero le resultaba tan inverosímil la historia que acabó por descartarla.

—Te habrás confundido. No tiene el menor sentido. ¿Cómo se ha alistado, cómo ha conseguido la ropa, las armas? ¿Qué va a hacer ella aquí?

Parrita se encogió de hombros.

—Yo qué sé, pero juraría que era ella.

—Jurarías, jurarías… No me valen los condicionales, Parrita. ¿La has visto o no la has visto? —El soldado bajó la cabeza sin afirmar ni negar—. Pues eso. Cuando estés seguro me lo dices.

—No te pongas así, Duarte —dijo Pechoabierto—. El hombre ha creído verla y ha venido a decírtelo. ¿Preferirías que no lo hubiera hecho?

—Me habría evitado una preocupación.

—Bueno, pues esta nos la dejas a nosotros. Si está a bordo de la Regazona, ten por seguro que daremos con ella.

Al poco se despidieron y Duarte prosiguió su camino. Cruzó la muralla por la Puerta Real y se dirigió al palacio del marqués de Cerralbo, donde se dio a conocer a un criado y le mostró las armas de la casa de Medina Sidonia, impresas en el lacre de la misiva. Al punto vino a atenderlo un criado de mayor rango, que se hizo cargo de aquella y le aseguró que la haría salir de inmediato con la posta del marqués.

Duarte se tomó con más calma el regreso y se dedicó a pasear por la villa, que rebosaba de actividad. El arribo de la Gran Armada había movilizado a proveedores, arrieros, comerciantes, soldados,

cargadores y artesanos de todos los oficios, y las calles y plazas estaban bulliciosas y llenas de vida. Duarte, para poder continuar, debía apartar a veces a los viandantes, o dejar paso a una recua de mulas, o a una bandera de infantes. Las calles en cuesta, los campos verdes, el olor a mar y el colorido y bullicio de La Coruña le recordaban vagamente a Angra. Aquel pensamiento le hizo detenerse, pues cayó en la cuenta de que allí vivía una persona a la que no veía desde hacía ocho años. O eso fue lo que en su día le dijeron. Y le apeteció visitarla. Preguntó a un aguador por la familia Del Puerto y el hombre le respondió que unos armadores con ese apellido vivían en la plazuela de Santa Bárbara, no lejos de allí, y le explicó cómo llegar.

A Duarte no le costó encontrar la casa y, cuando vacilaba si llamar o no, con la aldaba en la mano, se abrió la puerta y apareció por ella un hombre barbado y hosco.

—¿Gabriel del Puerto? —preguntó dubitativo.

—Dios me asista, confundirme con ese pirata bribón —respondió el hombre con un gruñido, y siguió con prisas su camino, pero a los cuatro pasos se detuvo—. ¿Y quién carajo sois vos? ¿Un cobrador, un alguacil o un cabo en busca de reclutas?

—Soy asistente de don Alonso Pérez de Guzmán, capitán general de la Armada.

—Uy, qué miedo me dais —dijo aquel hombre, al que, pese a continuar enfadado, sin duda le empezaba a picar la curiosidad—. ¿Para qué buscáis a Gabriel?

—En realidad querría transmitirle mis parabienes a doña Marcia Henriques, su esposa.

Aquella frase hizo que el hombre recortase la distancia que los separaba, pusiera los brazos en jarras y lo mirase con enorme suspicacia.

—Me parece que vais a tener que barajarme eso por lo menudo, señor quien quiera que seáis.

—Duarte Salazar.

—¿Qué?

—Es mi nombre.

—¿Duarte Salazar, el hijo de Pedro Salazar?

—El mismo, pero ahora sois vos quien debería darme una explicación.

Duarte estaba desconcertado por que un desconocido supiera el nombre de su padre, y más aún por que su actitud hubiera dejado de ser hostil.

—No os alteréis, caballero —dijo con una sonrisa en los labios y una chispa cálida en los ojos—. En verdad que nunca nos hemos visto, pero sé de vos por vuestro padre, al que conocí allá por el año ochenta y dos. Habéis preguntado por Gabriel y Marcia, ¿no es así? —Duarte asintió y el hombre prosiguió—: Yo estaba con ellos cuando sacaron a don Pedro de Terceira. También conozco a vuestro tío, Rafael de Castro.

—¿Y vos sois…?

—Martín Robledo, a vuestro servicio —respondió el hombre al tiempo que le tendía la mano y le daba un fuerte apretón—, pero me temo que de poco voy a serviros, porque ni Gabriel ni Marcia están en La Coruña. Hace años que se marcharon de aquí, cada uno por su cuenta.

—Pero esta es la casa de Gabriel del Puerto.

—De su tío Sancho. Yo no soy originario de esta villa, y los Del Puerto son como mi familia. Raro es el día que no me acerco a verlos. Tengo una fragua más abajo, en la calle de la Amargura.

Duarte acompañó a Martín Robledo hasta su casa y echó con él un rato que le pareció corto. Era este Robledo un hombre campechano y charlatán, que gustaba de contar anécdotas, sabía muchas y lo hacía bien, por lo que el tiempo discurrió tan deprisa que cuando quiso darse cuenta estaban llamando las campanas al ángelus de mediodía. Duarte hubo de dejar, con pesar, a su reciente amigo con la promesa de futuras veladas y marcharse a la carrera hacia el puerto, donde el barquero del batel llevaba horas esperándolo.

2
LONDRES

Sir William Newport invitó a Marcia a una fiesta en el palacio de Hampton Court en homenaje al nombramiento de su tío, Christopher Hatton, como lord canciller de la universidad de Oxford, y ella dejó caer su interés por visitar Dover. El caballero

cogió en el aire sus palabras y se ofreció a acompañarla cuando quisiera.

El festejo fue todo lo pretencioso que un consejero real se merecía, pese a que la hacienda de lord Hatton no estaba en sus mejores momentos. Newport se preocupó de agasajar a los invitados con entretenimientos, juegos, bailes y viandas. Por la mañana, aprovechando la tregua que dio la lluvia, se realizaron en los jardines del palacio juegos de petanca, en los que estaba permitida la participación de las damas, una competición de tiro con arco y otra de bádminton, un deporte muy practicado en Londres. A instancias de sir William, Marcia tomó una de las palas de madera maciza, pero le resultó imposible golpear con ella el pequeño volante de cuero y plumas, y pronto desistió. A mediodía se ofreció un almuerzo abundante y exótico servido en una hermosísima vajilla, y por la tarde la lluvia obligó a trasladar el entretenimiento al interior del palacio, donde se habilitaron varias mesas para jugar a las damas, a la oca o al tejo, un juego en el que había que deslizar una moneda sobre la superficie pulida de una larga mesa y hacerla llegar lo más cerca del borde opuesto sin que se cayera. En este juego logró Marcia, a base de pulso y buen ojo, desquitarse del fiasco del bádminton. En consideración a las damas presentes las apuestas eran testimoniales.

Durante la velada, sir William Newport, ejerciendo el privilegio del anfitrión, se mantuvo al lado de Marcia, mientras que Dobson hubo de contentarse con observarla de lejos y lanzarle miradas de cordero degollado. Aquella actitud resultaba tan teatral y graciosa que despertaba sus peores instintos. Había venido dispuesta a divertirse, y por Cristo que lo haría. Para mortificarlo se pegaba más a Newport, simulaba atender a sus explicaciones o reía exageradamente alguna salida, para, a continuación, dispensarle una sonrisa cómplice que le devolviese las esperanzas.

Marcia se había vestido con una saya de cuerpo entero de brocado granate con adornos dorados y un escote cuadrado que dejaba ver la parte superior de la camisa, sin apenas gorguera. Las mangas eran amplias y acuchilladas y llevaba un sencillo pero valioso collar que le había prestado Juana Abreu.

Cuando el día comenzó a declinar, se encendieron los candelabros y un cuarteto de músicos profesionales, provistos de

flauta, violín, viola y de un hermoso clavecín, ocupó su puesto. Después de unas melodiosas tonadas, en las que el clavecinista se lució y cosechó una salva de aplausos, dio comienzo el baile, que abrió lord Hatton. Con la barba puntiaguda y entrecana, el gorro inclinado con coquetería y ropajes negros y ricamente ornamentados, seguía resultando un hombre apuesto. Y un excelente bailarín. Las animadas danzas hacían subir los colores y los calores. Las mujeres que tenían abanicos los agitaban con rapidez para refrescarse. El humo de las velas, los olores corporales y los fuertes perfumes volvían el aire denso. Marcia enlazó, junto a Newport, una tanda de bailes muy exigentes que la dejaron sudorosa y exhausta. Su galán la acompañó a una de las sillas y permaneció a su lado un rato, susurrándole con fingida seriedad chismes punzantes sobre los asistentes.

—¿Se os ofrece un refresco, señora Henriques? Os veo sofocada.

—Os lo agradeceré, sir William, estoy sedienta. —La joven lo deseaba desde hacía un rato, pero la aglomeración de gente frente a las mesas donde servían bebidas la había disuadido de intentar llenar su vaso.

Partió el caballero en pos del refresco. Apenas se había alejado unos pasos cuando Dobson se presentó al lado de Marcia, sigiloso como un gato.

—¿Me concedéis este baile, señora?

Alzó la vista la mujer para encontrarse con los ojos chispeantes de sir Henry.

—¿No veis lo agotada que estoy, caballero? —respondió ella con un mohín travieso—. Llevo más de una hora danzando con William.

—No hace falta que lo juréis. Vuestro amigo… William es más pegajoso que la melaza —dijo con acritud, mas al punto dulcificó la voz—. Os ha acaparado toda la tarde, mi señora. ¿No tendréis un poco de caridad cristiana para este rendido admirador vuestro?

Dobson habíase inclinado al decirlo, acercando su cabeza a la de ella. Había inquietud en su voz y premura en su gesto. Sus ojos oteaban el horizonte y valoraban el tiempo que tardaría su rival en regresar. A Marcia le resultó muy atractivo. Los músicos atacaron una *courante*, ella le tendió la mano y Dobson la arrastró hacia el centro del gran salón de Hampton Court. Las mujeres, con los ojos bajos, hicieron una reverencia a los caballeros para mostrarles su

delicadeza antes de iniciar los lentos compases y evoluciones de la danza.

—¿Os complacéis en hacerme daño? —le soltó a bocajarro Dobson.

—Cielos, no. ¿Por qué lo preguntáis?

—Me habéis estado esquivando toda la tarde.

—Señor Dobson, hasta vos comprenderéis que he venido aquí como invitada de sir William y que no puedo ignorarlo sin ofenderlo.

—Pero a mí sí —apuntó él. Tenía el ceño fruncido.

—¿Ignoraros u ofenderos? —preguntó Marcia con una sonrisa contenida.

—Ambas cosas.

—Estoy bailando con vos. ¿No es suficiente para vuestro orgullo herido?

La respuesta pareció calmar a Dobson, que trató de conseguir una cita con ella. El sonido melodioso de los instrumentos y su tono mesurado les permitía hablar sin alzar la voz mientras se desplazaban en paralelo, unos pasos hacia los lados, otros tantos hacia delante y hacia atrás, se daban la cara haciendo nuevas reverencias o giraba ella alrededor de él, sujeta de su mano.

—Este último mes nos hemos visto más que nunca.

—Pero nunca a solas. Vuestro sir William no se despega de vos.

—Tuvisteis vuestra oportunidad y la dejasteis escapar. Y ahora, cuando vuestro amigo aparece en el horizonte, pretendéis volver como el dueño de una oveja que reclama su propiedad.

—¿Vos, una oveja? Más diría que sois una loba.

—¿Una… loba? No considero que ese sea el camino de la concordia.

—No es concordia lo que yo deseo, sino pasión.

—Pero compararme con una alimaña… Vamos, sir Henry, habéis tenido frases más atinadas.

Marcia dijo aquello con ligereza, pero Dobson agravó el semblante, como si de repente las bromas hubieran quedado atrás.

—No fue casual, señora —le respondió con seriedad—. Admiro a esos animales, y, como ellos, sé que sois una mujer osada y astuta. Y llena de secretos.

—¿Los lobos tienen secretos?

—Burlaos si queréis —la ironía de Marcia no hizo perder a Dobson el hilo de su discurso—, pero tened cuidado con Newport, porque bajo esa apariencia cordial se esconde un hombre peligroso.

—Os ciegan los celos.

—No, Marcia. He oído cómo hablaba con vuestro hermano de la necesidad de teneros vigilada. —En aquel momento, las evoluciones de la danza los situaron uno frente al otro, y ella vio que sir Henry se mostraba sinceramente preocupado—. No lo digo para indisponeros con mi rival, aunque os resulte difícil de creer, ni por ganarme vuestro afecto, o algo más que el afecto. No sé qué papel desempeñáis en la corte de don Antonio de Avis, ni vuestras ideas y fidelidades, ni vuestro pasado, ni deseo saberlo, pero conozco bien a William y no es compañía femenina lo que busca en vos. Su objetivo es otro.

Por fortuna para Marcia, ya se habían emparejado y miraban ambos hacia delante, moviendo los brazos en un ligero aleteo y avanzando con pasos lentos y amortiguados, y Dobson no pudo observar la agitación que sus palabras le habían provocado. Trató de controlar el nerviosismo y componer el gesto.

—Desvariáis —alcanzó a decir Marcia.

—Llamáis desvarío a la buena fe.

—A la ojeriza que le guardáis a vuestro amigo.

—Si algo me hiciera desvariar sería el amor, no otra cosa.

—Ah, regresáis a las andadas.

—¿Qué he de hacer entonces para me creáis?

Las palabras de Dobson habían iluminado su mente. De golpe había comprendido algunos aspectos de la conducta de Newport que le chirriaban, pero este ya había aceptado su invitación a acompañarla a Dover, y estaría mal desdecirse. La pieza se terminaba y su anfitrión la esperaba junto a la pista de baile con expresión seria y una taza de refresco en la mano. A Marcia no le quedaba tiempo para más frivolidades.

—No penséis que vuestras palabras han caído en saco roto, Henry —se atrevió a decir—. Buscad un lugar apacible y público donde pasear y venid a buscarme mañana.

En el rostro de Dobson se reflejó una repentina sorpresa y en sus ojos brilló un relámpago de alegría.

—Dadlo por hecho —respondió con el último paso de la danza.

Y tomó su mano con gentileza y depositó en ella un levísimo beso.

La mañana siguiente al festejo, poco después del desayuno, sir Henry Dobson se presentó en la casa de los Lancastre. Saludó con buen humor al matrimonio, mantuvo con Geraldo una conversación breve pero ocurrente y, acompañados por el ama de llaves, que también era doncella y ocasional carabina, él y Marcia salieron a la calle y pasearon hasta Lincoln Inn Fields, una explanada de hierba con algunas casas y arboledas, rodeada por un murete bajo. La mañana era ventosa pero soleada.

El señor Dobson vestía en consonancia con su festivo estado de ánimo. Botas altas, ropa de tonos verdes, gorra negra, una capa corta, del mismo color, y una espada larga con una hermosa empuñadura de lazos con incrustaciones de plata.

Después de un breve ejercicio de esgrima verbal, con intercambio de galanterías y frases equívocas, Marcia redundó sobre el asunto que habían iniciado la tarde anterior. Mostrándose intranquila y a la vez sincera, le pidió más explicaciones sobre Newport.

—Vuestras palabras me inquietaron —le dijo.

—¿Seguís sin creerme?

—No es que no os crea, sino que estoy desorientada. Comprendedme. He tenido en los últimos tiempos un trato cercano con sir William, y pensar que desea de mí algo más que la simple compañía me tiene sobre ascuas.

—¿Cuán cercano?

—Oh, Henry, dejaos de ambigüedades y aclaraos de una vez. Ved que en unos días me acompañará a Dover, y, después de haberos oído, ya no me siento tan segura a su lado. ¿En verdad pensáis lo que dijisteis o fueron los celos los que hablaron por vuestra boca?

—No es buen momento para ir a Dover, señora.

—Deseaba ver los acantilados blancos. Cuando llegué a Inglaterra hacía tan mal tiempo que no salí de la cabina, y es una espina que quiero quitarme. Tengo entendido que son un espectáculo inolvidable. La primera tierra que avistaron los romanos cuando desembarcaron en Britania. El señor Newport se brindó a llevarme hasta allí y alquilar una lancha y enseñármelos desde el mar. ¿Qué debo hacer?

—Volveos atrás, entonces.

—No puedo.

—¿No podéis o no queréis?

—¿Es necesario que os lo diga? —esquivó Marcia la respuesta—. ¿Cuál es el peligro que me amenaza? Ayer os vi muy seguro y atento en vuestro papel de caballero, y hoy todo son suspicacias. Si no era más que una burda mentira para engatusarme y alejarme de sir William, id con Dios y dejadme tranquila.

—¿Tan importantes son los dichosos acantilados?

—Acompañadme vos también a Dover.

—¿Con Newport? ¿Para pelearnos como dos gatos en celo? Sed sincera por una vez y decidme qué pretendéis de mí.

—¡Cómo osáis hablarme así!

—Dejemos a un lado las máscaras, mujer, si es que sois capaz de hacerlo. ¿No sabéis acaso que desde que os conocí me volví loco, que beso el suelo que pisáis? Por vos sería capaz de todo, de mentir, de robar, de traicionar a mis amigos, a mi clase y hasta a mi patria.

—Cuánto disparate, caballero. ¿Es vuestra forma de impresionar a una mujer? ¿Os da resultado con otras?

—¡Ah, Dios! ¿Qué he de hacer para que me creáis? —le gritó en medio del parque, sin cuidarse de que lo escuchara la doncella de Juana Abreu o la gente que paseaba por Lincoln Inn Fields.

—Por Dios, Henry. ¿Qué espectáculo es este? ¿Acaso queréis mancillar mi nombre? —Marcia le dio la espalda y emprendió el camino de regreso ante la impresionada mirada de la doncella. Estaba violenta pero también agitada por la fuerza de aquel hombre, por la lucha que adivinaba en su interior.

—Esperad, señora. —Dobson llegó a su altura—. Está bien. Os acompañaré a Dover.

3
La Coruña

Los cálculos tan pesimistas del capitán general de la Gran Armada se demostraron errados. Amainó al fin la galerna y comenzaron a escucharse noticias de los barcos que no habían seguido la maniobra del San Martín. Una buena parte había hallado

fondeadero en puertos gallegos y cantábricos, desde Vivero hasta Santander, pero hubo algunos que permanecieron dando bordadas sobre la costa gallega y otros que, desconociendo las órdenes del duque, siguieron la derrota prevista y se allegaron hasta las islas Sorlingas, en la misma entrada del canal de la Mancha. Según recibían aquellas noticias, el duque despachaba falúas o carabelas para ordenar su pronto regreso a La Coruña.

El duque salió de su abatimiento. El rey no había aceptado su dimisión. Al contrario, en su respuesta le quitaba importancia a la decisión de entrar en La Coruña y lo alentaba a seguir adelante con la empresa, que no había persona más adecuada para llevarla a cabo sino él. Y don Alonso puso todo su empeño en complacerlo y dispuso realizar reparaciones menores en los barcos más dañados, hacer acopio de los bastimentos que necesitaban, así como de pertrechos para arcabuces y cañones, racionar el bizcocho, el vinagre y el aceite, de los que iban escasos, y repartir a las dotaciones, mientras permanecieran en puerto, pan recién hecho y carne y frutas frescas, tirar las salazones echadas a perder y embarcar mil carneros y mil bueyes vivos, trasladar a un hospital de campaña a todos los hombres que estaban enfermando, la mayoría por la mala calidad de los alimentos, como precaución para evitar cualquier brote de peste, y reclutar nuevas compañías para reemplazar las bajas y deserciones. Tantos fueron el celo, energía y diligencia que desplegó, y tan acertadas sus disposiciones, que hasta los más críticos con su actuación tuvieron palabras de elogio para él.

Con el trato constante y diario, Duarte fue conociendo mejor a Medina Sidonia, y se dio cuenta de que sobre él se cernía permanentemente la alargada sombra de Bazán, su prestigio, su formidable historia y la admiración que levantaba en quienes lo conocieron. No ignoraba que aquella Armada era su obra, que desde sus orígenes la había diseñado a su imagen y semejanza, la había visto crecer y formarse, que conocía sus virtudes y defectos, dónde encajaban sus piezas y, sobre todo, el porqué de cada una de ellas. Las directrices de Bazán habían respondido a propósitos específicos, mientras que las de Medina Sidonia eran tiros a ciegas. Las de aquel habían sido aceptadas sin rechistar por sus subordinados, por más descabelladas que hubieran podido resultar, pero las suyas se

discutían en interminables y agotadoras juntas. Frente a todo ello, don Alonso sólo podía ofrecer empeño, constancia y disciplina.

Duarte llegó a admirar la meticulosidad con que trabajaba, atendiendo a los aspectos principales, pero sin olvidarse de los pequeños, el cuidado con que observaba y tasaba a sus oficiales y asesores, la paciencia con que intentaba separar, entre los muchos y discordantes consejos que recibía, la paja del grano, y su ciega lealtad al monarca, aunque este rasgo en ocasiones resultaba, más que una cualidad, un defecto, de los que también andaba bien surtido don Alonso. Entre ellos, el más grave parecíale a Duarte la inestabilidad de su ánimo. Producto quizá de su propia naturaleza, del desconocimiento de los asuntos navales, del temor que el mar le inspiraba o de una conjunción de todo ello, lo cierto era que algunos días lo veía todo con optimismo y otros le resultaban siniestros, que ante un pequeño avance se elevaba y que se venía abajo con un impedimento.

Una plácida tarde de julio, soleada pero fresca, Duarte se encontró con Pechoabierto en una taberna cercana al puerto, donde su compañero lo había citado con premura y cierto misterio. Se trataba de un local estrecho y alargado, lleno de ruido y gente. Un fuerte olor lo impregnaba todo, mezcla de vino, salitre, suciedad y pescado. El ensordecedor ruido de las conversaciones de los que bebían, sus gritos y escandalosas risas irritaban a Duarte, que prefería lugares más tranquilos en los que se pudiera charlar sin tener que hacerlo a voces.

—¿Qué se te ofrece, Román? —preguntó a bocajarro Duarte, que había tenido que delegar un par de tareas para acudir al encuentro de su amigo.

—Aquí preparan unas parrochas exquisitas, señor sargento —respondió con cachaza el cabo—. No es cosa de dejar escapar la ocasión. Quién sabe en cuánto tiempo no volveremos a probar un manjar así.

Pechoabierto pidió a una moza que les trajera un plato de parrochas y dos cuartillos de malvasía, y le dio largas a su amigo hasta no haber dejado del pescado sino las raspas.

—Bueno, bueno, vamos al asunto —dijo tras pedir otro cuartillo de malvasía y soltar un eructo de satisfacción.

—Así lo espero, señor cabo, porque si os demoráis un

padrenuestro más os quiebro en la cabeza el asiento de esta banqueta, que a fuer de dura me está desollando las nalgas.

Rio el cabo y se arrancó por fin.

—No te he hecho perder el tiempo por gusto, Duarte. En realidad, aguardamos al mozo del que hablamos el otro día. —Pechoabierto lo miró con una chispa alegre en los ojos y prosiguió—: Parrita y Sancho Crespo han estado vigilando estos días la Marina, atentos al movimiento de los bateles, y me han confirmado que suele cenar en esta taberna con su grupo de camaradas.

—¿Qué más han descubierto esos dos?

—Al parecer, el muchacho se enroló a última hora en Lisboa, en una compañía suelta de portugueses, y se hace llamar don Luis, pero ni siquiera figura en las listas de embarque.

—Cuanto más me cuentas, menos me cuadra que se trate de Branca. ¿Estás seguro de que es ella?

—Seguro no, que el muchacho, o la muchacha, anda siempre embozado.

—¿Es entonces una mujer?

—Ya lo verás.

—Cuánto secreto.

—Entrando están —dijo el cabo, y señaló con la cabeza a un grupo de seis o siete soldados que en aquel momento cruzaban la abierta puerta hablando en voz muy alta y alborotando. La claridad exterior era mucha, y Duarte se fijó en uno de ellos, de menor altura, que se cubría media cara con el embozo de la capa. Por encima de él aparecían una piel blanca, unos ojos oscuros y unos mechones de cabello negro coronados por un sombrero demasiado ancho. El joven cruzó una rápida mirada con él, apartó la vista y siguió el paso de sus camaradas hasta desaparecer entre el gentío que llenaba la taberna.

—Vamos —dijo Duarte, seguro de que era una mujer, pero dudoso aún de que fuera Branca.

Los dos hombres se levantaron con presteza y siguieron la estela del grupo que acababa de entrar, abriéndose paso entre los parroquianos casi a la fuerza. Al fondo de la taberna, en un rincón más apartado, los soldados se apoderaron de una mesa recién abandonada. Sobre ella quedaban varios platos bien rebañados, otras tantas tazas con posos de vino y algunos regojos de pan.

Había, en aquel rincón, un poco más de espacio, y Duarte y Pechoabierto se situaron junto a la mesa. El embozado, que se hallaba encajado entre esta y la pared, mantenía la cabeza agachada, simulando atender algún detalle de su calzado.

—¿Por ventura os disgusta mi jubón? —preguntó con ceño fiero y acento portugués uno de los soldados.

—No es con vos la cosa —respondió Pechoabierto con no menos fiereza, pero ya todos se habían percatado de la presencia de los dos intrusos y algunos se levantaron y se llevaron las manos a las empuñaduras.

—No, por favor —dijo el embozado con voz falsamente enronquecida. Y alzó la vista, retiró la capa y se encontró de nuevo con los ojos de Duarte. Era Branca. Tenía el rostro encarnado y en la frente le temblaban algunas gotas de sudor—. Son amigos.

—Pues no lo parecen —insistió su valedor.

—¿Lo ponéis en duda? —dijo Pechoabierto, que también había puesto la mano en el pomo de su terciado y exhibía, en sus labios apretados, una sonrisa torcida.

—¡Por Satanás! Habrase visto insolencia tal. —El hombre acompañó sus palabras del movimiento de su brazo y, al instante, tenía en la mano la espada desnuda. La gente que estaba más cerca se percató del altercado y cesaron sus pláticas y se volvieron hacia ellos.

—¡Basta! —dijo Duarte con autoridad—. Envainad el estoque, soldado, que no hay motivo para desnudarlo, y vosotros tomad asiento. Y a vuesas mercedes —añadió, refiriéndose a los espectadores— les recomiendo que regresen a sus pláticas.

Era tal la autoridad que había en su voz y en su apostura que todos lo obedecieron. Sólo Pechoabierto lo contemplaba con expresión burlona.

—Este soldado tiene que acompañarme —prosiguió Duarte, cogiendo a Branca del brazo.

—¿Por qué motivo? —preguntó con prevención otro de sus compañeros. Seguramente ninguno de ellos estaba al tanto del verdadero sexo de la muchacha.

—Ha contravenido las ordenanzas del rey.

—¿Qué ordenanzas? —lo desafió Branca, que había recuperado el aplomo para hablar y había juntado el valor para soltarse de un

tirón.

Duarte sostuvo la mirada furiosa de la joven, un tanto sorprendido por su coraje, y dudó un instante en decidirse. No quería descubrirla, pero no le estaba dejando margen para actuar de otra manera.

—¿Sois por ventura alguacil? —preguntó otro soldado.

—No. Soy el sargento Salazar, asistente personal del duque de Medina Sidonia, y este… soldado no es tal soldado, sino una mujer.

Los hombres se levantaron de golpe, se giraron hacia ella y hablaron todos a la vez, excepto uno, que le encajó con rapidez la mano en la entrepierna y profirió un grito de júbilo al tiempo que Branca, roja de furor, trataba de desasirse de aquella mano alevosa.

Pese a los ruidos, el alboroto trascendió a más parroquianos de la taberna, que se agolparon para ver de cerca la escena.

—Una mujer —dijo uno.

—No la veo —dijo otro.

—¿Por qué mujer pelean? —preguntó un tercero.

Pechoabierto cogió a Branca por los hombros y, alzándola en vilo, la sacó de la mesa e intentó conducirla fuera. Embistió con el hombro el muro de espectadores y pudo abrirse paso a través de él gracias a su corpulencia. Duarte siguió su estela andando de espaldas, la mano en la empuñadura de la ropera, la hoja apenas descubierta. La calle estaba bastante concurrida de soldados y marineros ociosos, arrieros borrachos, pescadores, vendedores y paseantes a quienes no pasaba desapercibida la imagen de un hombretón llevando en volandas a un jovenzuelo que lo golpeaba y se vaciaba en insultos. El cabo aceleró el paso, giró en el primer callejón que vio y depositó en el suelo a Branca, que se calló de golpe.

—Tranquilízate, muchacha —le dijo Pechoabierto, poniéndole una mano sobre la descubierta cabeza. El sombrero se le había caído por el camino.

Branca tenía la espalda apoyada contra el murete de un corral, y Duarte se colocó de espaldas a la embocadura del callejón y con su cuerpo la cubría parcialmente.

—¿Cómo diablos se te ocurrió esta locura? —le preguntó con aspereza, pero ella no respondió. Se había cubierto la cara con las manos y sus hombros se estremecían, sacudidos por unos sollozos

que lograron amansar el ánimo de Duarte. Sin el chapeo ya no parecía un joven soldado, sino una niña inerme y desvalida—. Vamos, vamos, Branca. No es para tanto —añadió con tono más dulce—, da gracias de que te hayamos encontrado. Esta armada va a la guerra, y no hay nada más horrible que la guerra en la mar. Si no mueres de un cañonazo o atravesada por una espada, te ahogas en un naufragio. Aparte de que más pronto que tarde te habrían descubierto. Santo cielo, ¿quién te ayudó a hacerte pasar por soldado?

—Fue mi primo Tiago —dijo Branca entre hipidos—. Él me prestó las ropas de varón, el chapeo y un chafarote viejo de su padre.

—¡Tiago! Vaya con tu primo. No lo he visto en la taberna. ¿Dónde está?

—Hoy tenía servicio a bordo —respondió Branca—, pero él no tuvo la culpa.

—No lo defiendas, muchacha. ¿Cómo ha podido meterte en esta aventura y exponerte a todos estos riesgos? ¿Es que no sabe lo que podría ocurrirte? O es un bribón o un inconsciente, pero, por vida, que si me lo echo a la cara lo fulmino.

—Es verdad lo que te he dicho, Duarte. —La voz seguía saliéndole entrecortada—. Al principio no quería ayudarme, pero yo siempre le he gustado, aunque sea mi primo, y le puse ojos tiernos y le insistí tanto que acabó por ceder.

—Pero te estabas poniendo en sus manos. Y en las de sus camaradas. Podría haberte obligado a… a hacer cualquier cosa.

—Mejor en sus manos que en las de Maciel —alegó con vivacidad la joven—. Por eso me embarqué. ¿Cómo pudiste marcharte tan tranquilo y dejarme a su merced?

—¿Cómo a su merced?

—Para que volviera a entregarme a aquel bachiller Ximénez, o a quien le viniera en gana. ¿No sabes que está en Lisboa, convaleciendo en el hospital?

—No, Branca, eres tú la confundida. ¡Señor!, te has arriesgado por nada. Bruno Maciel no está en ningún hospital de Lisboa. Se recuperó de la estocada y se embarcó de nuevo en el Augusta. Y allí seguía hace un par de días, cuando le entregué a su capitán un despacho del duque.

Ante aquella información, la joven se echó en brazos de Duarte y recayó con tanta fuerza en su llanto que en pocos instantes le empapó el jubón. A Duarte le resultaba embarazosa la situación, y se limitó a darle algunas palmaditas en la espalda.

—Sargento —lo avisó Pechoabierto. Con el dedo señalaba a la entrada del callejón, desde donde algunos viandantes los observaban con curiosidad.

—Vámonos de aquí —dijo Duarte.

—Sí —concordó el cabo—, pero ¿adónde la llevamos?

—A una fragua, mi señor don Román. A una fragua —dijo Duarte.

4
LONDRES

La idea de viajar a Dover no fue bien acogida en casa de los Lancastre. Marcia aprovechó una cumplida visita de Newport y Dobson para exponer su proyecto frente a su hermano y sus anfitriones. Pero a ninguno de ellos les gustó. Geraldo no estimaba correcto que viajara sin ninguna compañía femenina, no porque no se fiase de los acompañantes, que gozaban de toda su confianza, sino por las lenguas venenosas de vecinos y conocidos, que no desaprovecharían la ocasión para ensuciar el nombre de los Henriques. Los Lancastre no creían que viajar en compañía de aquellos caballeros fuera a perjudicarles, pero pensaban que el momento era inapropiado. Los caminos, llenos de soldados, tratantes, buhoneros y malhechores, resultaban muy peligrosos, sin contar con que el viaje les llevaría al menos cuatro jornadas de penoso traqueteo por carreteras en mal estado.

Marcia había supuesto que surgirían pegas como aquellas, o similares, y no perdió la calma. Se había cargado de razones para rebatirlas. No le parecía que hacer un viaje junto a dos caballeros tan honorables, buenos amigos de la familia, fuera a causarle ningún prejuicio a su reputación. En todo caso, invitó a Geraldo y a su prometida, la señorita Mary Rose Kerridge, a que los acompañasen. En cuanto al viaje, Marcia no tenía intención de hacerlo por tierra, sino por agua. Sir William le había asegurado

que la ruta marítima, bajando el Támesis y bordeando Kent, era mucho más rápida que la terrestre.

Newport confirmó en un gesto galante la información que acababa de aportar Marcia, pero lo hizo con poco entusiasmo. Se notaba el desagrado que le producía contrariar a Geraldo y los Lancastre, quienes señalaron la insensatez de allegarse en barco hasta las aguas del canal, con la guerra encima. El señor Dobson, ajeno, por lo visto, a las cuestiones familiares, apuntó que, con una buena falúa, la travesía podría realizarse en una sola jornada.

Geraldo tomó la palabra para insistir en las razones ya expuestas y añadir que tanto la señorita Kerridge como él conocían Dover, un lugar que, en su opinión, carecía de interés. Sin embargo, la familia de su prometida les había hablado de Nottingham, un condado muy hermoso que tenían intención de visitar en otoño, e invitó a su hermana a modificar sus planes y acompañarlos. Sir William convino en que Nottingham poseía grandes y frondosos bosques que resultaban especialmente hermosos durante aquella estación. Incluso se decía que el famoso ladrón de las baladas, Robin Hood, había tenido su guarida por allí cerca.

Se hallaban en el salón grande de la casa de los Lancastre. Apenas era la hora tercia y la doncella les había servido unos trozos de fruta bañados en miel. La mañana era calurosa y los señores llevaban la ropilla desabrochada.

Marcia suspiró.

El otoño le parecía muy lejano, pero estaba segura de que ambos viajes eran perfectamente compatibles. De lo que no estaba tan segura era de que el señor Newport siguiera interesado en ir a Dover. A Newport le desagradó el comentario de Marcia. Se levantó de la silla donde había estado sentado, cruzó los brazos y se acercó con paso digno a la amplia ventana que miraba a la calle.

—Marcia, este capricho tuyo está yendo demasiado lejos —dijo Geraldo alzando la voz—. Discúlpate con sir William y olvídate de Dover.

—Querido hermano, hace días que estoy ilusionada con hacer este viaje y no veo motivos para aplazarlo, y menos para suspenderlo —dijo al tiempo que sonreía. No iba a permitir que su hermano, los Lancaster o Newport se salieran con la suya. Y tampoco quería fallarle al señor Zarco, ni a Joao—. No es culpa mía

que sir William haya cambiado de opinión durante esta charla, ¿o me equivoco? Y desde luego espero que no se haya sentido agraviado.

Todos dirigieron los ojos hacia la espalda del señor Newport, que debió de sentir sus miradas clavadas en ella y se giró. En sus labios bailaba una sonrisa más cortés que cáustica.

—En absoluto, señora Henriques. Si acaso me notáis un poco dolido es por no poder acompañaros en esta ocasión. Confío en que comprendáis lo mucho que me conturba entrometerme en asuntos familiares.

—Lo comprendo, sir William, y os agradezco la sinceridad —le respondió Marcia con una cortesía similar—. Sólo me queda preguntarle a sir Henry si también ha cambiado de opinión.

Sir Henry se mostró sorprendido por la pregunta tan directa de la señora Henriques, pero se reafirmó en su intención de no dejarla viajar sola. Geraldo protestó ante este nuevo giro de la situación, que pondría más en entredicho la honra familiar.

—Descuidad, amigo Geraldo —lo tranquilizó Dobson—. Para evitar cualquier sombra de duda sobre la honorabilidad de vuestra familia le pediré a mi prima Emily que nos acompañe. Y viajaremos, además, con un paje y una doncella.

—¿Tenéis una prima, Henry? —Había un dejo de incredulidad en la pregunta de Newport.

—Es hija de la hermana mayor de mi madre. Enviudó recientemente y lleva todo el verano con nosotros, pero me temo que está comenzando a aburrirse. No conoce el sur, y estoy seguro de que le encantará venir con nosotros.

La solución propuesta por Dobson pareció dejar sin argumentos a Geraldo, que aceptó el acomodo sólo por temor a perder el favor de sir Henry. El viaje quedó, por tanto, arreglado, y la salida se fijó para la siguiente semana.

Newport y Dobson habían alquilado una falúa antes de la discusión en la casa de los Lancastre, pero, al renunciar el primero a la excursión, Dobson le devolvió el dinero que había puesto. Newport no se molestó con él, pese a habérsele adelantado en la carrera por obtener el afecto de Marcia. Sólo le advirtió que tuviera cuidado con ella. No creía que fuera trigo limpio.

—¿Trigo limpio? —preguntó Marcia cuando su acompañante le

narró el asunto—. Esas palabras suenan a insulto.

—Estad tranquila, señora. No se refería a vuestra virtud, sino a vuestras lealtades. Ya os dije que sir William no os buscaba por el simple deseo de compañía. Yo creo que pretende teneros vigilada.

—¿Vigilarme? Casi habría preferido que cuestionara mi virtud. —Marcia dijo aquello con pretendida ligereza, y al punto cambió de tema—. Por cierto, señor Dobson, debéis darme cumplida cuenta de los gastos en que estáis incurriendo, pues tengo intención de pagaros mi parte.

—Entonces será mejor que abandonemos el proyecto, porque no voy a aceptar un solo penique de vos.

—Insisto. Este viaje ha sido un antojo mío y no considero justo que, además de prestaros a acompañarme, tengáis que rascaros el bolsillo.

—Soy yo quien insiste, mi señora. Hace años que no me…, ¿cómo habéis dicho?, que no me rasco el bolsillo con tanto gusto —replicó sir Henry con una sonrisa encantadora, a la que era difícil decir que no. Lo cierto era que resultaba un hombre muy airoso y elegante, cuyos encantos le costaba a Marcia ignorar.

XXI

1
PLYMOUTH

El mal tiempo persistente, inusual para el verano, impedía a la flota unificada de Drake y Howard desplegarse a la entrada del canal. Y cuando por fin el viento se tornó favorable, fue la escasez de víveres la que condicionó su actuación, limitándola a salidas cortas con la mitad de los barcos. Era imposible dar de comer a tal aglomeración de hombres con sólo los alimentos que se recogían en los condados de aquel confín de Britania.

El descontento de las tripulaciones era grande, las deserciones se multiplicaban y las levas se volvían cada vez más difíciles. Los pescadores, fuente habitual de marineros para las flotas reales, preferían adentrarse en el Atlántico, en peligrosas travesías, que permanecer en puerto y ser reclutados.

Lord Howard, harto de las cicaterías de la reina, se permitía lanzar alguna crítica sobre ella, pues, de haber sido más liberal con el dinero, no se hallarían con las manos atadas en tan delicados momentos.

—Cuesta comprender cómo una mujer de su sabiduría no entiende la gravedad del peligro que se cierne sobre nosotros —les decía a sus más próximos colaboradores.

—Cree el ladrón que todos son de su misma condición —replicó Drake.

—No te comprendo, Francis —saltó Richard Grenville—. ¿Estás llamando ladrona a nuestra reina?

—Es sólo un refrán, estimado Dicky. Significa…

—Sé lo que significa —lo interrumpió Grenville, pero sir Francis no le hizo caso y prosiguió con su explicación.

—Significa que tendemos a pensar que los demás actuarán como nosotros, en especial cuando se trata de acciones negativas. Y la

reina cree que el Austria será tan agarrado como ella. Pero se equivoca, porque cuenta con recursos infinitamente superiores a los nuestros, y no creo que escatime en este asunto.

Mas toda aquella palabrería quedó en agua de borrajas cuando llegaron de Londres más de una docena navíos cargados de víveres. No en la cantidad que los almirantes habrían deseado, pero suficientes para dos semanas de mar.

La Speedwell arribó a Plymouth la tarde en que finalizó el trasbordo de los bastimentos a la flota allí estacionada. El puerto estaba tan lleno que buscó fondeadero frente a la isla de San Nicolás, junto a dos galeones reales. La pequeña embarcación parecía, al lado de ellos, una sardinilla entre escualos.

En cuanto hubo echado las anclas, Trenton se apresuró a desembarcar para poner al corriente a sir Francis de las nuevas que portaba, y este se mostró tan interesado por ellas que quiso interrogar en persona al patrón del pesquero que habían capturado. El hombre confirmó lo que ya le había dicho a Trenton y les indicó, además, las fechas aproximadas en que se había producido la dispersión de la flota española, la entrada en La Coruña y su propio conocimiento del suceso.

—No olvidaré este servicio, John —le aseguró Drake con gran entusiasmo—. Llevamos semanas aguardando como pollos descabezados a esa dichosa armada, sin hacer otra cosa que dar palos de ciego, y, de no ser por vos, así seguiríamos hasta sabe Dios cuándo.

—Hemos tenido suerte —dijo Trenton, que se alegraba de haber sido útil a su reina, pero lamentaba que aquella situación tan comprometida para Inglaterra le impidiera buscar a Isabel. No saber dónde estaba ni qué había sido de ella le producía una enorme desazón. Aunque el quehacer de cada día, la responsabilidad del mando y los avatares de la guerra mantuvieran su mente ocupada, no pasaba una hora sin que su pensamiento volviera sobre su esposa.

En cuanto Drake despidió a su subordinado, informó a lord Howard y solicitó que se reuniera de urgencia el consejo de almirantes. Con las bodegas llenas y el conocimiento de la situación de la Gran Armada, Drake propuso de nuevo hacer una entrada relámpago sobre el Cantábrico.

—Mantener este despliegue a la entrada del canal no sirve para nada —explicó sir Francis—. Consumiremos los víveres mientras, y, cuando su armada asome la nariz, tendremos que reabastecernos de nuevo.

—Pero, si partimos ahora, dejaremos Inglaterra inerme —alegó Martin Frobisher, un veterano y resuelto marino, curtido en muchas refriegas y pionero en buscar el paso del noroeste ente el Atlántico y el Pacífico.

—Señor Frobisher, las últimas noticias que tenemos indican que su armada se dispersó la tercera semana de junio a causa de una fuerte borrasca y que todavía está recogida en La Coruña, a la espera de reunir todos sus efectivos —anunció Drake.

—No me fío de esas noticias, Francis —le refutó Grenville.

—La ignorancia es atrevida, Dicky —dijo Drake con ironía, y sus palabras pintaron algunas sonrisas.

—¿Qué hacían entonces las naves españolas que se avistaron en las islas Sorlingas? —preguntó Grenville.

—Serían una avanzada de aviso, o parte de los buques desperdigados por el temporal —apuntó el capitán Thomas Fenner, un incondicional de Drake.

—¿Tan lejos de sus bases? ¡Qué ridiculez! —se burló Grenville.

—Si acortamos las raciones, ganaremos tiempo —insistió Martin Frobisher—. Así podremos aguardar a que se confirmen esas noticias y obrar en consecuencia.

—Acortar las raciones mientras aguardamos hará que la moral de los hombres decaiga más —protestó Drake con pasión—. Yo estoy seguro de la información que he recibido, pero si alguien tiene dudas sobre la situación de la armada enemiga, tendrá que buscar la confirmación allí, no aquí. No, no y no, mis señores. Dejémonos de debates estériles y partamos hacia el sur. ¿Acaso os falta el valor?

—No es valor, sino precaución —protestó Grenville.

—¿Qué precaución? Si no descubrimos a su armada en alta mar y la atacamos, al menos entraremos a saco en alguno de sus puertos y les haremos un destrozo. Quien no se arriesga no gana.

—¿Qué puerto? —preguntó lord Howard, al fin interesado.

—Santander es la mejor opción —dijo Drake con una sonrisa. Conocía bien al lord almirante y sabía cómo tentarlo.

—¿Mejor que Cádiz? —preguntó Fenner—. Nadie olvida aquella hazaña.

—Más fácil que Cádiz. Estoy seguro de que esa enorme armada ha dejado sin buques de guerra a todo el litoral Cantábrico.

Después de un rato de debate, lord Howard sancionó la empresa. En realidad, estaba deseando entrar en combate por Inglaterra, aun a costa de saltarse la prohibición de su reina.

2
La Coruña

Duarte llevó a Branca a la casa donde vivía Martín Robledo, cuyo hallazgo juzgó de repente como providencial. El antiguo soldado lo recibió con agrado y, puesto en antecedentes de lo ocurrido, se brindó a darle posada a Branca y cuidar de ella hasta que pudiera encontrarle un transporte seguro a Lisboa.

Branca no pareció quedar muy satisfecha con aquel arreglo, pero agachó la cabeza y nada dijo. Tampoco le gustó a la esposa del herrero, una mujer fría y desabrida que salió de la fragua refunfuñando.

—¿Vendrás a verme antes de zarpar? —preguntó Branca.

—Lo intentaré.

—Eso no me vale, señor sargento. Si no me lo prometes, me escaparé y volveré a bordo de la nao.

—Está bien. Vendré a despedirme de ti —accedió Duarte.

Al marcharse, Duarte quiso entregarle a Martín Robledo los pocos escudos que tenía encima, pero este no los aceptó.

—A Dios gracias tenemos un buen pasar y no le faltará de nada, señor Salazar —le aseguró—. Confiad en mí. Y en cuanto a doña Marcia —añadió, guiándole un ojo—, si vuelvo a verla, la informaré de vuestra visita.

Duarte le apretó el hombro y le dedicó una sonrisa melancólica.

—Vaya, vaya con la muchacha —le dijo Pechoabierto cuando se encaminaban hacia la orilla—. Tiene más agallas que muchos hombres.

En un lento goteo, los barcos fueron llegando a La Coruña y la armada se fue recomponiendo. Los últimos en regresar fueron los

navíos que habían proseguido hasta las Sorlingas, cuyos capitanes informaron de combates aislados con barcos ingleses, del hundimiento de uno y del abordaje de otro, al que le quitaron tres cañones de hierro.

Para mediados del mes de julio habíanse reunido en la bahía de La Coruña ciento dieciséis navíos. De los quince restantes se sabía que estaban finalizando las reparaciones en los puertos a los que habían arribado. No obstante, el duque fijó la partida para la semana siguiente, con ellos o sin ellos, que llevar barcos mal aderezados a Inglaterra sería más un engorro que una ayuda.

Duarte fue a despedirse de Branca, como le había prometido. La joven se había puesto un bonito vestido azul y blanco y una cofia, para disimular el pelo corto. La casa de Martín Robledo tenía dos plantas: la de abajo la ocupaba la herrería y arriba estaba la vivienda, sencilla, limpia, con habitaciones pequeñas y sobriamente amuebladas. La de Branca estaba encalada y resultaba muy luminosa merced a un ventanal que se abría sobre el corral de la fragua.

Antonia, la esposa de Martín, les ofreció un guiso de pescado muy simple, con patatas cocidas y perejil, y Martín sacó una jarra de vino de la tierra algo ácido y afrutado.

—Aprovechad, amigo Salazar —le dijo el hombre—, que después de zarpar no beberéis más que vino aguado y rancio.

Al terminar el almuerzo, Branca lo acompañó hasta la puerta. Tenía el semblante serio, aunque durante el almuerzo se había mostrado alegre y platicadora. Duarte pensó que se estaba adaptando bien a su nueva situación. Incluso Antonia parecía contenta con ella.

—No creas que me quedo por mi gusto —dijo Branca.

—El asunto ha trascendido y se ha investigado, y a tu primo lo han castigado con una semana de cepo.

—Culpa vuestra.

Duarte no quiso discutir ni entrar al trapo.

—Procura volver pronto a Lisboa. Si te demoras demasiado, otra te quitará tu trabajo. Yo ya he escrito a tu tía, que estará preocupada por tu ausencia.

—Mateo lo sabía.

—Me marcho, muchacha —dijo Duarte, e hizo ademán de partir.

—¡Duarte!

Él se giró.

—No me escapé por Maciel —dijo Branca. Tenía los ojos húmedos.

—Lo sé, pero tienes que olvidarte de mí. ¿Lo entiendes? Busca un muchacho de tu edad y cásate con él.

—No quiero.

—Nos veremos en Lisboa —se despidió Duarte.

—Cuídate mucho.

—Siempre me cuido.

—Pero esta vez tengo un mal pálpito. Me da en el corazón que no volveré a verte.

—Ah, ¿quién cree en los pálpitos? —Duarte le pasó el índice por la mejilla, se dio la vuelta y echó a andar.

—No te perdonaré si te matan —dijo Branca en un susurro, pero Duarte ya se había perdido entre el gentío.

El veinte de julio se ordenó la confesión general de toda la Armada, y para ello se habilitaron un centenar de altares y tiendas en la isla de San Antón por los que pasaron las casi treinta mil almas que participaban en la jornada entre infantes, marineros, aventureros y entretenidos, criados, caballeros, justicias, ministros y oficiales de mar y guerra. Era preciso estar a bien con Dios para acometer en su nombre aquella empresa.

Ese mismo día el duque convocó junta de generales para ajustar los últimos detalles, organizar las comunicaciones con Flandes y España y determinar el orden de marcha más apropiado, que varió respecto al adoptado en Lisboa. Las diez escuadras se organizarían para la marcha hasta la entrada del canal en las tres mismas agrupaciones que ya traían, pero la retaguardia se reforzaría con algunas naos de Vizcaya y Guipúzcoa.

A Duarte le extrañó una retaguardia tan nutrida y poderosa, en detrimento del centro y la vanguardia, pero luego supo que las informaciones más recientes proporcionadas por la inteligencia referían la presencia de dos agrupaciones inglesas, por lo que la Armada podría ser cogida entre dos fuegos.

La salida se decidió, habiéndose oído antes a los pilotos más expertos, para el día siguiente, de modo que el duque cursó la orden de que los navíos quedaran aquella noche con una sola ancla,

prestos a zarpar con la brisa de la mañana, pero el viento les fue adverso y hasta el día veintidós la flota no pudo salir del puerto de La Coruña. Llevaba ciento veintisiete navíos, aparte de las falúas, cuatro menos de los que habían zarpado de Lisboa.

3
OCÉANO ATLÁNTICO

Lord Howard, aprovechando un noroeste fresco, zarpó de Plymouth en dirección al Cantábrico con noventa velas. El lord almirante tuvo la precaución de destacar en vanguardia veinte navíos ligeros para alertar de la posible presencia de buques enemigos, pero no hallaron más que algunos pesqueros y una nao mercante procedente de Bilbao, que abordaron e incorporaron a sus filas. La euforia reinaba en la flota inglesa.

La Speedwell fue uno de los barcos que capturaron a la nao bilbaína. En la escaramuza que se produjo un cabo, al soltarse, le rompió la pierna a un marinero. Tres compañeros lo cogieron y se lo llevaron al barbero.

El barco no contaba con enfermería propiamente dicha, y Gabriel trabajaba en el reducido habitáculo que había bajo el castillo de proa, abierto al combés. Allí dormía, guardaba sus útiles y atendía a sus pacientes. Cuando le trajeron al herido hizo que lo tendieran en una litera adosada al mamparo. La fractura era sólo de tibia, y Gabriel colocó el hueso en su sitio y se dedicó a entablillarlo. Sus compañeros, mientras tanto, conversaban entre ellos.

—El almirante Drake es el mejor marino que conozco —comentó uno de ellos.

—Jamás ha sido vencido en combate —añadió otro. Se trataba del marinero pelirrojo que había fracasado con el mosquete.

—Yo estuve con él en Cádiz —dijo el tercero, que no quería quedarse atrás en los halagos al almirante—, y les dimos a esos bastardos una paliza que no olvidarán jamás.

Aquellos hombres tenían intención de permanecer en la enfermería hasta que concluyese la cura, aunque se mostraban más interesados en la charla que en la salud del herido.

—Es cierto —acordó el pelirrojo—. En Cádiz doblegamos el orgullo de esos españoles y les vaciamos el bolsillo.

—Su insaciable avaricia los hará aullar hasta el juicio final por los corredores del averno.

—Ellos y todos los papistas, pero sobre todo ellos; son sodomizadores de jóvenes y violadores de matronas y niñas.

Gabriel los escuchaba en silencio mientras vendaba la pierna. La inquina de los marineros hacia lo español no era un caso aislado. Afirmaciones como aquellas se oían a cada momento en cualquier mentidero.

—¿Qué opináis vos, señor barbero? —preguntó una voz a sus espaldas.

Gabriel se volvió y descubrió a Trenton, que había llegado de improviso y escuchado parte de la plática.

—Que son crueles como tigres, sucios como puercos y lujuriosos como monos, señor.

—¿Todos ellos?

—Todos, sin excepción —respondió uno de los marineros—. Cualquiera sabe que no hay sobre la tierra casta más abominable y abyecta.

—¿También sus mujeres? —Había una nota extraña en la voz de Trenton que no pasó desapercibida para nadie. El marinero que le había respondido se tapó la boca con la mano. Conocía el extraño carácter de su capitán, y temió haber dicho alguna inconveniencia. Sin embargo, a Gabriel le pareció una ocasión ideal para tirarle de la lengua.

—¿Por ventura conocéis a alguna española, capitán?

Trenton le dedicó una mirada difícil de calibrar. Tenía un aspecto amenazador, apoyado en una de las cuadernas que sostenían la cubierta del castillo. El pelo suelto, el jubón abierto, la quijada apretada y el sable aún en la mano.

—A las mujeres hay que dejarlas fuera de esto —dijo finalmente.

Un quejido distrajo la atención de todos. El herido acababa de recobrar el conocimiento. Gabriel terminó de envolver la venda alrededor de las tablillas y la anudó con fuerza en el tobillo. Sus compañeros hicieron ademán de llevárselo con ellos, pero Gabriel prefirió dejarlo un día en observación.

—Cuanto menos se mueva, más deprisa soldará el hueso.

—No mintió aquel marinero cuando aseguró que erais bueno —le dijo Trenton antes de regresar al puente de mando.

El viento se mantuvo firme del primer cuadrante durante un par de días. En las cubiertas de los barcos ya se sentía el aroma de la tierra, y los hombres se frotaban las manos pensando en la sorpresa que les iba a dar a sus desprevenidos enemigos. Pero el tercer día de travesía, apenas a sesenta leguas de las costas peninsulares, el viento roló al sudoeste. Howard y Drake trataron de aguantar la racha a palo seco, con la esperanza de que mudase de nuevo, pero la voluntad divina era otra y la mañana siguiente el viento arreció tanto que obligó a la flota a virar y poner proa al norte. Durante el regreso a Inglaterra la exaltación de los días anteriores dio paso a un amargo desánimo. Los hombres olvidaron los sucesos victoriosos para hablar de malos presagios y recordar campañas funestas.

—No es lo mismo cazar que aguardar —dijo mister Cummings.

Y no le faltaba razón. Dejaban de ser lobos para convertirse en perros pastores.

Cuando llegaron a Plymouth les esperaba la noticia de que la armada española había zarpado de La Coruña y navegaba hacia el norte. No se habían cruzado con ella por muy poco.

4
Dover

La falúa que había alquilado Dobson era pequeña, con varios remos en cada banda. Se la habría podido tomar por una lancha de no ser por las dos velas latinas que envergaba y la carroza de hierro y lona que montaba en la popa, para proteger a los pasajeros de la intemperie. La gobernaban un patrón y varios marineros que mantuvieron siempre las distancias con los pasajeros. A juzgar por ello, debían de estar acostumbrados a llevar autoridades y gente de postín.

Bajaron el Támesis con facilidad. Antes de que hubiera finalizado la mañana habían sobrepasado la isla de Canvey, y se dirigieron hacia aguas más abiertas. Por la tarde, el patrón de la falúa se alejó de la costa para poder doblar North Foreland, el cabo más oriental de Inglaterra, y poner rumbo al sur.

La prima de Dobson era una mujer que rondaba los cuarenta años, de semblante alegre, un poco pizpireta y vestida con colores demasiado llamativos para una viuda reciente. Marcia advirtió, además, que utilizaba un lenguaje artificialmente rebuscado, como si quisiera parecer más refinada de lo que era. En cuanto zarparon del muelle de Saint Katherine, Emily los dejó solos e hizo corro aparte con el paje y la doncella, lo que despertó los recelos de Marcia.

—Creo que nos habéis engañado a todos con vuestra prima Emily, sir Henry.

—La señora Carr sirve en casa de mi tía —le explicó Dobson—. No me miréis así, Marcia. Sólo pretendía allanar las dificultades para que pudierais cumplir vuestros deseos.

—¿Mis deseos o los vuestros?

—¿Son acaso incompatibles? —preguntó él sonriendo.

A Marcia le molestó un poco el ardid de Dobson, pero hubo de reconocer que había conseguido de forma bastante airosa que pudiera salirse con la suya y guardar las apariencias. En realidad, debía olvidar el asunto y disfrutar de la travesía. Y se propuso tratarlo con más consideración que en anteriores encuentros, en compensación por su apoyo. Conversó con él sobre múltiples temas, respondió con bastante sinceridad a las preguntas que le hacía y satisfizo con creces su curiosidad sobre ella, siempre que no comprometiera su seguridad. Aunque procuraba mostrarse alegre y relajada, no siempre lo conseguía. Sabía muy bien los riesgos que estaba corriendo.

Dobson, por su parte, supo apreciar el gesto de Marcia y no insistió demasiado en sus demostraciones de amor. Estaba aprendiendo que la paciencia era el mejor camino hacia su corazón, y se conformó, de momento, con gozar de su compañía y admirar su belleza. Marcia había escogido para el viaje un vestido de color gris con adornos celestes, más sufrido que elegante, pero a Dobson le pareció que le sentaba especialmente bien.

No obstante, Marcia no dejaba de atender con mirada aguda a todo lo que veía. La ruta que seguían atravesaba el corazón de la retaguardia inglesa. Pudo observar los barcos que fondeaban en el río, en la embocadura y junto a Margate. Marcia tenía buena memoria y tomaba nota mental de todo ello para poder después

ponerlo por escrito y hacérselo llegar al señor Zarco.

Al salir al mar del Norte los acompañó la suerte. El viento soplaba del nordeste, y pudieron bordear el litoral de Kent y alcanzar Dover en una sola singladura. La flota del estrecho estaba concentrada en la rada de Las Dunas, frente al poderoso castillo de Deal, dos leguas al norte de Dover. Marcia contó cuarenta barcos, la mayoría de pequeño tamaño.

—Yo imaginaba encontrar una escuadra de grandes galeones para combatir al Austria —comentó sorprendida. El señor Dobson le explicó que aquella flota estaba encargada de interrumpir el tráfico de mercancías con Dunquerque y otros puertos en poder de los españoles. En aquellas aguas abundaban los bajíos y bancos de arena, en especial en la costa flamenca, y resultan más prácticos los navíos ligeros.

—¿Son entonces holandeses estos barcos?

—Claro que no. Son todos ingleses —se rio Dobson.

—¿Cómo lo sabéis? —Marcia simuló sentirse algo picada.

—Porque no veo ninguna bandera naranja.

—¿Naranja?

—Es el color de los rebeldes, Marcia.

—¿Y dónde está entonces su gran flota? ¿No son acaso aliados de la reina?

—No tengo la menor idea. Supongo que al otro lado del estrecho, guardando sus puertos o bloqueando los que están en manos realistas. ¿Os interesa mucho este tema?

—Soy curiosa por naturaleza, señor Dobson. ¿No os habéis dado cuenta todavía?

—Me doy cuenta de muchas cosas. Más de las que suponéis.

Marcia advirtió el doble sentido de aquel comentario, pero respondió con ligereza:

—Vais a resultar peor que Newport, caballero.

—Por la sangre de Cristo, Marcia, no se os ocurra ponernos a la misma altura —dijo apasionadamente Dobson—. ¿Qué he de hacer para que confiéis en mí? Yo jamás os perjudicaría.

—Perjudicarme ¿por qué?

—Ah, mujer, sois imposible.

Marcia se enterneció y le puso la mano en el hombro.

—Tened un poco de paciencia conmigo, Henry.

—¿Más aún? —dijo Dobson, pero sonreía: le encantaba que lo llamase por su nombre.

Dover era una ciudad pequeña, asentada en el valle que el río Dour había labrado entre los cerros. Al este, sobre una elevación, se alzaba un enorme castillo, el más grande de Inglaterra, a decir de Dobson. Y al oeste, en un espigón que se metía en el mar, había amarradas una gran cantidad de barcas, chalupas, pinazas y otras embarcaciones pequeñas, mientras que los cuatro o cinco navíos de mayor calado se hallaban fondeados en la bahía. Uno de ellos mostraba dos hileras de amenazadores cañones en cada banda.

La falúa atracó en el espigón y el señor Dobson los condujo a todos hasta una posada que había en el centro de la villa, frente a la iglesia y la casa consistorial. Era un edificio de dos plantas, con varios salones hermosamente amueblados y comunicados entre sí y un gran corralón donde se encontraban las caballerizas.

—La Campana de Bronce es la mejor posada de Dover —dijo Dobson mientras reservaba dos habitaciones en la planta baja, más amplias y lujosas, una para Marcia y otra para él. Los criados se alojarían arriba.

El nombre de la posada hacía alusión a la campana que colgaba de un madero junto a la entrada. Según les explicó el posadero, había sido la campana de la nave que trajo a Inglaterra a la bellísima princesa Isabel Capeto para casarse con el segundo rey Eduardo.

—Pero eso ocurrió hace casi tres siglos —exclamó Marcia, que había leído la historia de los reyes de Inglaterra.

—Doscientos ochenta años, señora —gruñó el posadero—. Ni más ni menos.

En uno de los salones les sirvieron una cena caliente, que despacharon con rapidez. Aún había luz en el exterior cuando se retiraron a descansar. Antes de separarse, Dobson le pidió a Marcia que no cerrase por dentro la puerta de su habitación.

—Me temo que no podré complaceros, Henry.

—En Portsmouth no fuisteis tan rotunda.

La doncella, que apenas habría cumplido los quince años, ayudó a Marcia a peinarse, lavarse en una pequeña bañera, quitarse el vestido y ponerse el camisón.

—Sois muy hermosa, señora —le dijo al finalizar, con los ojos

bajos y la cara roja.

—Tú también, muchacha —respondió Marcia.

Cuando despidió a la doncella, trabó la puerta y se acostó. Sopló la vela y se dispuso a dormir, pero estaba demasiado inquieta para conciliar el sueño. No se le iban de la cabeza las palabras de Dobson. Marcia era consciente de los esfuerzos que había hecho para contener el ardor de sus sentimientos. Durante todo el viaje había mantenido un comportamiento ejemplar en ese aspecto, más allá de sus acostumbrados juegos de palabras o de deslizar un par de insinuaciones equívocas. Aquella nobleza lo honraba como hombre, y Marcia lo apreciaba más por ello. Aunque no se lo hubiera dicho, hacía tiempo que había dejado de considerarlo un voluble mujeriego, interesado sólo en colarse entre sus sábanas. O quizá ese fuera el objetivo inicial, pero en el largo asedio a la plaza sus intenciones habían cambiado.

Después de dar varias vueltas en el lecho, tomó una decisión repentina. Los años de castidad, sin duda, no eran buenos consejeros. ¿Qué tenía que perder? Al fin y al cabo, no eran sus sentimientos los que estaban comprometidos. Y se levantó y descorrió el cierre de la puerta. Apenas había vuelto a acostarse cuando sintió bajar el tirador.

—¿Estoy soñando? —dijo Dobson en un susurro, mientras cerraba la puerta.

—Si os lo parece, daos la vuelta y volved a la realidad.

—¿Nunca dais tregua?

—¿Ahora pedís tregua?

—Jamás —dijo Dobson. A tientas, guiado por la voz de Marcia, alcanzó la cama y se sentó en el borde.

—¿Dónde está el pedernal para encender la vela?

—Dejaos de velas, Henry, y abrazadme.

Dobson no aguardó a que se lo repitiera dos veces. Se inclinó sobre Marcia, tomó su cara entre las manos, aproximó sus labios a los suyos y la besó con ternura.

—¡Ah!, qué dulce almíbar —suspiró tras el primer beso—. No podéis imaginar cuánto he soñado con hacer esto. —Y la besó de nuevo, esta vez con más ardor. La boca, el bozo, la barbilla, las mejillas, los ojos y nuevamente los labios.

—¿No tenéis otros sueños que cumplir? —lo alentó ella cuando

pudo hacer uso de su boca. Aquellos apasionados besos habían inflamado sus deseos.

—Ahora lo veréis —respondió sir Henry, que se despojó a oscuras de su ropa y se metió en la cama. Habría preferido poder verle la cara mientras hacían el amor, pero temía arriesgarse a un súbito rechazo. Aquella mujer era más impredecible que el vuelo de una mariposa, y la deseaba tanto que se vació apenas la hubo penetrado. Entonces se alegró de que no hubiera luz.

Marcia se giró hacia él y apoyó la mejilla en su pecho, insatisfecha. Pero hacía mucho tiempo que no se acostaba con un hombre, y no estaba segura de cómo proceder.

—¿Creéis que valió la pena la espera, Henry?

—No habléis en pasado, querida. La noche acaba de empezar.

Por la mañana, la señora Carr le preguntó si deseaba aplicarse una lavativa. Marcia enrojeció hasta las raíces del cabello y le dieron ganas de mandarla a paseo, pero un instante de reflexión le hizo cambiar de juicio. Había sido todo tan obvio que la pregunta de la mujer resultaba incluso solícita. Movió la cabeza y le dio las gracias. Estaba segura de no quedarse embarazada en aquellos días.

Después del desayuno, Dobson liberó a los criados de sus obligaciones y llevó a Marcia a recorrer en la falúa varias millas de costa, a uno y otro lado de la villa, para observar más detenidamente los famosos acantilados blancos, que tenían una altura y un color irregulares. Aquí eran bajos, con derrumbes e intrusiones de otras rocas, allá presentaban suaves declives, más de loma que de acantilado, y estaban salpicados de matas y malas hierbas que enturbiaban su color, y acullá, en fin, era altos y verticales, de una blancura inmaculada que el sol matutino se encargaba de realzar.

—¡Qué hermosura! —exclamó Marcia cuando el patrón detuvo el barquichuelo frente a una enorme pared de roca blanca, recta, de más de cien varas de altura, que semejaba una reluciente cascada de nieve que se derramase sobre el mar.

El cielo azul claro, sin una nube, se fundía en el horizonte con un mar azul oscuro, casi en calma, moteado por las cejillas blancas de las olas. Pese a estar en el mes de julio, la permanente brisa del paso de Calais alejaba cualquier atisbo de calor.

—¿Te gusta? —preguntó Dobson.

—Muchísimo, sir Henry —respondió ella, que quería mantener las formas delante de la tripulación.

—Oh, Marcia, no escatimes elogios. Este lugar es espléndido, imponente, maravilloso.

—Parece que estés disfrutando más que yo.

—No puedes imaginarlo, querida —dijo Dobson, que no tenía interés ninguno en disimular su alegría.

El patrón acercó la falúa a una pequeña playa, al pie de los acantilados, para que pudieran pasear descalzos por la arena clara y mojar los pies en las suaves olas. Él la llevaba enlazada por la cintura.

Al cabo, regresaron a la villa y dedicaron el resto de la tarde a pasear por ella y los alrededores y subir hasta el castillo para contemplar de cerca sus murallas. En el punto más elevado del cerro había un antiguo faro romano que a Marcia le recordó la Torre de Hércules. Desde allí miró hacia el sur y vio una franja de tierra casi confundida con el horizonte.

—¿Es aquello Francia?

—El puerto de Calais. Hemos tenido suerte, porque sólo en los días despejados alcanza a verse.

—Aquí sólo hay paz y sosiego.

—¿Y no te complace?

—Me pregunto dónde estarán las temibles armadas de las que me prevenía mi hermano —se rio Marcia.

—Quizá más al este, en Las Dunas. Pero aquellos puntitos que se ven a lo lejos deben de ser navíos holandeses.

Dover tenía un ajetreo inusitado para su pequeño tamaño. El movimiento de los barcos que entraban y salían del puerto era constante. Las calles hormigueaban de gente que vendía, charlaba, discutía y se movía con precipitación, y las tabernas de la orilla estaban atestadas de tripulaciones enteras que bebían y juraban sin medida.

Culminaron el día con una espléndida cena en La Campana de Bronce. El siguiente día, Dobson alquiló dos caballos para recorrer la costa por encima de los acantilados. El paisaje era muy verde, lleno de prados, manchas boscosas y granjas con animales. Pero lo más hermoso eran las vistas. Desde arriba, los acantilados parecían mucho más altos. Al acercarse al borde, Marcia sintió un vacío

repentino en la boca del estómago, pero era tan emocionante que no podía evitar hacerlo. A cada rato detenía a su caballo para admirar el mar azul y la costa francesa. Tomaron un almuerzo frío que les habían preparado en la posada, hicieron el amor y emprendieron el camino de regreso. Al llegar a Dover, el cielo se había nublado y caía una llovizna fina.

Por la noche, cuando Dobson abandonó su alcoba, Marcia se quedó un buen rato desvelada. Sir Henry había terminado por revelarse como un buen amante y había disfrutado a su lado, no podía negarlo. Se había acostado con él por la atracción que sentía y para satisfacer sus propios deseos, desde luego, pero también como premio a su devoción y constancia. Y tal vez, en algún rincón de su mente, una desconocida parte de Marcia calculaba con desapasionamiento la importancia de asegurarse la fidelidad de aquel hombre.

5
PLYMOUTH

De vuelta en Plymouth, tras la frustrada entrada sobre Santander, lord Howard se encontró con dos desagradables noticias. Una fue la partida de la armada española de La Coruña y la otra, la aparición de casos de peste en su flota. El hacinamiento y la alimentación deficiente eran caldo de cultivo para las afecciones, y aquella temida peste se estaba extendiendo con tal rapidez que el almirante ordenó recluir a todos los enfermos en tres barcos y anclarlos en el centro de la bahía.

La inminente llegada de los españoles mantenía a sus navíos en permanente zafarrancho. Se establecieron a lo largo de la costa puestos de vigía con grandes pilas de madera para dar inmediato aviso del avistamiento de su armada, se vaciaron los almacenes para llenar al máximo las bodegas de los barcos, en previsión de una larga campaña, y constantemente se enviaban escuadrillas a la entrada del canal y del mar de Irlanda, pues Howard consideraba que desplegar a toda la flota en una zona tan amplia sería una verdadera temeridad.

En la Speedwell, Trenton obligó a sus hombres a pasar revisión

con el barbero. Gabriel no tenía gran conocimiento sobre aquella peste, pero en ninguno vio síntomas que le hicieran sospechar una enfermedad contagiosa. Él y Mahagüini habían sido aceptados por la tripulación y se movían por el barco como dos más. Incluso el capitán pareció cogerle cierta afición a Gabriel. Fuera porque le recordaba a Isabel o porque lo veía distinto a la canalla que generalmente habitaba las cubiertas de los navíos, en algunas ocasiones se acomodaba a intercambiar algunas palabras con él o a preguntarle por algunos detalles de su oficio y de su vida.

Gabriel intentaba responderle sin desvirtuar del todo la realidad. Se había convencido de que su mejor baza era la paciencia. Viajaban en la misma nave, y tarde o temprano Trenton se pondría a su merced, lo que no quitaba para que, con sumo cuidado, tratase de sonsacarle alguna información sobre Isabel, aunque el capitán, accesible en otros temas, de ese no soltaba prenda.

Aquella relativa placidez duró poco. Apenas llevaban unos días en Plymouth cuando el señor Morley, recuperado de su herida, se presentó en la pinaza. Al verlo, Trenton torció el gesto. Esquelético, con el rostro chupado y la barba larga y negra, tenía aspecto de haber salido de una prisión antes que de un hospital. Aun así, Trenton decidió restituirlo a su antiguo empleo.

El mismo día de su llegada, Trenton le presentó a Ugalde, y también a Gabriel.

—Señor Morley, este es
l’Avide,
nuestro barbero. Como veis, hemos mejorado en vuestra ausencia.

Gabriel le tendió la mano.

—A vuestro servicio, señor.

Morley despreció la mano extendida de Gabriel y le dio un repaso con cara de pocos amigos.

—¿L’Avide? ¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó en un francés muy fluido.

—¿Acaso os disgusta?

—¿Cómo te atreves? —saltó el contramaestre con el rebenque en alto, listo para golpear.

—Basta, Morley —intervino Trenton—. ¿Qué diablos os ocurre?

Gabriel no se había movido un ápice, y lo miraba con expresión desafiante. El contramaestre bajó el brazo y escupió en las tablas.

—L’Avide, ¿eh? Ya veremos de qué pasta está hecho este bribón.

Más tarde, Mahagüini, que había sido testigo del incidente, le dijo a Gabriel que debían andarse con cuidado para que el nuevo contramaestre no descubriera que no eran franceses. Desde que fueron apresados, los españoles habían acordado hablar entre ellos en francés, pero la presencia de Morley, que dominaba aquel idioma, iba a complicarles las cosas.

—Avisaré a Ugalde, para que esté prevenido —dijo Gabriel con indiferencia.

—Guárdate de Ugalde.

—No seas aprensivo, Mahagüini. Los tres vamos en el mismo barco, y no nos queda otra que apoyarnos mutuamente.

Mahagüini no era tan optimista, pero se encogió de hombros y nada dijo.

6
Muelle de Saint Katherine, Londres

Tras dos días en Dover, al alba del tercero reembarcaron en la falúa para regresar a Londres. La travesía fue más accidentada que durante la ida a causa de los vientos contrarios. Pese a contar con remos, la noche los alcanzó tratando de doblar el cabo North Foreland y hasta la tarde del siguiente día no subieron el Támesis y atracaron en el muelle de Saint Katherine, de donde habían salido.

Marcia bajó de la falúa aterida y ojerosa, pues no había podido dormir bien. Nadie la esperaba en el muelle, y no se hacía preciso mantener la farsa de la prima Emily. Dobson, más entero, fue con el paje a buscar un coche de caballos. La señora Carr y la doncella permanecieron junto al equipaje, y Marcia aprovechó para estirar las piernas. El día amenazaba lluvia, y se había levantado un fuerte viento. El muelle estaba menos concurrido de lo normal, con muchas barcas amarradas y poco tráfico en el río. Caminó despacio por el callejón que unía el muelle con la calle del mismo nombre, que aparecía casi vacía de viandantes. Hacia el oeste, sobre una colina, podía ver los elevados muros de la Torre de Londres y a un grupo de soldados que hacía ronda junto a ellos. Las cuatro torres

del edificio central estaban coronadas por grandes veletas metálicas. Una bandada de patos cruzó el cielo gris. Junto al muelle había una casa en construcción. Los albañiles hablaban a grandes voces. El viento le traía a los oídos algunas obscenidades. Marcia sonrió. Cerca de ella había dos mujeres regateando por una cesta de pescado. Una tenía a sus pies un perro pequeño y sarnoso, blanco con pintas negras. No veía a Dobson por ningún lado.

En ese momento dobló la esquina un hombre.

—Joao —exclamó Marcia—. ¿Qué haces aquí?

Su cuñado no respondió al saludo. Su expresión, sin embargo, lo decía todo.

—Estoy esperándote desde ayer —le advirtió cuando llegó a su lado—. No puedes volver a la casa.

—¿A qué te refieres?

—¿Dónde está el señor Dobson?

—Ha ido a buscar un coche. ¿Por qué?

—No puedo hablar delante de extraños.

—Pues habla deprisa.

—Sospechan de ti.

—¿Quiénes?

—Geraldo estuvo rebuscando en tu habitación y debió de encontrar algo comprometedor. Ha hablado con el señor Lancastre, y después me llamaron para preguntarme cosas sobre ti.

—¿Y qué me van a hacer por una simple sospecha? —dijo Marcia con burlona arrogancia.

—No te lo tomes a broma. Geraldo es fiel al Prior antes que a ti, y su facción se toma muy en serio descubrir a los topos. No tendrán piedad contigo, por muy Henriques que seas. Por eso es peligroso que vuelvas a casa.

Al otro lado de la calle apareció un coche cerrado que se detuvo frente a ellos. Iba tirado por dos caballos robustos que resollaban y daban cabezadas.

—¿Y tú? —preguntó Marcia.

—Por ahora estoy libre de sospechas. Pero a Isabel la tiene enfilada tu hermano, y buscará la forma de involucrarla.

—Eso es absurdo. Ella es la esposa de un capitán inglés.

Dobson se bajó del pescante y comenzó a cruzar la calle, seguido de su paje.

—Pero es española y no hay mejor lugar para espiar que hacerlo desde dentro. Tu hermano cree que estáis las dos de acuerdo y se pregunta por qué se fue de Saint James.

Marcia meditó un instante. En aquel ambiente de odio y suspicacia, una simple sospecha era suficiente para enviarlas a la cárcel. O a la horca.

—¿Y qué podemos hacer? —dijo en un susurro.

—Marcharos de Inglaterra. Zarco te lo prometió.

Dobson saludó a Joao y este respondió con un movimiento de la cabeza.

—Pero ¿cómo? El estrecho está vigilado por una miríada de barcos ingleses y los rebeldes bloquean los puertos de Flandes.

—Alguna manera habrá —apuntó Joao. Se mostraba seguro de lo que decía—. Pero necesitaremos tiempo para organizarlo bien. Mientras tanto debo llevarte a un lugar seguro.

Seguían hablando en portugués, a pesar de que Dobson estaba delante.

—¿Qué ocurre? —les preguntó este.

Los dos portugueses se miraron. La mirada de Joao, fija y penetrante, recomendaba cautela.

—Debo regresar a casa con mi cuñado, sir Henry. Alguien nos ha visto en Dover, y no puedo arriesgarme a que las malas lenguas ensucien más mi nombre. —Le pareció una disculpa muy pobre, pero no se le ocurría otra mejor.

—Es ridículo, Marcia. Después de lo que peleaste para ir a Dover, ¿vas a hacer caso ahora de habladurías? —Dobson hablaba con apasionamiento, sin cuidarse de la presencia de Joao.

—Ve con tu prima y los lacayos, que nosotros alquilaremos otro coche.

—¿Por qué? —El rostro de Dobson se había ensombrecido.

—Es necesario, Henry. —Marcia hablaba con firmeza, aunque con las manos le reclamara calma.

—Si tienes problemas con tu familia, puedes quedarte en mi casa.

Marcia cerró los ojos y respiró hondo.

—Es poco recomendable en estos momentos, ¿no crees?

Dobson asintió con resignación, se giró hacia su criado y le pidió que cargase en el coche sólo su equipaje.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Te enviaré recado en cuanto me sea posible, mi estimado amigo.

Cuando Dobson se perdió de vista, Marcia le detalló a Joao todas las observaciones realizadas durante el viaje a Dover, a las que añadió sus conclusiones: sólo había una escuadra inglesa en el mar del Norte encargada de controlar y custodiar el paso de Calais. Al resto de los barcos habría que buscarlos en otro lado. En cuanto a los holandeses, no vio ningún buque de guerra en Dover ni en sus alrededores.

XXII

1
CABO LIZARD

La Gran Armada avistó el extremo de Cornualles el viernes veintinueve de julio. Ante tan feliz suceso, el duque de Medina Sidonia ordenó que en el San Martín se izase el estandarte real con un Cristo crucificado y una imagen de Nuestra Señora. Una vez arriba, se dispararon tres piezas y la gente toda se humilló y rezó una Salve suplicando al Todopoderoso que les concediera la victoria contra los enemigos de la santa fe.

Los ingleses, en tierra, respondieron con fuegos y ahumadas que daban aviso de su llegada, y, al caer la tarde, fueron avistados por una pinaza enemiga. Dos pataches trataron de darles caza, pero se guarecieron en la bahía de Falmouth, al amparo de sus cañones.

En todo caso, ya estaban en Inglaterra. Atrás quedaban Lisboa y La Coruña, las demoras y salidas en falso, los vientos contrarios y la larga y desesperante inactividad. Y aunque los hombres seguían hacinados en las bodegas o durmiendo al raso, bebiendo agua apestosa y masticando rancho frío, sucios, almadiados y comidos por los piojos, su moral estaba alta. Había llegado el momento de desenmohecer las espadas, largamente envainadas, de hacer hablar a cañones y arcabuces, el momento del todo o nada, de arriesgar la vida, de sacar pecho o de ponerse de perfil. Francisco de Bobadilla, maestre de campo general, les preguntó a los hombres embarcados en el galeón San Martín si buscaban gloria. Todos a una aullaron que sí.

—La tendréis —les respondió el maestre—. Y de qué forma.

También Duarte se sentía jubiloso. Al lado del duque, y antes al de Bazán, había sido testigo privilegiado de los preparativos de la Gran Armada, de sus dificultades, imprevistos y reveses. Estaba satisfecho. Y orgulloso. Su esfuerzo y dedicación no habían sido

sino un granito de arena en la formación de aquella montaña, pero algo habían sumado. Más allá de la costa que tenía enfrente, más allá incluso del horizonte, él veía el largo camino que lo había conducido hasta allí. Desde sus inicios en la milicia de San Miguel hasta la cubierta del galeón San Martín habían trascurrido siete años. Siete años sirviendo bajo las banderas del rey, en Azores, Flandes o Lisboa, en la tierra, en los diques y canales o en el mar, a las órdenes de Bazán, de Farnesio o de Medina Sidonia, siete años de buenos y malos camaradas, muchos de ellos valientes, todos fanfarrones, de campamentos, formaciones, duras guardias, de combates cerrados y de arrostrar peligros. Siete años de amores y desamores, siete años, en fin, que se habían ido en un suspiro.

—¡Atentos!

La voz del maestre de campo Francisco de Bobadilla lo distrajo de sus pensamientos. Llevaba en las manos la relación de los hombres que habrían de acompañar a Medina Sidonia en la cubierta del galeón durante la batalla. Pues que no era aquella una jornada de soldados anónimos, sino una cruzada con las bendiciones del Santo Padre para restituir la verdadera religión en aquel reino, y los nobles más encumbrados, las órdenes de caballería, los más fieles servidores y los grandes de España habían querido participar en ella con lo más granado de sus casas.

—«En el alcázar de popa, junto a su Excelencia —leía Bobadilla con su voz ronca y aguardentosa, pero potente—, formarán el príncipe de Áscoli, el conde de Gelves y don Gómez de Zapata, hijo del presidente de Castilla, don Luis de Córdoba, hermano del marqués de Ayamonte, y don Luis Osorio, y Diego Flores, almirante de la escuadra de Castilla, y el veedor general de la armada, don Jorge Manrique, y don Bernabé del Pedroso, proveedor de esta armada, y también un servidor, cada cual con sus asistentes y criados y hombres de armas».

La guarnición del alcázar la completarían otros sesenta tiradores al mando del capitán Fernán Gómez, y habría otros tantos en las bandas de babor y de estribor al mando de sus respectivos capitanes, treinta en el castillo de proa con el capitán Antonio Serrano y con cuatro caballeros de la Orden de San Juan, más un trozo de treinta arcabuceros de reserva y dos caballeros de Calatrava al mando del capitán Heredia. Las dotaciones de los palos

estarían al mando de cabos de escuadra, doce tiradores en la verga del mayor y ocho en la del trinquete. Las cosas de la mar estarían todas al mando del capitán Marolín de Juan. Para el gobierno de la artillería, a las órdenes del condestable Nicolao, habría en cada pieza un artillero, un ayudante y seis soldados auxiliares. Los capitanes Hermosilla y Corral tendrían la responsabilidad de la pólvora, el capitán Rodríguez, con veinte hombres, la del trozo contra incendios, y el alférez Gil, con otros veinte, la evacuación de los heridos. De modo que en la capitana real no quedaba señor, soldado, marinero ni mozo sin una tarea asignada, pues tal era la voluntad de don Alonso.

El día treinta amaneció despejado y la armada penetró en el canal. Ante la posibilidad de trabar combate contra un enemigo que podría atacarlos desde cualquier flanco, el duque y sus consejeros decidieron modificar la formación. La vanguardia y el centro se agruparían en un solo cuerpo y la retaguardia se dividiría en dos alas, la derecha al mando de Alonso de Leyva y la izquierda al de Recalde. Así, la Gran Armada semejaba un enorme cangrejo cuyo cuerpo sería la batalla y sus pinzas, las alas. Y estas pinzas podrían abrirse hacia fuera, para evitar ser desbordados, o cerrarse sobre el centro para socorrer a cualquier navío rezagado o encerrar a los enemigos.

Se navegó en formación de combate toda la mañana y parte de la tarde de aquel sábado sin hallar ningún enemigo que los enfrentara. El viento, constante del sudoeste, empujaba a la armada hacia adelante y la ayudaba a mantener el buen orden en el despliegue, que abarcaba de una punta hasta la otra más de tres millas.

La principal preocupación de Medina Sidonia era, en aquellos momentos, la falta de noticias de Flandes. Estaban ya en el canal y Alejandro de Farnesio no había contactado con él.

Las instrucciones reales especificaban que no debía sobrepasar la isla de Wight hasta no tener certeza del puerto al que arribarían. Pero una cosa era verter instrucciones sobre un papel y otra, verse en medio del mar con el enemigo enfrente. Sin embargo, eran aquellas tan prolijas que dejaban escaso margen para la improvisación. El duque temía el instante en que las circunstancias de la jornada lo obligaran a elegir entre seguirlas al pie de la letra o

tratar de adaptarse.

Pasado el mediodía, el cielo se nubló y la mar comenzó a agitarse. Cayó un chubasco y, entre la cerrazón, creyeron ver a parte de la flota enemiga. Unos pescadores que capturaron les revelaron que las escuadras de Howard y Drake estaban intentando salir de Plymouth para cortar su progresión. Juan Martínez de Recalde aconsejó apresurar la marcha y atacarlos antes de que tomaran posiciones. Diego Flores, en cambio, propuso recoger el aparejo, mantener el barlovento y aguardar hasta la siguiente mañana para presentar batalla.

—Ahora contamos con el barlovento, señor Flores, pero mañana Dios dirá. Este viento, que en una hora nos pondría en Plymouth, a ellos les estará estorbando la salida —dijo el almirante vasco, que, volviendo el rostro hacia el duque, insistió en su idea—. Este inesperado escenario es un regalo de Dios, excelencia. ¿Cuántas veces se nos ofrecerá la oportunidad de hallar a la escuadra enemiga en una situación tan comprometida?

—Lo único que comprometeremos será nuestra armada, señor Recalde —respondió Diego Flores, que consideraba un deshonor dar su brazo a torcer—. Es demasiado tarde para arriesgarse a una acción de tanta envergadura.

—Venimos corriendo riesgos desde que partimos de Lisboa, señor Flores, y cada día que pase correremos más. ¿Por qué no hacerlo ahora?

—Ved que nuestro objetivo principal es tomar contacto con el duque de Parma, no desgastarnos en un combate con la flota enemiga.

—¿Acaso pensáis que los ingleses nos van a escoltar hasta Flandes? —comentó Recalde con mucha ironía.

Mas al duque lo turbaban aquellos debates que venían repitiéndose desde que embarcaron y cuyos protagonistas principales eran casi siempre los mismos: Recalde y Flores. El primero era un marino hábil, experto y entregado a su oficio, alumno aventajado de Bazán y seguidor de sus métodos y tácticas. Medina Sidonia creía sinceramente que debería haber sido su sucesor natural al frente de la Gran Armada. Pero era también un hombre serio, distante, parco en palabras y rudo al hablar, ante el que se sentía un poco intimidado. Diego Flores, en cambio, era

efusivo, charlatán, adulador, amante de la buena vida, soberbio y rápido a la ira, más interesado en su propio provecho que en la empresa, pero sabía leer los deseos más oscuros del duque, y, sobre todo, era el hombre que había puesto a su lado el rey.

La guerra requería decisiones raudas al tiempo que serenas, como seguramente las habría tomado don Álvaro de Bazán, pero su inexperiencia en aquella y su desconocimiento de la mar le causaban inquietud. Le daba vértigo lanzarse de cabeza a su primera batalla, y prefirió darse un último respiro. Hizo, por tanto, caso a Diego Flores.

2
LONDRES

Joao llevó a Marcia a la pensión de Wolf Lane, la misma donde el señor Gardiner había alojado a Isabel. Su cuñada ya estaba allí cuando llegaron.

—¿No había otra en Londres? —preguntó Marcia.

—Hay pocas pensiones que admitan sólo a mujeres, y en esta ya os conocen a las dos —se excusó Joao—. No creo que el señor Gardiner vaya a presentarse de repente. Ahora debo marcharme. En cuanto consiga un transporte, os avisaré.

—Espera, Joao. Quiero enviarle un recado al señor Dobson.

—Podría denunciarte.

—No lo hará.

—Es peligroso, Marcia.

—Más peligroso será no hacerlo. Estoy segura de que tratará de buscarme en casa de los Lancastre y en la tuya. Créeme, es mejor que hable con él. Además, le debo una explicación.

Joao se avino de mala gana a sus deseos.

Isabel estaba aturdida por todo lo sucedido. Aunque Joao le había explicado por encima algunas cosas, le costaba entender por qué tenían que huir. Marcia sonrió al pensar en el enorme candor de su cuñada, pese a las experiencias tan amargas y difíciles por las que había debido de pasar.

—Hay pocas opciones, Isabel. Permanecer en Londres es peligroso. Y volver a Saint James también.

—Si pudiera hablar con John… —dijo Isabel, con los ojos mirando hacia arriba y la expresión suplicante, como la de algunas vírgenes—. Pero sabe Dios dónde andará. Ah, los hombres y sus malditas guerras… ¿No hallaré un lugar tranquilo sobre la tierra?

—Mira el lado positivo —intentó consolarla Marcia—. Pronto podrás ver a tu hermano, y conocer a tu tío Sancho. —Sintió remordimientos de conciencia por no haberle dicho aún que Gabriel estaba preso en Plymouth—. Y cuando las cosas mejoren, si lo deseas, podrás reunirte de nuevo con Trenton.

Isabel asentía, pero lloraba.

—Escríbele una carta —le sugirió Marcia—. El señor Dobson podría entregársela.

La Duquesa Negra, aunque era una pensión limpia, tenía habitaciones pequeñas, pobremente amuebladas. Había en ella bastantes mujeres. Jovencitas con sus dueñas, señoras silenciosas, quizá extranjeras, alguna viuda y otras que, por las entradas y salidas que hacían y las calesas y carricoches en que venían a buscarlas, parecían cortesanas.

Marcia durmió mal la primera noche. La habitación tenía humedades en las paredes y dentro hacía un calor sofocante. Tuvo sueños truculentos que la hicieron despertarse varias veces, sobresaltada. Pero la noche de Isabel debió de ser peor, a juzgar por las ojeras y la mala cara que tenía por la mañana. Sin embargo, había tomado una decisión: acompañaría a Marcia a donde fuera.

—Me alegro mucho.

—También yo —dijo Isabel con voz lúgubre y expresión resuelta.

Dobson apareció por La Duquesa Negra la tarde del segundo día. Las normas de la pensión prohibían que los hombres entraran en las habitaciones, pero en las traseras había un jardín pequeño, asilvestrado y rodeado de altas tapias en el que podían charlar tranquilamente.

Bajo una parra con las hojas moteadas de amarillo y los racimos escasos y estropeados había un banco de madera.

Marcia había estado muy segura de aquella entrevista, pero llegado el momento dudaba de cómo afrontarla. Dobson se mostraba a un tiempo cercano y adusto. Mientras la acompañaba a través del pasillo de la pensión apenas dijo nada, y en el jardincillo

le habló de trivialidades. Muy diferente de su frescura habitual. Quizá estaba conteniendo su curiosidad a la espera de que ella le diese la entrada.

—No es por una cuestión de honor por lo que estoy aquí —se animó a decir Marcia—. O no sólo por eso.

—Lo suponía.

Marcia le explicó que siempre había tenido diferencias con su hermano. Ella era la mayor, pero Geraldo se consideraba el cabeza de familia y en numerosas ocasiones había tratado de imponerle su voluntad. Como cuando intentó separarla de su primer amor, en Terceira, o después, cuando la prometió con hombres a los que no quería.

—Me da en la nariz que no lo consiguió —dijo Dobson de mejor humor.

Marcia sonrió. Estaba sentada en el banco y él permanecía de pie, a su lado.

—Mas no por ello ceja en el empeño de gobernar mi vida. Geraldo es un seguidor acérrimo de don Antonio de Avis, y está dispuesto a sacrificarlo todo por su causa. Él espera que yo lo acompañe en su cruzada, y yo no deseo hacerlo. Ni tengo su convicción ni comparto sus ideas. Ahora sospecha que intento sabotear su causa, y pretende acusarme de traición.

—¿Y es así?

Marcia titubeó un instante antes de responderle que no, y Dobson se dio cuenta.

—Marcia, no era necesario dar este rodeo sobre los desacuerdos con tu hermano. Eres más importante para mí que los reyes y sus tronos. Me es indiferente que apoyes a don Antonio o que vayas contra él, que seas una víctima cogida entre dos fuegos o una confidente. Yo sólo te quiero a ti. El viaje a Dover fue una locura de felicidad y estos días sin verte, un infierno. Quédate conmigo y te prometo que lucharé por ti hasta el final; mentiré, conspiraré, te esconderé y me casaré contigo.

—Oh, Henry. ¿Qué dices? Vas a hacer que se me salten las lágrimas. Te juzgué mal. Te tomé por un burlador empedernido y has resultado ser un hombre honorable y valiente. Me has ganado con tu nobleza y has hecho que estos días a tu lado hayan sido maravillosos, los mejores desde que llegué a Inglaterra. Pero yo soy

portuguesa, renegada y católica y tú, anglicano y súbdito de la reina. ¿Qué futuro hay para nosotros?

—Tonterías, Marcia. No te calientes tu hermosa cabecita con todas esas razones. Olvídalas y déjate llevar por el corazón. Si no hay futuro para nosotros, lo construiremos juntos.

Dobson la levantó del banco, la estrechó entre sus brazos y la besó en el cuello, en el pelo y finalmente en los labios. Marcia se dejó hacer. Le gustaban sus besos y caricias, el roce de su piel, el agradable olor que emanaba, la embriagaba sentirse querida. Pero no podía ser. Isabel se hallaba allí mismo, en la pensión, apenas a unas varas de donde estaban. Corrían peligro en Londres. Debía marcharse. Tenía que hacerlo.

—No puede ser, Henry —dijo ella, al tiempo que lo apartaba con las manos. No podía seguir alentando sus esperanzas por más tiempo. Debía romper ya, por más que le doliera hacerle daño—. He de irme.

—¿Por qué? —preguntó él con contundencia.

Dobson no se iba a conformar con una respuesta cualquiera. Su mirada, su firmeza, su actitud toda reclamaba sinceridad, y a Marcia no se le ocurrió otra salida que mencionarle su estado.

—Estoy casada.

Dobson bajó los brazos y se quedó quieto, inactivo, falto de voluntad, por unos instantes. Pero, al cabo, la color regresó a su rostro, y reaccionó.

—Mientes —dijo con fuerza.

—Te aseguro que no.

—Me dijiste que eras viuda.

—No. Tú me tomaste por tal y yo no te saqué del error.

—¿Y no es eso una mentira?

—No exactamente. Pero da igual, Henry: aunque estuviera libre, mi respuesta sería la misma.

—¿Quién es tu marido? ¿Dónde está?

Fue una pregunta dura, hecha con exigencia, y ella le respondió que hacía años que no lo veía. Que su marido fue pirata, después mercante y por último un contrabandista al que habían capturado los soldados.

—Vaya historial. ¿Cómo pudiste casarte con un hombre así?

—Habéis sido muy caballeroso. —Marcia volvió a tratarlo con

formalidad. Marcar las distancias la ayudaría a separarse de él—. No lo estropeéis ahora.

—Sólo quiero que seas sincera conmigo.

—Lo que os he contado me compromete más que cualquier confidencia sobre mi esposo. ¿Estáis celoso?

—Es posible.

—¿Os he preguntado yo por vuestras amantes?

—Quédate, Marcia.

—No.

—Por Dios, eres dura como el pedernal. ¿No hay forma de hacerte cambiar de opinión? No puedo perderte ahora, ¿no lo ves? Si lo hago, me convertiré en un salvaje, un hombre sin alma ni conciencia. —Marcia lo miraba a los ojos, sin decir ni hacer nada, y Dobson se encrespó aún más—. ¿Crees que puedo seguir rogándote, rebajándome ante ti como un bufón? Si te vas, no responderé de mis actos.

—¿Quieres denunciarme tú también? Apresúrate, hombre.

Aquellas palabras, llenas de desdén, golpearon a Dobson con la violencia de un disparo. Se dobló sobre sí mismo, se arrugó y se dio cuenta de que se había dejado llevar por el despecho. Él no quería causarle ningún mal, y le rogó que olvidara lo que le había dicho. Ya habían salido algunas golondrinas que cruzaban el espacio haciendo recortes y piruetas. El cielo, tras las tapias del corral, se teñía de tonos amarillos. El hombre se sentó en el banco y escondió la cara entre las manos. Estuvo así un rato. Marcia, que se hallaba de pie, le acarició los cabellos con delicadeza. Al cabo, Dobson apartó las manos. Tenía los ojos enrojecidos, pero su semblante mostraba entereza y resignación.

—¿Qué harás?

—Trataré de llegar a Flandes.

—Es muy peligroso.

—Lo sé. Pero no me queda otra salida.

—La hay —dijo Dobson con calor. Marcia movió la cabeza hacia los lados—. ¿Volveré a verte?

—Es posible, Henry. El mundo da muchas vueltas.

Cuando se despedían, al filo del atardecer, Marcia le entregó una nota de Isabel para Trenton.

—¿Ella también se va?

—Sí, pero por otros motivos. Su familia cree que murió en un abordaje, hace muchos años, y quiere reunirse con los suyos.

En la puerta de la pensión, bajo el banderín de tela en el que figuraba su nombre, Dobson le aseguró que no renunciaría a ella. Marcia lo despidió con un beso y lo vio alejarse por Wolf Lane, doblar la esquina y desaparecer.

3
PLYMOUTH

La madrugada del sábado treinta de julio entró en Plymouth, procedente de Falmouth, una pinaza con la noticia del avistamiento de los españoles. El capitán de la embarcación dio en persona el parte al lord almirante, que se encontraba charlando con Drake y otros comandantes a bordo del buque insignia de la flota, el Ark Royal, un gran galeón muy bien artillado.

—Al fin —rugió Howard, golpeando con ambos puños el barandal del alcázar.

—Salgamos en su busca sin perder un momento, Charles —propuso sir Francis.

Charles Howard, segundo barón de Effingham, era un hombre alto y enjuto, de nariz prominente y barba entrecana, cuya sobriedad contrastaba con la campechanía de su segundo. No llevaba bien el afán de protagonismo del corsario, y peor aún, la familiaridad con que lo trataba. Al fin y al cabo, la nobleza de su familia se perdía en la noche de los tiempos mientras que el padre de Drake había sido un granjero que supo sacarle partido a la Reforma.

—Eso haremos, sir Francis —dijo con sequedad lord Howard. Y añadió—: Hemos pasado meses esperándolo.

La orden de salir al mar fue inmediata, a pesar de que la pinaza había arribado sobre la hora nona. Pero el viento y la marea entorpecieron tanto la maniobra que se les fue el resto de aquel sábado, toda la noche y parte de la mañana del domingo para remolcar a los barcos más pesados, sacarlos de la bahía de Plymouth y formar para la batalla.

Por fortuna para ellos, la armada enemiga no apareció hasta la

tarde. Una larga línea blanca sobre el horizonte occidental, demasiado lejana, no obstante, para apreciarla en toda su magnitud. El viento en contra los privaba de la iniciativa, pero tampoco los españoles la tomaron, y la tarde se fue sin que apenas se redujeran las distancias. Howard, incómodo con aquella situación, ordenó ceñir durante la noche para rodear a la armada, ganarle el barlovento y poder atacarla por la retaguardia.

La complicada maniobra dividió a la flota inglesa en dos agrupaciones. El lord almirante, con la mayor parte de los efectivos, había desbordado a los españoles por el sur, y Drake, con una docena de navíos, se deslizó entre la costa y el flanco izquierdo del enemigo.

A la luz del nuevo día, el último del mes de julio, los ingleses pudieron observar a placer a la Gran Armada. Compacta, ordenada y bien orientada, con sus grandes naos y galeones atravesados y sus galeazas en las alas, presentaba un aspecto majestuoso y temible a la vez. Howard envió a una pinaza para que se adelantara y disparase un cañonazo de desafío que fue respondido con presteza. A continuación, se dirigió contra el centro español.

Los primeros disparos del Ark Royal, y de la columna que lo seguía, se hicieron a tanta distancia que los escasos aciertos se debieron más a la casualidad que a la buena puntería. La Gran Armada no respondió al fuego. Pero eso ya lo esperaba Howard. La táctica preferida de los españoles era la de tirar a corta distancia, abordar y convertir el combate naval en uno de infantería.

A medida que se acercaban, los artilleros pudieron apuntar mejor, aunque todavía se hallaban a media milla y la dispersión del tiro era enorme y su eficacia, escasa. Una ola inoportuna o un pequeño balanceo del barco mandaban a las nubes un disparo que pretendía ser raso.

Desde el puente de mando de su galeón, el lord almirante contemplaba la agitación del zafarrancho. Los oficiales en sus puestos, los marineros en la maniobra, pajes y grumetes en labores auxiliares y las escuadras artilleras en sus piezas. Su desempeño resultaba admirable. Eran los mejores artilleros de la flota. Tras cada disparo pasaban el escobillón por el ánima, refrescaban la culata con mantas empapadas, cargaban la pólvora y la bala, adelantaban la cureña, calculaban la escora, alineaban la mira,

aplicaban el botafuego al oído de la pieza y un nuevo trueno se sumaba a la tormenta. Un braguero de cuerdas detenía el retroceso del cañón, y vuelta a empezar el proceso. Después de dos andanadas, las distintas piezas perdían la cadencia. Cañones, medios cañones, culebrinas y sacres tenían características y tiempos diferentes. Las nubes de pólvora se levantaban negras y espesas en la banda del Ark Royal y el viento las dispersaba. Por los escotillones de la cubierta salía, con lentitud y en pequeñas vaharadas, el humo que se acumulaba en la batería baja.

A trescientas varas de distancia, los españoles comenzaron a responder. Su fuego era poderoso, aunque más espaciado, y los disparos de sus piezas de larga y media distancia empezaron a golpear a la columna inglesa y causar los primeros estragos. Velas rasgadas, jarcia cortada, palos tocados, maderas astilladas y heridos que los pajes se apresuraban en llevar a la enfermería. La potencia de los impactos era limitada, y Howard ordenó proseguir el acercamiento para provocarles daños más considerables.

Pero a cien varas el Ark Royal recibió una inesperada lluvia de plomo. Los escopeteros apostados en las cubiertas, los puentes y las gavias de la nao más próxima habían hecho su primera descarga. Dos centenares de pequeñas nubecillas blancas se elevaron en el aire como fuegos de artificio. Por un instante, la actividad cesó a bordo del Ark Royal. Algunos hombres rodaban por el suelo o aullaban de dolor, alcanzados por los disparos, este en la pierna, ese en el pecho, aquel en la cabeza. Otros se habían agachado, tirado a las tablas, resguardado en la batayola o puesto a cubierto tras cualquier bulto. Los oficiales prorrumpieron en gritos y el silbato del contramaestre se empleó a fondo hasta conseguir que la tripulación volviera a la faena. No podían caer en el juego de los españoles ni permitirse otra escabechina, y el Ark Royal metió el timón y braceó las velas para separarse de las líneas enemigas.

Mientras tanto, Drake y su escuadra sostuvieron una refriega contra el ala izquierda española, con resultados similares: al entrar en el radio de fuego de las armas ligeras, se retiraron. A Howard le pareció observar que el Revenge de Drake se había mantenido en un discreto y seguro segundo término. El lord almirante alzó las cejas y tomó cuidadosa nota.

El sol estaba en su cénit. El viento se mantenía del sudoeste.

Desde el Ark Royal, que regresaba al centro de la formación, vieron que un navío español se quedaba rezagado en el ala derecha. Era una oportunidad que no podían desaprovechar. Lord Howard ordenó virar y atacarlo. Seis barcos siguieron su estela y, con el viento a favor, pronto estuvieron sobre enemigo, lo rodearon sin aproximarse demasiado y le largaron las primeras andanadas. Se trataba de un galeón del mismo tamaño que el Ark Royal, bien armado y alto de borda, que no rehuyó el combate y respondió con solvencia al fuego combinado que recibía. Sus arcabuceros, repartidos entre varios frentes, no resultaban tan letales. El tronar de la artillería era constante y la suma de todos los cañonazos envolvió a los barcos en una niebla que el viento no alcanzaba a despejar. Un navío inglés de mediano tonelaje que intentaba situarse a popa del galeón español fue alcanzado por una andanada que le despedazó el árbol mayor. Los marineros más bisoños, atemorizados por la avería, saltaron al agua, y fue preciso botar un batel para socorrerlos.

Howard, firme en el alcázar, seguía el combate rodeado de sus oficiales, cursaba instrucciones y apretaba los dientes. Nadie podría acusarlo de agachar la cabeza ni de escurrir el bulto. De repente, al virar para cambiar de banda, el vigía de la cofa descubrió, a través de algunos jirones desgajados de la neblina, a varios buques enemigos que se acercaban para socorrer al solitario galeón. Howard oteó su alrededor en busca de refuerzos, pero el grueso de su flota, pasiva en exceso, se hallaba demasiado lejos. Había llegado el momento de retirarse.

Las sensaciones del día no habían sido positivas. Les había faltado determinación, orden y disciplina. La Gran Armada, en cambio, había demostrado ser más rocosa de lo que imaginaba. Bien organizada y moviéndose como un solo cuerpo, se le antojaba a Howard inexpugnable. Y cuando un navío se desgajó del resto, el balance tampoco les fue favorable.

Mas, al fin, fue la mano de Dios la que les dio ventaja aquel día.

Mediada la tarde, arreció el viento y la mar comenzó a picarse. La Gran Armada maniobraba para ganar el barlovento cuando dos accidentes casi simultáneos detuvieron sus evoluciones. Una enorme nao, al chocar con otra, rompió el bauprés y rindió el árbol del trinquete, que cayó sobre el mayor y la dejó ingobernable. Poco

después, se dejó oír una gran explosión en otro navío y una columna de humo oscuro se elevó hacia el cielo. Los españoles trataron de socorrer a sus naos y devolverlas al amparo del redil, pero el estado de la mar lo complicaba mucho. Así, al filo del atardecer, la vanguardia inglesa se encontró a un barco quemado y semihundido con unos pocos supervivientes a bordo. Y después de cerrar la noche, Drake, que debía guiar con su fanal de popa al resto la flota, lo apagó y se lanzó a la caza de la otra nao accidentada, que navegaba a la deriva. Para fortuna del corsario, era un barco importante, portador de una remesa de cincuenta mil ducados que desapareció durante el abordaje.

En la junta que siguió a la batalla, los comandantes criticaron duramente la acción de Drake, a pesar del efecto galvanizador que tuvo. El lord almirante, con el fiero espolón de su nariz apuntando hacia su segundo, le echó en cara la dispersión de la flota que por su causa había ocurrido durante la noche. Sus argumentos, aunque sólidos, dejaban traslucir un fondo de envidia. Quizá le habría gustado ser él quien hubiera abordado la dichosa nao, capturado a su comandante y extraviado los cincuenta mil ducados.

4
Bahía de Lyme

También don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, convocó en el galeón San Martín un consejo de guerra en el que se hizo revisión a los sucesos del día anterior. Y pese a haber sido estos en general favorables, pues la armada había guardado en todo momento el orden de batalla y había repelido los tímidos intentos de los ingleses por hacerles daño, el asunto que más polvareda levantó fue la captura de la nao Nuestra Señora del Rosario, capitana de la escuadra de Andalucía. Se llegó a decir que, por ser el buque del almirante Pedro de Valdés, que había criticado con dureza a Medina Sidonia cuando entraron en La Coruña, el socorro había sido tímido y tardío.

Sobre la explosión habida en la nao San Salvador, de la escuadra de Guipúzcoa, los náufragos rescatados relataron varias versiones. Para unos el causante había sido un artillero alemán a quien el

contramaestre había apaleado por disparar con negligencia, para otros el artillero era un flamenco enfurecido por un insulto contra su madre y para otros más, en fin, el motivo había sido el descuido de un grumete al colocar unos barriles de pólvora demasiado cerca de los cañones.

En lo que sí hubo consenso fue en resaltar el desempeño de los galeones San Mateo y San Juan el Menor, las naos La Rata Encoronada y Nuestra Señora de la Rosa, la enorme urca el Gran Grin, el galeón San Martín, que acudió siempre al punto más reñido del combate, y, sobre todo, el galeón San Juan, de Recalde, que gracias a la estratagema de quedarse rezagado había logrado atraer sobre sí a una jauría de barcos ingleses y desarbolar a uno de ellos. La hazaña, no obstante, no había sido gratuita, pues el San Juan había recibido más de cincuenta cañonazos, uno de ellos en el mastelero del trinquete, que necesitaba repararse.

—Una improvisada temeridad que podía habernos costado cara —se quejó Diego Flores, la única voz discordante.

—Esa improvisación, como decís, la empleó don Álvaro de Bazán en la batalla de las islas Terceiras, y fue la clave de la victoria —dijo Juan Martínez de Recalde.

Duarte, que solía estar presente en las juntas por si Medina Sidonia necesitaba comunicar algún despacho urgente, aguantó la risa que aquella incisiva respuesta le produjo.

—Estamos en el canal de la Mancha y la flota inglesa nada tiene que ver con la desordenada hueste francesa con la que combatió vuestro admirado Bazán —respondió Diego Flores.

—Habláis con mucha ligereza para no haber estado en las Azores. Aquí, como allí, el enemigo no parece muy dispuesto a entablar un combate de verdad, ¿no lo creéis así? —Recalde, aunque estaba respondiendo a Flores, hacía la pregunta a todos los presentes, que en su mayoría asintieron—. De modo que no sería mala idea ponerla en práctica en otras ocasiones.

Al duque no le gustaban las menciones a su antecesor en el mando, pero la propuesta de su segundo rezumaba sabiduría, y no pensaba dejarla caer en saco roto.

Aquel día la flota inglesa se hallaba distante y muy dispersa a barlovento. Medina Sidonia reforzó la retaguardia con algunos galeones más antes de proseguir la marcha hacia el este a través de

la bahía de Lyme.

El gobernador de Flandes seguía sin dar señales de vida. La pinaza de aviso que le había enviado tras salir de La Coruña no había regresado, y de eso hacía ya una semana. Se estaban acercando a la isla de Wight y, para tomar las decisiones oportunas, necesitaba saber el estado de los preparativos en Flandes, de qué ejército disponía Farnesio y en qué flotilla lo embarcaría, tanto lanchas de transporte como filibotes de escolta, si estaban ya aderezadas, marinadas y con las tropas embarcadas y, sobre todo, cómo y dónde realizarían el encuentro, pues la coordinación de los esfuerzos era fundamental para el buen suceso de la jornada.

Por tal motivo, dispuso que se enviara un patache al mando del alférez Juan Gil para hacer un nuevo intento de comunicación con Farnesio.

—Mi mayor deseo es que me traigáis la respuesta del duque de Parma lo antes posible —le dijo Medina Sidonia cuando le entregó la carta para el duque de Parma. El alférez se guardó la carta en la ropilla, se cuadró y dio una cabezada seca en señal de respeto. Era un hombre decidido y risueño a quien el duque ya había confiado algunas misiones.

5
Río Támesis

Joao llegó temprano a La Duquesa Negra, pagó la estancia de las mujeres, cogió las dos arquetas que llevaban por equipaje y las acompañó a pie hasta el cercano muelle de Three Cranes. El joven se mostraba más preocupado de lo habitual, y las obligó a hablar en inglés en todo momento.

—¿Qué ocurre, Joao?

—La reina ha prohibido que los extranjeros salgan de sus casas, sin excepción. Todos deben cerrar sus negocios, y sus bienes quedan a expensas de ser secuestrados por la Corona.

—¡Oh! Eso es terrible. A partir de ahora nos odiarán todavía más.

—La prohibición entrará en vigor mañana, pero la noticia se ha regado como el aceite caliente y ya nadie está seguro.

Las mujeres guardaron silencio y caminaron deprisa tras Joao, cabizbajas y silenciosas. Por fortuna, no tardaron en llegar al embarcadero, donde Joao las dejó en manos del mismísimo señor Zarco.

—¡Cielos! Señor Zarco, ¿vos aquí? —exclamó Marcia—. ¿No es demasiado arriesgado?

—Más riesgos corristeis vos para conseguir una información muy valiosa.

—No dejáis de sorprenderme.

—Espero que para bien.

El agente del rey hizo una seña a un barquero para que se hiciera cargo de los bultos y luego se retiró unos pasos para sostener con Joao una breve pero animada conversación.

—Me marcho, señoras —les dijo Joao al finalizar—. Rogaré al Altísimo por que tengáis una travesía afortunada.

—Guárdate bien, Joao, sobre todo ahora. No te arriesgues en exceso y cuida de mi hermana —le respondió Marcia con un dejo de tristeza.

Joao agitó la mano y se alejó andando deprisa hacia al corazón de la urbe.

Ellos, por su parte, abordaron un pequeño batel y se acomodaron dentro. El remero bogó hasta el centro de la corriente y enfiló el puente de Londres. Sobre las almenas de la puerta sur podían verse con claridad, empaladas en largas lanzas, unas cuantas cabezas descarnadas que recordaban a los londinenses el destino de los traidores. Marcia se estremeció, pero aprovechó el momento para presentar debidamente a Zarco e Isabel. El agente se sorprendió del gran parecido que tenía con Gabriel.

—¿Conocéis a mi hermano?

—Un hombre singular, señora, que no me gustaría tener de enemigo. —Zarco acompañó sus palabras con un guiño cómplice—. Lástima que haya caído preso.

—¡Dios mío! ¿Dónde? —se alarmó Isabel.

Mientras Zarco detallaba lo que sabía de su captura, Marcia se maldecía por no haber previsto aquella situación.

—¿Habéis sabido algo nuevo sobre él? —También ella sentía curiosidad.

—Un contrabandista francés me mantuvo informado durante un

tiempo, pero Plymouth es ahora el lugar más caliente de Inglaterra. Es más fácil hallar una aguja en un pajar que un hombre en aquella babel.

—¿Por qué, señor Zarco?

—¿No lo sabéis? Una gran armada española ha entrado en el canal. —Los ojos claros del agente chispearon—. Ya se han producido combates con la flota inglesa, y el reino está en armas.

—Será imposible cruzar el estrecho.

—Difícil, pero no imposible. Los enfrentamientos se están produciendo en el canal de la Mancha, pero el paso de Calais está más tranquilo.

Calló Zarco y el silencio se adueñó del bote. El remero, un hombre moreno de anchos hombros y gruesa barriga, miraba de reojo a aquellos pasajeros que hablaban en una jerigonza que sonaba a castellano. En el río menudeaban las barcas llenas de gente que prefería aquel medio que arriesgarse a cruzar por el atiborrado puente de piedra. Sus aguas brillaban por mil soles reflejados. En una y otra margen se sucedían las edificaciones. Nuevos barrios desbordaban la vieja ciudad. Arrabales, suciedad, lodo y malos olores.

—Alegrad ese ánimo, señoras. Tengo la certeza de que Gabriel podrá salir de este aprieto, como lo ha hecho de otros tantos.

—Dios os oiga —dijo Isabel.

A Zarco le hicieron gracia los deseos de la mujer.

—¿Os hacen gracia sus desventuras?

—Disculpad mis risas, señora, pero vuestro hermano es poco amigo de invocar la ayuda divina.

—Por desgracia —añadió Marcia, y sonrió con amargura.

Aguas abajo, pasado el primer recodo del río, Zarco le indicó al barquero que se aproximase a una zabra anclada cerca de la orilla derecha. El hombre se abarloó con cuidado a uno de sus costados. Un marinero, al verlos, lanzó la escala por la borda. El agente la sostuvo con las manos mientras subían por ella Marcia e Isabel. Después le tocó el turno a Zarco y al equipaje.

—¡Esperadme! —le gritó al barquero.

—¿No vais a acompañarnos? —preguntó Marcia.

—Yo me quedo aquí —respondió Zarco, y consciente de la alarma que sus palabras suscitaban en sus acompañantes, se aclaró

—: No puedo alejarme de la ciudad ahora. Con el nuevo decreto sobre los extranjeros las cosas se van a complicar, y debo permanecer más que nunca en mi puesto. Pero os dejo en buenas manos.

—No hay manos mejores que las vuestras —dijo Marcia.

—El capitán de la zabra es un hombre de mi confianza. Y también de la de vuestro esposo —añadió con una sonrisa.

—¿A qué os referís? —preguntó Marcia, sofocada y expectante.

Pero Zarco, en lugar de responderle, señaló hacia sus espaldas. Marcia se giró y se encontró con la sonrisa cáustica y la mirada aguda de un hombre de mediana edad.

—El señor Vermeulen, capitán, maestre y piloto de la Jolanda.

—Sean bienvenidas a bordo —dijo el señor Vermeulen, al tiempo que les dirigía a las dos una leve reverencia de cortesía. Su cuerpo era seco y alargado como un palo de escoba, llevaba una camisa de tela basta, abierta hasta la mitad del pecho, y unas calzas negras, muy ajustadas, que le hacían parecer más alto.

—Él os conducirá hasta vuestro destino —apuntó Zarco—. Y lo hará mucho mejor que yo, pues el agua es su elemento.

—Confío en estar a la altura de tales lisonjas —rio el capitán. Su inglés era más que pasable, aunque tenía un acento extraño—. Pero dejad que os acomodemos —prosiguió, y pidió al marinero que las había recibido a bordo que les enseñara su cabina, un cubículo diminuto y lleno de bultos. Suficiente en todo caso para extender dos colchoncillos y descansar con un mínimo de intimidad. Al poco, las dos mujeres regresaron a cubierta para despedirse de Zarco, a quien desearon buena ventura en sus afanes. El agente correspondió a sus buenos deseos y sonrió a Isabel.

—Espero de corazón que podáis criar al hijo que lleváis dentro, y disfrutar de él —le dijo, y sin darle tiempo a responder trepó a la borda y bajó por la escala. El batel se alejó lentamente del costado de la nave, remando a contracorriente.

6
PORTLAND BILL

El martes dos de agosto la armada se hallaba camino de la isla de

Wight, frente al cabo de Portland Bill. Estaba desplegada con una orientación norte sur: el ala izquierda, al mando de Leyva, cerca de tierra y la derecha, al mando de Recalde, más metida en el mar. El viento, que amaneció encalmado, después de la hora prima saltó del nordeste, favoreciendo a los españoles. La flota inglesa dio una bordada a tierra para tratar de sobrepasarlos por el norte, ganar el barlovento y envolverlos, pero el ala izquierda de la armada les cerró el paso.

El San Martín tuvo una mañana ajetreada. Medina Sidonia, empeñado en predicar con el ejemplo, quiso estar siempre en primera línea de batalla y lo dirigió primero al norte, para colaborar con su ala izquierda, luego al sur, para apoyar a Recalde, y de nuevo al norte, para interponerse en la ayuda del lord almirante a su vanguardia. Pero en esta última maniobra se quedó solo frente al enemigo.

El galeón amainó velas y se atravesó en el mar. El capitán Marolín de Juan ordenó un nuevo zafarrancho. Los hombres respondieron de inmediato. Se prepararon los artilleros, se cargaron los cañones, se dispuso munición y pólvora de reserva, se aderezaron las batayolas y el trozo de escopeteros se preparó en sus posiciones. Duarte y su compañero Juan Bustamante, otro de los asistentes del duque, estaban en la cubierta del alcázar. También se encontraban allí, arropando al general, los hombres designados para ello con sus armaduras puestas y las armas preparadas. Corazas ricamente labradas, con adornos de oro, morriones de alta cresta y hermosos grabados, tahalíes de cuero de vaca, espadas magníficas, vainas con contera y punta de plata, arcabuces de madera de cerezo con apliques dorados en la caja y la culata.

Los ingleses se acercaban en fila de a uno por la banda de babor, con su buque insignia a la cabeza. La distancia se recortaba y sus velas, hinchadas por el viento, casi llenaban el horizonte. Ya se apreciaban las caras de los hombres y se oían sus gritos y bravatas, aunque casi nadie los comprendiera. Las bocas de los cañones permanecían mudas. Aquella vez los ingleses venían dispuestos a combatir de cerca. Cuando se hallaba a cincuenta varas, el gran galeón que encabezaba la fila viró ligeramente, presentó su costado de estribor y abrió fuego.

—¡Fuego! —ordenó al mismo tiempo Marolín de Juan, y al

instante rugieron los veinticuatro cañones de babor del San Martín y los doscientos arcabuces de los escopeteros.

La cubierta del galeón se llenó de humo. Primero del propio, y después del contrario, arrastrado por el viento. Duarte notó cómo el casco recibía los impactos de las balas, seis o siete al menos. Un sonido que le producía pavor, y se alegró de estar allí arriba y no encerrado en el vientre de la nave. Vio saltar astillas de la borda y abrirse agujeros en la vela mayor y en la mesana. Una pesada pelota de hierro impactó en cubierta y partió a un hombre por la mitad, mientras la metralla de otros cañonazos segaba brazos, piernas y cabezas y abría boquetes en los que cabía un puño. La sangre tiñó las tablas de un rojo vivo y su olor dulzón se combinó con el acre de la pólvora, con el del sudor, el salitre y el miedo. La escopetería enemiga también les causó bajas. Los proyectiles zumbaban con un sonido siniestro, golpeaban la madera de los castillos, se incrustaban en los empalletados y atravesaban la carne de los hombres. Un soldado que estaba sentado a horcajadas en la verga del trinquete fue alcanzado y cayó sobre el castillo de proa como si fuera un saco de harina.

El Ark Royal, después de haber dejado ir su andanada, siguió adelante y fue sustituido por el segundo de la fila, otro galeón de gran tamaño que volvió a castigar al San Martín. Y al segundo lo siguió un tercero y al tercero un cuarto, y a los tres respondió con gallardía el San Martín. Sus artilleros eran buenos y sus arcabuceros, mejores, y recargaban con rapidez y causaban gran daño al enemigo.

El duque atendía al desarrollo de la batalla sin moverse del alcázar, firme en su puesto, a pesar de que algunos hombres de su séquito habían sido heridos. Duarte, que lo conocía bien, se daba cuenta del esfuerzo que hacía para dominar el miedo y mostrarse sereno. Muchos soldados y marineros de aquel navío habían servido a las órdenes de Bazán, que tenía fama de impasible, y por nada del mundo desmerecería frente a ellos.

—Señor Salazar —llamó con voz firme a su asistente—, bajad al entrepuente e informad de los daños.

Duarte cruzó a la carrera el alcázar, bajó de dos saltos al combés y estuvo a punto de perder pie en un charco de sangre que no había sido rociado con arena. Se enderezó, se encaminó a un escotillón y

bajó a la cubierta inferior, que parecía la antesala del infierno. Al humo espeso y picante de cuatro andanadas seguidas se le sumaban la semioscuridad de una cubierta cerrada y la batahola de ruidos y ecos que allí había: los truenos de los disparos, el retroceso de las cureñas de los cañones, los gritos de los artilleros y de los pajes que les suministraban la munición, los ayes y lamentos de los heridos. Un cabo pedía balas encadenadas y otro, sacos de metralla. Algunos arcabuceros se agachaban junto a las troneras y disparaban a través de ellas. Cuerpos caídos aquí y allá. Cubos de agua donde los servidores de las piezas mojaban las mantas y cubos de arena para empapar la sangre. Había boquetes abiertos entre las cuadernas, que nadie taponaba porque estaban en la obra muerta, por encima del nivel del agua. A pesar del desorden, del peligro y de la muerte, los servidores de las piezas las atendían con furiosa disciplina. Sus movimientos eran precisos, rápidos, fruto de la práctica, de la experiencia y del valor.

—¿Qué se le ofrece, señor? —le preguntó un cabo que reparó en su presencia.

—Don Alonso desea saber los daños que hemos recibido.

—¡Tres muertos y siete heridos! —le respondió a gritos, para hacerse oír—. Los cañones arden, pero son de bronce y aguantarán todavía diez andanadas. Hay balas de todos los calibres y pólvora suficiente. Bajo la línea de flotación hemos recibido algunos cañonazos, y los carpinteros y calafates trabajan a destajo. —Y con la mano señalaba a las tablas que separaban el entrepuente de la bodega.

Duarte le dio las gracias y se encaminó a la abertura que comunicaba ambas cubiertas. La bodega estaba aún más oscura y olía a humedad, a cebada fermentada, a vino, a queso y a tocino rancio. Los zapatos de Duarte se mojaron. El agua le llegaba por encima de los tobillos. Varias ratas muertas flotaban sobre su superficie, las colas largas, las cabezas ladeadas y los dientes proyectados hacia delante, y otras cuantas, moviendo frenéticamente sus patas, trataban de alcanzar algún bulto al que aferrarse, trepaban sobre ellos, se sacudían el agua del pelaje y se ocultaban con rapidez. Las había grandes como liebres. Dos pajes sostenían sendos hachones encendidos que señalaban los lugares donde trabajaban las cuadrillas de carpinteros. Una de ellas había

conseguido reducir la vía de agua a unos cuantos hilillos que chorreaban por la madera. Por la otra vía entraba un torrente de agua. Dos hombres pugnaban por encajar en el agujero un taco de madera que la corriente escupía una y otra vez. Estaban completamente empapados y las llamas se reflejaban en sus pieles mojadas. Un tercer hombre, alto y grueso, esperaba con la maza apoyada en el suelo. Duarte pensó que jamás lo lograrían. De repente, un martillo ciclópeo golpeó el casco. El sonido inundó la bodega y el eco lo repitió, como si estuvieran dentro de una campana de madera. Duarte sintió miedo. ¿Cómo podían trabajar aquellos hombres en semejantes condiciones? El eco cesó y fue sustituido por el repiqueteo de una maza más humana. Los carpinteros habían encajado milagrosamente el taco y el hombre grueso lo apuntalaba a golpes secos, rítmicos, exactos.

—¿Aguantarán esos tacos?

Nadie hizo caso, y Duarte repitió la pregunta dando un berrido. Un hombre de la otra cuadrilla se volvió hacia él y se encogió de hombros.

—Aguantar, aguantan —dijo con acento gallego.

—Cuando termine el combate los buzos tendrán que reforzar el casco por fuera con planchas de plomo —añadió otro hombre.

Duarte consideró que había cumplido con nota el encargo de don Alonso y se apresuró a salir de aquella caverna.

Fuera, el quinto buque de la línea inglesa, más pequeño que los anteriores, no se atrevió a aproximarse tanto al San Martín, y descargó su andanada desde más lejos, sin causar apenas daños. Los soldados les dedicaban a los enemigos burlas y gestos soeces. Por la aleta de estribor aparecía la nao Santa Ana, de Miguel de Oquendo, y más allá los galeones San Luis y San Marcos, e incluso el San Juan, de Recalde, que acudían a socorrerlos. Los ingleses desistieron del ataque y se dejaron caer a sotavento para refugiarse entre la manada.

Esa misma noche, antes de maitines, una de las zabras de vigilancia había detenido a una barquichuela que se acercaba desde tierra. Su único tripulante, un hombre con la piel curtida por la intemperie, era portador de un mensaje cifrado. El patrón de la zabra desconfió inmediatamente, pero como el mensajero insistiera en la urgencia, no tuvo otro remedio que llevarlo a la capitana.

Juan Bustamante y Duarte lo interrogaron antes de molestar a Medina Sidonia, que había pasado varias noches sin dormir. El hombre sólo les dijo que era un pescador de Weymouth, católico, y que el mensaje se lo había entregado un agente del rey con el que hacía tiempo colaboraba.

—Os quedaréis aquí hasta que sepamos a qué atenernos —dijo Bustamante.

—Pero yo debo regresar antes del alba, o tendré problemas —protestó el pescador.

Juan Bustamante negó con la cabeza; sin embargo, Duarte intercedió por él.

—Si en verdad es un colaborador, lo pondremos en peligro.

—¿Y si es un espía inglés?

—Pues lo habremos dejado escapar. En todo caso, el perjuicio de retenerlo es peor que el posible beneficio de soltarlo.

Bustamante se plegó a las razones de su compañero, pero bajo su exclusiva responsabilidad. Y Duarte fue a despertar al duque, que se enjuagó la cara para despejarse. Tomó el pequeño cilindro, que contenía un billete de papel muy bien enrollado, oyó la explicación de Duarte y torció el gesto al saber que habían soltado al pescador, aunque nada dijo. Después se encerró en su cámara para descodificar el billete. Las claves eran correctas, una prueba de la lealtad del pescador, y el contenido del mensaje se refería a la situación y efectivos de la escuadra de Henry Seymour, desplegada entre el estuario del Támesis y el estrecho de Calais y con base en Las Dunas. Según el mensaje, el almirante inglés contaba con treinta y ocho velas, de las cuales sólo nueve eran buques de guerra. El resto eran embarcaciones menores y pobremente armadas, útiles para realizar bloqueos en los puertos, pero que nada aportaban al potencial del enemigo.

—Bueno es saberlo —dijo el duque.

Duarte se quedó pensativo ante tan fútil comentario. Su tío Rafael había sido confidente del rey en las Azores y sabía de las dificultades y aprietos por que pasaban los espías, de los riesgos que corrían para conseguir una pequeña información que podría resultar relevante o intrascendente.

XXIII

1
La Jolanda

La Jolanda era una zabra de escaso arqueo, semejante a algunas que empleaban los rebeldes holandeses y llevaba, a la usanza de estos, un pendón anaranjado.

La zabra navegó el Támesis y salió a mar abierto sin mayores dificultades, siguiendo la misma derrota que había recorrido con Dobson en la falúa. Vermeulen hablaba a sus hombres en un idioma desconocido para Marcia, lleno de palabras largas y consonantes duras. Supuso que sería la lengua de Flandes. A algunos tripulantes, sin embargo, les hablaba en francés. Antes de doblar el cabo North Foreland fueron detenidos por una pinaza. Vermeulen entró precipitadamente en el camarote de las mujeres y les pidió que guardasen silencio y no se les ocurriera salir. Se hallaban frente a Margate, donde anclaban varias unidades de la escuadra del almirante Seymour. Un cabo y dos marineros subieron a bordo del filibote para supervisar su carga.

Vermeulen los recibió en el combés.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó el cabo.

El capitán le respondió que al puerto de Flesinga y mantuvo con él una breve charla antes de abrir una cartera de cuero y mostrarle el salvoconducto de las Provincias Unidas y los documentos de flete. El cabo los desplegó e intentó leer hasta el último renglón escrito en ellos, pero la luz ya era escasa y pronto desistió de hacerlo. Después de devolvérselos, quiso revisar la carga. En la cubierta del barco había una buena cantidad de cajones y fardos estibados, ninguno de ellos sospechoso. La bodega estaba casi a oscuras y Vermeulen pidió a un marinero que prendiese una lucerna para iluminarla. Allí dentro olía a brea, a salitre y a la suciedad descompuesta y fermentada de la sentina. El cabo indicó a sus marineros que

rebuscasen entre los bultos de la mercancía. Una ola más fuerte que otras hizo balancearse a la nave y uno de los marineros tropezó y se golpeó la cabeza con uno de los baos. Soltó un juramento y siguió la pesquisa, pero no encontraron ninguna irregularidad.

—¿Lleváis pasajeros? —preguntó el cabo, de vuelta en el combés.

—No —respondió Vermeulen sin que le temblase la voz.

—¿Podéis conducirme a los camarotes?

—Por supuesto, señor oficial —dijo el capitán—. Pero firmadme la inspección antes de que se vaya la luz.

El cabo tomó complacido la pluma que le ofrecía Vermeulen. Le había agradado que lo tomara por un oficial. Mojó la punta en el recado portátil, escribió con dificultad que todo estaba correcto y firmó debajo. El viento soplaba racheado. Al este, de un nubarrón oscuro se escapó un relámpago brillante. Lo siguió un trueno largo y amortiguado por la distancia.

—¿Os enseño los camarotes?

—No es necesario —respondió el cabo con amabilidad—. Nos vamos antes de que descargue la tormenta. Que vuesas mercedes tengan buen viaje.

La tormenta se alejó y el filibote dobló North Foreland y puso rumbo al sudeste. El mar estaba encrespado y se veía, en distintos puntos del horizonte, el resplandor de otras tormentas. Vermeulen invitó a las mujeres a comer una cena fría en cubierta.

—Disculpad las horas, pero con el ajetreo de la inspección se ha retrasado todo —les dijo Vermeulen, que no apartaba los ojos de Isabel. Durante la cena se mostró solícito con ella y se interesó reiteradas veces por su estado.

—De modo que vos conocéis al capitán l’Avide… —dijo de pronto.

—Jamás he oído ese nombre.

—Es como llaman a Gabriel —le aclaró Marcia.

—¿Vos también lo conocéis, señora?

—Soy su esposa —dijo Marcia engallando la cabeza.

—Ah…, su esposa. —Vermeulen miró hacia los lados, como si temiera ser oído por alguien, y su expresión se volvió hermética.

—¿No os ha hablado de mí? —Preguntar aquello hizo sentir

mucha vergüenza a Marcia, y su cara enrojeció violentamente.

—Me temo que no. El capitán l’Avide es muy reservado en según qué asuntos.

A pesar del tiempo que habían pasado separados, la evasiva de Vermeulen le molestó sobremanera.

—¿Habéis navegado con él, señor Vermeulen? —le preguntó con suavidad.

El flamenco se rio por lo bajo, moviendo apenas los hombros. Su rostro adoptó una expresión traviesa.

—¿Qué si he navegado con él? No he hecho otra cosa en los últimos años, señora. Esta zabra es, en realidad, suya. Yo sólo soy el piloto. Y también es dueño de la Portuguesa, una hermosa fragata que se encuentra en Dunquerque.

—¿Qué chiste es ese de llamarla la Portuguesa?

—Le ha puesto el nombre en tu honor, Marcia —dijo Isabel, que, sorprendida por lo que estaba descubriendo sobre su hermano, no había perdido palabra.

—Por desgracia, la fragata ha sido decomisada por el gobernador Alejandro de Farnesio, que necesita juntar una flota… —el capitán se dio cuenta de que quizá estaba hablando demasiado y decidió moderarse— una flota para sus acciones militares.

—¿Qué ruta seguiremos, capitán? —Marcia se había percatado del sutil cambio de actitud de Vermeulen.

—Nuestro destino oficial es Flesinga, y de momento ese es el rumbo que llevamos.

—¿Y Dunquerque?

—Media flota rebelde está desplegada frente al litoral de Flandes. Pasaremos cerca de ella para conocer su posición y después ya veremos.

Marcia torció el gesto. Aquel plan ni siquiera merecía ese nombre, pero Vermeulen parecía seguro de lo que decía. Marcia miró hacia arriba y no pudo ver una sola estrella. Las tormentas los rodeaban por doquier. Las nubes se iluminaban con el vivo resplandor de mil relámpagos, como si los ángeles hubieran decidido librar entre ellos una colosal batalla. El viento hacía tremolar las velas y restallar los cabos. Los truenos se escuchaban cada vez más próximos, y no tardó en descargar la tormenta.

Sus pensamientos también eran borrascosos. ¡Qué demonios!, seguía siendo la esposa de Gabriel. ¿Acaso él no la consideraba tal, o es que le había encontrado reemplazo? Tampoco ella le había guardado las ausencias, cierto, pero nunca había dejado de sentirse unida a él. En todo caso, ese detalle carecía de importancia. Gabriel «era» su marido. Y de pronto cayó en la cuenta de que estaba orgullosa de que lo fuera, de que era así como quería que siguieran siendo las cosas. Pensar en lo contrario le causó vértigo. Podría aceptar que otra mujer calentara sus sábanas, pero que estuviera delante de ella en su corazón, ¡Dios!, jamás se lo perdonaría.

La Jolanda capeó la tormenta sin dificultades, pero el balanceo era tan acusado que a Isabel se le revolvió el estómago y pasó la noche en un tormento de mareos y vómitos. La preñez tan adelantada tampoco ayudaba. Por la mañana no tenía fuerzas para levantarse, y sólo Marcia salió a cubierta. En el cielo había nubes altas, muy desarrolladas, con grandes claros entre ellas. El capitán impartía órdenes a diestro y siniestro y los marineros se daban prisa en acatarlas.

A mediodía avistaron, a estribor, los primeros navíos del bloqueo rebelde. Formaban una línea irregular a la que fueron acercándose en una suave curva. La zabra navegaba con poco trapo, rumbo a Flesinga, y no le dieron el alto. Sobrepasaron los barcos de bloqueo por el este y siguieron en paralelo a la costa, hasta perderlos de vista. Entonces Vermeulen mandó detenerse y poner la zabra en facha.

—¿Qué ocurre ahora, capitán? —pregunto Isabel, que había conseguido arrastrar su cuerpo fuera de la cabina para tomar el aire. La tripa abultaba su falda, y muchos marineros no podían quitarle los ojos de encima.

—Los hombres creen que una embarazada concita la mala suerte.

—Son unos supersticiosos.

—También yo lo soy, pero no creo que vos nos traigáis mala suerte —dijo con amabilidad—. En cuanto a vuestra pregunta, esperaremos a que oscurezca e intentaremos cruzar entre los bancos de arena, muy pegados a la costa.

—¿Es seguro? —preguntó Marcia, un poquito picada por las atenciones de Vermeulen hacia Isabel.

—Es lo único que puedo hacer. Conozco bien esta costa, y una vez nos metamos entre los bancos de arena estaremos a resguardo. Para entorpecer y hacer encallar a la armada española —añadió el capitán, adelantándose a la próxima pregunta de Marcia—, los rebeldes han quitado todas las boyas de señalización, así que ni siquiera ellos saben dónde están los bancos y bajíos.

—Os agradezco la explicación, señor Vermeulen.

—¿Sabéis dónde está Gabriel? —preguntó Isabel.

—No, señora —respondió el capitán—. Desde que se marchó a Cherburgo con los contrabandistas no he vuelto a verlo.

—Pero si era propietario de dos barcos, ¿por qué irse con unos contrabandistas?

—Está buscando a un hombre, y se enteró de que se hallaba en Plymouth. Un inglés llamado Trenton.

—¿Trenton? —preguntó Isabel con voz trémula.

—El mismo. Quiere matarlo.

Isabel se llevó la mano a la boca y se apoyó sobre la borda para no caerse. ¡Virgen santa! Gabriel y John… Sintió una vivísima angustia y le rogó fervorosamente a la madre del Creador que no se encontrasen jamás.

Cuando cerró la noche, la zabra se puso en movimiento. Una tímida luna asomaba a intervalos entre las nubes, llenando las aguas de pálidos reflejos. Con poca vela y un hombre sondando en el bauprés, la nave se fue acercando a la costa, una línea más negra y baja sobre el horizonte, reconocible por algunas luces aisladas que titilaban aquí y allá. Vermeulen estaba situado sobre el castillete de proa y daba órdenes precisas a sus hombres. Cuarta a babor, dos a estribor, cuatro rizos al trinquete. A veces mandaba recoger el trapo y echar mano de los remos, que entraban en el agua sin levantar apenas un chapoteo.

Isabel se acostó pronto; habían sido demasiadas emociones en un solo día, y el temor por que su hermano y su marido se mataran terminó de agotarla. Marcia, sin embargo, prefirió permanecer en cubierta, atendiendo a la maniobra y pensando en su vida. Había salido de Inglaterra y dejado atrás a Dobson apenas hacía unas horas, pero le parecía que hubieran pasado siglos. Sir Henry. Qué lejos quedaba el caballero inglés. Era como si su mente hubiera borrado de golpe no su recuerdo, sino los hilos que lo unían con

ella. El pensamiento debía adaptarse a las circunstancias, porque la alternativa era romperse en mil pedazos, como la roca expuesta a la intemperie. Ayer estaba en el mundo de Dobson y hoy había caído de pleno en el de Gabriel, en su barco, pero sin él. Qué curiosa paradoja. Algún dios travieso debía de estar jugando con el destino para reírse de ella.

Las órdenes eran susurradas y los marineros atendían a ellas sin rechistar. La Jolanda se deslizaba sobre las aguas como si levitase. La ligera marejada que golpeaba el casco hacía más ruido que los propios remos. Las nubes se fueron despejando y la luna se adueñó del firmamento. Sólo las estrellas más grandes no se amilanaban ante su brillo. Marcia no sabía si tanta claridad sería buena o mala cosa. Pero prefirió no preguntarlo.

A lo lejos aparecieron unas luces.

—Ostende —le susurró Vermeulen. No lo había escuchado acercarse—. Un nido de rebeldes.

—Es poco tranquilizador.

—Pronto lo dejaremos atrás y habrá pasado lo más difícil.

La zabra recorría un extraño itinerario por las aguas, como si sobre ellas hubiera un camino dibujado que sólo Vermeulen alcanzaba a distinguir. De repente surgió por la amura de estribor la silueta de otra nave. Una pequeña luz amarillenta, comida por la oscuridad, marcaba su posición. Gracias a ella se dieron cuenta de que variaba su rumbo y se ponía a su estela. El capitán ordenó caer a babor y alejarse de ella.

—Ocho brazas —dijo una voz en francés, pero nadie respondió.

—Vamos a atravesar un bajío alargado, paralelo a la costa, y no sé si tendremos fondo suficiente —le explicó Vermeulen a Marcia—. Pero es necesario.

—Cuatro brazas —dijo el mismo marinero.

—Todo a babor —ordenó Vermeulen, con voz firme.

—¡Tres brazas!

El fondo de la zabra rozó con algún obstáculo sumergido, produciendo un ruido sordo y aterrador. Parecía que al barco le costaba avanzar. El silencio era total. A Marcia se le encogió el corazón, y rezó mentalmente un avemaría. Al finalizarla, cesó el ruido y la zabra recuperó su velocidad. La otra nave, que no se había atrevido a cruzar el bajío, escupió una lengua de fuego,

brillante y anaranjada, como el aliento de un dragón. El cañonazo atronó la noche, pero la bala no hizo ruido ninguno al entrar en el agua. Realizó un segundo disparo con iguales resultados. Desde un fortín de tierra también dispararon.

—No os asustéis, señora —volvió a decir el capitán—. Es la impotencia, que les hace desperdiciar munición. Ya estamos cerca de Nieupoort.

—¿Ese puerto es seguro?

—Lo es, pero nosotros vamos a Dunquerque.

Marcia no se atrevió a discutir con el capitán. Él sabría lo que hacía. Otro grupo de luces tenues señalaban la posición de Nieupoort. El último tramo del recorrido lo realizaron con mayor lentitud, navegando solo con los remos. Podía percibirse la tensión de los hombres. Pese a lo avanzado de la noche, ninguno descansaba. Las voces del marinero con la sonda, cantando las profundidades, las órdenes de Vermeulen, las de su contramaestre, los avisos del vigía de la cofa, el sonido de la boga, las oraciones del paje encargado de la ampolleta fueron adormilando a Marcia, que, finalmente, decidió regresar al camarote y tratar de descansar.

2
Portland Bill

Durante el combate frente a Portland Bill, una de las galeazas barrió la cubierta de la Speedwell con una descarga de arcabucería que les causó varias bajas.

Gabriel se hallaba en el combés, delante de su enfermería, atendiendo a un marinero con el tobillo despedazado por una pelota de mosquete. La única solución posible era amputar. El capitán había hecho fabricar una especie de mesa portátil y había destinado a dos pajes para que asistieran a Gabriel, pero en aquel momento sus ayudantes estaban más espantados que el propio herido.

—Tú, sujétale la pierna, y tú, la cabeza —les ordenó Gabriel al tiempo que daba al herido un trozo de madera para que lo mordiese. No quería que se rompiera los dientes en el paroxismo del dolor.

El herido los miraba con los ojos desorbitados por el miedo,

unos ojos de un azul oscuro y uniforme, pero no se quejaba. Era un hombre guapo, con el pelo rubio y una barbita dorada. Un hombre que se disputarían las mujeres en cualquier baile.

Gabriel cogió la serrezuela que empleaba para las amputaciones. Llevaba puesto sobre la ropa un mandil de lona. Ya había tenido que cortar un brazo, y ese sería su primer pie. Lo sujetó con fuerza. Las manos del paje estaban más arriba, una sobre la espinilla y la otra en la rodilla.

—Échate sobre él, muchacho —le dijo—, porque va a saltar como un potro salvaje.

Los dientes de la serrezuela estaban limpios y bien afilados, y Gabriel los puso sobre la piel blanca y velluda, medio palmo por encima del tobillo. Se apartó con el envés de la mano un mechón de cabellos que se le había venido sobre la cara, tomó aire y comenzó a serrar donde el hueso estaba más a flor de piel. El herido dio un aullido de dolor y pataleó con tanta fuerza que consiguió zafar la pierna. Gabriel reconvino a su ayudante.

—¡Sujétalo más fuerte!

El ruido del combate, el retumbar de los cañones, el petardeo de los mosquetes, las voces de los hombres y los gritos de los oficiales eran para Gabriel un rumor lejano que procuraba filtrar. Volvió a acercar el acero a la piel y serró con fuerza y rapidez, procurando que las lascas de hueso no entorpecieran el vaivén de la hoja. El marinero dio dos o tres gritos atroces antes de perder el conocimiento. Con el cuerpo distendido se facilitó la tarea del barbero, que cortó la tibia y el peroné y dejó un pingajo de piel colgando para cerrar la herida.

—Tira el pie por la borda —le encargó a uno de los pajes. Al otro le pidió que le alcanzara el aguardiente y una carga de pólvora. Con el primero lavó bien el muñón y los alrededores y luego esparció la segunda sobre la carne lacerada y le aplicó una mecha encendida. La pólvora ardió en una llamarada azulada, muy viva, que logró despertar al yacente. Un olor a carne asada inundó la enfermería, y a Gabriel, que no había desayunado, la boca se le llenó de saliva.

—Metedlo en la enfermería y acostadlo en una de las literas. —Cuando se largaron los ayudantes, se lavó las manos en un balde de agua que luego vació sobre la tabla donde había operado. Tenía el

mandil tan ensangrentado que semejaba el de un carnicero. Gabriel se rio de sí mismo. *Si mister Dunn levantara la cabeza…*

Al momento llegaron tres marineros trayendo en volandas a otro herido. Gabriel, sin prestar mucha atención, les pidió que lo dejaran sobre la mesa, pero el silencio de los marineros le hizo fijarse mejor: se trataba del capitán.

Trenton había recibido un balazo en la cabeza. Su pronóstico, no obstante, parecía mejor que el del marinero amputado. La bala no había penetrado el cráneo. Era un rebote, o lo había alcanzado de refilón.

—¿No llevaba puesto el casco? —preguntó Gabriel, pero los hombres se encogieron de hombros—. Ayudadme a quitarle la armadura —añadió.

Se trataba de una media armadura con peto, hombreras y espaldar que no necesitaba más que desprender unas cuantas correas. El capitán, tendido sobre la mesa, estaba inconsciente. Había sido alcanzado en la sien derecha. La herida descendía desde la frente hacia la oreja, y sangraba poco. Podía verse el hueso entre el pelo y la piel, pero Gabriel quería apreciar el alcance de la lesión, y deslizó el índice por el tajo. Sintió en la yema el surco largo y liso, de casi dos pulgadas de longitud, que había dejado la bala. El dedo encajaba en él a la perfección.

—Bien, manos a la obra —dijo, más para sí que para quienes lo rodeaban.

Cortó el pelo que rodeaba a la herida, la lavó con agua abundante y la frotó con piedra de alumbre para prevenir que se infectase. A continuación, acercó los labios de la herida, con cuidado para que no se rompiera la piel, y le dio cinco puntadas con una aguja muy fina e hilo de seda. Después le vendó la cabeza con una tira de trapo. Así no se le ensuciaría con la mugre ni con el pelo.

El capitán seguía inconsciente, y Gabriel lo hizo acostar en la otra litera de la enfermería. Al finalizar el combate, Morley y Ugalde fueron a verlo. El contramaestre se arrogó el gobierno provisional del navío. Según las ordenanzas, el piloto debía hacerse cargo del mando cuando faltara el capitán, pero Ugalde era consciente de sus circunstancias, y no hizo nada para disputárselo.

Morley se espantó de la ocurrencia de dejar al capitán en el

tambucho de la enfermería, y su primera orden fue trasladarlo a su camarote.

—Cuando acabes de atender a los heridos, acudirás a su lado, barbero, y no te moverás de allí hasta que se recupere —gruñó Morley—. ¡Ay de ti si muere!

Gabriel atendió a otros dos heridos. El último era un grumete muy joven y travieso con el que se había encariñado la tripulación, pero había perdido tanta sangre que murió sobre la mesa de operaciones. Muchos sintieron su fallecimiento. Incluso Mahagüini.

—¿Te has ablandado? —le preguntó Gabriel.

—Era casi un niño.

Gabriel pasó la tarde y la noche junto a Trenton. Su camarote era pequeño, con espacio apenas para un catre, una mesa, una banqueta y un arcón mediano en el que guardaba sus pertenencias. Parecía un hombre frugal. Tenía los ojos cerrados, el cabello revuelto y la camisa desabrochada. Gabriel le quitó los zapatos, que los tenía todavía puestos, y le arrolló las medias.

—Ha tenido suerte el bellaco —dijo.

Gabriel se movía entre dos sentimientos contradictorios: el odio hacia el pirata y la admiración por el capitán. Tanta diferencia había entre el hombre al que había perseguido durante años y el que tenía delante que, a veces, en sus pensamientos, los desdoblada en dos personas distintas y difíciles de emparejar. Mas ahora lo tenía a su merced, por primera vez desde que le pusiera la vista encima, y no podía desaprovechar la oportunidad.

Trenton despertó poco antes de oscurecer. A través del balconcillo de popa podían verse unas nubes orladas de un amarillo muy brillante. La superficie del mar se oscurecía y varios navíos, con las velas metidas en facha, cabeceaban sobre ella.

El capitán abrió apenas los ojos durante unos momentos, los movió hacia los lados y frunció el ceño mientras trataba de comprender lo que había sucedido.

—Os hirieron, señor. En la frente.

El hombre se llevó la mano a la cabeza, justo en la herida, y el dolor le hizo emitir un gemido.

—¿Quién sois?

—El barbero.

—No os veo. Acercaos.

—Estoy a un palmo de vos, señor. Sin duda el golpe os ha afectado a la vista, pero mañana os encontraréis mejor.

—Tengo mis dudas.

—Pues desechadlas, porque la bala no consiguió atravesar el hueso. Ya podéis alardear de tener la cabeza bastante dura.

Los labios de Trenton se plegaron levemente, sin devenir en sonrisa. Él no era tan optimista respecto a su recuperación. De fuera del camarote llegaban voces y rumores, el sonido del viento y el del mar.

—¿Quién sois en verdad, l'Avide? —preguntó Trenton al cabo de un rato.

—Un preso francés, capitán. Ya lo sabéis.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Os parecéis mucho a una persona.

—¿A algún amigo? —preguntó Gabriel con discreción.

Trenton quiso negar con la cabeza, pero el dolor lo detuvo en seco. Cerró los ojos y encogió la cara en un gesto atormentado. Sus manos quedaron en el aire, rígidas, como garras a medio cerrar.

—No os ofendáis, barbero —dijo con la voz aún transida por el dolor—, pero me recordáis a mi esposa.

Gabriel contuvo la respiración. Al fin había salido a relucir Isabel. ¿O estaría casado con otra?

—¿Cómo se llama vuestra esposa? —preguntó con más cuidado aún. No quería despertar su suspicacia.

—Lizzie.

Gabriel tenía los cinco sentidos puestos en aquella conversación, pero tardó unos momentos en darse cuenta de que Lizzie era un nombre familiar para las Elizabeth.

—¿Sois del sur, capitán?

—De Portsmouth. Mi familia vive en una antigua abadía a varias millas de distancia.

—¿Portsmouth? —dijo Gabriel. *¡Dios Santo, Portsmouth!*, exclamó para sus adentros. Isabel estaba en Portsmouth. Y se estaban acercando a la isla de Wight. Si consiguiera desembarcar, en unas horas estaría en la abadía. No podía haber muchas por aquellos contornos. Pero antes tenía que dar cuenta de Trenton.

—¿Vos estáis casado,
l'Avide?

—Sí, señor, aunque hace años que no veo a mi mujer.

Pero Trenton no le respondió. En lugar de eso, alzó las manos y se las llevó a las sienes.

—La cabeza me está matando. ¿No tendréis algún remedio que me calme el dolor?

—Por supuesto, capitán —dijo Gabriel con solicitud, aunque por dentro renegase del inoportuno dolor de Trenton, y se enderezó y se apresuró a salir del camarote.

En el combés, varias cuadrillas de hombres hablaban en voz baja. De una de ellas se destacó el contramaestre, que le preguntó por el estado del capitán.

—Necesita reposo, señor Morley, y una droga para calmar el dolor —respondió Gabriel.

—¿Pero cómo se encuentra, barbero? —insistió Morley.

—Se recuperará, señor Morley, se recuperará. Y ahora, si me disculpáis, debo ir a preparar la panacea.

Gabriel se dirigió a la enfermería. Estaba convencido de que la preocupación del contramaestre era interesada. Lo que en realidad deseaba aquel pajarraco era mantenerse al mando de la pinaza. Aún no se había desvanecido la luz del largo crepúsculo veraniego y pudo distinguir, sobre una de las literas, al marinero con el pie amputado, que gemía sin descanso. También él necesitaba un remedio para el dolor. En la arquilla había un pomo con polvos de belladona, que, en pequeñas dosis, tenía propiedades analgésicas. Lo sacó, echó tres cucharaditas del polvillo amarillento en un vaso mediado de agua, lo agitó con una varita de madera y se lo dio a beber. Tardaría un rato en hacer efecto. A continuación, se dedicó a preparar el del capitán, pero lo interrumpió la llegada de Ugalde y Mahagüini.

—Estarás contento, Gabriel —dijo el piloto, que últimamente se dirigía a él con más confianza—. Tienes a Trenton en tus manos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Lo vas a matar?

Había algo en la voz de Ugalde que lo alarmó. Por desgracia, estaba en la entrada de la enfermería, contra la exigua claridad del cielo, y no podía verle los ojos.

—¿Te gustaría que lo hiciera? —le preguntó Gabriel en francés. Aunque hablasen en voz baja, era demasiado arriesgado mantener aquella conversación en inglés.

—¡Diablos, no! Me parecería una insensatez. Estamos rodeados de ingleses y no saldríamos con vida.

—¿Ya no deseas vengarte de las humillaciones que te hizo sufrir, de que te tratara como a un perro, de que deshonrase a Isabel?

—Es tu hermana, no la mía.

—Con qué facilidad olvidas, Ugalde.

—El capitán nos sacó de la prisión, y no se merece que lo mates.

—No voy a acabar con él mientras convalece, si es eso lo que temes. No porque no se lo merezca, sino porque quiero matarlo cara a cara, con los hierros en la mano.

—¿Serás capaz de provocar un duelo?

—Soy capaz de cualquier cosa para hallar mi venganza.

—Estás loco, Gabriel, y nos arrastrarás a los tres en tu locura.

—Hablad por vos, señor Ugalde —intervino Mahagüini—, porque yo lo seguiré hasta las puertas del infierno.

Juan Ugalde soltó un reniego y se perdió en el combés.

—Cuidado con ese hombre, Gabriel.

Gabriel volvió a remover la mezcla, porque la belladona había precipitado, y se dirigió al camarote del capitán.

3
ENTRE PORTLAND BILL Y WIGHT

La madrugada del tres de agosto, que era miércoles, Medina Sidonia convocó a sus principales para organizar la acción del día. El duque recordó el consejo de Recalde y propuso, contra la opinión de Diego Flores, dejar cuatro navíos más retrasados que actuaran de cebo para la flota enemiga. También dispuso que dos carabelas auxiliares siguieran la estela del San Martín para trasladar con rapidez sus órdenes al resto de la armada y que las falúas de la armada estuvieran atentas a las evoluciones de sus barcos y lo informasen de inmediato de los que acudían a bien o mal servir.

—No voy a tolerar más cobardías, señores almirantes —les

advirtió—. Avisen vuesas mercedes a sus capitanes, porque a los que escurran el bulto los mando ahorcar.

Medina Sidonia era un hombre orgulloso, y le gustaba que lo respetaran. Si no por sus conocimientos marineros, al menos por su severidad, y raro era el día que su boca no soltaba alguna amenaza de muerte.

No estuvo mal pensada la estratagema que habían diseñado, aunque la calma que sucedió al alba dejó a la urca Gran Grifón más aislada de lo previsto. La escuadra inglesa, al darse cuenta de su situación, forzó vela y se lanzó sobre la urca, que hubo de mantener un desigual duelo con el enemigo hasta ser socorrida, primero, por los otros tres navíos rezagados, y, después, por una parte de la retaguardia. El combate se generalizó y se tornó muy feroz. Una andanada del San Juan derribó la entena del árbol mayor de un galeón inglés. Algunos dijeron que se trataba del Revenge, pero otros lo pusieron en duda, porque no era Drake hombre que gustara de exponerse. En todo caso, el percance apagó la acometividad de los ingleses, que, viendo que la Gran Armada había recompuesto su línea con cuarenta navíos de los mejores, rompieron el contacto y buscaron amparo en el grueso de su flota.

Poco después del combate, el duque llamó a Duarte a su cámara. El portugués se sorprendió. Aunque permanecía constantemente al alcance de su voz, era raro que lo convocara en privado. Junto al duque estaban el almirante Diego Flores y el capitán Marolín de Juan.

—Cuando recibí el billete que nos trajo el mensajero —comenzó Medina Sidonia refiriéndose al mensaje que les había llevado la noche anterior el pescador—, supuse que era un aviso del duque de Parma. Y mucho me desconcertó que no fuera así.

Don Alonso hizo una pausa. Había juntado las manos por las yemas de los dedos y las movía arriba y abajo, un gesto habitual en él cuando estaba concentrado. Duarte, de pie frente a su mesa, lo observaba en silencio, ya que ninguna pregunta que pudiera responder le había sido formulada hasta entonces.

—Lo natural habría sido que el general de cuyo mando dependen las fuerzas de Flandes, y la mitad de la responsabilidad de esta jornada, hubiera tenido la deferencia de informarme del «pequeño detalle» de la fuerza y posición del resto de la flota

inglesa. Y también de sus planes. —Don Alonso entrelazó los dedos y dejó caer las manos sobre la mesa—. Creo que vos lo conocéis.

—Sólo era cabo en una compañía de su ejército, excelencia —dijo Duarte con prudencia, aunque tal vez no fuera el mejor momento para la prudencia, y añadió—: Hablé con el duque de Parma en una ocasión.

—¿Y qué opináis de él?

—Es un general brillante, a veces veloz y a veces paciente, más amigo de rendir una villa por la diplomacia antes que por las armas. Entended —aclaró. No quería que sus palabras fueran malinterpretadas—: el duque no le hace ascos al combate, ni le asusta emprender un asedio, el de Amberes fue largo y durísimo, pero le disgusta perder hombres innecesariamente.

—¿Pensáis que le importa más la pacificación de Flandes que la empresa de Inglaterra?

—Es difícil saber lo que piensa, excelencia.

—Os pregunto lo que pensáis vos.

—El general Farnesio tenía su propia concepción de esta empresa, muy distinta a la de don Álvaro de Bazán. Pero eso ya lo sabrá vuestra excelencia.

Medina Sidonia cabeceó.

—Sigo sin comprender su silencio, pardiez. Le he enviado ya dos mensajes. Y con vos serán tres.

—¿Conmigo?

—Veréis, señor Salazar: quiero que esta tarde partáis para Flandes —resolvió el capitán general—. Os dirigiréis a Dunquerque, le entregaréis en mano al duque de Parma la carta que os daré, que en lo sustancial no difiere de las anteriores, y regresaréis de inmediato para contarme vuestras impresiones. Quiero saber, necesito saber, a qué atenerme con él.

Después del mediodía la flota inglesa se dispuso a atacar de nuevo, pero la armada se facheó al viento en línea de batalla y el enemigo rehuyó una vez más el combate.

Con un sudoeste franco, Duarte zarpó a bordo del patache San Jerónimo. Humberto Manso había navegado aquellas aguas, y le aseguró que, de mantenerse el viento, en un solo día arribarían a Dunquerque. Pusieron rumbo al este. Con todo el trapo desplegado y el viento entrando por la aleta de estribor, el patache saltaba

sobre las olas con el casco ligeramente escorado. La tripulación, dirigida por su capitán, se movía con agilidad por la cubierta y la arboladura, tensaba cabos, ajustaba escotas y mantenía las velas cargadas. Podía decirse que el barco funcionaba como un artificio bien construido y engrasado. Cuando era necesario realizar alguna faena conjunta, los marineros se acompañaban con el son cadencioso y ronco de las salomas. A Duarte, sin saber por qué, aquel son lo ponía nostálgico. La noche cerró cuando se hallaban en el centro del canal; la luna, que estaba en creciente, alta sobre el horizonte, iluminaba con claridad la superficie rizada del mar, y Humberto Manso decidió continuar la navegación.

—Aquí no hay peligro de encallar, Duarte. Y al amparo de la oscuridad será más difícil que nos avisten los ingleses.

—O los franceses.

Manso sonrió. El rey Felipe estaba en paz con el rey de Francia, pero la guerra de religión limitaba mucho su poder e invitaba a desconfiar de la hospitalidad de sus puertos y de las intenciones de sus capitanes.

Duarte miró a su alrededor. Ningún obstáculo obstruía su vista, ninguna vela en derredor, ningún ruido excepto los del propio barco. Las estrellas, cerca del horizonte, eran más numerosas y brillantes. ¿Acaso estaban suspendidos en el éter, aislados de los hombres, ocupando una de las esferas armónicas de Aristóteles?

—El mar es engañoso de noche —dijo Humberto Manso.

Al amanecer del jueves estaban aún en el canal de la Mancha. El día estaba despejado y a babor se apreciaban con claridad los acantilados de Dover. A la hora nona avistaron el cabo Gris-Nez, un promontorio rocoso donde la costa hacía un ángulo recto. Se trataba de una tierra baja y continua, sin apenas elevaciones, que siguieron durante unas leguas. El tráfico era allí más abundante, buques pequeños, alguna coca, alguna nao. El San Jerónimo navegaba con un pabellón comercial de color amarillo con rombos negros. El viento había rolado al oeste y bajado en intensidad y el capitán se pegaba a la costa cuanto podía. Entrada la tarde se hallaban frente a Calais.

—Ya estamos cerca —avisó Humberto Manso—. Con un poco de suerte entraremos en Dunquerque antes de anochecer.

Pero la suerte, convocada con tanta ligereza, se les volvió esquiva. Entre Calais y Gravelinas, un filibote rebelde, facheado unas millas mar adentro, los descubrió, cargó el aparejo y se dirigió hacia ellos. El sol tocaba ya el horizonte.

—¡Voto al malo! —renegó el capitán—. Con tantas embarcaciones a la vista y nos escogen a nosotros.

—Nos habrán notado la urgencia —dijo Duarte.

Sin perder un instante, Manso puso el patache en zafarrancho. Los hombres, que habían estado faenando con solicitud, doblaron su rapidez y diligencia. Incluso la gente de guerra se dispuso a echar una mano. El filibote se les acercaba en rumbo de intercepción, forzando vela, pero no les iba a resultar fácil cazarlos. La proa del San Jerónimo cortaba las aguas levantando a los lados pequeñas olas. Pese a todo, el filibote recortaba la distancia y, a la altura de Gravelinas, les dejó ir el primer cañonazo, tan lejano que hizo agua a un cable de ellos.

—Aquí comienzan los bancos —dijo Humberto Manso, al tiempo que señalaba hacia un mar que se oscurecía por momentos.

—¿Debería preocuparme?

El capitán vestía con la informalidad del común de los marineros: una simple camisa de algodón y unos zaragüelles holgados. Su pelo, que tiraba a rubio, brillaba con los últimos rayos del sol.

—No mucho —respondió con una amplia sonrisa—. El San Jerónimo tiene poco calado, la marea está subiendo y la noche se nos echa encima.

El viento arreció y roló de nuevo al sudeste. Estaban tan metidos en la tierra que Duarte podía apreciar el oscuro contorno de una costa baja, con playas alargadas y arenosas. Lanchas, jabeques y otras embarcaciones menores faenaban en sus proximidades. Marcaban su posición con fanales encendidos, que destacaban en el atardecer como luceros de la tarde. Cuando dejaron atrás Gravelinas, el filibote les tiró una segunda andanada y algunas de las balas hicieron agua a unos cuantos codos de la borda.

—Atentos los artilleros —ordenó el capitán.

Los hombres cargaron los cañones, calcularon la escora y prepararon el tiro. Tres servidores para las medias culebrinas y dos para los esmeriles. La escuadra de arcabuceros también tomó

posiciones. El casco de su perseguidor, su velamen desplegado y el movimiento de los marineros sobre cubierta se distinguían perfectamente a unos cientos de varas por la aleta de babor. Pero Humberto Manso no daba la orden de abrir fuego.

—¿No vamos a responderles? —preguntó Duarte.

—Paciencia, señor sargento. A esta distancia las posibilidades de dar en el blanco son mínimas. Además, en cuanto cierre la noche detendrán la persecución.

Duarte nada dijo. Humberto Manso sabía, por lo general, de lo que hablaba, pero los crepúsculos veraniegos eran larguísimos.

4
ISLA DE WIGHT

Trenton pasó una noche muy mala, sin apenas dormir, aguantando con estoicismo el dolor que el balazo le producía. La panacea del barbero le había hecho poco efecto, pero por la mañana se encontraba mejor. Su tripulación lo celebró. Los hombres, a su paso, se quitaban los gorros y le sonreían.

El lord almirante, viendo la ineficacia de los anteriores ataques, decidió organizar la flota en cuatro divisiones. La Speedwell quedó integrada en la de Drake. La flota inglesa se preparaba para una nueva arremetida.

El canal del Solent había quedado atrás, para alegría de la mayoría, ya que uno de los temores del almirantazgo era que los españoles desembarcasen allí. Pero no para Trenton, que observaba la costa apoyado en la sobada madera de la regala. Sentía ganas de botar un esquife que lo llevara a tierra y dirigirse a Saint James a uña de caballo. A pesar de la tensión de los combates y de su reciente herida, no dejaba de pensar en Isabel y su extraña desaparición.

No desayunó. La comida, aquella mañana, le repugnaba. El barbero, sin embargo, insistió en que se tomase el brebaje de la noche anterior, más amargo que un desengaño. Casi lo vomitó. Luego se dispuso a comandar la pinaza en las acciones de aquel día. Morley, muy obsequioso, se ofreció a ayudarlo.

—Si os sentís sin fuerzas, yo os sustituiré, señor —le indicó el

contramaestre con una amabilidad desconocida—. La flota os necesita vivo.

Drake se había enterado de su percance y le deseó una rápida recuperación. También le ordenó que se mantuviera a su estela. Quería tenerlo a mano para comunicarse con el resto de su división, que era, de las cuatro, la más meridional de la formación. A su lado estaba la del propio lord Howard, más al norte la de John Hawkins y por el lado de tierra la de Martin Frobisher.

El día había amanecido en completa calma y algunos barcos españoles estaban descolgados del resto. Trenton empezaba a dudar de que aquellos retrasos se debieran al capricho del viento y de las corrientes. La Gran Armada se comportaba con demasiado orden como para que uno y otro día se repitiera la misma situación. Sin embargo, John Hawkins era de otro parecer, y quiso aprovechar el descuido. Hizo botar lanchas y bateles para que remolcaran a sus navíos y pudieran atacar a los rezagados. Los españoles reaccionaron de inmediato y adelantaron sus cuatro galeazas y un par de naos gruesas con que darles auxilio. Se entabló un combate tan duro que el lord almirante debió avanzar con el Ark Royal y otros galeones para proteger, a su vez, a la división de Hawkins. Sobre la hora tercia se levantó una ventolina de poniente que dio alas a la flota inglesa. Al norte, Frobisher consiguió por fin rebasar el extremo del despliegue enemigo y entablar contacto con su vanguardia; en el centro, Hawkins y Howard se lanzaron sobre el ala izquierda de la Gran Armada, para inmovilizarla; y Drake, al sur, atacó el ala derecha, pero sin mucha determinación. Aquel almirante poseía sin duda grandes conocimientos marineros, mayores que ningún otro, pero miraba con contumacia por su propia fortuna. La única ocasión en la que había tomado la iniciativa fue para capturar la nao Santa María del Rosario, que había quedado a la deriva. Una acción que apenas entrañó riesgos y que le produjo un considerable botín. En realidad, Trenton debía alegrarse, ya que una pequeña parte se escurriría a su bolsillo.

El viento volvió a decaer y Frobisher, con el Triumph, se encontró atrapado en una ratonera. Hasta diez barcas de su división se alinearon para, a fuerza de remos, retirar al navío de aquel escenario. Parte de la flota viró con intención de acudir en su ayuda, el ala izquierda española se interpuso y se produjo una

nueva y violenta refriega en la que una de las naves de Hawkins resultó muy dañada.

Se vino el mediodía y, ante la falta de acometividad inglesa, la Gran Armada aprovechó el viento, que se había afirmado del sudoeste, y prosiguió su andadura hacia el estrecho de Calais.

John Trenton se sentía muy mal de nuevo. Los sesos le latían con vida propia y sentía ganas de golpearse la cabeza contra cualquier mástil. Tenía el cuerpo frío y la piel caliente, y los objetos era como si se deformaran ante su vista. Se le había pasado el efecto de la droga, e hizo llamar al barbero. La noche anterior había estado conversando un buen rato con él, pero apenas recordaba nada. Aquel hombre lo intrigaba. No se asemejaba en nada a los individuos embrutecidos con los que estaba acostumbrado a tratar. Y el parecido con Isabel seguía causándole un extraño desasosiego.

—Os prepararé otra dosis de la poción, capitán, pero será mejor que os echéis de nuevo —le aconsejó el barbero.

Trenton le hizo caso y al cabo de un rato Gabriel regresó al camarote, se agachó sobre él y le quitó la venda de la cabeza. La herida, aunque estaba muy inflamada, no supuraba, y la dejó al aire libre. Así cicatrizaría mejor. Luego le dio de beber la belladona mezclada, esta vez, con vino, para que atenuase su sabor amargo. Trenton se la tragó de cuatro sorbos y le pidió que, antes de irse, cerrara el balconcillo de popa porque la claridad lo molestaba. Gabriel obedeció y abandonó la cámara. En la puerta se cruzó con Ugalde, que venía a interesarse por la salud del capitán.

—Mejora despacio —le dijo Gabriel, que lo dejó a solas con Trenton y volvió a la enfermería. El muñón del amputado tenía mal aspecto, y le untó una mixtura balsámica.

Morley estaba en su salsa cuando faltaba el capitán y despachó el esquife para dar novedades a sir Francis. Aquellos detalles le hacían sentirse importante. Desde el puente de mando observaba el quehacer de la tripulación. El contramaestre tenía el pelo rizado, la cara ancha y un cuerpo robusto y musculoso. Portaba el rebenque colgado de la muñeca con una tira de cuero, como si fuera una prolongación de su brazo. Lo sacudió contra su pantorrilla. No quería vagos a bordo, y tenía atareados a todos los hombres con labores necesarias o insignificantes, daba igual, afilar los sables, limpiar los cañones de los mosquetes por dentro y por fuera hasta

dejarlos relucientes, rascar la cubierta, rociarla con vinagre, repasar la jarcia y el velamen, comprobar los barriles de pólvora o las balas. Lo importante era reafirmar su mando.

La flota se hallaba al este de Wight. El barco malogrado había sido remolcado a Portsmouth, y otros navíos dañados durante el combate de aquel día se dedicaban a reparar sus averías. Lanchas y pinazas se movían de acá para allá, llevando y trayendo órdenes y partes. A medida que avanzaban por el canal de la Mancha se les iban sumando más navíos, mercantes armados en su mayoría, deseosos de servir a su nación, y el lord almirante los distribuía entre las cuatro divisiones. La flota superaba ya los cien efectivos.

Al anochecer, un marinero fue a buscar a Gabriel.

—El capitán os requiere a su lado, l'Avide.

Gabriel llamó a la puerta antes de entrar, recibió permiso y la traspasó. El balconcillo de popa estaba de nuevo abierto, y Trenton estaba de pie bajo el dintel, llenando el hueco con su cuerpo. Un cabo de vela ardía dentro de una pequeña linterna. La luz anaranjada, casi mortecina, proyectaba sombras densas sobre la madera.

—¿Os duele la herida, señor?

—Menos —dijo Trenton con voz seca. Tenía el rostro casi a oscuras, los brazos abiertos y las manos apoyadas a ambos lados de la puerta—. ¿Es cierto que sois español?

Gabriel lo miró en silencio y se dio cuenta de que Trenton se había ceñido el biricú, del que colgaban un puñal y la vaina vacía de su sable. Ya no le iba a hacer falta mantener las formas. Había llegado el momento que tanto esperara, el momento de la venganza. Le habría gustado aguardar a que Trenton estuviera recuperado, pero así venían dadas las cartas.

—Ha sido Ugalde, entonces —dijo Gabriel con un suspiro—. ¿Sabéis que me apresaron por ayudarlo, que le salvé la vida? Los soldados lo hirieron en la playa, y en la cárcel lo cuidé para que no muriese. ¡Qué frágil es la lealtad de algunos hombres!

—Lo que quiero saber es de dónde sois. Y quiero la verdad. Puedo llamar a Morley para que me diga si sois francés.

—Da igual de dónde sea, capitán; lo que importa es por qué estoy aquí —dijo Gabriel con sorna.

—¿Y por qué diablos estáis aquí?

—Por vos, señor —dijo Gabriel marcando cada palabra. Trenton parpadeó, perplejo, pero se mantuvo en su sitio. Tan sólo bajó una mano y la apoyó en la empuñadura de la daga—. Hace años que sigo vuestro rastro. En la Florida, en la Bermuda, en las Azores, en Bretaña y en los puertos del canal de la Mancha, desde Dover hasta Falmouth. Sin suerte, como podréis imaginar. Por vos me hice pirata, John Trenton, y corsario, y contrabandista. Hasta perdí a mi mujer por buscaros.

A medida que Gabriel hablaba, Trenton había ido abandonando su curiosidad inicial por un sentimiento de absoluta incomprensión. Que un hombre como aquel se hubiera tomado tanto tiempo y tantas molestias para buscarlo a lo largo del orbe, sin que él se hubiera dado cuenta, era algo que no conseguía entender.

—No os había visto antes, l’Avide, o como demonios os llaméis, de modo que ignoro el motivo de vuestra larga búsqueda. —A pesar del cambio de actitud del barbero, Trenton se sentía seguro, y no tenía prisa por concluir aquella interesante conversación, una conversación que, por lo demás, le hacía olvidar el dolor de cabeza.

—¿No lo imagináis? El otro día estuvisteis cerca.

—No me apetece jugar a las adivinanzas. ¿Qué queréis?

—Quiero mi desquite, Trenton, de hombre a hombre. —Gabriel dejó a un lado los buenos modales.

Trenton dio un paso hacia delante, penetrando en la cámara. La linterna iluminó al sesgo su rostro.

—¿Por qué habría de hacerlo, barbero? Este es mi barco. Mis hombres se hallan a dos pasos, y me bastará una voz para que se echen sobre ti.

—Yo estoy jugando limpio.

—No te entiendo.

—Me habría bastado poner un poco más de belladona en el vino para envenenarte.

—El cofre de un barbero está lleno de sorpresas. Tendré más cuidado la próxima vez —dijo Trenton con la voz más firme y ronca mientras se preparaba para la acción. Aquel l’Avide

parecía un hombre peligroso—. Siento curiosidad por ti y por tu larga búsqueda, pero esta charla está empezando a resultar incómoda. Si tienes algo que decir, lárgalo de una vez. Y si no, apártate de mi vista.

Gabriel se pasó la lengua por los labios resecos, apoyó las manos en las caderas y tanteó con los dedos las cachas de su cuchillo. Engalló la cabeza, lo miró a los ojos y sonrió.

—Soy hijo de Santiago del Puerto, que falleció en el canal de la Bahama cuando la nao en la que viajaba fue atacada y hundida por el Black Crow, hermano de Isabel del Puerto, a la que los bastardos del capitán Sackfield capturaron, violaron y maltrataron como si fuera una bestia, la mujer a la que tú, John Trenton, raptaste, convertiste en tu concubina y arrastraste hasta este rincón lluvioso y maldito del mundo. Mi verdadero nombre es Gabriel del Puerto, y estoy aquí para matarte.

A Trenton se le abrió la boca y la dejó así durante unos momentos. El corazón le galopaba como caballo desbocado y la cabeza había vuelto a dolerle. Se rascó los alborotados cabellos y agitó la cabeza con fuerza para intentar despejarse. De todas las malditas sorpresas del mundo, aquella era la última que habría esperado oír.

—¿Qué sabrás tú de tu hermana? Dices haber vivido entre corsarios, pero no entiendes nada. Yo la salvé de las peores atrocidades. La arranqué a la fuerza de aquellas fieras y la protegí con mi vida —se defendió Trenton—. ¿Dónde estabas tú mientras tanto?

—Buscándote. Y limpiando el mundo de indeseables. A Plummer lo maté en la Bermuda, a Sackfield en las Azores y ahora vengo a por ti. Pide perdón por tus infamias y encomiéndate al Altísimo.

Trenton lamentó no haberse armado también con el sable, que yacía botado en algún rincón, pero no dio ninguna voz de alarma. Avanzó otro paso y se acercó más a
l'Avide,
el hermano de Isabel. Ahora lo entendía todo: la sospecha de haberlo visto antes, el parecido, su curiosidad, su intuición. No quería matar a aquel hombre. Incluso simpatizaba hacia él. Si alguien se hubiera llevado a Mary, su hermana, él habría hecho lo mismo.

—Elizabeth y yo estamos casados. —Quería hacerle entender lo errado que estaba.

—Las explicaciones sobran. Lucha conmigo o llama a tus perros.

Y con aquellas palabras Gabriel cogió su cuchillo, rodeó la mesa y se situó a un paso de Trenton, con las rodillas flexionadas y los brazos ligeramente separados del cuerpo. El arma tenía un palmo y medio de longitud, un solo filo y carecía de cruz. Trenton desenvainó al fin el puñal, que era más largo, y adoptó una pose semejante. Con la mano libre cogió su ropilla, que estaba echada sobre el catre, y se la enrolló en el antebrazo.

Gabriel no tenía otra protección que sus reflejos y su propio cuchillo. Giraron ligeramente el uno alrededor del otro, con pasos laterales y muy cortos. La luz de la llama oscilaba con el aire removido. La cámara estaba llena de sombras oscuras, el espacio era limitado y debían tener cuidado para no tropezar con los objetos. La mar estaba en calma y el barco apenas se balanceaba.

A pesar de que la conversación había discurrido en un tono mesurado, cualquier ruido bastaría para alertar a los marineros. Trenton se mostraba dispuesto a luchar con honor y no los había llamado, pero en cualquier punto podría cambiar de opinión. De cubierta llegaban algunas voces quedas, algunos pasos y el rítmico sonido de una bomba. Morley habría puesto a una cuadrilla a vaciar la sentina. El capitán debió de pensar lo mismo, y dirigió la vista hacia la puerta un instante. Gabriel le lanzó una cuchillada que buscaba su cuello, pero aquel se movió con agilidad y pudo desviarla con el brazo izquierdo, que, con la ropilla enrollada, actuaba como un escudo. El inglés respondió amagando un golpe a la cara y tirando una cuchillada baja que Gabriel apartó de un revés de su cuchillo. Los dos, con los brazos extendidos, intercambiaron algunos amagos, un juego en el que Gabriel, sin protección, llevaba las de perder. Necesitaba moverse más deprisa, y dio un paso hacia el vano del balconcillo. El cuerpo del inglés, que ocultaba la linterna, estaba a contraluz. Gabriel afirmó las piernas y se balanceó con rapidez hacia los lados. De repente cambió el cuchillo de mano, dos veces, y la treta logró engañar a Trenton y desguarnecer su derecha. No obstante, el tajo de Gabriel se quedó corto y sólo consiguió rasgar la ropa y arañarle el costado. El inglés dio un paso atrás, se puso la mano en la herida y la retiró ensangrentada. Se

miraron a los ojos. Trenton era algo más alto, quizá una pulgada, tenía los hombros más estrechos y las piernas más delgadas. Estaba sudando y respiraba con agitación.

—Mucho tardas en tomarte tu venganza —dijo Trenton con la voz agitada. Su rostro estaba serio, casi severo, y sus ojos azules parecían negros.

—He pasado tanto tiempo esperando este momento que sería una lástima abreviarlo. —Gabriel también jadeaba.

—Que te aproveche —masculló el inglés, y se rio sin ganas.

Gabriel volvió a ponerse en guardia, pero Trenton se lanzó sobre él procurando hacer presa, con la mano izquierda, en su muñeca derecha. La inercia del choque le hizo perder pie, cayó sobre las tablas y arrastró consigo a su enemigo. Los dos se habían cogido por las muñecas y pugnaban por liberar la mano armada y acuchillar al oponente. En el forcejeo rodaron por las tablas, una vuelta, otra vuelta, derribaron la banqueta, salieron al exiguo balconcillo y chocaron contra sus barrotes. Uno de ellos se astilló. Debajo estaban el timón y el mar, cuyo ruido se hizo, de pronto, más intenso. En la última vuelta Gabriel había logrado ponerse encima y así su brazo presionaba con más potencia. La daga del inglés, comprimida contra los barrotes, resultaba inofensiva.

Gabriel empujaba con todas sus fuerzas el cuchillo, que estaba a medio palmo del pecho de Trenton. Era un cuchillo ancho, que lo mismo servía para destazar una res, rascar un pescado o cortar un cabo. La punta estaba bien afilada. Sus alientos se entremezclaban y sus jadeos se confundían.

Trenton trataba de girar el torso y ponerse encima, pero no podía. El cuchillo de Gabriel se acercaba cada vez más a su pecho. Le dolían la muñeca, la mano, el brazo y la cabeza. Zafó su pierna derecha y la dejó caer con violencia sobre la izquierda de Gabriel, una, dos, tres patadas dadas con el talón. Y nada. Le dio un cabezazo en la barbilla y se hizo más daño que él. Cada vez tenía menos salidas. El cuchillo de Gabriel cambió de dirección y consiguió aproximarse una pulgada más.

—¿Qué se siente cuando se va a morir? —preguntó Gabriel en un bufido. Leyó en los ojos del inglés el temor.

—No vendas tan pronto la piel… del oso —respondió Trenton sin apenas resuello. Por un instante sopesó dar una voz y llamar a

sus hombres, pero no lo hizo. Aquel era un asunto personal. Estaba en juego no sólo su vida, también su honor.

Gabriel apretó aún más, sumando a la potencia del brazo el peso del cuerpo. El cuchillo descendió un poco más hasta rozar el pecho de Trenton. Sus ojos, muy abiertos, iban del arma al rostro de Gabriel.

—¿Dónde está mi hermana?

—No lo sé.

—Mientes.

Trenton abrió la boca para decir algo, pero Gabriel no pudo escucharlo. Un tremendo golpetazo lo alcanzó en las costillas. Giró la cabeza para ver a su agresor cuando un nuevo golpe, esta vez en el brazo, le hizo soltar el cuchillo. Unas manos lo cogieron por los hombros y tiraron de él hacia dentro mientras otra persona lo pateaba.

—¡Puto bastardo, yo te enseñaré a respetar al capitán! —Morley chillaba como un condenado al que estuvieran torturando—. Barbero de mierda.

5
DUNQUERQUE

El San Jerónimo arribó a Dunquerque de noche, penetró hasta el canal interior y atracó en el muelle. Duarte saltó a tierra sin perder un momento.

Pese a la gran cantidad de embarcaciones menores y medianas que se hallaban allí fondeadas, a resguardo del banco de Schurken, no daba la impresión de ser el lugar del que en breve fuese a partir un ejército. Los barcos, sin fanales, se balanceaban en silencio. La luna permitía que sus siluetas se recortasen, negras, contra un horizonte más claro. Un fuego encendido señalaba, en un lienzo de la muralla, la puerta de entrada a la villa. Varios soldados, sentados o de pie, hacían corro en torno a la hoguera. Sus voces y risas daban a la noche una calidez tranquila y segura. Uno de los soldados de la guardia, armado con casco, coraza ligera, espada y partesana le dio el alto.

—¿Quién vive?

Duarte se dio a conocer y le explicó la misión que llevaba. El soldado se despejó de inmediato.

—Aguardad aquí, señor sargento.

Los otros hombres, curiosos al principio, en cuanto se dieron cuenta de que el recién llegado había sido atendido volvieron a su plática. Eran hombres jóvenes, no todos españoles, y trataban, por lo que a Duarte le dio tiempo a escuchar, del robo de unas gallinas en un caserío de los alrededores. Duarte sintió la nostalgia de sus días en Flandes.

El guardia no tardó en regresar en compañía de un cabo, un hombre robusto con un mostacho tan grande como bien cuidado. Duarte lo reconoció de inmediato.

—¡Voto al cielo, señor De Alconchel! No sé qué me sorprende más —le dijo Duarte a modo de saludo—, que hayas conseguido afilar más esos pitones o verte convertido en cabo.

—Puto portugués —le respondió Alonso de Alconchel con una carcajada, y le tendió la mano y le dio un recio apretón. Luego lo invitó a acercarse a la hoguera, que, aunque estaban en agosto, por las noches refrescaba.

Los otros soldados se apretaron para hacerles hueco.

—Vaya, vaya, así que cabo. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Es una larga historia, Duarte.

—¿Y qué ha sido de tu Lucrecia? ¿Sigues con ella?

—Otra historia larga. Y poco edificante —respondió el de Alconchel, más serio de lo habitual—. Pero ahí dentro tengo una bota de un vino muy adecuado para soltar las lenguas.

—Ya me gustaría, pero no puedo demorarme. Este mensaje que llevo me quema en las manos, y he de entregarlo de inmediato al duque de Parma.

—El duque tiene su cuartel general en Brujas.

—La madre que lo parió, ¿en Brujas? ¿Acaso no sabe que la Gran Armada se aproxima a Calais?

—Brujas está a poco más de una jornada, hacia el este.

—Alonso, necesito ver a Farnesio hoy.

Alonso de Alconchel se quitó el pesado morrión y se rascó un momento el pelo, que, de tan apelmazado como estaba, la brisa apenas alcanzaba a mover una mecha.

—Quizá tengas suerte —dijo despacio mientras se colocaba el

casco—. El general ha estado hoy en Ypres, pasando revista a una de sus unidades, y es posible que haya pernoctado allí.

—¿A qué distancia queda Ypres?

—Una noche a caballo —dijo su amigo, y añadió con un guiño y una sonrisa—: si nos damos prisa.

—¿Y la guardia?

—Tengo bien enseñados a mis hombres. Y el capitán come de mi mano. —Alonso de Alconchel dejó ir una risotada y Duarte aceptó sin dudar el generoso ofrecimiento. Mientras el cabo daba órdenes a sus hombres y preparaba los caballos y un hatillo con pan y queso, él se acercó al San Jerónimo para poner a Humberto Manso al tanto de sus planes.

—Tened el patache listo, porque zarparemos en cuanto regrese.

—Preocupaos de vuestras posaderas, que del San Jerónimo me encargo yo —se burló el capitán.

Los caballos elegidos por Alonso de Alconchel eran fuertes, briosos y de buena alzada. El de Duarte tenía el pelaje negro con una lista blanca que le partía la cara en dos. Comprobó la cincha, alargó los estribos para acomodarlos a sus piernas y montó de un salto. A su padre, allá en Terceira, le gustaba tener buenos animales de silla, y Duarte disfrutaba montándolos.

Cruzaron al paso Dunquerque, que, pese a lo avanzado de la hora, tenía bastante animación. Grupos de soldados con los chapeos calados, embozados hasta los ojos, se arracimaban en las puertas de cantinas y burdeles; voces gruesas, risas, canciones desafinadas y el son de alguna guitarra, algún carruaje atronaba las estrechas calles, alguna silla de mano con los velos echados llevaba a su pasajera a un encuentro galante, pensiones abiertas y borrachos tirados en el arroyo. Dejaron la villa por la puerta sur, que daba a un ancho camino por el que podían marchar a la par los dos caballos. Alonso puso el suyo al galope corto y Duarte lo imitó.

El camino, tenuemente iluminado por la luna, serpenteaba entre los campos, cruzaba puentes, atravesaba canales, rodeaba lagunas artificiales cuyas aguas quietas semejaban espejos oscuros.

Al cabo de un rato, cambiaron el galope por el trote, más incómodo para los jinetes, pero más descansado para las bestias. El monótono repiqueteo de los cascos se atenuó y dejó oír el cricrí de innumerables grillos que se unía para formar un rumor de fondo,

uniforme y blanco. Al pasar por caseríos, aldeas y molinos, los perros los recibían con ladridos furiosos que persistían durante un largo rato, hasta perderse en la lejanía.

Alonso y Duarte aprovechaban la cabalgata para despabilarse y ponerse al día de sus aventuras y desventuras. No serían los primeros jinetes que se durmieran sobre las monturas. Entre bromas y figuraciones, su amigo le contó su historia con la bella Lucrecia, que después de un breve e intenso romance lo abandonó por un cabo del tercio de Agustín Herrera.

—Un seductor —resumió Alonso—, pero muy valiente.

—¿No lo desafiaste? —le preguntó, sabiendo la afición de su amigo por los duelos.

—No me dio motivos.

La tierra estaba húmeda, la noche refrescaba y los caballos resoplaban de cansancio. El de Alconchel detuvo la marcha para darles un respiro y echarse un bocado al coleto. Debían de estar cerca del agua, porque se oía por doquier el croar de las ranas, intenso pero desigual, como si fuera el latido de la tierra.

—¿Dónde está la flota, Alonso?

—Repartida entre Dunquerque y Nieupoort.

—Los barcos que hay en Dunquerque son insuficientes para que pueda cruzar un ejército.

—Esos son los barcos de protección y escolta. El ejército se embarcará en unas lanchas construidas a tal efecto, semejantes a las que empleó Bazán en el desembarco de Terceira.

—No he visto las tales barcazas.

—Lo imagino. Están ocultas en los canales que rodean nuestros puertos, entre los cañaverales, en las marismas. Trescientas barcazas, cuarenta soldados por cada una.

—Eso hace doce mil hombres.

—El doble si se hacen dos viajes.

—¿Y dónde se encuentra toda esa tropa? En Dunquerque no habrá más de tres compañías de guarnición.

—Cinco —puntualizó el de Alconchel—. El grueso del ejército se halla acantonado en pequeños cuarteles. El general no quiere que el enemigo se entere ni de su tamaño ni de la envergadura de la empresa.

Entraron en Ypres cuando las campanas de las iglesias llamaban

al ángelus de la mañana, después de haber pasado ocho horas sobre los caballos.

El duque de Parma había pernoctado allí.

XXIV

1
Isla de Wight

Poco le había faltado a Trenton para morir. Por fortuna, Morley y algunos hombres entraron en tromba en su camarote y lo salvaron.

—Oímos ruidos y nos temimos lo peor, capitán —le explicó Morley—. Nunca me fie de ese condenado barbero.

Después de quitarle de encima a Gabriel del Puerto, lo patearon, le dieron de puñetazos en la cabeza, en las costillas, en el abdomen, en los muslos. El hombre trataba en vano de resguardarse de aquella avalancha de golpes dados con tanta violencia como poco tino. Agachaba la cabeza y se protegía el torso con los brazos doblados. Una patada en una pantorrilla le hizo caer de rodillas.

—Cogedle el brazo y ponedlo sobre la mesa —bramó Morley. Había recogido su cuchillo de las tablas y jugueteaba con él. Lo lanzaba al aire y lo recibía por el mango, como si estuviera comprobando su equilibrio. De improviso, endureció el gesto y descargó una puñalada tan violenta en la mano de Gabriel que se la atravesó y se la clavó a la madera.

Gabriel soltó un aullido de dolor y Morley completó su acción dándole una bofetada que le partió el labio.

—Ve ahora a que te cosa el barbero —dijo, y se rio de su propia gracia. Los hombres corearon aquella ocurrencia con más risas.

Entonces intervino Trenton. Le molestaba la violencia gratuita.

—Quietos —ordenó. Y se acercó a ellos, destrabó el cuchillo y observó la mano de Gabriel con atención. La hoja había entrado entre dos falanges y la herida se había llenado rápidamente de sangre, pero parecía un corte limpio—. Llevadlo a la enfermería y dejadle que se cure la herida.

—Lo que hay que hacer es ahorcarlo en la verga del palo mayor —protestó Morley.

—Después lo encerráis en la bodega —prosiguió Trenton, sin hacer caso a su contramaestre—. Vivo, vivo.

Morley obedeció de mala gana, pero en la entrada de la tolda, concitados por el alboroto, se habían juntado unos cuantos hombres, y el contramaestre no pudo contenerse.

—Este bastardo español ha intentado matar al capitán —aulló Morley, y la acusación fue acogida con un rugido furioso.

—Que muera —dijo una voz anónima.

—A la horca con él —rugió otra.

—Traed una cuerda —propuso un tercero.

—¿Estáis provocando un maldito motín, señor Morley? —Trenton había alzado la voz para hacerse oír de la tripulación, pero sin llegar a gritar—. Porque podéis estar seguro de que habrá una horca para vos y para cualquiera que os siga.

—Oh, no, señor. Yo sólo digo que lo más conveniente sería hacer justicia ahora —balbució el contramaestre.

—Lo más conveniente es lo que yo diga. Y yo digo que este hombre es mi prisionero y que en su momento será conducido ante un consejo de guerra. ¿Está claro, señor Morley? ¿Está claro, caballeros?

La determinación del capitán dio al traste con el entretenimiento que paladeaban ya los hombres. Las voces de indignación se fueron apagando y las sustituyó un rumor apagado. No obstante, Trenton acompañó a Gabriel a la enfermería y le permitió que se cauterizase y vendase la herida.

—Señor Morley, conducidlo a la bodega —le dijo al contramaestre cuando hubieron finalizado—. A él y a su compañero, el de las marcas en la cara.

Trenton estuvo un rato paseando por la cubierta de la Speedwell, hasta comprobar que los ánimos se habían calmado por completo. Entonces se recogió en su cámara y pudo al fin echarse y cerrar los ojos. Le dolía el cuerpo por el reciente combate, pero más le dolía la cabeza. Gabriel del Puerto no sólo había intentado matarlo, sino que se había convertido en una nueva fuente de preocupaciones. La pena por atentar contra la vida del capitán era la muerte, y no llevarla a cabo podría causarle problemas. Pero aquel hombre le había curado la herida y lo había cuidado, lo había tenido a su merced y le había dado la oportunidad de defenderse.

Aquel hombre era el hermano de su esposa. ¿Cómo podría presentarse ante ella con su muerte sobre la conciencia?

Al alba, Morley lo despertó. El sueño de Trenton había sido tan pesado que le pareció salir de las profundidades del océano.

—¿Qué sucede?

—El piloto ha desaparecido. Nadie lo ha visto desde anoche.

—¿Ugalde? —preguntó con vivacidad, despejado por completo—. ¿Lo habéis buscado bien?

—Por todo el barco, capitán. Y no aparece. Hasta he interrogado a los cautivos.

—Os he dicho que los dejéis en paz. Esos no saben nada.

—Los hombres dicen que era tan traidor como ellos, que estaban confabulados.

—No lo estaban, Morley, de eso estoy seguro —dijo Trenton, pero como el contramaestre pusiera cara de incredulidad, añadió—: Fue Ugalde quien los descubrió.

—Vaya. —Morley se rascó la cabeza—. Entonces habrá aprovechado el alboroto para pasarse al otro bando.

—Quizá —dijo Trenton, aunque tenía sus dudas. No le encontraba mucho sentido a la marcha de Ugalde. ¿Dónde iba a estar mejor que en el Speedwell? Después de darle varias vueltas al asunto concluyó que Ugalde lo había engañado, que tendría algún asunto personal contra los otros y los había denunciado para vengarse. Incluso sopesó la posibilidad de que se tratara de un agente enemigo. En todo caso, le costaría hallar un piloto como él.

También Gabriel se hacía preguntas. Encadenado en la bodega, junto al pañol de las velas, tenía tiempo para meditar. No estaban a salvo, ni mucho menos, pero estaban vivos. No entendía el gesto de Trenton, que había evitado que la tripulación lo colgara. ¿Por qué? ¿En consideración a su hermana?, ¿a sus cuidados?, ¿o por ventura le tenía preparada una muerte más atroz? No se arrepentía de su pretendida venganza, aunque lamentaba haberla aplazado demasiado. Si no hubiera tenido tantas contemplaciones, en aquellos momentos Trenton estaría muerto. Quizá él también. Pero habría acogido la muerte con alegría, con la satisfacción del deber cumplido. Tanto esfuerzo y trabajo, tantos años siguiendo su pista para acabar encadenado en aquella bodega sin posibilidades de escapar.

Había oído conversar a los hombres sobre la marcha de Ugalde, y tampoco lo entendía. Si lo había delatado por temor a que su venganza le perjudicara, ¿por qué marcharse después? Nunca habían sido los mejores amigos, pero tampoco enemigos. ¿Acaso lo odiaba desde los tiempos de Veracruz? ¿Estaría resentido contra él por algún retorcido motivo?

2
YPRES

Alonso de Alconchel no tardó en dar con el real del duque de Parma, que estaba situado al sur de la villa, pero no consiguió que el capitán encargado de la guardia le permitiera acercarse. La compañía que se encargaba de la seguridad de Alejandro de Farnesio, gobernador de Flandes y general de sus ejércitos, se preparaba para levantar el campo y marchar hacia Brujas, y su capitán no tenía tiempo para atender otra cosa que aquella. Ni tampoco ganas.

—Marchad a Brujas. Os recibirá mañana, o el día siguiente, si el viaje se hace pesado.

—El sargento Salazar trae un mensaje urgente del duque de Medina Sidonia —dijo el de Alconchel con exagerada ostentación. Quizá de aquella manera el capitán se suavizara. Pero no hubo suerte.

—¿Quién es ese duque? —preguntó el capitán con un dejo insolente. Tenía expresión de cansancio y llevaba, cruzada sobre la reluciente coraza, una banda carmesí.

—Don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, es el capitán general de la Gran Armada —bufó el de Alconchel. La paciencia no era su fuerte.

—Raro es el día que un duque, conde o marqués no solicite audiencia con el gobernador.

—Pero él es un grande de España.

—Hasta los príncipes desean entrevistarse con el general.

Mientras hablaban, Duarte creyó reconocer la lujosa tienda de Farnesio, que se encontraba a un centenar de pasos a lo sumo y, viendo que no habría manera de convencer al oficial, decidió obrar

por su cuenta.

—En Brujas decís, ¿no es así? —le preguntó. El capitán asintió y Duarte dio media vuelta, tomó las riendas que sostenía su asombrado compañero, montó en el caballo y, clavándole las espuelas en los ijares al tiempo que tiraba del bocado, le hizo encabritarse. El bruto relinchó, se alzó de manos un par de veces, coceó e hizo apartarse al capitán. Entonces Duarte aflojó la rienda y lo puso al galope hacia la tienda del general. Oyó a sus espaldas las voces airadas del oficial y vio, de reojo, que se lanzaba en pos de él. Pero tarde. En menos de lo que se reza un avemaría estaba frente a la lujosa tienda; frenó en seco el caballo, desmontó de un salto y se dirigió hacia los alabarderos que la custodiaban. Esgrimía, con la mano en alto, la carta de Medina Sidonia. Los alabarderos cruzaron las lanzas y le cortaron el paso. Se hallaban a unos pasos de la entrada de la tienda. Junto a ella había un caballo de color blanco bellamente enjaezado. El capitán se aproximaba a la carrera.

—¡Detened a ese hombre! —les gritó a los soldados, que trataron de sujetarlo con las manos libres, pero Duarte los esquivó. Un tercer soldado se acercó por detrás y lo derribó de un empujón. La carta cayó al suelo y Duarte se arrodilló para recogerla, pero el capitán se lo impidió poniéndole el pie encima.

—¿Dónde demonios creéis que vais? —dijo jadeante, al tiempo que desenvainaba.

Duarte se levantó, se sacudió el polvo, se llevó la mano al pomo de su espada y tiró de ella. Los soldados intentaron impedírselo. El capitán gritaba y Duarte gritaba más, de modo que no había manera de entender lo que allí se decía. Con el alboroto salieron de la tienda dos hombres con ropajes elegantes y emplumados sombreros. En uno de ellos Duarte reconoció al duque de Mansfeld. El otro era Alejandro de Farnesio, a quien el indignado capitán pidió disculpas por la inoportuna intromisión. El general, que en aquel momento se estaba enfundando los guantes de montar, mantuvo la vista baja mientras concluía la operación. Estiró después los dedos, alzó los ojos, siguió con ellos la dirección que señalaba la mano del capitán y se encontró con Duarte.

—Señor Salazar, ¿tanto os ha aburrido Lisboa que venís a buscar camorra en los campos de Flandes? —El aire de chanza del general le cerró la boca al capitán.

—Jamás se me ocurriría tal cosa, excelencia, pero os traigo un mensaje urgente del duque de Medina Sidonia —dijo Duarte señalando el papel tirado en el suelo.

Alejandro de Farnesio borró la sonrisa de su rostro, se agachó y se apoderó de la carta.

—Vamos adentro —le dijo, y, seguido por el conde de Mansfeld, volvió sobre sus pasos. Detuvo, con un gesto perentorio, al capitán —. Luego arreglaré cuentas con vos.

Farnesio sacudió el polvo de la carta con el envés de la mano, abrió el lacre y la leyó con detenimiento. Duarte lo observó a placer. Al principio le pareció que no había envejecido, pero, visto de cerca, apreció nuevas arrugas en su rostro y hebras blancas en el cabello y en la cuidada perilla.

—Es una proeza que hayáis sido capaz de llegar hasta aquí en dos días —dijo el duque al terminar de leer la misiva.

—El mérito ha sido de Humberto Manso —replicó con modestia Duarte—, el capitán del patache en el que vine.

—Desconocía que la Gran Armada se hallara tan cerca. Medina Sidonia no lo menciona, pero imagino que habrá fondeado en el Solent, a la espera de mis noticias.

—Me temo que no. Don Alonso está deseoso de enlazar con vuestra excelencia. Si los ingleses no han logrado detenerlo, es posible que esté ya frente a las costas de Flandes.

Alejandro de Farnesio se despojó de su chapeo, dejó la carta sobre la mesa y dio unos pasos por la tienda con los brazos cruzados y expresión pensativa. Duarte calló. También el conde de Mansfeld guardaba silencio, de pie en una esquina, mirando alternativamente al general y al mensajero. Al cabo de un rato, Alejandro de Farnesio detuvo su paseo, le entregó la carta a Mansfeld y se sentó en la silla de campaña.

—Necesito cuatro días para embarcar a mi ejército, como mínimo. Decídselo a don Alonso. —El general debió de leer en los ojos de Duarte una pregunta que el mensajero no se atrevía a hacer, y, aunque no era su estilo, trató de justificarse—: La demora que tuvisteis en La Coruña nos ha afectado más de lo que podéis imaginar. El secreto se ha roto, los rebeldes llevan un mes bloqueando nuestros puertos y yo he debido alimentar y mantener a veinticinco mil soldados ociosos. Hace cuatro días que llegó a mis

manos la primera carta que don Alonso me envió, al poco de zarpar de la península, con el capitán Tello. Y hoy, la vuestra.

—¿Y la del alférez Juan Gil? —preguntó Duarte—. Partió un día antes que yo.

Farnesio negó con la cabeza.

—Quizá me espere en Brujas —apuntó el general—. En todo caso, no puedo embarcar a mi ejército en menos de cuatro días.

El conde de Mansfeld se acercó a él y le susurró algo al oído. Farnesio cabeceó.

—Y tampoco puedo proporcionarle a don Alonso los cincuenta filibotes que me pide: es toda la fuerza con que cuento —añadió—. Ni los pilotos prácticos, aunque si ya está en Flandes, no los necesitará. Os entregaré una carta, señor Salazar, y partiréis sin demora.

Alejandro de Farnesio dio por concluida la entrevista e hizo salir a Duarte de la tienda. Poco después, el capitán que lo había detenido a la entrada del real le entregó el mensaje del general. En el cuerpo de guardia les proporcionaron caballos de refresco y una escolta de seis jinetes armados hasta los dientes.

—Por vida que me espanta tu osadía, sargento —le había dicho el de Alconchel tras la entrevista, aunque Duarte no supo si como cumplido o como burla.

El viaje de regreso, con la luz del día, resultó muy diferente. Los campos llanos, los cultivos, caseríos y arboledas, los aldeanos en sus quehaceres, el ganado en los cercados, canales apacibles, diques, compuertas y molinos ayudaban a recrear la vista y entretener la cabalgata. A lo largo del camino, el cabo de la escolta les señaló, aquí y allá, algunos campamentos de los tercios. Duarte pensó que debía de estar muy bien asegurado el territorio para tener al ejército tan dislocado en aquellas llanuras interminables. A mediodía hicieron un alto en una casa fortificada que guardaba un dique, tomaron un rápido refrigerio y reemplazaron otra vez las monturas. Más adelante, cerca ya de Dunquerque, Alonso le mostró en un canal aledaño una larga fila de barcas de distintas formas y tamaños amarradas en una de las orillas.

—Son parte de las lanchas para el cruce del estrecho.

Las había chatas, alargadas, panzudas, con el mástil enhiesto, encajado en la carlinga, o tumbado sobre la borda. Una flotilla de

embarcaciones tan pequeñas necesitaría forzosamente la protección de la armada para cruzar el estrecho, por corta que fuera la travesía.

Llegaron a Dunquerque al caer la tarde. Duarte estaba molido. Le dolían las posaderas y la espalda por la larga cabalgata, tenía las rodillas desolladas y, de sostener las riendas, apenas sentía los brazos.

Se despidió de su amigo extramuros de la villa.

—Encomiéndate al cielo, Alonso. Esos lanchones parecen muy frágiles —bromeó Duarte—. Una ola más grande que otra y verás pronto a Neptuno.

—Peores eran los brulotes del Escalda y sobrevivimos a ellos —respondió Alonso—. Guárdate tú de los ingleses, que tienen más mala leche que Neptuno.

Duarte miró a lo lejos. El optimismo que sentía en Lisboa, e incluso en La Coruña, se había ido disipando poco a poco. Pero la entrevista con el general Farnesio había acabado con el poco que le quedaba. Aquella jornada había nacido con mala estrella. Abrazó a su amigo en silencio y cada cual tomó su propio camino. Quizá no volvieran a verse.

Humberto Manso tenía el patache en son de mar. En cuanto Duarte subió a bordo, aun antes de preguntarle por los resultados de su misión, puso a la tripulación a trabajar en la arboladura. Duarte, apoyado en la borda, contemplaba Dunquerque, sus elevadas iglesias, las murallas y torres, los bastiones artillados, el movimiento de gente en el puerto, marineros, pescadores, comerciantes, soldados, vendedores, aguateras. Se fijó en las numerosas lanchas que se agrupaban en las amplias playas próximas a la ciudad y en la flotilla de filibotes de Farnesio.

—Escasa fuerza para escoltar a las barcazas —comentó Humberto Manso.

—La armada será la verdadera escolta —le respondió Duarte. Pero Manso negó con la cabeza.

—Tened por seguro que ninguno de nuestros galeones podrá entrar en este puerto. Su fondo es escaso y está rodeado de bajíos.

El trapo estaba desplegado y las vergas braceadas para recoger la brisa que soplaba de la tierra. Duarte se fijó en dos mujeres que paseaban del brazo en un extremo del muelle. No tenían aspecto de

flamencas, y eso atrajo su atención. En realidad, una de ellas le resultó familiar. Podía verle sólo el perfil derecho, pero por un instante se le antojó que era Marcia Henriques. *Desvarías, Duarte,* se dijo, y la observó con la esperanza de que se diera la vuelta, pero no lo hizo. La otra, en cambio, giró la cara hacia él. Estaba embarazada, y debía de faltarle poco para dar a luz. Duarte abrió la boca y dejó escapar un suspiro. Era una de las mujeres más bellas que había visto nunca.

El San Jerónimo comenzó a moverse hacia la embocadura del puerto. El sol caía hacia occidente.

—Buena hora para zarpar —dijo el capitán Manso—. Y la mejor para sortear el bloqueo.

Duarte no le hizo mucho caso. Pensaba en las dos mujeres que acababa de ver. La creciente distancia empequeñecía sus siluetas.

3
RADA DE SAN JUAN, CALAIS

El sábado seis de agosto la Gran Armada alcanzó por fin el estrecho de Calais y echó anclas frente a la ciudad que le daba nombre, en la abierta rada de San Juan. Pero el duque de Medina Sidonia no pudo disfrutar del momento como le habría gustado a causa de los dos tormentosos consejos de guerra que había tenido que soportar en las últimas horas.

El primero fue al dejar atrás la isla de Wight. Recalde, con el apoyo de Oquendo y de Alonso de Leyva, se mostró partidario de fondear en el canal del Solent, al norte de la isla, hasta saber noticias de Farnesio. Razonaba su primer almirante que no encontrarían en todo el canal de la Mancha un paraje mejor que ese, resguardado de todos los vientos y fácil de defender. Si seguían adelante, los vientos y las corrientes les dificultarían mucho volver atrás.

En realidad, las órdenes secretas del rey disponían que, de no ser posible enlazar con Farnesio, desembarcaran en la isla de Wight y se hicieran fuertes en ella. Pero tal circunstancia aún no había ocurrido. El objetivo primordial que le había encomendado era trasladar el ejército de Flandes a Inglaterra. Y Flandes estaba a tiro

de piedra. Una vez allí, contactar con Parma sería el menor de sus problemas.

Diego Flores, siempre discordante con Recalde, le aconsejó seguir adelante. Aseguraba que el Solent, más que un refugio, sería una ratonera en la que los ingleses podrían atacarlos desde tierra y desde mar, que estarían tan comprimidos como las damas en un estreno de teatro y que les sería difícil esquivar cualquier ataque con brulotes.

Oquendo, por su parte, les recordó la información que habían recibido sobre la situación de la flota de Seymour y advirtió que sería más fácil batir a los ingleses en Wight que más adelante, cuando se unieran ambas flotas.

—¿Os asusta Seymour? —se burló Flores—. Si no me falla la memoria, su escuadra tiene muy pocos galeones.

Medina Sidonia no necesitó más para ordenar el avance.

La segunda discusión se produjo con motivo de la elección del fondeadero en el continente. La flota inglesa, quizá deseosa de recibir los refuerzos de Seymour, les había dado dos días de respiro, y la armada arribó a Calais sin dificultades. Medina Sidonia pensó en atracar frente a la playa de San Juan, dos millas al oeste de la ciudad, y esperar allí noticias de Farnesio, pero la mayoría de sus almirantes lo desaconsejó. Excepto Diego Flores, claro. El abra de Calais, aunque de buen fondo, era apenas un remedo de ensenada que no ofrecía protección contra vientos, mareas ni tormentas. Sin embargo, no había consenso en las alternativas. Este recomendaba pasar el estrecho de Calais y fondear en Dunquerque o Nieupoort, pese a los bancos sumergidos y la ausencia de calado; ese, seguir hasta la rada de Mardich, de la que apenas tenían referencias, y aquel, dirigirse a las costas inglesas, entre Dover y Las Dunas, desembarcar la infantería y crear una cabeza de puente sin especificar qué ventaja acarrearía aquello. Medina Sidonia consultó entonces a los pilotos más prácticos en aquellas aguas, tanto españoles como flamencos, que le recomendaron anclar en Calais. No era el mejor de los fondeaderos, pero tenía su lado positivo: un abra amplia, con calado suficiente y tan abierta al mar que sería fácil salir de ella por casi todos los rumbos.

Una vez tomada la decisión, el duque respiró tranquilo y se mostró, por primera vez desde que partiera de Lisboa, optimista.

Había cumplido la misión que le encomendó Su Majestad, por imposible que en un principio le pareciera: conducir a la Gran Armada sana y salva hasta Flandes, o hasta su misma frontera, porque Calais era, formalmente, un puerto francés. A pesar de todos los inconvenientes que sus almirantes habían mencionado, los enemigos seguían manteniendo una actitud esquiva.

Mientras organizaba la operación de fondeo, despachó a uno de sus capitanes a cumplimentar al gobernador francés de la villa, monsieur de Gourdan, que se mostró complacido por la embajada, lo obsequió con un rico presente y se ofreció a reabastecerlos en lo que necesitaran. Por un precio. En vista de la invitación, Medina Sidonia envió a tierra al proveedor general de la armada con varios miles de ducados para gastarlos en bastimentos y medicinas.

Pero la tranquilidad le duró poco al duque. La tarde de aquel sábado regresó Duarte Salazar con la respuesta de Farnesio y el capitán general de la armada se vio obligado, con hondo pesar, a reunir de nuevo a sus maestres y almirantes para informarlos de las novedades de una situación que distaba de ser idílica. Debían, por tanto, tomar las medidas pertinentes para resistir en aquel surgidero el tiempo solicitado por el duque de Parma, mantener la formación y prevenir posibles acciones inglesas.

El consejo de guerra fue unánime en criticar a Alejandro de Farnesio por la imperdonable dejadez de no contar con una flota en condiciones ni tener a su ejército aprestado para el cruce. Se llegó a decir de él, en el calor del momento, que estaba más interesado que los propios ingleses en hacer fracasar la jornada. También hubo acuerdo en que los principales peligros a que se enfrentaban eran dos: un posible ataque con artificios incendiarios, que, dada la gran concentración de buques en el fondeadero, podía resultar fatal, y los bancos de arena y dunas sumergidos de aquella zona de la costa, que limitarían mucho sus movimientos. Sin embargo, para decidir la línea de acción volvieron a surgir las discrepancias. Medina Sidonia, con el apoyo de Marolín de Juan y Diego Flores, apostaba por que cada buque botase sus bateles para desviar a los posibles brulotes y por echar las dos anclas para evitar que las fuertes corrientes hicieran garrear a los navíos; a Oquendo y Recalde, sin embargo, les parecía mucho más útil organizar una línea defensiva con las zabras más rápidas y maniobrables para desviar o hundir los

brulotes incendiarios, y que los buques se estuvieran a una sola ancla, de modo que les resultara más fácil moverse en cualquier instante. Pero el duque, harto de que aquellos marinos se creyeran mejores que él y cuestionaran constantemente su autoridad, se mantuvo en sus trece. Oquendo y Recalde, con la tozudez de dos mulas en una noria, insistieron en los inconvenientes de aquel plan, y el duque tuvo que amenazarlos con cargarlos de cadenas para que aceptaran su decisión. De modo que sólo se destacaron dos zabras con arpones y bicheros a modo de barrera entre la armada y la flota inglesa.

4
BANCOS DE SCALES, CALAIS

En Inglaterra, la noticia de que la Gran Armada había llegado a Calais creó una enorme conmoción. A la reina y a su consejo privado les costaba aceptar que su flota, guiada por sus mejores almirantes, no se hubiera empeñado con ella en una gran batalla y tampoco hubiera conseguido detenerla. Pero hicieron de tripas corazón y se dispusieron a echar el resto. Con los españoles en las puertas, las arcas reales se abrieron sin reservas por primera vez en mucho tiempo. La reina ordenó fletar cuanto mercante hubiera disponible en los puertos, enviar urgentemente víveres y pertrechos a la flota y desplegar veinte mil soldados más en la costa en previsión de un posible desembarco.

A última hora del sábado seis de agosto la división de lord Henry Seymour se unió, por fin, con el resto de las divisiones. Estaban fondeados en los bancos de Scales, dos millas al oeste de la formación española, y juntaban, sumando todos los efectivos, más de ciento cuarenta naves. Lord Howard convocó la madrugada del domingo junta de almirantes a bordo del Ark Royal. La situación era preocupante. Los intentos de ir desplumando poco a poco a la Gran Armada, como si se tratase de una gallina, habían fracasado. Sólo habían conseguido, y por accidente, hacerse con dos barcos. Frente a su improvisada estrategia de ataque en tropel, los españoles habían demostrado un orden táctico tan preciso que los hacía invulnerables. Además, las andanadas a media distancia

apenas causaban daños en los cascos de sus galeones, mientras que en las escaramuzas a corta distancia, la potencia de su fuego y la efectividad de su arcabucería les causaba no pocas bajas y bastantes estragos. Su objetivo cardinal en aquel momento era impedir que la Gran Armada ayudara al ejército de Flandes a cruzar el estrecho.

De todas las propuestas que se lanzaron durante la junta, la que mejor acogida tuvo fue la de preparar brulotes cargados con explosivos, como los que emplearon los rebeldes flamencos durante el cerco de Amberes. La formación tan apiñada de los españoles se prestaba a ello. Si conseguían alcanzar a algunos barcos, el incendio podría extenderse al resto de la armada. Y si no, quizá lograsen crear la suficiente confusión como para revolver sus filas y poder atacarlos con ciertas garantías. Tras oír los pros y los contras, el lord almirante dio su visto bueno para la operación. Pero deberían aderezar ocho o diez brulotes al menos, para asegurarse de que los españoles no pudieran esquivarlos a todos.

La idea de lord Howard era traer de Dover unos cuantos cascarones de nuez para convertirlos en brulotes, pero Drake argumentó que no había tiempo que perder, le hizo notar que aquella noche tendrían unas condiciones muy favorables de viento y marea y sugirió que, para no desaprovecharlas, sacrificaran algunos barcos de la flota. Grenville y Seymour se opusieron a la idea, por disparatada. Ningún capitán ni armador querría que secuestraran su barco y le metieran fuego, pero Drake insistió: salvar al reino implicaba sacrificios.

—Quizá tengáis razón, sir Francis —acabó cediendo lord Howard—. Y, ya que la idea ha sido vuestra, encargaos de escogerlos.

Una tarea desagradable en la que los demás almirantes vieron un desquite de Howard por su afán de protagonismo. Pero Drake no se molestó. Al contrario, lo hizo con diligencia y agrado, asegurándose de que los barcos sacrificados no fueran ni suyos ni de sus allegados, y delegó en sus capitanes más confiables la faena de convertirlos en brulotes.

A John Trenton le tocó hacerse cargo de un navío de noventa toneles de la escuadra de Seymour, el Elizabeth de Lowestoft, cuyo capitán despotricó, gritó, suplicó y, al no lograr nada con ello, se negó en redondo a abandonarlo. Pero las órdenes de Howard eran

tajantes, y el capitán hubo de tragarse su indignación y entregar el barco.

Trenton abarloó su pinaza al Elizabeth de Lowestoft, a cuyos tripulantes envió a tierra para que hicieran acopio de leña seca mientras que a los suyos los puso a serrar y desmontar los castillos y otras partes de la obra muerta que no fueran indispensables para navegar. Después, embutió en la bodega todo aquel combustible junto con piedras, hierros viejos, eslabones de cadena, palanquetas, balas defectuosas, sacos de metralla y cualesquiera objetos cortantes o contundentes que encontraron. Por último, sus artilleros lo rociaron todo con pez, acarrearon diez barriles de pólvora, colocaron las mechas y prepararon el artificio. Al caer la tarde, el Elizabeth de Lowestoft estaba convertido en un brulote.

Aquella misión, además de ser una muestra más de la confianza que le tenía sir Francis, ayudó a Trenton a resolver el dilema que le habían creado Gabriel del Puerto y su compañero. Ajusticiarlos a sangre fría le desagradaba y liberarlos podría acarrearle un serio problema. El brulote, sin embargo, le ofrecía una solución intermedia.

Cuando todo estuvo listo, mandó al contramaestre que trasladara a los prisioneros al Elizabeth de Lowestoft, los bajara a la bodega y los amarrase junto al palo de mesana.

—Algunos empezaban a dudar de vos, capitán —le dijo Morley con una sonrisa retorcida—, pero achicharrar a esos putos españoles en un brulote dirigido contra su propia armada no se me habría ocurrido ni siquiera a mí.

Trenton lo miró de reojo. Su contramaestre le desagradaba sobremanera, y lamentó, una vez más, no tener a su lado a Ugalde, cuya huida seguía sin explicarse.

Pero Ugalde no había huido.

Mahagüini llevaba tiempo maliciándose que Ugalde los traicionaría y, la noche en que Gabriel fue descubierto, estuvo seguro de que había sido cosa suya. Ugalde no merecía vivir. Gabriel lo había acogido y le había dado un puesto en la Portuguesa, lo había salvado cuando lo hirieron en la playa de Plymouth, y Ugalde le pagaba de aquella manera. De modo que Mahagüini aprovechó el alboroto que se organizó cuando detuvieron a su amigo y actuó con rapidez. Había estado pendiente

de los movimientos del piloto, que se había quitado de en medio y se había retirado al castillo de proa. Mahagüini se aproximó a él con el sigilo de un gato. Había aprendido de los indios de la Florida a caminar sin producir ningún ruido, sin que lo delatara la respiración, crujieran las articulaciones ni el aire se removiese. El piloto estaba acodado sobre la tapa de la regala, en la amura de babor, contemplando la noche estrellada o meditando en nuevas ruindades, ajeno a lo que había provocado. El medio indio se situó detrás de él, apenas a unas pulgadas. Percibía su respiración y escuchaba el latido de su corazón. La oscuridad era tan grande que nadie a más de tres pasos podría verlos. Con paciencia infinita, dedo a dedo, deslizó de la faja de tela que llevaba en la cintura su aguzada daga y la dirigió hacia el costado de Ugalde. El hombre iba tocado con una gorra de visera y olía a sudor. Mahagüini aproximó su mano izquierda a la mejilla del piloto, tensó los músculos y, con un movimiento veloz, le tapó la boca.

El piloto, cogido por sorpresa, tardó un instante en reaccionar, y cuando al fin trató de zafarse, el cuchillo de Mahagüini le atravesaba la piel del costado.

—Esto os ocurre por traidor —le susurró al oído. Y empujó la daga hasta que la cruz le impidió hundirla más en la carne de su víctima.

El hombre cesó en sus esfuerzos y su cuerpo se desmadejó sobre el brazo del medio indio, que lo cogió en volandas, limpió el acero en sus ropas, se inclinó sobre la borda y lo dejó caer al agua, en la que penetró con un chasquido tan atenuado que habría sido difícil escucharlo incluso desde el mismo castillo. Después, Mahagüini se mezcló con el resto de tripulantes hasta que Trenton se acordó de él y mandó que lo apresaran y encerrasen junto a Gabriel.

Howard hizo situar en vanguardia los ocho brulotes, separados unos cables entre sí, y dio orden de que se incendiaran poco antes de la medianoche y se soltaran todos a la vez, para aumentar las posibilidades de éxito.

Soplaba un viento fresco del oeste cuarta al sur y la corriente era de al menos dos nudos.

Trenton distribuyó teas entre sus hombres para que prendieran varios fuegos en el combés, una tarea a la que se aplicaron con gran entusiasmo. De la bodega, sin embargo, se encargó él mismo. Con la

tea encendida, buscó a los prisioneros, que estaban sentados junto al palo de mesana, con las espaldas apoyadas en él. Morley había hecho un buen trabajo. Además de atarles las manos, los había amarrado al mástil con un grueso cabo que los rodeaba a la altura del pecho. Gabriel le dedicó una mirada brillante y Mahagüini apenas le hizo caso. La oscilante llama de la tea hacía difícil apreciar sus expresiones.

—No sé dónde está vuestra hermana, señor Del Puerto —dijo con voz serena y un tanto compungida—. Hace meses que desapareció en extrañas circunstancias de casa de mis padres, y nadie en mi familia ha sabido darme una explicación razonable de lo sucedido. Por desgracia, esta inoportuna guerra me está impidiendo buscarla a conciencia. Pero en cuanto termine, tened por seguro que removeré cielo y tierra para encontrarla. Quiero a Isabel y ella me corresponde. Esperamos un hijo, señor Del Puerto. Vuestro sobrino.

—¿Por qué me contáis todo esto ahora? ¿Acaso os remuerde la conciencia? —preguntó Gabriel con voz opaca.

Trenton sonrió. Fue una sonrisa triste, desencantada.

—Vos y yo no nos entenderemos nunca.

—Mi «nunca» está muy cerca.

Ya se oía crepitar la madera y el humo se colaba por las escotillas y las rendijas entre las tablas.

—¡Capitán, daos prisa! —gritó una voz arriba.

—Ya voy —respondió Trenton, que se pasó la tea a la mano izquierda y con la derecha desenvainó su puñal. Se agachó y cortó de un tajo las ataduras que aprisionaban las manos de Gabriel—. Aquí nos despedimos, l’Avide. Buscad vuestro propio destino, que yo afrontaré el mío. Pero hacedlo deprisa.

Gabriel le lanzó una mirada de absoluta incomprensión y Trenton se apartó de él, encendió las mechas de los barriles y salió a cubierta por la escotilla del combés. Fuera, las llamas habían prendido la tablazón de la cubierta, atacaban los palos y lamían las velas. Trenton comprobó que el pinzote estuviera bien trabado para que el ingenio no se desviara de su rumbo y luego se encaminó a la proa con el resto de marineros que quedaban a bordo. Una chalupa

y un esquife habían estado remolcando al brulote para encaminarlo hacia donde fondeaba la armada enemiga. Al ver al capitán, los remeros soltaron el cabo que los unía al brulote y abarloaron la chalupa a la amura de estribor. Trenton y varios marineros bajaron a ella.

—Vámonos de una vez, antes de que este artilugio infernal estalle —ordenó Trenton a sus hombres, que apartaron la chalupa del casco incendiado y se dirigieron hacia la Speedwell. Mientras se alejaban, Trenton contemplaba con alucinada fijación a los otros siete brulotes que iluminaban la rada como grandes faros a ras del agua.

Morley debía hacer lo mismo por la amura contraria, donde lo esperaba el batel, pero cuando había comenzado a bajar cambió de opinión.

—Ven conmigo, muchacho —le dijo al marinero que lo precedía.

—¿Qué ocurre, señor?

—Vamos a asegurarnos de que esos bastardos se mueran de verdad.

5
ESTRECHO DE CALAIS

Cuando los trasladaron al brulote, Mahagüini y Gabriel llevaban dos días recluidos en la bodega de la pinaza, de modo que apenas cambiaron bodega por bodega. La cantidad de leña, metralla y pólvora que habían almacenado allí no dejaba dudas sobre el destino de aquel barco, ni sobre el que los aguardaba a ellos.

Y cuando Trenton, en un nuevo gesto de gracia, le cortó las ataduras a Gabriel, la libertad distaba de estar cerca. Aún tenía que soltarse del cabo que los ceñía al mástil. Le costó varias contorsiones llevar sus manos al nudo que cerraba el cabo, que estaba tan apretado que no era capaz de desatarlo. Cada movimiento le causaba un enorme dolor en la mano herida, hinchada y amoratada. Por fortuna, consiguió acercar la boca hasta el nudo y ayudarse de los dientes. Se le abrió de nuevo el labio que le había roto Morley y tuvo un instante para reírse de sí mismo: parecía un castor tratando de roer un palo, pero persistió en el

empeño. Mahagüini, que se daba cuenta de sus desesperados intentos, en nada lo podía ayudar. Se limitaba a mirarlo con la impasibilidad de quien nada teme.

El fuego era tan intenso que había más luz que en pleno día, el calor se hacía por momentos insoportable y la mecha que encendiera Trenton progresaba con lentitud hacia los barriles. El sudor le chorreaba a Gabriel por la frente y el rostro, se le metía en los ojos y los hacía rabiar, mas al fin consiguió desatar el apretado nudo, desprenderse de las amarras y liberar a Mahagüini.

—Hay que quitar la mecha —avisó Gabriel. Entre ellos y los barriles era donde el fuego ardía con más violencia, pero Mahagüini atravesó la cortina de llamas y arrancó la mecha de un tirón. Aun así, lo más probable era que el propio incendio acabara por hacerlos estallar.

El humo era espeso e irrespirable en la panza del buque, y los dos hombres buscaron la escotilla de popa, treparon por la escala y se asomaron con sumo cuidado a lo que quedaba de la tolda. La vela mayor, con varios rizos tomados, ya había comenzado a arder, y lo mismo sucedía con la de trinquete, y a pesar de ello el brulote navegaba directo hacia la armada española, igual que los otros siete que habían sido lanzados, cada cual con su propia derrota y velocidad. La cubierta estaba casi destrozada, como si hubiera sido saqueada por una legión de salvajes. Aquí y allá habían arrancado mamparas, maderos, tirantas, baos, el cabrestante e incluso algún cabillero. Unos tablones a medio aserrar le enseñaban al cielo sus agudas astillas.

—Cuidado —susurró Mahagüini, y señaló hacia delante. Había dos hombres junto a la escotilla del combés. Uno de ellos, al que reconocieron al instante como el contramaestre, bajó hacia la bodega, y el otro permaneció arriba.

—¿Qué diablos pretenderán? —preguntó Gabriel mientras hacía a su compañero un gesto con la cabeza.

El marinero estaba tan concentrado que se le echaron encima sin que se diera cuenta. Mientras Gabriel lo inmovilizaba, Mahagüini le quitó el chafarote que pendía de su tahalí y lo alzó para atravesarlo.

—No lo hagas —le ordenó Gabriel. Mahagüini hizo un gesto de incomprensión—. No creo que Trenton nos haya dado la oportunidad de salvarnos para que matemos a sus hombres.

A su amigo no pareció convencerlo aquella explicación, pero nada dijo, y permitió al aterrorizado marinero que se escabullera y se descolgara por la borda.

—Asómate para ver dónde está su barca —dijo Gabriel—, pero déjame el chafarote.

Mahagüini corrió hacia la borda mientras Gabriel se apostaba junto a la escotilla. Al momento regresó el medio indio.

—He visto un batel que se aleja del brulote. El marinero trata de alcanzarlo a nado. —Apenas había cerrado la boca cuando apareció Morley.

—¿Nos buscabais, señor contramaestre? —La pregunta de Gabriel sobresaltó a Morley, pero al punto se rehízo.

—Vaya, vaya, si son el barberillo y el rarito —dijo al tiempo que asentaba los pies en la cubierta y cruzaba los brazos.

—Los mismos, amigo Morley —respondió Gabriel—, y más os vale poneros en guardia si no queréis que os destripe de un solo tajo.

Las llamas avanzaban con rapidez, levantando un gran fragor, y las posibilidades de que los barriles explotaran antes de lo debido no eran pocas, pero Morley, que parecía muy tranquilo, desenvainó su sable y al instante lanzó el primer golpe, un golpe durísimo, pero torpe, que Gabriel detuvo con facilidad. Luego se desplazó hacia la borda, para evitar que a Morley se le ocurriera saltar, y contraatacó alargando el chafarote hasta que su hoja encontró a la de su enemigo, que trató de apartarla con un golpe hacia fuera. Gabriel sonrió y volvió a unir las hojas. Morley, que, como la mayoría de los marineros, estaba acostumbrado a pelear tajando, intentó aplicar aquella táctica, pero al alzar el sable para golpear recibió un pinchazo en el brazo. Soltó un juramento y retrocedió unos pasos.

Las llamas devoraban la vela mayor y los pedazos de lona desgajados de ella sobrevolaban la cubierta y aterrizaban acá y acullá. Una miríada de chispas se elevaba hacia la oscuridad del firmamento. Gabriel, con el brazo y el arma extendidos y moviendo los pies con habilidad, hizo retroceder a Morley en dirección a las llamas. El contramaestre echó una rápida mirada por encima de sus hombros. Se le había borrado la sonrisa socarrona y ya no luchaba con el aplomo de antes.

La cubierta crujió y una parte de lo que había sido el combés se

hundió. Morley se desequilibró ligeramente y Gabriel pensó por un instante darle la oportunidad de rehacerse, pero no podían demorarse más y de un golpe profundo y rápido le clavó el chafarote en el abdomen. Morley alzó los ojos, incrédulo ante su próxima muerte. Cuando Gabriel retiró la hoja, el contramaestre trató de sujetarse las tripas con las manos.

—Ofrecedle mis respetos al diablo, señor contramaestre —se despidió Gabriel. Y, volviéndose hacia su amigo, añadió—: Vámonos, que esto va a estallar.

Pero Mahagüini no le hizo caso. Cruzó el casi destruido combés hasta alcanzar el pinzote, cortó la maroma con que lo habían fijado y lo empujó para que el brulote derivase hacia el norte.

Gabriel se montó sobre la regala. Desde allí podía ver a la perfección los barcos de la Gran Armada, que estaban cada vez más cerca. Un par de zabras y algunos esquifes intentaban desviar a los brulotes; otros navíos, en cambio, levaban anclas y abandonaban sus fondeaderos. El batel del brulote se había perdido entre las sombras. Cuando Mahagüini llegó a su lado, se miraron en silencio. Frente a ellos, hacia el este, se perfilaba la silueta de un gran galeón.

—Habrá que nadar —dijo Gabriel, y dejó caer el chafarote y saltó al agua. Mahagüini lo siguió.

El agua estaba fría y Gabriel al principio sintió un fuerte estremecimiento, pero en cuanto comenzó a nadar entró en calor. Con brazadas largas y suaves se fue alejando del brulote, que se había convertido en una auténtica pira. Ardían las cuadernas, las tracas y las cintas del casco, los palos, vergas, velas y cabos. La luz del incendio se reflejaba en el agua, tornándola amarilla. La mano herida le dolía horrores, pero trató de olvidarse de ella. La corriente, por fortuna, lo empujaba hacia delante. Cada cierto tiempo se detenía para orientarse y descansar. Mahagüini estaba a su lado, aunque era mejor nadador que él.

Al remontar el lomo de una amplia ola, cuando los brazos empezaban a fallarle, Gabriel vio que se les acercaba una lancha tripulada por cuatro hombres. Al llegar a su altura les alcanzaron un bichero para que pudieran subir a bordo. Debieron de haberlos visto saltar del brulote, y los tomaron por ingleses, porque uno de los hombres les habló en esa lengua.

—Somos españoles. Prisioneros —respondió Gabriel en cuanto estuvo a bordo. Los dientes le castañeteaban—. Querían que nos abrasáramos en la bodega.

La lancha pertenecía al galeón San Felipe y estaba al mando de un soldado que había servido en Flandes y tenía experiencia en neutralizar brulotes. Pero aquel, gracias a la intervención de Mahagüini, se había desviado lo suficiente para no amenazar a ningún navío de la armada, y la lancha viró para regresar. De pronto, el brulote saltó por los aires. Una brillante llamarada de fuego amarilla, roja y anaranjada iluminó el mar con vivísima claridad y un estruendo más potente que el disparo de cien cañones desgajó la noche. La violenta explosión proyectó en todas las direcciones una lluvia de piedras, herrajes, metralla, tablones, astillas, pavesas y duelas y arandelas de barril. Los hombres se acurrucaron en el fondo de la lancha, como si tal acción los pudiera proteger. Las pavesas encendidas trazaban hermosos arcos en el cielo, hasta que se consumían y apagaban. El humo se elevaba en una columna espesa que el viento hacía derivar lentamente hacia el este. Pasado el estallido inicial, los restos del brulote se fueron consumiendo en un fuego más contenido, a cuya luz Gabriel vio la amura de estribor del San Felipe. Desde la elevada borda, unos hombres les largaban una escala.

XXV

1
Gravelinas

Los vigías del San Martín avistaron en el oeste, donde se agrupaba la flota enemiga, una línea de ingenios ardientes que se dirigían hacia ellos. Medina Sidonia subió de inmediato a cubierta y los contó. Eran ocho y se acercaban a gran velocidad, empujados por el viento, la corriente y la marea. Las dos zabras destacadas al efecto consiguieron desviar a dos de ellos hacia la playa y un tercero comenzó a derivar hacia el norte. Pero los demás prosiguieron su peligrosa derrota hacia el lugar donde se apiñaba el grueso de la armada. Medina Sidonia ordenó disparar los dos cañonazos de aviso. El plan acordado con sus almirantes y capitanes consistía en que los navíos más amenazados por los brulotes levaran anclas y se desplazaran para evitarlos, pero una vez pasado el peligro deberían volver a sus amarraderos y recuperar su puesto en la formación.

Sin embargo, pocos obedecieron la orden. La cantidad de brulotes, superior a la esperada, las truculentas historias que los veteranos de Flandes no dejaban de repetir sobre el peligro de aquellos artefactos infernales y la tremenda explosión de uno de ellos hicieron su efecto y el pánico cundió entre la armada. Cada barco maniobró a antojo de su capitán, de su piloto o de los propios soldados embarcados, que con los hierros en la mano exigían esto o aquello. Muchos, por no recogerlas, cortaron las amarras de las dos anclas, dejando que se hundieran en las aguas, cargaron el trapo y se alejaron del abra de San Juan.

Por fortuna, ninguno de los brulotes hizo blanco. A pesar del desbarajuste que habían ocasionado, pasaron de largo y se hundieron en el mar o embarrancaron en las playas. La única baja de la Gran Armada fue la galeaza San Lorenzo, que, al maniobrar, chocó con otro navío, perdió el gobierno y encalló en una playa de

Calais, donde franceses e ingleses se la disputaron.

Mas no por fallidos dejaron los brulotes de cumplir su propósito.

Con las primeras luces del alba, el duque de Medina Sidonia pudo comprobar que el viento y la fuerte corriente habían hecho derivar a la mayoría de su armada hacia el este y el nordeste, aproximándose peligrosamente a los bancos y bajíos de las costas flamencas. Se hallaba, por tanto, muy a sotavento, dispersa e impedida de regresar al fondeadero original. Sólo los galeones y unas cuantas naos y urcas habían conseguido virar y reagruparse frente a Gravelinas, al este de Calais.

Los ingleses se percataron de la apurada situación de la Gran Armada. Desde que penetrara en el canal de la Mancha no habían sido capaces de hincarle el diente. Bien, aquella era su oportunidad, y las divisiones de su flota se lanzaron contra las dispersas fuerzas españolas.

El duque no era ningún experto naval, pero las alternativas para evitar el desastre eras escasas. Diego Flores y Marolín de Juan le aconsejaron formar una línea de contención con la docena de navíos más cercanos, los mejores de la armada, y dar rostro al ataque inglés en tanto el resto se reorganizaba. Juan Martínez de Recalde le envió un mensaje en el que le proponía más o menos lo mismo. Aquel detalle insufló ánimos al duque, porque era la primera vez que sus asesores y el almirante general coincidían en algo.

La batalla comenzó a primera hora de la mañana del ocho de agosto. Un día que se presentó con cara de perro.

La división del almirante Seymour sobrepasó por el norte la pequeña línea de contención española para combatir contra navíos descolgados del resto de la armada. El lord almirante Howard, secundado por varios de sus barcos, pretendió emular las iniciativas corsarias que le había criticado a Drake y se entretuvo en capturar a la galeaza San Lorenzo, varada frente a Calais. Pero la tripulación española ofreció una dura resistencia, y, cuando parecía vencida, los franceses tomaron el relevo, la protegieron con los cañones de la fortaleza de Calais, quizá para quedársela ellos, y obligaron a lord Howard a abandonar la presa y sumarse a la batalla.

Entre tanto, el resto de la flota inglesa, con las divisiones de Drake, Hawkins y Frobisher, se había echado encima de la línea de contención española con arrojo y violencia. Los superaban en una

proporción de diez a uno y estaban dispuestos a sacar partido de la situación, aunque, como había ocurrido en las acciones de los días anteriores, su ataque carecía de orden táctico y se realizaba en tropel.

El galeón San Juan, el más retrasado de la línea, fue el primero en entrar en combate. Lo rodeó una jauría de ocho navíos que lo sometió a un severo cañoneo. Los más poderosos, como los galeones Revenge y Nonpareil, se le acercaban tanto que podían escucharse sus voces. Los mercantes armados, sin embargo, se mantenían a una distancia más prudente y su intervención se limitaba al fuego lejano.

El San Juan, de construcción portuguesa y setecientos toneles de arqueo, era un hueso duro de roer. Desde que salieron de Lisboa, el almirante Recalde había hecho entrenar todos los días a sus artilleros hasta conseguir, merced a una sincronización casi perfecta de los servidores de las piezas, doblar la velocidad en la recarga. Así, sus cincuenta cañones no dejaron de responder en ningún momento al fuego enemigo. El almirante también había organizado a sus casi cuatrocientos soldados en escuadras de arcabuceros y mosqueteros, cada cual en su puesto de combate, y había mandado que se levantaran en las bordas parapetos tras los que resguardarse.

El cabo Pechoabierto estaba a cargo de una de las cuatro escuadras situadas en el coronamiento de popa, un lugar privilegiado para hacer daño al enemigo. Los hombres de Pechoabierto eran soldados baquianos que no necesitaban muchas indicaciones para cumplir con su cometido. La táctica inglesa de no aproximarse demasiado les había impedido entrar en combate con la frecuencia que habrían deseado, pero aquel día se estaban desquitando sobradamente. Los galeones ingleses se relevaban en el ataque al San Juan, lo que daba tiempo a los escopeteros a recargar y volver a tirar.

El San Juan no tardó en parecerse al infierno. Una nube de humo espeso y oscuro lo envolvía constantemente, aderezada con los fogonazos de los disparos, los truenos de las andanadas, los gritos de guerra, los votos y pésetes de los soldados, las órdenes y los lamentos de dolor, los gemidos y plegarias de los heridos, el terrible traquido de los impactos en el casco, el jadear de los marineros en las bombas de achique, el siniestro zumbido de las

balas encadenadas, de las palanquetas y los angelotes, los fuegos prendidos por las bombas de mano, que los trozos de servicios auxiliares trataban de apagar, y la sangre derramada, que los pajes no dejaban de cubrir con arena.

Las distintas escuadras se movían de proa a popa, de una borda a la otra. Las del coronamiento de popa estaban bajo el mando de un alférez que pronto fue alcanzado por una esquirla en una pierna y hubo de ser llevado en volandas a la enfermería. Pechoabierto pedía a sus hombres que tirasen sobre los oficiales ingleses, y los veía caer segados por una hoz implacable. En el puente de mando, el almirante Recalde, con su media armadura bellamente ornamentada y un medallón de la Orden de Santiago colgando del pecho, dirigía el combate y el navío con serenidad y pericia: ordenaba bracear velas, cazar escotas, tomar rizos, rectificar el rumbo o dejarse caer a sotavento para no descolgarse de la línea de contención.

Después de haber aguantado la embestida enemiga por más de una hora, sin aflojar, acudieron en su ayuda la nao María Juana y los galeones San Mateo y San Felipe, que con su fuego lograron hacer retroceder a los ingleses y sacarlo del apuro. Le habían disparado en unas cuantas horas, bien que con escasa puntería, más de quinientos cañonazos.

A aquellas alturas, el combate se había generalizado y el escudo de contención dejó enseguida de ser una línea para fraccionarse en agrupaciones de dos y tres buques que eran rodeadas y atacadas por enjambres de enemigos. Un escudo formado mayoritariamente por buques provenientes de la armada del Mar Océano y de la escuadra de galeones de la carrera de Indias, con tripulaciones disciplinadas y conocedoras de su oficio, fueran marineros, artilleros, calafates, buzos u oficiales, acostumbradas a largas travesías, a repeler los ataques de piratas y corsarios, a economizar la munición, a disparar con frialdad, aguardando el mejor momento para largar una andanada, y a conocer el aguante de sus propios barcos ante las rociadas del enemigo. De igual forma, los soldados de sus guarniciones eran veteranos de los tercios de Sicilia, de Nápoles y de Galeones, hombres templados y buenos tiradores habituados a relevarse, recargar con rapidez los arcabuces y realizar abordajes. Aquellos hombres y aquellos navíos que estaban haciendo rostro al

grueso de la flota inglesa eran el núcleo duro de la Gran Armada. Los galeones San Juan, San Luis, San Marcos, San Felipe, San Mateo, Santiago y las naos Nuestra Señora de Begoña, Santa Ana, María Juana, San Juan Bautista y Trinidad Valencera.

Y más que ninguno, el galeón San Martín.

La capitana real de la Gran Armada, en el centro de la línea, entabló durísimo combate contra varios bajeles de la división de Hawkins. El duque de Medina Sidonia no se movía de la cubierta del alcázar, desde donde atendía no ya al combate en el que estaba empeñado el San Martín, cuya dirección había delegado en el capitán Marolín de Juan y en el maestre de campo Francisco de Bobadilla, sino a toda la batalla. Y enviaba constantes mensajes a otros barcos de la armada: que corrigieran sus posiciones, que se agruparan mejor, que auxiliaran a los más necesitados o que, por Dios, orzaran y se alejaran de la costa y sus peligrosos bancos sumergidos. Y era esta la principal preocupación del duque, más que el daño y los cañonazos que recibían, que eran muchos, pues los pilotos le habían advertido que algunos de aquellos bancos tenían fondos que no alcanzaban las seis brazas y podría perderse en ellos la armada toda.

Duarte no tuvo un instante de descanso. Ya antes del alba hubo de llevar avisos a otros capitanes y almirantes, bien en el patache San Jerónimo, bien en la Concepción, una carabela portuguesa muy marinera que no se había apartado de la popa del San Martín. Y después del amanecer, iniciada la batalla, él y otros asistentes del duque prosiguieron con su labor de mensajeros pese al gran peligro que corrían. Las embarcaciones menudas esquivaban a los grandes buques enemigos, rodeaban sus líneas y maniobraban contra el viento o a favor de él para poder entregar los mensajes de Medina Sidonia. Pero mediada la mañana arreció el ataque inglés y se cortó por completo la comunicación del San Martín con el resto de la armada. La aguerrida capitana real se había convertido en el objetivo de media flota enemiga, en el preciado trofeo que todos sus almirantes deseaban ganar.

Pero el San Martín era un galeón de seiscientos cincuenta toneles de arqueo que tenía, en algunas partes de su casco, hasta siete forros. A pesar de que los ingleses hacían pasada tras pasada a su alrededor, relevándose en el tiro, lanzando una andanada y

separándose de él mientras recargaban y buscaban una nueva posición; de que el galeón tenía que dividir su fuego entre tantos enemigos que sus piezas se recalentaban y no podían mantener el ritmo frenético de los primeros momentos; de que la agujereada arboladura le restaba movilidad y su casco había recibido tantos cañonazos que calafates, buzos y carpinteros no daban abasto para taponarlos, ni los marineros en las bombas para achicar el agua que entraba en la bodega; y a pesar de que la munición y la pólvora comenzaban a escasear, y las bajas y el cansancio acumulado hacían mella en los hombres, la capitana real, auxiliada por una nao y otro galeón, resistió durante horas el intensísimo ataque hasta que, pasado el mediodía, los ingleses, incapaces de abatirlo y también ellos averiados, abandonaron el asedio y se retiraron en busca de presas más asequibles.

El San Martín y sus acompañantes, libres al fin del enjambre que los había estado acosando, aprovecharon para moverse a lo largo de la línea de contención, a la que, maniobrando contra el viento y la corriente, se habían ido sumando otras unidades de la armada, el galeón San Cristóbal, el San Juan el Menor y el San Francisco de Florencia, las naos La Rata Encoronada, Regazona y San Juan de Sicilia, la urca San Salvador y algunas embarcaciones menores, reforzando con su presencia aquel escudo contra el que la flota inglesa estaba lanzando todo su potencial.

Mientras, el resto de la armada seguía tratando de reorganizar la formación, resistir el ataque de la división del almirante Seymour y evitar encallar en los bajos de Flandes, adonde el viento, aliado aquel día con los ingleses, lo empujaba con terquedad.

En La Rata Encoronada, que combatía en manifiesta inferioridad, Pedro Ariztimuño luchaba con el resto de escopeteros de la escuadra en la que había sido encuadrado. Después de uno de los disparos, cuando iba a recargar la cazoleta con el cañón muy caliente, el frasco de la pólvora se incendió y le estalló delante, provocándole fuertes quemaduras en la cara, en el cuello y en una de las manos. Lo llevaron a la enfermería y el médico se dio prisa en aplicarle ungüento en la piel afectada, pero perdió la visión del ojo derecho.

Parrita y Sancho Crespo hacían lo propio en la Regazona, que sostuvo un duro combate con hasta seis naves de la escuadra del

almirante Seymour. Al alegre Sancho Crespo, en lo más recio de la batalla, lo alcanzó una bala en el cuello. Parrita, al verlo caído, se lo echó a los hombros y lo transportó a la enfermería, pero su amigo se desangró antes de que pudiera ser atendido. Parrita dejó el cadáver al cuidado de un paje, volvió a su puesto y continuó peleando con la misma energía que antes.

También el joven soldado Tiago Queiroz, el primo de Branca, que por no tener arcabuz había sido encuadrado en el trozo contra incendios, tuvo harto trabajo aquel día y se esforzó, con gran peligro de su vida, en apagar con baldes de agua y arena los fuegos que las alcancías de aceite provocaban sobre cubierta. Aunque se movía deprisa y tenía la precaución de agacharse todo lo que podía, en una de las carreras fue alcanzado en el brazo por el virote de una ballesta. Un roce superficial que no entrañaba gravedad y que, tras ser costurado por el cirujano, le permitió reintegrarse a su puesto y aguantar hasta el final de la jornada.

En el galeoncete Augusta, que, pese a su pequeño tamaño, también entró en combate con unidades de Seymour, Bruno Maciel servía de artillero en una culebrina bastarda que disparaba balas de catorce libras. No obstante su probada vileza, se fajó toda la mañana con bravura junto al resto de la dotación hasta que una bala de hierro colado le segó una pierna. La rápida intervención de uno de sus camaradas, que le hizo un torniquete con la soga de su calzón, le salvó la vida.

Pasado el mediodía comenzó a llover, una llovizna fina y fría traída por un viento fresco del noroeste que picó la mar y obligó a tomar rizos en las velas. Después de seis horas, la batalla proseguía, aunque con menos intensidad. El gasto en pólvora y munición, las bajas y el agotamiento de las dotaciones por tantas horas de combate ininterrumpido hacían imposible mantener el frenético ritmo de la mañana. Los ingleses atacaban los puntos de la línea española donde apreciaban más debilidad, o a los barcos más aislados, pero no con el ímpetu de antes. También ellos habían recibido un serio castigo. El cañoneo tan cercano y las rociadas de la escopetería les habían provocado más daños que en los días precedentes, y guardaban las distancias, acometían con menos arrojo o incluso reculaban.

Mediada la tarde fue repelida la división del almirante Seymour

y las nuevas unidades españolas que se incorporaban desde la segunda línea hacían más improbable un triunfo inglés. La oportunidad de destruir el núcleo duro de la Gran Armada se había perdido.

2
A BORDO DEL GALEÓN SAN FELIPE

El galeón San Felipe se mantuvo durante toda la mañana y parte de la tarde en lo más reñido de la batalla. Había formado, junto al San Mateo y la María Juana, una pequeña agrupación que se enfrentó a los barcos más potentes de la columna del lord almirante Howard, incluido el Ark Royal.

Sobre la hora tercia, el castigo que estaban recibiendo era tan demoledor que no habrían conseguido salir adelante de no ser por el oportuno socorro del San Martín y de otros dos galeones. Tras un durísimo cañoneo, consiguieron entre todos hacer retroceder al enemigo.

Pero en el San Felipe viajaba un hombre que no estaba satisfecho con lo que hasta entonces se había realizado, y propuso cargar por sorpresa contra una división de la retaguardia inglesa y destruir varios navíos. Se trataba de Francisco de Toledo, maestre del tercio de Flandes, que se había embarcado en el galeón con varias de sus compañías. Al capitán y al piloto del San Felipe la idea les pareció un disparate que se negaron a secundar. No sólo porque suponía meterse de cabeza en un avispero al que nadie los había invitado, sino porque el galeón estaba tan tocado y desparejado, tan torpe para la maniobra, que difícilmente conseguirían acercarse siquiera a su objetivo. Pero el maestre insistió y, arropado por sus oficiales de guerra, obligó a ceder al capitán.

Arrancó el San Felipe hacia la retaguardia inglesa, pero, como había previsto el capitán, pronto quedó envuelto por varios bajeles gruesos de Howard y Seymour. El San Mateo y la María Juana siguieron su estela, como habían estado haciendo todo el día, pero aquel combate, metidos entre las líneas enemigas, resultó mucho más duro que los anteriores.

El San Felipe era uno de los galeones más recios de la escuadra

de Portugal. Con quinientos toneles de arqueo, alto de bordas, artillado con cuarenta piezas de bronce y de hierro distribuidas en tres cubiertas y guarnecido por más de trescientos hombres, se defendía con fiereza de la acometida a corta distancia de hasta dieciséis bajeles, que lo sometieron a un castigo tremendo. Su casco era un coladero por donde el agua comenzaba a entrar a salmas, la jarcia, una maraña de cabos y escotas, y el velamen, pingajos de lona que colgaban de los palos. La tripulación, menguada por las bajas y exhausta por todo un día de lucha, apenas alcanzaba a marinar el barco, los artilleros debían dejar descansar los recalentados cañones antes de hacer uso de ellos de nuevo, a los carpinteros les faltaban efectivos y materiales para cerrar las vías de agua y los hombres se derrengaban en las palancas de las bombas de achique, sin fuerzas para accionarlas, pese a que los relevos eran cada vez más cortos. Sólo los soldados continuaban tirando desde todas las posiciones. Disparaban sus espingardas, limpiaban las ánimas, volvían a cargarlas, a apuntar, a hacer fuego. Y vuelta a empezar, sin ritmo ni cadencia. Los tubos de los cañones les quemaban las manos, el humo de los disparos los cegaba, la munición se les acababa.

Cuando subieron a bordo la noche anterior, a Gabriel y Mahagüini los interrogó el cabo de guardia, a quien el primero explicó lo que les había sucedido. El cabo, más convencido por las heridas que exhibía Gabriel que por el relato en sí, los puso en manos de Luis de Vargas, un joven oficial, hijo del caballerizo mayor del rey, que los encuadró en su trozo de arcabuceros y les proporcionó unas armas con sus avíos y unas cueras gruesas para que se protegieran el pecho. Apostados en el combés, tuvieron harto trabajo durante la batalla, como todos los demás.

Bajo el fuego enemigo las amistades se forjan deprisa; así, después de varias horas de constante pelea, los dos corsarios bromeaban con sus compañeros de trozo como si se conocieran de toda la vida, y ayudaban a los heridos y se condolían por los caídos. Al arcabuz de Mahagüini se le rompió la palanca del gatillo y lo cambió por un mosquete abandonado, su arma preferida. Aunque era más pesado que el arcabuz, su bala podía penetrar el acero de una coraza. Con él hizo gala de tan excelente puntería que los soldados más próximos se apresuraron a felicitarlo. Uno de ellos, de

nombre Gaspar Maldonado, que se tenía por buen tirador, lo retó a que derribara más enemigos que él durante aquella jornada, pero Mahagüini declinó el envite.

—Cuídese voacé de que no le acierten y con eso quedaremos los dos contentos —le respondió.

Gabriel conocía bien el carácter de su amigo, poco dado a las florituras, y le hizo gracia aquella respuesta, aunque no tuviera muchos motivos para la risa, pues el cirujano del galeón le había echado un vistazo a la herida que le ocasionara Morley y se la había restregado con un unto tan fuerte que la mano le ardía como si se la hubieran cauterizado con un hierro candente.

A pesar de las bromas, el combate arreciaba por momentos. Era tan grande la superioridad enemiga y tan nutrido su fuego que la vida de todos estaba en la picota. La lluvia de hierro y metralla los iba diezmando, y los soldados que vitorearon al maestre Toledo cuando los condujo de nuevo a la batalla ya no se alegraban tanto. Balas de cuarenta libras, tiradas con muy buena pólvora, impactaban en el casco, en las bordas y castillos, atravesaban mamparas y pañoles y se llevaban por delante piernas, brazos y cabezas. A un barco enemigo lo relevaba otro en el castigo. Algunos, viéndolos tan quebrantados, se les aproximaban tanto que conseguían lanzarles alcancías cuyo contenido se desparramaba por cubierta y daba lugar a pequeños incendios que el trozo auxiliar no daba abasto para sofocar.

Un cañonazo tronchó el mastelero del trinquete, que, al caer, rompió parte de la borda del castillo de proa y aplastó a dos arcabuceros. Poco después, una bala de palanqueta le segó el brazo a otro soldado mientras apuntaba con su espingarda. Mahagüini se encontraba dos pasos más allá, pero apenas pestañeó.

Los españoles respondían al fuego enemigo con el temple de soldados veteranos y la entereza de quienes no tienen nada que perder. Y su eficacia era tal que los ingleses, pese a su abrumadora superioridad, no se atrevían a lanzarse al abordaje.

Gabriel había tirado más de cien arcabuzazos y tenía el hombro embotado por el retroceso, duro como una coz. La mano herida estaba muy hinchada y cada vez le costaba más sujetar el guardamanos del arma. El frasco con pólvora gruesa para cargar el cañón estaba casi vacío y las balas que le quedaban se las había

cogido a un compañero caído. Tras uno de los disparos, al arcabuz se le zafó la mecha del serpentín que la sostenía y Gabriel se apartó unos pasos para arreglar el desperfecto. Apoyado en uno de los cabrestantes, se dio cuenta de que estaba completamente empapado. La lluvia, aunque menuda, poco a poco calaba. El mar, más movido que por la mañana, hacía que el galeón arfara y se balanceara con fuerza, lo que dificultaba su labor. Mas al fin consiguió encajar la mecha en la pinza que había al extremo del serpentín. Cargó el cañón con pólvora gruesa, metió la bala y el taco, atacó con la baqueta, cebó la cazoleta con pólvora fina, cerró la cobija, para evitar que se mojase, y avivó la mecha soplando sobre ella. Se enderezó y alzó la vista. Justo enfrente, a distancia de voz, estaba un galeón algo menor que el San Felipe. En su alcázar de popa, parapetados tras la batayola, se agrupaban muchos hombres. Por las troneras de su banda de estribor asomaban las bocas de los cañones, los de la batería baja y los que estaban instalados en las cubiertas superiores. Gabriel dio dos pasos hacia donde sus compañeros combatían, pero no alcanzó a llegar.

Con el rabillo del ojo vio, en la galería del buque enemigo, el resplandor de un cañonazo. Parte de la metralla se incrustó en la borda del San Felipe y levantó una lluvia de astillas de la regala, pero el resto atravesó el empalletado y alcanzó a Gabriel, que apenas tuvo tiempo de protegerse el costado con el brazo derecho y girar el torso. Al instante sintió que una fuerza poderosa lo levantaba del suelo y lo empujaba hacia atrás, que cincuenta, que cien puños de hierro golpeaban su pecho y que un aliento cálido y picante, con olor a pólvora, lo envolvía. Había perdido la verticalidad. Ya no veía la borda del buque inglés, ni a sus compañeros, ni el mar gris verdoso algo arbolado, ni sus crestas blancas, ni un horizonte cuajado de navíos, truenos y fuegos, sino la arboladura casi destrozada del San Felipe, una vela sucia, flameando al viento, y un cielo gris y ominoso. Entonces llegó el dolor. Un dolor candente, profundo y agudísimo, como si una legión de gusanos le estuvieran royendo las entrañas. El cielo se tornó púrpura, anaranjado y luego amarillo. Gabriel parpadeó repetidas veces. Quiso pasarse una mano por los ojos, pero la mano no respondía. En su lugar, un relámpago lacerante le atravesó el cuerpo. El cielo se tornó negro, mil preguntas enmarañadas

taladraron su cabeza, mil pensamientos incomprensibles, llamó a Isabel, pero vio el rostro fugaz de su amada y, por fin, el vacío más absoluto.

3
A LA DERIVA

Cuando Mahagüini vio cómo la metralla abatía a Gabriel, dejó con cuidado el mosquete sobre la tablazón del combés y se acercó a él. Tenía ensangrentados el pecho, los hombros y uno de los brazos. Le cogió la muñeca, que no tenía pulso, y a continuación la cara, por debajo de la quijada, la agitó varias veces y lo llamó sin obtener ninguna respuesta. Tenía los ojos abiertos, las pupilas volteadas hacia un lado y fijas. Aun así, se lo echó a hombros y lo trasladó a la enfermería, que se hallaba en el entrepuente, un lugar poco recomendable, escaso de luz y lleno del humo de los cañones. A instancias de uno de los ayudantes del cirujano lo acostó junto a otros heridos que esperaban su turno. El medio indio los observó. Algunos estaban inconscientes y semejaban costales de grano antes que personas, otros gemían y se retorcían de dolor y unos pocos se mantenían por su propio pie. El cirujano había dispuesto la mesa de operaciones bajo una de las escotillas y estaba más ensangrentado que los hombres a los que atendía. Tras él, en un rincón del entrepuente, dos pajes embutían los cadáveres en sacos, los acompañaban con balas de piedra, los cerraban con un pedazo de cuerda y los apilaban en un montón aparte.

Mahagüini se aproximó al cirujano y le pidió que le echara un ojo a su amigo. El hombre, delgado y calvo, dueño de un bigote grande y gris y de una perilla del mismo color, alzó la vista del doliente al que atendía y movió la cabeza hacia la hilera de heridos.

—Cuando le toque —dijo con un jadeo. Tenía la cara roja por el esfuerzo de colocar un hueso en su sitio.

—Cuando voacé desee —respondió Mahagüini—, pero si no le habéis sacado al menos cinco libras de metralla cuando regrese, lo pagaréis caro.

El cirujano dirigió una incisiva mirada al hombre seco, alto y hierático que lo acababa de amenazar. No era el primero que lo

hacía, pero los solemnes eran los peores. Mahagüini se dio cuenta de que el cirujano había comprendido lo que tenía que comprender, subió al combés por la resbaladiza escala, cogió su mosquete y se reincorporó al combate.

—¿Ha muerto tu amigo? —le preguntó Maldonado.

—Creo que no.

Más que mediada la tarde, los ingleses, que, pese al destrozo del galeón, seguían sin atreverse a abordarlo, lo dieron por perdido y lo abandonaron a su suerte. El San Felipe había recibido tantos cañonazos que parecía una topera y amenazaba con naufragar. Las cuadernas y las tracas del forro, además de perforadas, estaban descuajaringadas por la acción de la propia artillería, las bombas no conseguían achicar el agua que entraba, los carpinteros no alcanzaban a taponar todos los agujeros ni había buzos suficientes para clavar por fuera planchas de plomo.

Desde la cubierta del San Felipe se veían borrosas las siluetas de otros buques amigos y enemigos y, más nítidas, las del San Mateo y la María Juana. El primero no estaba en mejor situación que ellos, y derivaba lentamente hacia el este. La segunda, que se había llevado la peor parte, se hallaba sin gobierno a media milla de distancia, desarbolada y escorada hacia la banda de babor.

La lluvia no cesaba.

El mar sacudía con fuerza los costados del galeón y la corriente lo empujaba hacia la costa. El capitán y su piloto se esforzaban en dirigirlo más allá de los bajíos, pero la tripulación estaba muy mermada y era difícil de gobernar. En tan crítica situación, el capitán mandó un batel en procura de auxilio.

A la tarde gris la sucedió un crepúsculo triste. Lanzaron al mar los cuerpos de ciento trece hombres acompañados por el redoble fúnebre de dos tambores. Mahagüini regresó a la enfermería y comprobó que el cirujano había atendido a Gabriel. Le había sacado hasta veinte trozos de hierro, había cauterizado las heridas con pólvora y había cosido las más grandes, pero dentro del cuerpo quedaba aún una miríada de astillas menores.

Gabriel seguía inconsciente, con los ojos cerrados, y su amigo lo dejó reposar al cuidado de los enfermeros.

—Si no es por la cuera, ahora sería cadáver —le dijo uno de ellos.

El crepúsculo de agosto era largo y aún había luz cuando una nave se les acercó. Se trataba de la Doncella, una urca de mediano tamaño que se atravesó al mar a distancia de voz, y al momento comenzó el trasbordo de tripulantes en las barcas y bateles de ambos navíos. Las olas, muy movidas, complicaban la labor. Había que descolgarse desde el combés hasta la barquichuela de turno, cruzar el agitado espacio que separaba al galeón de la urca, subir a bordo de esta y regresar a por otra tanda. Y a todo esto, los barqueros debían andarse con grandes cuidados y procurar que una ola infortunada no estrellara su embarcación contra el costado de alguno de los navíos. La gente, que durante el combate había demostrado sobrado valor, ahora se agolpaba en la borda del San Felipe, temerosa de que se fuera a pique, y empujaba y veía sólo por la propia salvación. Y por más que gritaran los barqueros e intentaran controlar la sobrecarga, en algunos viajes se subieron tantos hombres que el agua se colaba adentro.

Después de haber barqueado a más de cien hombres todavía había un buen número por evacuar, pero nadie se acordó de los heridos. Mahagüini, que había pensado sacar a Gabriel cuando el desorden se calmara, viendo aquella anarquía cambió de opinión. Bajó al entrepuente, que estaba casi en tinieblas, y lo llamó por su nombre y luego por su apodo, sin obtener respuesta, de modo que volvió arriba, se hizo con una tea y con ella en la mano lo buscó entre los yacentes. Cuando dio con él lo alzó en vilo, lo subió al combés y lo acostó con cuidado sobre las tablas. Aunque el medio indio no había pretendido ser ejemplo para nadie, otros hombres, al ver su acción, lo imitaron y fueron a sacar más heridos.

De pronto, uno de los barqueros dijo que la Doncella estaba sobrecargada y a punto de zozobrar. La noticia dio lugar a más desbarajuste. Algunos, que ya estaban bajando hacia los bateles, se regresaron. Otros hicieron lo contrario, y, dado que no querían quedarse a bordo del galeón, saltaron al agua para alcanzar a nado la urca. El maestre Toledo gritó que él permanecería a bordo hasta que se hubiera salvado el último hombre. El capitán, un tal Juan Poza, y varios principales lo secundaron. Nuevamente cundió el pánico, nadie estaba seguro de lo que hacer y el trasbordo quedó interrumpido. Se veía aún un resto de claridad en el cielo, seguía lloviznando y la Doncella, lejos de naufragar, dio popa al viento y

se alejó.

Mientras tanto, sin nadie que lo gobernara, el San Felipe seguía derivando hacia sudeste. Algunos soldados comenzaron a fabricar balsas sin darse cuenta de que, amarrados a la borda, había dos bateles que se balanceaban entre las olas, chocando sin control contra el costado del buque. Si nadie lo remediaba, acabarían haciéndose astillas. Entre la lluvia apareció la silueta de otro buque del que nadie supo decir si era amigo o enemigo. Se hallaba a tres o cuatro cables de distancia y se dirigía hacia ellos. Un marinero apostó por que se trataba de una nao cantábrica y otro dijo que era un galeón inglés. Al poco se vio que era la Asunción, de la escuadra de Castilla. Aún había a bordo sobre cuarenta gentes, la mitad heridos, y el maestre de campo pidió calma.

—No tardará en llegar hasta nosotros.

Pero la mar seguía arbolada y la noche se les echaba encima.

Gaspar Maldonado se acercó a Mahagüini y le dijo que varios camaradas habían decidido arriesgarse en uno de los bateles.

—Un marinero al que le tengo confianza nos ha dicho que la costa está muy próxima y que podrá llevarnos hasta ella. Somos siete. Venid con nosotros si os place, señor Martínez.

—Me place. Y a mi amigo también.

El mosquetero vio que su amigo estaba inconsciente, pero asintió, y Mahagüini cogió a Gabriel y se sumó al grupo, que esperaba junto al portalón del combés.

—¿A dónde van vuesas mercedes? —les preguntó el capitán Luis de Vargas.

—Ese batel se va a reventar, capitán —respondió Maldonado, y le explicó lo que pretendían.

—Mejor aguarden que nos trasborden a la Asunción.

—Mejor que no.

El capitán se encogió de hombros y el grupo comenzó a descolgarse por la escala. Mahagüini fue el último. El peso muerto de Gabriel casi le hizo caer al agua, pero con un esfuerzo titánico logró llevarlo indemne hasta la pequeña embarcación, que ya tenía rotas algunas tablas de la borda. El marinero la apartó del costado con un remo y se hizo cargo de la boga.

Los hombres, al principio, mantuvieron un silencio sombrío. El agua no era su elemento. Las olas zarandeaban la barca como si

fuera una tablilla diminuta y ridícula. Una cresta la levantaba y al punto caía en una sima. Una ola la barría y dejaba dentro una pipa de agua, otra la golpeaba y amenazaba con volcarla. Un soldado, mal agarrado, cayó al agua y costó Dios y ayuda subirlo de nuevo. El cielo estaba cerrado. No había luna ni estrellas ni referencias a la vista, y a los soldados les pareció que iban a la deriva, sin rumbo claro ni destino.

—No se apuren, señores soldados —los calmó el marinero—, que la tierra queda a mis espaldas. En dos horas estaremos en la playa.

—Apuesto dos pesos de plata a que serán al menos tres —dijo un soldado.

—Y yo apuesto por que serán cuatro —apuntó otro.

—Tú qué vas a apostar, si no tienes más que deudas… —Maldonado le dio una palmada y se rio con fuerza. Aquella broma rompió el silencio.

Los hombres seguían temerosos de aquel mar oscuro y luctuoso, pero trataban de disimularlo con pláticas y fanfarronadas. Recordaban las acciones de aquel día, y de los precedentes, la fiereza de los combates, la puntería y precisión de cada uno y el valor demostrado. Si este decía haber matado a cinco, ese presumía de haber alcanzado a siete y aquel a doce. Al cabo, ellos solos le habían causado más bajas al enemigo que el resto de la armada.

Mahagüini se entretenía escuchándolos, y callaba. Tenía a Gabriel entre las piernas, con la cabeza apoyada en el regazo. Al cabo de una hora relevó al marinero, al que se veía agotado. Bogó durante otra hora, pero la tierra no aparecía, y cedió de nuevo los remos al marinero. Estaban todos empapados y ateridos. El viento soplaba del nordeste, frío. De repente escuchó un quejido.

—¿Gabriel?

Gabriel no contestó. Pasó otra hora, y otra más. Gabriel volvió a quejarse y dijo algunas palabras inconexas. Deliraba. También empezó a removerse. Las heridas debían de resultarle muy dolorosas.

—Ya estamos cerca —avisó el marinero. La negrura era absoluta.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Maldonado.

—Por el ruido de las olas batiendo sobre la costa —respondió el

marinero.

—A mí los ruidos del agua me parecen todos iguales.

—Pues no lo son —dijo Mahagüini—. La playa está ahí mismo.

Tenían razón, pero la arribada era lo más peligroso. Con la oscuridad resultaba imposible adivinar qué tipo de playa sería aquella.

—¿Y si hay rompientes? —preguntó un soldado.

—Las costas de Flandes son arenosas. Ya sería mala suerte dar en ellas.

La mención de la mala suerte hizo callar a los hombres, pero sus temores eran infundados, porque al cabo de un rato tocaron en una playa extensa y muy tendida. Los hombres saltaron del batel con el agua por la cintura y lo arrastraron hasta la arena, allí cayeron en hinojos para dar gracias al Altísimo por haberlos salvado.

—No canten victoria vuesas mercedes —dijo el marinero—. Aún no sabemos dónde hemos venido a parar.

Pero los soldados estaban agotados y apenas le hicieron caso. Sólo deseaban tumbarse y descansar de la larguísima jornada. Habían combatido desde el amanecer, pasado la noche en la barquichuela y tiritado de frío, y también de miedo, aunque ninguno lo reconocería jamás. El cuerpo les pedía una tregua.

Unas horas después, cuando la claridad del alba permitió apreciar las cosas y los contornos, Mahagüini se alejó por la playa. Tardó un rato en regresar, pero traía buenas noticias.

—Estamos a pocas millas de Dunquerque —dijo con sencillez. Sin esperar que nadie organizase el grupo ni lo acompañara, levantó a Gabriel, que abrió unos ojos febriles e idos, le metió el hombro bajo el brazo menos lacerado y lo arrastró hacia Dunquerque.

Los soldados, al verlo tan decidido, hicieron un esfuerzo de voluntad y siguieron sus pasos. El marinero observó el esquife unos momentos, valorando la opción de continuar en él, mas luego movió la cabeza, cogió uno de los remos y marchó junto a los demás. Gaspar Maldonado se situó al otro lado de Gabriel y encajó el hombro izquierdo en su axila derecha. El herido soltó un lamento.

—Vuestro amigo está para el arrastre —comentó, mientras sonreía con desgana—. ¿Vale la pena hacerlo sufrir más?

—En Dunquerque tiene amigos. Que muera al menos entre los

suyos.

A lo lejos se perfilaban las altas torres de la villa.

4
Mar del Norte

Los combates habían cesado por completo. La Gran Armada había conseguido recomponer la formación y, en el tramo final de la batalla, la línea de contención había sumado hasta cuarenta navíos. Los ingleses se habían retirado a lamerse sus propias heridas y su flota formaba un grueso pelotón a barlovento.

En el San Martín, Medina Sidonia y sus asesores evaluaban la situación. Se hallaban en algún lugar frente a la costa flamenca, entre Dunquerque y Ostende, donde los rebeldes tenían desplegado medio centenar de filibotes. El duque quería conocer el estado de cada barco, el daño recibido, las bajas habidas y las necesidades más urgentes. Duarte le pasó los informes que tenía a Diego Flores, que, con otros que había ido juntando, le dio las novedades al duque. La galeaza San Lorenzo se había perdido en Calais, una decena de navíos habían recibido mucho castigo y necesitaban reparaciones urgentes en el casco y la arboladura. El propio San Martín había quedado muy tocado tras los durísimos combates que sostuvo. Pero los más maltratados habían sido el San Felipe, el San Mateo y la nao María Juana, en especial esta última, que estaba a punto de irse a pique.

—Han pedido buzos para taponar las vías de agua y socorro para sus dotaciones —concluyó Diego Flores.

—De los buzos no podemos desprendernos —advirtió el capitán Marolín de Juan—, que los tres que hay trabajan a destajo.

Don Alonso ordenó que se cediera al menos uno y que se enviaran avisos a los navíos más próximos para que los socorrieran. A medida que se acercaba la noche iban llegando noticias más precisas de los diferentes barcos. Los que más se habían empeñado en la batalla pedían pólvora y munición. También se necesitaban anclas, para sustituir a las que se habían cortado la noche anterior. En muchos navíos se estaban cambiando las agujereadas velas por otras de respeto. Habían fallecido entre seiscientos y setecientos

hombres, pero había muchos heridos graves.

Por la noche se supo que la María Juana se había hundido con mucha gente a bordo, pues la mala mar había impedido el rescate de toda la dotación. Y que el San Felipe y el San Mateo se alejaban hacia Ostende y Flesinga y se los daba por perdidos.

Pero no había tiempo para lamentaciones. El nordeste, que había arreciado, empujaba a la armada hacia la costa flamenca, y muchos barcos tenían demasiado dañadas las arboladuras para ceñir con solvencia. Los pilotos advertían al duque del grave peligro en que se hallaban. La sonda estaba dando profundidades de pocas brazas, y, de mantenerse el viento, encallarían en los bajos de Flandes.

Algunos oficiales le aconsejaron que se embarcara en un patache y se pusiera a salvo en Dunquerque, y otros hablaron de pedir una tregua a los ingleses, pues aún estaban a tiempo, pero el duque no quiso oír hablar de abandono ni de rendición. *«Con la ayuda de Dios, saldremos de esta»*, les dijo, *«pues en su nombre hemos combatido»*.

La noche del ocho al nueve de agosto fue angustiosa. El viento, que no cejaba, los empujaba más y más contra los temibles bancos de arena, y la dura jornada podía acabar en un verdadero desastre. En el San Martín proseguían las reparaciones, aunque la gente estaba muy trabajada por tantas faenas y quebrantos. Se sustituyeron la mayor y el trinquete, se renovó parte de la jarcia y los buzos porfiaron hasta conseguir taponar con planchas de plomo y estopa los agujeros en la obra viva.

Los frailes de la armada no cesaban en sus rezos. Cantaban salmos y alzaban plegarias al Creador para que los sacara del trance. Muchos hombres, nobles y plebeyos, hicieron promesas de ofrendas y sacrificios por la salvación de la empresa.

Mas por la mañana la situación seguía sin mejorar. Tanto era así que la flota inglesa optó por mantenerse a la expectativa. ¿Para qué enzarzarse en una nueva y peligrosa refriega si la naturaleza podía encargarse del trabajo? Pero debió de ser tan grande el fervor de los rezos y rogativas de los españoles que al fin el Todopoderoso se compadeció de ellos e hizo que el viento rolara al tercer cuadrante y los alejara del peligro.

Por la tarde, más serenos los ánimos, recuperada la formación y

con los ingleses a media legua por poniente, Medina Sidonia convocó un consejo de guerra en su galeón. Primero detalló el estado general de la armada, con los mejores bajeles muy trabajados y gran carencia de munición y otras cosas, y después les planteó a los maestres y almirantes presentes las dos opciones que a su entender tenían: intentar de nuevo entrar en Calais o poner rumbo al norte y regresar a España.

El voto fue unánime a favor de la primera alternativa. Debían volver sobre sus pasos, tratar de enlazar con Alejandro de Farnesio y culminar la empresa, aunque hubo algunos matices.

—Siempre que el duque de Parma se mueva deprisa —dijo Francisco de Bobadilla.

—Y que el tiempo dé lugar a hacerlo —añadió Diego Flores.

Sin embargo, el mismo viento que evitó que la armada encallara en los bancos de Flandes entorpecía ahora su retorno al canal de la Mancha, y toda la tarde se fue en dar bordadas para ganar el oeste, ciñendo hasta cuatro cuartas, pero fueron vanos los esfuerzos. El viento los empujaba hacia el mar del Norte.

La mañana del siguiente día se reunió otra vez el consejo para debatir el mismo asunto.

—Hay carencia de muchas cosas necesarias para navegar y pelear, además de estar desaparejados los navíos que más se destacaron —explicó Diego Flores—. Nadie podía imaginarse que en el cruce del canal se fueran a dar tantos y tan incómodos combates, ni que los ingleses pelearían de lejos, sin venir a las manos, ni que el encuentro con el duque de Parma habría de demorarse, pero así ha sido, y por tales causas estamos ahora escasos de pólvora y munición.

—El duque de Parma no nos ha proporcionado los pilotos y filibotes que prometió —dijo Francisco de Bobadilla, maestre de campo general. Era Bobadilla un hombre de experiencia y valor probados, pero desconfiaba de Alejandro de Farnesio—. Ni demuestra intención de apresurar el encuentro con la armada, como si la jornada de Inglaterra no fuera con él.

—Sus motivos tendrá —lo disculpó Medida Sidonia, pero con la boca chica.

—Apunte vuestra excelencia que la flota enemiga tiene fácil recargar los suministros y cada nuevo día aumenta en efectivos, en

tanto nosotros los vamos perdiendo —indicó Marolín de Juan.

—Yo cuento hoy menos velas que ayer, señor De Juan, prueba de que les hemos hecho daño. —Alonso de Leyva señaló con la mano hacia donde estaba la flota inglesa.

—Tienen más y mejor pólvora, y nos superan en el combate a distancia —añadió Diego Flores.

—Y nosotros, en pelear borda a borda, que no hay mejores escopeteros que estos —se defendió Alonso de Leyva.

—Pero, al no querer ellos venirse a las manos, de poco nos sirven los escopeteros —le refutó Diego Flores, y cansado de prolongar una plática que sabía ganada prosiguió con más altanería —: Y basta ya de gastar saliva, mis señores, que, dado que el tiempo no permite arrumbar a Calais, lo que cumple hacer es emprender presto el regreso a España.

—Si no cambia hoy, lo hará mañana, o pasado —intervino Recalde, que hasta entonces se había mantenido silencioso—, pues el viento ha estado muy variable estos días, sin afirmarse de un rumbo ni del otro.

—Las más de las veces ha soplado de oeste, señor almirante —alegó Diego Flores—, póngase vuesa merced como se ponga.

Los dos hombres se miraron con inquina. Había en el cielo un nublado alto, con algunos claros azules, y el viento soplaba templado. Pidió entonces Medina Sidonia a los demás hombres que tomaran la palabra y manifestaran su opinión. Y eso hicieron, pronunciándose los más por regresar a España rodeando las islas británicas. Aquel brusco cambio en los pareceres sorprendió a Recalde, que porfió en sus razones.

—Insisto en que permanezcamos en este paraje hasta que el viento sea favorable para retornar al fondeadero de Calais. Mirad que en un momento vamos a tirar por la borda dos años de preparativos y varios millones de ducados.

Dijo aquello el almirante general con los ojos puestos en el duque, su superior, mas este agachó la cara, se mesó la barbita y se mostró pensativo.

—Yo estoy con el señor Recalde por que volvamos al canal y allí ejecutemos lo que nuestro rey nos ordenó, o muramos en el intento —dijo entonces Alonso de Leyva por creer a propósito el momento para apoyar a Recalde y mover el ánimo del duque. Y Diego Flores,

que percibió también las dudas de don Alonso, se apresuró a intervenir.

—No es tiempo de bizarrías, sino de hacer lo que mejor conviene al servicio de Su Majestad —dijo, y dio un paso adelante, se afirmó en las piernas y alzó el tono—: Si el enemigo nos da batalla durante la espera que proponen vuesas mercedes, ¿de dónde sacaremos las municiones? ¿Y con qué barcos les haremos rostro, pues que los mejores están tan perjudicados?

—Ni la munición es tan escasa, ni los buques están tan dañados ni el duque de Parma nos ha pedido tanto tiempo —objetó Recalde —. Al margen de que también los ingleses han derrochado mucha munición y aguantado lo suyo.

—¿Me ponéis por mentiroso?

—Ea, ea, señores, qué modales son esos. No tolero asperezas en mi presencia —intervino Medina Sidonia, acalorado por la disputa y por su propia indecisión. Deseaba fervientemente finalizar la misión que el rey le había encomendado, pero la batalla de Gravelinas le había dado la medida de las propias limitaciones. Era consciente de que se movían por el filo de la navaja, y de que, por más cuidados que tomaran, los vientos, las corrientes o los bajíos podían causarles más daños que la flota enemiga. Y por ello temía que la empresa, tan bien llevada hasta entonces, se fuera luego al traste y el baldón del fracaso pesara eternamente sobre su honor y el de los Pérez de Guzmán. Y fue este último razonamiento el que inclinó el fiel de la balanza.

—Ya he escuchado las opiniones de vuestras mercedes —prosiguió el duque con voz harto grave, masticando cada palabra—, pero sobre mis hombros ha depositado Su Majestad la carga del mando. Y puesto que la mayoría está por volver a España, eso será lo que haremos.

Se alegraron los más de los semblantes, se escucharon algunos suspiros, otros se mantuvieron serios, sabedores sus dueños de la relevancia de aquella decisión, y otros, en fin, se mostraron decepcionados.

—¿Y piensan vuestras mercedes que la vuelta por el norte será un camino de rosas? —dijo de pronto Juan Martínez de Recalde—. Algunos habéis alegado que las naves están estropeadas y desarboladas para continuar el combate —el almirante señalaba a

Diego Flores y a Marolín de Juan—, pero ¿acaso no lo están también para dar una vuelta de ochocientas leguas alrededor de estas islas? Habéis dicho que nos falta pólvora y munición para mantenernos en este paraje y luchar contra los ingleses; pero, por Cristo, ¿quién os asegura que no nos seguirán los ingleses por la mar del Norte, ni nos darán batalla mañana? ¡Ah!, qué sabrán estos generales de tierra adentro de aquellos mares, ¿los habéis navegado? Mohíno me tiene tanta falta de valor y tan grande confusión.

Y dicho tal, diose la vuelta e hizo ademán de abandonar el consejo.

—Señor Recalde, ¿a dónde creéis que vais? —le gritó el duque.

—De vuelta al San Juan, a pelear y morir como bueno.

Y aunque el duque por dos veces lo intimó a retornar, y hasta lo amenazó con someterlo a juicio sumarísimo, Recalde no le hizo caso.

—Mándeme vuestra excelencia balas —le dijo a modo de despedida—, que esto todavía no se ha acabado.

Como se había acordado, la Gran Armada, con los barcos que restaban, puso rumbo al norte aquella misma mañana del diez de agosto, empujada por un sudoeste fuerte. Manteniendo la formación de marcha, con los buques mejores y más enteros en la retaguardia, la armada avanzó deprisa y sobrepasó el estuario del Támesis con la flota enemiga siguiendo aguas a una legua.

Por la tarde aflojó el viento y los ingleses, viendo que algunos navíos quedaban más rezagados, se aproximaron para darles caza. Pero Medina Sidonia ordenó amainar velas y dispuso que el San Martín y otros doce bajeles apoyaran a la retaguardia, formando entre todos una nutrida barrera. La maniobra frenó en seco a los ingleses, que se pusieron al pairo y rehusaron el combate.

No obstante el buen resultado de la maniobra, al duque le irritó el comportamiento de algunos capitanes que no habían hecho caso de los cañonazos del San Martín y, en lugar de ocupar sus puestos, habían proseguido la derrota. Medina Sidonia, que no iba a permitir que nadie ignorase sus órdenes, formó proceso sumario contra una veintena de oficiales de los barcos implicados, que alegaron que, por navegar más adelantados, no habían escuchado los tales cañonazos. Pero el duque se mostró inflexible. La mayoría fueron

destituidos y puestos bajo arresto y unos pocos, condenados a pena de vida. Sólo la intercesión de algunos notables logró que don Alonso accediera a dejar la ejecución de las penas en suspenso, hasta que se regresara a España. Todas, excepto una, la del capitán de la urca Santa Bárbara, un Cristóbal de Ávila que fue ahorcado en la verga de un patache, a la vista de toda la armada.

Sobre aquel incidente se soltaron las lenguas con opiniones diversas e incluso contrapuestas, desde aplausos hasta acerbas críticas. En todo caso, ningún navío volvió a desoír los avisos de San Martín.

El día siguiente fue un calco del anterior. Cuando al lord almirante Howard le pareció oportuno, mandó cargar sobre la retaguardia de la Gran Armada, que detuvo la marcha y le hizo rostro. Entonces los ingleses se pusieron en facha sin llegar a trabar combate. Por la tarde Howard repitió la maniobra con idéntico resultado.

El duque, previendo que el enemigo proseguiría con la misma táctica, formó durante la noche una línea muy potente en retaguardia, con todos los galeones y naos gruesas que tenía disponibles. Al amanecer, la flota inglesa arrancó con muchas ganas de entablar nueva batalla, pero al encontrarse a la armada española tan bien dispuesta y ordenada, lascó vela y se retiró. Aquel fue el último día que vieron a los ingleses, porque a la altura del Frith of Forth, en la frontera con Escocia, viraron en redondo y abandonaron la persecución.

Durante la navegación por el mar del Norte habían rehusado pelear con la Gran Armada hasta en cuatro ocasiones.

XXVI

1
Dunquerque

Gabriel abrió los ojos con dificultad. Los párpados le pesaban como doblones de oro. Por las estrechas rendijas abiertas pudo ver una claridad amortiguada y difusa, sin contornos definidos. No hacía ni calor ni frío, no había ruido alguno y el aire estaba quieto e impregnado de un olor desagradable. Le resultó extraño. Era la primera vez en semanas que no soplaba el viento. Estaba tumbado y lo envolvía el dolor, un dolor enorme e inconcreto que se aguzaba con cada inspiración y espiración. La luz, a su derecha, parecía un poco más brillante. Trató de girar la cabeza hacia ese lado, pero sintió un agudo alfilerazo y perdió el conocimiento.

Tiempo después, cuando recuperó el sentido, la luz había menguado. Consiguió volver el cuello hacia el otro lado y ver una aureola anaranjada flotando en la oscuridad. Oyó un frufrú cercano. El aire se movió despacio, como el caldo espeso en una marmita, la luz tembló y una sombra la ocultó durante un instante. Allí había una persona a la que no alcanzaba a distinguir. Crujió una madera, goteó el agua y un frescor inesperado se posó sobre su frente. Olía a jabón. Una voz le hablaba con palabras inconexas que era incapaz de comprender. A continuación, unas manos le tocaron el pecho, un roce agradable que pronto se convirtió en un martirio feroz, lleno de dientes afilados. La conciencia le iba y le venía y le costaba trabajo distinguir entre los sueños y aquella realidad neblinosa. Un momento tiritaba de frío y al siguiente se abrasaba. Un cañonazo atronador retumbaba dentro de su cabeza y permanecía allí, rebotando contra sus paredes y licuándole la sesera, y otro cañonazo, y otro, cada uno de un color, pero todos brillantes, cegadores. Veía rostros con expresiones grotescas y deformes, y las calaveras descarnadas de hombres muertos, ahora navegaba en un

barco, ahora en una balsa endeble cuyos maderos se pudrían y empapaban, su cuerpo supuraba un líquido transparente y apestoso que inundaba la balsa y lo ahogaba sin remedio. Y de nuevo la voz, y las manos, y el dolor, y otra voz más ronca, y el llanto de una criatura, un llanto estridente, desesperado, agónico, y una pesadilla pavorosa que le hizo temblar de espanto, y llorar y gritar. Luego se hundió en un sueño profundo, vacío y silencioso.

Cuando despertó, un sol muy amarillo entraba por los postigos abiertos de una pequeña ventana. Hacía fresco y olía a tierra mojada. Se hallaba en una habitación cuadrada, de paredes blancas y techo de madera. Sobre una cómoda reposaban un candelabro de bronce, un libro de pastas gruesas y una escudilla vacía con una cuchara de metal. La cama donde yacía era alta, con sábanas blancas y una manta de alegres colores. A su lado había una silla en la que se arrellanaba el cuerpo enteco de Pascual Laiseca.

—Por fin vuelves en ti, Gabriel. —Laiseca exhibía una sonrisa franca.

A Gabriel le sorprendió la claridad con que veía, escuchaba y lo percibía todo.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?

—Estás en Dunquerque, en la casa del señor Agea —le explicó su amigo—. Fuiste herido durante la batalla, naufragasteis y Mahagüini te trajo hasta aquí. El señor Agea puso su casa y su médico a tu disposición. Has estado entre la vida y la muerte más de una semana y por fin hoy has recuperado la conciencia.

—Por Dios, ¿tanto tiempo?

—Tanto.

Gabriel trató de sentarse en la cama y recostar la espalda sobre la pared. Le faltaban las fuerzas y cualquier movimiento le provocaba dolor, aunque no el dolor insoportable de los días anteriores. Llevaba puesto una especie de camisón de dormir de tela gruesa que le cubría los brazos hasta las muñecas. Recordó el instante en el que recibió el cañonazo y se palpó el pecho con cuidado.

—Tenías unas cuantas libras de metralla dentro, el pecho y el brazo izquierdo más agujereados que un queso holandés —dijo Laiseca—. El cirujano del barco te extrajo lo más grueso y el doctor Cornelis algo más, pero con las esquirlas que te quedan tendrás que

convivir para los restos.

—¿Y Mahagüini? —Gabriel cambió de conversación. Ya evaluaría su estado cuando se lavara el cuerpo.

—Con Boucher, en la taberna. Agea le ofreció alojamiento, pero prefirió El Gran Caimán.

—¿Y los barcos?

—La zabra está en el puerto, con Vermeulen, pero la fragata la embargó Farnesio para apoyar el cruce del canal.

El canal, la armada, la guerra, la Speedwell. Qué lejano le parecía ahora todo aquello. Aun así, preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a la Gran Armada?

—Nada de nada. Después del combate frente a Gravelinas, arrumbó al norte y no ha vuelto a saberse de ella, aunque cada cual especula lo que se le antoja: que se ha refugiado en Escocia, que regresa a España o que intentará un desembarco en Irlanda. Los ingleses tampoco deben de saberlo, porque su flota, después de perseguir a la Gran Armada durante unos días, puso proa al sur y ahora está frente a las costas de Kent.

—¿Y Farnesio?

—El mismo día de la batalla comenzó el embarque de sus tropas en la flotilla de chatas que había juntado al efecto, pero en vista de lo ocurrido ha vuelto a desembarcarlas y mantiene el ejército acuartelado, a la expectativa de lo que pueda suceder.

—Habrá que recuperar la fragata.

—No será fácil.

Gabriel calló. Tenía muchas cosas en las que pensar. Sus barcos, sus amigos, las tripulaciones, Trenton e Isabel, Isabel y Trenton, su búsqueda, su venganza y su futuro. Pero antes tenía que recuperar las fuerzas y hablar con Agea y… descansar, porque si pensaba más de la cuenta, le estallaría la cabeza.

—No me has preguntado por ella —comentó Pascual Laiseca.

—¿Por Eva Falk? Se fue a Wismar el invierno pasado. ¿Es que ha vuelto?

—Creo que sigue en el Báltico, como muchos comerciantes del Hansa. Pero no me refería a ella, sino a tu mujer.

—¿Marcia?

—¿Tienes otra? ¿Quién crees que te ha estado cuidando todos estos días? ¿El doctor Cornelis? Cobra una fortuna por cada visita.

Tu esposa ha estado sentada aquí, en esta misma silla, de día y de noche, y no ha permitido que nadie la relevara.

Gabriel volvió a callar. Unas lágrimas inoportunas e incomprensibles se agolparon en sus ojos y hubo de parpadear repetidas veces para evitar que se derramaran. Carraspeó.

—¿Dónde está? —Con esfuerzo logró que la voz no le temblase.

—Descansando. Cuando tu mejoría fue evidente se retiró a su habitación. Lleva durmiendo desde ayer.

—Pero ¿qué hace aquí? ¿Cómo ha llegado?

—La segunda pregunta es fácil de responder: vino de Londres en la zabra, hace dos semanas, con Vermeulen. El señor Agea se puso en contacto con Boucher y conmigo. Necesitaba un barco ligero capaz de despistar al enemigo, burlar el bloqueo y traer de Londres a unas personas cuya vida peligraba. Ofrecía un pago generoso, y, bueno, ya conoces a Boucher: aunque no hubiera maravedíes de por medio, lo habría intentado. Estimamos más seguro enviar a Vermeulen, y cambiarle el nombre a la zabra, por si acaso nos detenían los rebeldes, o los ingleses, y no estuvo mal pensado, porque fue precisamente lo que ocurrió. Aun así, la Jolanda, es decir, la Atrevida, consiguió regresar a Dunquerque con dos mujeres a bordo. Una de ellas era Marcia Henriques, tu esposa, que se había metido en ciertos líos, al parecer muy comprometidos, y debía poner agua de por medio. Pero no me preguntes cuáles, porque desconozco los detalles.

Gabriel intentaba encajar, en medio de su asombro, la historia que le acababa de contar Laiseca: Agea, Vermeulen, Marcia, Londres, problemas. En realidad, no debería sorprenderse demasiado conociendo a Marcia, pero era todo tan inesperado y él estaba tan débil, tan desorientado que el extraño rompecabezas superaba sus posibilidades.

—Has hablado de dos mujeres —dijo al fin.

—Creía que no ibas a preguntarlo nunca.

—¿Se trata de otro acertijo?

—No, pero a esa mujer también la conoces.

Gabriel se rascó la cabeza. La luz que se colaba por la ventana menguaba deprisa. Debía de estar atardeciendo.

—¿Y puedo saber quién es?

—Todo a su debido tiempo, Gabriel. Ella se encuentra muy

débil, lo cual es lógico, porque hace unos días que dio a luz a un varón gordo, blanco y con el pelo amarillo.

—¡Ah!, esos son los llantos que escuchaba en mis sueños.

—Tú quizá los escucharas en sueños, pero puedo asegurarte que son muy reales. Ese niño tiene los pulmones de un pregonero. Se llama Santiago y es tu sobrino.

—¿Mi… sobrino?

—Sí, el hijo de tu hermana.

—¡Isabel! —Gabriel quiso levantarse, pero cayó al suelo y la negrura volvió a apoderarse de él.

Se despertó de noche. La casa estaba silenciosa y la habitación a oscuras, si no era por la claridad lunar que penetraba por la ventana. Alguien se había llevado la escudilla vacía. Se levantó con cuidado y logró sentarse en el borde de la cama sin sufrir un desmayo. Enfrente estaba la puerta cerrada, y más allá, en algún lugar de la casa de Fortún Agea, dormían tranquilamente Marcia e Isabel. Sintió deseos de salir y buscarlas, pero al momento lo descartó. Era una idea demasiado descabellada, incluso para él. En su lugar se levantó el camisón y observó las heridas que tenía en el pecho, costurones de distintos tamaños, escaras irregulares, postemas supurantes y un piélago de pequeñas erosiones, oscuras, abultadas y punzantes. El brazo derecho no estaba mejor, al menos hasta el codo. Recordó vagamente el terrible cañonazo que atravesó el empalletado de colchones y petates, y la lluvia de metralla y astillas. Se enfundó la ropa con cuidado, pues cualquier roce con la piel magullada le dolía, buscó el orinal bajo la cama y vació la vejiga.

Estuvo varias horas despierto, meditando sobre su hermana, recuperada cuando menos lo esperaba. Isabel con un hijo, el hijo de Trenton, del hombre que le dejó escapar. Pero Isabel sola, sin Trenton. El cansancio lo invadía, un cansancio placentero y doloroso. Isabel. Isabel, al final de su camino. Su mente sólo formulaba preguntas. Preguntas y más preguntas, un sinfín de ellas que se resumían en realidad en una sola: ¿cómo? ¿Cómo era posible? ¿Cómo diablos había dejado a Trenton, había salido de Portsmouth, había conocido a Marcia? ¿Cómo?

Ah, Marcia. Con sólo pronunciar su nombre sentía una excitación extraña y dulce, durante largo tiempo olvidada. Al

principio, cuando supo de su marcha, quiso desterrarla de su pensamiento con tozuda determinación; se había ido, era pasado, menos que eso, aunque algunos recuerdos se colaban a traición por las junturas de sus defensas. Y le hacían daño. Después, con el tiempo, que todo lo suaviza, que todo lo enfría, que despoja a las cosas del carácter absoluto que les confiere la exaltación del presente, se dio cuenta de lo absurdo de su arrebato y volvió a pensar en ella, pero de una manera vaga y abstracta, intermitente, a recordar sin rabia los buenos ratos, con nostalgia, como algo pasado y hermoso, pero perdido. Sin embargo, ahora estaba al otro lado de aquella puerta, viva, real. Anhelaba verla y oírla, pero al mismo tiempo temía que llegara ese momento. ¿Qué diría? ¿Qué pensaría de él? ¿Lo odiaría? O, peor aún, ¿le sería indiferente? ¿Quedaría algún rescoldo del antiguo fuego?

Y su pensamiento naufragó en aquel océano de incógnitas e interrogantes, incapaz de hallar las respuestas, y acabó por dormirse arrullado por el estridente canto de los gallos y los ladridos de los perros, por el olor a mar y a salitre, a humedad, a estiércol, a pasto, a agua estancada, por el romper de las olas en la playa, el rumor del viento, un mugido lejano, voces apagadas.

2
DUNQUERQUE

Isabel terminó de darle el pecho a su hijo, lo dejó acostado sobre el lecho, cubierto con una manta de lana, observó a Marcia, que dormía profundamente en la cama contigua, y salió para ver a su hermano. Para verlo consciente. Gabriel había recobrado el conocimiento la tarde anterior durante un rato y aquella mañana don Pascual le había dicho que ya estaba despierto. Bajó las escaleras de madera de la casa del señor Agea, una casa bonita, grande y acogedora, una más que sumar a la lista de casas en las que había vivido en los últimos meses. Su corazón latía desbocado.

La puerta de la habitación donde reposaba Gabriel estaba entreabierta; puso las yemas de los dedos sobre ella y la empujó con suavidad. Laiseca se levantó presto de la silla, al lado del lecho, y salió a su encuentro.

—Pasad, señora —le dijo.

—¿Cómo está?

—Cada vez más entero. Vuestro hermano es un prodigio de fortaleza. Un cañonazo de metralla habría acabado con cualquier mortal, pero él desafía las leyes humanas.

Isabel penetró en la habitación con paso decidido, se acercó a la cama y lo llamó por su nombre.

—Gabriel.

Gabriel abrió los ojos y vio una silueta inclinada sobre él. Le costó enfocar la vista y más le costó reconocer en aquella mujer a su hermana Isabel. No era la jovencita que había partido de Veracruz ocho años atrás. El rostro, los rasgos, eran los mismos, tan conocidos y a la vez diferentes, pero había arrugas que antes no existían, profundas, y un rictus amargo en la boca. Aquellos ojos que lo miraban con tanto sentimiento eran los de una mujer hecha, sufrida y sabia que había perdido para siempre la inocencia de la juventud. Gabriel sintió una punzada de nostalgia, que desechó al punto. No era momento para la añoranza, sino para la alegría.

Isabel le cogió las manos, las apretó con delicadeza y, sin desprenderse de ellas, se sentó en la silla que había ocupado Laiseca. Fue a hablar, pero los ojos se le anegaron de lágrimas y no pudo hacerlo.

—Gabriel —volvió a decir con voz quebrada. Soltó una de las manos y se pasó la manga por los ojos, se sorbió la nariz y trató en vano de hablar. La emoción que la embargaba era tan profunda que había dejado de ser dueña de su propio cuerpo. Sólo sus ojos podían hablar por ella, volcando el alma en la mirada. Le parecía increíble tener delante a su hermano, vivo. Claro que había estado a su lado algunos ratos cuando se debatía entre la vida y la muerte, relevando a Marcia, pocos para lo que habría querido, porque su hijo le robaba el tiempo y la reciente maternidad la había vuelto muy sensible, pero aquel instante era distinto por completo de los anteriores. Ya no se trataba de un cuerpo lacerado y gemebundo, una masa de carne y pellejo sin aliento ni conocimiento, sino de un ser consciente que la oía y la miraba, y al que podía sentir y hablar.

—No imaginas cuánto me alegro de verte, hermana. —La mirada de Gabriel resbaló desde su rostro hasta sus brazos y sus manos—. Doy gracias al Altísimo por concederme la merced de este

momento tan ansiado, tan buscado.

—Lo sé, Gabriel, lo sé —alcanzó a decir Isabel, recuperada el habla—. Sé que removiste cielo y tierra para dar conmigo, que nunca abandonaste la esperanza de encontrarme, sé de los peligros que has arrostrado y los sacrificios que has hecho. Marcia me puso al tanto de ello, pero también me gustará oírlo de tu boca.

—En eso me llevas ventaja, pues yo apenas conozco tu historia, ni las penalidades que has debido de pasar.

Una sombra cruzó el rostro de Isabel.

—Una historia triste.

—Con final feliz. No puede haber mucha pesadumbre con ese pequeño berreador que se ha estado colando en mis pesadillas.

—Cierto —reconoció Isabel con una sonrisa luminosa—. ¿Sabes ya de su existencia?

—Ajá.

—¿Don Pascual te lo ha contado?

—Sí, don Pascual —respondió Gabriel, que no pudo evitar reírse al oír llamar así a Laiseca, y la risa le provocó tos, y la tos, dolor—. Pero ya sabía de tu preñez —añadió—. Trenton me lo dijo.

—¿Has visto a John? —La noticia la dejó sorprendida y confusa. Desde que se fue de Saint James había conseguido olvidarse un poco de Trenton, tomar distancia, pero de repente el espejismo se esfumó. Y Gabriel se dio cuenta.

—He navegado con él —dijo con voz serena.

—Dios bendito. ¿Cómo? ¿Qué? —Su sorpresa iba en aumento. ¿Acaso habían luchado, acaso…? Pero la voz de su hermano se anticipó a sus preguntas.

—Estaba vivo cuando lo dejé. Pero de eso ya hablaremos otro día, Isabel. Ahora quiero conocer a mi sobrino.

Isabel respiró aliviada con aquella propuesta. Ya habría tiempo para hablar de su marido, para pensar en él, para decidir.

—El canalla duerme como un lirón, después de haberme dado la noche.

—Santiago, ¿no?

—Como nuestro padre.

Isabel se quedó un rato al lado de su hermano, contenta dentro de las circunstancias, tratando de no pensar mucho en el pasado, ni en el futuro, de no hacer planes, charlando animadamente con él,

como si el tiempo no hubiera transcurrido, ni hubiera caído en manos de los piratas, ni su padre hubiera muerto, ni hubiera conocido a John, ni a los Gardiner, ni su vida se hubiera precipitado al vacío y roto en pedazos, como si acabaran de salir de Veracruz, hasta que el cansancio venció a Gabriel, se le apagó la voz y cayó dormido.

3
DUNQUERQUE

Marcia estaba agotada. Había velado a Gabriel durante días siguiendo las indicaciones del señor Cornelis, lo había oído gemir y gritar, delirar, lo había visto arder con un fuego tan intenso que casi le quemaba la mano y apagarse hasta casi desaparecer. Sin embargo, todo aquel dolor la había dejado, en un principio, indiferente. Peor aún. Lejos de mover su piedad, había despertado en ella una alegría extraña, con sabor a venganza.

Después de su larga separación, de los años pasados en Inglaterra, en la corte del Prior, de Zarco, y Joao y Fátima, y de Geraldo, después de haber recompuesto su vida, después de Dobson y de Isabel, creía estar preparada para afrontar a Gabriel con serenidad, con distancia, con confianza, como se trata a un amigo, pero se equivocaba. A aquel hombre lo llevaba tatuado con tinta indeleble. No en la piel clara y suave que cada día veía y lavaba y acariciaba, vieja compañera de camino, sino más dentro, en la carne roja y palpitante, invisible desde fuera, pero no por ello menos real, tan arraigado, tan profundo que no podría borrarlo ni arrancarlo sin dolor.

El viaje a Flandes le había bastado para darse cuenta de ello, y para enterarse de la existencia de otra mujer. Todavía le quemaba en el alma la expresión de extrañeza e incredulidad de Vermeulen cuando le dijo quién era. *«¿Su… esposa?»*, le había preguntado el marino. Esa pausa, esa pequeña pausa, y la duda que vio en sus ojos. ¡Ay, Dios!, nunca se había sentido tan humillada, tan furiosa, furiosa como la loba con la que en su día la comparara el señor Dobson, y resentida, y traicionada.

Pero, después, la rabia se esfumó.

Una de las noches, la tercera o la cuarta, luego de una pesadilla truculenta y agitada, de removerse entre las sábanas y sudar como si estuviera en una sauna, Gabriel entró en un sopor profundo, una quietud inusitada lo embargó, el rostro tomó el color y la consistencia de la cera, los ojos se hundieron más en sus cuencas y la respiración desapareció. Marcia creyó que había muerto. Acercó el oído a su boca sin escuchar la respiración. Apoyó la oreja en el pecho, aun a riesgo de hacerle daño, pero no oyó ningún latido. Todo estaba quieto y silencioso. Las llamas de las velas, inmóviles y estiradas, llenaban la habitación de sombras espesas y resaltaban el color amarillento de la piel de Gabriel. Y de repente se sintió íngrima, desamparada, terriblemente sola. Un nudo en la garganta le impedía tragar, respirar, y una congoja inmensa le apretaba las entrañas y le arrugaba el corazón. Se le saltaron las lágrimas que había estado conteniendo durante tantas horas y lloró con un llanto callado y triste. Las lágrimas se derramaban de sus ojos con el raudal de una fuente, rodaban por sus mejillas, le entraban en la boca, dejándole un regusto salado, o resbalaban hasta el mentón y goteaban sobre su vestido. Gabriel, muerto. Un hombre tan lleno de fuerza, de vitalidad. Era una idea tan absurda, tan inconcebible que no podía asumirla por verdadera. La muerte y él parecían entidades antagónicas e inmiscibles.

Horas después volvió a sentir su respiración y se dio cuenta de que no podía seguir odiándolo. El horror de aquellas terribles heridas, el pecho lacerado, casi en carne viva, las llagas supurantes, había allí demasiado dolor y sufrimiento, y ella no podía sumar más, porque no estaría bien, ni sería cristiano, ni justo, pero sobre todo porque hacerlo aumentaría también su propio dolor y su infortunio.

Además, estaban las historias. Cada uno le contó la suya, a su manera. Boucher, Laiseca, Vermeulen, Agea, y hasta el silencioso Mahagüini. Todos estuvieron a su lado durante la larga vigilia y le hablaron de él, de la desgracia de perder su nao, la captura en Flesinga, la transformación en corsario, en contrabandista, de los riesgos que había tomado para buscar a su hermana, para vengarla. Y en aquellas historias Marcia halló al viejo Gabriel, al de siempre, el mismo
l’Avide

que sobrevivió al cautiverio y la barbarie de los piratas, que se enfrentó al capitán Sackfield en medio de una batalla, que en Terceira la rescató de las garras de Da Silva, que no le prometió nada, el mismo hombre del que se enamoró perdidamente, por el que dejó su patria y su familia. El hombre con el que se casó y que ahora, contra todo pronóstico, había regresado del reino de las tinieblas.

Isabel entró en la habitación, se acercó a su cama y acarició al pequeñín, que dormía lo que no había dormido durante la noche. Marcia le había visto aquel gesto varias veces, pero nunca con tanto amor. Luego se giró hacia ella con la cara resplandeciente y le habló del rato que había pasado con su hermano, aunque sin agobiarla. Isabel era una mujer sensible e intuitiva, que sabía entender los estados de ánimo y las penas del corazón.

—¿No vas a verlo? —le dijo con sencillez.

—Desde luego. Tendré que hacerle la cura —respondió Marcia.

Isabel apoyó la mano en su antebrazo y la miró con una enigmática sonrisa en los labios.

—Claro —dijo.

Le tocaba a ella. Era su turno, como cuando esperaba la confesión en la iglesia de la Misericordia, en Angra, pero no estaba preparada aún. Una cosa era atender a un enfermo delirante e ido y otra muy distinta, enfrentarse con ese mismo enfermo consciente y despierto. Y demoró todo el día en visitarlo, haciendo cosas que requerían poca concentración, mullir la lana del colchón, colocar las sábanas y la manta, ir a la cocina para interesarse por el almuerzo, salir al huerto a recoger unas verduras, lavar unas enaguas y uno de sus vestidos, sin atender a las protestas de la criada de Fortún Agea, y lavarse ella misma el cuerpo, por partes, con unos baldes de agua que sacó del pozo.

Después de almorzar, se arregló el pelo y salió afuera. Quería comprar una cinta a juego con el color de su pelo. Todavía se notaba en Dunquerque el ajetreo de la batalla. En las calles había grupos de soldados, alguaciles armados, piquetes de guardias. Un escuadrón de caballería pasó junto a ella al galope corto, las capas de los jinetes ondeaban al viento, las bestias piafaban y desprendían pequeños terrones con sus cascos. El puerto estaba lleno de bajeles de todos los tamaños. Más allá, mar adentro, la flota de Justino de

Nassau continuaba bloqueando la costa para evitar que el duque de Parma cruzara el estrecho. El mercado estaba muy activo, a pesar de la hora, y Marcia estuvo rebuscando entre los puestos hasta que halló no una, sino tres cintas que le gustaron y un pañuelito de Holanda bordado y rematado con borlas.

De vuelta a casa se levantó un viento fuerte que le desordenó el cabello, y tuvo que peinárselo de nuevo, lo que también le tomó su tiempo, y probarse varias veces las cintas delante del espejo hasta decidirse por la de color añil. Entonces bajó las escaleras y se encaminó a la habitación de Gabriel, que no estaba solo. Lo acompañaba el doctor Cornelis.

—Ah, madame, pasad, pasad. —Cornelis hablaba un francés tan puro y claro que no le costaba ningún trabajo entenderlo—. Acabo de reconocer al señor Del Puerto y estoy muy sorprendido de su mejoría. He puesto toda mi ciencia a su servicio, pero aun así resulta milagrosa. La mayoría de heridas casi están cerradas y las más grandes apenas supuran.

Gabriel estaba sentado en la cama, recostado en un par de almohadones y con el torso desnudo. Tenía el pecho y los brazos fuertes y bien musculados del hombre acostumbrado al trabajo duro. El vello castaño y sedoso formaba una especie de cruz que bajaba hasta el ombligo y la piel estaba llena de heridas y laceraciones más alargadas que redondas, como si la metralla la hubiera barrido al sesgo, de derecha a izquierda. Algunas las había cogido el señor Cornelis con dos o tres puntos.

Mientras el médico hablaba, Gabriel la miraba en silencio, con una sonrisa agradable en los labios. Marcia se alegró de la presencia de Cornelis, pese a su tediosa pedantería, pues le hacía más fácil de sobrellevar el encuentro. Después de examinar el pecho y el brazo derecho de Gabriel, le hizo darse la vuelta para hacer lo propio con la espalda, ya que la zona del omóplato también había sido alcanzada por la metralla. Al finalizar su labor, el médico se incorporó, se estiró el extremo de la ropilla y dio algunas indicaciones.

—Este hombre necesita reposo, mucho reposo. Pese a haber vencido la fiebre pútrida que le provocó la infección de las heridas, aún está muy débil. —Cornelis se dirigía sólo a Marcia, como si el enfermo no estuviera presente, ni pudiera oírlo ni entenderlo—.

Seguid lavándolo con agua y jabón y aplicándole la pomada de árnica que os dejé. Que coma, pero no demasiado. Al menos al principio: no podemos cebarlo de golpe como a un capón de engorde. —El doctor Cornelis soltó una risita a cuenta de su propia broma—. Y que evite hacer esfuerzos. Esas heridas están demasiado frescas y podrían abrirse. Y eso es todo, señora. ¿Tenéis alguna duda que pueda aclararos? —Se trataba de una pregunta retórica, porque prosiguió hablando sin hacer ninguna pausa—. Volveré el próximo viernes, a menos que empeore, Dios no lo permita. Ah, y procurad que la habitación se ventile, pues los humores de las llagas aún ofenden al olfato.

Cornelis se marchó, dejando tras de sí un olor a aceite de lavanda y a sudor, y Marcia se aproximó al borde de la cama con un cuenco en una mano y un paño en la otra.

—Este hombre conoce su profesión —comentó Gabriel mientras observaba con atención sus heridas—. ¿Sabes que he vuelto a hacer de barbero? En un navío de la flota inglesa.

—Lo sé —respondió Marcia, más relajada—. Me lo contó Mahagüini.

—Vaya. Ese renegado tiene lengua.

—Más lengua tienen otros —Marcia mojó el paño en el agua jabonosa que contenía el cuenco y lo aproximó con cuidado al pecho de Gabriel. Su mano temblaba ligeramente. Tenía miedo de hacerle daño, ahora que estaba consciente. Aunque quizá el temblor no se debiera a eso.

Gabriel cerró los ojos y se dejó hacer. Su rostro se contraía en gestos de dolor cuando el paño húmedo le rozaba las llagas más frescas, pero ninguna queja salió de su boca. La herida más delicada se hallaba bajo la tetilla izquierda, grande e irregular como un mordisco. Segregaba, por una esquina, una pus amarillenta y aguanosa. Marcia apretó con los dedos los labios de la llaga para que expulsara todo el contenido y el cuerpo del hombre se contrajo por el dolor. Además de las heridas provocadas por la metralla metálica, tenía la piel salteada por numerosas y diminutas astillas de madera que debían de producirle mucho sufrimiento.

Después de lavar y extender la pomada de árnica en las heridas del torso, Marcia se dedicó al profundo corte de la mano izquierda.

—Esta herida no es de metralla.

—No, esa es cortesía del difunto señor Morley —dijo con una cansada sonrisa. Luego intentó apretar su mano con poco éxito, pero Marcia la mantuvo unos momentos antes de retirarla. Gabriel alzó la mano herida y movió los dedos. Sólo el índice, el pulgar y el corazón respondieron a la orden.

Marcia se levantó de la cama, abrió la ventana, por la que entró una racha de aire, y se allegó hasta la puerta. Allí giró la cabeza para despedirse, pero Gabriel había cerrado nuevamente los ojos. Parecía agotado.

4
DUNQUERQUE

Marcia y Gabriel eran dos seres indómitos acostumbrados a hacer su voluntad y no ceder, y, aunque su reencuentro había comenzado con buen pie, cualquier tropiezo podría hacerlo saltar por los aires.

La mañana siguiente, Marcia fue a verlo para darle el desayuno, pero Gabriel quería tomarlo solo.

—Tengo que aprender a valerme por mí mismo —dijo en tono muy cortés.

Marcia alargó las manos, le entregó la escudilla y se quedó a los pies del lecho, observando cómo metía la cuchara en las gachas y, temblando, se la llevaba a la boca. Tras un buen rato, con mucho esfuerzo, bajando la cabeza casi hasta el plato, consiguió comérselas.

—Muy bien, señor Del Puerto, ha sido toda una proeza —reconoció ella al retirar el servicio.

Aquel fue un día ajetreado para Gabriel, que recibió muchas visitas, empezando por el propio señor Agea. El agente, además de interesarse por la evolución de su huésped, tenía intención de tratar con él asuntos más serios, relacionados con la administración de sus bienes, el decomiso de la fragata y ciertas informaciones reservadas que le interesaban de manera especial, pero lo vio tan lánguido y delicado que prefirió aplazarlos. Ya habría tiempo más adelante. También lo fue a ver Boucher, que lo saludó con una palmada en la espalda que le hizo ver las estrellas, le preguntó por sus aventuras como contrabandista, recluso y marinero y lo puso al tanto de lo

ocurrido en Dunquerque durante su larga ausencia.

—Eva Falk se marchó el invierno pasado —le comentó al final, en tono más confidencial—. Y desde entonces no hemos vuelto a saber nada de ella, ni tampoco de Dewulf.

—Eva Falk —repitió Gabriel. Hacía tiempo que no pensaba en la sueca, y en un instante pasaron por su mente una sucesión de imágenes y recuerdos, pero Eva Falk no era para él, ni él para ella —. Sus motivos tendrán, y poderosos —prosiguió—. Esta guerra en nada beneficia a la Liga Hanseática, que tendrá que buscarse nuevas rutas.

—Ni tampoco a los corsarios —apuntó Boucher—. Con el bloqueo de la flota de Nassau no hay quien se atreva a salir del puerto.

—El bloqueo no durará eternamente.

Mahagüini se allegó con Vermeulen. El primero apenas pronunció palabra y el segundo parecía más interesado por Isabel que por él, y, después de un rato de infructuosa espera, se marchó.

—Tu hermana hace estragos —comentó después Mahagüini.

—Me salvaste la vida —le dijo Gabriel, pero su compañero se encogió de hombros y pronto se largó.

Por la tarde aparecieron Marcia e Isabel, con el pequeño Santiago. Gabriel lo tomó en brazos y lo observó con detenimiento. Era una criatura diminuta y desvalida, con los ojos como botoncitos, incapaces de fijarse en nada. Gabriel creyó ver en él algún rasgo de su padre y de Isabel. El pelillo claro, sin embargo, era de Trenton. Su hermana se mostraba muy fatigada. El parto había sido rápido y sin complicaciones, pero apenas había transcurrido una fracción de la cuarentena y su cuerpo lo resentía.

Cuando la madre y el hijo se fueron, Marcia comenzó con las curas. Hablaron poco, de cosas cotidianas y superficiales, temerosos de entrar en un terreno más resbaladizo. La ajetreada jornada había agotado al enfermo. De vez en cuando, Marcia alzaba la vista y se encontraba con los ojos de Gabriel fijos en ella. Parecía a punto de decirle algo trascendental, pero sólo le sonreía o salía del paso con un comentario ligero. A pesar de la manera tan apacible como transcurría todo, Marcia notaba el ambiente cargado, como cuando se acerca una tormenta. Entre las yemas de sus dedos y la piel de Gabriel fluía un constante cosquilleo.

El enfermo se recuperaba deprisa.

La mañana siguiente fue capaz de levantarse del lecho con la ayuda de Mahagüini, llegar hasta la pila y darse un buen baño. Al verse desnudo por entero se dio cuenta de que parecía un cristo. Contó por encima cincuenta y nueve heridas entre grandes y pequeñas, salvando las de la espalda. Un día después, Gabriel ya pudo hacerse solo parte de sus curas. Marcia lo ayudó con las del hombro y la espalda.

—Pronto no me vas a necesitar —dijo.

—Te voy a necesitar siempre —respondió él.

Marcia se envaró. Un calambre la recorrió desde la cabeza hasta las plantas de los pies, se le erizaron los vellos y sintió un calor repentino. Por la abierta ventana penetraba la fresca brisa marina. En un rincón estaban los zapatos de Gabriel, bien lustrados, aguardando a que sus pies los volvieran a la vida, las puertas de una pequeña alacena llena de sábanas y ropa de cama estaban cerradas con un gancho y una armella, una de las velas del candelabro estaba más gastada que las otras, con chorreones de cera que apuntaban hacia abajo.

Gabriel le había cogido las dos manos.

—¿Y la vikinga? —Marcia no quería preguntar aquello, todavía no, pero las palabras se le escaparon de la boca y no había forma de retirarlas.

—Se llama Eva Falk, y es una buena mujer. El destino nos unió y el destino nos ha separado.

—¿Y también estaba casada?

—Qué más da —respondió Gabriel con un brillo acerado en los ojos—. Es agua pasada.

—¿Yo también lo soy? ¿Agua pasada?

Gabriel le dirigió una mirada extraña.

—¿A qué viene este interrogatorio? Tú te marchaste.

Marcia le soltó las manos. Sentía el rostro rojo y ardiente y una acometividad incapaz de contener. Al fin la tormenta descargaba. Casi lo prefería así.

—¿Qué insinúas? Fui a Oporto, a ver a mis hermanos y a mi madre.

—Podías haber esperado a que regresara. Habríamos ido juntos.

—Me pasé dos años esperándote, señor

l'Avide,
mientras tú te dedicabas a tus viajes y a tu dichosa vikinga. Y te dejé una nota.

—No la leí.

Gabriel estaba sorprendido por la rabia que destilaba Marcia. Qué estúpido había sido. Se había dejado engatusar por sus ojitos tiernos y unas palabras amables, creyó que era posible recomponer lo que se había roto, pero sólo hallaba resentimiento.

—¿Qué clase de reconciliación es esta, Marcia?

—¿Reconciliación? —Marcia se rio en sus barbas y lo miró con los ojos encendidos. ¿Cómo se atrevía a hablarle con esa frescura? —. ¿Creías que iba a volver corriendo a tu lado con sólo chasquear los dedos? Te odio,
l'Avide.

Gabriel movió la cabeza hacia los lados con expresión decepcionada, y eso la enfureció más. Era como si le echase a ella las culpas de lo que estaba ocurriendo. ¿Quién diablos se creía? En aquel momento sólo deseaba hacerle daño.

—He conocido a otro hombre en Inglaterra, un hombre bueno y generoso. He rehecho mi vida allí.

—¿Por eso estás aquí?

—En cuanto pueda regresaré con él.

—Pues que te aproveche.

—Sólo he venido para traerte a tu hermanita.

—Vaya, gracias por el favor. Creí que erais amigas, pero veo que se te ha pegado la hipocresía inglesa.

—Es lo que querías, ¿no? Encontrarla. Por encima de todo, de mí, de nuestra hija.

—¿Cómo puedes ser tan miserable?

La conversación le estaba levantando dolor de cabeza, y echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pero Marcia no dijo nada, ni tampoco se movió. Gabriel abrió los ojos de nuevo y vio que lloraba en silencio.

—Hemos empezado mal —le dijo con suavidad. No quería que aquella conversación terminara así, que se marchara enfurecida—. Hagamos borrón y cuenta nueva, Marcia.

Alargó la mano herida y le acarició, con el envés, la mejilla. Pero ella se la apartó de un manotazo y se marchó de la habitación

a grandes zancadas. El cuenco, el trapo y el ungüento quedaron abandonados sobre la mesilla.

Gabriel suspiró. Quería a Marcia y tenía la esperanza de que ella sintiera lo mismo por él, pero era demasiado orgulloso para decírselo. Se preguntó si en verdad había otro hombre en su vida o se lo había dicho para herirlo. O ambas cosas. Y sintió en las entrañas una punzada áspera y envenenada, más dañina que las heridas. ¡Oh, Dios! ¿Cómo era posible? Pero al poco se calmó y logró domar los incipientes celos. ¿Qué derecho tenía a exigirle nada?

Aquel día Isabel le llevó la cena, pero él no quiso probar bocado. La discusión con Marcia lo había agotado más que una batalla, y apenas hizo más que unas desganadas cucamonas a su sobrino.

—No te preocupes. Ella te quiere —le dijo Isabel, que se percató de que algo había ocurrido entre ellos.

Gabriel estiró hacia abajo las comisuras de la boca, poniendo en duda aquella afirmación.

—¿Y a quién quieres tú?

—Yo estoy hecha un lío —respondió con voz suave—, pero estoy contenta. Te tengo a ti y a mi niño —le acarició la cabecita—, y no tengo prisa.

A continuación, para espantar viejos fantasmas, Isabel le contó cómo había conocido a Marcia y algunas anécdotas del tiempo que habían pasado juntas en Londres. Gabriel, aunque le picaba la curiosidad por saber sobre la familia de Trenton y la abadía, tuvo la delicadeza de no preguntarlo. Ya se lo contaría cuando estuviera preparada. Por otro lado, le extrañó saber que Marcia había tenido tratos en Londres con el señor Zarco. Qué poco la conocía.

—Cuando me recupere iremos a La Coruña. Conocerás a tu tío Sancho, a tu primo Froilán y a sus hermanas. Y después, si quieres, iremos a Veracruz.

—La Coruña está bien, de momento.

5

DUNQUERQUE

Avanzaba agosto. Los días eran más cortos y Gabriel observaba el

atardecer a través de la ventana. Aunque le habría gustado salir de la habitación, se fatigaba con rapidez y las astillas y esquirlas que llevaba dentro le punzaban la carne con cualquier movimiento. Al otro lado de la cerrada puerta los ruidos domésticos fueron remitiendo hasta desaparecer por completo. Cerró la noche y Gabriel continuaba con los ojos abiertos.

Hacía dos días que se había peleado con Marcia. Y aquella discusión, y su ausencia, lo tenían de mal humor, de un humor cambiante que espantaba hasta a sus amigos. Se sentía abatido a veces y a veces animoso, y otras escamado y traidor y hasta ofendido. Andaba como una fiera por la habitación, con pasos cada vez más firmes, daba pequeños paseos por la casa con la ilusión de verla, miraba el ajetreo de la calle a través de las ventanas o se quedaba en el lecho, desganado y abúlico. ¿Quién comprendía el amor?

Había estado tan seguro del de Marcia y tan preocupado por sus propios asuntos que la había descuidado. La había dejado sola tras la frustrada maternidad y, cuando ella se marchó, no se preocupó en averiguar por qué lo había hecho, ni dónde estaba, ni había tratado de buscarla, ni siquiera había leído la dichosa nota. ¿En qué había estado pensando? ¿Qué esperaba después de tanto tiempo? Ella volvería a Inglaterra, con la corte del Prior, con Zarco, con su nuevo hombre o con quien fuera. Y no había más. El desengaño le dolía, pero le había abierto los ojos.

Mas al fin Morfeo se apiadó de él, le tendió los brazos y ya el sueño le doblaba los párpados cuando un ruido inusual lo despabiló y lo puso alerta.

Había alguien en la puerta.

Echó mano a su cintura, instintivamente, pero ningún arma colgaba de ella. La pesada hoja se movió con lentitud desesperante y un resplandor rojizo se coló por la abertura. Aparecieron después una vela, un brazo y una forma indefinida enfundada en un largo camisón.

—¡Marcia! —exclamó.

—Shhh —respondió ella, con un dedo en los labios. Cerró la puerta con sumo cuidado y permaneció allí, con la palmatoria en la mano. La llama de la vela se agitaba y a su luz cambiante el rostro de Marcia adoptaba formas curiosas. El cabello suelto, largo y

ondulado le caía sobre los hombros. Le sentaba bien y estaba muy hermosa. Le recordó a una imagen de la diosa Hestia, una de las más antiguas diosas del Olimpo, protectora del fuego eterno.

Gabriel se incorporó de golpe. Sintió que un centenar de agudos dientecillos se clavaban en su carne y se le escapó un quejido, pero daba igual, aunque hubieran sido un millar, diez millares, habría sido capaz de soportarlos, hipnotizado por aquella visión. Marcia continuaba inmóvil a unos pasos de distancia, y él creyó ver un halo luminoso alrededor de su figura. El aire dejó de moverse y la llama recuperó la verticalidad. Las paredes parecían pintadas por la mano de un fauno y en las rojas baldosas del suelo jugueteaban sombras y luces anaranjadas, rojizas y negras, llenaban sus huecos y resaltaban sus irregularidades. Una carcoma roía con paciencia una viga del techo.

—¿Quieres a esa vikinga? —preguntó con voz suave.

Gabriel tardó un instante en darse cuenta de que aquella aparición hablaba y se había dirigido a él, y otro más en asustarse por lo que se presentaba como una continuación de la pelea de la tarde. Era incapaz de articular una palabra, y negó despacio con la cabeza.

—¿Pero la quisiste?

Volvió a negar. Era cierto. En realidad, no había llegado a amarla.

—Sé que ha habido otras mujeres antes que yo.

—Qué importa el pasado.

—¿Las hubo?

—Algunas —respondió.

En aquel momento no habría podido mentirle ni para salvar la vida.

—¿Y las has amado?

—Solamente a ti.

—No es verdad. Pero da igual.

Ella dio un paso y Gabriel se dio cuenta de que estaba descalza. Tenía las uñas coloreadas de rojo y una ajorca dorada alrededor de un tobillo. Y a pesar de ello, el encanto persistía.

—Nunca he dejado de amarte.

—Qué hermoso si fuera cierto.

—Entonces es hermoso.

—Repítelo.
—Te quiero, Marcia.
—¿Soy la única mujer en tu vida?
—Siempre lo has sido.
—¿Te alegras de haberme hallado?
—Sólo el cielo sabe cuánto.
—¿Eso es todo lo que sabes decir?
—La vida sin ti no vale la pena. Ha sido un páramo gris e insípido, sin horizonte ni guía. Un firmamento sin estrella Polar.
Marcia dio otro paso, inclinó la palmatoria y resbalaron unas gotas de brillante cera que se tornó opaca al caer al suelo.
Gabriel se sentía sumergido en una pesadilla delirante y mágica. Movió los ojos hacia los lados, para constatar que aquel momento era real, que seguía en la habitación, entre sus cuatro paredes, que la cama, las esquinas, el techo, la cómoda, la mesilla, eran los mismos de siempre, que sus zapatos, colocados junto a una esquina, eran sus zapatos y que el aire que se colaba por la ventana era la brisa del mar del Norte.
—¿Qué miras?
—Parece un sueño.
—Es la segunda vez que vengo a por ti —le recordó Marcia—, y no quiero que se convierta en una costumbre.
—La segunda vez que me rescatas.
Ella dejó la palmatoria sobre la mesilla y posó su mano sobre el hombro sano.
—¿Te importa que haya estado con otro hombre?
—Me importaría si lo amaras.
Hasta entonces habían estado hablando de él, y nada arriesgaba sino la verdad, pero ahora era su corazón el que estaba en juego, y tembló como un reo a la espera de la sentencia. Ah, ¿le habría mentido Isabel?
Marcia se sentó en el borde de la cama, interponiéndose entre la luz y los ojos de Gabriel, y el halo anaranjado que rodeaba su cuerpo se acentuó. Ella acercó muy despacio su rostro en sombras y le habló quedo al oído.
—Nadie volverá a dudar cuando diga que soy tu esposa. Necesito saberlo.
—Jamás. Tienes mi palabra.

—Y tú me tienes a mí, tonto. Siempre me has tenido.

—Ah, Hestia, diosa benévola y amable, centro de todo lo sagrado, del hogar, la tierra, la familia y del universo entero, de la permanencia y de la vida.

—¿Hestia? ¿Qué nuevo desatino es este? No soy ninguna divinidad, sino una mujer que se muere por estar contigo, por sentir tu aliento, tu voz, tus caricias, por besar cada una de tus llagas y por purgar cada uno de tus pecados. Me derrito en tus brazos, l'Avide, y me da igual que sufras todos los dolores del infierno esta noche, porque no te dejaré descansar hasta desquitarme del olvido, del desamor, de la distancia y de los días y las noches perdidos.

—¿Dónde habías estado, querida?

—Al alcance de tu voz.

Y Gabriel tiró de ella, la sentó sobre sus piernas, deslizó su camisón y contempló su piel rojiza, no de diosa protectora, sino de mujer carnal, sus pechos, sus caderas, como jamás las había contemplado antes, y besó sus labios y susurró su nombre y le dijo que la amaba en todos los idiomas que conocía y se perdió en sus rincones más sagrados sin atender a las llagas, a los hierros y las astillas y a los costurones que laceraban su piel. Y amó a Marcia, a su Marcia, su mujer, la renacida, la única, la de siempre.

Epílogo

Cómo juega Fortuna con la suerte,
no mostrándose igual ni firme a todos.

Miguel de Cervantes,
Canción nacida de las varias nuevas que han venido de la católica armada que fue sobre Inglaterra

Marcia y Gabriel permanecieron en Dunquerque hasta que el duque de Parma desmovilizó la flotilla que había reunido para pasar el estrecho de Calais y el señor Agea consiguió, con sus gestiones, su buen hacer, sus contactos y no pocas razones redondas y brillantes recuperar la fragata, aunque no lograra un real de compensación por el tiempo que había estado incautada.

Gabriel se sentía con fuerza y confianza para gobernar la Portuguesa y se hicieron a la mar con parte de su antigua tripulación. Sus heridas habían ido cerrándose, pero su pecho continuaba semejando un paraje quebrado y áspero. Con el ambiente bélico más tranquilo, cruzaron sin percance el canal de la Mancha, salieron a mar abierto, donde los azotó la cola de una borrasca del oeste, y tras una docena de movidas singladuras arribaron al recogido puerto de La Coruña, rendidos y almadiados, pero contentos.

Los acompañaban Isabel y Santiaguillo. Isabel tardó un tiempo en aclarar sus sentimientos y encontrar un lugar en el mundo. Pero el cariño y amistad que le demostraban Gabriel y Marcia, la distancia con Inglaterra y todo lo que aquella tierra suponía, el cuidado de su hijo y su renovada libertad fueron infiltrando en su ánimo la decisión de renunciar a John Trenton. En todo caso, no se esforzó por desterrarlo de sus pensamientos. La había amado, la había protegido y era el padre de su hijo.

A lo largo de muchos días, en pequeñas y espaciadas dosis, Gabriel y ella se pusieron al día. Ninguno había tenido una vida fácil, ¿quién la tenía en aquellos tiempos?, y eso robusteció más el vínculo que siempre hubo entre ellos. Gabriel, que había desistido por fin de su venganza, le insinuó en cierta ocasión la posibilidad de solicitar la anulación de su matrimonio, pero Isabel prefirió dejarlo estar.

Los Del Puerto coruñeses formaban una familia extensa que los acogió sin vacilar. A lo largo de muchas veladas al amor del fuego se fueron desgranando las aventuras y desventuras de aquellos hijos pródigos venidos del norte. Gabriel aparcó de momento el oficio de corsario y volvió a integrarse en la sociedad mercantil de sus tíos, se reencontró con su viejo camarada Martín Robledo y se hizo cliente asiduo de su herrería, aunque la mayoría de las veces necesitaran hablar durante horas para encargar una docena de clavos, unos pernos o unos eslabones de cadena. En un viaje comercial llevó a Marcia e Isabel a Sevilla para que conocieran a su otro tío, Antonio, y pasearan por la populosa, impresionante y enloquecedora ciudad desde la que se dirigían los destinos de América. La visita fue, en todo caso, breve, pues Marcia ya estaba embarazada cuando desembarcaron en La Coruña y no quería por ningún motivo perder aquel hijo.

—Si esta vez me dejas sola, te atormentaré hasta el fin de los días —lo amenazó ella.

Y Gabriel la creyó.

Joao y Fátima permanecieron en Londres. El joven agente, que había logrado pasar desapercibido de ingleses y portugueses, continuó prestando valiosos y arriesgados servicios a la Corona. Sin embargo, el paradero del señor Zarco, o Aranda, mercader en telas y cueros, era más difícil de determinar. Mientras unos lo suponían en Londres, otros lo hacían en Flandes o en París. Tal vez todos tuvieran un poco de razón. En todo caso, sus allegados y conocidos nunca consiguieron identificar con claridad la naturaleza de sus negocios. Geraldo, por su parte, no abandonó la causa del Prior do Crato, a quien acompañaría a Portugal en un último intento por recobrar el trono.

Eva Falk hizo caso al consejo que en su día le diera Gabriel y cambió la cubierta de su barco por el almacén que su tía mantenía

en Wismar. Desde allí podía encargarse de sus hijos sin perder de vista el mar y sus empresas. Con las ganancias obtenidas en las campañas corsarias amplió con un nuevo barco la flotilla, una flotilla que el señor Dewulf con mucho gusto capitaneó. Pese a ser Wismar una ciudad populosa y comercial, los chismes y cotilleos corrían en ella con la misma facilidad que en resto del mundo conocido, y no tardó en extenderse el rumor de que patrona y capitán habían contraído secreto matrimonio.

Branca retornó a Lisboa, con su tía Natalia, y ocupó el lugar de su madre en el gremio de regateras. Durante un tiempo echó de menos a Duarte y se mostró desdichada y melancólica, pero el duro trabajo callejero, el trato constante con gentes de todas las condiciones y la admiración que su belleza y desenvoltura levantaban entre los hombres fueron devolviéndole la alegría y alejando la pena. Su mente transformó a Duarte en una imagen idealizada y protectora, un ser más legendario que terrenal con el que podía convivir sin atormentarse.

La flota inglesa, después de virar y abandonar a su suerte a la Gran Armada, siguió en estado de alerta y tomó posiciones entre el estuario del Támesis y el estrecho de Calais. Más de veinte barcos, aparte de los ocho brulotes sacrificados, habían quedado malparados a causa de la batalla de Gravelinas y los encuentros de los días precedentes. Y lo mismo sucedía con las tripulaciones, maltrechas, cansadas y diezmadas por los duros combates, los muchos días de mar, las malas condiciones de salubridad, la falta de alimentos y una epidemia de tifus que se cebó con la flota. Los almirantes y capitanes pidieron a la reina que se diera descanso a las dotaciones, se desembarcase a los heridos y dolientes, que estaban muriendo por centenares, que se enviaran más provisiones para su manutención o que, al menos, se les cancelasen las pagas adeudadas para que los hombres pudieran comprar su propio rancho. Pero la reina Isabel denostó de ellos por haber permitido que los españoles se largaran casi incólumes, desoyó sus solicitudes e hizo publicar un bando prohibiendo bajo pena capital que ningún navío abandonara su puesto, ni nadie se desembarcara ni osara decir relación sobre los daños y perjuicios recibidos en el suceso de la Gran Armada, cuyo potencial combativo permanecía intacto.

Los almirantes, temerosos de la cólera real, cruzaron entre ellos

duras acusaciones, en especial lord Howard y sir Francis Drake. Pero ninguno alardeó de triunfo; al contrario, se habían dado cuenta de que no tenían capacidad para destruir a una armada como la española, potente y bien formada. Sus naves, aunque más veloces y maniobreras, les habían causado daños menores a los galeones y a las grandes naos, excepto en situaciones de extrema superioridad.

Ni siquiera el que la Gran Armada se hubiera alejado hacia el norte servía a nadie de consuelo. Las informaciones sobre su posición e intenciones eran vagas y contradictorias, lo que aumentaba la sensación de inseguridad. Los miembros del consejo privado de la reina tenían opiniones encontradas. Unos suponían que habían entrado en puertos escoceses o escandinavos para reaprovisionarse y hacer las reparaciones más urgentes antes de reemprender las hostilidades, otros pensaban que se dirigía a Irlanda con la intención de hacer un desembarco y provocar una revuelta en la isla contra el dominio inglés, ya que durante mucho tiempo se estimó que aquel era el objetivo principal de los españoles. Y había quienes temían que, con o sin armada, Alejandro de Farnesio intentara una acción por su cuenta. Uno de ellos era Drake, que consideraba al duque de Parma y su ejército el principal peligro en aquellos momentos. En Londres tardaron unas semanas en darse cuenta de que la Gran Armada había rodeado las islas británicas para retornar a España. Sólo entonces se permitió desembarcar a las diezmadas tripulaciones, para beneficio de la hacienda real, pues las muertes a bordo habían sido tan numerosas que consiguieron ahorrar buena parte de la paga general. A los supervivientes se les entregó sólo parte de las soldadas debidas, y a los enfermos, una vez en tierra, se los alojó en inhóspitos graneros, hacinados y sin apenas atención médica. La reina y sus ministros estaban más preocupados por celebrar el fin de la amenaza española que por resolver los problemas de los hombres que tan lealmente les habían servido. La poca atención que recibieron fue a cuenta del bolsillo de sus propios jefes y oficiales o de la caridad de las ciudades donde desembarcaron. Algunos grupos de marineros hambrientos, vestidos con harapos y desesperados, protagonizaron en Londres protestas y algaradas que fueron sofocadas con dureza.

Trenton fue uno de los oficiales que más protestó por el trato

dado a su tripulación, y si se libró de ser detenido y procesado fue gracias a la intercesión de sir Francis Drake, que sentía cierta predilección por aquel capitán. Cuando al fin recibió permiso para desembarcar, se dio prisa en viajar a Saint James para tratar de comprender lo que le había ocurrido a su esposa, aunque ni su madre ni su padrastro arrojaron mayor luz sobre el asunto. Pero Trenton no tenía intención de cejar en el empeño de encontrarla. Si Gabriel del Puerto había sido capaz de buscar a su hermana durante ocho años, él no iba a ser menos. Después de muchas indagaciones estériles, la suerte lo favoreció gracias a un encuentro casual en Londres con su amigo Dobson, que, al conocer lo ocurrido, le entregó la nota que Marcia le había dado en la pensión de Wolf Lane junto con sus disculpas por no habérsela hecho llegar antes, pero el recuerdo de aquella tarde, y de la señora Henriques, todavía conturbaba su ánimo. En la breve nota, Isabel lo ponía al tanto de su inminente partida de Inglaterra en compañía de Marcia, del buen estado de su embarazo y de su intención de regresar a España junto a los suyos. Seguía queriéndolo, pero no podía continuar viviendo en un país y en una casa donde era vista como enemiga. *«¿Y sabéis al menos a dónde iban?»*, le preguntó con cierta rudeza al avergonzado sir Henry. *«A Flandes»*, le respondió este. *«Al menos eso me dijo la señora Henriques»*. La carta de Isabel no cerraba la puerta a la esperanza, pero su propósito de regresar a España convertía su búsqueda en una quimera. Aun así, hizo un intento de acercarse a la corte del Prior do Crato e inquirir sobre el paradero de Marcia Henriques que resultó infructuoso. Aquellos portugueses lo vieron como un inglés tosco y extraño que, antes que despertar su confianza, provocaba sus recelos. Con el corazón destrozado, sin ilusiones ni brújula que guiara su rumbo, volvió los ojos hacia el mar. Sir Francis no tuvo inconveniente en acogerlo y le prometió el mando de un navío de mayor arqueo que la pinaza. A Trenton le daba lo mismo un barco que otro, pero Drake insistió. Pronto la reina iba a necesitar buenos capitanes para una contraofensiva. Los españoles habían osado atacar Inglaterra y su temeridad no quedaría sin respuesta.

Tras dejar atrás a la flota inglesa, la Gran Armada siguió navegando el litoral este de Gran Bretaña empujada por vientos dominantes de componente sur, una derrota que, junto a la falta de

anclas de gran tamaño, les dificultaba enormemente reponer pólvora, munición, víveres y agua. A causa de esas carencias que obligaron a Medina Sidonia a establecer un estricto racionamiento en todas las naves, la travesía de retorno debía realizarse con rapidez y diligencia. Las intenciones del duque, por tanto, eran las de navegar en formación hasta alcanzar el extremo norte de Gran Bretaña, virar al oeste, adentrarse en el Atlántico lo suficiente como para evitar los peligros de la costa occidental irlandesa y hallar los vientos portantes que les permitieran poner rumbo al sur y regresar a la península.

Pero el Altísimo tenía otros planes.

A mediados de agosto, la Gran Armada sobrepasó los cincuenta y nueve grados de latitud norte y cruzó por el pasaje que separa las Orcadas de las Shetland, pero varias singladuras de mar levantada y espesas nieblas fueron fragmentándola y haciéndole perder efectivos. Por más esfuerzos de reagrupación que hicieran los almirantes de las escuadras, el mal tiempo no les daba tregua. Y en el Atlántico abierto empeoró aún más y una sucesión de durísimas tempestades se abatió sobre la armada.

La travesía de regreso fue dramática, llena de miserias y calamidades. Sin la amenaza de la flota inglesa, la formación se perdió por completo y los barcos se fueron disgregando en pequeños grupos de acuerdo con su posición relativa, su capacidad marinera, la valía y experiencia de sus capitanes y pilotos y la necesidad que tuvieran de hacer aguada o avituallamiento. Del cuerpo principal se desgajaron primero una docena de navíos, que después fueron treinta y luego sesenta. Las que más dificultades pasaron fueron las urcas y las naos levantinas, poco preparadas para la navegación oceánica e incapaces de ceñir a menos de ocho cuartas.

Después de numerosas singladuras de ardua navegación, de combatir contra la fortuna y los elementos, el grupo más numeroso de la armada, que había seguido a la capitana real, se hallaba ya a la altura de Finisterre, bien entrado el mes de septiembre, cuando una nueva tempestad lo azotó y empujó hacia el litoral cantábrico. Así, desperdigadas, con las dotaciones enfermas y menguadas, algunas haciendo mucha agua, otras agujeradas por los cañonazos recibidos y la mayoría de ellas necesitadas de jarcia y aparejos, las

naves fueron arribando a los puertos de Santander, Laredo, Castro Urdiales, San Sebastián y Pasajes.

El San Martín, luego de varios días de correr el temporal, entró con grandísimas dificultades en Laredo. El duque de Medina Sidonia, enfermo de calenturas, con dolores y achaques por todo el cuerpo y con el ánimo muy abatido, se dio prisa en desembarcar y, en cuanto pisó tierra, pidió permiso al rey para marchar sin demora a su casa en Sanlúcar de Barrameda, a pesar de que su ausencia causaría un transitorio vacío de poder. A los caballeros que lo acompañaban les confesó su turbación, porque habían partido en nombre de Dios al rescate de la fe y la religión verdaderas, pero el Altísimo les había vuelto la espalda.

Durante el resto de septiembre y las primeras semanas de octubre fueron llegando a la península, en un lento goteo, los barcos menos marineros, los que más se habían desviado de su ruta y los que se habían arriesgado a tocar tierra en Irlanda para hacer reparaciones urgentes o reponer provisiones.

Uno de ellos fue el galeón San Juan, del almirante Recalde, que entró en La Coruña muy dañado, con la roda rota y los mástiles tan debilitados que fue milagro que finalizase la travesía. El estado del almirante no era mejor. Preocupado por la suerte corrida por otros capitanes, fustigado por unas pertinaces fiebres tercianas y sin más medicamento que las sangrías del cirujano, sólo ansiaba encerrarse en una celda del convento de San Francisco y morir en paz. Desde allí tuvo apenas tiempo de hacer testamento y escribir una carta al rey con su opinión sobre lo que había sucedido y lo que podría haberse evitado. Falleció antes de que terminara octubre, al igual que su compañero y amigo Miguel de Oquendo, almirante de la escuadra de Guipúzcoa, que arribó a Pasajes con la nao Santa Ana haciendo agua y necesitada de carena.

En noviembre, el registro de todos los navíos arribados a los diferentes puertos sumaba noventa y uno. Dos naos y las cuatro galeras no consiguieron arribar al canal de la Mancha, un navío explotó y otro fue capturado por los ingleses, y en la batalla de Gravelinas se perdieron tres y se hundió uno. Los faltantes, hasta completar los ciento veintisiete que habían zarpado en junio de La Coruña, se dieron por naufragados en las costas de Escocia e Irlanda.

Duarte Salazar no regresó en el San Martín.

Cuando el duque de Medina Sidonia destituyó, en agosto, a los capitanes que no habían obedecido la orden de formar frente al enemigo, e hizo ahorcar a uno de ellos, decidió enviar a aquellos navíos algunos oficiales de su confianza. A Duarte lo destinó a la Santa Bárbara, una urca auxiliar de trescientos cincuenta toneles de arqueo. La Santa Bárbara fue avistada por última vez a la altura de las islas Aran, a la entrada de la bahía de Galway.

Así, Duarte y los cincuenta hombres de la urca Santa Bárbara entraron a formar parte de la trágica y larga lista de naufragados. La mayoría perecieron en los hundimientos de sus naves, ahogados o destrozados contra las rocas y acantilados de una costa tan agreste. Y quienes consiguieron llegar vivos a tierra no tuvieron un destino demasiado halagüeño. Los que no fueron desvalijados y asesinados por los nativos de aquella región pobre y remota de Irlanda, o capturados y ahorcados de inmediato por las tropas inglesas destacadas en la zona, que no mostraron ninguna clemencia, o ejecutados en las prisiones a las que fueron trasladados, murieron a causa del hambre, el frío y la enfermedad. Sólo una pequeña parte pudo sobrevivir a la acumulación de desdichas e infortunios y, al amparo de sacerdotes católicos, de señores rebeldes con el dominio inglés o de gentes de buena voluntad, lograron pasar a Escocia, negociar un rescate y retornar a su tierra.

Pero su odisea es otra historia.

Nota histórica

La Armada Invencible, conocida por los españoles como Grande y Felicísima Armada, Gran Armada o Armada de Inglaterra, es uno de los episodios más deformados de la Historia: aquella empresa fue un fracaso, ciertamente, pues no consiguió su objetivo, que era poner un ejército en Inglaterra, y supuso, además, grandes pérdidas en barcos y hombres, pero no la apabullante derrota aceptada por la gran mayoría. Algo tendrán que ver en ello la percepción de desencanto que se tuvo en España por el dramático estado en que la armada volvió a casa, el deseo de los enemigos del todopoderoso rey Católico de magnificar sus tropiezos y la posterior (o muy posterior) revisión inglesa de su propia historia, que vio en aquel episodio el nacimiento de su poder naval y el declive del español.

Sin embargo, la investigación histórica más reciente —no sólo la española— no ofrece dudas. La Gran Armada entró en el canal de la Mancha con cerca de ciento treinta barcos y, tras las escaramuzas y batallas con la flota inglesa, puso rumbo al norte con seis barcos menos. Tres se habían perdido por descuidos y accidentes y otros tres, por los daños recibidos durante la batalla de Gravelinas. Las demás pérdidas, las más graves, fueron provocadas por los temporales que, frente a las costas irlandesas, azotaron a la armada cuando regresaba a la península e hicieron naufragar a veinticuatro naves.

En Inglaterra no se respiró con alivio hasta varias semanas después de los combates, cuando llegó a Londres la noticia del avistamiento de la Gran Armada a la altura de las islas Shetland. El 30 agosto de 1588, los lores del Consejo de Estado acudieron a la catedral de San Pablo para dar las gracias a Dios, no por la victoria, sino por haber librado a Inglaterra de la amenaza española. Los almirantes consideraban que la Gran Armada se había alejado con su capacidad bélica casi intacta. Dos días después de la batalla de

Gravelinas, el almirante Hawkins escribió una carta al secretario de Estado, Francis Walsingham, en la que le manifestaba su preocupación por que la Gran Armada continuara en aguas del mar del Norte y pudiera, en cualquier momento, regresar al teatro de operaciones. Walsingham, a su vez, mostró su descontento con la actuación de lord Howard cuando la flota inglesa perdió el contacto con la Gran Armada: *«Siento que el lord almirante se viese obligado a cesar la persecución del enemigo a causa de las necesidades que tenía. Nuestros hechos a medias alimentan el deshonor y dejan la enfermedad sin curar»*. Un error, el de no perseguir a la Gran Armada, que, junto con la amenaza de un ataque de Alejandro de Farnesio desde Flandes, obligó a mantener el esfuerzo bélico, los barcos en zafarrancho y las tripulaciones embarcadas, por cuya causa pronto se extendió una epidemia de tifus que provocó una gran mortandad y desbordó la capacidad logística inglesa.

Todas estas circunstancias ponen de manifiesto que nadie creía que se hubiera obtenido una victoria aplastante. La leyenda sobre la victoria comenzó a forjarse después. En noviembre de 1588 (tres meses después de los combates), la reina Isabel I acuñó una medalla conmemorativa del suceso con la famosa frase «Dios sopló y se dispersaron». Los historiadores británicos Colin Martin y Geoffrey Parker, en su libro *La Gran Armada*, lo resumen bien:

> Gente práctica como Howard, Drake y Hawkins eran conscientes de que habían rozado el desastre con la punta de los dedos, pero, pasado el peligro, tales apreciaciones realistas carecían de atractivo popular. Y tampoco podía el Gobierno isabelino, impacientemente apoyado por las facciones protestantes de toda Europa, ignorar esta oportunidad única de soliviantar a la opinión pública contra España. Los propagandistas se emplearon a fondo.

En España, las culpas del fracaso de la jornada, más allá de los imponderables de la meteorología, recayeron sobre Medina Sidonia y Alejandro de Farnesio, el uno por su incapacidad y el otro por su tardanza. No obstante, en descargo del primero hay que decir que demostró ser un organizador sobresaliente y que, pese a todos los errores que pudiera haber cometido, a lo mal asesorado que iba y a la inseguridad que los asuntos marineros le causaban, fue capaz de

cumplir la orden que le diera el rey y llevar la Gran Armada casi intacta hasta las costas de Flandes.

En cuanto a Alejandro de Farnesio, conviene resaltar que la parte menos concreta de las detalladas instrucciones reales era, precisamente, la relativa al encuentro entre su ejército y la armada, cuando, dada su complejidad, debería haber sido la mejor planificada. Por otro lado, la envergadura de la empresa —una de las operaciones militares más complejas emprendidas hasta entonces por ninguna nación— requería una coordinación constante en las comunicaciones entre Farnesio y Medina Sidonia, quizá imposible para los medios de la época, y las demoras y fallos en dicha comunicación influyeron sin duda en los preparativos que se realizaban en Flandes.

En todo caso, quien, a la postre, cargó con la cólera real fue Diego Flores de Valdés, uno de los asesores de Medina Sidonia, que fue encarcelado en diciembre de 1588 en el castillo de Burgos por su responsabilidad en el abandono de la nao Nuestra Señora del Rosario en el canal de la Mancha la madrugada del 1 de agosto. Un castigo no muy duro, ya que sería perdonado y puesto en libertad en 1590.

La influencia del fracaso de la Armada Invencible en el rumbo de la guerra y en el dominio del Atlántico ha sido también exagerada por la Historia, pues la recuperación de la capacidad naval española fue considerable. En palabras del hispanista británico J. H. Elliott:

> «[…] la flota española no sólo repuso sus bajas con notable rapidez, sino que incluso se convirtió en una fuerza más poderosa de lo que había sido».

Una vez recuperado del revés, en fecha tan temprana como noviembre de 1588, el rey había decidido continuar con la empresa de Inglaterra y comenzar las gestiones para construir doce nuevos galeones, artillar e incorporar otras naves a la Armada y profesionalizar sus mandos y dotaciones. A finales del año siguiente, Felipe II contaba con cerca de cien navíos de guerra. Además, durante el transcurso del conflicto serían enviadas contra Inglaterra

otras dos armadas, en 1596 y 1597, una tercera a Irlanda, en 1601, y continuaron navegando el Atlántico las flotas de la carrera de Indias y trayendo desde América más caudales que en los años anteriores.

Cabe señalar aquí que la climatología fue especialmente adversa en los años que abarca esta novela. Entre los siglos XVI y XVIII tuvo lugar la Pequeña Edad de Hielo, uno de los períodos más fríos de los diez mil últimos años, particularmente pronunciado en la región del Atlántico Norte. El período se caracterizó por un descenso de la temperatura global y un clima especialmente inestable con lluvias intensas, inviernos muy duros y tormentas en el mar, unas condiciones que con seguridad influyeron en muchos aspectos de la vida de aquella época, incluido el militar.

El ataque a Cádiz de 1587 por parte de Drake fue mucho menos dañino de lo que Drake quiso dar a entender. La figura de Drake es sin duda polémica. Pese a ser el corsario más famoso de Inglaterra, no estuvo muy bien visto por los navegantes de su tiempo, bien a causa de las envidias que sus éxitos suscitaban, bien a causa de los métodos que empleaba o de lo poco que le gustaba arriesgarse. En todo caso, tanto en la campaña de Cádiz y las Azores como en los combates contra la Gran Armada fue duramente criticado por otros capitanes y almirantes, como Borough o el propio Lord Howard.

El puente de barcas y todo el dispositivo de diques, contradiques, fuertes y fortines mandado construir por Alejandro de Farnesio para cortar la navegación por el río Escalda y sitiar Amberes fue una verdadera obra de ingeniería militar y un ejemplo del genio de este general, que consiguió rendir la ciudad en agosto de 1585. El ataque al contradique de Kowensteyn fue uno de los episodios más sangrientos del sitio.

El siglo XVI, con la apertura de las rutas atlánticas, fue una época de auge del corso, entendido como una empresa naval particular contra los enemigos de una nación realizada con permiso de sus autoridades y amparada por sus leyes. El inglés, el francés e incluso el holandés son bien conocidos, pero también hubo corso español. El puerto de Dunquerque, por su situación y características, era ideal para su práctica. Pese a que el rey Felipe II no lo veía con buenos ojos, finalmente dio el visto bueno para que se armasen corsarios a fin de compensar la superioridad naval holandesa en el

mar del Norte. Así, tras la recuperación de Dunquerque en 1583, Alejandro de Farnesio empezó a emitir cartas de marca a quienes quisieran operar como tales, sentando las bases de una actividad que florecería y alcanzaría su edad de oro en el primer tercio del siglo XVII (en su década más brillante, de 1629 a 1638, se le atribuyen a los corsarios dunquerqueses mil ochocientas ochenta presas). Parte del éxito de estos corsarios se debió al empleo de la fragata, una embarcación novedosa con casco alargado, poco calado y cubierta prácticamente rasa.

En contra de lo que pudiera parecer, el corso es una actividad reglamentada desde antiguo. En España, la primera regulación específica se remonta a las Ordenanzas del rey Pedro IV de Aragón, de 1356, y sufrió escasas modificaciones en sucesivas normas promulgadas durante los siglos XVI al XVIII hasta finalizar con la Real Cédula de 1779, de Carlos III. El resto de países europeos tenían leyes propias pero semejantes, en lo fundamental, a las españolas. En ellas se recogen las condiciones para ejercer el corso, la forma en que deben actuar los corsarios, el tipo de presas permitidas, etc.

El XVI fue también un siglo de intolerancia religiosa en Europa. En toda Europa. E Inglaterra no fue una excepción. Enrique VIII promulgó en 1534 el *Acta de Supremacía* por la cual se declaraba al rey como única cabeza de la Iglesia, dando así comienzo al cisma con Roma. Su hija María, ferviente católica que accedió al trono en 1553, derogó el *Acta* y persiguió a los protestantes. A esta reina se la conoce como *Bloody Mary* (María la Sangrienta), por sus doscientas ochenta y tres condenas a pena capital contra los anglicanos, condenas que quedaron recogidas en el *Libro de los mártires*. A María se la recuerda en Inglaterra como paradigma de crueldad e intolerancia. Sin embargo, su media hermana Isabel, que la sucedió en el trono en 1558, no tardó en superarla. Isabel I restableció el anglicanismo como la religión del Estado y desató una feroz represión contra aquellos que se mantuvieron fieles a la fe de Roma. Se estima que sólo en la primera década de su reinado fueron ejecutados alrededor de ochocientos católicos. Y no fueron los peores años. En 1585 se prohibió la misa católica pública y privadamente y se ordenó la expulsión de los últimos sacerdotes, a los que se concedió cuarenta días de plazo para abandonar el país.

Desde ese momento, practicar el sacerdocio era un delito de traición penado con la muerte. También eran tratados como traidores quienes les prestaran cualquier clase de ayuda. Tras el fracaso de la Gran Armada, la persecución contra los católicos se recrudeció con la *Real Proclama de 1591*, que ordenaba un estricto control individual y un sistema vecinal de espionaje y delación. Bastaba con sorprender una misa clandestina, descubrir un traje talar, un libro litúrgico o una simple denuncia para que una persona acabara en la horca acusada de traición. Muchas condenas se llevaron a cabo en Tyburn.

El espionaje tuvo gran importancia en las guerras europeas de aquella época. Felipe II se preocupó por desarrollar, extender y pagar una enorme red de inteligencia compuesta por agentes, corresponsales, informantes, enlaces y captados que abarcaba desde las naciones atlánticas hasta los dominios otomanos. En Francia e Inglaterra dicha red estaba dirigida y controlada por el embajador Bernardino de Mendoza y tuvo, en la confrontación con Inglaterra y las disputas dinásticas con Antonio de Avis, un papel relevante. Los personajes de Ramón Zarco y Joao Veiga, así como sus actividades, están basados en dos agentes infiltrados en el entorno del pretendiente portugués.

Don Antonio de Avis, prior do Crato, conocido en Portugal como «Antonio el Determinado», fue pretendiente al trono portugués a la muerte sin descendencia de su tío Enrique, tío también de Felipe II por parte materna. La muerte del rey Enrique en 1580 desató, entre los dos primos, una disputa dinástica que acabó en conflicto armado. En la península ibérica, el ejército felipista derrotó con rapidez al antoniano y la acción se trasladó a las islas Azores, que permanecieron leales al pretendiente portugués. Este archipiélago era un punto clave para las flotas de la carrera de Indias, y tanto franceses como ingleses hicieron lo posible para evitar que cayeran bajo dominio español. Sin embargo, en 1583, tras dos duras campañas, Álvaro de Bazán se hizo con su control. Antonio de Avis se refugió primero en París y después, cuando se rompieron las hostilidades entre España e Inglaterra, pasó a Londres, confiando en que esta nación lo ayudara en sus reivindicaciones. El fracaso de la Gran Armada dio alas a su causa y el año siguiente la reina Isabel I preparó una operación naval y militar para destruir los barcos que

se reparaban en los puertos del Cantábrico y para devolverle al de Avis su corona, operación que ha pasado a la historia como la Contra Armada.

Por último, unas palabras para la fundación de la primera colonia inglesa en América, que suele asociarse con los peregrinos del Mayflower en 1620. Pero hubo un primer intento en 1585 en la isla de Roanoke, Virginia, que, como se narra en la novela, fracasó. Walter Raleigh, su promotor, no se dio por vencido y dos años después, en 1587, envió a otro grupo de colonos para establecerse allí, pero el asentamiento fue abandonado y los colonos desaparecieron. En la actualidad no se sabe con certeza qué fue de ellos.

Agradecimientos

No son pocas las personas que me han ayudado y alentado durante la escritura de esta novela. Quiero agradecer de manera especial a Cristina y a Carla, primeras lectoras de los sucesivos borradores, su acompañamiento, paciencia y juiciosas observaciones. Sin ellas, el resultado final no habría sido el mismo. También a Dativo Donate, por instruirme sobre la vestimenta de la época y sobre el arte de escribir con pluma de ganso; a Pedro Escobar, mi estimado comandante, por su ayuda con las expresiones en portugués; a Luis Herrera, siempre dispuesto a echar una mano con cualquier nombre o término en francés; a Lelio Luiz de Oliveira, por ilustrarme sobre la Lisboa del siglo XVI; a C. L. Jackson, por el magnífico mapa del Londres isabelino, anotado y explicado, que me hizo llegar; a Manuel Calero, amigo de largo recorrido y propietario de la librería-café Alejandría, de Azuaga, por ofrecer las obras de este autor en su mesa de novedades, y por arriesgarse a recomendarlas; a Carlos Alonso, editor de Pàmies, por su confianza, y a Conchi Gábana, de quien nunca dejo de aprender; a mi familia, cercana y extensa, por su descarado proselitismo; y por supuesto a Felipa, que me ha regalado con generosidad el tiempo para escribir.

Por último, pero no menos importante, a ti, lector, que has escogido esta novela entre tantas como hay disponibles y le has dedicado una parte de tu tiempo.



JULIO ALEJANDRE (1964, Madrid, España). Estudió Magisterio y más tarde Pedagogía. Después de unos años dedicado a la enseñanza, se marchó a Centroamérica para trabajar como cooperante con refugiados de guerra, y allí permaneció más de una década. En la actualidad reside en Extremadura y forma parte de un equipo de Orientación Psicoeducativa.

Ha obtenido premios literarios en certámenes nacionales e internacionales, y ha publicado los libros *Héroes, tumbas y libros perdidos*, *Seis mil lunas*, *Reporte de una boda y un entierro*, *Las islas de Poniente*, *La corona del mar* y *La armada de Dios*. Es autor del blog «*La otra literatura*».

ÍNDICE